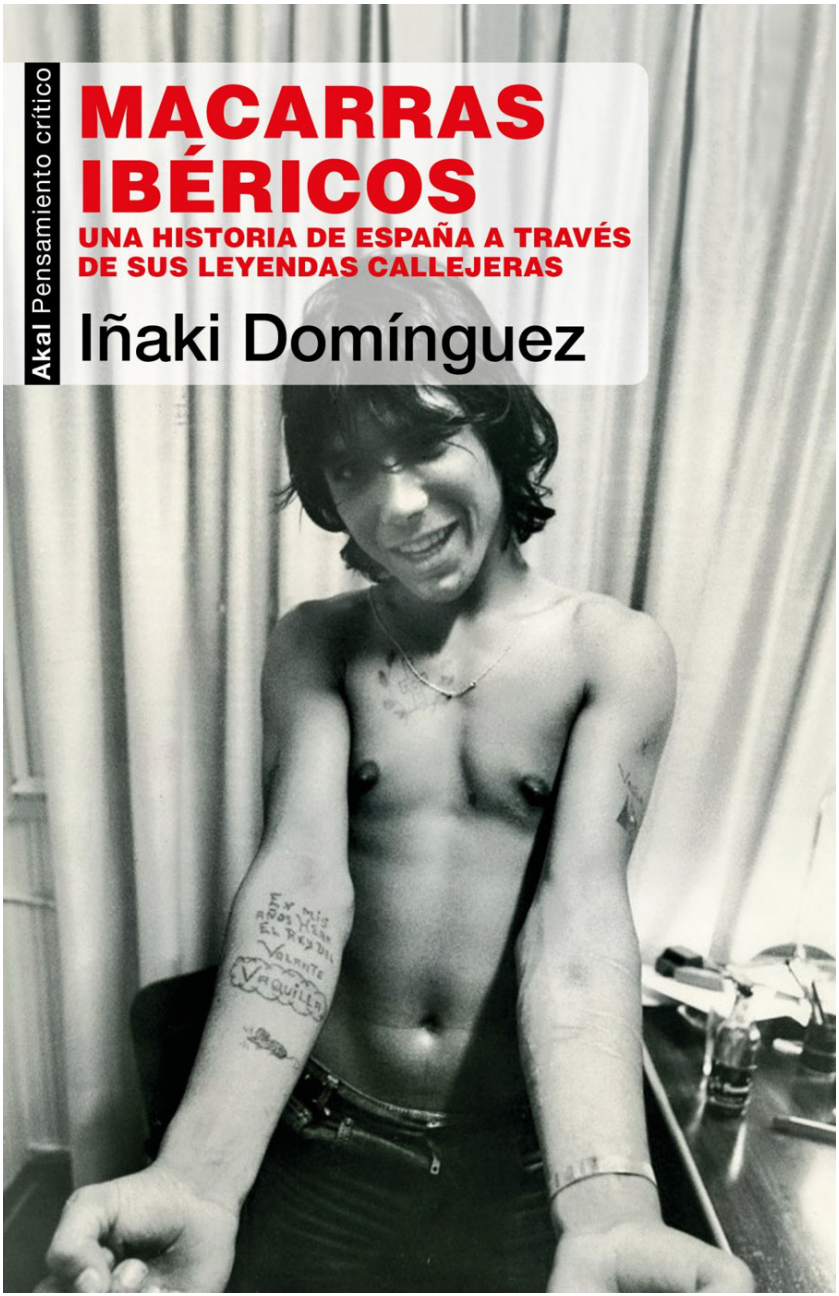
Akal Pensamiento crítico

MACARRAS IBÉRICOS

UNA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS LEYENDAS CALLEJERAS

Iñaki Domínguez

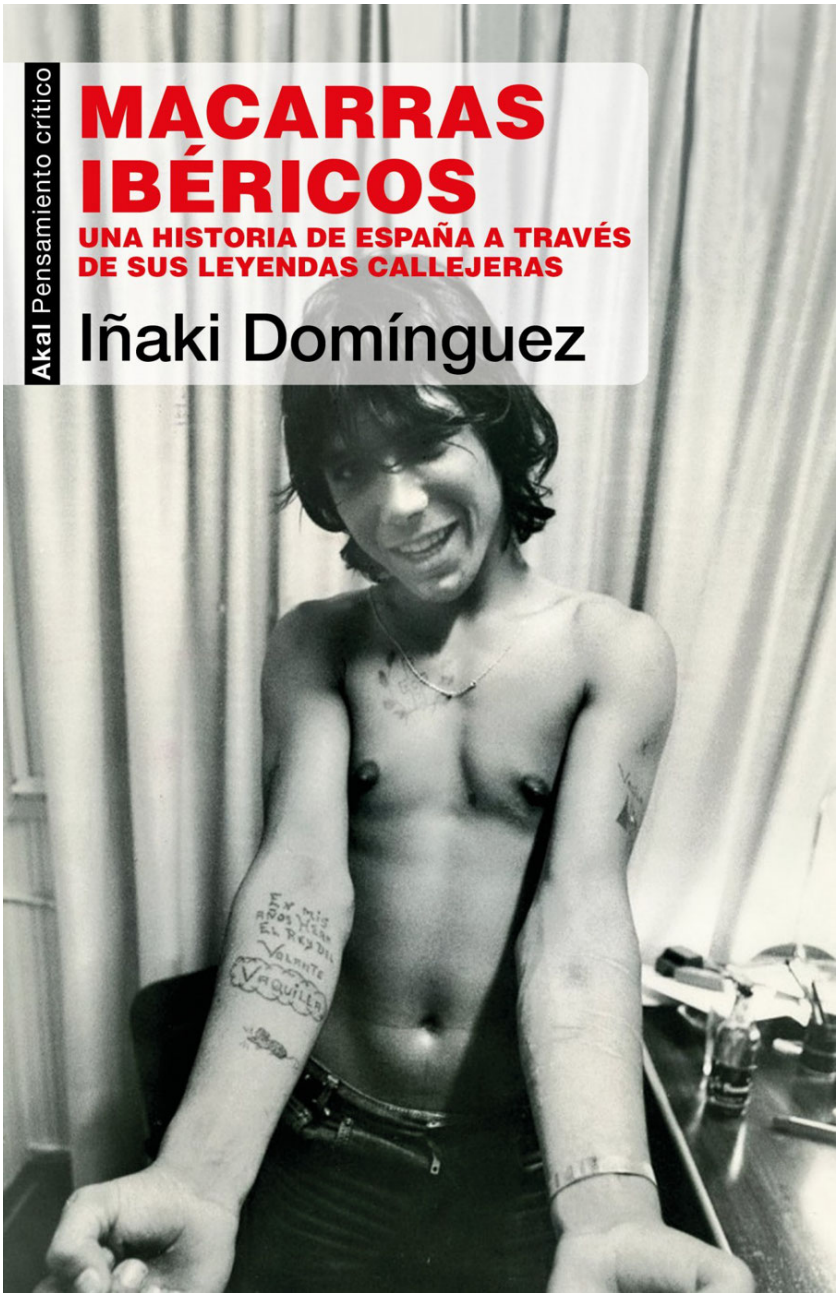


Akal Pensamiento crítico

MACARRAS IBÉRICOS

UNA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS LEYENDAS CALLEJERAS

Iñaki Domínguez



Akal / Pensamiento crítico

109

Diseño interior y cubierta: RAG

Motivo de cubierta: Fotografía de Paco Elvira, revista Interviú 172 (30 de agosto-5 de septiembre de 1979)

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Iñaki Domínguez, 2022

© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

ISBN: 978-84-460-5217-3

Iñaki Domínguez

Macarras ibéricos. Una historia de España a través de sus leyendas callejeras

Una historia de España a través de sus leyendas callejeras

Después de la aclamada Macarras interseculares. Una historia de Madrid a través de sus mitos callejeros, Iñaki Domínguez nos ofrece una mirada canalla al macarrismo patrio desde los años sesenta a los dos mil, profundizando en sus diversas modalidades peninsulares, desde los famosos quinquis de Barcelona que fueron inmortalizados en el cine hasta los macarras bilbaínos, pasando por la Ruta del Bakalao del Levante, las Tres Mil Viviendas de Sevilla o los raperos del sur de Madrid. Construido sobre los relatos de los propios protagonistas, Domínguez ofrece un retrato descarnado de una marginalidad viva, creativa, delincuencial, canalla y, sobre todo, superviviente. Una estampa inmisericorde de los márgenes de la sociedad biempensante.

«Iñaki Domínguez es el experto de la memoria histórica callejera de Madrid. El Trapiello de los bajos fondos.»

Juan Diego Madueño, El Mundo

«Iñaki Domínguez es un doctor en Antropología peculiar. Por un lado, ha recorrido con esmero su currículum académico, pero, por otro, patea la calle y las subculturas con tanta soltura y familiaridad como la universidad.»

César Prieto, Efe Eme

«Iñaki Domínguez lo ha conseguido, trazando un camino a través de los símbolos propios de la marginalidad, llevándonos de la mano por un territorio que, hasta ahora, había quedado oculto; sólo era visible para los iniciados en el lado salvaje de la vida.»

Montero Glez, elDiario.es

Iñaki Domínguez es licenciado en Filosofía y doctor en Antropología cultural. Al margen de su carrera académica, su historia personal se entrecruza con la vida callejera y el mundo de las subculturas. En sus obras analiza fenómenos de la cultura popular desde la perspectiva de un científico social y un cronista. Es autor, entre otros libros, de Sociología del moderneo (2017), Cómo ser feliz a martillazos. Un manual de antiayuda (2018), Signo de los tiempos. Visionarios, locos y criminales del siglo xx (2018), El expiador. Vida y obras de Charles Manson (2019) y Macarras interseculares. Una historia de Madrid a través de sus mitos callejeros (2020). Igualmente, lleva la sección «Palabra de modernólogo» en Radio 3 y escribe en medios como Vozpópuli o El Mundo, además de llevar el

podcast Código macarra en Subterfuge Radio. En Akal ha publicado Homo relativus. Del iluminismo a Matrix. Una historia del relativismo moderno (2021) y Macarrismo (2021).

Introducción

Este libro presenta una recopilación etnográfica sobre la realidad macarra de algunas ciudades españolas durante aproximadamente las últimas cinco décadas. Se trata de entender la realidad de las calles a través de entrevistas personales que sirvan de base a una mejor comprensión antropológica de la cultura popular (entendida como cultura de las gentes del pueblo o su intrahistoria) reciente de nuestro país. Por otro lado, es de especial interés para mí la conexión entre dicha cultura, paticularmente la callejera, y la cultura en términos de producción artística cinematográfica, musical. Me parece relevante comprender la vinculación simbiótica entre las artes y el mundo callejero.

Me ocuparé aquí de analizar la vida macarra de ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, A Coruña o Bilbao, en algunas de las cuales penetraré más profundamente que en otras. Y prestaré especial atención a estas localidades no por razones arbitrarias. Por un lado, Madrid, Barcelona y Bilbao representaron los núcleos económicos e industriales que sirvieron de destino principal a un prominente éxodo desde el campo hasta la ciudad durante el franquismo desarrollista. Se da en España a mediados del siglo xx un proceso de industrialización que atrae a las gentes rurales hasta espacios urbanos, en un movimiento que representa el germen del macarra contemporáneo, también denominado por mí como intersecular (puesto que deambula entre dos siglos, el xx y el xxi). El paisaje urbano cambia por completo con el tardofranquismo. La población de Madrid, por ejemplo, pasó de 1.823.418 habitantes en 1950 a 4.686.895 en 1980[1]. A pesar de ser España un país parcialmente industrializado desde tiempo antes, tiene lugar en esos años un boom de la industria que permite el surgimiento de un lumpenproletariado en el seno del cual emerge el macarra intersecular.

Este libro no es un manual académico. A pesar de su indudable valor científico –entre otras razones, por la abundante información etnográfica que proporciona–, está orientado al gran público. Podríamos definirlo como una etnografía «impresionista», que opta por atender a la proyección subjetiva de los informantes y se

interesa por aproximarse intuitivamente al objeto de estudio. Es por ello que podemos hablar de una etnografía en la que predomina un claro perspectivismo. El relato se construye desde múltiples miradas que interpretan, describen, descifran, juzgan y analizan un mismo objeto de estudio: las calles. Algunos lectores que hayan vivido las épocas y sucesos relatados pueden no estar de acuerdo, otros incluso se sentirán ofendidos por no haber sido consultados, pero es inviable acumular las opiniones de todos aquellos aspirantes a narradores de fenómenos callejeros acontecidos en la historia nacional. Naturalmente, al entrevistar a personas diversas sobre un mismo fenómeno, sus descripciones y observaciones de este varían, algo que a mi juicio no es problemático, puesto que la riqueza proyectiva del testigo o informante resulta esencial como objeto de análisis añadido. De este modo, todo testigo consultado es protagonista, puesto que su interpretación subjetiva cobra un especial relieve e importancia.

En cuanto a los capítulos, varios de ellos tratan sobre Madrid, el contexto que mejor domino como antropólogo, al tiempo que es la ciudad más grande e institucionalmente más importante de España. Dicho esto, el libro cuenta con tres nutridos capítulos sobre Barcelona ciudad, otros dos en los que Valencia cuenta con un papel protagonista y capítulos individuales en los que destacan Bilbao y A Coruña. En cuanto a la cronología de sus páginas, si en Macarras interseculares (2020) –libro complementario a este– los ochenta y noventa son las épocas principales o mayormente analizadas, aquí son los años setenta los que se llevan la palma. Digamos que es dicha década la principal protagonista de esta etnografía. Por último, diré que, aunque el macarra represente la punta de nuestro iceberg –nuestro objeto de estudio predilecto–, este es incomprensible si no tenemos en cuenta el contexto en el que se mueve, esa fértil red de capilares y entramados socioculturales que desembocan en la identidad del macarra per se.

---

[1] Javier Valenzuela, Crónicas quinquis, Madrid, Libros del KO, 2019 (2013), p. 5.

Capítulo I

Madrid sur

Los Bichos de Entrevías

Para comenzar nuestro periplo por el macarrismo nacional qué mejor lugar que Vallecas. Se trata de una emblemática comunidad obrera del extrarradio madrileño. Vallecas es considerado uno de los barrios más grandes de Europa, y cuenta hoy con más de 350.000 habitantes. Dado su enorme tamaño, aplicaremos nuestra lupa etnográfica al vecindario de Entrevías, una zona de especial interés antropológico que colinda con otros sectores vallecanos relevantes –en lo que al macarrismo se refiere– como Palomeras o el Pozo del Tío Raimundo, junto con otras áreas limítrofes como el barrio de San Fermín. Vallecas fue institucionalmente un pueblo hasta ser anexionado a la capital en 1950. Entrevías, como otros vecindarios análogos, fue construido mayormente por inmigrantes que llegaban a la ciudad desde el campo, por lo que proliferó el chabolismo en la zona. Para paliar este fenómeno y absorber a los residentes de estas infraviviendas autoconstruidas, fue erigido el Poblado Dirigido de Entrevías entre 1956 y 1959. Estos barrios suburbiales fueron expandiéndose en función del crecimiento poblacional de las ciudades españolas y representan un entorno ideal para estudiar la vida macarra.

Entrevías es una de las cunas del macarra de extrarradio. Si, tradicionalmente, han existido los macarras también en los centros de las ciudades, el macarra del suburbio cuenta con unas características muy concretas. Se trata de aquellos jóvenes cuyos padres –o ellos mismos– provenían de entornos rurales y crecieron en los barrios de nueva construcción que fueron desarrollándose imparablemente en torno a las grandes ciudades españolas. Los macarras fueron aquellos que arribaron desde los pueblos para luego ser corrompidos en ecosistemas urbanos, siendo estos últimos el caldo de cultivo ideal para engendrar delincuencia y patologías mentales.

Entrevías fue una comunidad en la que preponderó la vida en la calle, donde la promiscuidad –a modo de hacinamiento– imperaba y la violencia intrafamiliar y extrafamiliar era cosa cotidiana (lo mismo que ocurría en el resto del país por entonces). En los años sesenta y setenta el macarra de extrarradio, que pululaba por verbenas y billares, empleaba la violencia como forma básica de afianzar su identidad, representando, incluso, una herramienta para relacionarse con el mundo. Hay que decir que Entrevías era, por entonces, un área a medio construir, difuso límite entre lo urbano y lo rural –entorno clásico del quinqui–, y encerraba, por su falta de definición, una ambigüedad y una atmósfera transicional en la que lo civilizado y lo salvaje convivían en un precario equilibrio. Digamos que el macarra representaba la síntesis individual del joven que encierra en sí ambos mundos, sin pertenecer por completo a ninguno de los dos.

En este capítulo nos interesaremos, además, por la dimensión política del asunto tratado, puesto que la mayoría de los habitantes de Entrevías serán herederos de la República, en su tradición más izquierdista. Mostraremos las relaciones de autoridad y sumisión entre autoridades (profesores, curas, falangistas y gentes afines al régimen) y el resto de la población. También hablaremos, en este sentido, de las agrupaciones de jóvenes «gamberros» que se identificaban unos con otros para formar pandillas. Los sucesos aquí relatados acontecen, de hecho, en la era dorada de las pandillas callejeras en España: los años que van desde el desarrollismo franquista hasta los ochenta (momento en el que las bandas locales identificadas con sus respectivos barrios y zonas serán sustituidas mayormente por las tribus urbanas). Estas pandillas, como veremos, tenderán –al menos en el caso de Vallecas– a politizarse, pasando a formar parte de organizaciones políticas de inclinaciones comunistas. Nuestros informantes, por otro lado, nos hablarán de las influencias extranjeras, sobre todo anglosajonas, que moldearán de modo decisivo la identidad del macarra setentero (ya desligado del proxenetismo)[1]: aquel que llevaba pantalones de campana, camisas de flores, cinturones con hebilla de león y zapatos de plataforma.

Para iniciarnos en esta etnografía macarra nos aventuraremos en la intrahistoria de Entrevías de la mano de un cicerone de lujo, el

director de cine Juan Vicente Córdoba, nacido en el barrio y cuya obra ha centrado su atención a menudo en la vida cotidiana de Vallecas. Juan Vi, como le conocen sus amigos, nació en 1957 y sus recuerdos no dejarán indiferente a nadie. Quedé con él un caluroso día en una terraza del centro de Madrid y comenzamos a charlar. Mi grabadora comenzó a registrar sus palabras.

Juan Vi: «[Los habitantes de Vallecas en esos años sesenta y setenta] vienen del comportamiento rural del campo. [En el Pozo del Tío Raimundo] llegan a crear una barriada que era de chabolas, sin agua y tal… y, poco a poco, a través de las décadas van incluyéndose en la parte urbana de Madrid.» Yo comento: «El macarra original era una persona de pueblo que, al llegar a la ciudad, se pervierte»[2]. Juan Vi: «Totalmente. Estamos hablando de paletos, paletos. Y se pervierte el lenguaje, ¿vale? Y por eso nace el tema: "¿Qué pasa, tronco?" Todo eso viene de una perversión del lenguaje. Del más puro analfabetismo, de no saber hablar, ¿vale? Y lo que es la combinación con el lenguaje cheli madrileño, del chulito madrileño.»

Los gitanos, muy vinculados en las últimas décadas al barrio de Vallecas, estaban inicialmente sometidos a normas invisibles o consuetudinarias de localización en el espacio. Es decir, que no podían ocupar un emplazamiento cualquiera en la ciudad. Digamos que, dependiendo de la etnia, les era asignado un determinado barrio o sección de la ciudad; algo similar a lo que ocurría en ciertas zonas de Estados Unidos en relación con las gentes de raza negra. También como los afroamericanos, algunos gitanos vallecanos eminentes tuvieron éxito social y económico gracias a su trabajo artístico, como es el caso de Los Chichos o Los Chunguitos y muchos otros artistas previos y posteriores.

Juan Vi: «En aquellos años no había gitanos. Luego, a partir de los años ochenta, es cuando van llegando los poblados de La Celsa y demás, que eran todos gitanos que venían del Manzanares, venían todos de las cuevas del Manzanares. Había unas cuevas… que flipas que existiera eso al lado del río Manzanares, enfrente [del barrio] de San Fermín. De hecho, se decía: "Los gitanos, detrás del río". [La zona de las cuevas de donde venían] era zona de huertas y campos de amapolas. Muchos de ellos se metieron luego en el mercado de la

droga. Y cuando edificaron [las nuevas viviendas] en el Pozo del Tío Raimundo a principios de los noventa, ahí dieron viviendas de realojo a los gitanos y empezaron a conectarse gitanos con payos. Pero años atrás el poblado del Pozo y Entrevías [estaba compuesto] de gente rural, de gente que venía de Jaén, de Andalucía. Los gitanos vivían entonces en un poblado que estaba como a un kilómetro, al margen; [un poblado] todo de gitanos donde había enfrentamientos de todo tipo.»

En los años sesenta y setenta ya había macarras y pandilleros en Vallecas, muchos de los cuales eran de origen andaluz o extremeño: «Santi [el Loco, de los Bichos] es un tipo que acabó, macho, estudiando hostelería… y siendo camarero del Mayte Commodore. No en el Brillante… en el Mayte Commodore de entonces [un restaurante muy pijo]... Ese era Santi el Loco. Le llamábamos el Loco porque parecía que estaba loco. ¿Por qué? Los billares del bar de Don Carlos eran los billares potentes que había en Entrevías (había otros [billares] en el Pozo del Tío Raimundo que eran gigantescos). A los billares Don Carlos se entraba por la parte de atrás del bar y había pues cinco o seis futbolines, diez o doce billares, dos mesas de ping-pong, un pinball; bueno, lo típico. Y ahí pasábamos horas y horas y horas. En los billares el Santi era de: "¡¿Tú qué miras?! ¡¿Tú qué pasa, que tengo monos en la cara?! ¡¿Qué me miras?!". Pum, cabezazo y a tomar por culo, tío. Y ahí ya no te levantabas». «Él vivía en la calle Peironcely y yo en la calle Cardeñosa. Y él venía del entorno de la inmigración, como veníamos todos. Del sur.» «A principios del siglo pasado, de 1900, Madrid terminaba en Atocha, ¿vale? Después de la Guerra Civil es cuando comienzan a llegar los primeros inmigrantes que empiezan a poblar el barrio: inmigrantes manchegos, andaluces, extremeños. Sobre todo de Andalucía. Eran gente que venía de trabajar en la oliva con unos terratenientes terribles. Y la mayoría venía porque eran damnificados, digamos, de la Guerra Civil. Sus padres, sus abuelos, habían estado en el bando republicano y, en cuanto acaba la Guerra Civil, no les dan trabajo y son como los desheredados, digamos, de esos pueblos. Tuvieron que emigrar, porque sus padres habían pasado por el pelotón de fusilamiento, porque a lo mejor habían sido alcaldes y habían luchado en el bando republicano. Ten en cuenta que en Andalucía la República se queda con terrenos de los señoritos y tal. Entonces, cuando estos los recuperan, pues

imagínate… [cómo tratan] a los que se los habían quitado. Y a los hijos y nietos de republicanos no les dan trabajo en el pueblo. Les insultan…» «Y entonces tienen que emigrar para poder subsistir y poder vivir. Empiezan a llegar, porque Madrid desde los años cincuenta [se convierte en una ciudad más atractiva] por las reformas económicas y los tratados con Eisenhower. Se empieza un poco a transformar el país, y se demanda mano de obra. Se empieza a edificar universidades, etc. Todos estos inmigrantes eran jornaleros o tenían oficios propios como, yo qué sé, la cerámica, zapateros y tal. Aquí todos se tienen que olvidar [de sus antiguos oficios], vienen a trabajar a la obra. Muchos de ellos, como eran analfabetos, firmaban con una equis. Y se dan cuenta de que a sus hijos los tienen que educar de otra manera para que puedan, de alguna forma, tener un lugar en esta sociedad ya urbanita, no rural, porque comprueban de que los hijos de sus compañeros de la obra, que vivían en Lavapiés, en Embajadores, sí que iban al colegio, sí que tenían una educación. Y se hacen las primeras escuelas, ¿no? Y eso coincide con la llegada del padre Llanos y todo lo que en el Pozo del Tío Raimundo empieza a tener un calado político[3]. Así es como se va construyendo tanto Entrevías como esa parte sureste de Madrid, con Palomeras.»

«Entrevías tiene una peculiaridad, y por eso se llama Entrevías. La gran peculiaridad que tenía para todos nosotros era que es un barrio rodeado de vías, ¿vale? Está rodeado, por un lado, por la vía que va desde Atocha (el tramo que te lleva hasta Valencia); [luego] está el tramo del AVE, que te lleva a Andalucía, y [finalmente] el tramo que era como un depósito de máquinas, donde arreglaban las máquinas y las engrasaban. Por eso se llamó Entrevías. Eso ya dejó de existir. Todas esas máquinas se las llevaron al Museo [del Ferrocarril] en Delicias, en su momento, y todo ese entorno paisajístico desapareció, ¿vale? Las casas estaban en el centro y todo estaba rodeado de vías. En las noches silenciosas de verano escuchabas a través de las ventanas los trenes constantemente. El paisaje del tren era una constante.»

Se ha dicho siempre que la cultura pandillera surge, entre otras razones, cuando no existen instituciones que canalicen el ocio o los intereses juveniles, y esto es algo palpable en la Entrevías de esa época, donde uno había de matar el aburrimiento del modo que

fuese. El barrio estaba a medio construir y carecía de instalaciones básicas: «Entonces, los chicos jóvenes, casi toda nuestra forma de divertirnos era estar en la calle, en el Campo de la Viña [o de la Loca], en las vías, etc. Todo alrededor eran pequeñas huertas donde la gente iba a comprar lechugas, a comprar pepinos y tal… Desde mi barrio veías Getafe en lontananza y veías que [entremedio] era todo descampado, que no había absolutamente nada. No había ni tráfico, era todo campo, ni la M-30 ni nada. Veías un pueblo a lo lejos. Igual que desde el otro lado. Lo bueno que tiene Entrevías es que está en un alto y donde [están] los depósitos hay un parque alto que es una especie de mirador. Y desde ahí tú veías que era todo campo… y, claro, de repente ya veías la ciudad. Veías, sobre todo, los edificios, y destacaba la Torre de Madrid y el Edificio España [en el centro de Madrid].» «Con lo cual, estábamos todo el día ahí en el campo, jugando al fútbol, cazando bichos, tumbados fumándonos los primeros Celtas de la época y tal, y tenías siempre Madrid ahí [a lo lejos]. Que era como esa frontera.»

Por otra parte, Juan Vi me habla de lo que algunos llaman «barrionalismo», una identificación con el propio barrio que hoy ya apenas existe. Con la llegada de internet y la mejora de las comunicaciones se da una desterritorialización y el referente que antaño supuso el barrio se desmaterializa. No obstante, antaño el barrio era el mundo, lo era todo: «Nosotros [nunca consideramos] que vivíamos en Madrid. Cuando ibas a Madrid decías: "Voy a Madrid." Tenías un sentimiento de pertenecer al barrio. Y eso lo que creaba era un sentimiento de nacionalidad, en esa época. Por eso a uno de mis cortos lo llamo: "Yo soy de mi barrio." Yo no era de Madrid, tío. Ni era español, ni su puta madre. Yo soy de mi barrio. Y lo sigo diciendo ahora. Yo soy de mi barrio, tío. Porque al final te queda tu calle. Como la canción del grupo catalán Lone Star, que se llama "Mi calle", que narra todo el sentimiento ese de calle. Y lo mismo ocurrió en Barcelona. Son modos de vida, ¿vale? Que vienen también de lo rural. De todos estos inmigrantes que vinieron a Madrid, otros llegaron a Barcelona. Y construyeron toda esa periferia también en Barcelona, de donde viene luego Perros callejeros (1977) y el chabolismo de Torre Baró y de todas esas zonas. Y el modo de vida, el sentimiento cuando llegas es el mismo, tío. Te das cuenta de que la inmigración traslada un sentimiento parecido.»

«Sabino Méndez, en su autobiografía, recuerda ese sentimiento contradictorio de amor y odio en el barrio. De amor, porque es donde has nacido, pero de odio, porque cuando tienes dieciséis años quieres escaparte, tío, ¿vale? Yo era el hijo del torero. Mi padre y toda mi ascendencia por parte de padre son del mundo del toreo. Mi abuelo [era el] torero Vicente Córdoba [conocido como Chicorro], mi padre y mi tío también eran toreros, ¿vale? Y ahí se acabó. Porque ninguno de mis primos ni yo hemos seguido [risas]. Entonces, [mis abuelos] vivían pasada la vía. Eran de un poblado de casas ya de San Diego, entre San Diego y el Puente de Vallecas, ¿vale? Que vivían mejor. Mi abuela trabajaba en Tabacalera y mi abuelo trabajó en el ayuntamiento una vez dejó los toros y tal, y lo que pasa [es] que mi padre se enamoró de mi madre, y mi madre sí que era pura Entrevías. Nacida en Entrevías. Mi abuelo [el padre de mi madre] llegó de Guadalajara en 1926 y se estableció como ferroviario. Porque como encontrabas trabajo, también, era como ferroviario, al ser esa zona, como te digo, ferroviaria, ¿vale? Y entonces, mi padre y mi madre se vinieron a vivir a Entrevías, a una casita, ahí, que es donde yo nazco.» «[Mis padres] se conocieron en San Diego… había una iglesia, la Iglesia de San Diego, que era de las pocas de esos años donde había un hogar social, donde los domingos los chicos y las chicas iban al baile, ¿vale? O había campeonatos de ping-pong y cosas de estas. Porque no había otra cosa. Pero eso te estoy hablando de los años cuarenta o cincuenta, cuando se conocieron mis padres.»

«A partir de los años sesenta, que es la época que yo te puedo comentar, Entrevías es donde los chicos estamos todo el día en la calle. La calle Cardeñosa, que es una de las importantes, porque a partir de los setenta pasan los autobuses, la calle [como todas las demás] estaba sin asfaltar, tío. Y es verdad que, ahí, la casa de mis abuelos, era la casa grande y tal, pero todo el resto eran chabolas, lugares donde olía hasta mal… Todo eso era una forma de vida en el barro». «Antes los colegios eran casas. Cuatro pupitres y ya está. Este era un barrio que era todo campo. Yo iba al [Colegio] Liceo Cónsul, que era el único colegio que había en Entrevías. Un colegio absolutamente de fascistas, ¿vale? El director del colegio [había sido elegido a dedo] por méritos contraídos anteriormente. A algunos les daban colegios, a otros les concedían quioscos de prensa, etc. Don Ramón, que era el director, era un tipo alto, con

gafas negras siempre, tío, como esos fascistas… Llevaba esas gafas negras que daban terror[4]. La educación, desde que yo tengo uso de razón, era a hostia limpia. Pero a hostia, no, ¡a hostión! Pero no ya sólo hostión, era una cosa depravada. El profesor a lo mejor decía: "¡Todos, la mano así!" Y toda la clase con la mano [hacia arriba y los dedos juntos]. Y el tipo con la vara empezaba: "¡Presente de indicativo de la palabra amar!" Y todos los que estábamos [ahí], acojonados, tío. Y estamos hablando de Madrid sur, donde casi todos los vecinos eran rojos que venían muy calladitos, del bando republicano. Y acababas teniendo que cantar el Cara al sol cuando acababa el colegio, antes de salir a la calle. Ese era el tipo de educación que tenías.» «Cuando salías a la calle, como tú estabas en primero, los de cuarto o quinto, que eran mayores…, ¿cómo se divertían los mayores? Era ensalársela… eso era, uno por uno, íbamos cayendo y era bajarle los pantalones, ¿vale?, y ver si tenías pelillos… Eso con once o doce años, era terrible. Y ensalársela era que llevaban un salero y te echaban sal, tío. En la polla. O sea, directamente.» «Y, entonces, te querías juntar con los mayores, que ya los veías ahí al fondo con sus [cigarrillos] Bisontes… porque ahí nadie se compraba un paquete de tabaco. Pasaban los cerilleros y comprabas un cigarrillo suelto. Cuando teníamos doce o trece años, cuando nuestros padres nos daban un duro o diez pesetas los domingos, antes de ir al Retiro o al cine o tal, ¿no?, lo primero que hacíamos era comprarnos unos cigarrillos y fumar. La primera transgresión era esa.»

«Ten en cuenta que, a esa edad, éramos unos parvulitos en todo. O sea, por ejemplo, en el tema chicas, en el tema sexo, no teníamos noción de absolutamente nada. Íbamos conociendo desde la experiencia, pero las chicas no salían apenas a la calle. Las chicas jugaban a la cuerda en el barrio… aunque alguna siempre había que era más golfilla. La Presentina, por ejemplo. La Presentina era una descarada, era una viciosa, ¿vale?, y entonces te miraba y decía: "¿Os venís?" Y te ibas a las vías, que es donde ibas para hacer cualquier cosa –todo lo que fuera una trastada– y ahí te metías en una salita de esas que había, un cuarto de los ferroviarios [en el] que no había nadie y era besarla, tocarla… pero no follábamos, tío. Si no había ni condones, ¿sabes? O sea, los condones eran aún unos paquetitos que eran de [la marca de cigarrillos] Bisonte, ¿vale? Que tenías que pedirlos en la farmacia y que, cuando tenías dieciocho

años y tenías novia, te avergonzabas. ¿Tú sabes lo que era con dieciocho años la vergüenza al entrar en una farmacia para pedir una caja de condones porque te miraban mal?»

En esos años, los jóvenes habían de ajustarse a una cultura «macho», muy especialmente en los barrios, algo muy vinculado a la identidad macarra. Juan Vi: «Entonces, para ser un hombre, con los que eran más mayores tenías que pegarte. Eras un hombre y no eras un "maricón". Porque entonces en el barrio lo más denigrante no era ser un cabrón hijoputa, no, era ser un "maricón", no podías ser un "maricón". Entonces si uno era [gay] o tenía alguna tendencia, ¡era imposible manifestarse! ¡No podías ser un "maricón", tío, porque te hacían la vida imposible! Tenías que demostrar que eras un gallito y pelearte. Perdías o ganabas, pero [tenías] que pegarte, tío. Y entonces. al final acabábamos pegándonos, tal cual, para tener un estatus.» «Yo era muy respetado, porque basta con que seas el hijo del torero. [Porque] a mi padre, cuando toreaba en las Ventas o en Vista Alegre, o en San Sebastián de los Reyes, etcétera, venían a buscarle. Era banderillero y había sido novillero cuando era más joven y tal. Y venían a buscarlo en un cochazo… y entonces él salía vestido de torero. Se vestía en casa y salía, y entonces todo el barrio y todos los vecinos estaban ahí. Expectantes. Los toros eran un modo de vida. No sólo estaba la valentía de ser torero y de ponerte delante de un morlaco de aquí te espero, sino que estamos hablando de una época, de los años sesenta, que en el barrio los oficios más importantes eran el oficio taurino, el boxeo y el fútbol. O sea, o querías ser futbolista y hacer las pruebas para el Real Madrid o el Rayo Vallecano o el Atleti, o ser boxeador –como Dum Dum Pacheco, o el boxeador del barrio, Marianín García[5]–.»

«La Iglesia de San Carlos de Borromeo durante los años sesenta y setenta tenía un centro social que hoy en parte es una peña flamenca, una de las pocas peñas flamencas que quedan de flamenco puro –hay una en el Pozo del Tío Raimundo y otra en Entrevías–. Hay que entender el sentimiento que traía [a Entrevías] la gente del sur, la música que se escuchaba, que era el flamenquito. En verano salían de las chabolitas las señoras con las sillas de nea, a sentarse a coser y a hablar. Y los hombres y tal… Ahí lo que escuchabas cuando pasabas como niño era, o pues bien la copla,

¿vale?, o, si no, escuchabas a Porrina de Badajoz o a Juanito Valderrama, o toda esa música que venía del flamenco. Y había cantaores en el barrio.»

En Vallecas una mayor integración de la población gitana tiene lugar en la década de los setenta. Hay que decir que este hibridaje étnico y cultural tuvo consecuencias para las artes en la zona: «Los gitanos vienen en los años setenta. Se asientan en la parte del Pozo, que de ahí vienen Los Chichos. La familia de Los Chichos sigue viviendo en el Pozo del Tío Raimundo. Y Los Chunguitos vienen del Puente de los Tres Ojos, ¿vale?, que es en el Puente de Vallecas. Donde está la M-30 ahora, todo era campo y hay un lugar ahí que pasa por debajo de un puente que era el famoso Puente de los Tres Ojos. Porque eran tres arcadas. Esa zona, donde ahora está enclavada la estación sur –ahí en Méndez Álvaro–, era una [central] de Campsa, ¿sabes? Había unos bidones de gasolina de Campsa, que, claro, eso era un peligro. Que luego ya en los noventa se los llevaron de ahí, pero hemos vivido toda la vida con Campsa ahí y con el peligro de que eso explotara. Luego sacaron una ley, unos bidones como esos no podían estar tan cerca de una población, pero hemos vivido [siempre] con ese miedo tan cercano». «Y ahí, al lado del Puente de los Tres Ojos, estaban las prostitutas. Lo que hacíamos nosotros como aventura era, desde ese altillo que había donde se veía todo campo, indagar hasta que veías a las prostitutas que estaban en el campo y follaban en el campo. Eran las más baratas y lo más tirado de Madrid. Y [los clientes] venían hasta de los pueblos. No iban a las putas de la calle Ballesta, que era lo típico de aquella época. Por entonces, en Montera la prostitución no existía. Follaban en el campo y las tías lo que hacían es que se limpiaban con unas toallas el coño, tío, y: "¡El siguiente!" A follar, ¿no? Y entonces tú de lejos ibas para ver todo aquello. Como dice Santi el Loco, que esta es una palabra suya, este era nuestro "sistema", ¿no?»[6].

«En Entrevías había varios cines de verano. Ahí íbamos a ver las películas que traían, los péplum… Los péplum eran las películas de romanos, tío. Así las llamaban los italianos, porque eran todas coproducciones italianas. Películas de Rómulo y Remo. Se llamaba cine péplum, ¿vale? Veíamos cine péplum y otras películas que traían. Y los sábados organizaban veladas de boxeo; que iba mi

padre, porque yo no tenía edad. Mi padre volvía [a casa] y, como estaba en primera fila, fíjate, llegaba a casa y venía con la camisa con sangre y era de las hostias, ¡que le había salpicado sangre, tío! Era una época de ver por la noche [en la tele] los combates de Pedro Carrasco, de Legrá, de Urtain. Era algo que hoy ya no es… Después de Castillejo, que fue campeón mundial, no ha habido boxeadores de calado.» «También estaban las corridas retransmitidas por Matías Prats, que eran el gran espectáculo de este [país]. Si querías, en esos años, dejar el barrio y convertirte en un figura, ¿qué hacías? Ser un maletilla y querer triunfar en el mundo taurino. Un maletilla eran los chavalillos que querían ser toreros y eran espontáneos, ¿vale? E iban de pueblo en pueblo intentando ver cómo podían torear una vaquilla, o bien en el campo, o bien [en la plaza] tirándose como espontáneos. Iban con la maletilla y eran chavales jovencitos, de trece o catorce años.»

Las fronteras entre el barrio y el resto de la ciudad, que de algún modo representaba otro mundo, estaban muy bien definidas por aquellos años. Una cuestión de primer orden para un joven en desarrollo consistía en decidir si esas fronteras habían de ser trascendidas y superadas, o si era mejor permanecer en el seno del barrio, al amparo de ese mundo de lo inmediato y ya conocido. Juan Vicente expresa muy bien la realidad de esta dicotomía al comentar sus experiencias pasadas en este sentido: «Yo, desde que nazco, tengo la suerte o la desgracia de vivir el día a día en el barrio. Pero tengo la oportunidad desde los ocho años de dar el salto e ir con mi padre los sábados a la plaza de Santa Ana, donde había mucho ambiente taurino. Y eso me encantaba, porque me daba la oportunidad de salir del barrio y hacer otras cosas. Y porque en el hotel Victoria estaban los almacenes Simeón, y yo cada vez que iba ahí me compraba un single. Y entonces, claro, era como vivir en otro mundo. Te estoy hablando de los sesenta. En los setenta ya abrieron otras tiendas, como los bajos de Discoplay en Gran Vía. Pero, por entonces, o te comprabas los discos en El Corte Inglés –que había cosas de puta madre–, o en Simeón. Volvías al barrio y habías visto ese mundo, y habías conocido en las Ventas a Álvaro Domecq; un mundo de dinero y tal… y luego estabas, al día siguiente, de nuevo tirándote piedras y escalabrándote en dreas con los de otro barrio, de otra calle. [Cuando salías del barrio], veías Madrid, pero podías estar viendo tanto París como Londres, como el

mundo. Era salir, un poco también, del gueto. [Entrevías] era un puto gueto. Es que ahí no tenías nada que hacer. No había nada, estaban los billares, nada más. Había el cine, con esas películas, pero no había nada más. No había nada de nada de nada. Fíjate que, después de todos estos años, el mayor fracaso escolar está en el Pozo del Tío Raimundo y en Entrevías. Y ya entonces figúrate cómo era aquello. La gente no sabía hablar.»

La violencia en el barrio estaba más que presente, y servía de base a muchas de las conductas de los jóvenes pandilleros de la zona: «La única banda que había en Entrevías-el Pozo [por aquellos años] fueron los Bichos. Nosotros teníamos trece o catorce años, ellos ya tenían diecisiete o dieciocho; eran hombres. Te los encontrabas por la calle, te los encontrabas en los billares, ¿vale? O te los encontrabas porque alguien te decía [al oído]: "¡Que se van a pegar los Bichos con [no sé quién]!" Y te ibas a las vías, donde quedaban, y veías unas peleas desde los altillos o montículos que había en los descampados… y desde ahí veías, abajo en las vías, una pelea a cadenazos, a hostia limpia. No sólo eran a puñetazos o eran dreas… Al final eran ya con cadenas y con unos cinturones de cabeza de león. Algunos empezaron ya a llevar los nunchakus, pero eso fue posterior.» «Todos ellos venían, ya te digo, del puro y duro analfabetismo. A ellos los educaban a hostias. Yo he visto ahí en el barrio a amigos, y que saliese el padre ¡metiéndoles unas hostias! Pero ¡unas hostias! ¡Unas patadas a sus hijos! He visto a vecinas pegándose. ¿Has visto alguna vez una pelea de mujeres? ¡Gritándose y tirándose del pelo! ¡Y los maridos no podían separarlas, tío! O sea, ¡una cosa horrible, tío!» «Santi el Loco, de los Bichos, iba con sus pantalones de campana y con esas botas de tacón alto o plataforma; de macarra que te cagas, como Gary Glitter, tío, ¿vale? Luego, antes de entrar en casa, se cambiaba. Era un tío muy despierto. Por un lado, estaban los libros y, por el otro, estaba el aprendizaje de la calle. En esos años había cero delincuencia. ¿Sabes por qué? Pues mira, todos los roba-carteras, o una gran parte de los roba-carteras de la Puerta del Sol y tal, vivían en Entrevías. Y lo que no iban a hacer era robarles la cartera a los vecinos.»

Por otra parte, las condiciones materiales del barrio –asociadas al hacinamiento y la miseria económica y educativa– tenían como

resultado conductas poco comunes, chocantes incluso para la época: «De alguno del barrio se hablaba de que su padre era su abuelo; y su madre era su hermana. Y de esos había muchos casos en el barrio. Cuántos casos, tío, de los padres con las hijas, abusando de ellas sexualmente. O [relaciones entre] los propios hermanos. Se marchaba a trabajar el padre, la madre, y quedaban seis hermanos que vivían juntos en una chabola. Vivían todos juntos, los padres fornicaban delante de los hijos. Y cuando tenían catorce años los hermanos follaban entre ellos. Te voy a contar una anécdota. En el caserón de mi abuelo, en toda la planta de abajo vivían mis padres, yo y la familia. En la planta de arriba, mi abuelo, que tuvo cinco hijas. Luego, tenía mi abuelo un patio, de los antiguos, con gallinas y hasta un pozo para sacar agua. Había otro edificio pegado, donde vivían otras dos hijas, que se casaron y tal. Y, en la parte de arriba de al lado, mis abuelos tenían una casa pequeña que la alquilaban a otros vecinos. Ahí vivía el señor U. y doña S. [iniciales falsas], que tuvieron varios hijos e hijas. Fueron de las primeras familias que compraron televisión. Y en esos años me invitaba doña S. a subir a ver Hawaii 5.0, y esas series de los años sesenta. Cuando llegaba uno de los hijos, y no estaba su madre, ¿sabes cuál era la broma para quedar bien conmigo? Cogía y se sacaba la polla. Y era una polla de un tío mayor. Que yo era un niño y ver eso te impactaba. Y a su hermana la corría con la polla[7]. Y la otra [riéndose]: “Ji, ji, ji; ja, ja, ja; jo, jo, jo.” Y el otro mirándome a mí. Esas eran las bromas con las hermanas. A veces con ella jugábamos a los médicos y yo algunas veces pensé: “¿Qué haría el hermano con la hermana?” [El incesto] era algo super común en todo ese modo de vida, del chabolismo.»

«Era una época donde, en verano, sacaban la televisión a la calle –los que tenían televisión– para ver la tele con otros vecinos por la noche, a la fresca. Y muchos dormían en la calle. Sacaban la cama y el colchón a la calle, tío. En la acera. Eso era superhabitual. Muchos de los tejados de esas chabolas o casas bajas eran de uralita. Imagínate, del resol del verano hacía un calor que te cagas. Mi hermana y yo sacábamos el colchón en verano y dormíamos en la calle. Y las casas estaban abiertas. Y nadie entraba; había un respeto. Entonces, cuando empieza en el Pozo y Entrevías el tema de la delincuencia es cuando llega la droga. Ya estamos hablando a partir del 75, del 76. Todo viene del año 73.»

La política tenía mucho peso en el barrio, dándose una estratificación jerárquica en la que las fuerzas franquistas ocupaban el escalafón dominante. El nivel de poder de cada ciudadano, en muchas ocasiones, venía determinado por el compromiso político de este: «En el barrio antes de los años setenta había una serie de gente que eran los falangistas de toda la vida ¿vale? Una serie de falangistas que eran los que tenían un bar o tenían unas viviendas de estas de la época franquista que eran para militares. Y esos son los que imponían de alguna forma su poder, porque algunos llevaban hasta pistola. Pero eran pocos. Había anécdotas con ellos de vez en cuando. Había vecinos muy rojos y vecinos falangistas. En el año 39 o 40 a mi abuela la denunció un vecino, aunque no había hecho nada, y la llevaron a la DGS [Dirección General de Seguridad], donde le cortaron completamente el pelo y le hicieron tragar aceite de resino; esas cosas que hacían a las mujeres. Simplemente porque le caía mal a un falangista y tenían el poder. E iban de chulitos, además. Que nadie les dijese nada, porque te enseñaban la pistola. Todos sabían quiénes eran, pero pasabas de ellos, porque te pegaban un tiro.»

Con el paso de los años, esas mismas fuerzas políticas autoritarias ven cómo sus ideales y valores son desplazados en beneficio de nuevas formas de vida más democráticas, hedonistas y modernas: «Yo en el 76, 77, hago la mili. Me toca todo el preludio del golpe de Estado. Y, entonces, me toca Valencia, que es donde estaba Milans del Bosch. Que cuando estoy ahí, a los cuatro meses, entra en Capitanía General. Y ¿de qué me vale el mundo taurino de mi padre? Bueno, pues que, como todo quisqui, hago tres meses de campamento ahí en Marines [Valencia] y te hacían unas pruebas para luego destinarte. Te podían destinar a cualquier cuartel, a hacer más guardias que su puta madre y a malvivir, a otros. Y yo tenía un enchufe por parte de mi padre. Entonces a mí me llevan a Gobierno Militar. ¡Y hago una mili que te cagas, tío! Gobierno Militar es donde se dan todas las ordenanzas para todos los cuarteles, el santo, seña y contraseña, etcétera. Y a mí me llevan con el coronel de Mayoría. Me pasé la mili un mes ahí y un mes en mi casa, porque me camelo completamente al teniente que está conmigo. Eso es algo que he sabido hacer toda mi vida. Para eso soy director de cine; para empapelar a productores y tal [risas]. [Gobierno Militar] era, entonces, un nido de conspiración. O sea,

cuando se dejaba la puerta abierta el hijo de la gran puta del coronel, era escucharle: "¡Es que esto no puede ser! ¡Es que tenemos que hacer algo! ¡Es que tenemos que tomar Madrid!" Yo, macho, con veinte años. Luego en el 81 entendí de qué iba la cosa. Ni por imaginación [se me ocurría] que la estaban montando. Que todo nace, sobre todo, ahí en Valencia. ¡Que saca los tanques el hijo de la gran puta de Milans del Bosch! Que Milans del Bosch, cuando llegaba al despacho, lo primero que hacía era tocar con el dedo un cuadro para ver si tenía polvo. Y me mandó limpiar todos los cristales.» «Luego hubo una laxitud... Empecé a hacer quinielas con ellos. De mi ideología política no decía ni mu. Y yo ahí era el niño bonito. Me regalaban entradas para ir a ver al Valencia. Y ¿qué ocurre? Que como yo sabía el santo, seña y contraseña, cogía y a las tres me iba. Y eso era un golferío absoluto, porque vivíamos en Gobierno Militar, pero salíamos por la puerta de atrás vestidos de calle. Y, claro, ahí en el Carmen, en el 78-79… que es la época prepunk, de grupos como Triana, como Guadalquivir, del jazz, de Lou Reed… el barrio del Carmen es un nido de drogas, tío, absoluto. Ahí estaba yo todo el puto día drogado, aunque era chocolate lo que tomaba… porque yo nunca me he metido otra cosa; a lo mejor coca y tal. Pero todo el día encanutado, ahí con Frank Zappa… No recuerdo el nombre de los bares, pero eso ya no existe. Todo eso cambió. Era supercutre, tío. Era como Malasaña en los años setenta… Esos baretos antiguos y tal, supercutre. Entrabas, tío, todo oscuro, olor a pachuli. El pachuli era el olor de los hippys, tío, ¿estas cosas de incienso?»

A finales de los años setenta la identidad macarra de los barrios empieza a mutar y el llamado cine quinqui establece una relación dialéctica con las calles, en la que la ficción imita la realidad y viceversa. Esta nueva realidad, por su parte, está relacionada con esa integración del gitano antes mencionada que da luz a una cultura quinqui a modo de síntesis entre el gitano y el macarra payo tradicional. Se habla del quinqui como identidad callejera indeterminada que deambula entre el gitano y al payo: «Cuando vuelvo de la mili, si yo tenía veinte, pues los de quince o dieciséis empiezan a emular al Vaquilla, al Torete, etc.[8]. Cuando yo estaba en segundo del TAI [Centro Universitario de Artes], [Eloy de la Iglesia] daba clases. Yo tuve grandes profesores, ¿vale? Uno de ellos fue Miguel Picazo… con Antonio Drove… El cine quinqui en

aquellos años era algo de lo que yo huía.» «En 1976, 1977, comienza el movimiento quinqui, mal denominado quinqui, porque era macarra. Por entonces la palabra quinqui te juro que ni existía para nosotros. Se usaba como quincallero, merchero [pero no se hablaba de cine quinqui].» «Cuando se empieza a reivindicar en los años noventa de nuevo el cine quinqui es cuando sale esta denominación. En los años ochenta no se decía ni cine quinqui, ni nada. Era más bien: "Vamos a ver una del Pirri. Vamos a ver una del Vaquilla." No existía lo del cine quinqui en su momento. En los noventa se cataloga así, cuando ya ha dejado de hacerse ese cine.» «Era una época absolutamente marcada por el machismo. Porque las sesiones dobles eran: una de kung fu, tío… una de Bruce Lee y otra de cine quinqui o de amor o de tal. Te ibas [al cine] con tu novia o con las chicas y se aburrían, tío. Al final eran todo héroes masculinos y las chicas siempre en un segundo plano.»

La banda sonora de los primeros y más genuinos macarras callejeros, aquellos de los setenta que llevaban pantalones de campana, camisas de flores y cinturones con hebilla de cabeza de león, era el glam rock, el rock andrógino por antonomasia. «¿Qué notabas en el barrio a nivel musical, con respecto a la ciudad? Que cuando entrabas en cualquier bar –que en todos los bares estaba la gramola– se oían grupos que eran denostados por otro tipo de oyentes, como los de glam rock. ¡El glam rock es lo más macarra que hay! Los macarras iban vestidos como Gary Glitter.» «Eso entra en el barrio. Por un lado, estaba la homofobia y, sin embargo, lo que triunfaba era Gary Glitter, los Sweet o los Slade, ¡a saco, tío! Su canción Cum on Feel the Noize (1973) era un himno macarra. Esa era la música macarra macarra.» «Es que en el Corte Inglés encontrabas todos esos discos a los pocos meses [de haber sido publicados]. Toda esa música llegaba. ¿Qué es también el epítome del macarra en la calle? El transistor. Lo que nosotros teníamos eran los casetes, y no esas pedazo de radios de los ochenta. Mi padre se había agenciado uno en un viaje a Ceuta, porque había toreado ahí un año y se había traído un casete de estos baratos de Ceuta o Melilla. Y con eso te ponías en la calle, tío; ahí en la acera, donde podías, te hacías un habitáculo en tu propia calle y era "el loro" con las cintas escuchando Deep Purple, macho[9]. El Made in Japan (1972) todo el puto día. O Led Zeppelin. Esos eran los grupos que nos entraban.»

En los años setenta y primeros ochenta mucha gente de barrio despreciaba la rumba. Fue con el fin de la Movida cuando comienza el nuevo flamenco, con grupos como Ketama que se dedican a la fusión. Es en los noventa cuando empieza a apreciarse aquella música callejera que fue rechazada en los setenta. La música de Los Chichos y Los Chunguitos se escuchaba primordialmente en las ferias, unas ferias que, según me dice Juan Vi, rodeaban todo el barrio. De hecho, había una feria en la calle Huerta del Hachero, en Palomeras Altas, que estaba todo el año, siendo toda feria el ecosistema idóneo del macarra: «Los sábados y domingos toda la chavalada nos íbamos para allá. Íbamos con mucho cuidado, porque en Palomeras también había muchas hostias. Y el Santi y los Bichos la montaban, ¿sabes? Porque iban directamente cuando se aburrían era: "¿Con quién nos metemos para meternos con alguien?"» «Pero había ferias a lo largo del verano –cuando había fiestas– con coches de choque… que esa gente ¡no veas lo malos que eran! Todos los dueños de coches de choque eran malos, malotes. Cuando grabamos Aunque tú no lo sepas (2000), para rodar en unas ferias tuve que contar con un tipo con el que luego hicimos un poco de amistad… Y nos empezó a contar su vida [a Daniel Guzmán y a mí], ¿vale? Y el tío a lo mejor se daba el pingo y tal, pero decía: "¡Yo he matado como a diez o doce tíos! Y nadie se ha enterado nunca de nada." "A mí me mandaba la Policía a pegar palizas"[10]. Yo me lo creía. Este tenía un tren de la bruja. [Hicimos amistad] en Entrevías porque, como Dani Guzmán es un macarra de cojones, se metió con uno de sus hijos en pleno rodaje y entonces me llamaron del equipo: "¡Oye, que van a pegar a Dani!" Era como: "Hostia, aquí no nos podemos meter, porque nos inflan a todos." Salimos y había unos tipos malos, malos, malos, ¿no? Y al final hicimos amistad.» «Dani Guzmán es de Cuatro Vientos. Los amigos de Dani son tela marinera. Son otro tipo de bandas. Viven en chalets de puta madre y tal, con un BMW y van vestidos de pijos, [aunque] les notas que son unos macarras de toda la puta vida… porque "aunque la mona se vista de seda"… Te cogen el BMW, te abren la puerta de atrás y te dicen: "¿Qué quieres?" Tienen todo lleno de ordenadores robados, de los alunizajes. Y viven de ello, de ser peristas del robo. ¡No han dado un palo en la vida! Bueno… [risas] un palo al agua, me refiero.»

«Pero, volviendo a lo de antes, a Los Chichos y Los Chunguitos los

escuchabas en las ferias, los veías en la tele, porque habían publicado en CBS, pero para mí era una música que me aburría.» «Luego cambió la estética del macarra un poco. [En un momento dado] era lo que escuchaban todos. Iban con el Simca [1.000] o con el 124 y tal, con las ventanillas abiertas y con el casete a tope, y a las dos de la mañana llegaban y ¡pum!, un frenazo, un chirrido –que eso era también típico del macarra, el derrapar–[11]. Llegaban "¡bruum, bruum!", y salían a toda velocidad haciendo chirriar las ruedas. Esos eran macarras, no gitanos. Eso era una generación más joven que la mía. A finales de los setenta y principios de los ochenta les gustaba llevar los coches un poco guais y los cuidaban mucho. Pero no había llegado aún el tuneado de lo que fue los años noventa y un poquito posterior.»

«Pero esa juventud sí que era una juventud –la del género quinqui– que escuchaba la rumba, que es la banda sonora de las películas quinquis. Y la generación anterior [de macarras] era de Led Zeppelin, de Deep Purple, del rock duro, ¿sabes? O incluso de Obús –que eran de mi barrio–, o de lo que se llamó el rock urbano en su momento. Nos gustaba también Asfalto, Leño, Cucharada, todos esos grupos de la Transición… bueno, y Burning sobre todo… Burning para nosotros eran lo más; lo más de lo más»[12]. «El guitarrista de Obús, [Juan] Luis, vivía dos calles más allá. Era más joven que yo, amigo de mi hermano. Y yo, como tenía tantos discos, pues venía por mi casa. Y una anécdota que nunca se me olvidará es que le dejé un disco doble [en vivo] de Ted Nugent y nunca me lo devolvió, el cabrón. Luego ya no volví a dejar discos nunca más. Y mi hermano y [un amigo] fueron pipas de Obús. Pipas eran los que ayudaban a sacar los trastos de la discoteca.» «Ya en el 81 o el 82, siempre que íbamos al Rock-Ola, o al Sol o al Penta, antes íbamos a pillar al Pozo. El Pozo son calles bien alineadas. Eso lo hicieron bien, la construcción de las chabolas. Entonces tú ibas con el coche, cuando ya estaba anocheciendo… En el año 80, año 81, era el momento del gran mercado de la droga, ¿vale? Te metías por una de esas calles y te iban parando. Había como 20, 30 o 40 [tíos] diciendo: "¿Qué quieres? ¿Qué quieres? ¿Grifa, chocolate? ¿Quieres marihuana? ¿Quieres coca?" No tenías ni que bajarte del coche. Ya para pillar caballo tenías que bajarte a la Celsa, que la Celsa estaba un poquito más abajo. Ese era el poblado puro y duro. Sólo ahí te vendían caballo. Pillabas tu postura, tus mil pelas o dos mil pelas, y

con eso te venías al centro en esa época a fumar y tal. ¿Por qué se crea un poco toda esa libertad que muchos recordamos? Porque en esa época de la Transición, tío, los partidos, la propia Policía, estaban absolutamente colapsados con lo que estaba ocurriendo en el país en ese momento. Con los movimientos políticos, con las manifestaciones en las fábricas, con el paro galopante, con la crisis del petróleo, con las matanzas de ETA… Entonces los jóvenes hacíamos lo que nos salía de los cojones. Y eso no significa que llegases por la noche en tu Simca o tu 124 a Entrevías a las cuatro de la mañana y unas lecheras de la Policía [no te pararan]. Veían a unos jóvenes con un loro, ahí, a tope en el coche, y te paraban. Decían: "¡Venga, el carnet de identidad!" Y a ver qué llevabas… y tenías que tirar el chocolate, el material y tal. Con el paso del tiempo cogimos tanta experiencia que no se enteraba ni Dios. En todo caso, por el olor. Pero en esa época tampoco se enteraban por el olor. Porque nosotros llegábamos con un olor y una peste a casa –absolutamente colgaos– a comer, y luego nos volvíamos a pirar y mis padres, te lo juro, no se enteraban. ¿Las drogas? Ni puta idea, hasta que entraron a saco... Pero no por las drogas blandas. Con la heroína surge una conciencia totalmente distinta». «Y cuando, a partir del 74, del 75, 76, la heroína entra es cuando sí que entra la delincuencia. Que no sólo era emular a los jóvenes héroes de las películas de cine quinqui; era por propia supervivencia. A mí, en mi propio barrio, me ocurrió lo que no me había ocurrido en la vida, me atracaron tres o cuatro veces en la calle. O sea, yonquis que venían directamente con una navaja, tío, y me la ponían en el cuello y me decían: "Dame lo que lleves." Y hasta con 50 calas [se las llevaban]. 50 pesetas.» «En esos años setenta había una panda del Pozo del Tío Raimundo en torno a las vías que si te pillaba te dejaba en bolas. Por el propio hecho de dejarte desnudo, te quitaban la ropa para que volvieras al barrio en pelotas. Y hemos tenido que correr varias veces. Pero corriendo por todos lados con el miedo a quedarte desnudo. Te quitaban hasta los calzoncillos. Eran pandas de chavales que venían del Pozo del Tío Raimundo.»

Juan Vicente también hubo de lidiar con la violencia en sus años mozos, viéndose obligado a recurrir a algunos de los Bichos para repeler las agresiones y obtener protección. Asociarse con alguna pandilla era el mejor modo de evitar ser una víctima: «El T. era un vecino mío. El hijo de una de las señoras que se pegaban entre ellas.

Y el T., con diez años, ¿vale?, era un tipo que estaba mal de la cabeza. No se me olvidará en la vida, que el T. hacía pajas por un pitillo o se fumaba las colillas tiradas en la acera. Yo era más mayor que él, tendría doce o trece años. Con diez años salía por la calle y hacía "¡bruum, bruum!", haciendo la moto. Y con catorce o quince años se puso tocho, tío. Hostia, empezó a crecer. Y entonces se dio cuenta de que era fuerte, el hijoputa. Y empezaba a atemorizar a los que estábamos por ahí, ¿sabes? A mí me tenía manía. Y, entonces, en una ocasión en el campo de la Viña le llamábamos el campo de la Loca, porque había una caseta en uno de sus lados donde vivía una mujer que estaba loca, la pobre; que pegaba gritos. Vivía en una casa que estaba semitechada. Y vivió ahí hasta que se murió, esa mujer. Allí te encontrabas con gente de otros barrios, de otras calles, y hacías dreas muchas veces. De pegarte pedradas y tal, en una drea de esas, los de mi calle luchamos contra los de otra donde estaba el T. Pues le di a uno en la cabeza y le hice sangre; al Manolo, que luego fue amigo mío. De repente, unos días después, ahí en el barrio estábamos jugando a una especie de pelota vasca con pelotas de tenis y aparece el T. con el Manolo este, que llevaba un esparadrapo. Y aparece el T. con un cuchillo [grande]. Y viene el hijoputa y me lo pone en el cuello: "¡Tú le has tirado una piedra a este! ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?" Yo acojonado. Y va el tipo y me tiró un escupitajo a centímetros [de distancia]. Que todavía tengo el escupitajo en la nariz y en la boca. Eso me marcó…»

«Yo en esos años ya había hecho algunos amigos de los Bichos. A mi colegio iban los Lecheros, que eran dos componentes de los Bichos. Los Lecheros eran Julito y Javier y los llamábamos los Lecheros porque su padre era lechero»[13]. «Yo era listo, yo era de los que sacaba nueves y dieces, ¡qué le voy a hacer! Y entonces Julito y Javier habían repetido tantos cursos seguidos que en tercero o cuarto de bachiller me los pusieron de compañeros. Ellos fueron los que me pervirtieron. Eran más mayores, salían con tías… me decían: "¡Toma, vete y cómprame un Winston!" Estos no iban de Bisonte, ni de Celtas. Tenían dinerillo de ayudar a su padre a trabajar. Y decían: "Vente con nosotros, que nos vamos al cine San Diego." Y yo, que era un chaval que con dieciséis aparentaba catorce, y me pedían el carnet de identidad para entrar en los cines para ver películas para mayores de dieciocho años, con estos entraba donde quería. Y empezabas a ver las películas donde se

daban el lote… donde veías tías en bolas, que no existían ni revistas hasta que apareció el Interviú en el 77. En esos años no habías visto una tía en bolas en tu puta vida. Y con ellos ya empezaba… incluso me iba al campo y, de repente, se sacaban la polla y empezaban a hacerse una paja. Y, con trece años, cuando llegabas a casa te ponías a hacer lo mismo. Ibas aprendiendo un poco de esa manera.» «Entonces, estos eran de los Bichos. Yo en los exámenes les dejaba copiar… Iban aprobando el curso por mí. Entonces, le conté al Julito lo que me había hecho el T. El T. en esa época ya empezaba a querer ir con los Bichos, ¿vale? Entonces nos lo encontramos, ¿no? Y el Julito nada más verlo le pegó, en medio de la calle, una somanta de palos; diciéndole: "¡Tú a este no le vueles a tocar en la vida!" ¿Sabes? Una somanta de hostias que me respetó toda su puta vida el T. Pero el T. estaba tan loco que unos años [más adelante] mató a un tío al lado del Manzanares. Fue a la cárcel y salió con sida, tío. Entró en el 82 o el 83, y cuando salió era un despojo el cabrón.»

Afortunadamente, Juan Vi pudo facilitarme una grabación realizada en cinta junto a Santi el Loco, líder de los Bichos, en la que ambos ilustran a Daniel Guzmán y otros actores sobre la vida en Entrevías en esos años; todo ello a modo de preparación para el rodaje de la película biográfica Aunque tú no lo sepas (2000). Juan Vi: «En esos años cada uno tenía su pandillita, que te ibas a jugar al campo de fútbol, ahí, [al campo] de la Loca [cerca de la estación de Renfe]. Ahí se montaban unos partidos los domingos… y, joder, se llenaba de gente para ver los partidos… [En esos años] estaba el fútbol o los billares…» Santi el Loco interrumpe: «O [estábamos] corriendo, o haciendo alguna putadilla por ahí… Es que no tenías ningún tipo de actividad, te juntabas, cuatro o cinco y decías: "¡Vamos a joder algunos cristales! ¡Cosas típicas de chavales! ¡No te podías divertir de ninguna otra manera!"» Juan Vi: «[En los Bichos] había uno que se llamaba el Monster, me acuerdo yo, por la serie de los Monsters, ya que le acababa la cabeza en punta. [En Aunque tú no lo sepas] vamos a recrear ahí en las vías [del tren] una pelea, como que los Bichos se pelean con otra panda. También estaban los Lecheros Julio y Javier, el Rogelio… Queremos que nos hables un poco de los recuerdos que tú tengas. Porque yo recuerdo que vosotros os pegabais con los no sé qué de La Elipa, los no sé qué de Usera, ¿no? ¿Cómo era eso?» Santi: «Bueno, hacia los de más allá de la vía había

mucha manía. Había una manía terrible, y entonces, claro, no había puentes [que comunicasen ambos barrios]. Pues les tirábamos piedras, bueno, lo típico, ¿no? Y luego ya empezaron las cosas más…» Juan Vi: «En esa época yo recuerdo que se llevaban unos anillos… ¿No se llevaban unos anillos que se llamaban quitapenas?» Santi: «Yo ya te digo que a lo mejor cogía un palo y le pegaba un palo a uno en la cabeza.» «Se hacía un corrillo, ¿no?, y, si yo tenía lío contigo, por ejemplo, ¿no?, se discutía y te inflabas a hostias. Anillos no recuerdo. No te digo que alguno no llevara una cadena. Lo que se llevaba mucho eran los cinturones esos de los leones, esos grandes que había [con hebilla de cabeza de león]. Que como te diesen en la cabeza, te jodían vivo.» Juan Vi: «Eso que dices del corrillo, también había de cinco contra cinco o seis contra seis.» Santi: «Y diez contra diez. Y luego te digo que la gente era muy sana. Luego se terminaba y se cogía y se compraban litros de vino con Coca-Cola… bueno, lo que es hoy el calimocho[14]. Se daban de hostias y luego se cogían una curda por ahí todos juntos.» «Yo me pegaba también con guantes en la calle. Y, cuando te daban una hostia que te dejaba así un poco medio mareado, ya te picabas. ¡No veas las hostias que nos dábamos! Empezábamos de cachondeo, pero ya empezaban las hostias [risas].»

Santi nos relata de dónde viene el nombre de los Bichos: «Había uno que tenía un apellido… que se llamaba Vilches. Y, por no decir Vilches, que sonaba un poco raro, pues le empezaron a decir "Bicho". Entonces, de tanto decir "el Bicho, el Bicho, el Bicho", entonces dijimos: "¡Pues ahora vamos a llamar a la banda, los Bichos!" La mayoría de estos chavales paraba al lado del mercado, que antes había ahí unas reuniones, en las casas bajas, en las chabolas, porque no había otro sitio. Teníamos el tocadiscos de pilas. Poníamos el tipo de música que había en aquella época, ¿no? Estos chavales, unos venían de esta parte de acá, a este lado del Pozo [del Tío Raimundo]: el Monster, el Jero… Otros venían del Pozo, menos tres o cuatro, que eran de Entrevías. Como hacíamos las reuniones, pues empezamos a hacer el tema de los Bichos y tal… Yo vivía cerca e iba a ver qué era lo que pasaba ahí. Todos los chicos [de los Bichos originales] eran mayores que yo. Entonces, bueno, pues yo iba ahí con ellos y empecé a coger un poco, digamos, el sistema que ellos llevaban. Al final, unos se casaron y eso desapareció. Y ahora entramos en escena. Fue entonces cuando

nosotros volvimos a hacer eso de los Bichos, ¿me entiendes? Los Bichos [originales] venían de antes.» Esto significa, pues, que los Bichos eran la pandilla previa, cuyo nombre fue adoptado por Santi el Loco y sus amigos, más jóvenes que los anteriores. Este grupo debería haberse llamado, propiamente, los Mini-Bichos, como tantas otras pandillas callejeras de la época que seguían la estela de agrupaciones previas.

Juan Vi: «Pero de estos Bichos el líder eras tú, tú eras el que lo montaste… o, al menos, la figura eras tú.» Santi: «El Rogelio, yo, bueno…» Juan Vi: «El que más hostias daba eras tú, macho. Y al que se tenía [como] un poco de figura, como de respeto y tal, yo me acuerdo que eras tú.» Santi: «En un grupo siempre sobresalen unos más que otros.» Juan Vi: «El que más destacabas eras tú, porque eras el que más hostias daba, o por lo que fuera» [risas]. Santi habla de las famosas dreas de los setenta: «Hostias había. Que, si tenías que ir a la casa de socorro al Pozo, te preguntaban: "¿Qué te ha pasado?" "Pues nada, que me he caído por un terraplén"[15]. En realidad era una pedrada que te había jodido vivo, ¿sabes lo que te quiero decir? Tenías que ir a la casa de socorro o a la capilla esta que había aquí. Recuerdo un día, después de una pelea, que me dicen: "¿Qué te ha pasado, chico? ¿Todos los días tienes que venir tú?" Es que era terrible, macho. En un momento dado, empezaron [a pelear] con escudos.» Juan Vi: «Ah, sí, llevaban escudos de madera.» Santi: «Cogían los escudos de los vertederos. En esa época la basura la tiraban a la calle. Si no había ni agua corriente ni nada, joder. Y te tenías que poner un casco… Porque tirábamos contra los de la vía y, claro, ¡muchas veces no veías ni por dónde venían las piedras! [risas] ¡Te chocabas con ellas!»

Juan Vi: «¿Tú te acuerdas de la Huerta del Hachero [en Palomeras], que había siempre ahí como una pequeña feria? ¿Te acuerdas que estaba ahí perenne? Nosotros de chavalitos nos íbamos ahí los domingos a dar una vueltecilla siempre por ahí, que era ya un territorio un poco peligroso. Palomeras era peligroso.» Santi: «Yo tuve varios temas con ellos, varios problemas con [los de Palomeras]. Sí, ya te digo que esa gente era la hostia, ¿eh? Nosotros íbamos a la verbena. Y había problemas. Si no era por un empujón, era por una mirada: "¿Por qué me miras, gilipollas?" [risas]. Lo típico, ¿no?» Uno de los presentes se dirige a Santi el Loco: «O sea,

que [te ponías] loco, porque te miraban mal, ¿no?» [risas]. Santi: «Le dabas un puñetazo o un cabezazo.» Juan Vi: «Sí, eso estaba muy de moda. Una de las peleas que te vi fue en los billares del señor Carlos, contra un chaval, a solas. Estabais ahí jugando con unos coleguitas y vino un tío que a lo mejor te la tenía jurada y no sé cómo se montó. Yo me acuerdo que se terminó rápido... Le pegaste un cabezazo y le diste una patada, macho.» Santi: «Ese era mi método. Eso yo lo aprendí de los del Pozo. Te daban con toda la frente, es que no te daban ni explicación: "¡¿Y a ti que te pasa, gilipollas?!" ¡Pum! ¡Y caía fulminao! Es que no te daban ni ganas de levantarte [pensabas]: "¡Y unos cojones…! Para que me pegue otra".»

Santi: «En el grupo estaba el Rogelio, el T. Aunque el T. ese no venía con nosotros. Era un tipo, no sé cómo explicar, un poco raro… ¡No raro!, sino que era un gamba.» Juan Vi: «Estaba colgao.» Santi: «Era un tío terrible. O sea, era un tío terrible. No podías ir con él a ningún lado porque, bueno… Tú fíjate, entonces nos íbamos a lo mejor hasta el Retiro o Atocha andando. ¡Qué hay una tirada! Porque entonces, claro, los medios de locomoción iban despacito despacito. Porque no llegaban [al barrio]. Luego, más adelante, empezaron a subir más para arriba y llegaron hasta la vía [de Entrevías]. Vamos, que andando era mejor. Porque había uno o dos autobuses. Y este T. era un gamba. No podíamos ir con él, porque, ya te digo, en menos de nada te montaba una. Entonces había mucha, digamos, mucha unidad, ¿me entiendes lo que te quiero decir? Había mucha unidad. Y, entonces, ¿qué pasaba? Que si uno metía la gamba, no le dejabas solo. Entonces, si llovían hostias, pues llovían hostias para todos, ¿me comprendes lo que yo te quiero decir?» La desbandada después de una de estas peleas por el centro de la ciudad nos recuerda a imágenes dignas de películas como The Warriors (1979): «Luego, claro, terminaba [la pelea]: uno para acá, el otro para allá, volvíamos para Entrevías como podíamos. ¿Eh? Y encima echándole la bronca a este [diciéndole]: "Con nosotros no vengas más que no haces más que causarnos problemas." Era el típico gamba, que metía la gamba, y nunca se llevaba las hostias.» «Tonto, nunca ha sido tonto, porque, mira, el "tonto" se montó un sistema que no veas, macho… Llegaba y se hacía unas estampitas, bueno, pues de vírgenes, de Dios, de santos, para que tú me entiendas. Y se hacía el mudo. Y, con unos

cartelitos, iba casa por casa. Hacía ruidos y te daba la postal. Fíjate, entonces, el pájaro, el sistema que tenía. ¿Me entiendes? Todos los demás currando y este no curraba. Y todos los días venía, macho, y [yo me preguntaba]: "Pero este tío ¡¿de dónde saca las pelas, macho?! ¿De dónde sacará las pelas?" "Vente un día conmigo", me dijo. Y un día nos fuimos [a vender estampitas] y a mí me daba un corte terrible. Yo me quedé así en el portal. Y el tío se hacía el mudo: "mmmm, mmmm, mmmm." Y se levantaba unas pelas con las estampitas. Eso sí que era el timo de la estampita, macho. E hizo cantidad de dinero. Hizo un dineral, ¿eh? Se sacaba una pasta.» «A ese siempre le gustó el rollo de las navajitas y tonterías de esas. [Luego le dio por el rollo de las navajitas, del robar]. O sea, el tío iba a por el robo, ¿sabes lo que te quiero decir?»

A mediados de los setenta los Bichos se interesaron por la política, tratando de comprender su propia posición en el organigrama social de la mano del Partido Comunista. Muchos macarras se hicieron comunistas. Juan Vi: «Al principio no existía ni el caballo, era pura morfina. Esa fue la primera entrada de la droga. Y la droga empezó a arrasar con todos los que estaban en ese momento transicional de ser macarras a tener un ideal comunista. Arrasó de tal manera que se cargaron a varias generaciones en esa época. Los he visto morir, los he visto en el parque.» «Yo sentí que eso fue una manera brutal [de acabar con el activismo político] en mi barrio. Es que tú no te puedes hacer idea de cómo llegó a ser el barrio de Entrevías-Vallecas en aquel momento, políticamente. El Partido Comunista y las Juventudes Comunistas [contaban] con una organización muy grande que Carrillo venía organizando desde Francia [a partir] de los años sesenta. Y fue cuando, a través de los sindicatos –de UGT y, sobre todo, Comisiones Obreras– [se organizó un movimiento político en la zona]. Hay que tener en cuenta [además] que quien dejó su capilla para las primeras reuniones clandestinas fue el padre Llanos; el padre Llanos, que había sido confesor de Franco. [Era] un ultraderechista de cojones. Y cuando llegó al barrio y tuvo la posibilidad de vivir con el pueblo cambió completamente; a una edad en la que pocos cambian ya. Con cincuenta y tantos años. Y llegó a hacerse del Partido Comunista y amigo de la Pasionaria, de Carrillo y de Alberti. Entonces, en esos años el barrio estaba muy politizado.» «Mi prima Mariluz perteneció al Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, el FRAP. Y a mi prima Mariluz la meten en

la cárcel de Carabanchel –que yo fui con catorce años a verla– y casi la habían mutilado a hostias, para que confesara… porque habían matado a un policía en el año 1973 en la calle de Santa Isabel. Y cogieron a una serie de gente –entre ellos a mi prima– en un portal, [durante] una manifestación. Y no te puedes imaginar en la DGS cómo la [torturaron]. Yo con catorce años, ver a mi prima amoratada [me afectó mucho]. Y, durante años, mi familia estuvo además con los teléfonos pinchados. Recuerdo también a mi primo Julio que pertenecía a la ORT [Organización Revolucionaria del Trabajadores], que eran maoístas. Eran todos partidos marxistas-leninistas, maoístas, trotskistas, que estaban un poco a la izquierda del propio Partido Comunista, ¿vale? Entonces el barrio se convirtió, tío, en un volcán; en un volcán absolutamente político, ¿no?»

«A partir de los setenta, de la época de la droga y tal, empezó un poco la delincuencia, los atracos, como en las películas.» Santi: «Yo te puedo decir que no he pisado en mi vida la cárcel. [Pero sí] hemos tenido una pelotera y me han llevado al cuartel». Juan Vi: «Yo me acuerdo que años después, con veintitantos, pues el rollo eran más las nenas, las discotecas y lo de pelearse ya no…» Santi: «Es que luego cambió el sistema. [Lo de las bandas] fue un periodo muy corto. Porque, luego ya, todo cambió. Yo salía con una chica, otro con otra, íbamos a la Luna… y empezaron las discotecas. Que ya te digo que antes no las había. Joder, ¡[antes] teníamos que ir a la Avenida del Mediterráneo!» Dirigiéndose a Juan Vi: «¿Tú te acuerdas del colegio José María Pereda, que estaba detrás del campo de la Loca? Me acuerdo yo que el colegio tenía un porche, ¿no? Y ahí hacíamos las reuniones el domingo, macho. Con un par de litros de Coca-Cola, un par de litros de vino, cacahuetes y el tocata de pilas. Y a bailar, ahí. Imagínate, tú, como funcionaba el tema, macho. Y en la calle. Ni los mayores ni nadie nos decía nada. [Alguien te miraba y le decías]: "¡Tómese un poquito de vino, jefe!"» El salto generacional entre los jóvenes de la época y sus padres era enorme en esos años. Santi: «Yo salía formal, eh, de mi casa. Pero llegaba a la esquina, me cambiaba… ¡porque mi padre [si me pillaba] me endiñaba una que no veas! Digo: "Pues ya no me endiñas." Como había tanto campo [en el barrio], pues, fíjate, ahí me cambiaba. Si salía yo con esa pinta, mi padre me daba de hostias, me daba una paliza terrible. Tú imagínate gente, joder, más

mayor que ha vivido nada más que calamidades, [ver] un cambio de la juventud, tan grande. Pues, ¡imagínate! Ponía la ropa en una bolsa y la dejaba tirada en un tejado, ¡y nadie la tocaba! ¡Era todo campo!»

Juan Vi y Santi sin duda creen que la epidemia de la heroína fue fruto de una conspiración del Estado. Santi: «Aquí metieron la droga a raíz de que empezamos con el tema del Partido Comunista, las Juventudes de Entrevías, las manifestaciones.» Juan Vi: «Eso sería en el año setenta y cinco.» Santi: «A mí me cogieron [los policías] una vez en el mercado, que me dieron más hostias que… Casi todos los Bichos estaban [metidos]. Aquí no había nada, aquí no había centros culturales, ¡aquí no había nada! ¡Aquí la juventud era un cacho de carne con ojos!» «[En el tema político] empezamos en la Cooperativa del Pozo. Fíjate lo que yo te cuento. Ahí había unos billares, y en estos había un local, había una puerta que era como un reservado. Habría, no sé, 25 o 30 metros cuadrados. Una habitacioncilla para nuestras charlas y para nuestros rollos. Ahí todo el mundo jugaba al billar, pero nosotros nos metíamos por la puertecita falsa y nos reuníamos y hablábamos. Entonces empezaron a meter droga, macho, pero… por camiones. No les interesaba despertar a la juventud políticamente. ¡El Gobierno! [Dijeron]: "¡A tomar por culo, que estos nos van a liar un cacao que nos vamos a cagar vivos!" Yo me acuerdo que íbamos a charlas hasta [metro] Iglesia. Que me acuerdo yo que cogíamos el metro, ¡que nada más que existía la Línea 1! [Íbamos desde metro] Portazgo a charlas de esto, de lo otro. Y había gente muy preparada.»

«A mucha gente de mi edad les pilló la droga. Donde está ahora la Renfe había un poblado donde se vendía. Eso empezó a ser un monopolio, digamos, de cuatro o cinco que se apropiaron el negocio y entonces empezó la delincuencia.» «Cuando empezó el movimiento de la droga, te puedo asegurar que en Madrid había muy poca droga. Aquí la metieron de golpe, macho. Y mutilaron a toda la juventud, ¿eh?» «En el 73 o 74 fue cuando empezaron. El primero que vi yo meterse era uno que murió, un tal Guido. Te lo digo yo, que seguíamos haciendo las reuniones. Y salí yo a un descampado, y le veo, macho, y pienso: "¿Este tío qué hace?" Y se estaba pinchando. Con una cuchara quemaban eso, el trozo de

morfina lo quemaban, macho.» «Las Juventudes Comunistas pasaron a llamarse los Hijos del Agobio [por una canción de Triana]. Triana venía a tocar aquí al cine Veracruz. ¡Y no los conocía ni Dios!» Juan Vi: «Los Bichos se [fueron] transformando entonces en un movimiento político, cuando entraron las Juventudes Comunistas, ¿vale? El tema de las bandas y el pegarse era simplemente marcar territorio. Era el año 69, 70, 71. En cuanto empiezan a entrar las Juventudes Comunistas, en el año 73, uno o dos años antes de la muerte de Franco, [el tema de las bandas] se acaba. Fue algo como muy efímero. Esa adrenalina de pegarse, de estar todo el día en la casa de socorro, porque cuando no pegabas te pegaban a ti. Y, de repente, echarse novia, echarse tal.»

Por entonces, todos los Bichos se han politizado, pasando a formar parte de los Hijos del Agobio de las Juventudes Comunistas. Ese mismo año llega Fraga a dar un mitin en el cine París y el barrio se manifiesta y no le dejan pasar. Ni a él ni a los coches oficiales o a la Policía a caballo. Se forma un gran disturbio en el que dos de los líderes de los Bichos opusieron resistencia. Roger –que luego fue sindicalista en el mundo del taxi– y Santi el Loco, entre otros, hicieron frente a la Policía, tirando piedras. Debido a una serie de vídeos de la época reconocieron a Roger –Santi el Loco se libró– y le detuvieron, pasando luego varios años en la cárcel. Santi: «Cuando vino Fraga se le prendió fuego a su coche y, en aquella época, pues imagínate el tinglado que se lio, ¿no? Rogelio y otro fueron los que pagaron, y encima le metieron por lo militar, al chaval. Lo pasó muy mal el Rogelio.» Juan Vi: «A partir de ese momento [la droga llegó, porque] vieron esa explosión en el barrio de lo que podía ser el día de mañana cuando muriera ya Franco, que ya se estaba esperando. Ahí es cuando meten a saco la droga en el barrio. Es una teoría conspiratoria [de la que] ya se hablaba y se ha hablado toda la vida en el barrio. Y lo mismo ocurrió en el País Vasco, tío. Aquí crean el poblado de la Celsa y se valen de los gitanos para meter la droga.»

Para terminar, Daniel Guzmán pregunta a Santi por su relación con los gitanos. Santi: «Gitanos en este barrio nunca ha habido. Aquí había una ley, que el gitano del río [Manzanares] para abajo. No del río para arriba. Si lo cogía la Guardia Civil, lo jodía. Aquí gitanos había muy pocos. ¿En la Celsa? En la Celsa sí. Aunque la

Celsa no la hicieron los gitanos. Uno de los que desarrolló la Celsa era primo de mi padre. Eso era un descampado. Cogió un terreno, como era un terreno libre... y lo valló. Y se dedicaba a la busca de basura, compraba ropa, café, compraba de todo. Y luego el tío es multimillonario, por cierto, gracias a esto. Cogía un camión viejo de esos que había y se recorría todo Madrid. Entonces se tiraba mucha mierda y este se aprovechaba de esas cosas. Las remodelaba». «Recuerdo, cuando éramos chavales, que yo y otro que llamaban el Rata subimos y le quitamos un burro a un gitano. Caminando con el burro y dándole palos, que el burro no caminaba. Joder, a los dos días estaban los gitanos buscándonos por ahí. Si nos pillan… [risas].» «Antes la unidad la teníamos nosotros. Tú eras mi amigo y eras amigo mío. Si alguien venía a pegarte, yo me pegaba también para ayudarte, porque no te dejábamos solo. Ahora la unidad la tienen ellos [los gitanos].»

---

[1] Recordemos que el macarra, originalmente, era el proxeneta o chuloputas. En los años setenta se va desligando el significante «macarra» del proxenetismo. Dicho lo cual, en esa década todavía coexistían ambas identidades en una, es decir, que muchos reputados macarras eran, a su vez, proxenetas. Es a partir de los setenta que alguien puede ser llamado macarra sin vivir de las mujeres.

[2] El macarra original no sólo es un inmigrante venido de un pueblo, sino que existe también el caso prototípico del macarra pueblerino que no migra a la gran ciudad, sino que es la gran ciudad la que viene a él. Hablo de gente que nace en pueblos y pedanías cercanas a la ciudad que acaban siendo absorbidas por capitales de provincia en su expansión. Esto es lo que ocurre con algunos de los pobladores de Vallecas, Vicálvaro, Canillejas, y muchos otros pueblos de distintas ciudades españolas finalmente integrados en el núcleo urbano. Un caso de este tipo es el de José Luis Manzano, quien, según el autor Eduardo Fuembuena, nació en una casa cercana a un bosque, en el año 1962, en lo que hoy es Vallecas. No fue siquiera escolarizado y, de niño, se dedicaba a cuidar las gallinas. Por otro lado, hay que tener en cuenta cómo, tradicionalmente, las personas del entorno rural han solido ser más rudas y recias, un rasgo que encaja en el arquetipo del macarra.

Sonny Barger, líder de los Hell's Angels, decía en sus memorias, Hell's Angel: The Autobiography of Sonny Barger (2000), que los más duros contrincantes eran los granjeros y pueblerinos que los miembros del motorclub se encontraban en sus excursiones moteras los fines de semana. Según decía, no se arredraban ante nada y eran duros como el pedernal. Estos individuos del mundo rural trasplantados a un entorno urbano de pobreza y hacinamiento representarían el arquetípico macarra de los años setenta.

[3] José María de Llanos, uno de los más famosos «curas obreros», fue director espiritual de Franco. Tras sufrir una crisis existencial en 1955, se mudó al Pozo del Tío Raimundo, donde tuvo contacto directo con el fenómeno del chabolismo y la miseria, pasando en años posteriores a militar en el Partido Comunista de España. Es considerado una especie de padrino del Pozo.

[4] En cuanto a las prototípicas gafas de sol del franquista español, diríamos que estas son una forma de distanciamiento, el signo distintivo de aquellos que pertenecen a la estructura de poder; aquellos que cuentan, simbólicamente, con una autoridad moral o eficiente para castigar, sancionar u ordenar. Se trata de esconder la mirada, el acceso a su alma e identidad, a sus vulnerabilidades. También expresa un poder: «yo veo tus ojos, pero tú no ves los míos»; lo cual representa una posición privilegiada, de ventaja con respecto a los demás. Esto nos recuerda a las estrategias sádicas de asesinos psicópatas como Leonard Lake y Charles Ng, que contaban con unas gafas de visión nocturna con las que contemplaban a sus víctimas mientras eran prisioneras suyas en la oscuridad de una pequeña celda. La relación desigual de fuerzas, la incapacidad de las víctimas para ver, frente a la mirada de sus torturadores era una expresión de poder sobre la víctima. Las gafas oscuras se convierten así en signo de autoridad. Al igual que ocurre con los franquistas, muchos miembros de la Mexican Mafia –la pandilla más poderosa del sistema penitenciario del Sur de California– llevan también gafas de sol para expresar inaccesibilidad y poder sobre otros. Por otro lado, Jack Nicholson, eminente usuario de gafas de sol, afirma que le permiten mantener cierta privacidad en público. Dijo también: «Con mis gafas de sol soy Jack Nicholson. Sin ellas, soy un gordo de sesenta años».

[5] Campeón de España en peso mosca. «Era nuestro ídolo», dice Juan Vicente. «Le conocíamos porque vivía dos calles más abajo».

[6] Me dice Juan Vi que en los ochenta surgieron otros mercados del sexo en Madrid: «En los años ochenta la calle Almirante estaba siempre llena de chaperos. Calle Almirante es una calle pequeñita que sale a la Castellana [desde Chueca] y es donde estaban todas las tiendas de ropa. Tú salías con el coche y te encontrabas a todos los travestis [en la zona de Rubén Darío], a todos los chaperos en Almirante. Ya no existe nada de eso [los travestis siguen en Rubén Darío]. En los años ochenta estaba pero petado. No te puedes hacer ni una idea, a las tres de la mañana… y la cantidad de coches, de BMW y tal, que pasaban y paraban para meterse a un chapero para llevárselo, ¿vale? De gente de mucha pasta. Luego empezó todo el trapicheo en la Casa de Campo. Que la Casa de Campo se convirtió en un puterío, en una casa de putas… Las negras, las rumanas, los travestis, cada uno tenía su zona. Y venía gente de Toledo, de todos los pueblos de alrededor… todo el mundo a follar por la noche por menos de 30 euros». «El rollo de ir detrás de travestis no era para que te diesen por culo. No. Era para que te la chupara [una tía] que tiene polla.»

[7] Lo que significa darle golpes con su miembro en la cara. Lo que en inglés viene a llamarse «dick slapping».

[8] Perros callejeros se estrena en 1977.

[9] Un dicho popular decía despectivamente del macarra en esos años: «No hay parto sin dolor, ni hortera sin transistor». El transistor o el «tocata» eran elementos que acompañaban al personaje callejero, que gustaba de escuchar música en la vía pública junto con sus amigos. Tales personajes celebraban en la calle puesto que carecían de vivienda propia. Algo similar ocurría en la cultura callejera del hip hop neoyorquino de los años setenta.

[10] Aunque suene difícil de creer, he oído historias similares sobre matones a sueldo de la Policía en varias ocasiones, siendo informadores desvinculados entre sí.

[11] Este tipo de conductas sigue proliferando en los barrios menos pudientes. Un informante que vive frente a viviendas de protección

oficial y es vecino del Piojo –conocido butronero– me habla de los derrapes constantes en la vía pública. Según comenta, los jóvenes del barrio se despiertan tarde, derrapan con los coches, ponen la música muy alta y tunean y arreglan los motores de sus coches en la misma calle.

[12] En palabras de una informadora femenina: «Yo vivía en Chueca cuando era niña y mi vecino era el Johnny, de los Burning. Iba con dos pibones en su coche Dodge, comiendo fuagrás con una cuchara. El coche tenía un agujero de bala en el cristal de atrás.»

[13] Juan Vi me habla del negocio del padre: «Su padre empezó vendiendo leche por la calle en un carromato. Y luego montó una lechería allí. En una época en la que aún había vacas, tío. Yo en el año 67, 68, 69, me decía mi madre: "¡Toma la lechera!" Ibas a un sitio donde había vacas, con un olor a pastizal que te cagas, y allí te llenaban la lechera de leche de vaca; auténtica, con la nata y tal… Eso era el modo de vida en esos años, en un barrio de la periferia. Que era lo mismo en San Blas que en el Carabanchel, etcétera.»

[14] Sobre el origen del calimocho y su nombre hay unos interesantes datos en Wikipedia: «El origen del nombre no está claro, pero ya antes del año 1970 existía esta combinación, y se le solía llamar rioja libre o cuba libre del pobre, dependiendo del lugar de España. En la Barcelona de la década de 1970 también era conocido por el cubata gitano. Según la leyenda popular, el nombre original vasco para la popular mezcla, kalimotxo, que dio origen a la españolización calimocho, se atribuye al grupo Antzarrak que inventó el término (en honor a un componente de dicho grupo apodado calimero) en las fiestas de 1973 del Puerto Viejo de Algorta (Guecho, Vizcaya, País Vasco). En una txosna (caseta con barra de bar) de dichas fiestas vieron que el vino comprado estaba picado y antes de tirarlo pensaron en mezclarlo con algo para no perder ese dinero. El nombre de la mezcla viene de dos miembros de dicha cuadrilla apodados Kalimero y Motxo. El término kalimotxo se fue extendiendo por el País Vasco, popularizándose ya a principios de la década de 1980, y de ahí se extendió por las regiones vecinas y finalmente a toda España. Actualmente también pueden escucharse las formas abreviadas motxo o kali. Junto al término del calimocho nace el

de cachi (en euskera katxi, forma abreviada de kattilu, tazón grande), para referirse a un vaso de plástico de gran tamaño, también llamado en otras zonas
como mini, litro, maceta, cubalitro o megavaso. Existe también la teoría de que el origen de esta mezcla, hecha a base de vino tinto y Coca-Cola, se remonta a Italia, durante la Segunda Guerra Mundial, época en la que los soldados americanos tuvieron la feliz idea de combinar el vino tinto de Chianti con Coca-Cola, con la idea de crear un sofisticado cóctel.»

[15] Debemos tener en cuenta la configuración, accidentes y geografía del terreno de una ciudad por hacer. Para Santi y sus amigos, la excusa perfecta era afirmar que uno se había caído por un terraplén, algo muy normal en un entorno por construir repleto de solares, montículos y extensiones de tierra.

Capítulo II

«El baile» en Valencia

Macarras setenteros de discoteca

Como hemos visto, los primeros macarras interseculares eran personas interesadas en la cultura pop, que disfrutaban del ocio en discotecas, billares y ferias o incluso en las calles. Nos interesa ahora retratar el modo en que muchos pandilleros se divertían allá por los años sesenta y setenta para comprender mejor nuestro objeto de estudio, y ¿qué zona del país ha estado más vinculada a la diversión nocturna que Valencia? En esos años las discotecas eran lugares en los que buscar pelea, pero también suponían una fuente de otros placeres como la intoxicación etílica, el ligue y el baile. La cultura pandillera valenciana, como veremos, es muy similar a la madrileña y a la de otras ciudades españolas en aquella época, por lo que estudiar dicha historia, además, nos vendrá bien para contrastar la vida macarra en diversas comunidades, a la vez que establecemos nexos de unión y comunes denominadores. Por otro lado, analizar la historia de la juerga macarra –particularmente la valenciana– nos servirá para establecer un antecedente y un nexo de unión con lo que vendría a ser la Ruta del Bacalao, un itinerario de discotecas valencianas que realizaban jóvenes provenientes de distintas localidades y zonas del país para divertirse en interminables fines de semana, y que, con el paso del tiempo, vino a mutar en la Ruta del Bakalao Destroy, ya conformada por jóvenes macarras y agresivos –los llamados bakalas o makinetos–, que monopolizaron el macarrismo patrio principalmente en la segunda mitad de los noventa. En este sentido, el presente capítulo servirá de introducción cronológica a uno posterior que tratará sobre dicha cultura macarra de discoteca. De este modo, atenderemos al Homo antecessor del agresivo bakala de los noventa y nos toparemos, incluso, con algunos de los locales, costumbres y fenómenos que protagonizarán la futura Ruta. Gracias a ello iremos hilvanando una historia del macarrismo ibérico en sus diversas manifestaciones, muertes transitorias y espontáneos renacimientos, como el discurrir

de un río que nace para luego tomar vías subterráneas y aparecer inesperadamente en un torrente de agua que nutre y destruye a la vez las comarcas que le sirven de tránsito.

Aunque el capítulo que sigue se centra, como ya he dicho, en la ciudad de Valencia, iniciaré el recorrido de la mano de Pablo Díez, alias Lobo, un personaje madrileño cuyas palabras nos servirán para abrirnos paso en el mundo de la noche pandillera. Lobo, del barrio de Usera (al sur de Madrid), nos hablará de los célebres Ojos Negros (pandilla callejera de los sesenta y setenta) y el ámbito predilecto de estos: el baile (o, como diríamos hoy, la discoteca). Entre otras cosas, Lobo retiene ese aire chuleta madrileño propio de los viejos «gatos». De su jerga de barriada y su graciosa chulería os percataréis nada más comenzar a leer su historia. Atendamos, pues, a sus palabras: «Mi padre era cobrador [en los autobuses]. Era el que entraba por la parte de atrás y cobraba el billete. Luego ya le metieron en la ITV de San Cristóbal, a hacer las revisiones a los autobuses, coches, ¿entiendes? Era de la EMT. Nosotros éramos nueve hermanos, nueve. Yo vivía aquí, en [calle] Marquesa de Silvela; yo tengo sesenta y nueve años ya, sesenta y nueve tacos. Y no me los echan, ¿eh? Yo veo a otros más jóvenes que yo y están hechos polvo. Han abusado de la droga, del alcohol, y el cuerpo te responde según… ¿me entiendes? Me gustaba mucho el baile, el deporte, empecé a fumar a los treinta años, no he bebido nunca alcohol. De los nueve hermanos que éramos, uno era una niña. Mi padre buscaba una niña y [salían] todo niños. Y menudos bicharracos mis hermanos. Todos grandes, daban un miedo. Pero es que mis hermanos sí que sacudían. Con nosotros no se metía nadie en el barrio. Yo era el segundo de los hermanos.» «Mi padre nos hacía hacer gimnasia, flexiones durante horas y horas y horas. Mis hermanos llorando: "¡Venga, a la cama!" Y yo me quedaba ahí. "¡Hasta que no llores no te vas a la cama!" Pero nunca lloraba, nunca.»

Sobre los Ojos Negros: «Yo conocía a toda esa gente [de los Ojos Negro], lo que pasa es que eso de "macarra"… ¡esa palabra no me gusta[1]! Porque los macarras eran chulos y delincuentes, ¿entiendes? Que iban de kíes, a ver si me explico… [Los Ojos Negros] iban a las discotecas de chulos y a pegar a todo el mundo. Sí, los Ojos Negros. Estaba Ángel Luis [el líder de la banda], estaba

el Dum Dum Pacheco con ellos [renombrado boxeador], y eran de ahí de Delicias [al sur de Madrid. Pacheco era el único de ellos que vivía en Carabanchel]. [Los conocía] porque yo iba a los bailes; el baile en el [cine] América y todos estos. El América era una discoteca a la que iban ellos[2]. Y yo siempre he ido solo, a mí me llaman el Lobo Solitario, ¿entiendes? Y yo pasaba de eso. Yo no he jugado ni con la droga, ni bebo alcohol, ni nada, ¿entiendes?» «Entonces… me venían aquí a buscar para pegarme, tronco. La vasca esta [los Ojos Negros]. "¿Quién es el más kíe de Usera?", decían. "El Lobo"… ¿Me explico? Yo estuve en la Legión y luego tres años boxeando, ¿entiendes? Entonces ya venían, pero yo no me cortaba ni una cala, yo les daba un correctivo. Yo era el típico que decía: "¿Quién es el más kíe de vosotros? ¡Tú!" Y, entonces, los demás, si pegas al lobo alfa, se callan.» «Los Ojos Negros me sacaban a mí dos o tres años.» «El Ángel Luis [de los Ojos Negros] era el jefe: uno muy delgado, con el pelo largo. Tenía los ojos achinados. Esos se dedicaban a los coches. Conocí al Ángel Luis en el baile del América, que estaba en Delicias. Era un cine discoteca. Yo iba a todos los bailes, ¡lo que pasa es que me veían e iban a por mí! ¡Porque yo me llevaba las pibas! [risas]. Se quedaban con el rollo y… "¡Ni de coña! ¡Este viene aquí a…!" ¿Entiendes?»

Por aquella época la pandilla representaba una unidad fundamental en la cultura macarra. Pregunto a Pablo si había muchas bandas por la zona a finales de los sesenta: «¡Buah! Estaban los Chonis, de San Fermín, que eran gitanos. Yo tenía diecisiete, dieciocho, sería el año 70, por ahí. Chonis era [una palabra] que venía del caló». «Estaban los de Comillas [los Comilleros], cruzando el puente; esos venían a pegar a los de Usera.» «En Caño Roto [también] había unas bandas que no veas. Lo que es la vía Carpetana, abajo era Caño Roto. El baile que más gustaba [a esas bandas] era el Maisa, que ahora es La Rosa, una discoteca para gente mayor.» «Uno mítico de aquí del barrio era el Tarzán. Ese vivía en mi calle y era peligroso, porque era navajero. Ese estuvo en la cárcel mucho tiempo. Creo que murió, lo mataron en la cárcel. No era ladrón, era de peleas. [Ese tuvo bronca] con el Chocolate, que era un gitano de Comillas. Pasando el puente [al otro lado del Manzanares] había chabolas, que ahora es un párking muy grande. El Chocolate era navajero. Era muy moreno, no sé, le llamarían [Chocolate] por eso. Había otro al que llamaban el Caramelo, un gitano muy moreno»[3].

La música macarra era el rock, que representaba en los sesenta una total novedad. Y cuando hablamos de rock nos referimos a rock clásico, de Elvis Presley o grupos algo posteriores como los Beatles, y grupos españoles como Los Botines, de Camilo Sesto, etc. «La música era más estilo de rock & roll y cosas de esas…» «El Ángel Luis era muy gamba, muy chulo, y no tenía media hostia, tío.» «Lideraba porque tenía a los de atrás.» Yo: «Y ¿por qué le seguían los otros?» Él me contesta: «Era por la labia. Era el que se llevaba a todos detrás, pero los tenía de guardaespaldas. Él metía la gamba y se pegaban los otros, ¿me explico?» «¿Quiénes eran los miembros de los Ojos Negros?», pregunto. Responde: «Estaba el Atocha… que era un bicharraco que te cagas. Era grande. Estaba el Atocha, había el Boni… Esos se imponían, porque iban siete u ocho siempre. Luego las pibas que llevaban detrás de ellos iban con ellos porque las "ponían" [les pagaban sus cosas]. Eran pibas de estas pintonas, ¿entiendes?» Yo: «¿Estaban buenas?» Lobo: «Sí, ¡joder! Y si yo les levantaba una, venían a por mí.» «Yo he sido muy bailón, a mí no me agotaba ni el as de espadas. Yo salía a la pista a bailar y [las chicas] salían conmigo. ¡Sin sacarlas [siquiera]! [Pero] a mí los Ojos Negros me respetaban.» «A mí venía de Orcasitas a pegarme un tío que era boxeador… le llamaban el Urtain. Yo lo que hacía [en las peleas] era dar primero. Mi padre siempre me decía: "Tú primero da y después pregunta… y no te llevarás ninguna." Mi padre era muy chulito también. El Urtain este iba haciendo hasta apuestas [de que] me iba a dar una curra. Estaba tan confiado que no le dejé sacar las manos de los bolsillos. Le metí un cabezazo, cayó y tuve que salir de najas, ¿me entiendes?»

En esos años era necesario distinguir entre las discotecas de barrio y las del centro, las segundas eran mucho más peligrosas que las primeras: «Luego ya me piré del barrio y me iba ya por Argüelles a discotecas más normales, más pijitas. Yo me iba ya para zonas chachis. Las pijas están buenas que te cagas. Están todas buenísimas, tío. Se ven más tías buenas en las pijas. Pero a mí me da lo mismo, como yo digo: "La polla no tiene ojos" [risas].» «Aquí [en el barrio] estaba [la discoteca] los Boys y venían los de San Fermín y todos los días había peleas. [También] estaba el Copacabana, en la calle Almendrales. Era un cine y lo hicieron baile.» Yo: «¿Había pelea ahí?» Lobo: «¡Buah! A diario. Entonces, cuando pegaban a los del barrio: "Lobo, que me han pegado allí",

no sé qué. Y yo bajaba y los conocía [a quienes habían pegado a mi amigo] [y les decía]: "¿Cómo que has pegado a mi hermano?" "¡¿No jodas, que es tu hermano?!" (Era mentira que fuese mi hermano, era un amigo). Y yo: "¡Sí, sí!" [Me contestaban]: "Bueno, pues desde ahora nadie le va a tocar." ¿Me entiendes? Lo típico. Yo no me pegaba ni nada, lo que pasa es que no me dejaba avasallar, ¿me explico? Yo siempre he respetado. Pero el que no me respete, entonces ya… Y no me gustan los abusos. Por aquí me llamaban el Justiciero de Usera. Me he metido en todos los charcos.»

Me habla de la indumentaria del macarra clásico de los setenta. Veremos que en los barrios la metrosexualidad –de la que tanto se ha hablado en las últimas décadas– viene de tiempo atrás. De hecho, es entre las clases bajas que la metrosexualidad ha triunfado también en tiempos recientes. Un caso llamativo es el de Antonio Anglés, el asesino de las niñas de Alcàsser, que se depilaba las cejas y era muy cuidadoso con su imagen a principios de los años noventa. Dicho lo cual, en los setenta estas actitudes ya proliferaban: «A mí siempre me ha gustado vestir bien. Con pantalones que me los hacían a medida. Las camisas, los pantalones de campana, que abajo eran de otro color… Se abría la campana. Eran pantalones sin trabilla, sin cintura, ajustados y luego abajo se abría [la campana] con un botón… y le quitabas, se abría y era de color, ¿entiendes? Y eso, bailando, ¡pues no veas! Como en Grease (1978), la película. Luego las camisas con el cuello así largo, entalladas. [Esas camisas] me las hacía un mariquita amigo mío, ahí en la calle San Basilio. Que era un sastre». «Yo tenía el pelo rizado, largo. Lo que pasa es que, aquí, a la peluquería esta [me señala un local cercano] venía yo todos los días para alisármelo, porque tenía el pelo como los negros, a lo Jimi Hendrix… ¡Sí! Me alisaban el pelo con la toga [método casero para alisarse el pelo]. Te ponen un líquido que huele como a amoniaco. Yo me acuerdo todavía que se llamaba Alisenda. Me lo daban y ya me dejaban la toga hecha y tenía que dormir con ella. La toga es como que te dan vueltas y vueltas el pelo y después [te ponen] una redecilla para que no se te mueva. Luego, después de la redecilla, iba ya a la peluquería y con el cepillo me lo alisaban. ¡Tenía que ir todos los días casi! Porque me hacían fotos y me ponían ahí en la peluquería de señoras, ponían ahí mi foto. Mira, de eso me he quedado calvorota. [Mis hermanos] todos con pelo y yo calvo. Ningún hermano mío está

calvo, ni mi padre. El único yo. Digo: "¡Anda, coño, parezco un consolador con orejas!" [risas]. Era la peluquería Antonia, que ahora la llevan las hijas. Entonces no se llevaba el pelo rizado, entonces era la moda de las melenas. Sería el 78, 80». «También me hacía las uñas, las uñas de los pies y eso. A mí me decían y yo me dejaba hacer de todo. Porque como eran mujeres…»

«También estuve en el gimnasio la Ferroviaria, de boxeo, por Antón Martín. Estaba en un tercer piso. Ahí me llevó uno del barrio al que llamaban el Viejo Chulo.» «Luego, con diecinueve me fui a la Legión, en África, del 72 al 75. Ahí tenían minas de fosfato, y eso daba miles de millones, el fosfato. De El Aaiún –que era la capital del Sahara– me traía yo… todos los martes subía un convoy y me subían un kilo de grifa y un kilo de kifi, porque estaba permitido. Yo pagaba ocho mil pesetas y le sacaba [mucho más]. Lo vendía en quimitas, que era como un paquete con cinco canutos. Se lo vendía al comandante y a todo el mundo, era permitido. Ahí no había hachís, era grifa o kifi, que era hierba, como aquí la maría. Los porros se hacían con tabaco negro, con Celtas cortos. Por ahí lo que había era el Krüger, y eso te partía el pecho.» «Cuando me licencié, en el aeropuerto yo traía grifa y kifi en la maleta. No era legal, pero no se conocía. Yo sabía que Franco dijo que a los legionarios no se los revisara, porque éramos los niños bonitos de Franco. Llegabas a un guardia civil, te decía: "¿De dónde vienes?" Le enseñábamos la cartilla: "De la Legión". "¡Pasa!" ¿Me explico?» «Porque allí se vivía de puta madre. Ahí de comer… y de todo… sí, sí. ¿En la Legión? ¡Buah! Vivíamos en el cuartel, con los comandantes, tenientes, capitanes. Luego nos íbamos todos al pueblo, al puticlub y eso. Y los habibis nos tenían un miedo que te cagas.» Yo: «¿Los habibis eran los moros?» Lobo: «Sí… Antes a la Legión iba gente dura, ahora van pistolillos. Los pistolos eran los [soldados] de tierra. Esos son los que, si les toca hacer la mili, la hacen [no son voluntarios].» «Me fui de la Legión y a los siete meses de irme fue la Marcha Verde, que nos echaron de ahí.»

«Yo me corté un dedo [por accidente] en una industria con una polea. Me pilló y me cortó [la punta]. El dedo estaba "muerto" [sin sensibilidad]. Entonces me quemaba el dedo con el mechero y ganaba apuestas. Y hacía yo: "¡Uuh!" [como si me doliese]. Con mis amigos decía: "¡A que aguanto quemándome el dedo con el

mechero!" Y la carne [quemándose] y yo [poniendo cara de dolor]»[4]. «Yo no [siento mucho dolor], ¿entiendes? O sea, ¡yo me dormía cuando me hacían los tatuajes!» «Mi primer tatuaje era un corazón, pero lo cambié por una mariposa». Yo: «Y ¿por qué lo quitaste [el corazón]? ¿Ponía el nombre de alguna piba o algo?» Lobo: «¡Sí, era una piba! Una novia que tuve… [risas]. Porque entonces ponías los nombres. Yo tenía dieciocho cuando me lo hice. Aquí en el barrio había un pintor que nos hacía los tatuajes. Era un pintor de estos que hacía cuadros abstractos… Ese me hizo este [señala su propio cuerpo], que es una cara, dos caras. Y este [otro] es una mierda… ¡Ese me lo hizo él también! [risas]. En los jardines de ahí enfrente nos hacía [los tatuajes]. Él bajaba, que era inválido, y los hacía con un palillo y tres agujas envueltas con hilo y te daba tres pasadas, para que te enganchase la tinta. Y luego te pasaba jabón para que no se infectara. Antiguamente, si llevabas un tatuaje eras delincuente o habías estado en la Legión, ¿entiendes?»

La revista Star, en su número 30 (1974), habla de la violencia discotequera de esos años: «Vallecas, de Palomeras» son, según la publicación, «las zonas más agresivas de Madrid… acudir a estos bailes con una mujer era un suicidio. Si uno de los Espigas se empeñaba en que tu amiguita bailase con él, ya podías despedirte de ella, porque no la volvías a ver en toda la tarde». «En estos locales se respira una tensión indescriptible. Uno tiene la sensación de que está sentado encima de una bomba de tiempo, sabes seguro que va a estallar, aunque no tienes ni idea de cuando. Cualquier excusa –un empujón involuntario, un vaso que gotea sobre la impecable camisa floreada– es válida para empezar el follón. Entonces es la desbandada general, ningún escondrijo te garantiza seguridad… y menos con la certeza de que hoy ha venido la Banda del Mescua, los del bar Sol y Aire, y la técnica que emplean no deja títere con cabeza: por la espalda y botellazo en el coco.» Según afirma el mismo artículo, muchas de estas peleas venían propiciadas por el consumo de anfetaminas. Aunque las causas eran, en realidad, más profundas. Star n.º 30 también habla de los famosos Gatos Negros, cuyos miembros «exhibían sus hermosas y oxigenadas greñas rubias». Dice también: «Aunque a finales de los sesenta siguen existiendo las bandas de buscabroncas, estos ya tienen sus propios locales de reunión. Porque, al contrario que en un principio, ahora ya hay sitios para todos los gustos.» Los frikis y los

marginados se «agrupan en Stone's [legendaria discoteca de Torrejón], donde se revive la violencia y la agresividad de otros tiempos. Porque allí», dice, «acuden portorriqueños por un lado y americanos de la Base por el otro. El cóctel, como te podrás imaginar, resulta explosivo». Habla, además, de «bandas, de características muy especiales –aunque fácilmente reconocibles– que por esta época se dedican a entrar en los bares piojosos y, haciéndose pasar por policías de paisano, se lían a provocar, pedir documentación y repartir leña a diestro y siniestro. [Esos últimos años sesenta] fue la primera gran época de la paranoia ciudadana». A su vez, la Star n.º 28, de finales de los años setenta, habla de salas como La Paloma, El Parral, La casa de Córdoba y Los Jóvenes. Salas donde mandan la banda del Rata, los Ojos Negros o los Espigas.

Como ahora veremos, algunas de las experiencias de Lobo se asemejan a las acontecidas en las calles de Valencia por aquellos mismos años. Gracias a Pedro Arnandis Ortola, especialista en bandas de la zona de quien se espera la publicación de un interesante libro sobre pandillas valencianas, me hago una idea de la vida callejera en la ciudad del Turia. A finales de los sesenta empiezan a montar locales de noche en el barrio del Carmen, el barrio histórico, por lo que toda la gente de la periferia empieza a salir por el Carmen. Tradicionalmente fue este un barrio obrero, de personas trabajadoras y cierta población lumpen. Con la llegada de gente a la zona se monta la banda autóctona del Carmen, llamados los Smoks. Estos, que tendrían unos veinte años, se relacionaban con otros chicos más pequeños, de catorce o quince años, que pasan a ser conocidos como los Mini-Smoks, una banda callejera que perduraría hasta mediados de los setenta. Paralelamente a eso, el barrio de Barona, una comunidad de las afueras donde arribaban multitud de inmigrantes desde otras zonas de España para ganarse la vida, sirve de territorio a la Banda de Barona. De allí era el que probablemente haya sido el pandillero más famoso de Valencia: un tipo al que llamaban Mao. Era de Barona pero era amigo de los Smoks. Pedro me habla de él: «El Mao era un tío que medía casi dos metros, que como trabajaba de yesaire, tenía una mano… era el que te llenaba la pared de yeso con la paleta. Todos estos pandilleros curraban. Los que dejan de currar son los de 1975 para arriba. Esos cogen la crisis del petróleo y esos no curran ninguno ya. Esos se ponen a robar lo que hay dentro de los coches y [hacen] chapucillas

así.»

En esos mismos años, en los pueblos de Valencia se empiezan a montar bandas, en los pueblos limítrofes, en los pueblos cercanos. En Paterna, en esos años, había una banda muy famosa conocida como los Capone, unos hermanos relacionados con gente del barrio de la Mercè, «un barrio de Aluvión». Pedro: «Aquí, cuando pasa la riada en el 57, había mucha gente que vivía en el cauce del río, en barracas. Entonces, cogen a toda esa gente que se ha quedado sin casas y el régimen monta barrios nuevos como el de Fuensanta, monta el de la Mercè, en fin, monta varios barrios. También la Virgen de los Desamparados, donde también se junta bastante "malaria". Antes el río Turia pasaba por en medio de Valencia y hubo una crecida salvaje, porque empezó a llover varios días y el agua llegaba a un metro por todas partes. Entonces, toda la gente que vivía donde el río o en la playa se queda sin casas. Crean nuevos barrios para reubicar a la gente. El barrio de la Fuensanta es un barrio entero, que son un montón de casas, y se convierte en un nido de delincuencia brutal. Es un barrio del 61, 62.»

Los macarras valencianos tampoco eran autóctonos, como ocurrió en Madrid: «Mucha gente que viene buscando trabajo a ciudades grandes, alguna de esa gente no nace aquí. Vienen con seis o siete años y a los catorce están desubicados en la ciudad. Casi toda esa gente son los que empiezan a montar pandillas, de hecho, tú empiezas a ver publicaciones de detenciones y detenciones, y pone: "Vive en Valencia, pero ha nacido en Cuenca" o "en un pueblo de Murcia". En Burjasot se monta una banda llamada los Rebordes, del 68. Esos duraron poco. Eran de un barrio en Burjasot, que lo llamaban el Barrio de Corea, por lo jodido que era.» «En Burjasot se monta un año después la banda de los Colillas, que era una banda superfamosa. Y, poco después, montan los Mini-Colillas, que duran hasta el 76, 77. En los pueblos de Valencia las bandas duraron más que en la ciudad.» Las últimas bandas que hubo en Valencia coinciden con las primeras tribus urbanas. Son bandas creadas en el 76 y que en el 80 todavía siguen presentes. En el 79 surgen en Valencia los primeros rockers. La primera banda de rockers de Valencia es del 79-80 y se llamaba los Portuarios. Antes hubo otra pandilla rocker cuyo nombre Pedro no recuerda. A pesar de todo, según él, la banda más famosa de rockers que ha habido en

Valencia fueron los Portuarios. Algunos miembros de esa primera banda olvidada formaron parte, luego, de los Portuarios. Las pandillas tradicionales dieron lugar luego a grupos inmersos en tribus urbanas: «Una de las últimas bandas de la época fueron unos del barrio de Marchalenes llamados los Escorpiones o los del Hoyo de Marchalenes. Esa gente coincidió con los Portuarios y, de hecho, se pegaban con ellos.»

El uso de drogas fue cambiando con el tiempo y acabó siendo un elemento esencial en la llamada Ruta del Bacalao posterior: «Valencia ha sido siempre muy drogadicta. Los primeros sitios donde pillaba grifa la gente [de la contracultura] eran, en 1968, por el barrio del Carmen.» Los pandilleros de la época no se interesan por las drogas, y se dedican, ante todo, a beber. Los que fuman hachís y consumen otras sustancias son los hippys, que están por el Carmen. También existen consumidores que tan sólo están de tránsito por la ciudad, puesto que Valencia forma parte del itinerario que va desde la península a la isla. Mucha gente en esos años paraba unos días en Valencia para luego pasar a Ibiza. Más adelante, en el 71 o 72, llega el Bustaid, «que es la droga número uno de los pandilleros.» Era una pastilla adelgazante que a menudo consumían las mujeres. Contenía anfetamina. Los pandilleros tomaban Bustaid mezclado con cerveza y con una bebida típica valenciana, el barrejat, mezcla de cazalla y mistela. Esta era consumida en chupitos. Muchos macarras tomaban un barrejat, una cerveza y un Bustaid al comenzar la noche. El Bustaid se vendía en farmacias, al principio sin receta. Luego se exigió receta, pero la gente la falsificaba: «El Bustaid se mantiene hasta el origen de la Ruta del Bacalao. De Barraca, Chocolate y todo eso. La gente al principio en la Ruta iba de Bustaid, antes de las mescalinas [droga típica de la Ruta que, al parecer, contenía MDA].» Las mescalinas llegan en el año 1981 o 1982, aunque la Ruta comienza más o menos en el 1979: «La Ruta de Barraca y Chocolate, que era la original. También se iba mucho de tripi a Barraca.» «Algo similar ocurría con la heroína. Aquí la heroína entra en plan salvaje en el 77. Se empiezan a oír casos de venta de heroína en el 74, 75, pero el desboque es posterior. Las últimas bandas ya fuman porros y toman Bustaid a cascoporro y, de repente, para combatir el bajón de la anfetamina, el domingo toman heroína. Y muchos de ellos caen por ello.»

En 1971, más o menos, aparecen los Cheyenes de Benicalap, grupo que coindice en el tiempo con los Mini-Smoks, con los Mini-Colillas, con los de Barona: «En 1977 quedan pocas bandas porque en Fallas… en Fallas era cuando la gente salía a pegarse y a buscar bronca, como decían ellos: "A buscar fama." Se hacían verbenas en todos los barrios y ahí tocaba un grupo con orquesta. Entonces, ahí iba una pandilla a buscar bronca. Resulta que en las Fallas de 1977, cuando iban a tirar un castillo, los de Barona llegaron y se ve que iban delante de ellos dos travestis, en la calle, y empezaron a insultarles y tal y luego, al llegar a la plaza, se encontraron con una banda de la Avenida del Cid y se ve que eran amigos de los travestis. Y ahí se montó una batalla campal en medio de toda la gente, pero brutal. Concretamente fue en la Cabalgata del Reino, que es una cosa que hacen una semana antes de las Fallas. Como los de Barona serían 20 y los otros serían el doble, cuando uno de los de Barona se vio acorralado, sacó una navaja y se la clavó a uno, que ahí se quedó. Como hubo un muerto, la Policía metió cartas en el asunto y empezaron a meterles caña.»

Digamos que las bandas campaban a sus anchas en Valencia hasta el año 72. Ese mismo año el Gobierno civil decide montar un grupo especial para combatir los problemas nocturnos y de pandillas. En principio, dicho Gobierno propone la idea a la Policía Armada, pero la iniciativa es rechazada. Visto lo visto, el proyecto es luego propuesto a la Policía Municipal, y es aceptado. Se monta entonces la famosa Brigada 26 o Sección 26 –también conocida como los Hombres de Harrelson–. Se trata de una unidad policial que patrulla de doce a seis de la madrugada: «Estos a los de las bandas los acojonan a todos. Siempre se ha dicho: "La 26 acabó con las bandas". No es así, pero sí que les metían caña. En los sótanos del Mercado Central tenían el retén, entonces llevaban ahí a los pandilleros y, pues, según sé yo, preferían darles una paliza antes que detenerlos, para amedrentarlos: "Si con dos hostias que te doy, te calmas, pues tan amigos, pero no te hago una denuncia." En fin, que funcionaban así.»

Otra banda muy importante de la primera época fue la Banda del Huevo. Este grupo se movía mucho por el Barrio Chino de Valencia, el «barrio de las putas». El Barrio Chino y el Carmen son barrios vecinos: «El Barrio Chino, de las putas, era Velluters. Ahí es donde

se empezó a vender heroína. Se mezclaron los camellos, los yonquis, los chulos y las putas. Ese barrio se lo cargaron. Ahora mismo queda una calle, creo. Era un sitio pintoresco, pero por la noche no era muy recomendable ir.» «[Los del Huevo] no conocen a la 26. Cuando sale la 26 están acabando ya.» La 26 surge en diciembre de 1972 y opera hasta 1985. Se mantiene con la democracia, aunque se dice que había un montón de denuncias contra ellos.

Como ya señalé, no sólo la gente rural llegaba a la ciudad, sino que la ciudad crecía hasta integrar poblaciones cercanas, asimilando a sus habitantes, que, en muchos casos, terminaban por ejercer de pandilleros. Lugares como Benimaclet y otros barrios eran antes pedanías y en cada una de ellas había una discoteca o dos, cosa que hoy es impensable. Esas pedanías eran vigiladas en aquella época por la Guardia Civil: «Yo con todos los que he hablado me han dicho que la 26 pegaba hostias, pero la Guardia Civil y la Policía Armada, cuidado… Esos sí que eran terroríficos. Si te llevaban a la Jefatura de Policía, en la Gran Vía, o la Guardia Civil te llevaba al cuartel de Arrancapinos… Una cosa es que te den dos hostias y otra que te hagan arrodillarte con garbanzos secos en el suelo. La rodilla es un nervio brutal. Andar arrodillado ya es jodido, pero si está el suelo lleno de garbanzos secos… es una tortura, es para que hables. Luego les daban con mantas mojadas para no dejar huella. Esas son torturas de la Policía franquista de toda la vida. Todos [mis informantes] me han dicho que hay una diferencia muy grande entre pegarte "sin más" o torturarte para sacarte algo.» «En esos años la sociedad era más violenta y que un policía te parara y te diese una hostia tampoco se veía como una barbaridad. Eran hijos de la posguerra y era otra historia.»

Los Cheyenes fueron muy famosos. Estuvieron activos de 1971 al 1975 aproximadamente. «Las bandas de pantalón campana, jersey ceñido, son las bandas segundas, las que empiezan en el 73 y acaban en el 76. Pero la primera época de las bandas es gente que para ellos el pelo largo es el pelo [a lo] Beatle. El pelo para ellos nunca llega al hombro. Llevan pantalón ceñido, pero sin campana, la campana es posterior. Llevaban chaquetas militares y botas militares, del 68 al 72. Llevaban cinturones con grandes hebillas, para pegarse. Algunos llevaban el pelo rapado; esvásticas llevaban, como provocación. Llevaban, también, muchos sombreros tipo

vaquero. Pendientes, tatuajes.» «Luego, cuando llega todo lo de Fiebre del sábado noche (1978), de Travolta y tal, eso acaba un poco con que en las discotecas pongan rock. Luego llega el Funky para dar paso, más adelante, al new wave y ahí se acaban las pandillas [tradicionales].»

En Valencia la gente se reúne durante las fallas en el casal fallero, un local que tienen las peñas para celebrar cenas y comidas. «Cada falla tiene su casal, y desde el año 66 hasta los primeros setenta, en los casales, para sacar dinero para las fallas, se montaban bailes los sábados y domingos por la tarde. Estos casales eran similares a una discoteca.» Tocaban grupos en directo, y la gente pagaba por entrar y consumir: «Hoy las fallas son la cosa más retrógrada, pero entonces tocaban grupos de rock, de rock duro, de rock progresivo. Eso se llenaba de pandillas, a ver los conciertos y a montarla.» Algunos casales se conocen como las primeras discotecas de Valencia, al ser anteriores a estas. Había uno llamado Club 29, en la calle Carniceros. Era una falla que la gente conocía como la Caverna de los Beatles: «Por otro lado, estaba el Refugio, que aún está, que era un refugio de la guerra. En su momento se abandonó después de la guerra y los falleros hablaron con el ayuntamiento tras la riada y se lo quedaron como casal, y empezaron a hacer un baile ahí. Hasta Camilo Sesto vino a tocar ahí con Los Botines.» Con la llegada de la Ruta del Bacalao a finales de los setenta, los antiguos pandilleros tienen veintitantos años, algunos se han casado y hacen vida normal. Otros, sin embargo, son drogadictos y otros son atracadores y delincuentes profesionales. Con la llegada de la mescalina todo cambia, al ser una droga que apacigua a la gente. La mescalina sirve para atenuar mucha de la violencia del macarra tradicional: «Estaban los más modernos del mundo, mezclados con garrulos de los pueblos, mezclados con atracadores, mezclados con yonquis. Aquí a los oriundos y los fanáticos de la Ruta les da mucho por culo que la gente hable de la Ruta como lo del final [en los años noventa], que era otra historia. Lo de Chimo Bayo y todo eso es el garruleo llevado al extremo. Eso es cuando llegan las pastillas, desaparecen las mescalinas, es otro mundo distinto.»

Nos internaremos ahora en el mundo discotequero valenciano de la mano de Silverio Calero, productor musical nativo de Valencia, que pinchó en las discotecas de la época: «Yo soy DJ desde el año 72 y

discográfico desde el año 80. Yo en el 72 empecé pinchando en un casino de pueblo que se llamaba Centro Instructivo Musical de Alfafar, un pueblecito de Valencia. Todos los pueblos importantes de Valencia, con la afición a la música de bandas, tenían una banda municipal y esa banda daba lugar al Centro Instructivo Musical de cada pueblo. Los centros instructivos eran el centro de reunión del domingo por la tarde. Entonces no había [apenas] discotecas. Abríamos los domingos por la tarde, pero metíamos 5.000 personas.» «Eso era una bola de luces que da vueltas y cuatro focos en el centro, una sala de 4.000 metros cuadrados rodeada de sillas, y las chicas sentadas y los chicos sacando a las chicas de la mano. Las discotecas en la Valencia de los años setenta eran los domingos por la tarde. Yo cobraba cien pelas por domingo y era una pasta, ¿eh? Antes de Travolta, de la "travoltitis", era un tema de domingo por la tarde. Eran llenazos de gente llegada de todos los pueblos de Valencia. Terminábamos a las nueve de la noche.» «Donde yo empecé a pinchar en el 72 te puedo decir que venía el encargado de la discoteca y me decía: "Sivi, da las luces, que se están pegando." Y tenía que parar la música, dar las luces y había charcos de sangre en la pista, porque había llegado la pandilla de San Marcelino, había llegado la pandilla del Rata y había llegado la pandilla de Benetúser y la habían liado. Acababan sacando los cubos de agua y los mochos, y sacando a los heridos porque había habido pelea. Se pegaban todos los domingos por la tarde y nunca pasó nada.»

En el 1979, 1980, había tal necesidad de música en Valencia que Silverio vendía cintas de casete que grababa en las discotecas. Cada semana grababa una de tales cintas para distribuirla luego en los pubs. Se trataba de pirateo de música, puro y duro. Silverio vendía las cintas a 1.000 pesetas en el año 1980. Llegó a vender, junto con su hermano, 100 cintas semanales, en un negocio que era muy lucrativo: «Yo me compré una duplicadora en el año 80, una Onkyo que me costó 90.000 pesetas, que era una fortuna. Del negocio de los casetes es donde surgió el de los discos. Porque necesitábamos tanta música para grabar una [cinta] semanal, que teníamos que comprar música de importación y estar al día. Entonces nos pasamos a la venta de maxisingles en discotecas». «La Ruta del Bacalao nace en el año 80, 81, 82, como fenómeno social donde por primera vez puede salir todo el mundo, el fontanero, el universitario, el médico y el ingeniero. Se juntan y están de fiesta

todos, desde el viernes hasta el domingo.»

De este mismo ambiente setentero y de muchas otras cosas me habla el Macarra Bailongo, un personaje anónimo al que accedí a través del Nega, rapero de Los Chikos del Maíz: «Yo nací en un pueblecito muy cerca de Valencia, Abalat dels Sorells. En mi pueblo, al año de nacer, vino la famosa riada de Valencia, del año 56. Ocurrieron muchas cosas y, el caso, es que yo me he criado en otro barrio de Valencia [porque mi antiguo barrio fue arrasado por la inundación]. Nos quedamos aislados en una fábrica de abonos que había por la zona de Nazaret, la zona portuaria de Valencia, rodeados de agua tantas y tantas familias, sin alimentos, sin agua y sin nada. Entonces, de las calabazas que pasaban [flotando] desde los campos, con un gancho, mi padre y los otros hombres de las demás familias cogían lo que podían para comer, porque estuvimos varios días hasta que nos rescataron en una barca. A mi hermano de nueve años se le ocurrió coger agua de la cisterna de un váter, de estas de porcelana que estaban elevadas. Y del agua que quedaba conservada en esa cisterna, mi madre tenía un bote de leche condensada y me dio de comer a mí y a otros bebés.»

Al quedar la familia sin vivienda, el régimen franquista les dio unos pisos construidos expresamente para los damnificados por la riada en un barrio obrero de las afueras de Valencia en la entonces Avenida de Castilla, actualmente Avenida del Cid. Su nuevo barrio fue la Virgen de los Desamparados: «Nuestros pisos eran de cincuenta y tantos metros cuadrados. Te hablo de los años cincuenta, que ahí no teníamos ni agua caliente. Teníamos un váter, un lavabo, una pila, no había neveras. Había frigoríficos de madera, con el interior de aluminio, que se conservaba con hielo. Comprábamos barras de hielo para conservar la carne y el pescado. No había gas, eran hornos de petróleo.» «Bajo mi vivienda vivía un guardia civil del que tengo recuerdos terribles. Daba palizas a su mujer… El guardia civil tenía una moto, y un pandillero de doce años intentó robarle la gasolina de la moto con una manguera, con tan mala fortuna que lo pilló y, en lo que es el patio [donde estaba la moto], se armó un alboroto, salieron todos los vecinos, se formó un corrillo. Y yo, entre las piernas de los adultos, vi cómo le pegó una paliza al niño, le hizo sangrar los oídos y también vi como nadie [hacía nada]. Le decían: “Señor Alfonso, no le pegue más, no

le pegue más.” Pero nadie era capaz de pararlo por el miedo que se tenía a la Guardia Civil. Y al final, ya las mujeres le suplicaban y dejó al niño irse.»

En todos los barrios de Valencia había pandillas. A menudo se enfrentaban las bandas de la Virgen de los Desamparados con las del barrio contiguo. Había muchísimos pandilleros famosos: el Rubio, el Drogas, el Mutilado, el Bizco, Casimiro, el Tartaja. «El pistoleo llegó en los ochenta, en los setenta era todo mucho más limpio, porque, entre otras cosas, el caballo, la heroína, no estaba. Yo he vivido tanto los setenta como los ochenta y los noventa, y para mí la época más maravillosa fueron los setenta. Desde a nivel musical hasta a todos los demás niveles. Y eso que tuvimos a Franco hasta el 75 y eso era terrible. Aunque yo creo que contra Franco hubo como más dinamismo, como más lucha contra las cosas, un espíritu de lucha; por tener algo por lo que luchar. Algo de lo que yo, ahora, veo que adolece la gente joven, que tiene muchas ambigüedades, desde su propia masculinidad hasta el tema de lo trans, lo queer. Tienen una empanada mental…»

En los setenta Macarra Bailongo empezó a ir a la discoteca. Era muy discotequero, le gustaba bailar: «La discoteca más antigua de Valencia era Barraca –que [abrió en 1965] y cerró prácticamente hace cuatro días–, que era una antigua barraca valenciana que estaba en un pueblecito de las afueras de Valencia, Les Palmeretes[5]. La Barraca con el éxito –te hablo del año 1965– se fue ampliando. Se quedó la barraca original, pero se añadieron cuatro pistas más. Aunque al principio ponían flamenquito y era una especie de tablao, luego ya empezaron a darse sesiones de jazz, funky, pop-rock, punk, en fin, hasta ahora, vamos. Por ahí ha pasado toda la historia de la música de discoteca de Valencia. Ha sido legendaria.» «También estaba la Bounty, que aún sigue abierta. Era pequeñita, para unas 200 personas, pero en sus años de esplendor se metía el doble de gente.» «Luego estaba el Mocambo, que había empezado a funcionar como cabaret en los años cuarenta. Luego empezó a funcionar como nightclub y empezó a llenarse de macarras [proxenetas], de fulanas, lo típico. Por la tarde era una discoteca para ligar y por la noche iban los macarras, toreros, gente de la farándula, empresarios. Y, como en tantos nightclubs ocurría que, a cierta hora de la madrugada, cuando se cerraba para el

público general, siempre había un grupo de gente de mucha pasta que cerraba el local para ellos. Cerraban el local y ahí pasaba de todo. Se despelotaban las tías, hacían orgías, en fin, corría el alcohol, las drogas y el sexo como vamos… A puerta cerrada, porque ocurría en pleno franquismo. Esto de las orgías sería en los sesenta y tantos.»

En la Valencia de los años setenta había tres tipos de discoteca: «Una era la discoteca de ligue, para ligar. Eran discotecas de tamaño muy limitado que siempre estaban en un sótano. No había salidas de emergencia, aunque nunca ocurrió nada. Aquello eran agujeros sin salida. Luego estaban las discotecas de parejas, que eran pequeñas y estaban en sótanos también, y no tenían apenas luz. En algunas de ellas, aparte del taquillero, había un tipo que te acompañaba a tu reservado con una linterna, como si fuese un cine, porque es que estabas a oscuras. Y en los reservados, aunque estuviésemos en la época del franquismo, ahí la gente follaba, follaban claramente, aunque no todo el mundo follaba.» «Luego estaba la macrodiscoteca, que estaba en los pueblos. En Torrent, un pueblo cerca de donde vivo, estaba la discoteca Bony y la discoteca Dandy, que eran dos macrodiscotecas enormes. Había un eslogan que decía: "¿Dónde va la gente? Al Bony de Torrente".»

La cultura musical y cinematográfica tenía un impacto enorme en la vida de la gente, condicionando muchas de sus conductas, al tiempo que moldeaba sus identidades y se convertía en una herramienta para la socialización. A nuestro entrevistado le llamaban Django, porque le encantaba el spaghetti western: «En el barrio sólo teníamos el cine, un cine de barrio que se llamaba el cine Castilla. El único entretenimiento que teníamos era ir los sábados y domingos al cine. Era nuestra evasión de toda la semana. Mi padre era camionero, toda la semana estaba fuera y el domingo íbamos al cine. Empezabas a soñar con el cine y veías cosas que no pasaban en tu mundo real. Tu mundo era en blanco y negro y el cine era en Technicolor. Y eso era terrible. Tú ibas al cine y soñabas, vivías aventuras, viajabas a países que posiblemente nunca ibas a poder visitar. Y era el único modo de evadirte. Había muchos niños que sufrían bullying y tú te refugiabas en tu fantasía y en el cine, en personajes fantásticos que no existían. De hecho, entonces empezaron a salir los primeros tebeos de la Marvel, que eran así

como unos librillos en blanco y negro. También estaba el Capitán Trueno, que era el héroe de mi infancia.» «Yo vi La muerte tenía un precio (1965) y El bueno, el feo y el malo (1966) con diez y once años, y aquellas películas nos marcaron a los niños de la época. Entonces, de los catorce a los diecisiete años [de 1971 a 1975] la vestimenta para llamar la atención e intentar ligar era lo más exagerada posible. Yo he ido vestido de indio sioux y he ido vestido con camisetas de manga larga y ancha [mangas tan anchas que podían caber diez brazos normales] una pamela de mujer y botas altas, cinturón y, por supuesto, marcando paquete. Marcar paquete era muy importante, era importantísimo. Había que llevar pantalón blanco en las discotecas en las que había luz ultravioleta, aparte de que resaltaba los ojos y los dientes, y los rostros inmaculados de las chicas…, pues la ropa resaltaba más si llevabas pantalón blanco. Y resaltaba, por lo tanto, eso también.» «Y en aquella época era muy importante, porque había mucha represión… te lo tenías que currar. Tenías que tener un pico de oro, mentir como un bellaco, para poder conseguir la cópula. Yo [para follar] me conseguí hasta el poncho este que lleva Clint Eastwood en La muerte tenía un precio, fumaba puros, chorradas que hacía un chaval de dieciseis años. Pero venía bien para el ligue, porque eras un tipo original, eras diferente a los demás.»

Los horarios festivos eran muy distintos a los actuales, pues se ajustaban a una realidad laboral diferente a la actual. En aquella época se salía los sábados y los domingos, nunca los viernes, porque por entonces los sábados se trabajaba. La gente salía de trabajar el sábado a la una y media de la tarde, y se iban a casa para comer, se duchaban y luego iban a la discoteca: «Nos juntábamos en la plaza del ayuntamiento, en la cafetería Ascott. Empezaba la discoteca a las seis de la tarde. A las seis y media, de pronto, apagaban todas las luces y se encendía la bola esta de colores y la luz ultravioleta, donde la gente, aunque no fuese guapa, lo parecía. Cuando empezaba la música lenta era la hora de sacar a las chicas a bailar. Y todo acababa a las nueve y media. Luego salías, cenabas con los amigos, te ibas al cine o, al que le gustaba, se iba de putas.»

Las estéticas y la cultura hippys seguían muy vivas en la España de los años setenta: «Y luego estuvo el maravilloso concierto para Bangladés en el año 1971 [con George Harrison y Ravi Shankar],

para el que se hizo una película documental. Entonces, en aquella época se puso de moda un poco la música hindú y es cuando llegó lo de la meditación trascendental. Y yo me agarré a aquello, a la meditación trascendental... Entonces, tú te montabas el rollo de que estabas en trance, con las chicas, ¿no? Te vestías con una chilaba, te ponías un collar de caracolas de mar, con el pelo largo, larguísimo. Me ponía pulseras de coral, al estilo yogui [risas], me aprendía unas cuantas frases de Confucio y aquello era, bueno, la bomba. A las tías, vamos…, que follabas seguro. Hoy en día puede parecer machista e incluso hortera, pero es que, si no, no había manera de comerte un rosco en aquella época.» «La tercera cosa necesaria para ligar era bailar bien. Había muchas palizas porque alguna chica que había en algún grupo se fijaba en ti o tú te fijabas en ella, y la banda de turno no te dejaba acercarte a ella. Porque se provocaba en seguida una pelea.» «Era muy importante y muy respetado en aquella época el que tú bailaras bien. Como era una sociedad muy machista, la mayoría de los tipos en aquella época no solían mover las caderas [porque era cosa de chicas u homosexuales]. Pero yo no tenía ningún problema, yo movía las caderas a lo bestia. Y ¿qué ocurrió? Que eso me dio un éxito terrible. Yo pensaba que mover las caderas era una manera de demostrar lo bien que me podría mover luego en la cama. Y aquello a las tías parecía que también les gustaba [risas]. Yo, cada vez que bailaba, pues ya tenía tres o cuatro chicas a mi alrededor intentando bailar igual y sin ninguna vergüenza. Y los tíos aquellos, los tíos de las bandas y demás, los tíos machitos de la época, pues los desbordaba aquello un poco. No me entendían. En un principio podían pensar que tú eras un poco sarasa, pero en el momento en que veían que te enganchabas a una chati y te lo montabas con ella decían: "¡Este de sarasa nada! ¡Este, vamos! ¡Se lo está montando de puta madre!"» «Había que hacer eso para ligar. Yo lo único en lo que mentía, ¿qué era? En lo de la meditación trascendental [risas]. Que soltaba diez frases memorizadas de filosofía oriental y me tiraba diez minutos callado como durmiendo y aquello impactaba. Íbamos luego al estudio de un amigo, pintor de pintura abstracta. Y aquello era el picadero, aquello era fantástico. Estaba en el barrio del Carmen. Montábamos fiestas con música, alcohol. Como mucho llegamos a fumar algo de marihuana, pero poca. La droga número uno era el alcohol.»

Al igual que en Madrid, las discotecas del centro eran muy

diferentes a las del extrarradio. Los pueblos, que luego serían barrios, no tenían nada que ver con la ciudad: «En los pueblos estaban los clásicos macarras, la gente hortera garrula, como se llamaba entonces. La gente vestía mucho de pueblo, se notaba mucho la diferencia.» Las bandas callejeras iban a las macrodiscotecas, como una llamada Las Vegas: «Las pandillas más famosas [de los setenta] estaban en Burjasot. En Burjasot estaban los Colillas y los Mini-Colillas. Eran de los más míticos que había. Eran de familias marginadas, de inmigrantes, con bajo nivel cultural. Había otras bandas que se llamaban los Tarugos, los Rebordes, la Banda del Huevo, y entonces toda esta gente tenía sus chicas que llamaban las Bichas, y a esas chicas no te podías acercar en las discotecas». A pesar de todo, las peleas eran limpias, nunca se utilizaban pistolas, y las navajas rara vez. Las disputas se resolvían con los puños: en esos años el honor era un valor cultural en alza en las calles de Valencia. «En los setenta, por ejemplo, en una discoteca que era un antro, que estaba en un sótano sin salida, con luces rojas y donde sonaba la música de Joe Cocker, recuerdo cómo un tipo que le llamaban el Apache, de la banda de Monteolivete, [tuvo bronca con nosotros]. Una de las chicas que iban con ellos me repasó un poco su trasero por el paquete. Y yo pues me acerqué a ella para hablar y, en seguida, vinieron para darme de hostias. Entonces, un amigo mío, del grupo que íbamos nosotros, que le llamaban Libertad era un tipo que iba a un viejo gimnasio del barrio del Carmen a aprender a boxear, el gimnasio estaba por la plaza de Mossén Sorell, y el boxeaba muy bien, le dijo al Apache que con su amigo no se metían, que, si se metían con su amigo, se metían con él, lógicamente. Para que veas si había limpieza en aquella época, te cuento que salimos de la discoteca y en un solar que había en el Mercado de Russafa, en un descampado de una obra, ahí se hizo un círculo de unas treinta personas de la banda, con chicos y chicas. Yo y tres o cuatro amigos estábamos en el círculo. Y ellos dos, en el centro, se quitaron ambos la camiseta; el Apache mostrando sus músculos, evidentemente. Hicieron unos pequeños ejercicios de calentamiento. Mi amigo era más fibroso, no era tan musculoso. Y a puñetazos. Como la película esta de El luchador (1975), de James Coburn y Charles Bronson. Él atizaba, pero mi amigo también le atizaba bastante. Y hubo un momento, que, al ver que no lo podía derribar, que la cosa estaba más o menos en tablas, el Apache paró el combate y extendió su mano. Mi

amigo dijo: “¿Amigos?” Y el Apache respondió: “Amigos, sí, pero esta chica es intocable”. Desde ese momento, si íbamos a la discoteca y ellos estaban ahí, les saludábamos y decíamos: “Si necesitáis algo, aquí estamos nosotros”. Ya eran nuestros amigos.» «En los ochenta, yo también lo he vivido, había bandas que el ritual para entrar en la pandilla era violar a una chica.» Le pregunto si eso es verdad o sólo un mito: «Eso es verdad. Violar y abusar de una chica. Esa chica la mayoría de las veces no denunciaba nada. No se lo decía a nadie, a no ser que se hubiera quedado embarazada. Otro de los rituales para poder entrar en la banda era rajarle a uno con la navaja.» «Lo camellos llegaron en los ochenta e iban a los futbolines del barrio. Pero yo nunca lo he entendido, porque mi droga eran las mujeres. Yo sólo bebía, alguna borrachera me he cogido. Mi bebida era el vodka con Licor 43. Era magnífico.»

«Luego, cuando dejé de disfrazarme y dejé la meditación trascendental, llegaron los Levi’s y los Lee. Tener unos de esos era un salvoconducto para liderar. Ya ibas a la discoteca Stop [no se entiende bien], en el centro, que era un sótano inmenso y ahí fue donde pinchó por primera vez un DJ negro. Aquello fue la bomba. Entonces no se veía gente de raza negra en Valencia. Eso dio mucho caché a la discoteca.» «La discoteca tenía una pista absolutamente redonda, de parqué de madera, que con el tiempo se la rodeó con una especie de jaula con barras doradas, y allí lo que era la bomba bomba bomba era cuando se pinchaba Sex Machine (1970) [de James Brown], que es una canción que yo recuerdo haberla bailado hasta la extenuación. Para mí era tomar un par de vodkas con Licor 43, escuchar a Brown y alcanzar el paraíso.»

---

[1] La significación y el sentido de la palabra «macarra» han cambiado con el tiempo. Originalmente, allá por los setenta, era un verdadero insulto y nadie en su sano juicio se habría autoidentificado como tal. Con el tiempo, sin embargo, el significado del término parece haberse suavizado y, si en los noventa no representaba ya un insulto tan ofensivo, hoy parece una condición que muchos aspiran a emular.

[2] Muchas discotecas de la época eran antiguas salas de baile sitas

en el sótano de los cines.

[3] En esos mismos años, aproximadamente, operaba una banda de atracadores compuesta de dos hermanos conocidos como los Panteras Rosas. Paraban por la calle Tribulete, en el barrio de Lavapiés. En el centro, por su parte, estaba la Banda de los Muchachos. También se hablaba de la Banda del Poeta, aunque, según uno de mis informantes, el Poe era uno más de los Muchachos.

[4] Algo común en las calles por aquellos años, e incluso posteriormente, era colocar un billete de cinco mil pesetas sobre la piel de la mano y quemarlo con un puro o un cigarrillo hasta hacer un agujero, en el billete. Si el que ponía la mano aguantaba el dolor hasta realizar el agujero se quedaba el billete. Esto lo sé de primera mano por un amigo mío que ganó una de tales apuestas. La herida en su mano tenía mala pinta y no sanó hasta semanas después.

[5] La barraca es la vivienda tradicional valenciana, una construcción de pequeñas dimensiones en la que vivía toda la familia y que podía servir para almacenar el arroz y otros productos.

Capítulo III

Los Brujos y los Mini-Brujos de Vicálvaro

Violencia y heroína en el extrarradio

Oí hablar por primera vez de los Brujos y los Mini-Brujos una noche de juerga cuando pregunté a un taxista de Vicálvaro sobre los macarras de su barrio y su época. El nombre de Brujos y Mini-Brujos me pareció maravilloso. Cuando hubo que realizar el mapa que aparece en la solapa de Macarras interseculares incluí a los Mini-Brujos, aunque cometí el error de situarlos en Vallecas, cuando en realidad eran de Vicálvaro, como el propio taxista. Poco tiempo después, envié un ejemplar al Coleta, al que había entrevistado meses antes. Él subió varias fotos del libro a Instagram, incluida una del mapa. El Coleta tiene numerosos seguidores y muchos usuarios comentaron las fotos. Más adelante, quizá un año después, eché un vistazo de nuevo a los comentarios y me encontré con que una tal María había escrito abajo del todo: «Mi padre era de los Mini-Brujos!!». Me sobresalté… Decidí seguirla en la aplicación y escribirle un mensaje, por si podía ponerme en contacto con su padre. Era mi oportunidad de establecer contacto directo con uno de los Mini-Brujos y no tenía intención de desaprovecharla.

Los Brujos y sus sucesores, los Mini-Brujos, expresan muy bien el paso transcurrido desde las pandillas tradicionales, previas a la muerte de Franco (encarnadas en los Brujos), hasta las más jóvenes bandas que fueron finalmente diseminadas por la epidemia de la heroína (los Mini-Brujos). Por otro lado, podremos comprobar la dicotomía existente entre el centro de las ciudades y los barrios periféricos, que, allá por los años setenta y ochenta, representaban microcosmos mucho más desvinculados del resto de la ciudad de lo que lo son hoy. Podríamos hablar de tales barrios como de comunidades, en gran medida cerradas sobre sí mismas a modo de pueblos, que es, por otro lado, lo que habían sido antes de la expansión irrefrenable de la gran ciudad.

Las experiencias narradas por los protagonistas, a su vez, nos abrirán ventanas a realidades que generalmente la persona de a pie desconoce, como pueden ser los efectos físicos de la drogodependencia y la brutal realidad de las cárceles de aquella época, en las que, como dice uno de mis entrevistados, «no había derechos humanos, ni nada de eso». Avanzamos en progresión histórica por los barrios en cuyas calles proliferaron las cuadrillas de amigos y las bandas más míticas de la historia reciente de España.

Vicálvaro, un barrio obrero del sureste de Madrid, será, pues, nuestro próximo destino, el hogar de Brujos y Mini-Brujos. Empezaremos hablando con Fina, que vivió esos años con los Mini-Brujos. María, mi nueva amiga en Instagram, me facilitó su contacto: «Yo nací en el 62. Estaba estudiando en Madrid y entonces yo salía [por Vicálvaro] principalmente los fines de semana: jueves, viernes, sábados y domingos. Porque era cuando abrían Barrabás, el Paraíso, que eran las discotecas donde ponían la música que nos gustaba, que era rock duro y estas cosas. Era un poco machista en esa época, las chicas no pagábamos y los chicos eran los que pagaban. Y teníamos, encima, una consumición gratis. Conocí a los Mini-Brujos porque eran del barrio de San Juan [en Vicálvaro]. Vicálvaro se compone de varios barrios, entonces, donde estaban el Paraíso, el Barrabás y demás, digamos que era la zona antigua. Todos veníamos de San Juan. Es la parte alta, la parte más pegada a San Blas». «Nos conocimos porque sólo eso estaba abierto [Paraíso y Barrabás]. Discotecas, bueno sí… llamémoslo discotecas. Tampoco eran discotecas al uso. En Barrabás fue la primera vez que yo vi actuar a Leño en directo. Eso fue en el 78. Ponían rock duro, música disco para bailar y al final te ponían música lenta para bailar pegados.»

«Nosotras empezamos a parar con los chicos, los Mini-Brujos. Entonces, llegábamos a la discoteca y había [algo que podríamos llamar reservados], aunque no eran reservados… eran como aparte, donde tú te sentabas con todo el grupo y entonces las chicas salíamos a lo mejor a bailar y ellos estaban sentados, fumando porros, evidentemente, y estaban muy pendientes. Entonces, era complicado bailar. No podíamos tampoco bailar con otros chicos y muchísimo menos si eran de otros barrios. A ver, si eran de

Vicálvaro, vale, porque los conocíamos, pero si venían de Vallecas o venían de San Blas, ya estaba la guerra liada. La liaban a la mínima, es decir, todo valía. Cualquier cosa valía para liarla.» «Yo estuve saliendo con uno de ellos mucho tiempo, dos años, y luego ya se fue a la mili, donde se enganchó a las drogas. Después se murió. En aquella época hacíamos parejas y había gente que se quedaba embarazada, gente que no, gente que siguió con la relación, gente que no siguió. Yo reconozco que no seguí, porque cuando vi ya que aquello se complicaba con el tema drogas, como yo quería estudiar una carrera, pues eso a mí me despistó un poco. Y dije: "Esto va a ser que no." Seguí siendo su amiga, pero la mayoría de ellos desaparecieron. Murieron o cosas mucho peores, aunque eran muy majos, muy buenas personas.»

El Paraíso empezó antes que el Barrabás, y fue ahí donde paraban los Brujos. El Paraíso era más rockero, más cañero que el Barrabás. Más cercano al heavy metal. En Paraíso no se escuchaba ni flamenquito, ni música disco, estilos de moda por entonces en los locales nocturnos. La gente de Vicálvaro lo llamaba el Para. Se trataba de un local donde la violencia era algo cotidiano: «Yo lo dejé porque había unas peleas… era horroroso. Y en el Barrabás como que nos sentíamos más cómodos. Y, entonces, como las chicas empezamos a ir a Barrabás [en la calle Sixto, hoy Alcácer Tejares], pues ellos también nos seguían. Y el Paraíso en poco tiempo, en un año, cerró. Entonces ya todo el mundo se trasladó al Barrabás, que además estaba al lado. Estaría a 50 metros de distancia, o menos. [Barrabás] antes era un cine, el cine San Félix y el [Paraíso] había sido el cine Astoria.»

Los Brujos eran mayores que los Mini-Brujos. Los Mini-Brujos eran hermanos de los Brujos. Los llamaban los Mini porque eran los hermanos pequeños: «Para mí [los Brujos] eran muy mayores, yo que tenía catorce o quince, ellos tendrían veintitantos. Los Mini-Brujos también eran dos o tres años mayores que nosotras.» Los Brujos se pegaban mucho más, eran más violentos que sus sucesores. Quedaban los fines de semana solo para pegarse. Era este su principal afán, no tanto salir a bailar, beber o alternar[1]: «De los Mini-Brujos se decía que eran muy protectores de sus chicas, que en seguida la liaban parda, y eso era verdad. Aunque no se llegaban a matar, como hoy en día. Puñetazo va, puñetazo viene. Sus chicas

eran intocables, no podía nadie de fuera decirles ni mu, y se les respetaba muchísimo. Es que, además, ahí todo el mundo se conocía. Aunque vinieran de San Blas o de Vallecas, todo el mundo sabía quién era todo el mundo. Ellos marcaban su territorio. Entonces, si venía alguien de Vallecas y te decía: "Ay, hola ¿qué tal? ¿Quieres bailar?" Yo decía: "No." Porque no lo conocía y en cuanto yo miraba para un lado veía que le estaban echando el ojo. Le decía: "Más vale que te vayas". Suena un poco a película, pero es que era realidad. Ellos miraban sentados en su sitio con todos los palos y movidas que tenían debajo de los asientos. Tenían palos y lo que hiciera falta. Tenían sus navajitas, eso también. Pero yo no he visto pinchar a nadie ni matar a nadie, eso también te lo digo. Ahora, pegarse de puñetazos, los que tú quieras.»

A pesar de sus palabras, algunas muertes sí tuvieron lugar en Vicálvaro, causadas por alguna de estas reyertas. Un artículo de El País del 1 de diciembre de 1981 así parece confirmarlo. Comienza con el titular: «Muere un joven en una pelea entre dos pandillas rivales, en Vicálvaro.» Y prosigue: «Un joven de dieciocho años, Antonio Cornejo Delgado, resultó muerto, y otros siete –entre ellos, una muchacha de diecisiete–, heridos de diversa consideración, como consecuencia de un enfrentamiento entre bandas rivales en un bar de Vicálvaro. Otro joven de veintitrés años, identificado por la Policía como [F.R.M], se ha confesado presunto autor material del homicidio. Según la información facilitada por la Jefatura Superior de Policía, Félix Rincón importunó a Ana María García Esteban en la discoteca Barrabás, en la calle de Sixto. Los respectivos grupos a los que pertenecían ambos se persiguieron hasta encontrarse de nuevo en el bar El Lago, de la calle del Lago de Sanabria, también en Vicálvaro […] Hacia las diez y media de la noche del sábado se produjo un violento enfrentamiento entre las dos pandillas, que se lanzaron copas, botellas, vasos, taburetes y otros objetos arrojadizos. Entre los daños ocasionados en el bar se incluyen tres lunas fracturadas, la puerta de la cocina destruida y varias vitrinas hechas añicos [...] En un momento de la pelea, siempre según la información oficial, [F. R.] sacó una navaja de amplias proporciones y asestó varias cuchilladas a Antonio Cornejo Delgado, lechero, que fue trasladado al Hospital Provincial, donde murió al poco de ingresar. Otro de los contendientes, Javier Peinado Calera, de veinte años, fue intervenido quirúrgicamente de herida de arma blanca y

hubo de extirpársele el bazo [...] Al autor material de este homicidio se le incautó, según la nota policial, una navaja automática ensangrentada y doblada, como consecuencia de las cuchilladas practicadas con ella, un cuchillo de cocina de grandes proporciones –35 centímetros de largo, de ellos 17 correspondientes a la hoja– y ocho barras de hachís.»

Sobre la indumentaria del grupo, Fina comenta: «Íbamos vestidos con pantalones supermegaestrechos vaqueros, luego camisas superanchas –que yo se las pedía a mi padre–, pero todas por fuera, ¿vale? Luego nos poníamos chalecos, que yo se los pedía a mi abuelo, y algunas veces llevábamos corbatas. Y los pelos… Bueno, a mí me llamaban Patti, por Patti Smith.» Los Mini-Brujos vestían chupas de cuero negras o marrones, con los vaqueros pitillo, las camisas por fuera, pelo largo y rizado. Pero, eso sí: «Hasta que tenías a ir a la mili, que entonces era obligatoria. Entonces, volvían [de la mili] con el pelo corto y ni los conocías. Llevaban un look muy de heavy y nosotras igual.» Entre ellos estaban el Mayo, el Piti, el Moro (porque era muy moreno). En el grupo no había un liderazgo muy marcado, pero sí mucha solidaridad: «Se llevaban todos muy bien, eran muy piña. No había nadie por encima de nadie. Estaban muy unidos. Como los mosqueteros: "Todos para uno y uno para todos." Si se enteraban de que alguien tenía un problema o que le habían pegado, o cualquier cosa, se juntaban para buscar a la persona.»

Vicálvaro en esos años ya no era considerado un pueblo, era más bien definido como barriobajero. Dicha concepción servía para establecer diferencias entre los diversos habitantes de Madrid (creándose jerarquías de superioridad-inferioridad), al tiempo que operaba como una herramienta para la estigmatización de la gente con menos recursos: «Yo cuando iba a Madrid y decíamos que éramos de Vicálvaro, nos decían: "Ya están las barriobajeras." Estábamos muy mal considerados, Vicálvaro y San Blas... Yo estudiaba en Alonso Martínez y cogía el P7, y nunca se me olvidará que nos dejaba en Ventas y luego cogíamos el metro [Línea 5] hasta Alonso Martínez, donde estaba el instituto. En el instituto decir que eras de Vicálvaro era… Estabas estigmatizada. "¿Tú eres una barriobajera?", me preguntaban.»

El barrio era un espacio geográfico, cultural y moral que servía de base a la identidad de sus nativos. Cada cual era definido por el espacio que ocupaba en el mapa de la gran ciudad: «El barrio, como te diría, era todo. No nos movíamos de ahí, era nuestro mundo. Mira, yo me acuerdo de que la Movida madrileña yo la conocí cuando conocí al que es hoy mi marido. La conocí porque él me llevó. Yo cuando fui al Rock-Ola flipé, porque conocí a Pedro Almodóvar, a Alaska, todavía no eran tan conocidos. Y yo decía: "Pero ¿todo esto existe?" Porque yo no salía del barrio. El barrio lo era todo y no salíamos de ahí para nada. Yo salía para estudiar porque no había instituto en Vicálvaro. Por eso yo estudiaba en el centro. Pero luego, por la tarde, no salíamos del barrio. Llegabas, te cambiabas de ropa y pum, otra vez… Y, por eso, para mí, mi mundo, y para todas, era Vicálvaro. Cuando mi marido me llevó al Rock-Ola –¡que está en la calle Cartagena, muy cerca!– dije: "¡Ostras, si hay otro mundo!" Vivíamos en una burbuja.»

«En Vicálvaro nosotros parábamos en el Tusset… llamémoslo discoteca, por llamarlo de alguna manera. Ahí empezamos a parar cuando el Barrabás cerró. Ponían una música que me gustaba más. Barrabás cerró en el 81 o el 82. Antes del Tusset quedábamos en el Don Masi. El dueño del Don Masi era de Vicálvaro y también pertenecía a los Mini-Brujos, el Santi, que también ponía música de tipo pop y entonces ahí empezamos a parar, y ahí salíamos y fumábamos y bebíamos, con la música de fondo. Entonces ya tirábamos para el Tusset. Nos íbamos recogiendo [unas a otras para salir]. Pasábamos por la casa de una, de otra. De San Juan al Barrabás y el Para había un trecho. ¿Qué hacíamos? Las que vivían más lejos del Barrabás iban recogiendo a las otras. De camino íbamos llamando a la persona a su casa. Entonces no había móviles.» «No tenías que ser mayor de edad para entrar en las discotecas, no… Eso el jueves, viernes, sábado y domingo. El resto de la semana estaba todo cerrado. La gente bebía cerveza principalmente, como bestias. Y porros también, yo en mi caso. Una Nochevieja nos tomamos LSD y terminamos yéndonos a Uclés, un pueblo de Cuenca. Y nos metimos en el castillo de Uclés, que es, no sé, como Juego de Tronos. No sé qué hora sería, las dos de la mañana, las tres. Ahí llegamos de tripi y empezamos a flipar. Teníamos un colocón… Y nos despertamos ahí, en el castillito.»

«Yo tenía un amigo que todavía es músico, que ha tocado en los Burning, en Coz, en varios grupos heavy. Eduardo [se llama]. Nos invitaron a una amiga y a mí, que también era de los Mini-Brujos, y nos fuimos a pasar una Semana Santa a Benidorm. Y me acuerdo de que nos pagamos la estancia haciendo de relaciones públicas en las discotecas. En [la discoteca] Penélope y todo eso. Nosotras veíamos aquello como un mundo… ¡buf! Digo: "¡Ostras! ¿Esto qué es? ¡Qué ambientazo!" Entonces, nada, estuvimos en la casa de un amigo de Eduardo, el guitarrista este, y estábamos ahí una noche y nos dijo Edu: "Oye, que van a venir unos amigos míos de un grupo que no sé si los conocéis, se llaman Burning." Y nosotras: "¡Ah, esos son los de: ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?!" Y, nada, aparecieron ahí y pasamos toda la Semana Santa juntos. Y, bueno, nada, bebiendo, fumando y sin parar de reír, y ahí lo dejo... Se quedó ahí y lo que pasa en "Las Vegas, se queda en Las Vegas". Si te soy sincera recuerdo [poca cosa].»

«Las películas de cine quinqui sí las veíamos. Nos las sabíamos de memoria, y la música. Los veíamos como héroes a estos, ¡será posible! Sí, sí. Los Chichos y Los Chunguitos nos gustaban también, muchísimo. ¿Sabes por qué nos gustaban? Pues porque veíamos esas películas quinquilleras y lo asociábamos [con esa música].» La zona más dura de Vicálvaro era San Juan; de donde salieron la mayoría de las bandas, los Mini-Brujos incluidos. San Juan, por otra parte, padeció con especial intensidad los estragos que causó la heroína a partir de los años ochenta: «Yo no tengo prácticamente amigas de aquella época, casi nadie. Y los que sobrevivieron, lo hicieron porque se marcharon. Y amigas mías viudas… en fin. La verdad que fue una época difícil.» «Delincuencia en el barrio no había, violencia sí. ¿Sabes cuándo empezó la delincuencia? Unos años más tarde, cuando ya la heroína entró en nuestras vidas, a partir de los ochenta, del 80, 81. Empezó a hacer un destrozo. ¿Por qué? Porque había que sacar dinero de donde fuera. Empezaron los tirones, los atracos… Todo eso era para pagarse las drogas.»

A través de Fina me pongo en contacto con P. de Vicálvaro. Según las malas lenguas fue un brujo original. Aunque él, cómo no, lo niega rotundamente: «Yo soy del 52. Había una línea de autobuses de un señor que fue alcalde de Vicálvaro, Fausto Dones, e iba de aquí a Ventas en 10 o 15 minutos. La calle principal de Vicálvaro

era el paseo de los Artilleros, donde estaba un cuartel de artillería, lo que es ahora la Universidad Juan Carlos I.» «Yo conocía a los cabecillas de las bandas de San Blas. Estaba la Banda del Recio y la Banda del Goinilla. He conocido a esos y he conocido a otro que le llamaban el Chulón, que estuvo aquí en la discoteca Tusset de guardaespaldas, de machaca. Ese pertenecía a la Banda del Goinilla también. Esas eran bandas bandas. Te hablo de hace 40 años. Paraban en el parque de San Blas. Ahí [en ese parque] había un baile y ahí paraban. Aquello era un coto de toda esa gente. Allí cuidadín, como te metieras ahí y quisieras ligar con alguna chavala del baile ese…»

Según P., Vicálvaro nunca fue un barrio conflictivo: «Tuvimos un problema, que aquí, entre Vicálvaro y San Blas, hicieron un núcleo chabolista. Se llamó Los Focos, igual que la Cañada ahora. Ahí montaron los gitanos su Guarrerías Preciados, que lo llamábamos así en Vicálvaro, y, junto con la cosa de los lavabos y las bañeras y esas cosas [que vendían], se dedicaban a vender la droga. Ese fue un núcleo grande de venta de droga. Como estaba tan cerquita del barrio, pues los jóvenes en los ochenta empezaron tonteando y hubo mucha gente que se enganchó, murió y otros acabaron malamente. Los Focos empezaron en el setenta y tantos, por ahí. Eso fue un núcleo de chabolas que se hizo ahí, empezó a ensanchar y se formó un barrio.»

Hablo con Manuel, uno de los Mini-Brujos, un tipo con un discurso inteligente, sosegado, que habrá de desvelarme muchas realidades para mí ocultas hasta entonces: «Mi padre es de Aranjuez y mi madre de Extremadura. Coincidieron en Madrid, mi madre vino muy jovencita y [se establecieron en Vicálvaro]. Yo Vicálvaro siempre lo he conocido como un barrio de Madrid [no como un pueblo]. Antiguamente fue un pueblo. El distrito siempre ha pertenecido a Madrid. Valdebernardo era todo campo. En Valdebernardo cazaba yo, porque a mí me gustaba mucho la caza. Y Valderribas era una fábrica de cemento.» «No había instituto. El colegio público que había lo hicieron a principios de los setenta en la plaza. En Vicálvaro no había nada. No había polideportivo, ni piscinas, ni un campo de fútbol, nada. Nosotros jugábamos en el cuartel que tenían los militares. Tenían una zona con una cancha de balonmano y de futbito. Y ahí nos colábamos por la valla y nos

dejaban [jugar]. Yo soy de enero de 1962. Yo iba a cazar desde los once años hasta los catorce. Había conejos, gorriones, alondras, jilgueros. Los jilgueros los cogíamos con liga y redes, porque un amigo mío era pajarero y los vendía en el Rastro. Se cogían vivos, con la red, con reclamo. Luego criaba, los mezclaba con canarios.»

Como ya dije, los Mini-Brujos eran de San Juan. Vicálvaro estaba dividido entre Vicálvaro viejo (donde está la plaza de Vicálvaro), las Mil Viviendas (cerca del cementerio) y luego San Juan. San Juan es de los barrios nuevos que crecieron allí. Fue construido aproximadamente en los años cincuenta: «Antes de comprar mi padre ese piso en San Juan vivíamos en la calle Canteras de Tilly. Vendieron ese [piso] porque yo estaba un poco malo de [los] bronquios y cosas de esas. Tuve un poco de asma. Y como estaba la fábrica ahí pegada, compraron mis padres el piso último alejado de la fábrica para que yo me [curase]. De Vicálvaro [pueblo] nos fuimos a San Juan, a la plaza de Alosno. Yo vivía en la Ciudad del Sol, en pleno San Juan.»

Los niños de la generación de Manuel hacían vida en la calle. Los años sesenta representaron un boom de la natalidad en España: «Nosotros somos tres hermanos, pero ahí tenía yo vecinos con 16 hijos, con 11. Te hablo de gente amiga mía, que los tíos eran más pequeños que sus sobrinos». La gente de Vicálvaro llegaba, sobre todo, de la zona de Castilla La Mancha, de Cuenca, Toledo y de Extremadura, Andalucía: «Sólo tenía tres amigos que sus padres eran nacidos en Madrid. Los gitanos y las chabolas ya vinieron después. En los ochenta.»

«Los Mini-Brujos no éramos una banda, éramos un grupo. Yo era el más pequeño. Todos me sacaban dos años. Los Brujos eran de San Juan. Yo me imagino que el nombre de los Brujos viene de… porque yo tengo un compañero que le llamaban el Brujo. Esta banda o este grupo era de los años setenta y entonces la gente empezaba a dejarse el pelo largo. A mi amigo le llamaban el Brujo porque fue de los primeros que se dejó el pelo largo[2]. “Mira, parece un brujo.” A estos me imagino que sería por lo mismo. De los Brujos yo conocí a un vecino mío, otro que vivía en la parte de atrás y otro que vivía en la emisora. La emisora era una emisora de aviación que ahora la están desmontando. Y otro que era el

hermano de una amiga mía.»

Antonio González Pacheco, alias Billy el Niño (el «torturador del franquismo»), trabajó por la zona de San Blas durante parte de los años setenta y tuvo serios roces con los Brujos. En esos años cualquier joven con el pelo largo y «pintas» era inmediatamente identificado por la Policía, que se dedicaba desde ese momento a acosarlo sin miramientos: «En unas fiestas se emborracharon los [Brujos] y robaron un 600. Entonces, los cogieron y ya los ficharon. Y, a partir de ahí, a por ellos, hostigamiento… Y llegó un momento que salieron de la cárcel después de un tiempo… Lo peor que te podía pasar en aquellos años era estar fichado. [Los acusaron] de que iban a poner una bomba en el scalextric de Atocha. ¿Cómo iban a poner una bomba? Bueno, pues los metieron a todos en la cárcel. Y estuvieron un montón de tiempo. Así se acabaron los Brujos.»

Los Brujos eran especialmente violentos y sus principales enemigos eran «los de la plaza de Vicálvaro». Según Manuel, «no se podían ni ver». Como vemos, la enemistad territorial desempeñaba un papel también en el interior del mismo Vicálvaro. La localización por zonas servía para clasificar los grupos y las identidades, la violencia y las hostilidades, siendo una herramienta básica para la diferenciación grupal: «Los Brujos me sacaban diez años. Esos rondarán los setenta años [es decir, que nacieron en 1952 aproximadamente]. Por entonces navajas llevaba todo el mundo. Pero, más que navaja, llevaban cinturones con cabeza de león, anillos de Aries, con un carnero [risas]. Había peleas entre los Brujos y los de la plaza. Y luego eran los de Vicálvaro contra los de Vallecas. Los de Vicálvaro y los de Vallecas, eso era odio a muerte. Eso sí que eran peleas peleas.» «Recuerdo una que yo vi la sangre que dejaron ahí... Yo vi la sangre, la pelea me la contaron. Eso fue un sábado. Todo esto ocurría los sábados, porque se trabajaba los sábados por la mañana y por la tarde a la discoteca. Por lo visto, vinieron de Vallecas dos o tres chavales a Vicálvaro. Y estuvieron tomando algo en un bar que se llamaba el Vital Aza. Y entonces los vieron ahí en ese bar. Los siguieron y los cogieron más adelante, los hicieron un corro y a patadas los inflaron.» «¿Sólo porque eran de Vallecas?», pregunto. «Solamente por eso. Había un reguero de sangre al lado de un árbol de la paliza que les dieron, una paliza tremenda. Ahí se metió la mujer de un bar, porque pillaron [a los

vallecanos] enfrente de la puerta de un bar… se metió a separarlos, la metieron en el corro y también la inflaron. Eso no fueron los Brujos, fueron los de Vicálvaro, los de la plaza.» «Había una discoteca [en Vicálvaro] que se llamaba Paraíso y ahí siempre había peleas, esas sí que las he visto yo, de pequeño. Y, además, es que íbamos aposta. Cuando terminaba [el baile], no sé si sería a las nueve de la noche, ibas allí a la puerta y peleas… Era pegarse allí la gente.»

En Vicálvaro a partir de las doce estaba todo cerrado. Si uno quería salir más de noche, tenía que ir a Madrid: «Íbamos con los pelos y llegabas a Madrid y había sitios en los que no te dejaban entrar. Los sitios que había abiertos de noche en Madrid eran más selectivos. Si te dejaban entrar, ya todo el mundo estaba pendiente [de ti].» «Nosotros no éramos propiamente heavys, éramos macarrillas. Los punkys ya vinieron más tarde. Llevábamos chaquetas de cuero, cazadoras, zapatillas John Smith y J'hayber, botines, botas camperas.»

En Vicálvaro estaban el Barrabás, el Paraíso y el Tusset. El Paraíso se llamó anteriormente la Unión, un baile de verano de los años sesenta con terraza: «Ahí han bailado mi padre y mi madre, mis tíos, antes de casarse.» La Unión era también conocida como el Baile del Quesero, porque su dueño era quesero. Luego modernizaron el local y lo abrieron como Paraíso: «Ahí he visto a Leño, a Obús, a Barón Rojo, a los Burning. Barrabás tenía mucha fama. Barrabás era más grandecita, una nave rectangular. Tenía la barra al fondo, al lado de los servicios, y luego tenía un reservado con una cortina, que era para las parejas. Luego tenía la pista y el escenario. Y alrededor de la pista había butacas y espacio para la gente.» «En Barrabás recuerdo yo también en la puerta una pelea. Estaba la taquilla, donde comprabas la entrada, y luego había una especie de hall, de recibidor. Y en esa entradita vi que había revuelo de gente, ¿no? Y me asomo y veo a un amiguete mío pegándose con cuatro paracaidistas, e hizo cara. No les dio, pero tampoco le dieron a él. Él estaba contra la pared y los paracaidistas no se le acercaban. Empezó a salir gente y los paracaidistas se fueron. Eran los paracaidistas de Alcalá de Henares, vestidos de faena, con uniforme.»

La gente del barrio estableció una relación dialéctica con la ficción del cine quinqui. Dichas películas imitaban la realidad de las calles, pero, a su vez, fomentaban en estas la delincuencia que aparecía en la gran pantalla. De algún modo, el cine quinqui difuminaba los límites entre realidad y ficción, algo que compartía con el neorrealismo italiano, un cine que también surgió tras el fin de una dictadura y que encarnó una nueva modernidad[3]: «En Vicálvaro Los Chunguitos también paraban. En el Tusset yo he visto a Los Chichos. Lo del cine quinqui fue otra moda que se puso, y todo el mundo a robar coches y radiocasetes. Por las películas de Perros callejeros (1977), Deprisa, deprisa (1981); que, por cierto, algunas escenas están rodadas aquí al lado, en el Cerro de los Ángeles [donde estamos realizando la entrevista]. Yo fui a ver Perros callejeros en los Cines Goya, cuando tenía dieciséis años. Digamos que los veías como héroes, en contra de la Policía, en contra del sistema, en contra de la gente que era mayor y tenía dinero. Porque entonces, alguien que tuviese un [SEAT] 1430 con cincuenta años, a ese se le podía robar, con total impunidad. Y estaba bien visto robarle. Con esa sensación fue con la que salí yo de ver esa película: odio a muerte a la Policía y a todo el mundo que tenga algo que se le puede robar.» Yo sugiero un razonamiento de las personas con menos recursos: «Porque, qué morro, ¿por qué va a tener algo y yo no?» Él responde: «Sí, sí, eso era. Esa sensación era la que transmitían esas películas a toda la gente de mi generación, de barrio.» «[El protagonista] de El pico (1983) [José Luis Manzano] se lo encontraron muerto en mi barrio. Ese apareció en las [casas] prefabricadas de mi barrio [en Avenida de Guadalajara][4]. Aquello era un hipermercado, entre San Blas y Vicálvaro. Ahora hay unos chalets ahí que cuando voy pienso: “Si supiese esta gente lo que había antes ahí… tremendo.”»

«[Musicalmente] a mí me gustaban mucho Leño, los Rolling Stones, Led Zeppelin, AC/DC. Todavía tengo en el taller un transistor, un radiocasete Sony; lo tengo en el taller funcionando. Era de la época. Ahora llevan sus móviles con la música, pero entonces era un cacho transistor como un armario. Se ponían ahí a beber, a fumar porrillos. La Policía te paraba cada dos por tres, [te pedía la] documentación. Aunque con el tema drogas había más tolerancia. Hubo una época, cuando empezó Felipe González, que hasta cierta cantidad se podía consumir, de heroína. Entonces, a un tío le veían

con una papelina [y no pasaba nada].»

Las pandillas estaban más que presentes en la zona. Había muchas bandas en Canillejas y en San Blas. Se hablaba mucho de los del parque de San Blas, de la Banda del Recio y la del Goinilla, como ya vimos. Los Mini-Brujos se formaron como se forman las cuadrillas, por el colegio y el barrio a los que pertenecían sus miembros. Al ser más pequeños y algunos de ellos hermanos de los Brujos, junto con otros vecinos del mismo barrio se les puso el nombre de Mini-Brujos. Pero los Mini-Brujos eran de otro estilo, «ya no eran peleas a muerte con los de la plaza». «Yo empecé a ir con los [Mini-Brujos] a través de un vecino mío, que su hermano mayor era de los Brujos. Él es dos años y medio mayor que yo. Este chaval era mecánico y yo empecé el oficio con catorce años. Mi hermano era pintor [de coches] y mis tíos han sido mecánicos, en fin. Él era mecánico y yo pintor [de coches]. Y cogimos relación con eso. Yo era un apasionado de los coches de carreras. Y él igual, de los rallys; de preparar los coches… Te estoy hablando del 1977. Cualquier coche preparado con ruedas, con franjas deportivas, [nos llamaba la atención].» Estamos hablando de los orígenes del tuneo de coches: «Yo tuve un 600 con motor de 127; le metí ruedas grandes… Ese coche, que era de mi hermano, yo ya lo conducía sin carnet. ¡Entonces no pasaba nada! Lo pinté azul oscuro, con las ruedas de 1430 LGU blancas, las ruedas de la Loca que se llamaba a ese coche. El SEAT 1430 contaba con un modelo que tenía un motor de 1600, que corría como un rayo. Las ruedas de ese coche fueron las que yo le metí a mi 600, le saqué las aletas, y con el motor de 127 corría como un demonio. Entonces no existía la ITV. Ahora no se podría hacer nada de eso.»

«A partir de ahí es cuando cogí una amistad [con uno de los Mini-Brujos] como si fuese mi hermano mayor, porque me cuidaba como si yo fuese su hermano pequeño.» De los Brujos puede que queden algunos vivos. De los Mini-Brujos sólo quedó Manuel y dos más. La heroína acabó con muchas pandillas: «Fue lo que unió a todo el mundo y lo que acabó con todos. Unió porque la droga [crea] extrañas parejas. Para ir a comprar, para ir a delinquir.» «La droga llegó sobre 1978 o por ahí, lo que es la heroína. Los porros ya estaban. Cuando empezaba la gente a comprar de trapicheíllo, por los barrios, siempre había alguien que vendía. Pero ya cuando se

formó un mercado exagerado, los gitanos empezaron a vender en la Celsa, el Pozo del Huevo. [El Pozo del Huevo] estaba al lado del Pozo del Tío Raimundo [en Vallecas]. El Pozo del Huevo eran casitas bajas construidas por inmigrantes españoles. El que no podía pagarse una casa de alquiler al llegar a Madrid se construía una casita ahí. En los sesenta los que hacían esos barrios eran gente obrera, pero luego con los años, cuando empezó todo a degradarse, se convirtió en una zona marginal. Los [constructores amateurs de las casas bajas] fueron prosperando y abandonando la zona. [Las casas bajas] eran el salto que daban para comprarse un pisito en un barrio, ¿no?» Es decir, que tales viviendas representaban un apaño temporal. «Fueron dejando esas casitas y las ocuparon los gitanos. Y los gitanos [se pusieron] a vender droga. Y menudo chollo pillaron. Pero les salió mal, porque luego sus hijos se engancharon. Se dio un efecto bumerán, tú mandas malo, pues te viene malo».

Más adelante, se empezó a mezclar la cocaína con la heroína. Los Mini-Brujos empezaron a delinquir y atracaban todo tipo de negocios: «Una persona que se levanta con mono, pues es sacar para el primer pico de la mañana, como sea. Quedar con otro, o lo que sea, y salías a buscarte la vida. A mí me contaron una vez que entraron en una oficina por la zona de Arturo Soria, e iba una chica con ellos, que era la que llamaba a la puerta, porque a los demás no les abrían la puerta. Llamaba la chica como si fuese a preguntar algo y, cuando abrían, [los otros] entraban detrás». Se atracaba mucho a la gente que iba a sacar dinero a los cajeros. Se intimidaba a la gente y se les obligaba a sacar la máxima cantidad permitida del cajero. Los focos de delincuencia y drogadicción de Vicálvaro iban cambiando, por el acoso de la Policía y de los vecinos: «A nadie le gustaba tener a una cuadrilla de yonquis debajo de su terraza, ¿no? Iba por zonas: el Hoyo, la plaza… El Hoyo era una cuesta muy grande cerca de zonas comerciales. Te ponías en la puerta de algún bar y ahí se concentraba [la gente]. Entrabas, pedías un botellín y ahí se concentraban [muchos], los vecinos se quejaban y la Policía acosaba [al personal]. Entonces, de ahí te pasabas a otra zona.»

Cuando ya se empezó a degradar la cosa entre los Mini-Brujos, principalmente a causa de la droga, los grupos se redujeron, se dividieron. Los adictos son personas egoístas y mezquinas, cuyo

horizonte mental se reduce al consumo de su droga de elección, lo que da pie al surgimiento de innumerables discusiones entre unos y otros. Manuel mantuvo su amistad con algunos de los Mini-Brujos durante diez años o más. La heroína empezó como una moda, algo nuevo. No estaba mal vista: «Yo recuerdo que la gente en la televisión [lo decía]. Yo recuerdo un tío en televisión contando cómo se metió un pico en el Retiro, ya no recuerdo qué programa era. Nadie se imaginaba lo que venía detrás, la ruina que venía detrás, ¡ni idea tenían! [La heroína] es un estado mental distinto del que [proporciona] el alcohol, que era lo que consumían los Brujos; ellos no [consumieron heroína]»[5].

Le pido que me hable de historias carcelarias que le hayan podido contar: «La cárcel era un mundo aparte, una ciudad dentro de la ciudad. Carabanchel. Era un sobrevivir. Me han contado que al llegar los presos pasaban un periodo de cuatro días y luego ya entraban a la galería de destino, según delitos, antecedentes. Entraban seleccionados por galerías, a la tres, a la que fuese. Y allí era sobrevivir, sobrevivir. [Las celdas] se llamaban chabolos, eran de cuatro personas. Estaba "el Bronx", que eso era la tercera galería y ahí había un montón de gente.» Realizo la clásica pregunta: «¿Ahí había violaciones y toda esa mierda que se cuenta?» Me responde: «Te digo que eso era un submundo, horrible, terrible. En aquellos años no había derechos humanos, ni nada de eso. El que entraba en la cárcel, entraba a la cárcel. Carabanchel era Carabanchel. Y era para delitos no [muy graves]. Porque si te condenaban a más de dos años o tres ya podías pasar al Penal de Ocaña (en Toledo).» «Yo he conocido a gente que [la cárcel] era su casa. Entraba, salía, entraba, salía… Porque hoy en día cogen a alguien que ha robado un coche y de la comisaría sale. Pero entonces robar un coche eran seis meses en Carabanchel. Luego, según la zona… Si cometías un delito en Coslada, por ejemplo, ibas a la cárcel de Alcalá. Si cometías un delito de Vicálvaro para dentro, te ibas a Carabanchel. Alcalá y Carabanchel eran igual de mierda [risas]. Ocaña y el Dueso eran para las condenas largas.» La tercera galería era «el Bronx», que era un chabolo más grande: «Entraba la gente, le daban un colchón… era un "¡búscate la vida!" Uno había de buscarse dónde había una cama libre. Como te lo digo»[6]. «Luego hubo el famoso motín de Carabanchel [de 1977], que estalló porque la gente explotó. La gente explotó por el abandono. La gente se atracaba unos a otros.

La gente entraba con unas zapatillas y se las quitaban. Atracos, violaciones y de todo. Siempre el fuerte se comía al débil. Pero había gente que entraba y sabía que tenía a los amigos, y se iba con sus amigos. Había gente respetada, porque sabían [que era amigo de otro].» «En la cárcel lo más importante era la experiencia. Y llega un momento que conoces a gente y llegaba gente y te saludaba, ya te tenía un cierto respeto. De hecho, la gente que entraba nueva no iba a la misma galería que la gente con más experiencia.»

En la cárcel también había mafias, pandillas o grupos de gente que defendía sus propios intereses. Como ocurre en las prisiones estadounidenses, la población se segregaba a sí misma étnicamente. En cárceles españolas no era raro tampoco que los presidiarios se organizasen por identidades regionales: gallegos, vascos, andaluces, etc. Esta separación espontánea en función de la raza, etnia o identidad regional es bienvenida por las autoridades de toda cárcel, que así controlan mejor a los presos. Opera aquí el viejo dictum «divide y vencerás». Los presos de Carabanchel se subdividían en negros, por un lado, gitanos, por otro, y los payos, por otro; también: «Había muchos negros a los que cogían con droga, vendían heroína. A mí me mandaron a hacer la mili en Ceuta, y estando ahí me agregaron al Tercio, la Legión. España tenía un acuerdo con Guinea, que era una colonia de España. Para conseguir la nacionalidad española [los guineanos] tenían que estar cuatro años en la Legión. Estaban como mercenarios y ya salían y eran ciudadanos españoles. Y todos esos negros, ¿dónde iban? A Madrid… a Madrid o Barcelona. Hoy en Madrid la gente de raza negra encuentra más trabajo; de hecho, la gente de raza negra da pocos problemas. Pero entonces venía un chaval de ellos licenciado y no te creas que encontraba trabajo así como así: “A un negro no lo voy a contratar”. Y tienen que comer, como todo el mundo. ¿Cómo conseguían dinero? A vender droga... y arrestaban a muchos.»

Con el estallido del consumo de heroína llegó la epidemia del sida, virus del que tuvo noticia el público a partir de 1981, aunque nadie conociese sus principales rasgos y modo de contagio. Excepto tres, que siguen vivos –Manuel entre ellos–, todos los Mini-Brujos murieron de sida y hepatitis. La transmisión de enfermedades era algo totalmente cotidiano en ese mundo: «Tú imagínate en una cárcel como Carabanchel, en una galería en la que hubiese cien

personas a lo mejor había dos jeringuillas. Y se alquilaban las jeringuillas, porque en la cárcel la droga circulaba igual que en la calle. Muy cara, pero igual que en la calle. Era más fácil meter heroína que meter una chuta. Entonces, se alquilaba la jeringuilla, y con esa se pinchaba todo el mundo. Entonces, el sida se pasaba a todo el mundo. [En Carabanchel] había un cura que llevó un puñado de jeringuillas y las repartió ahí en la [cárcel], para que cada uno tuviese su jeringuilla.»

La heroína fue lo que diezmó a los Mini-Brujos en una época en que la gente se pinchaba directamente: «Además, Vicálvaro estaba dejado de la mano de Dios, abandonado. De hecho, Vicálvaro pertenecía al distrito de Moratalaz y el dinero lo mandaban al distrito, y se decía que Moratalaz se quedaba con el dinero y mandaba los restos para Vicálvaro.»

«En la zona de San Juan en Vicálvaro había un Caja Madrid y ahí se cometió un atraco [gente del propio barrio]. Si es que la droga fue… No miraban dónde se metían a robar. Y te conocían. Era quitarse el mono.» «Un enganche de heroína, cuesta muchísimos años salir. Centros de desintoxicación… El Patriarca, que estaba entonces, era un centro de desintoxicación que estaba en España y por toda Europa, en Francia... Yo conozco uno en Valladolid, luego otro por Granada. No era religioso, ahí lo que se hacía era trabajar a saco. Trabajar, trabajar y trabajar. Se cuidaban animales, se hacían obras, limpieza. Se hacían la comida y la cena, era como una comuna organizada.» «El mono es algo físico y psicológico que transforma a la persona. El abandono total, la degradación total de la persona y no vivir para otra cosa. Ni hijos, ni familia, ni padres, ni hermanos, ni negocios, ni nada. Te da un sudor frío, temblor, dolores musculares, descomposición, vómitos, no dormir. El sueño te lo anula totalmente. A alguien bien enganchado le dura mes y medio [el mono]. Los dolores físicos a los 15 días se te van quitando más o menos. El cuerpo se va limpiando. Pero lo que es la cabeza y no dormir a lo mejor te puede durar mes y medio».

«Yo me fui de Vicálvaro, porque te conoce demasiada gente ya ahí, ¿sabes?» Yo replico: «¿Y?» Me responde: «¿Cómo que “y”? Te relacionan toda tu vida con eso». Yo: «Que les den por culo, ¿no?» Él: «No, no, no, ¡qué dices! Vamos a ver... Tú imagínate que

hubieses sido alcohólico de joven, ¿no? Ahí todo el mundo te tacha de alcohólico. Tú vas a entrar a una tienda y te conocen como el Borracho. Y la vecina de al lado también te conoce como el Borracho. Aunque tú no la conozcas, ella sí te conoce a ti, porque te ha visto. Y tú no quieres ya ser borracho, quieres vivir tu vida. Entonces, tú te vas a vivir a una zona donde no te conoce nadie y llevas una vida distinta. Nadie sabe [nada]. Yo me fui de Vicálvaro en el 92.»

Hablo a Manuel de las pandillas de fascistas que daban palizas en los años de la Transición y también durante los ochenta. «¿Viste algo de eso?», le pregunto. «Sí, sí, sí. Yo vi salir corriendo a los de Fuerza Nueva de Vicálvaro. Porque habían ido a poner carteles de Blas Piñar. Vicálvaro era zona roja, vamos… Se corrió la voz y se juntó mucha gente a por ellos y, en la huida, se le cayó una pistola a uno de ellos. Y la cogieron. Y esa pistola ruló por todo Vicálvaro. Con esa pistola se hicieron atracos más serios.»

---

[1] Los Brujos pertenecían a la misma generación que los Bichos, de Entrevías. Digamos que representan el macarra original o arquetípico, tal y como entendemos hoy la palabra macarra.

[2] Otra de mis informantes, María Carrasco (de Lavapiés), me habla de un brujo de su barrio al que llamaban así por el gran tamaño de su nariz. Brujo, como mote, debía de ser en aquellos años mucho más común que a día de hoy.

[3] Según dice el Coleta, conocido rapero, Carlos Saura le comentó que cuando estaba por rodar Deprisa, deprisa (1980), José Antonio Valdelomar (atracador y actor en la película) le llamó para invitarle a presenciar o participar en un atraco con la intención de que se hiciese una idea de lo que es de verdad; oferta que Saura rechazó. También Juan Vicente Córdoba fue invitado a presenciar un alunizaje y también declinó la oferta.

[4] Esta es la versión tradicional de la muerte de Manzano, aunque según su biógrafo, Eduardo Fuembuena, murió con signos de violencia en un piso del número 5 de la calle Rafael del Riego, cerca de Atocha, domicilio del director de cine Eloy de la Iglesia.

[5] Comprobamos la diferencia en los consumos dependiendo de la generación a la que cada grupo pertenecía. Los macarras originales eran bebedores de alcohol.

[6] Según afirma Javier Valenzuela en su colección de artículos Crónicas quinquis, la tercera galería era donde iban a parar los «multirreincidentes, los peligrosos según la dirección [de la cárcel], los quíes», p. 36.

Capítulo IV

Los orígenes del cine quinqui

Celuloide catalán, cabarets y «putas de cinco duros»

Llegamos ahora a un capítulo muy especial, donde profundizaremos en la Barcelona que dio a luz el célebre cine quinqui, una Barcelona sucia y peligrosa, aunque para muchos llena de encanto. Se trata de una ciudad muy anterior a la olimpiada, en la que maleantes, putas, marineros y macarras poblaban muchas de sus calles, algunos de ellos estableciendo curiosos vínculos con gente de la farándula y el mundo del espectáculo. Hablamos de una urbe nocturna, previa al estallido del cine quinqui, en la que lo bohemio, macarra y lumpen estaban muy estrechamente relacionados. Hablamos de unos años en los que un cine y literatura fascinados por lo marginal cohabitaron de continuo con lo prohibido, metamorfoseando lo tabú en obras artísticas. En este sentido, nos interesan particularmente los trabajos de la industria cinematográfica, que, de la mano de directores como Ignacio Iquino, dieron a luz el cine de explotación, matriz provocadora del subgénero quinqui, un producto netamente barcelonés.

En la trama que sigue entrevistaremos a actores, buscavidas, estudiantes y bohemios que vivieron en primera persona la noche de Barcelona allá por los años sesenta y setenta, estableciendo un itinerario que sirva de preámbulo al estallido del cine llamado quinqui, producto cultural fundamental en lo que a las estéticas macarras se refiere.

Los verdaderos macarras no sólo fueron objetos de representación por parte de dicho cine, sino que, como comprobaremos, muchos de ellos trabajaron en la industria cinematográfica catalana como especialistas tiempo antes de que el Vaquilla o el Torete cobrasen fama duradera. Su arrojo, fortaleza y amor al peligro, además del tiempo de «ocio» del que gozaban, los convirtieron en sujetos ideales para desempeñar todo tipo de escenas de acción.

Comenzaremos nuestro trayecto por esta ciudad sin ley con algunas palabras del periodista Raúl del Pozo, quien vivió en la Ciudad Condal durante parte de los años sesenta y además, acuñó la expresión Costa Fleming para referirse al barrio madrileño de los cabarets y las barras americanas (ambos instrumentos de placer al servicio de la soldadesca estadounidense tan presente en la zona). Como veremos, Barcelona también contaría con zonas análogas a esa Costa Fleming de ladrillo y hormigón.

Raúl del Pozo: «Había mucha marcha, yo creo que la Movida nació en la Costa Fleming. Eso de Madrid me mata… Madrid empezó a matarnos en la Costa Fleming. Eso empezó cuando yo trabajaba en Pueblo de reportero, en el 65, 66. En Madrid, si salías antes de la una y media [de la mañana], hacías el ridículo. La marcha empezaba a partir de la una y media o las dos.» «Las prostitutas habían cambiado. Antes las prostitutas eran como nuestras tías, con el pelo cardado, culonas, con bolsos de señorona. Y, de pronto, empezaron a surgir prostitutas diferentes, más modernas, minifalderas y tal. [Las nuevas prostitutas de la época] tampoco eran como ahora, que parecen todas miss Mundo, pero hasta esa época las prostitutas de Chicote o de Lara eran unas señoronas, parecía que iban a la iglesia; muy serias.» «Yo conozco dos barrios donde iban los americanos. Uno era la Costa Fleming y otro el del Panams de Barcelona, [en el] que también viví. El Panams era un cabaret al lado del puerto en el que cuando llegaban los marines era la hostia, porque había peleas tremendas, como en las películas. Eso fue en los años sesenta. En esa época ponían a Sinatra, empezó a llegar el tabaco rubio[1]. Los marines del Panams y del barrio del puerto de Barcelona parecían sacados de una película. Eran los cabarets de la calle Escudellers. En Costa Fleming, en cambio, esos cabarets eran más distinguidos, eran para mandos militares. Y muchos se casaron con chicas de la Costa Fleming. Eran chicas de alterne, yo no sé si eran prostitutas del todo. La gente se ganaba la vida como podía… Las que alternaban no eran putas necesariamente, sino que te hacían consumir whisky, ¿comprendes? Ellas tiraban su copa a las macetas, no querían emborracharse. Eran chicas que se ganaban la vida alternando».

«Los macarras [proxenetas[2]] los conocí muy bien en Barcelona. Yo era amigo de Julián Pacheco, que era un gran pintor, y vivía [de

las mujeres]. Ese era un mundo violento… Gracias a Julián Pacheco yo conocí eso. Viví en Barcelona casi dos años. Pacheco era un pintor antifranquista que se hizo muy famoso. Los macarras eran unos tíos duros. Se peleaban con los americanos con las botellas partidas. Algunos llevaban navaja, otros pistola. Ellos paraban por el Panams y por La Rambla. En La Rambla a las cinco de la mañana era como de día, porque estaba lleno. Sobre todo cuando llegaban los americanos. De pronto llegaban 3.000 americanos allí e iban a emborracharse y de putas, claro. Venían de la Sexta Flota, que navegaba por el Mediterráneo. Parecía una invasión.»

Jota, otro de mis informantes, fue estudiante en la Barcelona de aquellos mismos años: «Yo llegué a Barcelona en 1966. Vivíamos en un piso en la calle Carlos III. En aquella época estaba en el quinto pino y la única casa que había era la mía. Mi casa y la FIAT.» «En mi mismo edificio vivía [Sándor] Kocsis, futbolista del FC Barcelona. Era un internacional húngaro extraordinario, que con la dispersión de Hungría, cuando la tomaron los rusos, vino a España (como tantos otros jugadores de fútbol, Ferenc Puskás entre ellos). Recuerdo un cabreo que se agarró porque España le ganó a Hungría, que no te puedes ni imaginar. Yo estaba viendo el partido por la tele y España acabó ganando con un gol final de Amancio. Salí corriendo para acabar de ver la prórroga de otro partido que se estaba jugando en el Camp Nou (al lado de mi casa) y no funcionaba el ascensor. Entonces, bajé corriendo por la escalera y resulta que tenían parados los ascensores el Kocsis y compañía, que iban también al estadio. Y, según bajaba, empecé a oír gritos. Estaba el Kocsis cagándose en los muertos de todo el mundo en húngaro. Y es que era curioso, porque él era nacionalizado español. Y Kocsis estaba todo el día haciendo declaraciones, que si España esto, que como en España en ninguna parte, que él era español, que España era lo mejor del mundo, que les había salvado a él y a su familia… Y, como tenía que jugar España contra Hungría, le hicieron una entrevista justo el día anterior y dijo: "¡España ganará, España es lo mejor, España es el primero!" ¡Me cago en diez! Llevaba un cabreo porque había ganado España…»

Según Jota: «Por esa época salíamos nosotros y cuatro más. Porque no había costumbre. Los catalanes eran gente muy conservadora. La ciudad no estaba hecha. En Madrid todo el mundo vivía en la calle,

había muchos bares y era muy barato todo. Todo el mundo tapeaba y todo el mundo tomaba vinos y cervezas. Pues en Barcelona no había ese uso, esa costumbre. Las tapas no existían.» «Barcelona era una ciudad muy muy burguesa. Y con esas costumbres tan conservadoras que te digo, pues lo que había era mucha historia del Liceo y cuatro cosas más… Quiero decirte con eso que la vida nocturna de Barcelona era bastante limitada, pero todo lo limitado que había lo dominábamos nosotros.» «Desde Correos salía la calle Ancha, que en realidad era estrecha, y estaba llena de bares. Ahí ibas a tomar vinos desde las seis de la tarde hasta que cerraba, y cerraba a las tres de la mañana. Ibas de bar en bar, conocías a todos y sabías dónde había un vino más o menos potable, aunque en la mayor parte era un matahombres que no te puedes ni imaginar. Sabías el sitio gallego donde te ponían un pulpito de no sé qué, las patatas bravas en tal sitio… Yo iba solo muchas veces y acababa con tres o cuatro, luego les dejabas y te juntabas con otro grupo.»

«Había un submundo muy desconocido, porque la sociedad catalana no se enteraba de que existía todo eso. Había unas minorías… Eso que hoy ves a jóvenes desmadrados por todas partes, en esa época no, eran grupos de gente que se juntaban.» «La facultad estaba en huelga todo el santo día. Yo me pasé la carrera con la facultad cerrada. Todo el día a hostias, todo el día con carreras, con policía. Las protestas universitarias empezaron en Barcelona, mucho antes que en Madrid.» Desde 1964 hasta la muerte de Franco hubo protestas continuadas en la universidad. En Cataluña estaba el Partido Socialista Unificado de Cataluña. El PSUC era algo así como el Partido Comunista local de Cataluña. Era el único partido organizado que había por la zona. Los comunistas crearon un sindicato paralelo al franquista, libre, pero clandestino. Empezó en Asturias con las luchas de los mineros y de ahí se extendió a otros lugares. Esta organización tenía una presencia importante en la zona industrial de Cataluña. Jota: «Era gente muy organizada y yo he visto al Estado negociando con ellos, a pesar de ser un sindicato ilegal. Tenían poder.» Como en otras partes del mundo, había una coordinación entre las organizaciones de estudiantes y el movimiento obrero.»

La llegada de desertores norteamericanos a Barcelona fue un fenómeno que dio color a la ciudad y dotó su vida nocturna de un

carácter clandestino, al tiempo que sirvió para inocular fenómenos culturales extranjeros en el seno de la comunidad catalana. A partir de 1964 la Guerra de Vietnam provocó la llegada a Europa de multitud de desertores, puesto que había bases militares estadounidenses en España, en Alemania, en Inglaterra, en varios sitios. Había muchos soldados norteamericanos en Barcelona. Las bases militares de Europa representaban el puente entre Vietnam y Estados Unidos. Vietnam tuvo una contestación en Estados Unidos enorme, porque empezaron a llevarse a la gente a la guerra obligatoriamente. Los jóvenes se oponían a ella no sólo porque esta fuese moralmente condenable, sino porque a uno mismo lo podían matar al ser forzado a ir. Vietnam se convirtió en un motivo de disensión enorme, algo que tuvo eco en el resto del mundo. Había soldados que estaban en alguna base militar por la zona que no querían ir a la guerra, y ¿dónde podían ir? En Estados Unidos iban la cárcel si se negaban a participar. Desde Estados Unidos muchos se iban a Canadá, pero muchos otros se venían a Europa; otros directamente desertaban de las bases militares de Estados Unidos en España.

Jota: «Yo en Barcelona conocí a montones de americanos que vivían allí. Eran desertores. Yo los trataba en el Jazz Colón, un local de jazz que había en Barcelona. Barcelona, dentro de la cultura de la época, tenía bastante adelanto y avance sobre el resto de España. A mediados de los sesenta, el jazz en España apenas se conocía, ni había festivales de jazz ni cosa parecida. El único sitio mínimamente respetable [en ese sentido] era Barcelona. Había afición, había discos, había algún movimiento jazzístico. En el Jamboree, por ejemplo, estaba Tete Montoliu. El Jamboree era un club bastante grande que estaba en la plaza Real. Era una plaza preciosa y en una de las esquinas estaba el Jamboree. Entre el jazz y esta historia se empezó a crear un mundillo americano en la noche de Barcelona.» «Aquí llegaban muchos americanos escapados y el Jazz Colón era su sitio de reunión. Era un antro bastante grande, tenía una pista de baile cojonuda y era bastante oscuro, lo que lo hacía propicio para llevarte una tía por ahí. Tenía una música divina. Nosotros tratábamos con los americanos, pero mantenían las distancias.»

A finales de los sesenta el mundo de la cultura y las artes estuvo

muy estrechamente vinculado a ideologías de izquierdas, una simbiosis que perdura casi hasta nuestros días, al menos como residuo simbólico, puesto que la derecha está tomando la delantera en muchos casos. Esto se debe a que el PCE trataba de apoderarse de la voluntad popular –o, al menos, ejercer una influencia ideológica en ella– a través del mundo del espectáculo. Los comunistas estaban en la universidad, en las fábricas y en la cultura, como elemento exponencial que seducía a las masas. Por esos años destacaban Serrat, la nova cançó. Jota: «La técnica del PCE es penetrar. Para que lo entiendas, una de las disensiones más fuertes que tuvo con el PSOE, cuando el PSOE reanudó su actividad al ganar Felipe González de aquella manera la Secretaría General, es que el PSOE no admitía para nada el Sindicato Vertical; quería montar su propio sindicato, revivir la UGT, que estaba en el extranjero. Y el PCE, en cambio, tenía comisiones ilegalmente, y luego lo que hacía era presentarse a las listas de las elecciones sindicales verticales del franquismo. Se metía en el sindicato franquista, infiltrado, y te montaba una huelga al día siguiente. Es decir, luchaba contra el enemigo introduciéndose en sus filas y revolviendo todo desde dentro, haciéndose pasar por ellos.» «Cuando llega la democracia y Carrillo intenta mantener el poder suyo personal, se fue con él toda la sección cultural del PCE. Había comunistas en todo, en la pintura, en la música popular, el baile… Ahí había peceros a mansalva.»

El Barrio Chino fue un barrio bajo emblemático de Barcelona. Por lo visto, fue bautizado con dicho nombre por el periodista Paco Madrid en un artículo de 1925. Se decía que era «de gente maleante, de mal vivir, de ladrones…». El propio Paco Madrid habla de ello en el artículo mencionado, escrito para el semanario El escándalo: «el distrito quinto, como Nueva York, como Buenos Aires, como Moscú, tiene su Barrio Chino». Hoy se habla del barrio como el Raval, nombre que viene de arrabal, sinónimo de suburbios. Desde mediados del siglo xiv, acogió a la población enferma o considerada indeseable que no era bienvenida en el resto de la ciudad. Esa marginalidad fascinó a los bohemios del siglo xx, que se sirvieron de la cara más oscura de la urbe para dar forma a su literatura[3]. Jota: «[En el Barrio Chino] había, sobre todo, paletos de zonas deprimidas andaluzas; macarras y delincuentes también había. Eran bastante conocidos… El tinglado es igual en

todas partes. Ese tipo de barrio funciona con protecciones de chulos.»

En el límite del Raval estaba el Molino, un cabaret con molino incorporado que replicaba el legendario Moulin Rouge, de París. Tenía un teatro con un escenario, un patio de butacas y graderíos. Si uno se dirigía a la parte de arriba, la entrada era mucho más barata, y cuando uno entraba tarde ocurría tres cuartos de lo mismo. Según Jota: «Te podías juntar con gente que venía de smoking desde no sé qué sitio. Había un ambiente de lo más bohemio y de lo más variado. Ese era un sitio abierto a todo el mundo. De ahí han salido alguna que otra famosa.»

En la noche de Barcelona siempre había algún sitio abierto en el que seguir bebiendo, y no sólo bebiendo. Como en Madrid, el Drugstore de Barcelona fue uno de los primeros sitios para modernos noctámbulos. Estaba en el paseo de Gracia (y abrió en 1967). Cerraba a las cinco de la mañana y abría a las siete. Había dos horas que estaba cerrado para limpiar. Uno podía pedir una copa o algo de comer, y además contaba con una biblioteca no desdeñable: «Nosotros nos hicimos amigos de la librera para distraerla y mientras tanto otro robaba un montón de libros. Además, el Drugstore tenía un bar. Podías llegar ahí y comprarte una fabada para comer a las cuatro de la mañana. Había ropa también. Había una animación acojonante.» «Un día estaba yo cabreado por una cosa y agarré un bolso en el Drugstore arbitrariamente y se lo regalé a la novia de un amigo mío, yo ni quería robarlo. Y cuando estábamos ya fuera aparece el Super-Dogo. Había dos porteros que eran unos cabrones: el Dogo y el Super-Dogo. El Super-Dogo era una especie de bestia y me agarró y me metieron en un lío. Luego pasó el juicio y yo salí no culpable. Y como él había quedado mal al haber salido yo inocente, lo despidieron. [Entonces], Super-Dogo se emborrachó y se mató con un coche.» Otros dos lugares para salir de juerga eran la Bodega Bohemia y el Arco del Teatro. Este último era un bar diminuto cercano a la calle Hospital, era lo que entonces se llamaba «de los rambleros clásicos». La Bodega Bohemia era un sitio más grande, una especie de cabaret. En palabras de Jota: «Cutre cutre. Un cabaret con mesas y sillas, con un tuerto, una coja… Estaban conchabados con las agencias de viaje. Entonces para la típica

salida nocturna de ingleses que salen de fiesta, a cenar, una de las paradas concertadas [en el tour] era la Bodega Bohemia. Había un pianista que parecía que le daban cuerda. Tendría sesenta o más años y aparecía con un smoking desvencijado. Estaba quieto como un muñeco hasta que le ponían la partitura y se ponía a tocar mecánicamente.»

Alberto Gadea, nacido en 1933, es un individuo de sumo interés que conoce de primera mano la vida callejera y lumpen de la Barcelona de los años cincuenta, sesenta y setenta. Como reza un artículo de prensa, se trata de un «aventurero de los bajos fondos que rodó más de 60 películas como extra, especialista y actor, muchas de ellas del género spaghetti western»[4]. Su testimonio es especialmente valioso, en particular por su avanzada edad, pues apenas quedan hoy testigos vivos que nos iluminen con respecto a tiempos tan remotos. Gracias a uno de mis contactos, logré dar con él: «[Yo] vivía cerca [del Barrio Chino] y, entonces, cuando yo era más joven –antes de meterme en el cine–, [cogía una calle] que va desde el paseo del Paralelo, la calle Nueva, que va hasta La Rambla… Y ahí había mucho ambiente, y, bueno, esa calle me la tenía que cruzar para ir a La Rambla. Y luego he tenido relación con muchos piratas, ¿comprendes? [El Barrio Chino] yo lo conozco desde 1950, [cuando] yo todavía no tenía los veinte años. Y entonces elementos como el Torete y esa gente los había, ¿no? Pero, claro, no había publicidad, ni películas, porque con una dictadura pues muchas cosas no se podían hacer.»

«El número uno, por ejemplo, el peligroso número uno [era] uno que le llamaban el Piti. Que este se llevaba los autobuses de los turistas con turistas y todo dentro [risas]. Y este, luego con el tiempo, tuvo una refriega y le pegaron una ráfaga [de metralleta] en la pierna y la perdió. Y, pues, acabó vendiendo cupones de los ciegos en la plaza de Catalunya. [Eso sería] el 50, 51, 52, 53, por ahí.» «Luego había otro también que era muy, así, famosillo, que se parecía mucho al Lute y le llamaban el Tártaro. [Era] uno de estos que se dedicaba al descuido de camiones y que, en fin, se lo llevaba todo; porque entonces atracos con pistola y esto escaseaba mucho por ahí, porque eso no había. Había mucho control y no… Y ese chaval, ese hombre, acabó –que lo vi yo– de conductor de autobuses aquí en Barcelona, ¿no? O sea, que se dio cuenta que lo de delinquir

no daba para tanto y que te daban unas palizas en la comisaría que te cagabas, ¿no?» «Luego había otro también bastante conocido, en el barrio de la Barceloneta, que le llamaban el Chichi. Y este, pues también… era un tío muy guapote, que se parecía a Anthony Quinn. Y, bueno, se fueron a Francia en un viaje a robar lo que pudieran, ¿no? Y se metieron en una charcutería. Iban cuatro. Y se habían llevado a un chaval joven. Pero ellos iban sin armas, en plan al descuido. [En plan] romper una puerta, meterse. Y este chaval [joven], sin que ellos lo supieran, llevaba un arma. Cuando saltó la alarma y se presentó la gendarmería, sacó una pistola, pegaron unas ráfagas y tuvieron la desgracia de pillar al Piti en la pierna. [Que] le cortaron la pierna. Estos eran en ese tiempo los más conociditos, ¿no? No es que saliera demasiada publicidad, porque la Policía en aquel tiempo lo escondía todo. Lo que pasa es que yo los conocí y sabía de ellos. Luego a un par de ellos los vi en París. Pero ahí se murieron de hambre. Te estoy hablando de los años cincuenta, sesenta, por ahí, ¿comprendes? Pero ahí había poca publicidad, y cuando había algo nunca decían que era un delincuente común, sino que eran maquis.» «Los maquis son los terroristas que estaban contra el franquismo, ¿no? [Por ejemplo], ellos pillaron a varios que traían bombas para meter caña a Paco, y esto no se supo. Pero los que se movían un poco lo sabían.» «A los maquis [de verdad], los que vinieron a Barcelona, como el [Quico] Sabaté y el [José Luis] Facerías. siempre los mataban [en] el sitio. Estos no llegaban ni al juzgado, ¿sabes? Porque al Sabaté lo mataron en Sant Celoni, sin pedirle la hora ni nada, como a ese Mesrine [legendario criminal francés]. Lo acribillaron y adiós muy buenas.»

«Luego ya, cuando aparecen [el Vaquilla y el Torete], como se podía publicar en el periódico, pues tanto el Vaquilla como el Torete [y] todos estos cogieron un cierto relieve, porque los periódicos lo publicaban. En la otra época que te digo no interesaba publicar nada…» «Yo en esa película del Torete con José [Antonio] de la Loma no trabajé, porque yo en ese momento estaba en Francia. Trabajaron muchos compañeros míos que estaban conmigo en el equipo. Como los hermanos Aparicio, Raúl y Sergio… Yo sabía [que estaban trabajando en eso], porque yo tenía mucha relación con ellos y nos llamábamos por teléfono: "Y ¿qué estáis haciendo?" [Decía yo]. "Pues, mira, estamos con el De la Loma a tiro limpio, una película…"»

Gadea será el primero de mis entrevistados en hablarme de Ignacio Iquino, una figura esencial en la historia del cine de explotación español y precursor de José Antonio de la Loma, cabeza visible del cine quinqui: «Yo he trabajado en películas con el [Ignacio] Iquino, pero eran más bien históricas, ¿no? [Una que trataba sobre] cómo se creó la Guardia Civil, que se llamaba El primer cuartel (1966). El director te escoge porque sabe cómo te mueves y montas a caballo y te tiras de donde sea. Me dieron un papel bonito. Lo que pasa es que el De la Loma era el guionista [de esta película] y el Iquino era muy tacaño de dinero, ¿no? Y en el guion había unas batallas entre los realistas y los carlistas, pero, claro, ahí había que meter caballos, gente, especialistas… Y el Iquino este lo arregló poniendo unas diapositivas con una voz en off que decía: "En aquel tiempo los carlistas y los realistas… Y detuvieron al capitán Cortés y lo metieron en la cárcel." Hubiera sido mucho mejor si hubieran alargado un poquito el dinero, pero como Iquino era el que pagaba, y la dirigió él, pues… Cuando se le terminaba el dinero en lugar de poner 20 vacas ponía una.»

Alberto Gadea se inició en el cine como extra, al estar un día en la barra de un bar cercano a los estudios de Iquino, algo muy común por entonces, al ser los bares de ciertos barrios y zonas lugares idóneos en los que hallar extras y actores: «Estaba hablando con uno y me preguntó: "Oye, ¿tú has boxeado?" Porque yo había boxeado. Y yo dije: "Sí, hombre". Yo me llevé un título aquí de Catalunya que se llamaba, eh… ahora no me acuerdo. Bueno, total, que estábamos charlando y de pronto un señor de producción me dijo: "Oye, ¿tú has boxeado?" Y yo dije: "Sí." "¿Te gustaría trabajar en una película?" Y le dije: "Hombre, claro que me gustaría." Pues, mira, sube mañana a los estudios Orphea, que estaban arriba en Montjuic, que ya no están porque se quemaron, y entonces fue a partir de ahí cuando Balcázar compró y construyó los estudios y montó el tinglado del poblado del Oeste ahí mismo en Esplugas [también conocido como Esplugas City [5]], ¿no? Bueno, pues subí [a los estudios Orphea], doblé [como especialista las escenas] de un tal Enrique Ávila, que era un actor de Madrid. La película se llamaba Cerca de las estrellas (1962), porque todo pasaba en la terraza de un piso. Y este Enrique Ávila de boxeo no tenía ni puta idea y entonces me pusieron ropa igual que [la suya] y en el fondo de la terraza pusieron un saco… Y yo, pues lo mío era estar ahí

haciendo pamplinas, pegándole al saco, doblándole a él desde bastante lejos, ¿no?»

Alberto llevaba el gusanillo del cine en la sangre, aunque, con sus propias palabras, «lo que no tenía ni puta idea era de especialista». Había hecho gimnasia, boxeo y lucha, además de ser atrevido. Como tantos otros especialistas, era un hombre de acción. Por eso, cuando los estudios Balcázar comenzaron a rodar películas del Oeste en «Esplugas City, vinieron unos italianos a rodar la película de Sandokán, con aquel actor que fue Mr. América, un tal Stephen. Y me dijeron: "Oye, que ahí cogen gente" y tal. Y yo ya hablaba italiano. Y estaba el equipo de los italianos, el jefe de especialistas, explicándoles a unos cuantos luchadores de aquí de Barcelona que habían subido para ver si les cogían. Y como yo entendía el italiano, estaba entendiendo lo que decían y le estaba diciendo a uno: "Mira, debes salir corriendo y aquella ventana que hay ahí al fondo [esto dentro de los estudios], que está preparada con cristal de caramelo, tienes que romperla y salir por el otro lado." Y yo que tenía un poco de prisa, porque estaba trabajando [en otra cosa] y me había escapado, le digo: "Yo lo hago." Con una espada en la mano había que ir. Y salí corriendo y "¡pum!", pegué una hostia a la cristalera, salí por encima, hice una voltereta que se llama un león, que tocas [el suelo] con los hombros y te quedas de pie. Bueno, total, que los italianos se volvieron locos: "¡Ma chi è?! Chi è questo malato?" Me apuntaron y me tiré un mes y medio en la película. Y ahí empecé yo a aprender [a trabajar como especialista], porque yo lo hacía todo a lo bestia.»

Le pregunto si es cierto que entre los especialistas había mucha gente del mundo lumpen: «Bueno, claro, les dabas mil pelas a unos tíos y subían en plan luchadores. Pero ellos no te decían que venían del lumpen. Nadie va por ahí diciendo: "¡Oye, que yo soy un chorizo! ¡Que yo soy un carterista! ¡Que yo desparramo pisos!" Esa gente no irá por ahí pregonando, más bien dirá mentiras. Te dirán: "No, yo soy mecánico... Yo soy pintor." En Madrid, cuando yo he estado también rodando películas del Oeste, ahí en La Pedriza, pues venían varios chavales, que yo ya me di cuenta luego, que tocaban el chocolate para ganarse la vida. Algunos que eran taxistas, pues también tenían su pasado. Pero uno no va preguntando: "Oye, ¿tú de qué vas?"»

Pregunto por locales famosos en el Barrio Chino: «No, en el Barrio Chino había mucha miseria, ¡qué coño de famoso! Los que ganaban cuatro duros ya se habían ido a vivir a otro lado. En aquel tiempo había gente que cogía colillas del suelo, las limpiba, les quitaba el papel y vendía el tabaco a montoncitos. Ahí en el Barrio Chino, que hoy está más limpio que la hostia, todos los días había un mercadillo de objetos robados y de todo. Y ahí se veía, de cuando en cuando, a la Policía, porque a lo mejor estaba ahí vendiéndose algo que se habían llevado de una tienda o de un camión o algo. ¿Sabes por qué había poca delincuencia? Porque en ese tiempo existía una ley, la Ley de Vagos y Maleantes, que el tío que no justificiara que tenía un trabajo –y aunque lo justificara– lo metían en el juzgado de ley de vagos y, por lo pronto, le metían tres meses. Entonces, la política de aquí de la Policía o del Gobierno civil era que hubiera poco delincuente en la calle. Te condenaban con un arresto municipal. O sea, que había gente que se tiraba [en la cárcel] nueve o seis meses sin haber hecho nada. Te pillaban apoyado en un árbol y se creían que te lo querías llevar [risas].»

Mi entrevistado conoció al Piti, al Tártaro y a otros maleantes tras ser detenido por robar unas botas de fútbol de un almacén. No había cumplido dieciocho años. Se pasó 15 días en la Cárcel Modelo por su delito. Ahí conoció a gente con la que retomó su relación una vez fuera. Según Gadea, en la Cárcel Modelo se vivía mejor dentro que fuera: «Porque se comía, coño, se comía[6]. Y en la calle en el año cincuenta no había comida, después de la guerra, ¿no? Se comía y, si eras una persona normalita que no te metías en líos, pues, oye, nadie se metía contigo. Y eso que se ve en las películas americanas de que cogen a un tío y lo violan y todo eso... yo ahí en la Modelo tendría los diecisiete años, y a mí nadie me dijo ni mu, tú. ¿Comprendes? Yo era un chaval bien parecido, con el cabello tipo Antonio Molina, ¿no? Y a mí nunca me dijo nada nadie. Yo [eso] no lo he visto. O eso de: “Este está liado con aquel.” No, no, no. Fíjate que cuando entraban los mariquitas, porque también les metían la Ley de Vagos y Maleantes, pues estaban en la segunda galería –que contaba con dos galerías que se juntaban en el patio–. Esa galería en el patio tenía una línea en el fondo de unos 15 metros para que las mariquitas estuvieran ahí, y no podían cruzar la línea si no era con permiso del funcionario para ir al lavabo. No querían que se juntaran con la gente para evitar... Siempre puede

haber un loco ahí que lleve a lo mejor diez años en la cárcel, y el tío no ha follado en diez años y diga: “Le voy a dar un polvo a esta maricona que la voy a poner bien.” Pero era muy serio y si tú no te metías con nadie, no se metían contigo. Y la primera tontería que hicieras te cortaban el pelo al cero, ¿no? Pero ya te digo, en la Modelo no se comían a nadie.»

Paco Marín, cámara en diversas películas de José Antonio de la Loma, habla sobre un curioso fenómeno. Según me confirma, los especialistas eran muchos de ellos del Barrio Chino, y vivían del trapicheo. Concretamente, los especialistas «casi todos eran macarras [proxenetas]». «Aquí uno que vive de las mujeres es un chuloputas o un macarra. [Muchos especialistas] vivían de las mujeres y salen en Perros callejeros. Sale una cuadra de caballos, sale el Frank Braña, y tiene dos ayudantes. Pues los dos ayudantes que tiene en la película eran especialistas y los dos se dedicaban a eso [al proxenetismo]. Están muertos todos.» En Barcelona la calle del Paralelo era un lugar de mucho ajetreo, ya que, entre otras cosas, fue ahí donde fueron fundados multitud de teatros a principios del siglo xx. Ahí había una serie de bares donde paraban los proxenetas o macarras de la época. Paco Marín: «Había ahí dos bares, que se llamaban La Cubana y El Tabarca[7]. Muchos macarras iban allí, porque muchos eran macarras de las actrices, de las vedettes que salían en los teatros de variedades. Y el Barrio Chino estaba a 200 metros. Tenían a las mujeres trabajando allí y su centro [de operaciones] eran estos dos bares. Y estos dos bares eran donde iba toda la gente que hacía cine. Los extras. Ahí los enlaces sindicales se veían cada día y era donde apuntaban a la gente, porque tenías que estar sindicado en el Sindicato Vertical.» Ahí se juntaron, pues, los macarras, que no eran especialistas todavía ni extras de cine. A partir de ahí, como los macarras no tenían ni oficio ni beneficio, y la policía les preguntaba: «¿Tú, de qué trabajas?» Y no trabajaban de nada, al menos a nivel organizado o institucional (algo que podía tener consecuencias desastrosas gracias a la Ley de Vagos y Maleantes), les venía muy bien que los llamaran para trabajar como extras o como especialistas.

Paco Marín: «Había algún gitano, [porque los gitanos] sabían montar a caballo. Cuando rodábamos las películas del Oeste, los que hacían de mexicanos eran gitanos. Físicamente dan el rasgo y saben

montar a caballo. La gente de la calle no sabía montar a caballo. Y en Madrid al principio [ocurría lo mismo] y en Almería por descontado. Yo te hablo del 64 al 70. Entonces, los macarras tenían ya justificados días de trabajo. "¡¿Usted de qué vive?!" "Ruedo películas, soy extra de películas." En su momento, al extra le pagaban 500 pesetas y si eras especialista y conducías un coche [te pagaban más]… o te dabas dos bofetadas, porque estos [macarras] eran gente que sabían dar hostias, porque se peleaban. Eran gente que habían crecido en el Barrio Chino y las peleas las hacían de verdad casi.» Yo: «No tenían miedo al dolor.» Paco: «No tenían miedo al dolor, estaban acostumbrados. Y cuando los detenían, tenían justificación de días cotizados. Esa es la explicación que yo encuentro [a esta relación entre macarrismo y cine].» El enlace sindical era el que daba a los actores y extras el carnet del sindicato para poder trabajar en el cine, y «era al que el responsable de producción le decía: "Oye, que mañana necesito diez hombres de cuarenta años, un niño y un señor que vende globos"». En esos bares el enlace sindical iba a buscar a este tipo de gente. Estos bares estaban muy cerca del Barrio Chino y gente de allí los frecuentaba. En esos años si uno quería trabajar de extra en el cine, en lugar de ir a una agencia de casting se dirigía al bar ElTabarca o a La Cubana.

Daniel Medrán, actor nacido en Córdoba y criado en Hospitalet, participó en películas como Chico, chica, ¡boom! (1969), La banda de los tres crisantemos (1970), Aborto criminal (1973), Las marginadas (1977), ¿Y ahora qué, señor fiscal? (1977), Los violadores del amanecer (1978) o Yo, el Vaquilla (1985): «Yo nací en un pueblo de la Sierra de Córdoba [en 1957], al lado de Pozoblanco. Me fui a Barcelona con cinco o seis años. Vivía en Hospitalet. En Hospitalet no se vio esa delincuencia que apareció reflejada en las películas de [cine quinqui], aunque sí sirvió de plató para alguna de dichas películas. Era una ciudad muy tranquila en ese aspecto.» «Siendo un niño me metí en la academia [Psicoactores], donde se hacía lo que hacía Lee Strasberg en América. Había un bar, El Tabarca, donde iban los actores que hacían películas del Oeste, en el poblado de Esplugas. Luego estaban los estudios Isasi-Isasmendi… Ibas a dos bares, El Tabarca y a La Cubana, y te encontrabas con el Frank Braña, a Sancho… uno que siempre hacía de mexicano; veías a gente de doblaje, a actores

y actrices del music hall, del Molino, lo que era el teatro Paco Martínez Soria, que ahora es el teatro Talía.» «Yo a todos esos bares ni podía entrar, porque era muy pequeño. Sólo podía mirar. Yo con doce años o trece tuve valor y me metí en la productora del Iquino, IFISA, y dije: "Mira, soy actor y quiero trabajar con vosotros". Y así empecé con el Iquino, me entrevistó…» «José Antonio de la Loma salió de Iquino, porque era el [guionista] de Iquino. Mario Camus también salió de Iquino y gente muy buena ha salido de Iquino… Iquino era la escuela cinematográfica de toda esta gente[8]. Si tú a esa gente le funcionabas, siempre te llamaban para otra [película]. Cuando hicimos Los violadores del amanecer (1978), Iquino tenía ochenta años y era su película 113[9]. Me han hablado pestes de este, a nivel de que era muy exigente, para mí era maravilloso, tanto De la Loma como Iquino.»

Bernard Seray, icónico actor rubio de cine quinqui también conocido como el Vaquilla de Pastel, nos habla de la Barcelona de su niñez y juventud. Nacido en 1956, vivió de primera mano la llegada y eclosión de la contracultura catalana: «Yo [soy] de Sant Andreu. El cambio [con respecto a aquella época] es absoluto. En concreto San Andrés era un barrio tranquilo, con mucho campo alrededor, muy tradicional, muy de sus fiestas típicas, y con los años se ha ido convirtiendo en uno de los barrios dormitorio de la ciudad. Pero de mucha tradición catalana, para que nos entendamos.» Cuando Seray era niño, el término charnego solía emplearse de una forma despectiva hacia los que llegaban de fuera, en una época en que la inmigración comenzó a preponderar: «Yo de niño iba a una calle donde habían hecho un edificio de siete pisos, que era como un rascacielos para los críos, y era de los andalusos. Bueno, era como si hubiesen llegado del extramundo, ¿no?»

A finales del xix se hizo la anexión de varios barrios de la ciudad. Se incorporó Gracia, también tuvo lugar la anexión de Sarriá, además de Sant Andreu Palomar y Sants. Habían sido pueblos exteriores a la ciudad: «Sant Andreu, en esa época, se anexiona a Barcelona y, pues bueno, nos convertimos en ciudadanos plenos de Barcelona. De hecho, cuando yo era niño no decíamos: "Vamos al centro," si no que decíamos: "Vamos a Barcelona". El primer metro trasversal que se hizo en Barcelona, del año 1929, iba a Sant Andreu.» «Había comercio y, aunque suene un poco raro, agricultores. Por ejemplo,

una parte de mi familia eran pescadores de la Barceloneta. Y, desde luego, los [inmigrantes], los nouvinguts –que es como se les llama aquí cariñosamente–, hacían los trabajos típicos de la construcción, la limpieza y también la industria que ya empezaba a ser como muy potente; la SEAT, la Pegaso, en fin, las grandes fábricas de la época. En Sevilla llegó a haber trenes [directos a Barcelona]. El [tren] Sevillano era famosísimo. Berlanga ha hecho varias películas sobre el Sevillano, que es un tren de Sevilla a Barcelona.»

«Me escapaba de crío y me iba al Campo de la Bota, que era un lugar que, uf, si lo vieras, seguro que no entrarías. El [poblado chabolista] del Campo de la Bota, en principio, fue de gitanos, después llegó a ser de inmigración. Era una cosa infame que se hizo en la playa y estaba rodeada de fábricas. Todo esto cambió en el 92, aunque el Campo de la Bota cayó antes, en los ochenta o así. Esto era como un submundo. En Barcelona hay tres núcleos de inmigración muy muy muy fuertes: el Carmelo, el Campo de la Bota y una zona que la gente llamaba Verdún. Y, entonces, pues, como yo era muy atrevido de niño pues me gustaba ver todo lo que venía de fuera. Lo primero que veía era dolor. Porque, obviamente, cuando uno deja su mundo, sus costumbres, su tierra y su cultura para llegar a otro lugar y tiene que vivir de una forma infrahumana... A mí me sorprendía mucho la cara de las personas, cómo vivían, la suciedad, que no hubiera peines. Por otro lado, me gustaba algo que aquí no se veía, que era la vida en la calle, ¿no? Lo que me atraía de ese mundo [de los inmigrantes] es que todo se hacía en la calle. La cultura catalana es muy diferente, ¿sabes?»

Me habla de la delincuencia de la que surgirían figuras como el Vaquilla o el Torete: «Yo La Mina la conocí por los rodajes [de cine quinqui]. Porque yo cuando tenía quince años ni loco me hubiera ido a La Mina, nadie iba. De este mundo [de barrios pobres] surge un subgénero que es el de toda esta gente de La Mina. Por ejemplo, el barrio de Gracia, que está ahora en el centro, es cuna de gitanos. Gitano [de Gracia] es Antonio González [el Pescaílla], el padre de los Flores, por ejemplo. De Gracia es Moncho, un cantante de boleros conocidísimo. Peret también es de Gracia. Futbolistas, políticos. Y todos [son] gitanos, pero no gitanos que vivían en la miseria»[10]. «En La Mina lo que se junta es un mundo payo, delincuente, y un mundo gitano, delincuente, y salen esas personas

que se han reflejado tanto en las películas [de cine quinqui]»[11].

Del Barrio Chino Bernard muestra el aura bohemia con el que era identificado durante los sesenta y setenta, cuando lo marginal era considerado «alternativo» y contrario al sistema. Como también ocurre hoy –y en muchas otras épocas–, la marginalidad era dotada de glamur, al menos por parte de miembros progresistas de clases sociales más acomodadas. Por entonces la izquierda se movía por los bajos fondos por la vinculación de estos a ideas de libertad y transgresión. Hoy, en cambio, la izquierda y los llamados modernos se posicionan del lado de la «virtud moral» y la prohibición: «En el Barrio Chino, cuando yo tenía dieciocho años [en torno a 1974], estaban los lugares progres de la Movida catalana. Era un barrio superdecadente. Aún lo sigue siendo, porque ahora [es un barrio] de paquistaníes. Y, bueno, la verdad es que yo me hice adulto en esos barrios. Era como vivir en otro mundo. Yo iba mucho a bailar al Jazz Colón cuando tenía diecisiete años, que era un sitio de putas y de marineros. A mí me gustaba mucho [el barrio], porque yo entonces estudiaba en una escuela de Bellas Artes. A partir de ahí empecé a conectar con personas y [salíamos] primero por los barrios bajos de la ciudad. [Hablo de barrios bajos] por estar al lado del puerto. No bajos de nivel, aunque también eran bajos de nivel [socioeconómico]. Íbamos a los [sitios] que estaban de moda entonces, [lugares] así como muy subversivos, y a última hora nos subíamos ya a la parte alta y nos íbamos a Boccaccio. Boccaccio estaba en un superbarrio de Barcelona».

«El Barrio Chino era peligrosillo en cuanto a la gente que allí vivía y se movía. Porque era un barrio de putas de cinco duros. Yo conocí ahí a Bibiana [Bibi Andersen], de quien se ha dicho que era mi pareja, pero es mentira.» «Aquí en Barcelona estuvieron los Talleres Tejada, que eran unos talleres mecánicos para coches que en el fondo había un bar famosísimo de la época, donde iba toda la vida nocturna del teatro del Paralelo. Esos eran los ambientes liberales de la época.» «En Boccaccio –que yo cogí sus últimos años de Boccaccio– nació la gauche divine catalana. De la que sale, pues, Vicente Aranda, Gabriel García Márquez, Teresa Gimpera, [Ricardo] Bofill, Serena Vergano, en fin. Este era el mundo intelectual de nivel de la época, por decirlo de alguna forma. Entonces, de golpe aquí aparecía alguien de ese mundo más tenebroso… por ejemplo, Bibi

Andersen en aquella época… verla era espectacular. Porque era diez veces más guapa que cualquiera de las mujeres más guapas de la época. Tú ibas a verla al Mr. Dollar, que era donde ella trabajaba, y alucinabas cuando se quitaba el esparadrapo, en fin. [La intelectualidad más refinada y el mundo de la transgresión] son mundos que se cruzan. [Aunque] Bibi Andersen era marginal por su condición sexual, pero ella jamás hizo la calle y esas cosas.» «[Los alrededores del] campo del Barcelona aún hoy en día es la zona de la prostitución. En esa época empezó. Mira, el Barrio Chino era de puta barriguda y tetas caídas, ¿entiendes? Y entonces había travestis, más que transexuales. Eran más sofisticados, más cuidados [que las prostitutas]. Eran otro rollo. ¿Tú te acuerdas de una obra que se llamaba Los chicos de la banda (1968)? En la que todos los tíos, todos casados, acababan metiéndose en la cama con un tío y, al día siguiente, decían: "¡Uy, estaba tan borracho ayer que no me acuerdo ni de lo que hice!" Pues bueno, en los alrededores del campo del Barcelona los clientes eran todos estos». Yo añado: «Heterosexuales borrachos, vamos». Bernard: «Exacto, sí, pero que les gustaba aferrarse a un pitón que vamos…»

Bernard, por otro lado, cuestiona la cronología estándar en lo que a la historia del cine quinqui se refiere: «Aunque a mí todos me llaman por [la saga] de Perros callejeros, yo hice la auténtica [peli] pionera de esta movida, que es Los violadores del amanecer (1978). Yo hice un pequeño trabajo en la anterior, en la que iba a asomar esto [del cine quinqui], que se llamaba Aborto criminal (1973), del Ignacio Iquino. Los violadores se rodó en noviembre del 77. Me cogieron [para la película] en una fiesta de la elección de Miss Barcelona, en un sitio de drag queens, –imagínate, en una época prohibidísima– en el Barrio Chino de Barcelona. En la calle de las Tapias, que era la calle de las putas, había un lugar que se llamaba el Barcelona de Noche, que es donde trabajaba Pirandello, Madame Arthur. Donde trabajaba la gente más, buff, más perseguida y más buscada. Y yo, pues fui a la fiesta y se acercó Iqui, ¿no? Que me dijo que le fuera a ver otro día. Y fui. Y, de hecho, me ofreció un personaje, y yo le pregunté: "¿Es el chico?" Porque, cuando yo era jovencito, no se decía protagonista, se decía "el chico o la chica de la película". Le dije: "¿Es el chico?" "¡No, home, no!", respondió él en catalán. "Ah, pues no lo quiero hacer", y me echaron. Lo decía por inconsciencia, no por chulo. Yo tuve la suerte de verme

trabajando en pasarelas importantísimas de París y Florencia. Y me rodeaba de unas personas que ni loco había soñado yo estar en medio de estas personas. El día que [Iquino] me conoció, yo iba [con unas pintas]... Si lo pienso ahora me da hasta un poco de vergüenza. Pienso: "Madre mía, no me extraña que se girase todo el mundo a mirarme." Porque era como, buah, ¡madre mía!» «Los violadores la empezó a rodar Jordi Cadena, que acababa de rodar La oscura historia de la prima Montse (1977), con Ana Belén y con Christa Leem. Tras rechazar la oferta, [Iquino] me dijo: "Hasta luego, Lucas". Y dos días después me vinieron a buscar de producción, doblándome el dinero que me ofrecían y, además, haciendo el personaje del "chico". Lo primero que recuerdo era que yo era un chico muy estrecho; muy moderno que iba por la vida, pero tenía limitaciones. Uno de mis primeros rodajes [en el cine] fue en un plató con uno de los grandes actores del teatro catalán, que es [Josep María] Domènech y una actriz que se llama Alicia Orozco, que estaba embarazada. La veo en una cama desnuda y me dicen en maquillaje: "Quítate la ropa Bernard, que te tenemos que maquillar." Y yo digo: "¿Cómo?" [Risas]. Y mi primer rodaje es una secuencia que representa al hermano de la chica, que me la ofrece y me la vende. Y me meto en la cama con ella absolutamente desnudos. Ese fue mi inicio en el cine. Me hice una estrella del cine B.»

Como me comenta Seray, las películas de Iquino son predecesoras del cine quinqui, entre otras razones, porque ya son rodadas en barrios dormitorio y aparecen personajes que son hijos de la inmigración. Los violadores, por ejemplo, cuenta con un personaje (interpretado por Linda Lay) que es una trabajadora del Prat de Llobregat. Y ocurre todo en el Prat. El otro personaje femenino es Mireia Ros, que hace de una pija del barrio alto de Barcelona. Ros se había hecho un nombre tras haber rodado Alicia en la España de las maravillas (1979). Seray: «[Esa temática] tiene interés porque el país se está moviendo, piensa que sólo hacía un año y medio [antes del rodaje de estas dos películas] que había muerto el dictador. Y, entonces, a la sociedad se le estaban dando –como ya el fútbol no era suficiente– muchas tetas y mucho desnudo. Piensa que, en esa época, aunque ahora lo nieguen, todas las actrices de la época, todas absolutamente, enseñaron las tetas y yo he tocado las tetas a la mitad de las españolas. Oye, lo digo con respeto. Yo he trabajado

con un montón de ellas. Y entonces era una época en la que había un cambio social absoluto. Las mujeres podían trabajar sin el permiso paterno ni filial. Las mujeres ya podían tener cuentas bancarias, podían abrir negocios. Los hombres también eran más libres. Empezaba a surgir un movimiento que ya no quería ir al servicio militar, ¿entiendes?»

Hay que entender que el crimen, como el sexo, era una transgresión que los espectadores contemplaban sin trabas en películas cuyos protagonistas eran delincuentes. En los setenta los nuevos «malos» eran las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Tanto el cine de Iquino como el de José Antonio de la Loma pertenecían a ese género que ha venido a llamarse cine de explotación, una categoría cinematográfica en la que se agrupan las películas cuya temática aborda temas o detalles de interés lascivo. Es un género que basa su atractivo en temas moralmente inaceptables y socialmente escandalosos, como puede ser el comportamiento sexual humano, el erotismo, la violencia, el crimen o el consumo de drogas.

Este cine tenía especial relevancia en una época contestataria como la Transición. Como le dijo el Torete al Vaquilla en su momento (aunque muy probablemente no empleando estas palabras exactas): «Comenzamos durante la agonía de la dictadura de Franco, cuando la mayoría iba en contra de los que hablaban de moral y de valores»[12]. Bernard Seray: «[Están] las tres Movidas españolas. La de Bilbao, la de Madrid y la de Barcelona[13]. Y te aseguro que el nexo de todo esto era la droga, ¿eh?» «Piensa que entonces los cines no eran como ahora, los cines se petaban de público. El cine S no tenía la "S" por "sexo", que no, que la "S" era de "sensible". Esa es otra de las cosas que hay que aclarar mucho. Con la "S" en esa época había pelis como Apocalipsis Now (1979). En este cine se pagaba cada vez menos [y era más excesivo]. [Los personajes, por ejemplo, podían] aparecer comprando el periódico en pelotas. Yo mismo, cuando leía un guion, decía: "Oye, pero que no es normal esto. Una persona esto no lo hace".» «Este tipo de cine… Aunque otros se pongan medallitas, verdaderamente, este cine cutre que dicen, este cine erótico, este Cine S, este cine tal… es lo que hizo que la industria se levantara, diera dinero y se pudieran hacer otras cosas, ¿vale?»

Ya en los años ochenta el Barrio Chino se convirtió en el lugar de encuentro de subculturas diversas. El escritor y profesor Oriol Rossell, nacido en 1972, me habla de la zona y otros rincones de la Barcelona de los ochenta y noventa: «El Barrio Chino recuerdo que era un sitio muy divertido. Bueno, como chaval adolescente, quieras que no, era lo prohibido. Era donde estaba todo el submundo de las drogas, la prostitución, pero también por razones subculturales, todo el punk se movía por el Barrio Chino y, en parte, por el barrio de Gracia. [El punk estuvo asociado al Barrio Chino] desde muy al principio. Piensa que la mayoría de las bandas [punk] tenían sus locales de ensayo en el Barrio Chino, porque eran muy baratos. Aparte de que eran unos agujeros horribles, ¡eh! Yo recuerdo el local de Subterranean Kids –una gran banda de Barcelona–, que estaba cerca del Bagdad, el teatro porno. Sería el año 91, 92, por ahí». «A un antro infecto que había en el Barrio Chino –creo que era el Big Ben– vino a tocar una banda de Washington que se llamaba Scream, y traía un batería que todo el mundo era: "Joder, ¿este batería cómo le mete, no? ¡Qué energía tiene el tipo!" Y luego resultó ser Dave Grohl, de Nirvana. La primera vez que vino a Barcelona fue con Scream. Y, de hecho, años después –yo me dediqué al periodismo musical muchos años– entré al backstage en un concierto de Foo Fighters y conocí al Grohl y le dije: "Tú tocaste con Scream en tal", y el tío se acordaba, porque se ve que pilló una gripe de la hostia y por la noche con toda la fiebre… se ve que dormía en un sitio que abajo había un bingo y se pasó toda la noche oyendo a la peña: "¡Línea! ¡Bingo!".» «En Barcelona hubo una primera escena del punk, en los ochenta, donde hubo mucha heroína: los Kangrena y esa gente… Y luego ya llegó la escena hardcore, que era menos autodestructivo que el punk. Aunque estaba todo bastante mezclado. Con el tiempo se fueron separando. También los punks se fueron muriendo o dejándolo o acabando en la cárcel, y se acabó imponiendo otro tipo de cosa.»

«En el 92 Barcelona dejó de ser peligrosa y dejó de ser divertida, en gran medida. Quisieron sanearlo todo, abrieron muchas calles. El Barrio Chino era un barrio de callejuelas oscuras y sumamente sospechosas. Había algunas que, por muy punk que fueses, no había huevos para meterse. La operación de saneamiento de 1992 concluyó en los dos miles con La Rambla del Raval. Abrieron una avenida enorme en una de las zonas más complicadas [del barrio].

Desactivaron todo lo peligroso, subversivo y divertido, insisto, que tenía el Barrio Chino.» «Claro, al Barrio Chino solo yo nunca iba, iba siempre en camarilla, ¿sabes? Con los punks, con los amigos, y nunca tuvimos grandes problemas. Pero ahí había palos y navajazos.»

---

[1] El tipo de tabaco que cada cual fumaba tenía en tiempos pasados una significación generacional. Por ejemplo, mi padre, que nació en 1945, fumaba Ducados, tabaco negro, y, en cambio, mis tíos, algo más jóvenes, fumaban tabaco rubio americano.

[2] Tengamos en cuenta cómo las personas de cierta edad emplean el término macarra para referirse a proxenetas. Esto es indicativo de que el macarra original, a modo de sujeto callejero no necesariamente dedicado al proxenetismo, es decir, el macarra callejero tal y como lo entendemos hoy, es necesariamente un producto de finales de los sesenta y principios de los setenta. Es decir, que el uso que se hace de la palabra cambia a partir de esas fechas, cuando gente como Raúl del Pozo había superado cierta edad, debido a lo cual, no incorpora tal significado a su vocabulario, ya hecho.

[3] «¿Por qué al Raval se le llamaba “Barrio Chino”?», 29 de noviembre de 2018 [https://www.laramblabarcelona.com/raval-barrio-chino/].

[4] Gemma Tramullas, «Alberto Gadea: “Ya no tengo el físico, pero ahora me siento más actor”», El Periódico (Catalunya), 6 de julio de 2019.

[5] Esplugas City funcionó de 1964 a 1967, hasta que el cine western pasó de moda. La ciudad fue destruida en un incendio provocado específicamente para Le llamaban Calamidad (1972), la última película que se rodó ahí.

[6] Hay que decir, además, que la Cárcel Modelo en esos años no era una institución superpoblada, como sí lo fue más adelante.

[7] Los castings de la época no eran como los de ahora. El actor Agustí Villaronga me habla de la figura de la directora de casting en

la Barcelona de los años setenta, mujeres como Marta Flores: «No sé cómo decirlo. [Estas mujeres] eran muy de aquella época. Estas mujeres, que son tremendas, eran como casi alcahuetas. Pero no eran alcahuetas, porque, pobres mujeres, ellas trabajaban y punto. Pero la imagen era… de una señora ahí… no sé cómo decirlo. Además, todos pasábamos por ahí. Toda la gente ahí era joven. Porque ella no tenía mayores, sólo tenía jóvenes.»

[8] De acuerdo con estas palabras y salvando las distancias, podríamos hacer de Ignacio Iquino algo así como el Roger Corman español.

[9] En realidad, tenía sesenta y ocho años y era su película número 41, que no es poca cosa tampoco.

[10] Mi entrevistado Pere Fernández me comenta curiosidades sobre los gitanos de Gracia: «La comunidad gitana de Barcelona en general y de Gracia en particular es una de las más prósperas en toda Europa. Se sabe que la mitad del barrio a nivel inmobiliario es suya. Los gitanos de Gracia son una comunidad gitana muy próspera, muy respetada en el barrio. Es muy atípico. Son familias que están muy integradas en la sociedad catalana. Los gitanos de Gracia hablan mejor catalán que los catalanes. Porque hablan un catalán de hace 200 años o 300. Hablan un catalán muy puro. Yo he conocido muchos, desde pastores evangelistas, pasando por guitarristas y chavales que estudiaron y se hicieron abogados.»

[11] El concepto de cine quinqui vendría a aglutinar tanto a payos como a gitanos, puesto que el quinqui es una especie de híbrido de ambos y encierra una ambigüedad deliberada: el quinqui no es ni gitano ni payo, pero cuenta con algo de ambos. Dicha ambivalencia no definitoria del término quinqui lo haría muy apropiado para describir un cine protagonizado por jóvenes delincuentes tanto payos como gitanos e incluso por quinquis verdaderos.

[12] Juan José Moreno Cuenca, Hasta la libertad, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 242.

[13] Se habla mucho también de la Movida viguesa.

Capítulo V

La Barcelona de los Perros callejeros

El Torete y el Vaquilla

Para entender el cine quinqui y sus orígenes es necesario analizar el escenario urbano en el que se mueven los protagonistas de Perros callejeros, hito cultural y relato generacional del mundo callejero. Dicho escenario urbano es La Mina, un barrio que fue construido de la nada a mediados de los años setenta. La Mina es la máxima expresión de aquello que algunos han venido a llamar chabolismo vertical. Se trata de una serie de grandes edificaciones en el límite nordeste de la Ciudad Condal, muy cerca de la costa, que lindan con el río Besòs y la ciudad de Badalona. Por un barrio de La Mina recién construido se movían el Vaquilla y sus amigos, quienes inspiraron la película de la que venimos hablando, gran referente cultural nacional.

Barrios similares al de La Mina serían, por ejemplo, las Tres Mil Viviendas de Sevilla, que fueron levantadas también por las mismas fechas y que, hasta el día de hoy, están sujetas a una misma problemática social, siendo ambas comunidades –tanto La Mina como las Tres Mil Viviendas– centros urbanos de venta de droga, al tiempo que están geográficamente integradas en la ciudad, es decir, que su distancia con respecto al centro es verdaderamente ínfima. A su vez, tanto en La Mina como en las Tres Mil Viviendas, la comunidad gitana cuenta con una gran presencia y en ambos barrios proliferan la música, el baile y el arte callejero, asociados tanto al flamenco como a la cultura hip hop. Como afirman muchos vecinos, quizá La Mina esté peor ahora que en los setenta[1], pero fue de ese caldo de cultivo sociocultural del que surgió Perros callejeros como fenómeno cinematográfico que aspiraba a reflejar con toda fidelidad la realidad de la delincuencia callejera de los quinquis, los gitanos y la comunidad «charnega» de Barcelona.

Aunque nos iniciaremos con La Mina, iremos luego recorriendo

otros parajes de la Ciudad Condal a medida que avanzamos hasta toparnos con los propios protagonistas del cine quinqui catalán, entre los que destacan el Torete y el Vaquilla. De este modo, destriparemos mucha de la realidad que subyace a un cine que a tantos fascina en la actualidad y cuyos hechos internos –a modo de anécdotas concretas– han permanecido casi por completo sumergidos hasta la actualidad. A través de las entrevistas que siguen desvelaremos elementos importantes tanto del propio cine quinqui como de las personas que participaron en su producción, ya sean estos verdaderos delincuentes juveniles, actores profesionales o miembros de equipos de producción: especialistas, cámaras, directores, productores, etc. Partiendo de La Mina trataremos de adentrarnos en los mecanismos internos de este cine de explotación, en el que las fronteras entre realidad y ficción parecen difuminarse hasta el punto de que a uno le cuesta discernir dónde acaba una y empieza otra. La Mina es un barrio nuclear en el itinerario del macarrismo ibérico que aquí tratamos de dilucidar; el Vaquilla y el Torete, dos mitos callejeros cuya fama penetra hasta los últimos reductos de la conciencia nacional.

El cámara Paco Marín, al que ya he hecho referencia, me puso en contacto con una importante figura del barrio, el gitano Anselmo [nombre falso], de la misma edad aproximada que los protagonistas de la célebre película. Él me habla del barrio: «¿Por qué se llamaba La Mina? En otras partes de España [el lugar de] donde fluye el agua se llama manantial. Aquí se llama minero, un minero de agua, del subsuelo, aquí había un minero de agua tan importante que había una industria, unos señores catalanes que hacían negocio con ese surtidor de agua y tenían un merendero donde la gente del ensanche barcelonés, la gente pudiente, venía de merendola aquí, porque era una zona muy frondosa, con mucha agua. Por eso se llama La Mina.»

El barrio lo construyó el Ministerio de Vivienda a modo de polígono: «Algunos gitanos decían “el polígano”… Pues de “polígano” hicieron muchos.[2]» Oficialmente se llamó Polígono Residencial de La Mina, nombre que le puso el Ministerio de la Vivienda junto con el Patronato Municipal de la Vivienda del ayuntamiento de Barcelona. Construyeron el polígono en el límite entre Barcelona y Sant Adrià de Besòs. Así como ahora es necesario

urbanizar antes de construir vivienda, en aquella época construyeron las viviendas mientras fueron urbanizando. Había calles sin asfaltar, el barrio y los pisos inicialmente carecían de luz, lo único que tenían los pisos era agua. Los vecinos tuvieron que perseguir al hombre de la hidroeléctrica para que pusiera el contador: «Por la noche veíamos cómo el edificio de enfrente lo estaban acabando de construir, y las calles estaban sin alumbrado público. Ese fue el inicio del barrio de La Mina.»

El barrio llamado de La Mina ya existía. De hecho, hay una parte que hoy llaman Mina Vieja. La Mina Nueva, de la famosa película, se empezó a habitar a finales del año 1973, pero la Mina Vieja existía desde antes. Era una zona de casitas, «de masías». El barrio se divide en la Mina Vieja y en la Mina Nueva, esta última ocupada por los grandes bloques de edificios. Ahora se ha hecho una Mina de nueva construcción y se han hecho viviendas donde antes había industria, porque también fue una zona industrial. La industria más importante que había era CEMOTO Bultaco: «Luego llegaron las motos japonesas, y [la industria catalana de motos] se fue a pique y dentro de esa nave montaron muchas pequeñas industrias.»

Había personas que no habían visto nunca un lavabo, porque venían de vivir en barracas. Muchos nuevos habitantes venían del Campo de la Bota, que era un territorio de barracas, antes conocido como el barrio de Pekín. Estaba construido en torno al Castillo de las Cuatro Torres, que contaba con una dotación militar que era la que reprimía a la población. Este castillo se usó en la posguerra; era a donde se llevaba en camion a los presos para luego fusilarlos en el parapeto, en el que había quedado un muro muy grueso de una antigua fortaleza militar.

Anselmo: «Un pescador me contaba que durante la posguerra su padre le mandaba a preguntar a los militares si ya podían desembarcar allí. Era un niño y se encontró toda la arena llena de sangre. Otra señora, que vivía en una antigua vaquería que había en el barrio de La Mina, me contaba que de pequeña su padre la obligaba a entrar en la casa y cerrar los portones cuando llegaban los camiones de los militares con los presos para fusilar.»

Ese terreno en los años setenta estaba muy deteriorado. Había industrias contaminantes, edificios derruidos, además de un

polígono residencial de nueva construcción. A La Mina llegó gente del Campo de la Bota «con un sentido de vecindad muy acuciado». Era gente de origen extremeño, andaluz y gallego, todos ellos trabajadores de la industria de Barcelona. También llegó gente del barrio de la Perona, vecinos que, según Anselmo, tenían buenas costumbres cívicas. Hubo también un flujo de llegada desde otros núcleos barraquistas, del Hospital de San Pablo, también de la zona del campo del FC Barcelona: «Llegó gente, también, que no tenía esos hábitos cívicos y los metieron en los últimos edificios que hicieron, como Venus, Saturno, los grandes edificios que se ven en la película.»

El barrio tiene nombres de planetas porque el concejal que designó dichos nombres dijo textualmente: «Para que haya el régimen que haya, gobierne quien gobierne, no le cambie los nombres a las calles.» La Mina cuenta con nombres de planetas, de vientos, como Xaloc (Siroco), Levante, Tramontana, Occidente, Estrellas, etc. Algunos de los primeros vecinos de la Mina no se adaptaban, se sentían enjaulados al no estar a pie de calle: «A pie de calle ves a los vecinos, te relacionas con ellos. Esto a las personas mayores les costó.» Se equivocaban de portería, al ser todas iguales, uniformes y del mismo color, sólo variaba el número: «Para nosotros, los adolescentes, era divertido ver cómo los abueletes se equivocaban de casa.»

Por otra parte, la relación étnica era buena: «Yo soy gitano de nacimiento y, cuando vivíamos en barracas, mis tíos y padres se iban y nos dejaban con los vecinos que no eran gitanos. Había lo que había antiguamente en los pueblos. Había mucho sentido de vecindad y mucha amistad. Ahí no había diferencia de etnias porque todos tenían dificultades y eran pobres.» «Todos, cuando miraban al cielo y veían un nubarrón, se echaban a temblar. Aún conozco a personas que tienen psicosis de las tormentas, de cuando sonaba en la uralita el agua y se inundaba el barrio. Había unas inundaciones tremendas, ¿eh? En el Campo de la Bota se ayudaban unos a otros, porque al día siguiente tenían que ayudarse a limpiar los enseres, a tirar lo que no servía. Yo recuerdo la riada del 62. Fue una riada donde murió mucha gente y el río Besòs estuvo a punto de desbordarse. Vino un amigo de mi padre avisando, pegando porrazos a las puertas de madrugada. Salimos corriendo hacia el

Castillo de las Cuatro Torres, donde ya nos encontramos con más gente que había allí con niños. Nos pusieron a mi hermana y a mí a dormir encima de un pupitre y hasta el día siguiente que pasó la riada. Nos salvamos de milagro. El cercano barrio de La Catalana, de casitas, tuvo lo que se llama una tremenda "besosada" [cuando el río Besòs se desborda]».

En La Mina había muy buena relación entre vecinos: «Con el paso del tiempo, las nuevas generaciones cambiaron, cada uno se ha buscado la vida como le ha dado la gana y el que ha querido ser malo, ha sido todo lo malo que ha querido. Porque las instituciones no se han ocupado de nada.» «[El Vaquilla y el Torete] venían de esos barrios de barracas. Niños que venían de barrios abandonados por las instituciones, donde la gente no tenía recursos, donde por la crisis de los setenta muchos se quedaron sin trabajo. Y, luego, no sólo pasó en La Mina, sino en toda España. En el Besòs, [barrio] de Barcelona, también hubo problemas y de ahí vinieron estos famosos delincuentes.» Pregunto: «¿Llegaste a conocer al Vaquilla?» Me contesta con determinación: «Sí. Mi experiencia fue verlo, como el resto de vecinos. No tenía relación con ellos, pero los veíamos. [Éramos de la misma edad] pero los padres nos enseñaban que no debíamos tener malas amistades y eso nos ayudó mucho. Robaban un coche y se divertían mientras la Policía Local les perseguía con la moto. Eran adolescentes rateros, aunque no todos. Yo recuerdo que en la película sale uno rubio con el pelo largo, que este vivía en la Mina Vieja y recuerdo que un par de veces coincidí porque le gustaba la bicicleta que yo tenía. Y me dijo que se la dejara y yo se la dejaba. Se iba con la bicicleta, volvía y me la devolvía, con total confianza.» «No teníamos más remedio que convivir con ellos, pero nos íbamos al barrio de al lado, el Besòs, que era un barrio trabajador, muy luchador. Ahí había un sentido diferente de ver las cosas, no había los problemas que había [en La Mina]. Había una asociación de jóvenes, había una biblioteca; lo que no había [en La Mina]. Eso nos sirvió para no caer en lo que otros cayeron.» «Nosotros los gitanos siempre hemos distinguido al gitano del quinquillero –que de ahí viene la palara quinqui–, alguien que se dedicaba a la quincalla y por su oficio llevaba una vida nómada igual que algunos gitanos. Luego había quinquilleros que quisieron hacerse gitanos, y hay gente que no sabe que no lo son de nacimiento. Los otros se la cuelan, dicen que son gitanos y no lo

son, son quinquilleros.»

Sobre el Vaquilla y sus amigos dice: «Eran unos niños traviesos, eran unos niños malos. Y, entonces, apareció el De la Loma, fue buscando gente de ese perfil, y ¿sabes cuántos Vaquillas salieron después de la película? Todavía están saliendo.» Tras enterarse de qué iba tratar la película, la gente del barrio se enfadó con De la Loma. Una película sobre delincuencia juvenil en La Mina iba a dar mal nombre a la comunidad: «Había gente que estaba luchando para que el barrio sacara la cabeza a flote. No había ningún recurso, no había ningún equipamiento, no había ninguna biblioteca, no había un gimnasio, ¡no había nada! Los chavales pegaban bocados a las esquinas. Yo me incorporé, como tantos vecinos, a las manifestaciones [contra el rodaje de Perros callejeros], porque acabas enterándote. Yo entonces trabajaba y, como no llegaban las líneas de autobuses, tenía que ir a otro barrio y cruzaba los descampados donde tenían todas las cámaras enfrente del edificio Saturno. Y luego hicimos carteles al estilo del Oeste donde pusimos la foto del De la Loma con un "Se busca". Si lo cogemos por aquí le damos pal pelo, ¿eh? Había mucha rabia. Estaba dando muy mal ejemplo, estaba dando alas a los que no tenía que dar alas. Había motivos para hacer películas de otras cosas en el barrio. Y eso mientras la gente, sin recursos, está dejándose la piel para crear actividades y asociaciones para sacar a los chavales de la calle; que mogollón trabajábamos de voluntarios [aparte de nuestros trabajos remunerados]. Había profesores, salesianos y escolapios que ayudaban mucho en todas estas cosas; también monjas de izquierdas de la época. Ellos fueron el soporte que tuvimos muchos vecinos.» «El De la Loma tuvo que salir zumbando del barrio. Artistas en La Mina hay… das un pisotón y salen tropecientos. Muchos artistas, como Montse Cortés, han salido de aquí del barrio. Yo recuerdo a Manzanita, lo veía bastante; la Tani, la bailaora… Claro, quiso hacer una película De la Loma imitando a directores de cine que habían hecho alguna película con actores no profesionales. Le dio por hacer películas de barrios marginales y se le ocurrió La Mina, como podía haber ido a las Tres Mil Viviendas de Sevilla». Con todo, De la Loma llegó a grabar en La Mina, dentro de alguna vivienda y, sobre todo, imágenes en las que se veían los grandes edificios del barrio.»

Es curiosa la estrecha relación entre el Barrio Chino (hoy el Raval) y La Mina, dos comunidades alejadas geográficamente. La ciudad es grande, pero opera orgánicamente, por medio de funciones hondamente entrelazadas: «Hoy el barrio está peor que nunca. Cada vez que Barcelona ha reprimido la delincuencia en el Raval de Barcelona, pues, lógicamente, los toxicómanos vienen a buscar su dosis en La Mina. Entonces, todo lo que [ya] no hay ahí –los barrios son como los vasos comunicantes– se pasa a aquí. Como si no tuviéramos suficiente.» Según Anselmo, La Mina sigue muy abandonada: «Si la Mina no existiese, la inventarían, porque hay muchos intereses a nivel político, urbanístico. Interesa que haya droga y delincuencia para que no llegue todo el mal a la gran ciudad. Ahora han hecho calles estrechas, narcosalas. ¡Hay una narcosala a cuatro metros de un colegio!»

Loli, antigua vecina de la Mina, me habla de los viejos tiempos: «Yo vivía en la calle Venus Nº 11. Yo nací en el 62. La Mina se inauguró en el 75 o así. Yo vivía en el Besòs, como a cinco minutos. Hicieron, en un descampado, un barrio que es La Mina, [a donde llegó gente] de todas las partes de Barcelona, de Verdún, del Puente del Trabajo en Verdún, donde había unas barracas… Eso lo tiraron y les dieron las viviendas en La Mina. Hicieron La Mina, la calle Venus, Marte, Levante, Saturno… El barrio está rodeado por otros barrios como el Besós, La Paz. El barrio ha cambiado poco, está peor [ahora].» «Los pisos de La Mina eran divinos: cuatro habitaciones, sus 100, 120 metros, tienen, ¿eh? Tenía dos baños, uno con la bañera, que era enorme. Otro pequeñito con el aseo, donde te lavas la cara. La cocina, enorme. Las viviendas, cuando las dieron, eran preciosas.» «Cuando empezaron ahí las personas a vivir, no había delincuencia. Yo tenía mis doce o trece años. Se bajaba a la calle, se jugaba en la calle, conocías a las niñas que venían nuevas. Venían los gitanos, pero que yo me acuerde los primeros años no había delincuencia. Para mí la delincuencia es cuando empezaron los robos con las navajas, a robar coches, las motos. Sería, pues, en el 76 o el 77.» «El Ángel Fernández Franco [el Torete], el Basilio… [en total] eran cuatro hermanos. Iban conmigo al colegio. Ellos no eran del barrio de La Mina, eran del barrio del Besòs, que eran como dos calles, digamos. Y, nada, su madre trabajaba de limpieza y no les había hecho falta [el dinero]. Lo único, es que iban a La Mina y ya empezó la… los robos… lo que pasa con la juventud, ¿sabes? El

Torete no era un chaval malo, bueno, yo lo conozco [como] el Ángel, que iba un curso más que yo. Íbamos al colegio Raimundo Peñafort. Era un niño más, normal y corriente.» «En el Pueblo Nuevo [Poblenou] había una discoteca en la calle Pedro IV, que era el Ateneo Colón, y ahí hacíamos todos campana [pellas] e íbamos allí. Ahí iban gitanos, castellanos [payos[3]] y, lo típico, te vas juntando con el más simpático, con el más chulito, como digo yo. Y, nada, ahí empezó a conocer, pues, gente que no tenía que conocer. Y él se quería hacer como ellos. No era de una familia desestructurada ni nada.»

«Cuando se estaba haciendo la película de De la Loma, teníamos quince, dieciséis años. Empezaron a grabar la película [y cogieron] a un primo mío también: al Pirulí, que se llama Manolo [Sánchez]. Y el Vaquilla auténtico se llevó el coche [que le dieron para la película] [risas]… tenía que hacer como que se fugaba con el coche, digamos. ¡Y se fugó! [risas] Porque desde mi balcón se veía tranquilamente cómo se rodaba la película. Y, total, que se escapó. Y como el Ángel tenía, más o menos, la fisionomía, el corte de pelo… Pues lo cogieron a él para [suplir] al Vaquilla.» «A mi primo le pusieron el Pirulí porque era pequeñito, lo cual le marcó bastante la vida, porque era un mote de chivato el Pirulí. Porque tenía que hacer de chivato en lo que es la película. Eso le dio mala fama.»

José, marido de Loli, también conoció al Vaquilla, con quien estuvo en el reformatorio en sus años mozos: «Yo soy del barrio de La Catalana [en Sant Adrià de Besòs], que estaba al lado de La Mina. Cuando yo era pequeño era un barrio de barracas, casas pequeñas y estaba al lado del Campo de la Bota. Yo viví ahí hasta los veinte años. Yo conocí al Vaquilla en La Mina; yo conocí al Vaquilla en el reformatorio. El Vaquilla era un chaval con poca personalidad, era llevadero, lo podías llevar donde querías.» «El Torete era un chaval normal. Fue un chaval que se dejó perder por las amistades, pero ese chaval, necesidad necesidad no tenía. Ninguna.» Los mayores del barrio, nombres míticos, eran gente como el Mandarina: «Era de los que se drogaban, que hacían cosas por las que terminaban en la cárcel». Otro nombre muy conocido era Pepe el Loco, de Verdún: «Eran chavales que se juntaban e iban de un barrio a otro, robaban un coche, y luego lo traían ahí, lo presentaban, pegaban un tirón… Y todo se lo montaban como aventuras, ¿me entiendes? Los coches

se robaban para hacer delitos y luego se dejaban y ya está.»

El escritor Oriol Rosell: «Mi padre trabajaba cerca de La Mina y yo iba a verlo. Y una vez me entraron dos tíos en el vagón de metro y me pusieron una jeringuilla en el cuello. En La Mina era donde estaba todo el business de lo que quieras. De drogas, de género robado… Era un sitio muy muy muy complicado. Luego había otra zona muy chunga que era cerca del cementerio de Montjuïc, que ahí pasabas con el coche por la autopista y veías a gente picándose, pero a base de bien. Yo estudié Imagen y Sonido y recuerdo que fuimos a hacer un rodaje ahí, en esta zona, llegamos con un equipo carísimo, porque filmábamos en cine, y se nos presentó el patriarca de turno y nos dijo: "Bueno, ustedes están aquí con unos aparatos que valen muchísimo dinero y yo no quisiera que a sus aparatos les pasase nada. Entonces, si ustedes me dan a mí un dinero, yo les aseguro que no les va a pasar nada." Y, bueno, tuvimos que pagar la extorsión para estar tranquilos y que no nos diesen el palo.» «Y lo mismo en La Mina. Mi padre trabajaba en una empresa de manufacturas plásticas cerca de La Mina y, cuando montaron la empresa ahí, también se les presentó el patriarca y les dijo que, bueno, que para estar ahí había que pagar un impuesto revolucionario, digamos. Y eso les garantizaba que los trabajadores y los directivos podían dejar sus coches aparcados y no les pasaría nunca nada. Y un día se ve que se presentó el pavo a cobrar la mensualidad y a uno de los jefes le habían petado el coche y robado el radiocasete. Le dijeron al patriarca: "Oye, que nos ha pasado esto." Y el tipo en plan: "Bueno, no se preocupen que esto lo arreglo yo". Al cabo de dos horas se les presentó un gitanillo con cuatro radiocasetes: "¿Cuál quieres? Para reponértelo". El tema de la extorsión, parece ser, era algo muy habitual para las empresas que trabajaban por aquella zona. Pagabas por tu seguridad»[4].

Paco Marín nos hablará ahora del rodaje de Perros callejeros: «Yo empecé a trabajar en el cine con trece años, porque mi padre era director de fotografía. Fue a finales del 1963. Cogí el primer spaghetti western que se hizo en Barcelona e hice 40 o 50 spaghettis. Antes teníamos que hacer meritoriajes, pero trabajábamos tanto, hacíamos tantas películas… En un año ya tenía, prácticamente, el carnet de ayudante de cámara, de foquista. Íbamos a rodar a Fraga, íbamos a rodar a Almería. Llegaron los

setenta, se acabaron los spaghetti [westerns] y fui subiendo hasta segundo operador. Vino la época de los 007, hicimos, pues, muchas películas del 007 [James Bond], luego vinieron las eróticas y las S, que las llamaban. Entonces vino la época de las películas estas que son las que a ti te interesan… las de los barrios bajos y las de los quinquis, y las de la movida de la droga, y las de Perros callejeros. Yo hice todas las de Perros callejeros con José Antonio de la Loma.»

Me comenta Paco que José Antonio de la Loma fue ejecutivo, guionista y director en la productora cinematográfica Balcázar, antes mencionada: «Él era una persona muy especial, ideológicamente en las antípodas de donde yo estaba, de donde estoy, pero pienso que un buen profesional, buen director, con tics que serían discutibles para mucha gente. Aunque yo fui un profesional querido y protegido por él. Yo lo quería y respetaba mucho a él y a su hijo, que murió dramáticamente; era un chico muy rebelde y muy independiente.» El hijo de José Antonio de la Loma era montador y creó una empresa que compraba los derechos de música para películas. Volviendo de trabajar en Gerona tuvo un accidente en la autopista y quedó tetrapléjico. Estuvo un año ingresado y vivió luego dos años más: «No movía ni las pestañas, murió dramáticamente.» «En Barcelona se rodó mucho cine porno. Había una productora que venía de Francia y rodaban muchas películas aquí. Alquilaban una casa aquí que se llama Llavaneras, al lado del mar, y traían chicas francesas y equipo francés y rodaban películas de nivel.»

Pregunto: «¿De dónde surgió la idea de Perros callejeros?». Paco: «De la Loma era una persona muy viva, muy lista, y me imagino que, dada la situación [de delincuencia] que se daba en aquel momento, en Madrid y en Barcelona… Yo pienso que él fue el primero que tocó este tema. Era un tío que iba por la pela y producía como podía, jugándose lo suyo y lo que no era suyo. Vio que ahí había un filón. Hizo la primera de Perros callejeros (1977), y le salió muy bien, le dio dinero.»

La primera película debería haberla protagonizado el verdadero Vaquilla, puesto que Perros callejeros está inspirada en él. El Vaquilla, que hasta noviembre de 1977 no cumplió los dieciseis años, estaba en un correccional de menores. De la Loma pidió a la

institución penitenciaria que diera permiso al Vaquilla para hacer la película: «Se lo dieron, estuvo con nosotros unos días haciendo pruebas de fotogenia, de hablar, de ver si se aprendía los diálogos, si entendía lo de las marcas [dónde tenía que ponerse], en fin, todo. Y todo fue muy bien, porque era muy listo… Todo fue muy bien hasta que, un día o dos antes de empezar el rodaje, llegó el jefe de especialistas francés, Remy Julien, para hacer las persecuciones de coches y los accidentes y todo eso. Y, entonces, esto al Vaquilla no le gustó, no le gustó porque él quería hacerlo todo, decía que él estaba capacitado para hacer todo, para meterse en la Diagonal de Barcelona con el coche a 150 km sin necesidad de protección, de prepararlo; sin necesidad de policías, de coches nuestros, ni de nada. Como no le gustó esto, robó un coche y salió a la fuga, pitando el claxon para que le persiguiera la Policía. Porque él lo que quería era demostrar que él era capaz de hacerlo. Y desde Barcelona fue dando golpes hasta Sitges. Se metió en un pueblo de Barcelona, a 30 km, donde hay unas curvas tremendas, entonces no había autopistas –todo esto perseguido por no sé cuántas motos y no sé cuántos coches–, y cuando llegó a Sitges chocó contra una pared. No se hizo nada, pero lo cogieron. Y, entonces, le retiraron el permiso para hacer la película.» «El Vaquilla no pudo hacer la película, por lo que De la Loma, tras haber contactado con varios de la banda del Vaquilla, dijo: "¿Ahora qué hago? Porque empiezo el rodaje pasado mañana y ya no tengo protagonista" Entonces, entre los cuatro o cinco que había, cogió a uno que era el Trompetilla, que era el Ángel [Fernández Franco][5], que era muy listo también. Todos son muy listos, estos. Le hicimos cuatro pruebas e hicimos la película. No podía ponerle al personaje ya [el nombre de] el Vaquilla, porque podía traer problemas legales, y entonces le pusieron el Torete.» «Estos chavales eran tan listos porque son gente especial, que han nacido en unos medios muy pobres y se han tenido que buscar la vida desde pequeños y han visto cómo vivían sus padres, han visto lo que hacían sus tíos, han visto lo que hacían sus vecinos, y son muy listos porque para huir de la justicia y para huir de los peligros hay que ser muy listo, si no te pillan a la primera de cambio.»

«Venían del barrio de La Mina y de Verdún, un barrio que está en la montaña. En Barcelona había mucho barraquismo en los años sesenta. Había muchos barrios de barracas, muchos muchos, incluso

por el centro. ¿Dónde está el Castillo de Montjuïc? Ahí podía haber diez mil personas, o veinte mil, no lo sé. Era increíble, una montaña llena de barracas. En la playa, todo el litoral de Barcelona estaba cerrado al mar, porque estaba ocupado por unos tinglados de madera y almacenes de víveres y de cosas. Y lo que es la playa, todo eso eran barracas. Ahí había también mil o dos mil barracas.» «Cuando tiraron todo eso, hicieron La Mina y a toda esa gente la llevaron a La Mina. Y, entre toda esa gente, pues había gente buena y gente no tan buena, y gente mala. Y, por eso, los hijos de los hijos y los sobrinos de los tíos.... Conocemos a los malos, digamos, pero había gente buena también. [El grupo que participó en la película] eran todos nacidos en Barcelona (y sus padres también), pero sus abuelos seguramente habían venido del sur.» «En el rodaje recuerdo que la droga corría, la droga corría entre ellos. Cocaína. Venía cada día un sargento de la Guardia Civil, porque, claro, le dieron permiso al Ángel, al Torete, pero él vivía en "la Prote", el Proteccional de Menores. Él estaba preso allí. Venía el sargento Morala, que no venía vestido de civil. Venía y tenían sus broncas, le plantaban cara. Yo vi un día una bronca entre uno de los de la banda, que le llamaban el Carica [por ser muy feo], y el Morala estuvo a punto de sacar la pistola, porque el otro también amenazaba con algo raro.»

«Una anécdota muy buena del Torete ocurrió durante el rodaje de Perros callejeros II (1979). Estábamos rodando en la Diagonal de Barcelona, en el centro, y grabámos tarde-noche, rodábamos con el Ángel. El jefe de producción estaba como triste, y le dije: "¿Qué te pasa?" Y me dijo: "No me pasa nada". Y yo dije: "A ti te pasa algo, ¿el jefe ya te ha echado alguna bronca?" Porque el De la Loma reñía de una manera un poquito impertinente. Era muy social, pero era muy autoritario y a veces hería. Hacía gracia cuando se metía con los otros, pero cuando se metía contigo dolía. "¡No, no! El cabrón de mi hermano, que trabaja en el puerto y lo han detenido por un container... está en la vía Layetana", que es donde está la comisaría. Tiene dos o tres juicios pendientes y si ahora no se deposita una fianza de 200.000 pesetas antes de mañana, pues se lo llevan directamente a la Modelo. Me dice que está casado y tiene tres hijos. En fin, me explica un drama. Entonces, pasa lo mismo con el Torete. Lo ve, que estaba jodido, y no se lo quería contar. Y al final, el Torete, que tenía quince años, lo cogió por la espalda y le dijo:

“Tú me vas a explicar lo que te pasa, por mis cojones.” Y el otro se lo explicó.» «Entonces, llega el momento de rodar el plano de noche y el Ángel no estaba. Y no está, no está, no está y el De la Loma se volvió loco, porque, claro, esto alteraba el plan de rodaje e íbamos muy justos. Los planes de rodaje siempre son muy apretados y: “¡¿Dónde está este cabrón?! ¡Encima de que le estoy salvando la vida! ¡Tendría que estar en la cárcel!” Todo el mundo estaba preocupado [por saber] dónde estaba el Torete. Y, al cabo de dos horas, eran ya las nueve de la noche… era de noche y era un descampado, aparecen unas luces de un coche, que se para a 50 metros; se baja el Ángel tan tranquilo. Viene andando. El De la Loma volviéndose loco. Y se acerca al de producción y saca un paquete envuelto en papel de diario, envuelto en plástico y todo mojado, lleno como de barro. Y atado con una cuerda. Y se lo da y dice: “Toma, esto es para que saques a tu hermano de la vía Layetana”.» «Él se [había ido] a un sitio en un pueblecito al lado de Barcelona. [Ahí] había una mujer que la llamaban María de las Verduras, que era una mujer que vivía en una barraca y tenía un huerto. Entonces, todos los ladrones estos, los chorizos estos que atracaban, robaban, iban ahí y esta mujer les guardaba los alijos dentro de la tierra, debajo de las tomateras y debajo de las patatas y la judía verde. Y el Ángel, para salvar al hermano del [de producción], se fue ahí y le dijo: “¿Dónde está aquello que te traje el otro día?” “Pues ahí, justo donde la judía verde”, contestó ella. Picaron y sacaron el paquete este, que había 200.000 pesetas o 250.000, y se lo regaló al otro para que sacara a su hermano de la cárcel.» «Quiero decir que era gente que podían atracar y podía ir armada pero que tenía corazón y para ellos el dinero tenía un valor diferente al que podría tener para ti; que te cuesta trabajarlo, que te cuesta sudarlo. Para ellos es otra historia, es el riesgo, pero también les gusta.»

«[Con ellos] en el rodaje todo fue fantástico. No hubo nunca ningún problema con ellos. Estaban el Torete, el Carica, el Veneno, el Fitipaldi. Años después yo hice un noticiario en catalán sobre la Cárcel Modelo. Y, bueno, estando dentro rodando, me tocan por la espalda, me giro, y era el Carica, que estaba preso, yo no le pregunté por qué. Iba impecable, iba limpio. Así como muchos presos iban sucios, iban dejados, él iba impecable. Le pregunté: “¿Qué sabes del Veneno?, ¿ qué sabes del Ángel?, ¿qué sabes del…

hermano del [Vaquilla]?", que también era muy peligroso. ¡El Julián! Lo llevaron a un hospital y, deslizándose por una sábana [en realidad era una cuerda de nailon] del tercer o cuarto piso, se cayó y se mató [había sido condenado previamente a 30 años por homicidio]. Era hermanastro del Vaca, del Vaquilla.»

Rémy Julienne era el jefe de especialistas en Perros callejeros. Antes hubo otro, que era Gil Delamare, pero Delamare falleció haciendo una película en 1966. Rémy Julienne era su ayudante y se quedó como el número uno. Las persecuciones de coches en la montaña que aparecen en la película las rodaron en Viladecans, un pueblo cercano a Barcelona: «En esta película hicimos una persecución que fue un suicidio, porque hay una bajada por Las Ramblas que la rodamos a pelo. Quiero decir, que no se cortaron calles ni se cortó nada [lo mismo ocurrió en la película The French Connection (1971), de William Friedkin]. Iba el coche con el Rémy Julienne [haciendo de doble del Torete] y yo iba en un vehículo detrás, en el coche de Policía, de copiloto con la cámara en la mano. Y bajamos como un kilómetro por el centro de La Rambla, que hay mesas de bares y gente paseando, y gente con perros y viejos con el tacataca, bueno pues bajamos a pelo y no tuvimos ningún accidente. Bajamos La Rambla sorteando, sorteando, y estuvimos a punto de tener varios accidentes. Y, al final, fuimos hasta Sitges.»

El rodaje de Perros callejeros se inició en La Mina, como vimos, pero, al señalar la película de algún modo el barrio como delictivo, «que era un barrio de delincuentes, que era un barrio donde había trapicheo de droga, entonces, la asociación de vecinos, que era potente y no tenía nada que ver con los delincuentes, se plantó, vinó al rodaje y no nos dejó rodar. Nos amenazaron y nos echaron de La Mina. Nos fuimos a otro barrio que se llama Bellvitge, otra ciudad dormitorio». Todos los actores excepto Frank Braña, que era de Madrid, eran de Barcelona y asiduos de las películas de De la Loma. Los interiores eran naturales mayormente, es decir, que no fueron rodados en plató. La famosa cuadra de caballos en la que capan al Torete era una que estaba por la zona de la plaza de España. Los coches que perseguían al Torete por las montañas eran vehículos auténticos de la Guardia Civil y eran conducidos por guardias civiles de verdad: «Luego, cuando tenían que hablar ponían actores vestidos de guardia civil, pero los que llevaban los

coches en las persecuciones y derrapaban en alguna curva y los metíamos por caminos de tierra para que levantaran polvo, todos estos eran guardias civiles de verdad.» «Teníamos al Rémy Julienne que era un especialista acojonante y él era quien decía cómo se tenían que hacer las escenas[6]. Generalmente, los maestros de armas, es decir, los especialistas, son los que dirigen la secuencia de acción. Son los que te dicen: "Tienes que poner una cámara allí… que sea una angular, un plano corto", etc. Las escenas en ese momento causaron sensación. Para Perros II también contamos con Julienne, y rodamos en el barrio del Pomar, en Badalona, también conflictivo. Ahí era donde vivía María de las Verduras, de la que hablamos antes. En esta película también aparecen como actores Basilio y Paco, hermanos del Torete.»

Bernard Seray: «La Mina era la frontera de la ciudad de Barcelona con San Adrián. Digamos que la frontera es un río, el río Besòs. Y entonces hicieron unos edificios dormitorio de estos verticales, y ahí llegó una movida… Mira, en aquellos años [los primeros setenta] había una parte de la juventud que se quería salir del sistema, ¿vale? Era una época en la que cualquiera podía conseguir cosas… sustancias no permitidas. Entonces, mucha gente se dedicó a mover esto, y el que no lo movía, lo consumía.» «Yo ese mundo lo viví de una forma profesional, trabajando. Yo vengo de estudiar interpretación, yo no llego como un chico de estos que ha robado un coche. Yo, por ejemplo, en la interpretación he visto a los que se metían coca por ser pijos y después he visto al que se metía coca porque era un imbécil mental y no sabía sumar dos más dos. Yo antes de hacer cine trabajé de modelo en París, ¿vale? Y era muy normal que te pusieran bandejitas con cosas. Pero era como de progre, ¿sabes? Porque era una época en la que salían de la psicodelia, del impacto de los sesenta, y los setenta eran otra revolución absoluta. Yo empecé a desfilar en París en el 75, con diecinieve años. Ese año, primero me fui al Japón. Yo estudiaba en una escuela de arte y me ofrecieron algo… Esto te puede sonar vanidoso y como ridículo, ¿vale? Pero mi aspecto era el de un chico muy europeo, nada español. De hecho, a mí los gitanos me llamaban Pastel, porque yo era el Vaquilla de pastel para ellos. Porque yo llevaba un peluco de oro. Tú ves Los últimos golpes del Torete (1980) y es poco menos que ofensivo ver al Vaquilla [interpretado por el propio Seray] cómo va vestido. El Torete va del

Corte Inglés, el Vaquilla va de Loewe. Eso fue decisión del director.»

«Mira, [los protagonistas del cine quinqui] eran delincuentes de tres al cuarto. Y lo que hicieron fue hacer ricas a muchas personas. Yo, por ejemplo, cuando escucho: "¡El señor De la Loma quería tanto al Torete y al Vaquilla!", digo: "No, el señor De la Loma se hizo millonario con ellos." A mí, por ejemplo, [De la Loma] me odiaba, ¿sabes? Porque yo resulté ser contestón, por decirlo de alguna forma. Yo rodé con él Perros callejeros II (1979), que era una coproducción con México. Raúl Ramírez, que era el ejecutivo, que además era actor, quería mostrar al Torete y el Vaquilla –oye, salvando las distancias– como la pareja de Paul Newman y Robert Redford. Él quería hacer algo parecido [a Dos hombres y un destino (1969)], pero con choricillos.»

Para Perros callejeros II contrataron a Bernard Seray tras ver Los violadores. De la Loma había trabajado como guionista para Iquino durante años. Antes había sido maestro y se decía que tenía algo que ver con la Guardia Civil. Vio Los violadores y le gustó la imagen de Seray: «Yo no le gustaba, pero le gustaba cómo daba en pantalla. La verdad es que me jodió vivo, porque me hizo firmar un contrato que me hizo perder mi gran oportunidad cinematográfica. Mira, me llamó Saura para Deprisa, deprisa (1981). Igual que también se interesó por mí, alguna vez, Eloy de la Iglesia y yo nunca trabajé con él. ¿Sabes lo que pasa? Que las consecuiencias de drogas de los actores que trabajaban con Eloy de la Iglesia en secuencias de drogas eran muy verídicas, ¿sabes?» «Yo en las películas de Perros callejeros [en las que participé] lo pasé bastante mal, porque De la Loma era un director que era un poco… agresivo. También he de decir que sacó de mí un personaje bonito. En Perros II tengo un personaje corto. Lo que pasa es que es un personaje de impacto en la película. Hay una secuencia un poco agresiva en una comisaría. Lo cierto es que, aunque [con] De la Loma yo nunca [tuviese] mucho feeling, trabajamos a gusto, también debo decirlo [risas]. Porque yo sabía que cuando él me insistía era porque veía una parte [de mí] que a lo mejor yo no era capaz de sacar solo». «En esa película el Vaquilla, haciendo marcha atrás con un coche en un robo, mata a alguien. La secuencia es que, estando detenido el Vaquilla, le viene el marido y le dice [el policía]: "¡Péguele, péguele!" Y entonces el Vaquilla le contesta: "¡Hágalo! Yo soy

fuerte, lo aguantaré, no se preocupe. ¡Pégueme!" Recuerdo que esa secuencia me emocionó mucho. Además, me pega una hostia el [actor] mexicano, que se le fue la mano, y fue de verdad. Y salté un metro por encima de la silla, caí al suelo, bueno… [risas]»[7].

Le pregunto por el Torete: «[Era] un tío encantador. La pena es que no se diera cuenta de que había sido elegido para ser el Anthony Quinn español. Lo que pasa es que quedó encasillado, enfajado en todo esto. Se lo tomó en serio, pero no con la seriedad que necesitaba. Porque tendría que haber aprendido un poco de cultura. Pero tampoco le dio tiempo, porque vivía en mundos paralelos complicados. Pero conmigo, superbuena relación. Nos caíamos muy bien. De hecho, cuando él tenía algún problema [con los] textos y tal, me decía: "¡Berna!", porque hablaba así, "¡Berna! ¿Me puede ayudar?"» «Tengo recuerdos, no sé, en el Valle de Arán, con Isabel Mestres, con Fernando Guillén. Estuvimos ahí 10 días o 12, ahora ni me acuerdo. Pero vamos, las 24 horas [juntos], menos las horas de dormir, que él estaba en su habitación y yo en la mía. Estábamos bien. Además, nuestros personajes eran como de mucha complicidad.» «También trabajaba una actriz con la que he hecho no sé si siete, ocho o diez cosas. [En la ficción] ha sido mi mujer, mi hermana, mi novia, mi amiga... Que es Berta Cabré. Bueno, Berta Singerman en Los últimos golpes porque se cambió el nombre. Era una chica encantadora.» Sobre el Vaquilla real afirma: «Estaba en la cárcel. Mira, te digo una cosa, a Juan José, que es como se llamaba, le enredó la vida. Un poco como la historia del Lute, que por robar una gallina acabó siendo un delincuente famoso internacionalmente. Con Juan José pasó lo mismo. Empezó con una historieta y al final se hizo una bola tan gorda…Yo le dije a él: "¿Tú de esto sacas algo?"» «Nos quisieron hacer trabajar, después, en otra que se llamó Yo, el Vaquilla (1985). Me ofrecieron ser el abogado, pero ya no lo quise hacer, porque ya me harté un poco de esa movida.» «De la Loma, si no se forró, ganó dinero como poco. Desde luego, Perros callejeros (1977) está entre las películas más taquilleras de la época[8]. De la Loma, en Los últimos golpes (1980) ya trabajó con tres cámaras, consiguió que la SEAT le dejase una flota de coches. El rodaje fue muy muy muy a lo bestia.»

«Por ejemplo, si iba a hacer promoción, a mí me tenían que pagar, ya que De La Loma se sacó de la manga [promocionar la película

yendo] de discotecas con Los Chichos, Los Chunguitos o Bordón 4. Entonces tú salías al escenario como si fueras un jarrón chino mientras ellos cantaban. Yo me planté y dije que yo por eso cobraba, ya que era mi trabajo.» «Yo vivo [todavía de mi trabajo en el cine]. Yo, desde luego, no me lo metía por la nariz. Además, te digo otra cosa, la diferencia entre yo y muchos de mis compañeros de la época es que yo tenía un caché y lo iba subiendo. A mí me ha pasado con tres actrices españolas. Rodamos una coproducción suiza y francesa, ¿vale? Y rodábamos en Narbonne y teníamos unas secuencias en París. Mis compañeras españolas, que no tienen nombre, se fueron en coche. A mí, desde luego, me llevaron a Montpellier, cogí un avión y fui hasta París, ¿vale? Después, por un abrigo que les regalaron, no veas las secuencias [subidas de tono] que hicieron. Que yo, al final, acabé cabreado con ellas. Les dije: "Es que sois imbéciles, chicas. Pedir el dinero por lo que trabajáis y después os compráis no un abrigo, sino 14".»

Agustí Villaronga también trabajó en Perros callejeros II como actor: «Con diecisiete años me presenté en [el casting] . [Previamente] había una señora que se llamaba Marta Flores, que llevaba a gente a todo el mundo… a mucha gente de la época. Y entonces, pues, yo estaba ahí también y me mandaron para Perros callejeros II. Entonces, nada, fui ahí y recuerdo que ellos me habían propuesto para un personaje que se llamaba el Carica. Pero luego, cuando me vio el De la Loma, me dijo: "¡No, no! Este es bueno para hacer del Vicentet", que era… Yo me acuerdo de la descripción del guion. Ponía: "Tipo torvo y malcarado." Y entonces, nada, pues nada me ha tocado eso… [risas].» «Yo me hacía gracia porque luego era cuando más me reconocían por la calle. Yo me acuerdo por la calle la gente decirme: "¡Hey, Vicentet, Vicentet!" La gente, así como de barrio y tal. Yo era buen estudiante y todo eso. El Vicentet se supone que era el malo, o sea, Perros callejeros II acababa que el Torete salía de la cárcel y lo atropellaba un coche, y se suponía que el que lo atropellaba era yo, que era un mal bicho era el más malo de todos.»

«De la Loma era… no sé, a mí me caía bien el De la Loma. Era rarito… se llevaba muy bien con estos chicos, con esos chicos más de la calle. Se llevaba muy bien [con ellos]. No sé, los entendía bien y se llevaba bien con ellos[9]. Y con los demás, no sé… era muy

duro trabajando. Yo me acuerdo que rodábamos una escena con el Torete… Yo le quitaba la novia al Torete y entonces la novia tenía que ponerse de puta en la Diagonal y tal, y había una pelea que teníamos los dos. Y me acuerdo que hacíamos un montón de tomas y el tío era muy salvaje, porque le decía [al Torete]: "¡Dale de verdad!" Que me pegase en serio. Era muy bruto. Gritaba mucho y todo eso. Las peleas que tenía las tuve que hacer [en] vivo. Y además me acuerdo porque el Torete llevaba un anillo… que me acuerdo que le dije: "Tío, quítate el anillo porque…" [risas]. Me daba fuerte. Eran puñetazos».

«Era gente simpática [el Torete y sus amigos], mucho. A mí me caían muy bien, aunque ese no era mi mundo; también la chica con la que yo trabajaba. Ella era una chica que estaba de vedette en el Molino [local café-concierto de Barcelona], que era gitana, o medio gitana. También era como del grupo de ellos, de alguna manera.» Pregunto por el interés de De la Loma en trabajar con actores amateurs: «Mira, hay dos personas interesantes en el mundo de Barcelona, que son [Ignacio] Iquino, por un lado… El primero que empezó fue Iquino, de hecho. Se empezó a fijar, digamos, en el submundo. Esa especie de mundo más lumpen. La Escuela de Barcelona [otra corriente cinematográfica] trataba también un mundo lumpen, pero, yo qué sé, lo trataba más como… un poquito más intelectual. Estos [Iquino y De la Loma] no, estos iban directamente a degüello. No sé cómo decirte… es como si trabajasen desde dentro. Lo otro era como una mirada desde fuera sobre la gente más marginal. Estos no, estos trabajaban más desde dentro. [Aunque] no es que ellos fuesen marginales. Pero Iquino empezó. Aborto criminal (1973) fue un exitazo. Estas películas iban muy bien. Y entonces De la Loma, pues, aprovechó eso y empezó a relacionarse con estos grupos así pandilleros o lo que fuese. Y allí encontró un filón, porque creo que hizo tres[10]. Iquino es todo un personaje. Era un hombre que iba siempre con gafas de sol… yo creo que era muy de derechas este hombre.»

Otro actor cuyas experiencias nos interesan es César Sánchez, quien encarnó, entre otros, a Fitipaldi en Perros callejeros (1977): «Mi hermana trabajaba en la agencia de figuración de Marta Flores y, claro, pidieron chicos jóvenes de barrio para hacer la película de Perros callejeros (1977). Fue de casualidad. Al principio parecía que

no, después que sí y al final pues me eligieron para interpretar uno de los papeles de Perros callejeros. [Para el casting] fui a hablar con De la Loma y me dijo que si yo conocía algo del mundo de la delincuencia. Yo le expliqué que iba al colegio y era un chaval normal y corriente. "¿Tú sabes conducir?", me dijo. "Bueno, sé algo", contesté. Me hicieron unas cuantas fotografías, me pasaron un guion y, bueno, pues al final me aceptaron. Supongo que me cogieron por el físico o no sé por qué. Yo soy un poco morenito…». Según César, De la Loma era un poco dictatorial, se enfadaba mucho cuando había que repetir alguna escena. Pero «el hombre sabía el oficio». «[Con el Torete y sus amigos] no me hice mucho con ellos ni ellos conmigo, porque como no era de esa cuerda… Entonces, la verdad, hablábamos y demás, pero yo me recuerdo como un poco apartado, ¿no? Eran el Ángel Fernández Franco, que era el Torete para la película, pero que en su mundo era el Trompeta; el Miguel Ugal Cuenca, que era hermanastro del Vaquilla y le llamaban el Carica; y había otro chico al que llamaban el Veneno, pero no me acuerdo del nombre; el hermano del Torete también estaba, que se llamaba Basilio. Eran unos chavales vacilones que estaban supercurtidos en todos estos temas. Todos estos salían en la peli.» Ya hemos dicho que la película fue ideada para el Vaquilla. César me ofrece otra versión de por qué no acabó por protagonizar la película. Al morir el personaje, el Vaquilla se sentía algo aprensivo y paranoico, pues pensaba que la película era una trampa de la Guardia Civil para matarlo. César: «Coincidí años más tarde con una persona que era muy amigo de él, que incluso todavía tiene los derechos del libro [autobiográfico] del Vaquilla. Y esto me lo explicó él.»

Para encontrar a los chicos, el De la Loma buscó a gente por los barrios. Había un asesor de la Guardia Civil que se llamaba Manolo, que conocía a todos y pudo servir de enlace entre el director y los quinquis. El tal Manolo trabajaba en el cuartel de la Guardia Civil en la calle Navas de Tolosa, en Barcelona. César cree que pertenecía a la Policía de Tráfico. El mencionado guardia civil los conocía a todos de sus persecuciones, al tiempo que era asesor en la película sobre técnicas policiales. Los exteriores de la película se rodaron en el barrio de Bellvitge, y las escenas de las persecuciones, en la carretera de Vegas, al lado de Casteldefels. En Barcelona se rodaron también, exteriores de la Protección de Menores: «[De las

persecuciones] lo curioso es que trajeron un montón de coches antiguos. Estaba el especialista Remy Julienne, que hacía todas las escenas de persecuciones. Se trajo su transportador de coches, se trajo tres o cuatro tiburones viejos [coches Citroën] desde Francia. Él aparte conducía muy bien.»

«Recuerdo que cada día venía un coche de producción a buscarnos. Nos traía y nos llevaba. Entonces, un día el chófer no pudo venir a recogernos después del rodaje. Y el Torete y estos me dijeron: "Qué, ¿te vienes con nosotros? Nos vamos a hacer un coche." Dije: "No, no, yo me voy en metro." Y ellos se cogieron y se robaron un coche, ¿me entiendes?» «Yo la conclusión que saco de todo esto es que ellos llevaban la delincuencia en la sangre y les gustaba y no sabían vivir de otra manera. Porque si te dan la oportunidad de hacer una película, lo último que debes hacer es delinquir. La prueba de ello es que no queda ninguno, todos han muerto. El único que queda vivo soy yo. También la chica que se llamaba Nadia [Windell], que era un chica normal y corriente.» «Las películas de Perros callejeros reflejaban bien lo que era la delincuencia juvenil que había. En las noticias cada día salía un artículo: "Ha habido un atraco y han detenido a tal…". O: "Ha habido una muerte…" No sé si tú sabrás que el Vaquilla mató a una mujer en un tirón. Se ve que fueron a hacer tirones, la mujer no soltaba el bolso, se cayó y la atropellaron. Eso pasó en un barrio de [Barcelona] que se llama El Buen Pastor»[11].

El actor Daniel Medrán habla de ciertos mitos sobre el cine quinqui: «Nosotros [los actores del cine quinqui] somos actores, y no hemos muerto todos, como dicen algunos. Cuando trabajas en ese tipo de películas la gente parece que te relaciona con el personaje y, bueno, ¡en un momento determinado me han ofrecido de todo! Y yo: "No." Y ellos: "Pero, bueno, si tú…" Y yo contesto: "Bueno, ¡eso es en el cine!" [risas]. Ofreciéndome coca en una boda… A mí me gusta trabajar bien, con la mente despejada y que no se me escape un detalle. Si precisamente estoy haciendo cine por esta historia, que parece que estás en otro mundo. Eso me lo dan el cine y el teatro, mis vivencias, mis ilusiones, [no la droga].» «Los violadores del amanecer la rodamos casi toda en el Prat. En esa película recuerdo hincarle la navaja sin querer a una persona que tenía al lado, porque en esa película yo me la pasaba con una navaja en la mano.»

«Piensa una cosa, que Tarantino vio la película de Los violadores del amanecer[12]. De hecho, hay un cierto paralelismo con la Naranja mecánica (1971). Es una película muy violenta. Yo la he visto después y vaya película.» «En Yo, el Vaquilla vi al Torete, que hacía de abogado. Estuvo hablándome de sus cosas, que ya estaba retirado en Murcia con su familia y que no quería saber nada [de ese mundo]: "Yo vengo aquí porque me llama José Antonio", decía él. Yo al Torete lo encontré simpático. Al Vaquilla no le conocí, porque cuando hicimos esa película estaba en [el penal de] Ocaña y allí le hacían la entrevista [que aparece en la película]. Algunos de los actores eran de la familia del Vaquilla; conocí al tío, que era algo así como el patriarca de La Mina, un tío pacificador.» «La familia del Vaquilla estaba muy bien. Es eso que te lo pintan de una manera y te lo encuentras de otra. Es como los guiones. Una cosa es el guion cuando lo lees, otra cuando lo ruedas; es otra película. Aquí pasa lo mismo. Te cuentan una cosa y, luego, pues verdaderamente, mira, [la suya] era una casa en la cual tenían un corral muy grande con gallinas, había algún caballo, alguna cosita… Y uno cuidaba de las gallinas y venían y te enseñaban que habían recogido los huevos. Luego [viajamos] a Francia y convivimos más. Estábamos en un hotel y un [miembro de la familia del Vaquilla] dijo: "Hostia, este cuchillo no corta", y entonces echaba mano del bolsillo y sacaba una navaja de aquellas bonitas y cortaba. Y dice: "Yo es que con este cuchillo me apaño mejor." Muy bien [con ellos], yo tengo grandes recuerdos».

«Luego, yo estuve trabajando en El Lute (1987), ahí en el penal de El Dueso, con Vicente Aranda. Pues bueno, había gente ahí de todas clases… violadores, el que estaba implicado en [el asesinato de los marqueses de Urquijo], Rafi Escobedo… Estuvimos rodando ahí, en los lavaderos, en los comedores, en la escuela… Entonces, pues claro, todos los compañeros que estaban ahí, al lado mío, eran presos y eran buenas personas, lo que pasa es que las historias que te contaban daban escalofríos. Un tío me enseñó la lengua y la tenía cortada y pegada ahí con costuras, porque se ve que se había ido un poco [de la lengua] y se la habían cortado. Por chivarse. Venían los funcionarios de prisiones y decían: "¡De pie!" Y yo me asusté, ¿no? Porque todos los que eran de la prisión se ponían en pie y entonces se ponían a contarlos. Es decir, que cuando venían [los funcionarios] cambiaban los presos, su actitud. Cuando contaban

era porque se había escapado alguno. Estaba Imanol Arias. Toda la gente del cine estuvimos ahí tres o cuatro días. De El Lute recuerdo humedad, fango y frío». «Hubo uno [de los presos] que me dice: "Oye, que tú eres de Hospitalet, que yo te he visto por ahí…" Me conocía porque Los violadores del amanecer había estado cuatro meses en el [cine] Regio Vistarama, del Paralelo. Me decía: "Era por ver si podías coger y llamar a mi padre..." Y, bueno, me dio el teléfono para llamar a su padre. Y entonces yo… aquello que le llamé… Y el padre, pues qué quieres que te diga… Le llamo y le digo: "Mira, que me ha dado recuerdos su hijo, que hemos estado trabajando." Solamente dijo: "Ah, vale. Hasta luego, adiós" [risas]. Hostia, venía yo con una ilusión… estaba pensando: "Le hará una ilusión al padre…"»

El Vaquilla y el Torete representaron dos caras de una misma moneda. El Vaquilla fue el referente, aquel que inspiró la saga de Perros callejeros, y el Torete fue la imagen o el significante que encarnó al delincuente en la gran pantalla. A pesar de sus diferentes roles, ambos murieron a una edad temprana, víctimas del sida. Ángel Fernández Franco, el Torete, el 26 de febrero de 1991 en Murcia a la edad de treinta y uno; Juan José Moreno Cuenca, el Vaquilla, el 19 de diciembre de 2003, a la edad de cuarenta y dos años.

De la Loma conoció al Vaquilla cuando era muy niño. Lo llamaban Vaquilla porque sus deposiciones eran muy grandes para su edad, y su madre decía: «¡Esto no es un niño, es una vaca!» Al Vaquilla le gustaba robar los SEAT 1430, un coche muy rápido con un tremendo reprise. Lo llamaban la Loca –al igual que al SEAT 124–, porque iba «como una loca» de lo rápido que era. El Vaquilla ya era detenido asiduamente por robar coches a la edad de doce años. En el asiento llevaba guías de teléfono para poder llegar a la altura del parabrisas. Habla el inspector Juan Martínez para el documental de TVE Generación Vaquilla: «Nosotros ya, con la experiencia que teníamos, sólo con escuchar el ruido del motor a unos cien o doscientos metros de distancia sabíamos que el vehículo era robado, pero era imposible detenerlos, porque los vehículos que utilizaban eran de alta gama –eran vehículos rapidísimos–, no tenían miedo a nada, no les importaba atropellar a nadie… entonces, lo que intentábamos era parar el coche, por lo menos. Inventamos una

especie de clavos –alguien le puso el nombre de migueletes– y, efectivamente, lográbamos reventar las ruedas, pero a ellos jamás los deteníamos.»

Si tenemos en cuenta el equipo con el que contaba la Policía en esos años, entenderemos cómo era posible que fuesen capaces de fugarse con tanta facilidad: «Tuvimos que comprarnos las armas en las subastas del Ejército, porque eran las que mejor funcionaban, las que no se encasquillaban... Nos tuvimos que comprar nuestros chalecos antibalas, porque los que existían eran obsoletos; no servían para ir en un coche... No había medios... No era investigación, era pura calle... Los primeros coches que tuvimos eran un 850, con conductor, con lo cual la persecución estaba fuera de toda lógica. Luego nos dieron un 24. Intentamos ir sin conductor, lo conseguimos y, el mismo día que nos lo dieron, lo rompimos (el motor), porque intentamos perseguir a uno de estos vehículos. Al otro día nos dieron un Talbot Horizon. También lo quemamos, con lo cual nos dijeron que ya no nos daban más coches. Y ya ve usted, el Grupo de Atracos persiguiendo casi andando por la calle a delincuentes en vehículos de gran potencia. Era un tiempo difícil, violento, de mucho enfrentamiento, de muchas armas...» El periodista Santiago Tarín habla también para Generación Vaquilla: «Su método era el miedo, ¿no? O sea, ellos entraban en una sucursal bancaria y lo primero que hacían era pegar un tiro al techo, ¿no?... Porque dicen: “Así se acaba la resistencia, la gente te entrega el dinero”. Pero ¡a lo mejor estaba la Policía fuera! Y había enfrentamientos a tiros... Hombre, no eran una cosa extraña. Había habido bastantes. Yo ahora lo pienso y creo que ni Barcelona, ni ninguna sociedad tolerarían el grado de violencia que vivíamos en los años ochenta, ¿no? Prácticamente cada semana había un atraco con tiros.»

El profesor Luis Deltell habla de la delincuencia juvenil como un problema real del momento: «En 1978 la Policía detuvo a 16.898 menores de veintiún años, de los que casi la mitad no habían cumplido aún los dieciséis años»[13]. Para el Vaquilla, entrar y salir del reformatorio era su modo de vida. Hubo una ocasión en que lo liberaron de un reformatorio con una grúa, con la que reventaron uno de los muros de la institución. Finalmente, ingresó en la Modelo, con una edad menor de la establecida por ley. Hablamos de

un niño de trece o catorce años metido en la cárcel, cuando en aquella época la edad mínima eran los dieciséis años. La Modelo de Barcelona era en esos años una cárcel abarrotada, verdaderamente terrible.

El inspector Juan Martínez: «Yo no fui a ver ninguna [de las películas de cine quinqui], pero fui a todas. Quiero decir que donde íbamos no era para ver la película, sino a ver a los que entraban y salían [del cine]. “Mira, sale Fulanito, mira, Menganito, oye”. O: “Fulanito está con Menganito...” “Pero si Fulanito es el que ha atracado... ¡Mira con quién va! Ya sabemos quién es el segundo.” Esas eran las fuentes de información. O algunas de las fuentes de información de las que disponíamos»[14]. El periodista Huertas Clavería, que cumplió ocho meses por injurias al Ejército, habla para Informe semanal (1984) de su relación con el Vaquilla: «Yo era bibliotecario de la Cárcel Modelo. [Él] era un preso como otro cualquiera; le llevaba libros. Él me pedía que fueran ilustrados. Hay que pensar que tenía catorce años y que, por lo tanto, hay que hablar de un muchacho que se estaba formando. Dentro de cada volumen le había de llevar uno o dos cigarrillos, porque él me lo insinuaba.»

Años más tarde, el 13 de abril de 1984, el Vaquilla y otros presos secuestran a cuatro funcionarios en la Cárcel Modelo. El Vaquilla parece ser el líder. Piden heroína, que les es suministrada, y se pinchan, todos empleando la misma jeringuilla, enfrente de varios periodistas que habían entrado en la cárcel a cambio de dos funcionarios de prisiones. Los periodistas habrían de escuchar a los presos y sus demandas. Habla el propio Vaquilla: «Ahora empezaremos a hacer mención a unos, a unos... apuntes que hemos hecho aquí; a una serie de reivindicaciones que son, ¿eh? Los móviles que nos han llevado, pues, a tomar la actitud que hemos tomado». Santiago Tarín: «En realidad el objetivo principal [era] que les dieran algo de droga». El motín fue fruto, entre otras cosas, de algún tipo de sequía relativa al suministro de heroína. La Modelo de Barcelona tenía capacidad para 675 presos, pero en 1987 contenía 2.223. Las imágenes que aparecen en el documental son verdaderamente aterradoras: celdas oscuras, repletas de gente hacinada. Parecen imágenes tomadas de una cárcel turca en El expreso de medianoche (1978); una auténtica aberración. Un

funcionario de prisiones de la Modelo dice: «El número de muertos, el número de apuñalados, el número de robados y el número de violados aquí es, de todas las maneras, imposible de asegurar»[15]. En palabras de Fátima Molina, abogada del Vaquilla, sobre la Modelo: «Madre mía, si esto es el locutorio de abogados, cómo será el interior... Era fría, desangelada, una cárcel sucia sucia, llena de desconchones, ¡de humedad! Yo recuerdo la humedad, entrar allí y ver mucha humedad». La crítica de arte Amanda Cuesta: «[En la cárcel] había plagas de piojos, ladillas, ratas... violencia, en fin». El periodista Rafael Manzano habla también de la Modelo para TVE: «Paredes desconchadas, olor a Zotal... al desinfectante ese que utilizan en el Ejército también». Santiago Tarín en el mismo reportaje: «Yo lo que recuerdo es entrar y, en los dos pisos superiores, los presos habían sacado los somieres y habían calentado pinchos para matar a las chinches; [los pinchos] de los somieres en los que dormían. Era un submundo muy terrible».

El Vaquilla protagonizó varios motines y fugas en tiempos posteriores, algunos de ellos muy sonados. No obstante, vivió recluido la mayor parte de su vida en distintas prisiones españolas para finalmente morir en una de ellas –aunque perviva su figura en el imaginario colectivo–. En palabras de su abogada, Fátima Molina: «Les hicieron canciones, les hicieron películas basadas en su vida, aunque él no las podía interpretar porque estaba preso. Miles de cosas que le hubiesen reportado un dinerito más que suculento. Sin embargo, yo creo que él no llegó a ver nada»[16].

---

[1] Un artículo de 20minutos.es del 13 de septiembre de 2021 habla del «Segundo tiroteo en el conflictivo barrio de La Mina en pocos días». Está ahora mismo teniendo lugar una guerra entre dos clanes gitanos, los Lisardos y los Perejiles. Los tiroteos son realizados con armas de gran calibre, cuyos estallidos resuenan a kilómetros a la redonda. Los Perejiles están trayendo a familiares suyos desde el sur de España para participar en esta guerra motivada por el monopolio del tráfico de marihuana en el barrio. Por otro lado, hasta 20 armas de fuego fueron localizadas por la Policía en La Mina durante el último año. En palabras de otro artículo –de ElCaso.com, esta vez– del 14 de septiembre: «Fruto de estas investigaciones e intervenciones policiales, los Mossos

d'Esquadra han desmantelado varias plantaciones de marihuana con un total de más de 10.000 plantas intervenidas por un valor de más de 467.000 euros, la intervención de casi tres kilos de cocaína (valorados en 104.000 euros) y cinco kilos de hachís.»

[2] Podemos afirmar que los primeros «poligoneros» fueron personajes como el Vaquilla o el Torete. Allá por los años 2000 la expresión se tornó más popular, pasando a hacer referencia a pokeros y canis postbakalas que vivían en polígonos.

[3] Resulta curioso que muchos gitanos llaman «castellanos» a los payos, retrotrayéndose a identidades casi medievales similar a cuando en lugares como las islas Canarias a la gente de la Península se les llama «godos.»

[4] En la zona de Tetuán, en Madrid, por ejemplo, hoy día sigue habiendo carteles en las obras en los que aparece el dibujo de un guarda de seguridad cachas y pone: «Obra vigiladas por los Cucos». Se trata del clan de los Jiménez Silva que antes dominaba el poblado de Peña grande.

[5] Ángel heredó el mote de su hermano mayor, Basilio, quien se acercaba la mano abierta a la oreja para escuchar mejor.

[6] Julienne era un especialista consagrado que hizo todas las películas de James Bond desde 1978 hasta 1995. Trabajó también con directores de la talla de François Truffaut o Sergio Leone.

[7] Lo más probable es que la autenticidad del puñetazo no fuese accidental, sino una indicación explícita de De la Loma al actor para obtener el mayor nivel de realismo. Naturalmente, Seray no fue avisado de ello.

[8] También El pico, otra película de cine quinqui de Eloy de la Iglesia, fue, en palabras de Eduardo Fuembuena, la «película española más taquillera del año 1983».

[9] De la Loma había tenido experiencia previa como maestro de escuela en un colegio del Barrio Chino, allá por los años cuarenta.

[10] En realidad hizo al menos seis películas de temática quinqui:

Perros callejeros (1977), Perros callejeros II: Busca y captura (1979), Los últimos golpes del El Torete (1980), Yo, el Vaquilla (1985), Perras callejeras (1985) y Tres días de libertad (1996).

[11] El Vaquilla tenía por entonces tan sólo doce años: «A los doce años, una mujer, víctima de uno de sus atracos, murió atropellada cuando el Vaquilla intentaba robarle el bolso. Pasó de reformatorio en reformatorio fugándose de todos ellos». «El Vaquilla, un delincuente víctima de su propia fama», ElMundo.es, 27 de diciembre de 2003.

[12] Esta afirmación puede ser perfectamente verídica. Por poner un ejemplo, la película Funny Games (1997), de Michael Haneke, copia claramente una escena de Juego de amor prohibido (1975), de Eloy de la Iglesia. En la película de Haneke aparece un vecino en el jardín de la casa del protagonista acompañado de un joven. Cuando el vecino, que ha sido secuestrado por el joven (que tiene a su familia cautiva cerca), se lo presenta al protagonista, dice que es su sobrino. Algunas escenas más adelante, será el propio protagonista quien se verá secuestrado y en esa misma tesitura a causa del dichoso «sobrino». En el caso de Juego de amor prohibido, se trata de un joven que ha sido secuestrado junto a su novia por un hombre maduro. Mientras la novia permanece dentro de la casa, también amenazada, aparece un operario o similar en el jardín de la vivienda del secuestrador y este afirma que su víctima es, en realidad, su «sobrino». En ambos casos, es evocada la agonía que produce el no poder pedir socorro a otros incluso cuando se está frente a ellos en aparente libertad.

[13] [https://www.madrimasd.org/blogs/imagen_cine_comunicacion_audiovisual/2012/05/12/125993].

[14] Generación Vaquilla, documental, 2018.

[15] Documental Vida y muerte en las cárceles (1987).

[16] Generación Vaquilla, TVE, 9 de marzo de 2018.

Capítulo VI

Cine quinqui made in Madrid

Las películas macarras de Eloy de la Iglesia

Si en Barcelona el cine quinqui fue manufacturado, principalmente, por José Antonio de la Loma, en Madrid su más insigne artífice es, sin duda, Eloy de la Iglesia. Eso sí, él muy probablemente habría rechazado la etiqueta de «quinqui» para referirse a su cine. De la Iglesia creía estar haciendo, ante todo, cine social. Dicho lo cual, los elementos de explotación en sus películas son más que visibles. Gracias a él disponemos de crudas películas de alto valor documental, al tiempo que muy entretenidas.

De la Iglesia documentó el submundo de la época, ejerciendo su cine la labor de una microhistoria que penetrase hasta el fondo de barrios de Madrid y Bilbao, desvelando realidades que sin su trabajo habrían quedado huérfanas. De la Iglesia ofrece un relato divergente de la historia oficial con respecto a la llegada de la democracia como fenómeno puramente positivo de desarrollo y bienestar social. El director vasco dota de voz a jóvenes y marginados, revelando, de algún modo, el lado oscuro de la luna, de la vida callejera en la España posfranquista. Su cine aplica una lupa a las comunidades del extrarradio de los primeros años ochenta, prestando especial atención a los fenómenos de la delincuencia y la drogadicción.

Como ocurre con De la Loma, a veces escribe sus historias a partir de sucesos y personajes reales, como fue el caso de la película Navajeros (1980), basada en la vida de José Joaquín Sánchez Frutos, alias el Jaro, un chico de la zona de Francos Rodríguez, criado en el seno de una familia disfuncional llegada a la gran ciudad desde Villatobas, en Toledo. El Jaro era un representante arquetípico del lumpenproletariado, como esos obreros llegados a Londres a principios del siglo xix desde el campo que aspiraban a una vida mejor. No obstante, al verse inmerso en un ecosistema de

completa miseria, comenzó muy joven a robar, llegando a liderar una banda de 33 miembros, algunos de ellos mayores de edad. A pesar de su escasa edad y tamaño, era un líder nato al que sus seguidores brindaban una absoluta fidelidad. La banda robaba coches, atracaba gasolineras, invadía viviendas, daba tirones, robaba bancos. Empleaba todo tipo de armas, entre ellas, pistolas y escopetas recortadas. Uno de los conductores expertos de la banda –un Vaquilla madrileño– era el Gasolina. El 24 de febrero de 1979, con tan sólo dieciséis años, fue abatido por un vecino de la calle Toribio Pollán (hoy Veracruz) con una escopeta, cuando trataba de atracar a un residente de la zona. Al año siguiente, Navajeros sería estrenada con la participación de José Luis Manzano, un joven de Vallecas. Nos ocuparemos ahora de los referentes callejeros que inspiraron a Eloy de la Iglesia, al tiempo que profundizaremos en su cine.

Comenzaremos por analizar la realidad asociada a la obra de Eloy de la Iglesia de la mano de su amigo y ayudante de dirección Josetxo San Mateo: «Yo nací en Madrid [en 1949] y viví hasta los veinte en Barrio de la Concepción. Yo nací en los estudios CEA. Eran unos estudios de cine que estaban en Arturo Soria[1]. Mi padre ahí era el jefe de sonido y mi abuelo era el que mantenía el sistema técnico, y dio la puñetera casualidad que mi madre parió allí y le cortaron el cordón umbilical [ahí mismo]. Yo nací en el propio estudio.» «En esos años [cincuenta y sesenta] Arturo Soria era una zona que venía la gente a pasar los domingos y los sábados, como su segunda vivienda, el chalet. Y en Barrio de la Concepción [escenario emblemático de películas de Eloy de la Iglesia, como Colegas (1982)] estaba la parte nueva, desde la que se veía la plaza de Toros [de Ventas]. Estaba Arturo Soria, el Barrio de la Concepción y ya la zona de Ventas y la plaza de toros. Lo demás estaba sin hacer.» «Luego ya estaba lo que empezaba a tocar la Cruz de los Caídos[2], San Blas, todo este follón, y ya había gente que bajaba. Había dos tipos de bandas: los que nos daba por cosas tipo cultureta y los que venían y se zurraban. De hecho, los sábados y los domingos por la mañana, en Quintana, se formaban peleas.»

En los años sesenta Josetxo y sus amigos alquilaban garajes a los norteamericanos de la zona para hacer guateques. De vez en cuando bajaban los macarras desde la calle Alcalá con ganas de participar

en las fiestas. Los organizadores trataban de impedirlo y, como es lógico, surgían discusiones. Lo siguiente era citarse para pelear en el mercado de Quintana el sábado por la mañana: «Era ridículo, porque los otros iban mucho más preparados y nosotros íbamos a mirar cómo se pegaban dos: el que había echado al otro de la fiesta y el que quería entrar. Y, claro, a los dos minutos estaba nuestro colega tirado por los suelos, sangrando, porque le habían dado con todo. Porque nosotros no teníamos ni puñetera idea de defendernos.» De Quintana hacia la Cruz de los Caídos había bandas de macarras que bajaban hasta Barrio de la Concepción para pegar a chavales más adinerados como Josetxo y su pandilla: «Nosotros no sabíamos si éramos pijos o éramos gilipollas o qué coño éramos.» Una de esas pandillas eran los Guerrilleros de Quintana, otros eran los Pájaros de San Blas, «o los no sé qué de San Blas». Josetxo y su pandilla se hacían llamar los Pedruscos: «Era un rollo más de música. Nos llamábamos los Pedruscos porque éramos fans de los Rolling… Como llevábamos una especie de cinturón de kárate, ahí colocado…, nos confundían con una pandilla callejera. En el colegio los curas nos obligaron a estudiar kárate y judo, y en la banda roja del cinturón pusimos una hebilla en la que ponía: los Pedruscos. Nos llegamos a hacer famosos como "banda de pelea"; famosos de que nos querían dar [risas]. Y andábamos acojonados, cuando había una cosa por ahí de algunas fiestas o un concierto, decíamos: "Oye, quitaros el cinturón." Había una frontera en un parque [Calero], en el bar Lindamar [en calle Virgen de Nuria 3], donde se juntaba todo el mundo como protección.»

Con veinte años se mudó a Saconia –lugar habitual para estudiantes y reuniones políticas– y se afilió al PCE. Fue en reuniones y asambleas donde conoció a Eloy. Rápidamente se hicieron amigos: «Yo ya había trabajado con otros directores y, en seguida, Eloy me dijo: "¡Oye, macho, tenemos que trabajar juntos! Además, tú eres de los míos… crees que hay que legalizar la droga." "Que estos camaradas que tenemos son todos muy así… Bardem no pinta nada, porque son unos viejos… Hay que quemar este rollo…" Nos hicimos muy amiguetes y me empezó a llamar de ayudante.»

Josetxo comenzó trabajando en El sacerdote (1978) y El diputado (1978) como ayudante de dirección, amigo y mano derecha: «Recuerdo las primeras elecciones y el PCE sacó no sé cuántos

votos. Y estábamos en un estudio de publicidad, que era de Miguel Hermoso, y estábamos Víctor Manuel, Ana Belén, García Sánchez, Miguel Ríos, Manolo Gutiérrez de Aragón… Juan Diego, también. Habíamos montado un televisor ahí y un rollo, y estábamos todos pendientes de los resultados de las elecciones. Y, entonces, en una mesa que estábamos aparte, estábamos Eloy, estaba yo, estaba otro tío que era escritor, estaba Manolo Gutiérrez, y entonces el Manolo se hizo un canuto y el Eloy un chino, muy bonito, muy decorado. Lo encendimos y empezamos a fumarlo. Y no sé quién se levantó para pasárselo a Ana Belén y apareció Víctor Manuel y Luis Megino… y la bronca fue de esas de… una bronca de cojones. Nos pusieron a caldo. Entonces, nos levantamos tranquilamente y nos piramos».

«Yo iba a sus fiestas en su casa y todo de puta madre, pero claro, llegaba un momento que la fiesta tiraba para otro lado… Qué te voy a contar… Eran fiestas con chavales y sus colegas, y yo decía: "Oye, tú, yo aquí no pinto nada." Me iba a otra fiesta que había en Malasaña y los dejaba ahí. A mí me daba igual, como si alguien se metía en un cuarto con un chaval o lo que fuera. Ahí estaba todo el mundo metiéndose de todo y tan contentos. Había canutos y tal, pero eso era prácticamente una especie de arranque de la fiesta. Luego llegaba la coca… Y aunque la gente diga de Eloy y el caballo… Eloy no llegó a pincharse en la puta vida. Jamás. Eso te lo puedo garantizar. Eloy se metía el caballo esnifado. Tenía pánico a las jeringas. Pero pánico pánico pánico. Se metía de todo, pero jamás se metió un pico.»

Los chavales que aparecían en las películas de Eloy venían de la calle, exceptuando a alguno que era actor de cine o teatro. En esa época, además, no había tantas escuelas de teatro como hay ahora: «No existían ni los Corazza[3], ni tampoco nos gustaba eso.» De la Iglesia y su equipo estaban más interesados en gente de verdad, gente con calle. Un amigo de Eloy era un tal Ángel, que hacía labores de jefe de casting. Josetxo y él se acercaban a barrios de extrarradio y otros lugares poco convencionales para reclutar a potenciales actores: «Eloy, antes de empezar con Navajeros (1980), en la que aparecían muchos chavales, decía: "Mira, yo creo que los Billares Victoria es el sitio donde más [chavales hay], porque hay mucho chaval que va de chapero." Y yo le decía: "Yo es que en ese mundo se me nota que soy un capullo perdido, que no pinto nada."

Y, entonces, me obligaba. Y decía yo: “Pues que se venga Ángel conmigo.” Y cuando tenía uno pillado o tenía un par de ellos, le decía a Eloy: “Vente allí, aunque sea a la mejillonería de la calle Victoria[4], o entra conmigo, porque yo aquí ya me pierdo, macho.” Con [José Luis] Manzano, que es el protagonista de Navajeros, El pico y todo eso, yo le vi, me pareció un chaval cojonudo. Lo conocí en los Billares Victoria. En los billares él estaba ahí, pues, de chapero; buscando por las mañanas [clientes]. Hablé con él y no se creía para nada el rollo del cine. Me decía: “Bueno, bueno, venga, ¿dime lo que quieres? Yo te cobro tanto por una mamada.” Y yo: “¡Que no, coño!” Y al final cogimos al Manzano para Navajeros, luego cogimos a otro chaval que era amigo de este para otro personaje, pero luego nos faltaban caras y no hubo más remedio que tirarse por ahí abajo… Ibas al Pozo, a Orcasitas, a zonas [complicadas].» Le pregunto si Manzano era gay: «No, no, no, ¡qué coño iba a ser gay! Sacaba dinero y ya está… Y, además, le encantaban las tías. Pero luego se fue enrollando… El Eloy le mantenía, en casa de Eloy tenía su cuarto, sus rollos, sus historias. Luego, además, estuvo con una tía y Eloy le dejó estar con la tía mientras hacían El pico y tal.»

Josetxo conoció al famoso Pirri en Canillejas: «Cogí a Pepón Coromina, que era el productor [de la película] y además tenía una empresa que traía a España a los Rolling Stones y otros grupos de la época, y me lo llevé[5]. Porque a él le encantaba eso de meterse también en el rollo, con su camarita. Le dije: “Vamos a Canillejas y luego al Pozo, nos vamos a buscar chavales.”» En una de esas expediciones conoció al Pirri, con cuya abuela tuvo que hablar para poder contar con él como actor. Prometió a la abuela que lo cuidaría, que lo llevaba y lo traía. Finalmente, con él ocurrió lo mismo que con José Luis Manzano. Josetxo tuvo que convencer a su madre –no había padre en la casa– y decirle: «Es que ir y venir todos los días para ir a rodar… Tenemos una casa y el chico se puede quedar a dormir, si me autorizáis…» Esa casa era de Eloy: «Luego pasó todo lo que pasó… Que al final Eloy se enamoró de [Manzano] locamente… Y él tuvo un lío con la protagonista de Navajeros…» «Yo te digo la verdad sobre Eloy. He trabajado con todos menos con Buñuel y la generación de los Amenábar para abajo, porque son más jóvenes. Pero el único tío por el que yo pondría la mano en el fuego para todo, junto con Berlanga, sería

Eloy, en el sentido [del trato] con la gente, con el equipo y con los actores. Era un tío que, si llegaba tres horas tarde, a las ocho cortaba el rodaje, para no explotar a la gente. El trato con la gente era ejemplar. Y un tío superresolutivo. De los que llegaba yo y decía: "Oye, que se nos ha estropeado el equipo." O: "Que este tío está diciendo que donde había dicho que sí ahora dice que no nos deja rodar dentro." Él respondía: "¡Pues lo hacemos fuera!"» «Un día estábamos rodando [Navajeros] y teníamos que empezar a las tres, porque era un rodaje de tarde-noche. Daban las cinco, las seis, no venían [ni Eloy de la Iglesia ni José Luis Manzano]… Yo rodé lo que pude sin Manzano. Yo me hice responsable, porque, además, ya estaba rodando toda la segunda unidad de la película. Eloy estaba con un problema de hígado, estaba jodido, y dijo que sólo se dedicaba a rodar los interiores. Me hice todos los exteriores y tocaba rodar lo de Manzano con la protagonista mexicana y otra actriz. Llegó tarde y yo me acerqué al coche cuando bajaron, y de repente veo que el Manzano tiene una parte de la cara tocada: una hostia de cojones; una hostia que se le había quedado marcada. [Por lo visto] el chaval no había aparecido [por la casa], había estado con la otra [actriz]. Y el Eloy con un mosqueo que no te quiero ni contar. Manzano se juntó con la actriz joven [Verónica Castro]; se fueron por ahí los dos. Manzano llegó por la mañana a casa y el Eloy le metió una hostia, y yo le dije: "Esto no puede ser, macho. Porque hay cosas y cosas, Eloy…"»

Cuando Eloy y Josetxo estaban preparándose para rodar Navajeros, los llamó Tierno Galván y Raúl Morodo diciendo que había una campaña para desprestigiar Madrid, sobre todo el mundo de la noche, las pandillas y la delincuencia[6]. Los reclutaron para producir una película en cuatro semanas, a toda velocidad, para estrenarla antes del verano. El producto final fue Miedo a salir de noche (1980). Eloy y Josetxo escribieron una historia rápidamente y contrataron a José Sacristán, amigo de Eloy, como protagonista: «Fue una película hecha por el PCE. Nos [pusimos] en contacto con toda la gente de [nuestro círculo del PCE].» Fue rodada con mucha prisa en Barrio de la Concepción y en el cercano Barrio Blanco: «Yo hacía de malote que pinchaba a las mujeres en los pezones con una banda de hijos de puta. Y al mismo tiempo hacía de Policía Nacional… Y el otro hacía de no sé cuántos, porque tuvimos que montar la película corriendo». Tierno Galván quería dar a entender

con la película que no había que estar encerrados, que Madrid era una ciudad abierta, que había que estar en la calle y que todo el discurso del miedo promovido por las derechas era falso[7].

Su siguiente producción fue Navajeros, «que ahí ya Eloy estuvo muy cansado[8]. No paraba de fumar, pero fumar fumar, una cosa así tremenda. Yo le decía: "Eloy, descansa, que sé que no duermes"». Dada la situación física de Eloy de la Iglesia, este llegó a un acuerdo con Josetxo: el director habría de rodar tan sólo los interiores y las demás escenas de acción y persecuciones las filmaría su ayudante de dirección. «Me dijo: "Yo rodaré las escenas con las chicas… cuando van al chalet invitados por los maricones estos a la fiesta", etc. Entonces, pues para mí fue un rollo cojonudo, porque yo había hecho algunos cortos, pero esto era la oportunidad de coger a toda esta panda de locos y rodar toda esta historia como queríamos, con un equipo en una furgoneta, y fue cojonudo, macho. Era la experiencia de lo que yo rodaba, más lo que ellos aportaban. Porque a mí me decía el Pirri: "Pero ¡qué coño pone en el guion! ¡Así no!" "¡Mira, el coche se coge así y se hace esto!" Y el cabrón, antes de que pudiésemos [nosotros] abrir el coche, ya lo había abierto el tío con una mierda de ganzúa [risas]. Y lo que estabas haciendo era hacer ganar al guion un montón, porque estabas haciendo la historia verdadera.»

Josetxo, a cargo de los chicos, les dio permiso para fumar porros durante las sesiones de trabajo, pero nada más. La puntualidad era fundamental. Las juergas debían ser evitadas, entre otras cosas, para que cada actor llegase a filmar a su hora. Quitando a dos, que habían realizado trabajo profesional como actores previamente, todos eran actores amateur: «Se portaban todos como hermanos, como si yo fuera un padre; encantadores, todo cojonudo.» «Luego, al Pirri y a otros me los llevé a rodar Maravillas (1981), con Manolo Gutiérrez, y encantadores los tíos también, se portaron cojonudamente. El Manzano era un tío encantador. Muy responsable.» «Yo me acuerdo que estábamos rodando Navajeros… y vino un distribuidor y uno de los productores, todos muy serios y tal. Y estábamos montando una secuencia de una fiesta a la que iban Manzano [y sus amigos] de chaperos. Y había una secuencia en la que había que poner coca en unos recipientes que había puesto el dueño de la casa para invitar. Entonces, yo cogí y empecé a echar

coca en los cuencos, pero como si fuera harina… que rebosaba. Y entonces Eloy y no sé quién más dijeron: "¡Pero bueno! ¡Cómo se nota que Josetxo no se mete nada! ¿Tú dónde has visto que la coca se ponga en montones? ¡Ay, Josetxo, cómo se nota que estos chicos del PCE son más limpios…!"»

«[Con El pico] empezó un poco el declive. La película estaba muy bien, el guion y tal… pero yo creo que ahí Eloy empezó a decaer. Ahí empezó a meterse… empezó con el caballo… como que lo necesitaba. Fumaba mucho, pero ya no bebía. Tampoco había sido [nunca] muy alcohólico. Pero estaba muy tocado, muy tocado. [Con el tema drogas y los actores con los que trabajaba] se le iba un poco toda la película. En películas como Colegas (1982) andaba muy metido [en el rodaje de la película], porque había mucho interior y mucho rollo. Luego me dijo de hacer El pico II (1984) y La estanquera de Vallecas (1987) y yo ya le dije que no.»

Un actor anónimo me habla del rodaje de El pico: «Yo tuve una compañera con la que hice siete u ocho películas y [trabajando con Eloy de la Iglesia] la hicieron yonqui, ¿vale? Ya tomaba sus cositas y llegó a un lugar donde todo era viva la madre… Murió de sida en La Rambla de Barcelona. Ella me dijo que en El pico (1983) cuando se picaban, se picaban de verdad.» Pregunto a Josetxo si en El pico la gente se metía picos de verdad: «¿En El pico? En El pico sí. Hay momentos de El pico que sí. Aunque el Manzano [en ese rodaje] se cortó, porque veía que no aguantaba». «Ahí estaba todo el mundo metiéndose picos y ahí es cuando empezaron a meterle en el rollo a Eloy. Había gente que se metía picos en el rodaje y más de uno se lo metió en la toma de verdad. Ahí empezó [su] caída. Aunque la gente exageraba. [Se decía] que si iba buscando por la basura de la calle del Carmen o por no sé dónde, que si iba buscando jeringas. Que no, que no, que el tío estaba mal, pero no tanto.»

«Yo hice mi primer largo con los mismos productores [de Navajeros]. Porque al ver mi trabajo con la segunda unidad en las películas de Eloy, pues se enamoraron de lo que estábamos haciendo y me dijeron: "Escribe un guion." Hicimos, entonces, otra historia con Kevin Ayers [conocido músico inglés de rock progresivo], Lou Reed y tal, que se llamaba Percusión (1983), y era la hostia… [El rodaje de esa película] fue acojonante también. Yo

acabé hasta los huevos. Era todo el rato el Kevin metiéndose de todo, el otro pa acá, el otro pa allá. Kevin Ayers, Lou Reed, todos, macho, yo ya no podía. Hacer carrera con ellos era tremendo. Porque era amiguete [de Kevin Ayers], había venido a un concierto e hizo una figuración especial en un váter, pasándole droga a Kevin Ayers.» Josetxo me explica el proceso de preproducción: «Para rodar esa película Pepón Coromina me dijo: "Te pago un dinero, te encierras en tu casa y escribes un guion en tres meses." Y escribí un guion que se llamaba Percusión y lo escribí para Miguel Ríos. Era una especie de canto a la droga… No a favor de la droga, pero de la legalización. Sobre un dibujante de cómic que se siente perseguido y las propias historias del cómic se convierten en vida. El tío se metía sus rayas para salir de esa paranoia… Miguel Ríos estaba entusiasmado, pero Miguel Ríos comienza a enrollarse cada vez más [no acabando de comprometerse], y me dice Miguel, cuando vamos a firmar, que el final de la película hay que cambiarlo. Que él canta una canción contra el caballo… alegórica, contra la droga, y no puede hacer una película donde al final el tío para cagarse en todo el mundo dice: "¿Sabéis lo que os digo? Que os den." Se mete un viaje, se mete en la bañera y se muere tan agustito, descojonándose del mundo y cagándose en todo. Un canto a la libertad. Y [Miguel]: "Que yo no puedo hacer eso", que tal y que cual. Nos fuimos de Warner [jodidos], porque nos quedamos sin protagonista. Y esa misma noche Pepón se va a Barcelona y hay un concierto que producían ellos con Kevin Ayers, Lou Reed, Mike Oldfield… Y luego cenaba con ellos. Y me dijo: "¡Oye, que acabo de estar con Kevin Ayers, le he contado la historia, el tío está en una edad cojonuda! Y no sólo eso… ¡Que, si se tiene que meter jaco, se mete 20 veces!" Pues al día siguiente estaba yo en Barcelona con el Kevin Ayers hablando y [acabé] rodando la película con él.» «Dio la casualidad que vino Lou Reed a Madrid y, como eran íntimos amigos, quedaron, y vino por el rodaje y le dije que si no le importaba hacer de figuración en un váter de unos billares de la calle Alcalá, como si fuera el camello que le estaba pasando droga a Kevin. Y el tío encantado.»

«Yo tenía miedo: "¡A ver este [Kevin Ayers] cómo va a venir! Porque como venga colocado todos los días…" Pero el tío se portó bien. Esta película se rodó en 1980, justo después de Navajeros, y los sábados antes se pagaba en sobres. Te pagaban en metálico.

Pues había un tío que era el pagador, que venía de Barcelona, que era el que traía los sobres, y traía una maleta al lado y, te lo juro, esto es verídico, en la maleta tenía dos tipos de coca, caballo y unas pastillitas de éxtasis, o no sé lo que sería. Y tú podías decir [a la hora de cobrar]: "Pues dame seis [mil pesetas] y lo demás [que falta del sueldo], dame un gramo de tal, otro de tal". Yo me quedaba alucinado[9]. Iba a cobrar el eléctrico y decía: "¿Quieres tal? O, si quieres…" Y el eléctrico: "¡Qué cojones! ¡A mí dame la pasta, que la necesito!" Pero había quien no. Llegaba una de maquillaje, o lo que sea, y decía: "Ah, pues de las 15 mil dame diez y las cinco dámelas en tal y tal." El de la droga no era de la productora, pero venía como un ejecutivo. Llegaba encorbatado, con su maletín. Pero bueno, bien… Yo decía: "Bueno, si estoy haciendo una peli que es un canto a favor de la legalización de la droga, como voy a decir: 'Oye, esto es vergonzoso, que tengas a un [camello] aquí en la misma mesa que el contable." "Pero bueno, si esto es la modernidad y a esto hemos llegado…"»

El que mejor salió de aquellos años fue el actor Quique San Francisco, entre otras razones, porque su vicio principal era la cerveza: «A Quique siempre lo he comparado yo con Mr. Mahou, ¿no? Porque siempre estaba con los botellines. Quique tenía que tener… Quique llegaba [al rodaje] a las ocho o a las nueve y si no había una cajita con botellines fríos ya estaba cabreado, ya la estaba montando. Siempre estaba con los botellines helados… Aunque, bueno, sí, de Quique tengo… ese [recuerdo]. Lo tengo del rodaje, donde disimulaba más y estaba con los botellines». «[Pero] en su casa sí, en su casa… Yo me acuerdo de su casa en Argüelles, que tenía un perro de estos que son… ¡un bull terrier! Un hijoputa era el perro. Recuerdo que había quedado con un tío, porque Quique trapicheaba en su casa con coca, pero coca buena de calidad para los profesionales, no de la calle, ¿no? Estábamos tomando algo por la zona y me dijo: "¡Súbete a casa, que tengo que subir, que he quedado! ¡Súbete y tómate otra cervecita en casa, que además está mi padre, que le hace mucha ilusión verte!" Yo digo: "Bueno, me tomo una y me piro", porque a mí el perro ese no me molaba nada. Era acojonante, porque todo el suelo de la casa, del salón, era un scalextric gigante. Y, luego, en una mesa de cristal tenía unos cacharritos puestos con coca, con la cucharita, para que te pusieses tranquilamente… En un momento Quique se fue al baño y me

quedé mirando la mesa de cristal y el perro se puso con el morro a diez centímetros de mí. Y estoy convencido de que, si llego a acercarme a probar la coca, el hijo de puta del perro me pega un bocado. Me quedé quieto con el puto perro hasta que volvió. Y en la media hora que estuve ahí fueron dos famosos a pillar. Él lo vendía para la gente de la profesión.» «[Enrique San Francisco] era igual que el Marqués [personaje que aparece en Colegas], un personaje que hacía con Eloy[10]. Con Quique yo no he tenido nunca problemas de contar sus cosas… Igual que él cuenta las de todos. Dicen eso, que se le va la lengua, que si fulanito y menganito. Él nunca se ha cortado.»

Josetxo probablemente se refiera a las siguientes palabras de Quique San Francisco: «Lo que sí te puedo contar es que en Deprisa, deprisa, de Carlos Saura, se les pagaba a los actores con heroína». «Pero el problema no era que quisieran pagar con heroína, es que si no había caballo durante la producción, no iban los chavales al rodaje, porque si estaban con el mono dejaban tirada la película. Producción se tuvo que cubrir en ese aspecto, me imagino. Eso no quiere decir que aquí se pague una película con heroína. No malentendamos lo que estoy diciendo. Supongo que producción hablaría con un tío que iría a comprar. No querrían ni verlo, pero no podía faltar el caballo durante el rodaje, porque si faltaba heroína se piraban y no había película. Eran heroinómanos de verdad los que salían en ella. A pesar de eso, Deprisa, deprisa es una película muy bonita. A mí me gusta mucho»[11].

Un actor que trabajó con Eloy de la Iglesia y conoció de primera mano el cine de explotación es Paco Catalá: «Yo lo primero que hice fue El regreso de los siete magníficos (1966), la segunda de Los siete magníficos (1960). Estaba Yul Brynner, Warren Oates, Elisa Montés, Fernando Rey. Yo nací en 1945, [tenía veinte años]. Yo llegué ahí y me metí. Estuve trabajando de caballista. Yo soy de un pueblo de Valencia y en mi casa tenía un caballo y montaba.» «Yo en la Casa de Campo hacía un show lanzando cuchillos. Y Eloy vino por ahí, no sé por qué. Era un show en el que trabajaba Dan Barry, que también es amigo de Dum Dum Pacheco…» «Dan Barry era uno que rompía agendas de teléfono [tipo las Páginas Amarillas, que eran muy gruesas], era muy fuerte[12]. Y yo lanzaba cuchillos. Yo no había lanzado cuchillos nunca, pero este [Dan Barry] me dijo:

“¿Tú lanzas cuchillos?” Digo: “No.” [Yo me dediqué a eso] porque practiqué mucho tiempo antes, pero el otro día estuve viendo un programa de un tío que lanzaba cuchillos y, realmente, yo no sé cómo fui capaz de lanzar cuchillos. Tiraba cuchillos y mi mujer se ponía ahí contra una tabla, que era el punto de referencia. Pero los cuchillos están trucados. Pesa más la punta que el mango. Siempre se clavaba, pero, eso sí, ¿se clavaba dónde?» «Ahí estuvimos y, seguramente, pasaría Eloy por el show ese... Y luego me llamó Eloy para… Miedo a salir de noche (1980) y luego Navajeros (1980).»

El especialista «Román Ariznavarreta es muy amigo mío; un tío de 1,85 que ha doblado a muchos actores americanos. Yo recuerdo con Román, cuando rodé El retorno de los siete magníficos, en Alicante, el primer día que nos citaron para elegir un caballo…, yo recuerdo que había una nave enorme y me elegí a un potrillo. Y cuando fuimos al rodaje hacíamos galopadas, de bajar montañas… Y un día se me fue el caballo. Y había unos gitanos que querían cambiarme el potrillo por otro caballo que tenían y ya se metieron un poco conmigo. Y Román, que a mí no me conocía de nada, se metió por en medio.» «Años después, estando en la cafetería Memphis, que estaba en Gran Vía 70 y era donde se juntaban todos los actores, llegó Román y dijo: “Estoy buscando a un tipo que se parezca un poco a Tony Musante [un actor italiano] para doblarlo, porque hay una caída desde la borda de un barco y hay que tirarse al agua.” Porque el protagonista está borracho y se cae por la borda. Yo dije que sí.» Como me comentó Paco Marín, cámara en Perros callejeros, por aquella época muchos actores eran reclutados en bares. Catalá me habla de ello: «Eso no era un casting, eso es que [Romano] se reunía ahí. Eso es que ahí los actores se iban a tomar café. Si antes no se hacían castings, se hacían castings en la productora. Los de los castings de ahora, eso es una mafia, son unos mafiosos todos. No sé por qué tiene que haber directores de casting, porque antes no existían. Antes, los que elegían era el director, el ayudante de dirección y el productor. Antes ibas a la productora, dejabas una foto y te ibas. Según la foto, te llamaban y nada más. Había menos actores, ahora todos son actores. Ahora hay miles de actores, millones de actores.»

«Para lo del salto nos fuimos a Roma, Roma-Génova, En Roma fue el día [9 de mayo de 1978] en que mataron a Aldo Moro y [la

Policía] estaba buscando a un árabe… Y [en esa época] yo tenía más pelo y tenía más pinta de árabe, ahora ya no tengo pinta de nada [risas]. Entonces, en Génova los carabinieri vinieron a por mí, pensando que yo podía ser el que había matado a Aldo Moro. Luego, fue Génova-Túnez, y en Túnez hicimos el salto. El día antes estuvimos en el zoco de Túnez. Y yo como tenía pinta de moraco… a estos [el resto del equipo] les robaron todo. En Cartago nos cogimos un crucero que se llamaba Dana Corona. El día anterior en la discoteca del crucero me ligué a una alemana que se llamaba Hanna Laura Clark y todavía recuerdo su número. Me fui al camarote de ella, porque Román y yo estábamos en el mismo. Al día siguiente había que jump, había que saltar. Resaca impresionante… Román viene y me dice: "Hay que saltar." "¿Saltar?", digo yo. Salimos y hacía frío. Subimos arriba, todo preparado, un rodaje, toda la gente mirando, los alemanes hablando: "¡Ajtún, ya… si, Pajún!" Y yo con media resaca, arriba, y la voz de acción era: "¡Jump!" y "¡Abspringen!"; en inglés y alemán. Me tiro al agua cagado del susto. Eran 20 metros. Román los midió y nos pagaron [acorde a la altura]. Yo apenas sabía nadar. Yo en una piscina… ni me tiro. Pero, claro, era una pasta y no tenía un pavo y: "¡Ahí voy yo!" Yo me hacía el borracho y me dejaba caer. Y al caer, me di con la nariz [contra el agua]. Un milagro. Dios existe, estoy seguro. La nariz me empezó a sangrar y, en aguas tan frías, se me coaguló la sangre… El crucero seguía run run… su marcha. Había una trampilla, yo iba nadando, y con la resaca del crucero la barquita que me tenía que recoger se iba alejando. Y yo no nado, yo no soy nadador. Yo estaba cagado, loco. En todos los idiomas pedí ayuda: "¡Please, help!" Y digo: "¡Que me ahogo!" Y resulta que los de la barquita eran andaluces y rápidamente me sacaron del agua. Adelantamos al barco y me metí por la trampilla para subir. Hoy en día no me habría tirado.»

«Con Dan Barry hice Al oeste del Río Grande (1983), con [el director] José María Zabalza. Dan Barry hacía de indio. Yo recuerdo que Zabalza le pegaba mucho al traguillo. Era muy simpático. [Recuerdo] que se quedó una carreta que teníamos para la película (había una carreta y cuatro o cinco caballos) en un bar, empeñada por la cantidad de copas que se había bebido con otro de vestuario, filipino. Unos pedos… Yo a Zabalza lo llevaba en el coche. Y desde el centro al rodaje en Alcalá de Henares, fíjate, que pararíamos

cuatro o cinco veces a tomar su copita. Era muy simpático. La película no tenía ningún sentido…»

Paco Catalá realizó el papel del chulo de la madre prostituta del Jaro en Navajeros. Para la escena estuvo ensayando con José Luis Manzano la pelea con navaja durante varios días. Ensayaron en un piso en paseo de La Habana propiedad de la productora de Luis Megino. Ensayaban con una cuchara mientras eran supervisados por un especialista en peleas: «Y era un poco como por pasos, digamos marcando: "Uno, dos, arriba, abajo." Y después de ensayar 14 o 15 días, rodamos en la plaza donde estaba el cine Madrid [en la plaza del Carmen, detrás de Gran Vía]. Y, cuando llegamos ahí, eso era un desastre, porque era un decorado muy amplio, era toda la plaza. La pelea estaba muy mecanizada, "uno, dos, tres, arriba", y cuando llegamos ahí improvisamos toda la pelea. Y como había dos cámaras, recuerdo que hacíamos señas como en el mus: cuando yo iba con la navaja para arriba, movía la ceja. Íbamos marcando un poco la pelea así.» La actriz que interpretó a la madre de Manzano era María Martín. La pelea funcionó muy bien en pantalla tras pasarse tres días filmándola. Al ser Eloy un director especialmente realista, la lucha se realizó con navajas de verdad: «Manzano era como un poquito nervioso y era un chaval muy ágil. La pelea [de Navajeros] empieza porque me dice él: "¡A mi madre la has convertido en una puta!" Y yo recuerdo que [contestaba]: "Tú madre era puta mucho antes de que tú nacieras" [risas].» «Eloy no era una persona que fuese muy cercana. Era una persona seria. [Aunque] yo recuerdo que me llamaba Valium porque yo tenía ataques de ansiedad y decía: "Bueno, me voy a tomar un Valium, y un botellín." Y [Eloy de la Iglesia] me decía: "¡Vamos, Valium! ¡Ponte aquí! ¡Acción!", no sé qué. En plan de buen rollo. Era vasco, Eloy, y tenía buen rollo. La última vez que lo vi, me lo encontré en el metro, muy deteriorado.» «Y [la última vez] que vi a Manzano, lo vi haciendo La estanquera de Vallecas (1987), que se rodaba en Estudios Cinearte. Supongo que ahí estaría el estanco. Esa fue la última vez que lo vi… ¡No! Lo vi por última vez en la calle Gran Vía y ahí lo vi un poco más…» «Miedo a salir de noche (1980) es una historia de uno del barrio de Hortaleza. De uno que le arrancaba el pezón de una teta a una tía. Eso fue real. Yo hacía el personaje ese. Yo tenía que decir: "¿Pinchazo o pellizco?" Y yo siempre [me equivocaba y] decía: "¡Rápido! ¡¿Pinchazo o mordisco?!" [risas]. Y

Manuel Gullón [un miembro del equipo]: "¡Corten!" "Tienes que decir: 'Rápido, ¿pinchazo o pellizco?'" El Manolo siempre que nos vemos me lo recuerda[13]. Era algo así.»

Paco también realizó películas porno, con títulos tales como Bragas húmedas (1984), El higo mágico (1983), Aberraciones sexuales de un diputado (1982), Con el rabo entre las piernas (1981), Sábado, sabadete (1982), Ya no soy virgen, ¡olé!, ya no soy virgen (1982): «Hice cinco o seis [películas porno] y siempre éramos los mismos, [aunque] había variedad de tías. Las tías estaban buenísimas, jovencísimas y monísimas. No había pruebas del sida y metíamos todos los días. Yo estaba casado y creo que mi mujer no se enteró nunca, pero tampoco creo que le diese importancia. Ahora las ve y se ríe. Dice: "Joder, lo que había y lo que queda" [risas]». «No tenía reparo a la hora de hacer porno, porque yo tenía un 21… A mí me llamaban Paco 21 [risas].»

Hablaremos ahora de distritos y figuras que reflejaban la realidad del cine quinqui madrileño. Canillejas era el barrio tanto del Pirri, el actor, como del Kung Fu, delincuente que vivió en sus carnes las tramas retratadas en películas como Navajeros o Perros callejeros. El escritor Paco Gómez Escribano conoce bien la zona: «Yo soy del 66 y vine a [Canillejas] en el 69. [La diferencia del barrio de entonces con respecto al de actualidad] es abismal, porque había un núcleo que era el pueblo antiguo alrededor de la iglesia mudéjar y el lavadero, y entre ese núcleo que te hablo y la parte que es la carretera de Vicálvaro y lo que ahora son un poco Las Rosas y tal, eso era campo, sembraos, trigales. Yo cuando vine aquí no había ni aceras, ni carreteras, ni farolas, ni nada, con lo cual, imagínate. Por ejemplo, una lluvia torrencial de estas, abrías el portal directamente al barro y por la noche esto era la boca del lobo, pero, vamos, sin ninguna luz». «En esos tiempos no es que no hubiera móvil, es que no había portero automático, no existía. Entonces nosotros jugábamos en la calle a las bolas, al peón, a las chapas, a los cromos, y luego hacíamos por ahí, pues, diabluras… hacer un agujero en lo que es la tierra, porque aquí era todo de tierra, y lo llenábamos de agua y de arena y luego, por encima, ponías tierra seca. Hacías el agujero en un sitio estratégico por donde sabías que pasaba peña y, tarde o temprano, siempre llegaba uno, pues, que metía la pata [risas]. Y luego había gente que se dedicaba a torturar

perros, a torturar gatos, a matar pájaros, yo qué sé. Cosas de críos.»

En esos años en Canillejas había mucha delincuencia, y parte del barrio estaba compuesto de chabolas, casas prefabricadas, pisos de protección oficial: «Aquí lo que había era gente trabajadora, parados y delincuentes y quinquis. O sea, era un caldo de cultivo que, bueno, mezclado con el alcohol, las drogas, pues imagínate. Cuando hablo de quinquis me refiero a ese grupo llamado quinqui que realmente no era una etnia, sino un grupo social. Se diferencian, por ejemplo, de los gitanos en que los gitanos son una etnia y estos no, estos los hay rubios, los hay morenos, pero los ritos que tienen, el habla, son muy parecidos. Y aquí en Canillejas había gitanos y había quinquis también».

«El Kung Fu era un chaval de aquí, que le llamaban el así porque iba descalzo, igual que en la serie del David Carradine, que se echaba en la tele por aquellos tiempos [Kung Fu (1972-1975)]. Este chico, lo suyo era robar coches, y hubo una época que todas las tardes… A lo mejor robaba un coche en uno de los garajes que había por aquí y para sacar el coche del garaje se chocaba con siete u ocho coches, persecuciones policiales. Además, le gustaban especialmente los GS, era curioso, el Citröen GS era el coche que más le gustaba. Yo le conocí a él y a varios de sus hermanos. Yo conocí al que era de mi edad, el Paquillo le llamaban, y también al final murió de la droga el pobre y demás… Esta familia eran varios hermanos y salieron todos torcidos.» Escribano niega la leyenda de que el Kung Fu fuese hijo de la Chata, famosa figura de Canillejas por aquellos años: «Los padres eran gente normal de pueblo que había venido emigrada aquí. La Chata era una perista. Era bastante conocida y toda la pequeña delincuencia que robaba para financiarse los picos iba a la casa de la Chata y le vendía los artículos robados, desde un jamón hasta un abrigo.» Yo: «O sea, que simplemente compraba lo que la gente había robado, no vendía droga.» Escribano: «No, no, también. También la detuvieron y acusaron de eso. Esta mujer ya murió, pero, hasta que yo fui mayor, a esta mujer la iban deteniendo y acusando de hechos delictivos.»

El Pirri vivía donde hubo un poblado de la UVA ya desaparecido: «Este chaval no era de los más malos del barrio, pero era rubio con ojos azules, daba bien para cámara y se lo llevaron. Estaba todo el

día en la calle y hablaba como [una persona callejera]. En las películas hablaba igual que era él. El cine quinqui tuvo un par de películas buenas, pero, claro, ¿qué pasaba? Que cogían a actores y no sabían hablar como los quinquis, y luego también cogían a quinquis que no sabían actuar, con lo cual el resultado era bastante patético [risas].» «Había mucho productor listo que luego, además, se llevaba a los chavales a fiestas… en muchos casos, con drogas, con sexo y, bueno, un flipe. Eso me lo contó un colega mío que murió. A mí me han contado que ahí había fiestas con bandejas de farlopa, con, en fin…, y a mí me han contado también que se llevaban a algunos chavales… había productores que querían a lo mejor un primer plano de un pico, y lo podrían haber simulado perfectamente. Pero ¿qué hacían? Pues cogían a cuatro matados del barrio, se los llevaban y filmaban un pico en directo, que era más barato y les pagaban con la dosis. Aquí venían directores por el barrio y hablaban con los chavales y se los llevaban. Este fenómeno ocurrió en todos los barrios periféricos.»

«El Pirri, yo me acuerdo, que iba con otros dos, que eran el Quilino y el Guille; que eran los tres rubios, pero rubios que parecían noruegos los cabrones, pero como al final terminaron siendo yonquis se les ponía la cara esa que se les pone a los yonquis. Estos chavales empezaron con las bicicletas y eran la hostia, porque pasaban haciendo el caballito, y lo mismo que hacían con las bicis, cuando fueron más mayores, lo hacían con las motos, ¿no? Y, claro, la peña del barrio, pues, de alguna manera los admiraba, ¿no? Porque eran una peña que cogía lo que le daba la gana. Robaban motos, robaban bicis, robaban todo lo que se les ponía por delante»[14].

En Canillejas, antes de la heroína, hubo pandillas bastante numerosas, y lo preferible era pertenecer a una, «porque si no te hostiaban». Se trataba de bandas grandes que competían por zonas o incluso por las mujeres, también ocurría que se disputasen negocios turbios. Se dedicaban a pelear por la territorialidad, «con bates de béisbol, con navajas, con cadenas. Verdaderamente, la Policía tuvo un problema con esta gente, ¿no?» «Y en mi barrio la banda que había gorda se llamaba los Vikingos. Se llamaba los Vikingos porque aquí había un grupo quinqui que eran todos rubios, yo no sé de dónde vendrían. Pero eran todos rubios y por

eso los llamaban los Vikingos. Eso a lo mejor estamos hablando de los sesenta o principios de los setenta. Y cuando ya ponen en circulación la heroína, estas bandas se deshacen, porque, claro, al entrar la heroína la gente necesita dinero para ponerse un pico y roban, pero roban hasta a sus abuelas. Entonces, si no respetaban ni a su familia ni nada, pues mucho menos iban a respetar a un colega de la misma banda. Se va a tomar por culo la camaradería y la piña que eran esas pandillas y lo que se forman son pequeñas bandas de conveniencia de tres o cuatro chavales para asaltar estancos, gasolineras y joyerías.»

El macarra sufre una mutación: «Antiguamente eran pantalones de campana y, luego, cuando me tocó abandonar la niñez, el típico uniforme era el pantalón de pitillo, las zapatillas deportivas Yuma –que llevaban tres rayas verticales en azul o en naranja– y luego el plumas azul. Llegó un momento que estaban muy cotizados los plumas azules, incluso la gente se los quitaba a otros niños. El uniforme era ese. Estamos hablando de la segunda mitad de los años setenta. Los pantalones de campana ya no se llevaban y si alguien los llevaba era objeto de burla, porque se llevaba el pitillo.»

Con los años ochenta terminó una era, un tiempo en que lo subcultural cobró especial relieve (pensemos en la Movida o el cine quinqui), y con dicho Zeitgeist murieron también algunos de sus protagonistas, gente como José Luis Manzano, el Pirri o el propio Eloy de la Iglesia. Josetxo San Mateo habla: «Eloy ganó mucho dinero con los dos Picos y con Colegas. Fue también coproductor y ganó dinero. Lo que pasa es que se lo gastaba todo, porque entre que mantenía a [su amigo] Ángel, que mantenía al otro, que les pagaba todos los gastos cuando no estaba rodando. Entre unas cosas y otras… Ya te digo, Eloy tendría que haber tenido mucha más fortuna y mucho más dinero que como terminó, porque terminó jodido jodido; terminó arruinado, en casa de la hermana. Y terminó gracias a Pedro Olea [productor y director], que lo recogió y le buscó un piso por la calle Segovia y le montó la última película que hizo, además de buscarle unas ayudas de la SGAE, porque lo había perdido todo todo.» Pedro Olea: «Yo he tenido tres amigos y colegas en la profesión: Eloy de la Iglesia, Pilar Miró e Imanol Uribe. Eloy era un cineasta de riesgo… Con los años se enganchó a la heroína, pero a mí siempre me dijo que nunca se había inyectado y que

nunca le había afectado a la cabeza. Yo le pude ayudar en sus últimos años: co-produje Los novios búlgaros (2003) con Eduardo Campoy y Fernando Guillén Cuervo». «Para mí la mejor película de cine llamado quinqui fue Deprisa, deprisa (1980) y creo que a todos los chavales que salen en la película los sacaron de Villaverde. Fueron elegidos por Saura en un barrio y todos eran delincuentes. Y el protagonista murió de heroína poco después del estreno. Y la chica, que era una maravilla, guapísima, se hablaba de ella entonces como de una nueva Ángela Molina… Berta Socuéllamos. Creo que se retiró. Sigue viva y no quiso seguir haciendo cine.»

«Me acuerdo de una anécdota que a mí me parece muy tierna y muy curiosa, y es que… Eloy había decidido que sus cenizas se tiraran en el mar, en Zarauz. Y, efectivamente, fui a Zarauz con Fernando Guillén Cuervo que llevaba a su hijo de tres o cuatro años por la playa y unos cuantos amigos, y tiramos las cenizas al mar y una ola de viento [llegó] y esnifamos a Eloy. Y, entonces, nos dio un ataque de risa y, por supuesto, de cariño y emoción. Porque mira que es casualidad, ir con la urnita por la playa, que esté Fernando Guillén tirando la ceniza [y que se levante el aire].»

---

[1] Los estudios Cinematografía Española Americana, en el cruce entre la calle de Arturo Soria con la carretera de Barcelona. Los estudios se constituyen en Sociedad Anónima en 1932 y cierran en 1966.

[2] Antiguo monumento de piedra que fue retirado en 1987. Se hallaba en la intersección de Arturo Soria con Alcalá y Hermanos García Noblejas.

[3] Famosa escuela de interpretación fundada en 1990.

[4] Se trata de la mejillonera El Pasaje. La Ría, en Pasaje de Mathéu 1, abierta todavía a día de hoy.

[5] Pepón Coromina fue un productor muy interesante que murió de cáncer de pulmón a la edad de cuarenta y uno. A pesar de su prematura muerte, produjo –además de a Eloy de la Iglesia– los primeros proyectos de Bigas Luna y Pedro Almodóvar, entre otros. Digamos que el productor catalán era un referente en lo que

podríamos llamar la industria contracultural española.

[6] Dicha campaña de desprestigio fue orquestada y alimentada por nostálgicos del régimen franquista que aseguraban que la democracia tenía manga ancha con la delincuencia y, por tanto, los espacios urbanos se habían tornado mucho más peligrosos.

[7] Es muy interesante comprobar los esfuerzos que hacía ya en 1980 Tierno Galván por promover la identidad y potencialidades nocturnas de la capital. El entonces alcalde de Madrid habría querido incentivar el ocio nocturno en Madrid (ya desde 1979), entre otras razones, para poner en cuestión el discurso franquista, según el cual la ciudad era peligrosa bajo un gobierno democrático. De esto se deduce que fenómenos culturales como la Movida habrían florecido, parcialmente, gracias al apoyo institucional. La Movida, de acuerdo con este enfoque, sería, pues, una especie de contracultura institucionalizada que servía a los intereses del statu quo.

[8] No es de extrañar que estuviese exhausto a esas alturas. Eloy de la Iglesia fue un director muy prolífico, que hizo, entre otras muchas, 19 películas en 16 años, de 1969 a 1985. A la época de la que hablamos pertenecen Juego de amor prohibido (1975), La otra alcoba (1976), Los placeres ocultos (1977), La criatura (1977), El diputado (1978), El sacerdote (1979), Miedo a salir de noche (1980), Navajeros (1980), La mujer del ministro (1981), Colegas (1982), El pico (1983), El pico 2 (1984) y Otra vuelta de tuerca (1985).

[9] Esto implicaría que la productora compraba la droga al por mayor, digamos que el gramo a seis mil pesetas, y la intercambiaba con el equipo a modo de pago al por menor, a unas diez mil. Pagar en droga resulta más ventajoso, puesto que al dar un gramo de coca como sueldo está pagando diez mil pesetas al trabajador que a él le cuestan seis mil. La productora se ahorra el costo de mediar entre el proveedor y el consumidor final, que es el propio trabajador.

[10] Según me dijo el periodista Gonzalo Altozano, se dice que el Marqués está inspirado en el aristócrata-delincuente Jaime Mesía Figueroa, quien tuvo alguna vinculación con la desaparición del Nani, entre muchos otros asuntos.

[11] Extracto tomado de una entrevista para Esquire de 2014 [https://furydays.wordpress.com/2020/08/15/enrique-san-francisco-entrevista/].

[12] Hallamos alguna información en internet sobre este personaje de culto: «Dan Barry o, lo que es lo mismo, Joaquín Gómez Sáinz es un personaje singular dentro de nuestra cinematografía. Actor, guionista, productor y director, durante mediados de la década de los ochenta, con más ganas que medios, intervino y sacó adelante un puñado de cintas que hoy en día son piezas de coleccionista». Su obra se inscribe en el llamado cine fantástico español.

[13] Nos topamos aquí con un lapsus freudiano como aquellos de los que habla Freud en su Psicopatología de la vida cotidiana (1901). De acuerdo con este enfoque, uno querría hacer una cosa conscientemente (en este caso, decir una frase adecuadamente), pero, inconscientemente, hace otra que refleja los propios deseos reprimidos del sujeto (en este caso, morder la teta de una atractiva actriz). Es como cuando decimos «buenas tetas» en lugar de «buenas tardes».

[14] Tradicionalmente, siempre se dijo que el Pirri murió por una sobredosis en un descampado. Pero el Coleta me ofrece otra versión, que parece armonizar con la de otros informantes: «La muerte del Pirri… se dice que le mataron por una gitana que vendía [heroína] en Canillejas. Y se supone que le mataron [unos asociados de esta]. Yo conocí en Valdebernardo a un colega del barrio… Su abuelo había vivido en Canillejas toda la vida y conocía todo el percal. Y le dijo [a mi colega] que [alguien relacionado con esa gitana, probablemente sus hijos], se lo cargó. Por alguna pella, o vete tú a saber…» Al parecer fue asesinado la noche del 9 de mayo de 1988.

Capítulo VII

Los gitanos de Acropol y el sonido Caño Roto

Ritmos de barrio

Si en los dos capítulos anteriores nos adentramos en las entrañas del cine quinqui, género cinematográfico macarra por antonomasia, ahora nos zambulliremos en los estilos musicales asociados a la calle en esos años: la rumba y el sonido Caño Roto. Aunque ambos estilos musicales no sean idénticos, sí resultan muy similares. Ambos se hallan muy influenciados por la música funk norteamericana. Digamos que tanto la rumba de Los Chichos y Los Chunguitos como el sonido Caño Roto de Las Grecas y Los Chorbos integran elementos afroamericanos, de moda por entonces, en la escena musical gitana. Esta música representó la banda sonora de la delincuencia callejera y el macarrismo en esos años, tanto en Madrid como en Barcelona. En palabras de Pepebilly, DJ de la escena mákina barcelonesa: «Los Chichos, Los Chunguitos y todo aquello... cuando pasaba un coche y se oía aquella música, te girabas, porque sabías que aquello no eran dos personas mayores; eran dos jóvenes que habían robado un coche, así de claro». El propio Vaquilla habla de Los Chichos en su autobiografía: «Cuando íbamos a golfear por ahí siempre llevábamos su música puesta en los coches robados. Es más, a veces íbamos buscando un coche y si no tenía radiocasete pasábamos de él y nos buscábamos otro que tuviera aparato de música». «[La] música de estos tres chavales ya forma parte de los sentimientos de toda una generación que hemos vivido desde la subcultura de la marginación social»[1]. Hemos de decir que ese estilo musical tan apreciado por los pequeños delincuentes de los años setenta halla sus raíces en el sonido Caño Roto.

En palabras del Diccionario de las Periferias, de Carabancheleando: «El flamenco más rumboso se cruza, allá por el final de los setenta, con la batería, contrabajo y guitarra eléctrica del rock progresivo para crear el nuevo sonido de las barriadas periféricas. En Madrid, algunos arrabales parten con ventaja: el Pozo, La Ventilla, Villaverde, los territorios de chabolas y poblados de absorción, donde destaca, en torno a la vía Carpetana, el barrio de Caño Roto, que da nombre al sonido. Sonido que llena el aire en el barrio. Los Chorbos, Manzanita con ellos. Otros muchos después que se van a deslizar entre las cintas de casete, los loros sonando en la piscina, en el coche, abajo en la calle, en el bar o en la bodega. Cintas que se venden y copian a miles. Amores imposibles, talego, droga,

escapadas y sueños. Novias en las fiestas del barrio, cacharritos y tiro al plato»[2]. Caño Roto será el centro neurálgico del sonido más callejero de los años setenta. Hablamos de una comunidad de 17.000 habitantes, considerada una de las zonas más conflictivas de Madrid. Esto no nos sorprende, puesto que la marginalidad ha sido tradicionalmente la cuna de mucha de la producción cultural del último siglo.

Comenzaremos ahora por investigar la historia del sello Acropol de rumba, una discográfica underground que revela la íntima relación entre la vida callejera y la producción musical. Como afirma la exposición «Acropol. La memoria de nuestros barrios», el sonido Caño Roto encuentra su germen y antecedente más inmediato en Acropol, la discográfica del egipcio Noumbar Hamathis. Daniel Gutiérrez, especialista en rumba, me habla de ello[3]: «Tony el Gitano [artista de Acropol] es un tío que se buscaba la vida en los mesones de la Plaza Mayor y en los tablaos; a finales de los sesenta y principios de los setenta. Es un tío de Pan Bendito, de un poblado chabolista al norte de Caño Roto. Y se dedica a cantar y a pasar la gorra. Lo que sí es cierto es que, tanto de él como de su primo, [se decía que] eran… en el argot gitano, "hombres de la noche". [Eso significa] que tenían mujeres en la calle Ballesta. Eran gente que no se andaban con gilipolleces. Según tengo entendido por referencias, tenían tres cada uno, por lo menos, y había una que era gallega.» Juan Vicente Córdoba: «[Tony el Gitano] era famoso, porque creo que tenía una polla el tío, ¿no?» Dani: «Se dedicaban a lo del trili molinete; a [poner] las cartas del revés. Eran trileros. Ellos estaban por la calle… y, con las lumis, si uno no pagaba o se hacía el listo, la chica tenía al Tony, al primo y al otro, que en un momento dado le podían dar cuatro hostias.» El Coleta: «Tony el Gitano tiene una canción desmintiendo que [fuese] chuloputas. La de Macarra (1983). Dice [la canción]: "Por sacar las cuatro monedas la rumi me llama macarra"»[4].

Los artistas de Acropol cuentan con nombres como Poder Gitano, los Capricornios, Los Chocos, Diamantes Morenos, Los Tangueros Portugueses, Gitanos de Hoy, El Príncipe Gitano, El Morenito de Valencia, El Cicuta o Machote Salazar. Las fotos de portada de los discos las hacía el propio Noumbar dueño del sello. Los artistas eran impuntuales, por lo que Noumbar, aprovechaba cuando los tenía a

todos en el estudio para hacerles una foto. Es por eso que los artistas a menudo aparecen ante la Plaza de España, el parque del Oeste, el Templo de Debod, los Mostenses, lugares cercanos a las oficinas del sello. Si llevaban ropa de «andar por casa», Noumbar tomaba ropa prestada de otros. Muchos de ellos llevaban el corte de pelo a navaja, una técnica de peluquería típica de los años setenta. En el mundo gitano, los padres y abuelos de estos jóvenes artistas los llamaban yeyés.

La discográfica estaba sujeta a un proceso burocrático largo a la hora de sacar discos. Era necesario enviar las letras y las portadas de los mismos al ministerio antes de publicar. A veces tardaban hasta un mes en dar el visto bueno. Acropol estaba en el número 68 de la avenida de José Antonio, hoy la Gran Vía. Durante los siguientes años y hasta los ochenta fueron llegando a la discográfica muchos conjuntos de jóvenes artistas gitanos, la mayoría de entre trece y veinte años. Era gente «que durante la noche se "buscaban la vida" por los alrededores de la Plaza Mayor y sus mesones, la zona de Santa Ana y la calle Echegaray, con ambiente flamenco desde el siglo xix, y la zona del Rastro». Un artista de Acropol fue Paco España, «uno de los transformistas más importantes y famosos de la Transición». Nació en Canarias, actuaba en el Gay Club Atocha y llegó a participar en cuatro películas[5]. Gitanos de Hoy eran del barrio de Orcasitas y Villaverde de Madrid, siendo un grupo compuesto por dos hermanos y dos amigos, todos ellos con edades comprendidas entre los dieciseis y los diecinueve. Tres eran albañiles y uno se dedicaba a la venta ambulante. En sus propias palabras: «Grabamos todas las canciones, 12, en una mañana, con un montón de amigos que vinieron a vernos y de juerga total».

Dani: «[El sello] Acropol se funda en el año 61, 62, o por ahí. [El fundador] es un egipcio. El tío lo que tenía era una oficina aquí en Madrid que llevaba a artistas y a la vez grababa anuncios para la radio. Entonces, al tener licencia para grabar y editar y tal, viene gente y le encarga discos de manera privada. Una de esas veces llega un gitano, que se llama Adolfo el Segoviano, y le encarga un disco. Se lo graba… y [el dueño de Acropol] por la noche veía que había ventas [locales] de gitaneo, de rumba, de flamenco y tal… Y entonces Adolfo el Segoviano le dice: "Pues yo tengo un primo que también canta." Y empiezan a llegar los gitanos.» «Tony el Gitano

aparece por ahí…, que era familia, colega o lo que sea. Porque este hombre, aparte de chulear o lo que sea, pues tocaba las palmas en los tablaos. De hecho, sale en una peli, aparece diez segundos en una película, dando las palmas en un tablao de estos de los sesenta, en el Mesón del Gitano; en el viaducto. Este hombre se dedicaba a eso.» «Tony el Gitano llega, entonces, a Acropol y graba un disco. Se vende más o menos. Graba otro. El Tony llama a otro primo. Al final en Acropol, durante una década, del setenta al ochenta, aparecen por ahí 20 o 30 grupos de gitanos que van grabando. En el tema de la rumba, era gente que el rollo era totalmente amateur y totalmente salvaje. O sea, después de toda la noche de juerga –en los mesones con las putas para aquí, para allá– llegaban a grabar por la mañana de empalme. Medio moco, tal… El palmero falta, la chica que iba a hacer las voces no viene... El otro no sé qué… Entonces, pues, las grabaciones no son nada técnicas; más bien todo lo contrario.» «Son un poco punks», replico yo. «Absolutamente.» Juan Vi: «Y tienen todas esas producciones una concomitancia que tiene que ver con los bajos, con los cajones, que es todo como muy soul. Son rumbas todas muy bailables. Tienen un sonido característico, casi todas ellas. Y se sale de la rumba, [se sale] de la rumba de Peret, de la rumba española-catalana… Tienen un toque muy negro.» En palabras de Amalio Barrul –miembro de Los Gitanos de Hoy, otro grupo de Acropol–, «Grabamos [la canción Caló Calí (1974)] en plan de chunga (de juerga)». Un miembro de los Chanos habla de cuando fueron invitados a la televisión: «En una de estas nos llamaron de Gente Joven [programa de televisión], pero la noche anterior nos fuimos de juerga y al día siguiente no aparecimos por el estudio.» Juan Vi: «Acropol registra la memoria de la calle.» «La rumba madrileña es más flamenca que la catalana, que es más caribeña. [La rumba madrileña] es más norteamericana (ecos de soul, rock, blues); suena más dura y más seca…»

Gente como Tony el Gitano es algo así como el gangsta rap español de la época, pues sus canciones son crónicas sobre la vida callejera auténtica. En palabras de una web: «Las letras de las canciones que escribe Tony el Gitano son crónicas de un gran realismo social.» Por poner un ejemplo, su canción Oh, libertad habla de un hombre al que su mujer engaña mientras permanece encarcelado. Varios de estos artistas pasaron por la cárcel. Según dice Juan Vi: «[Muchos] de esos grupos de cantantes gitanos de los setenta y los ochenta, o

bien traficaban o bien consumían. Y el 90 por 100 acabó mal».

Antonio el Kalifa es otro de los artistas gitanos de Acropol, al que Dani encontró en el barrio de Vallecas para pedirle permiso con la intención de usar uno de sus temas en un disco recopilatorio: «Me dicen: "¡Vive en Palomeras!" Me voy a Palomeras y ahí me pasaron cosas acojonantes. Voy a Palomeras y voy a un parque grande para darme una vuelta. "A ver si veo algún gitano", me digo. Como todos se conocen… Y estoy oteando un poco el parque, a ver si veo a alguien. Y un tipo me da así en el hombro. Y me giro y veo a un gitano que me dice: "¿A quién estás buscando?" Y le digo: "Al Kalifa". Y me dice: "¿Para qué? ¿Para algo malo o bueno?" Y le digo: "Bueno. Para un tema musical. Le estoy buscando para entrevistarle, para un disco". Y me responde: "Pero ¿es para algo bueno, seguro?" Y le digo: "Que sí, que yo tengo el pelo corto, pero no soy policía." Y me dice: "No vive aquí. Vete a la calle tal y pregunta por ahí." Y voy a la calle que me dice y otro gitano me sale de la nada y me dice: "¿Qué estás buscando?" Y le digo lo que estoy buscando y me señala en dirección hacia arriba: "Lo acabo de ver. Tira para arriba." Y ya veo a otro tío con un carrito de bebé, empujando, y le pregunto: "Perdona, estoy buscando al Kalifa". Y el tío se gira, con cara un poco de [sospecha] y me dice: "Soy yo". Entonces me invitó a su casa y estuvimos tomando unos whiskeys y de puta madre». El Coleta: «Y el tío tiene un trono, ¿no?» Dani: «Tiene un butacón enorme con dos colmillos de mamut. Era un tío encantador, un tío cojonudo.»

El rock gitano de la época fue llamado oficialmente gipsy rock, aunque yo siempre he pensado que hablar de gypsy funk sería más apropiado, por las resonancias en dicho género de la música afroamericana de los años setenta: el sonido de la batería, los bajos, etc. Pregunto a mis entrevistados quiénes son los artífices de dicha transferencia desde la escena americana a las producciones de Las Grecas, de Los Chichos o incluso de Camarón. Todos los presentes me hablan de José Luis de Carlos, quien produjo a Las Grecas y a Los Chorbos. De Carlos se echó una novia de Arkansas mientras estudiaba derecho en Madrid, casándose con ella en 1965. Pasó por Hispavox, donde trabajó como ayudante de Roberto Pla, catedrático del conservatorio y filósofo budista. Poco después fue descubridor de Enrique Morente y grabó con él su primer LP: Cante flamenco

(1967). Poco después de casarse, se mudó a Estados Unidos, donde visitó los estudios Electric Ladyland, donde conoció a Jimi Hendrix, del que dijo que era «muy tímido, pero abierto y amable». De Carlos volvió a Madrid en 1972, donde recibió una oferta de Tomás Muñoz, fundador de CBS España, para ser director artístico de la compañía. Contaría con total libertad para elegir y producir a artistas diversos. Entre otros, trabajó con Cecilia, con la que grabó sus dos primeros discos. Produjo también a Arena Caliente, que eran bailaoras, más que cantantes: «Fui a verlas al tablao donde estaban trabajando Las Brujas. Eran cuatro chavalas que bailaban, excepto una, que era cantaora y buena, que es la madre de Malú.»

De Carlos habla de cómo descubrió a Las Grecas: «Me hablaron de ellas: "Hay un par de hermanas, unas niñas, que [Manolo] Caracol y Lola [Flores] están locos por ellas."» «Caracol tenía un tablao en Madrid, y Lola otro; acabaron el contrato con Caracol [Los Canasteros] y pasaron al de Lola [Caripén]… [Un conocido del mundillo musical] me habló de ellas y fuimos a verlas. Las vi que salían al escenario, cogidas de la manita, eran muy jóvenes, diesiete y dieciocho años, con bata flamenca y las guitarras detrás, y cantando lo que luego fue Te estoy amando locamente, pero ellas lo hacían por tangos, por flamenco basado en una canción de Roberto Carlos que se llama Namoradinha de un amigo meu. Lo sacaron de ahí porque habían vivido en América Latina, como muchos gitanos que se iban a Argentina, habían escuchado a Roberto Carlos, a Dyango, que era un ídolo ahí… Las vi y me quedé anonadado con ellas, fue un impacto impresionante, porque además es que lo vi en el momento, me las imaginé convertidas en Hendrix, quitando el acompañamiento flamenco.» «Yo estaba flipando con las guitarras de Hendrix y siempre había pensado que la figura de Hendrix me recordaba bastante a lo que es el swing flamenco, y lo que cantaban ellas dos seguro que iba a pegar fantásticamente con un grupo de rock.» «[Para grabar a Las Grecas] mi idea era… quitar el piano, no meter palmas, nada de guitarras acústicas… como si fuera Jimi Hendrix. Carlos Villa tocó la guitarra en el disco, con solos medio escritos por [el arreglista] Pepe Nieto; el batería fue el mejor que había entonces, Pepe Sánchez; los bajistas el hermano de Eddy Guerín y Eduardo Gracia, y Pepe Ébano en la percusión, que metió cosa brasileña y cosa mezclada de conga»[6].

«Salió el single, la compañía no sabía ni lo que había editado, y a la semana empezaron a llamar de toda España los vendedores diciendo: “Este disco, con esta referencia, ¿qué cojones es? Que me están llamando de todos lados para pedirlo”. Fue una cosa increíble, sin hacer nada de promoción, nada. Se disparó en dos o tres semanas, algo impresionante. Fue tal el impacto que me vino Paco de Lucía, al que yo conocía, a hablarme de lo buenas que eran.» «Entonces, mi jefe, Tomás Muñoz, me dijo que me pusiera inmediatamente con el LP. Y eso ya tuvo su complicación, primero porque no había repertorio, y segundo, porque las niñas… eran menores. La noche que las vi actuar les dije: “Mañana mismo os espero en la Torre de Madrid, en CBS, para hablar de un contrato para grabar”. Al día siguiente, efectivamente, se presentaron en CBS acompañadas de la madre, porque las dos eran menores de edad, pero vino la madre, firmaron el contrato y no hablaron de su padre ni nada. Entonces, cuando ya estábamos grabando el LP, apareció el padre, un sinvergüenza que las había dejado abandonadas, pero que se entera de que las han firmado y que sin su firma el contrato no tiene validez… Bueno, chantajeó totalmente a la compañía, le sacó no sé cuánta pasta, no me enteré de cuánto le dieron, pero algún millón [de pesetas] sin duda, y acabó firmando. Una vez firmó y cogió la pasta, desapareció». «Tuvieron mala suerte con la gente que las rodeó. El mánager era un sinvergüenza, se lio con una de ellas, con Carmen, la mayor… Luego Tina, que era muy pasional, al final se unió con tres gitanos sucesivamente, a cuál peor»[7]. La propia Carmen habla del mánager de Las Grecas como el causante de su posterior caída en desgracia. Dice en una entrevista televisiva: «Nos perjudicaba mucho la imagen que él daba. Una imagen de prepotente, de chulería, ¿sabes? Claro, y era él el que hablaba, el que buscaba los contratos… y todo. Y entonces, claro, pues llegaba a los sitios y sí, bueno, podía ser el mánager de Las Grecas, pero cuidado, amigo, que no está el camino todo hecho, ¿sabes? Y entonces yo creo que se le fue de las manos. Nuestro mánager a nosotras nos hablaba de un dinero–que, claro, de esto te enteras después por los amigos y la gente–, y pedía [a aquellos que las contrataban] una cantidad que en comparación con lo que realmente era… Él se quedaba con la mitad o incluso más. Él [supuestamente] se llevaba el 20 por 100, todos los gastos pagados…»[8]

El fracaso posterior de Las Grecas tuvo sus efectos sobre ellas. Tras lograr gran fama y fortuna, volvieron a llevar una vida normal, como la de antes. Habla Carmela: «Las dos nos lo tomamos muy mal. Lo que pasa es que mi hermana, pues, era más sensible. Y a ella, pues, la vino muy mal, la vino muy mal. El no subir a los escenarios»[9].

Tina padeció una esquizofrenia a principios de los años ochenta, trastorno que fue agravado por el consumo de drogas. Se sabe que fue detenida en 1992 por robar 24 mil pesetas en una peluquería de Talavera de la Reina. Tina llegó, incluso, a atacar a Carmela con un cuchillo en un brote psicótico. Finalmente, acabó viviendo en la calle. Según su sustituta en Las Grecas, Alicia Robledo, conocida como Malicia: «[Tina] tenía sus momentos de lucidez. Y se ponía a cantar. Siempre iba con una muñeca, ¿sabes? Y decía que era su niña». Tina paró en las calles traseras de la Gran Vía, en el «barrio chino de Madrid», durante los ochenta. Óscar Nuño, un entrevistado, me habla de ello: «Yo trabajé dos veranos a finales de los ochenta en un Noche y Día [una especie de Seven Eleven] de la calle Hortaleza, casi esquina con Gran Vía. Estaba lleno de yonquis, putas, era lo peor de Madrid. Navajazos dentro, tíos desangrándose dentro. Redadas [contra] iraníes, o sea, policías secretas con escopetas yendo a por iraníes. Yo lo que más vendía era chocolate blanco, por el papel de plata. Iba la de Las Grecas [Tina] a la tienda, y no la dejaba pasar, porque montaba unos pollos que te cagas, estaba loca perdida.» Lamentablemente, Tina murió en 1995 por su mala alimentación a la edad de treinta y ocho años en un centro de acogida de Aranjuez. En esos años Carmela se dedicaba a la venta ambulante.

De Carlos graba con Los Chorbos en 1975 un LP llamado El sonido Caño Roto, acuñando así el nombre de un nuevo estilo musical, aquello que la prensa llamaría gipsy rock y que vendría a ser encarnado, en parte, también por grupos como Los Chichos y Los Chunguitos, al menos en sus producciones de los años setenta. Se trata de algo así como un funk gitano: «[De Carlos habló con Antonio Hernández, mánager de artistas flamencos y le dijo]: “Mira, después de Las Grecas, mi idea sería hacer algo similar, pero con hombres.” [Hernández respondió]: “Ah, eso te lo encuentro yo mañana, porque conozco unos chavales a los que les gustan los

Temptations, y seguro que te gustan, porque además el que lleva la voz cantante [Manzanita] que no canta, sobre todo es el que compone, es un fenómeno." Efectivamente, fui a verlos en privado en una casa de Caño Roto. Me cantaron lo que tenían, me gustaron mucho y lo tuve claro desde el primer momento, porque quería repetir un poco la idea de Las Grecas, pero diferente, adaptada más hacia lo negro, más al soul, y con una intervención de Manzanita que no fuera la que dominara, que estuviera ahí, pero como parte de un conjunto ajeno al mundo estrictamente gitano de ellos: guitarras eléctricas, wah wahs, metales tipo negro.»

Para conocer más a fondo los orígenes del sonido Caño Roto, contacté con Amador Losada, miembro de Los Chorbos: «Yo soy de Caño Roto [en Carabanchel], del barrio, he nacido aquí. Con cinco años [a mediados de los años cincuenta] vine aquí a Caño Roto. Vinimos de la carretera de Toledo. [El barrio ha cambiado] totalmente. [Antes] eran casitas, unas casitas pequeñas que nos hicieron. Aquí vinimos gitanos. Había gitanos y payos, sí, pero más bien nos trajeron [a los gitanos] a Caño Roto.» «Mira, aquí había bailaores y guitarristas, todos los mejores guitarristas. Había grupos, había cantaores, había de todo. O sea, era un barrio muy, muy bonito, muy flamenco. Éramos niños e íbamos a cantar en las casas. Nos ajuntábamos en las casas y por el barrio, en unos polígonos que había por aquí, con la guitarrita. Los Chorbos éramos cuatro. Éramos Manzanita; Veneno; un hermano mío, Miguel Losada, y yo. Al Veneno [lo llamaban así] desde pequeño, sería muy malo… [risas].» «Un señor al que llamaban Antonio Fernández –que fue quien descubrió a Las Grecas y a el Luis– estaba buscando artistas. Nos dijo: "Vamos a hacer un grupito." Y, entonces, ahí estuvimos todos, los cuatro. Y ahí se originó el sonido Caño Roto. [Antonio Fernández] era de la calle Barbieri, era un señor que era mánager, pero que era muy buena persona. Con un talento. El nombre de Los Chorbos y el de Las Grecas los puso él. [Nos puso Los Chorbos] porque él era muy madrileño: "¡Qué hay, chorbo!" Es una palabra muy madrileña, antigua.»

«Yo a Manzanita los conozco desde chiquitito, porque vivía aquí en el Chicharro. El Chicharro es una calle de aquí de Caño Roto, que le llamamos el Chicharro los gitanos. Él vivía con su padre, porque el padre cantaba y su madre bailaba, la Trini. Yo era su compadre. Yo

a Manzanita le sacaba siete u ocho años. [En el barrio] había pandillas, pero nosotros [nos dedicábamos a la música]. [Y] a Las Grecas [también] las conozco desde pequeñitas. Me parece que eran de San Blas, pero luego vivieron en Pan Bendito.» «José Luis de Carlos era una eminencia. Y, aparte, nosotros aportábamos música negra. Nosotros éramos gitanos muy adelantados. El sonido Caño Roto, con esa orquesta que hay ahí, con esos pedazo violines. [Muchas partes instrumentales del disco las grabaron] músicos de estudio, esos eran monstruos; los mejores que había en ese tiempo. Nosotros escuchábamos a The Temptations. A mí me encantaban y, bueno, a todos. Eran unos señores de América. Eso fue un boom. Mira, los únicos gitanos que fueron número uno de los 40 [Principales] fuimos nosotros, no es por nada, ¿eh?»

Le pregunto si ganaron dinero con las ventas de El sonido de Caño Roto (1975): «No, ahí nos engañaron mucho. Fue un disco muy promocionado, pero poco vendido. [Y giras hubo] muy pocas… Un tal Freddy se quedó con el dinero. [[El Freddy] era el representante de Las Grecas. Al Freddy lo quisimos matar nosotros. Ahí en Málaga, en la Feria de Málaga. Se llevó todo el dinero. ¡Era payo! Ahí ese tío se llevó toda la pasta [de Las Grecas], se llevó mucho dinero.»

Le pregunto por Los Chichos, que también fueron calificados por la prensa de sonido Caño Roto, aunque fuesen de Vallecas: «¡Claro! Si ese era mi compadre, Jero era mi compadre. Mira, el Jero era mi compadre, yo me tiré seis años con él. Para mí era un gitano que era un monstruo. Era un señor, te lo juro. Yo todo lo que pueda hablar de ese señor… Como artista era un monstruo y era un señor que tenía un corazón de oro. No podía ver a un pobre, en seguida le echaba dinero. Yo he grabado con él, o sea, yo con él era inseparable. Yo me he tirado con él en su casa horas y horas grabando. Y para mí era como un hermano.» «Vivía en el Pozo. Se le murieron tres hermanos y yo no sé qué le pasó ahí. Yo estuve en el velatorio y todo. Un día le llamé, porque me hizo mucha gracia… Me dice mi mujer: “Mira, que me han dicho que el Jero se ha muerto.” Yo tenía el número de teléfono de él. Le llamo y digo: “¿Está mi compadre?” Y dice: “Pero si soy yo, compadre.” Y le dije: “Me han dicho que te has muerto.” El gitano se tiró de la risa: “Pero, compadre, que no.” Y le contesté: “Bueno, compadre, que

dure usted mucho". Y empezó a llorar… Era uno de los amigos más grandes que he tenido en mi vida.» «A Jero le conocí en toda su pompa, cuando grabaron Ni más ni menos (1975) y todo eso. [Antes de hacerse famosos, Los Chichos] pasaban el plato por [la calle] Capitán Haya. Yo iba por ahí con ellos, y ellos pasaban el plato. Y [Jero] me decía: "¡Compadre! ¡Mira, Amador!" [Y me cantaba]: "Libre quiero ser." Y pensaba yo: "¡Ay, qué canción más bonita!" Fíjate, sin grabarla todavía [se refiere a la canción Quiero ser libre (1974)]. Pasaban el plato en los cruces. Cantaban una rumbita y les daban una propinilla.»

Lamentablemente, Los Chorbos se separaron. Amador me habla de la ruptura y la carrera en solitario de Manzanita: «El grupo se tuvo que romper, porque hubo problemas aquí con su mujer. Problemas entre gitanos. Tú sabes que los gitanos somos muy raros y, buah, se fue allí a Barcelona. Y vino por la noche [a despedirse]: "Compadre, me voy, me voy." Y se fue a Barcelona, porque tenía ahí familia.» José Luis de Carlos también habla de ello: «Fue una historia terrible. Manzanita se había casado con una niña que cantaba de puta madre, me hablaba mucho de ella: "Un día te la tengo que traer, que canta para reventar." "Mañana mismo", le dije. La llevó a [los estudios] Kirios e hicimos una maqueta en la que cantaba dos o tres canciones de él. Cantaba muy bien, un poco en la línea de Tina [Las Grecas], no tan buena. Al día siguiente de eso, pero literalmente, o dos días máximo, me entero de que Manzanita ha levantado el vuelo y que se ha pirado a Barcelona con toda la familia, porque por un problema familiar lo querían matar. Fue tremendo, porque es que lo mataban. De hecho, se fue a Barcelona, desapareció y no volvió hasta tiempo después.» «El primer disco [de Manzanita] es un pelotazo y le llaman para hacer promoción, y al principio no se atreve a venir a Madrid, hasta que se decide, porque [José María] Íñigo le llama para hacer su programa de televisión, y los otros se enteran. Se enteran de dónde está y van a por él, le persiguen en un coche por toda la Casa de Campo, se esconde en una comisaría de Policía, ahí los otros se retiran y logra llegar a TVE. Y volvió a Barcelona. Hasta que no pasaron dos o tres años no estuvo tranquilo, siempre tenía que venir acompañado. Hasta que los otros, poco a poco, fueron aflojando… Y así se acabaron Los Chorbos.» Según Antonio Benamargo, que conoce bien el mundo flamenco: «¡Eso fue una movida entre calós! No sé. Alguna "ruina"

tendría y se tuvo que ir a Barcelona, sí. Una "ruina" es, o por las mujeres, o por alguna muerte. Pero, como ya sabes, eso ellos lo esconden. Si tú logras escaparte, te salvas. Si apareces, sabes que tienes la amenaza y te pueden meter una puñalada.» Pregunto a Benamargo cómo puede uno redimirse de esa amenaza: «Hasta que te perdone alguien o se muera el que te amenazó. Eso es la ley de ellos.»

Con su disco Talco y Bronce (1981), que grabó en Nueva York, Manzanita sentaría las bases del nuevo flamenco de los años noventa, con artistas como Ray Heredia o Ketama. Luego está El Luis –que en su momento también grabó con Acropol y era conocido como el gitano de la voz negra. Dice José Luis de Carlos: «El Luis es otro pájaro de muchísimo cuidado, la historia de El Luis es increíble.» De Carlos lo fichó para CBS: «Aparece [el Luis], porque Las Grecas me hablan de él, de que había un muchacho en Argentina al que llaman el Gitano Argentino, que no es argentino, pero sí gitano. Me dicen: "Nosotras cuando íbamos de fiesta cantábamos con él, te va a encantar". Les dije que me gustaría saber más de él.» Tanto Luis como Las Grecas eran de apellido Barrull, pero, según De Carlos: «No eran familia, he conocido muchos Barrull y ninguno son familia, aunque vete a saber. Entre los gitanos hay muchos Barrull. Un día Carmen me dice: "Me he enterado de que viene El Luis, que se viene a España."» Habla ahora el propio Luis: «Allí [en Argentina] había un teatro al que venían muchas compañías flamencas –Lola Flores, Antonio Gades, etc.– y al final de su actuación me oían cantar en juergas particulares que teníamos nosotros. Se sorprendían que yo cantara distinto a los demás. En ocasiones me grababan cintas y se las traían para España. Hasta el punto de que luego, aquí, se regrababan y se vendían entre los gitanos...»

José Luis de Carlos: «Claro, él se entera que Las Grecas han sacado un disco que es un pelotazo, y que en ese disco hay un tema de él, Asingara. Me comentan qué día viene y le digo que voy a recogerlo. Fui al aeropuerto, venía con su maleta y su guitarra, y prácticamente con una mochila. Lo veo y le digo: "¿Eres Luis?" "Sí, Luis Barrull, encantado". Muy serio, muy tímido. Y nada, cogimos un taxi y del aeropuerto fuimos directamente a los estudios Kirios, con todo el viaje que él llevaba encima». «Yo no quería perder

tiempo, y le pregunté si le importaba que fuéramos al estudio a que cantara, para grabar una maqueta, y contestó que no, que él encantado. "¿Estás muy cansado?" "No, estoy perfecto." No sé si se metería algo de coca. Fuimos a Kirios, que era un estudio donde yo trabajaba mucho y que lamentablemente ya no existe. El caso es que llegó al estudio, con Pepe Loeches, el ingeniero, con el que hice muchísimas grabaciones, le pusimos un micro a su guitarra y otro para la voz y un vaso de whisky, que él se lo ponía al lado de silla. Y digo: "Pues nada, Luis, enróllate, empieza a cantar lo que tienes, que quiero oírlo, y además lo grabo para tenerlo y estudiarlo." Y empieza a cantar… Joder, empieza a cantar ¡y canta como nadie que yo hubiera escuchado en la vida! Es decir, canta con una precisión tan acojonante, cantando tan difícil, tan largo y tan cuadrado que no lo entiendo, y digo: "Esto que estamos viendo no es posible, Pepe." [Grababa los temas] uno detrás de otro, sin descansar; acojonante, nunca había visto una cosa así». El Luis (1976), primer disco del artista, se basó en esa grabación y fue un éxito: «El primero fue una sorpresa, y por eso vendió muy bien, también porque es un disco verdaderamente bestial y rotundo. Luego pasa que su andadura personal y su carácter poco comunicativo y errático en cuanto a sus costumbres no le beneficiaron, pero era encantador, eh.»

En 1981 ambos graban Gitano soul: «Casi todo ese disco tiene que ver con su paso por la cárcel; de hecho, la promoción la hicimos con un concierto en la cárcel de Carabanchel… Lo medio compuso en la cárcel, que ya sólo por los títulos de los temas se percibe claramente... Cuando compuso Gitano soul estuvo [en la cárcel] sólo unos meses. Lo peor vino luego.» El Luis: «En la cárcel te sobra tiempo y tienes muchos temas en los que pensar...Yo me desahogaba escribiendo sobre esa angustia de estar encerrado, de no tener libertad. Allí escribí diez canciones y pedí permiso para que me dejaran un casete y una guitarra... bueno, la guitarra no me hizo falta, porque allí había otros gitanos que me ayudaron. En líneas generales, lo de mi paso por la cárcel fue una experiencia más en mi vida, de la que no me arrepiento»[10]. José Luis de Carlos: «Trapicheaba o no sé, porque yo no me enteraba, ni quería saber nada. Lo gordo fue luego, que me enteré aquí en casa, leyendo el periódico: "La Policía detiene a un gitano en la carretera a Sevilla con dos kilos de cocaína". Y contaba que era un artista, daban el

nombre, lo había pillado la Guardia Civil. Él había estado viviendo en México un par de años, le comieron el coco para que se trajera un par de kilos y alguien dio el soplo, porque lo pilaron no en el aeropuerto, sino yendo con el coche hacia Andalucía. Le paró la Policía y le pillaron con dos kilos, que es cárcel».

Sobre si era fácil trabajar con los artistas gitanos de Caño Roto y otros barrios depauperados de Madrid afirma: «Diría que sí, el único problema que tienen los gitanos es que no están enseñados a ensayar. Lo de ensayar no cuenta para ellos. Para ellos es "pónmela al cinco [de volumen]" y a cantar; no hay ensayo que valga, "yo sé cantar, y por tanto no tengo nada que ensayar, canto, toco y adelante". Ese es el problema con ellos»[11].

Hablemos ahora de la realidad del barrio que dio nombre al sonido, Caño Roto. A través de internet entré en contacto con Pepe Clarett, nativo de Caño Roto y contemporáneo de Los Chorbos. «Yo nací en Ciudad Real, pero llegué a Caño Roto cuando tenía tres o cuatro años. Yo nací en 1951, estaría ahí sobre 1955. [Vivía] en lo que es el Poblado Mínimo de Caño Roto, que es el corazón [del barrio] antes de hacer las otras zonas. Aquella época era la anterior a cuando llegaron los domingueros, que se llamaban así porque venían a trabajar y construir [nuevos edificios] los domingos. El poblado de Caño Roto eran construcciones sociales, que eran blancas, muy andaluzas. Obra sindical se llamaba. Eran alquileres muy baratos que con el tiempo pasaban a ser tu propiedad.» «Cuando vivíamos en Caño Roto era una zona sin carretera. La vía Carpetana se llamaba la vía de las Ánimas, por la cosa del cementerio de San Isidro que había ahí. Había carros con animales, todo era tierra, en invierno se atascaban. Hubo algunos crímenes desagradables… mataron a un tío para violar a su novia y los cogieron porque eran vecinos. Eso sería en 1960». «Había gitanos en la zona. Luego trajeron muchos más, más tarde. Estaba todo muy mezclado, los payos y los gitanos. La población venía de zonas rurales o de chabolas. Yo, afortunadamente, fui a un colegio en Embajadores. Mis padres hicieron un esfuerzo enorme y me llevaban todos los días andando hasta General Ricardos a coger el autobús. A los doce años o así volvimos a la zona en un colegio que había; República Argentina se llamaba. [El colegio era] una mierda, era horrible. A nosotros no nos llevaban en grupos de excursión, a

ver la fábrica de cerveza [Mahou] o cosas así. Nos lo decía el director, [que era] porque íbamos vestidos como una mierda.»

Pregunto a Pepe si temía las potenciales amenazas de macarras de barrio: «No, porque en aquella época los patriarcas tenían mucho poder sobre la movida; tenían ascendencia sobre lo que pasaba en el barrio. En tiempos de la droga, ya los patriarcas pierden toda la autoridad. Me acuerdo de [mi madre] que tuvo una bronca con la madre de otra niña, fue al patriarca y el patriarca le pegó una hostia [a la otra señora]: la pone en el sitio en un momento. Los gitanos si hacían cosas [ilegales] tenían la costumbre de hacerlas fuera, en zonas donde no estaban ellos. Pero cuando vino el mundo de la heroína… Los que manejan la pasta, el dinero y la violencia, pues, son los jóvenes, y los patriarcas pierden mucha autoridad. Porque antes un patriarca gitano tenía mucha importancia, ¿no? Porque si destierras a un gitano es como mandarlo al fin del mundo, era terrible. Ellos esa herramienta la tenían.»

«[En el barrio] había muchos artistas, siempre estaban cantando en la calle, tocando los bongos. Entonces hablábamos que había más artistas y delincuentes por metro cuadrado [en Caño Roto] que en toda España. Vamos, ahí las Navidades eran maravillosas, ¿no? Había mucha fiesta, muy externa, muy en la calle. Ahí en verano dormíamos con los colchones fuera en la calle. Nos metíamos [a dormir] en un colchón toda la familia. El calor era insoportable.» «Las casas eran pequeñas, pero bueno, tenían una especie de estufa económica, que es una estufa donde metes leña, carbón, y al mismo tiempo te calienta un termo y te caliente el agua caliente. Nosotros dormíamos en literas. Mi casa tenía tres habitaciones [en el piso de arriba] y abajo dos, un comedor y un saloncito.» «Ahí iba mucho Manzanita, iban Los Chorbos, Los Chichos; Los Chorbos eran de ahí concretamente, alguno vive ahí todavía. Y estaba el Tupé, que era un bailaor flamenco de puta madre, y su mujer la Cuatro. Aparte de esta gente conocida, todo el mundo practicaba el cante y el baile. Ahí no había televisión, no había iPad. Yo algo que echo de menos es que no sólo los gitanos, sino que las mujeres tarareaban mientras tendían la ropa. Ahora ya nadie canta. En mi bloque, que éramos seis familias, había dos que tocaban la guitarra o tenían grupos de música.»

En el barrio existían las pandillas en los sesenta y setenta, aunque no resultaban problemáticas para los propios miembros de la comunidad: «Había peleas de pandillas, sí, sí, sí. Pero no eran con los de Caño Roto, era con los de San Blas, con los de Carabanchel Alto. Había grupos e iban con las camisetas negras… Había muchas leyes, muchas normas entre los propios jóvenes: "Esto vale, esto no vale." O sea, que había también miedo a que la violencia se desatase [puesto que las leyes eran una forma de controlar los niveles de violencia] y no había grandes problemas. Si había una pelea [por ejemplo] no valen cuchillos, no valen piedras. [Había normas] que se iban transmitiendo [a modo de tradiciones]. Las bandas tenían los nombres de los barrios de donde eran, ¿no?»

«Yo me fui en 1975. Hace mucho tiempo que no estoy ahí, pero es muy chungo. Es mucho peor ahora Caño Roto, ¿eh? Porque hay mucha delincuencia, tío. Mucha delincuencia y cualquier cuerpo extraño lo notan en seguida, ¿eh? Sí, sí, sí. Si quieres darte un paseíto en coche sin salir del coche y tal..., pero te puedes encontrar con la carreterita cortada con otros coches aparcados y que no se quieran mover. Te puedes encontrar con momentos desagradables. Ahora está como un territorio vigilado. Ahí es difícil entrar si no [te conocen]. Si eres un cartero no pasa nada, si vas a arreglar algo de la luz…, pero si vas a curiosear, en seguida te detectan.»

El exboxeador y figura televisiva Jero García también es de la zona: «Yo nací en 1970 y vivía en el Tercio Terol[12], donde el canódromo, Caño Roto, Cerro de la Mica… Yo ahí me he criado. En mi barrio era la ley del más fuerte. O sea, no valían tonterías. Nosotros, más que pandillas, teníamos equipos de fútbol. Nosotros nos tiramos un año sin poder jugar, porque no querían [los de otros equipos]. Solamente jugábamos, sábado sí, sábado no, con los del reformatorio; el reformatorio estaba donde hoy está el instituto de Carabanchel. Eran los únicos que nos aguantaban. Con ellos no nos peleábamos, ahí había mucho respeto [risas]. Además, éramos los únicos que nos atrevíamos a jugar con ellos. Luego, aparte, [teníamos amigos] del barrio que estaban ahí [en el reformatorio]. Y, luego, con catorce o quince años entramos en la liga de Carabanchel y duramos seis partidos, porque nos pegamos con los de Opañel. Nosotros éramos el Pradera Tercio Terol y nos pegamos en el campo y nos echaron. Éramos más conocidos como el Tercio

del Terror.» «Tercio Terol era el típico barrio-colonia [de casas bajas] y es donde ahora se han ido todos los actores a vivir ahí. Luego estaban los pisos, que eran máximo tres o cuatro niveles. Y luego las chabolas. Ese era, digamos, el paisaje. Yo vivía en un piso alto, el último piso alto justo antes de la colonia». «El Tercio Terol era como un pueblecito, pero que confluían en él dos de los mercados de la droga más importantes: el Cerro de la Mica y el Camino Alto de San Isidro. Y, entonces, ¿qué ocurre? Que al final siempre era una trashumancia de enfermos, de yonquis, que iban a por la dosis. En ese momento, además, el único metro que había era Urgel. Siempre pasaban por ahí. Y muchas veces para pillar la dosis tenían que robar en el barrio. Y, por eso, nosotros desde muy pequeños hemos tenido que soltar la mano a pasear. Al final eras tú o ellos.»

Por su parte, grupos como Los Chichos y Los Chunguitos eran de Vallecas, barrio del sur de Madrid con similares problemas a los de Carabanchel. Tanto los artistas de Caño Roto mencionados como Los Chichos y Los Chunguitos eran músicos que sublimaron la realidad de las calles a través de su arte. El escritor Montero Glez me habla de este tipo de procesos culturales: «La soleá, el martinete, son los palos de fatiga en flamenco. Son los cantes de trabajo, ¿no? Entonces, ahí me doy cuenta de la relación que puede existir entre el blues y el flamenco. El flamenco al igual que el blues viene del cante de fatiga, del cante de la esclavitud, de los algodoneros negros, ¿no? El flamenco viene del cante de fatiga, de la gente que está trabajando el campo, también de la esclavitud, y de ese escape, de esa salida ante la fatiga, para llevar mejor la fatiga. [Por ejemplo] el compás del martinete se lleva en la fragua con los herreros. Es un cante a cappela sin acompañamiento o, mejor dicho, con el único acompañamiento del martillo dando en el yunque.» Se trataba, en definitiva, de un cante que se realizaba durante el trabajo para aliviar su pesada carga. «El flamenco es el cante de fatiga que [aparece] cuando en los años cincuenta empiezan a extenderse los barrios en el extrarradio de las grandes ciudades, los núcleos chabolistas, porque viene gente de fuera a trabajar a las ciudades; ya sea a Madrid, a Barcelona, a Bilbao. Con todo lo que es esa explosión industrial o desarrollismo que se da en el franquismo, las ciudades se amplían por el extrarradio. Y esos extrarradios, ¿quién los amplía? Pues los inmigrantes que vienen, ¿no? Esos

inmigrantes vienen del sur y del sur no sólo traen su gastronomía, sus fritos y sus potajes. También traen su imaginario sonoro, y ese imaginario sonoro es el flamenco. Esa es la base. Luego, con los años el flamenco se empieza a mestizar con músicas que llegan a finales de los sesenta, de los setenta; con la música disco, la música funk, el soul y todo eso. Ahí surge el sonido Caño Roto, que es una rumba madrileña cuyas letras hablan de los márgenes, de aquello que vive la gente de los márgenes.» «En esos años ya empiezan las aspiraciones burguesas, ya se pierde la conciencia de clase y hay una conciencia que no se pierde, que es la conciencia de raza. Entonces, el gitano, que vive en el extrarradio, también quiere ese coche, aunque no tiene la entrada para la actividad crediticia –porque la actividad crediticia no se la van a dar nunca–. Entonces, se toma la libertad por su mano de coger el coche y robarlo. [Por entonces] cambia el imaginario sonoro en lo que es la música, pero también en el contenido de las letras. Ya no te hablan de la fatiga que se pasa en el campo con la soleá, te hablan del coche que cholaron y de cómo vino la pasma a meterle preso por haber cholado un carro.»

El flamencólogo Antonio Benamargo: «Yo vivía en el Pueblo de Vallecas, que era donde vivían Los Chichos. Fue un barrio asolado por la heroína. En esos años se vivía en la calle y había mucha convivencia entre distintas tribus, que hasta entonces no había existido. O sea, la gente del flamenco con la gente de la rumba, y también con los rockeros. Eso antes no había pasado, ¿sabes? Y, al mismo tiempo, se intercambiaban las sustancias también; los paraísos artificiales. [La gente estaba] en baretos y en la calle, en los jardines, en los parques. No había locales en el barrio para tocar en directo. Se juntaban ellos, los colegas, en los parques a tocar música. Después el que salía artista, pues ya empezaba a tocar en las discotecas.»

A Los Chichos los descubrió Antonio Sánchez, el padre de Paco de Lucía, que habló con José Torregrosa, productor de la Philips: «Los arreglos que hacía Torregrosa eran del género ese que llamaba "gypsy exploitation", [como] de las películas de Shaft (1971). Torregrosa era el productor»[13]. Jero, el líder y cantante de Los Chichos, vivía con su familia de la venta ambulante. Vendían ropa, frutas y ajos. Según se dice, el nombre de Jero le viene de las

vecinas que le llamaban el Ajero. Se casó a la edad de diecisiete años con una niña de 14, Araceli Borja. Algunas de sus canciones son Papa, tú no pegues a la mama (1981) o Miles de madres llorando, sobre la epidemia de la heroína. «Lo nuestro eran canciones reales», dicen ellos mismos en una entrevista. «Unas estaban vividas en carne propia, otras porque las habíamos visto en la carne de otras personas.» Joan Manuel Serrat dijo de ellos que eran «los que ponen voz a los sin voz».

A Los Chunguitos, por su parte, los descubrió Ramón Arcusa –del Dúo Dinámico–, tras verlos actuar en una fiesta: «Los Chunguitos, desde mi punto de vista, [tienen] dos épocas muy distintas. Cuando murió Enrique Salazar el grupo ya perdió el talento. Igual que Los Chichos cuando murió el Jero.» «Enrique era el alma del grupo y cuando murió, se descabezó. Siguieron la inercia, pero no es lo mismo, no es lo mismo.»

La fama llega a Los Chunguitos cuando escriben música para películas de cine quinqui como Perros callejeros II: Busca y captura (1979) y en Deprisa, deprisa (1981); en esta última aportan Ay, qué dolor y Me quedo contigo. Los llamaban Los Chunguitos por haber sido muy traviesos de niños. Nacidos y criados en Badajoz, se mudaron con su familia a un Madrid en los últimos años del franquismo. Compraron una chabola en Vallecas por mil pesetas en la que los nueve niños dormían juntos; hoy sólo quedan dos chicos y tres chicas. Toñi, que luego formó parte de Azúcar Moreno, vendía lotería y decía a la gente que si no le compraban les iba a echar una maldición: «Llegaba a casa con toda la lotería vendida». El 24 de junio de 1982, después de tres días hospitalizado, moría Enrique Salazar, el genio de Los Chunguitos. Toñi y Encarna Salazar, de Azúcar Moreno: «El médico dijo que no era nada peligroso, hicimos un fiestón en la chabola celebrando que estaba bien... Y a los cuatro días se murió»[14].

Muchos de estos artistas gitanos que dotaron a las calles de una banda sonora vivieron peligrosamente. Este es el caso de Tony el Gitano, con quien iniciamos el capítulo. Según El Periódico: «El asesinato de un joven gitano, Antonio, de dieciocho años, hace dos meses en el Besòs tuvo el sábado una segunda parte. La rápida intervención de los Mossos d'Esquadra frustró en el Poblenou el

intento de asesinato del progenitor del fallecido, Tony el Gitano, a manos de Manuel B., el padre de uno de los cuatro arrestados, Juan Antonio B., por el homicidio de hace dos meses… Los hechos ocurrieron entre las ocho y las nueve de la noche en el parque del Poblenou, en el distrito de Sant Martí. Una pareja de agentes de paisano que patrullaba por el paseo de Calvell vio a un hombre y a una mujer que discutían. Fuentes policiales explicaron que el individuo tenía una pistola en la mano y alardeaba […] Manuel B. supo que Tony el Gitano estaba en la zona porque minutos antes se habían visto cuando el primero se dirigía a la playa con un menor. Poco después, Manuel B. regresó, al parecer ya con el arma. Los Mossos pidieron refuerzos y siguieron a Manuel B. a una distancia prudencial. Cuando oyó las sirenas, el hombre echó a correr, momento en el que los agentes le dieron el alto y el hombre les encañonó. Uno de los policías hizo un disparo al aire y el presunto homicida guardó de nuevo el arma y salió corriendo. Los policías le siguieron y lograron inmovilizarle tras tirarle al suelo. En el momento del arresto, Manuel B. gritó varias veces que le soltaran porque le tenía que matar. Según la Policía, el enfrentamiento que ambas familias mantienen desde hace tiempo puede estar detrás de este intento de homicidio. Tony el Gitano explicó a los Mossos d'Esquadra que llevaba varios días amenazado. El asesinato de Antonio, el hijo de Tony el Gitano, se produjo el 5 de mayo en un bar de la calle de Perpinyà, a la que acudió con un amigo a desayunar tras pasar la noche en la Feria de Abril, en el Fòrum. Poco después, entraron otros jóvenes, discutieron y uno de ellos apuñaló a Antonio. Los Mossos detuvieron a Adán M., de diecinueve años; Diego F., de veinticinco; Cristian A., de diecinueve años, y Juan Antonio B., de diecisiete años. Los Mossos consideran que Adán M. y Juan Antonio B. son los autores materiales de la muerte»[15].

Narraré ahora una anécdota relacionada con el nuevo flamenco, que floreció a principios de los noventa y que, según muchos, desciende de Manzanita y otros artistas vinculados al sonido Caño Roto. Los recuerdos del escritor Montero Glez nos servirán para terminar con una nota positiva: «Para el año 88, 89 yo estoy metido en el Candela, que es un bar de flamenco en el que hay una cueva. Ahí descubro la pureza no sólo del flamenco, sino de las relaciones, de las relaciones con los gitanos. Y me hermano con ellos. Ahí

descubro otro mundo posible, un mundo donde se aspira a la belleza desde la pobreza económica, pero desde una gran riqueza que no tiene nada que ver con la riqueza a la que aspiran los payos.» «En el Candela surge lo que ha venido a llamarse los jóvenes flamencos, y de esos jóvenes los primeros que despuntan son Ketama. En el año noventa acababan de sacar su primer disco para una multinacional y empezaban a sonar en la radio. Se habían conseguido colar por esas grietas que tiene el sistema.»

«Entonces, Prince, al venir de gira pide algo [que congenie con] su música, y la discográfica le coloca a Ketama como teloneros. Prince es un tipo que es una superestrella de la música y las estrellas no prueban sonido. El sonido lo prueban sus ayudantes. Y a las tres de la tarde, con el calor que hacía en verano en el Vicente Calderón, ¿no?, los Ketama fueron a probar sonido, yo fui con ellos. Y, de repente, están probando las guitarras, está José Soto afinando la voz, está Antonio Carmona tocando el cajón, y aparece Prince. Y yo me quedo flipado cuando veo a un tipo parecido a Prince pasar por delante de mí, porque yo no pensaba que pudiese ser Prince. Era un tipo muy bajito, muy fibrado, con mucha cabeza, muy erguido e iba con un chaleco y unos pantalones vaqueros con campana muy apretados, unos botines y nada debajo del chaleco. Dije: "Este no es que se parezca a Prince, este tío es Prince. ¡Hostia puta!". Entonces, el tío se plantó en el centro del backstage con los brazos cruzados mirando sin pestañear al grupo que iba a ser telonero. Mirando con una actitud a la defensiva. En plan: "Esta gente qué bien toca, que tocan tan bien que me están tocando los cojones." Con ese punto. Ketama se dieron cuenta y se pusieron a tocar todavía mejor, ¿no? Se empezó a hacer escalas el Josemi con el Juan Carmona y empezó el José Soto a afinar tremendo, y ya luego el Antonio Carmona se puso a hacer redobles. Fue en plan: "¿Por qué nos miras si somos mejores que tú?" Entonces la cosa empezó a ponerse bonita, ¿no? Entonces, terminan de probar y el Prince pega un brinco… No sube por detrás del escenario, no, qué va, salta y se sube al escenario, como diciendo: "Ahora me toca a mí." El tío empieza, con los pitos de la mano [chasquidos], a cantar góspel y a coger el micrófono y a bailar alrededor de él. Una cosa de locura. Y yo y los Ketama nos quedamos flipados. Y después cogió una guitarra y empezó a masturbarla a lo Jimi Hendrix. Con todo el calorazo. Al Prince ya brillándole los abdominales del sudor. Y después de eso el tío cogió

y se sentó al piano y ahí se hizo Purple Rain, y eso fue ya la hostia.» «[En el concierto de Prince teloneado por Ketama] estaba Antonio Vega a mi izquierda, a mi derecha Ray [Heredia], enfrente de mí Prince, ¿no? A veces recuerdo eso y sólo quedo yo. Soy el superviviente de aquella trinidad, ¿no? Antonio, Prince y Ray, ¿no? Sólo quedo yo, el que fue testigo de la trinidad aquella. Que fue un momento de esos que la vida te regala. Prince cantando Purple Rain, a un lado Ray Heredia, al otro Antonio Vega, ¿no? Cerveza, buena onda… Tener ahí a la Santísima Trinidad.»

«Luego el Ray y yo nos fuimos a los camerinos, porque los camerinos que habían montado eran la hostia. Nunca en mi puta vida he visto un catering así. Unas bandejas de fruta, unos zumos, bueno…, Coca-Cola, todo, ginebra, whisky, un lacón, pata de jamón cocido. Eso era exuberancia. Latas de caviar, un queso camembert gigante cortado en trocitos.» «Entonces, nos hicimos con una furgoneta e hicimos tres viajes para [llevarnos todo]. Del Vicente Calderón al Rastro de Madrid. Y todo Cascorro iluminado, eso fue increíble. Los gitanos de Cascorro en los balcones salían a ayudarnos. Eso lo he visto yo aquí en el sur, donde vivo ahora, he trabajado mucho siguiendo pateras y he visto mucho alijo de drogas, cuando llegan a la costa, y en seguida se hacen cadenas para ir con la mercancía de un lado para otro para meterla en los camiones, en los coches, en los vehículos, ¿no? Para alijar. Cada vez que lo veo me recuerda a aquel día, a los gitanos haciendo cadenas humanas llevando a las casas los cartones de leche, fruta, y: "Venga, esperad, ahora volvemos que hay más." La pata de lacón, las latas, todos ahí, era una fiesta. Los gitanos viven en familia, y Ray vivía ahí. Vivía con su mujer, pero es que sus suegros vivían en la casa de al lado. Su cuñado vivía enfrente, el sobrino… todos son familia en el Rastro de Madrid. Llegas con una furgoneta y no es sólo para una casa, es para todo el mundo; eso era comunitario. Y todos los balcones iluminados y los gitanos bajaban y hacíamos una cadena humana para llevar los cartones de leche para los niños de no sé dónde, etc. Tres viajes, eso fue la hostia. Se llenó de leche el Rastro, de fruta, lacón, queso… aquello fue una fiesta.»

«En fin de año de 1990 estuvimos en el tablao Zambra, creo que era. Lola Flores era dueña o socia de ese tablao. Yo fui con los Habichuela, los Ketama, Lola Flores, el Pescaílla, Antonio. Ahí

actuaba Joaquín Cortés. De ahí fuimos al chalet de Lola, que estaba en la Moraleja. Y yo ahí ya me fui en Reyes, la noche de Reyes me fui. Porque es que eso seguía, tío. Yo a los cinco días ya estaba reventado. Las fiestas gitanas duran mucho, duran hasta que te canses. Eso es muy fuerte. Tú te echas un rato, diez minutos dormido encima de una mesa y a los diez minutos, ¡boom! Te despiertas de repente. [Los gitanos] tienen más fuerza que nosotros. Tú piensa que un cantaor ya sólo para cantar… un cantaor flamenco no puede cantar todos los días, porque es un derroche de energía brutal. Para cantar hay que tener mucha fuerza. Porque, además, el cante flamenco no sale de la garganta; sale de debajo, de mucho más abajo, del estómago, no sé, de las tripas, de la entraña. Un gitano es más fuerte que un payo. La naturaleza gitana es más fuerte que la del payo, eso te lo digo. Eso lo sé yo, he convivido con ellos, son más fuertes, aguantan más y tienen más aguante para todo esto, y para la fiesta… los gitanos son la fiesta.»

---

[1] Juan José Moreno Cuenca, Hasta la libertad, Barcelona Ediciones B, 2001, pp. 271, 284.

[2] [https://carabancheleando.net/2014/08/21/diccionario-de-las-periferias-sonido-cano-roto/].

[3] En la conversación estamos presentes yo, Dani, Juan Vicente Córdoba, el Coleta y Aida Dos Santos.

[4] Parte de la letra dice: «Por sacar las cuatro monedas, una rumi me llama macarra y ahora yo me veo preso en la estaribel. Macarra, yo no soy eso [...] Porque saco de mi sombrero todas las noches un corazón […] y hago con él lo que quiero [...] me diñela hasta el jurdón, por eso me dicen todos cuando me ven pasar, señor, y a mí me señalan: “ahí está el varo macarra” [...] yo no soy eso [...]».

[5] Discos Templo: Daniel Gutiérrez, Jon Navarro, Fernando Tomé.

[6] Según me comenta el flamencólogo Antonio Benamargo, estaban también Tito Duarte, Carlos Villa a la guitarra, Manolo Gas y Luis Cobos, tocando los teclados.

[7] «Entrevista a José Luis de Carlos», en Radio Futura. La búsqueda

constante, pp. 132-170, Cuadernos Efe Eme 21 (otoño de 2019).

[8] Video de YouTube. Las Grecas - Tina y Carmela, parte 2, homenaje, entrevista a Carmela, año 2019 [https://www.youtube.com/watch?v=occXWSueG7s].

[9] Video de YouTube. Canción española: Las Grecas, parte 1 [https://www.youtube.com/watch?v=sn3LeH4CIXo].

[10] Recordando a El Luis, un gitano coruñés con «soul» y «duende»: [http://nitope.blogspot.com/2014/02/recordando-el-luis-un-gitano-corunes.html].

[11] «Entrevista a José Luis de Carlos», en Radio Futura. La búsqueda constante, pp. 132-170, Cuadernos Efe Eme 21 (otoño de 2019).

[12] Se trata de la colonia Tercio y Terol, un conjunto de viviendas unifamiliares construido en Madrid por la Dirección General de Regiones Devastadas (DGRD) en los años cuarenta y cincuenta.

[13] Digamos que era el José Luis de Carlos de la CBS.

[14] «Los Chunguitos: una vida marcada por la muerte temprana de sus padres (y hermano)», Vanitatis, 9 de octubre de 2019.

[15] «Un detenido por intentar matar al rumbero Tony el Gitano», El Periódico, 11 de julio de 2007.

Capítulo VIII

Macarradas de la Movida

Gamberros ochenteros de Madrid

Narraremos ahora anécdotas vinculadas a la Movida madrileña, a jóvenes que en esos años se la jugaban en las calles de la capital. La Movida fue un momento decisivo en el que las tribus urbanas monopolizaron la escena callejera. Dichas tribus, en muchos casos, eran enemigas unas de otras, lo cual daba pie a conductas hostiles y violentas entre grupos identitarios diferentes. A su vez, dichas tribus urbanas, que representaban identidades de consumo globales, integraban en sus filas y asimilaban a macarras callejeros que ejercían la violencia o cometían delitos. En esos años no es raro, por ejemplo, oír a los mods hablar de sus enemigos como macarras o delincuentes «disfrazados de rockers». Lo cierto es que las tribus urbanas, como fenómeno amplio, contaron en su seno con subgrupos callejeros o pandillas que operaban como tales, aunque bajo el amparo de la identidad de turno. Luego, ya en los noventa, otras tribus monopolizaron el macarrismo, como fue el caso de los bakalas (de los que hablaremos más adelante).

Por otro lado, la violencia también era ejercida, en muchos casos, entre integrantes de una misma identidad tribal, unos contra otros. Existen, por ejemplo, testimonios de rockers que atracaban o agredían a otros rockers (algunos, incluso, robaban los instrumentos musicales a bandas de rockabilly, antes o después de sus conciertos); una hostilidad interna visible en los años noventa también entre raperos, skinheads neonazis o bakalas (este tipo de hostilidad entre sujetos pertenecientes a una misma tribu urbana fue mucho menos común en el caso de los punks, los heavys o los redskins y sharperos). La Movida sirve, pues, de introducción ideal a ese mundo feroz que palpitaría por mucho tiempo en cada una de las identidades tribales, donde los macarras, aunque «disfrazados», seguirían haciendo de las suyas.

Decir, por su parte, que es importante también sacar a la luz el lado oscuro de la Movida, representada pública y hasta institucionalmente como un hito de modernidad, libertad y hedonismo. Kiko Matamoros, famosa personalidad televisiva, me ofreció durante una entrevista un análisis sintético e informal que expresa muy bien qué fue en el fondo la Movida madrileña: «La Movida era una especie de ventosa o agujero negro que atraía a un montón de catetos disfrazados que de repente decidían que todos eran pintores, todos eran músicos, y al final echas la vista atrás y ¿qué cojones te queda? Una puta mierda. Yo creo que la mayoría tenía un complejo de inferioridad de puta madre. Al final lo que querían era una identidad y a tomar por culo. Y eso era muy fácil». Hay que entender el complejo de inferioridad que padecían los españoles por aquellos años, siendo la Movida, en muchos casos, un modo de disfrazar carencias muy reales y dañinas para interacción social[1]. Ni la Movida fue tan moderna, ni tan libre, ni tan divertida, sino, más bien, una herramienta para el enaltecimiento identitario de una juventud acomplejada.

Mi amigo Juan Carlos el Feo, un sujeto que estuvo al pie del cañón nada más llegar a España en la escena punk, me habla de su adolescencia en Madrid: «Yo paraba [por Cuatro Caminos] porque tenía un amigo de toda la vida, el Manolo… Que he ido siempre con él. Este vivía en Cuatro Caminos y luego los que vivían en su barrio, que eran un pelín más jovencitos; todos aquellos luego se murieron con el caballo. Yo soy de 1961 ellos unos años más jóvenes». «Nosotros éramos punks. Mi amigo siempre ha trapicheado con discos. Sigue todavía trapicheando… Yo me acuerdo que vendía la hostia, o sea, se los traían de Londres, no sé qué, tal… Los pedía por encargo o algo. Y me acuerdo, sobre todo, de uno de Sid Vicious. Era una foto en la portada, otra foto en la contraportada, el LP y un póster. Pues el tío vendió, eh, el póster por un lado, la foto de la portada por otro, la foto de la contraportada por otro y el disco por otro[2]. ¡Más pirata [mi amigo] imposible! No tenía ni carátula el disco. ¡La hostia, vamos!»

Manolo vivía en la calle Alenza, con su abuela: «Vivía con la abuela, porque no tenía padre. Bueno, tenía padre, pero casi no le conoció y la madre trabajaba en la base de Torrejón… Y vivía con la abuela, que no era ni la abuela… [risas]. La abuela era una señora a la que

pagaba la madre para que cuidase de él. De eso se enteró al final [años después]». Le pregunto si estas circunstancias le acarrearon algún tipo de trauma en años posteriores y me contesta: «No… Sí, claro, no, no, lo que pasa es que siempre ha sido… ¡A ese le llamábamos el Rata! Vamos, exactamente… Siempre ha sido un ladrón, liante». «Me decía: "Le he pedido a la cabrona de mi abuela 45 pesetas y no me las ha dado". Entonces lo que hacía es que le desenchufaba la tele, porque la mujer no llegaba al enchufe, claro. Hacía lo que le salía de la polla. Yo me acuerdo ahí en su casa, en el váter tener una guía de teléfonos como papel. En vez de papel higiénico, era una guía de teléfonos que arrancabas una hoja y te limpiabas. Te lo juro, y no era un bar, no era un bar. Era su casa, macho, exactamente. En algunos bares era cosa común. Sí, sí, claro. Hacían un agujero en la guía, exactamente, metían como un gancho y ahí se quedaba la guía. Arrancabas la hoja y te limpiabas… El primer papel higiénico es aquel del Elefante que era mate, ¿sabes? Te lo juro. O sea, mate. Algo que no absorbe nada. Que te limpias el culo y echa la mierda para un lado y para el otro. Papel el Elefante, era el único que había.»

«Hubo una temporada, exactamente, que era lo de los diez viajes en el metro, ¿sabes? Tú te comprabas un [bono de diez viajes] y te sale [más barato]. [Digamos] que te comprabas un viaje y te salía uno por 1,50, y si te comprabas un bono de diez te salía [más barato]. Eso sigue ocurriendo. Antes lo que te vendían eran billetes, entonces, si tú comprabas un taco de diez billetes, pues te salía más barato. Ahora con la tarjetita no se puede. La mayoría de la gente no compraba los tacos de diez, ¿sabes? Los compraba de uno en uno. Entonces tú los comprabas de diez en diez y te ponías en la puerta. En cada puerta nos poníamos dos. Y encima en Cuatro Caminos, que había como cuatro o cinco entradas, ¿sabes? Teníamos todo controlado, todo Cuatro Caminos. Había manejo ahí, ¿sabes? A la gente le daba igual comprártelo a ti que comprarlo en la taquilla, ¿sabes? No lo estabas vendiendo más caro. Nos poníamos ahí y sacábamos la hostia. Teníamos una infraestructura…, porque uno iba a por bocadillos. Luego nos íbamos turnando. Esto sería a mediados de los setenta.»

«Nosotros probamos la heroína, claro que la probamos. Yo me acuerdo que me la metí la primera vez en vena ahí en el Burger

King de Quevedo. Que según me la metí hice así [hace un gesto con la cabeza para atrás] y, ¡pum!, me caí desmayado, macho. Y me tuvieron que despertar y tal y pensé: "Joder…". Me caí redondo. No me gustó mucho. No estaba del todo mal, pero es que yo siempre he sido de pastillas.» Al lado de la discoteca M&M, en la calle Béjar 9, había una farmacia donde el Feo compraba dexedrinas: «Preguntábamos: "¿Tenéis dexedrinas?". "Sí", decían. "Pues dame una caja", decíamos nosotros. O ellos decían: "No, esto no. Nos llega mañana". "Pues, bueno, mañana venimos a por ellas." Me acuerdo del hombre, se enrollaba que te cagabas. Él decía: "Mañana me traen esto, tres de esto, cuatro de esto". Y le decíamos: "Pues nos las guarda todas". Que el hombre decía: "Pero ¿con estas qué hacéis? ¿Os las tomáis o las vendéis?". Y nosotros decíamos: "Nosotros las vendemos… ¡qué vamos a tomárnoslas!". Nos las vendía todas».

«Yo luego [a principios de los ochenta] tuve una novia… que cuando la conocí era lesbiana, luego me dijo que había dejado de ser lesbiana. Esa estaba todo el día [pinchándose], tenía todos los brazos, todo, [lleno de marcas]. Yo follaba con ella, y estaba buena. Es que en aquella época todavía no había llegado lo del sida. Esta tía robaba de todo, robaba tiendas. Robaba por la noche. Llegaba, se metía como dentro de la tienda, rompía el cristal y robaba, yo me acuerdo, en peleterías. Luego se los vendía a putas para sacarse el [dinero para consumir].» «Yo recuerdo ir con ella a Puente de Vallecas. Y entonces ella compraba ahí lo que fuera. Cogía diez gramos, por ejemplo, luego los pesaba… y hacía las papelinas para vender. Se quedaba con la mitad para ella y la otra mitad la vendía. Si todo le costaba diez mil pesetas, pues se sacaba otras diez mil para ella.» «Luego la metieron dos veces en la cárcel, recuerdo. Y me acuerdo que luego me encontré con una amiga que había estado en la cárcel y [me dijo]: "¡Joder! Estaba ahí en Carabanchel", o no sé qué, no sé cuántos, y en la entrada de no sé qué "pone ahí: ¡El Feo y un corazón, macho!"»

«Yo hice la mili en el Cuartel General del Ejército. Me apunté de Policía Militar para hacer el servicio en el Cuartel Militar del Ejército que está en Cibeles. Nosotros íbamos con el PM, el casco blanco, y no sé qué y no sé cuántos... Entré en enero del ochenta. Ahí ibas o de escolta o de puerta. De escolta estabas para proteger a

otros de ataques de ETA. Mientras estuve yo, nos mataron a tres. Tres chavales como yo haciendo la mili. Que era gratis, ni te pagaban. Y al final del año 1981 nos pusieron chaleco antibalas, porque te hacían una ráfaga y a tomar por culo. El conductor solía ser un señor de sesenta años, exactamente. El escolta que iba delante llevaba una ametralladora. Me acuerdo de un chaval, sobre todo, que era amiguete mío, exactamente. El domingo le invité yo al Gran Musical, que era un programa de radio que lo hacían en diferentes sitios y por aquella época lo hacían en la calle Alcalá, en no sé qué teatro… Era los domingos por la mañana. Entonces, yo me acuerdo que le dije en la glorieta de Bilbao: "Pues vente mañana al Gran Musical, que tengo invitaciones." Se vino y luego el lunes salió de escolta [y lo mataron], y yo me acuerdo que, cuando luego le velabas, tenía un tiro en toda la cabeza. Un agujero aquí [se señala entre los ojos].» «¡En toda la cabeza! Cuando estaba ahí en el féretro. Estuve el domingo con él en el Gran Musical y el lunes lo mataron, y el martes, encima, me tocó cuidar el féretro y el tío con un tiro en la cabeza.» «Yo recuerdo que nos cayó algo estando en el campo del Atleti, que pusieron una bomba a las cuatro de la tarde. Pusieron un coche bomba enfrente y no mató a nadie. Pero yo recuerdo que, estando nosotros esperando para entrar en el estadio, se oyó la bomba, "¡boom! No sé qué", y cayó cerca de nosotros, que recuerdo un gilipollas que fue a coger el trozo y se quemó toda la mano, macho, de un pedazo de tornillo [que habían metido]. ¡Pero que estaba [el coche bomba] al otro lado del río, macho! O sea, la hostia, vamos, exactamente.» «Yo, ahí, haciendo la mili, cuando me quedaba ya nada, era escolta del General Armada, que era el que mandaba en el cuartel donde estaba yo. El 23-F la Policía Militar íbamos a escoltarle. Íbamos a salir con chaleco antibalas, con granadas; íbamos con no sé qué, la hostia, tal… Y entonces nos dijeron: "Nada, que ya no es necesario." Y entonces nosotros: "Ah, bueno, pues bueno…" Y al día siguiente resulta que era él uno de los implicados, exactamente, vamos.»

«En el Penta a veces paraba el grupo que se llamaba Burning y, entonces, esos sí que eran los reyes para nosotros. Yo me acuerdo que entraban con unas tías ahí, macho… Los Burning, macho. Entraban ahí, les ponían ahí una mesita, porque ellos sí que consumían, exactamente.» «Ahí también conocimos a eso, a Aviador Dro, que luego se hicieron muy amigos nuestros. Esos entraban

vestidos así como con unos monos [de trabajo], o no sé qué. Llegaban y nos daban unos papeles que ponía: “Nuclear, sí.”»

Muchos rockers paraban por Chueca los días de diario, en sitios que ponían rock. Locales muy conocidos eran el Cutre Inglés, el Comité. El Comité estaba en Santo Domingo. Era un local grande con dos plantas que abría hasta las seis de la mañana. El local fue un centro de reunión de muchas tribus ya en los noventa. Mod anónimo: «Paraban macarras de barrio, y arriba siempre estaban los skinheads nazis con rockers o moteros. Paraban juntos en muchos locales». «Yo sé que en [la muerte del rocker] Demetrio Lefler estuvieron implicados los Camel Boys [pandilla mod], al menos eran algunos de ellos. Eran los más mayores; si había una movida o algo, eran los primeros que entraban.» Otra pandilla mod fueron los Fun Fun Boys, «que la mitad eran falangistas. Fue un momento en el que todo estaba muy mezclado. Se estaba separando todo esto [las identidades o tribus urbanas]. En ese momento estaba despegándose una gente de otra. Un amigo tuvo una movida con gente de Ultras Sur, que la mitad eran mods y skins de Rock-Ola. Había muchísimos mods en Ultras Sur. Los Fun Fun Boys eran de la Alameda de Osuna. Los Camel Boys también eran principalmente de la Alameda de Osuna». «No sé si eran falangistas exactamente [los Fun Fun Boys]; sé que eran fachas de barrio, de estos que te sacaban una porra extensible. Rollo pijo macarra»[3].

«Yo era de la ronda de Toledo y ahí había un rocker negro que se llamaba Ángel Naya, y yo me acuerdo de este que se pegaba con nunchakus y estrellas chinas hechas con [chapas] de los Mercedes. Veías ahí a todos los macarras haciendo luchas con nunchakus y estrellas chinas. Digamos que entrenaban. Algunos de ellos eran rockers, otros eran quinquis. Los nunchakus [también] se los hacían ellos, con dos palos y una cadena. Ese rollo Kung fu [la serie] que también ambienta mucho esa época. Sería 1980, 81, como muchísimo.» También había otro rocker en el barrio que hacía un grafiti muy bonito, hacía un dibujo de un tío con tupé y debajo ponía “Duke”» Luego estaba el Loco, de Aluche, quien era famoso por atracar a la gente en la boca del metro de Aluche: «Él mandaba a la gente: “¡Espérate ahí! ¡No te muevas de ahí, que ahora voy contigo!” Y la peña se quedaba; te shirlaba e iba al siguiente: “¡Espera, tú, ahí!” Tenía siempre a cuatro o cinco parados y estaba

robando a varios a la vez».

Charlie Miralles, antiguo punk y practicante de boxeo, tuvo sus más y sus menos con diversas pandillas de rockers: «Yo soy de Argüelles. Nací en 1964. Yo me crie en un barrio muy militar. Tú piensa que en Argüelles estaba el Ministerio del Ejército del Aire, luego estaba otro cuartel (el de la Montaña) que era de Tierra, y la calle Francisco Lozano y la calle Romero de Robledo, esas calles estaban totalmente llenas de militares. Es más, casualmente, una vez que yo cruzaba la calle, de comprar el pan, la calle de Martín de los Heros, vi cómo ETA acribillaba a un general»[4].

«Hubo una época, que eran los años setenta y tantos, Franco había muerto y el barrio se dividía por tribus urbanas. Estaban los del Primera Línea, de Falange, estaban los rojos y luego estaban los yonquis del barrio. Eso ocurrió cuando yo era un poco más mayor y empezó a entrar la heroína en Madrid. Era la época del Vaquilla, del Torete, del [SEAT] 124, que le llamaban la Loca, y, entonces, pues bueno, aunque era un barrio militar, resulta que los hijos de los militares o salían de extrema izquierda o de extrema derecha.»

«Argüelles era un barrio muy de pueblo, porque, aunque fuese un barrio pijo, si estabas en la calle conocías absolutamente a todo el mundo. Conocías al macarra, al secreta, al fascista, al rojo, rojo, rojo… Había una bodega del barrio, donde se vendía vino y se vendían bloques de hielo, como mucha gente en el barrio no tenía neveras... En calle Altamirano, en mi barrio, había una lechería, es decir, que había un tío con vacas. Que era un poco pueblo. Yo en la bodega compraba el vino a garrafa, para mi padre.» «Luego estaban los Bajos de Aurrerá que estaban llenos de tribus urbanas. Argüelles tenía los ingredientes de cualquier otro barrio normal y corriente. Los macarras que había ahí, había muchos. Había un tal Carlitos, que fue asesinado… Bueno, un secreta lo mató en Aurrerá. Muchos [macarras] eran hijos de militares. Entre ellos, el Michi, Luis el Bizco… Muchas veces me tropezaba con ellos y me enseñaban la pistola: "¡Que nos vamos a currar!" Y, claro, que se iban a currar era que se iban a pegar un palo a un banco. Los dejabas de ver durante un año, porque los habían colocado, los habían detenido… Y al cabo del año salían a la calle.» «En mi barrio, en la calle Tutor, había una familia que los hijos eran atracadores y el padre era

carterista profesional. Y cuando yo veía al padre, que yo me estaba tomando una caña en un bar que se llamaba La Bodega Central, lo veía que decía: "Qué pasa, Carlitos…" Más chulo, con su acento madrileño… Yo le decía: "¿Dónde vas, tío?" "Pues voy a trabajar al Rastro", contestaba. "Ahora me voy a hacer un par de carteras, luego me voy a comer un corderito", no sé qué, no sé cuántos. Sus hijos murieron de sida y eran todos atracadores profesionales. Yo le preguntaba a uno de ellos: "¿Tú no te cansas de atracar bancos, de entrar y salir?" Y me decía: "Yo es que no sé hacer otra cosa. Y lo que más me gusta es entrar en el banco y tener el poder. Porque yo en ese momento digo: '¡Todo el mundo haciendo el pino!' Y todo el mundo haciendo el pino."»

Tras la muerte de Franco había fuertes encontronazos entre grupos distintos, algunos de ellos políticos. Había gente de Fuerza Nueva, de Falange, además de organizaciones de extrema izquierda. En Argüelles había uno o dos bares donde se vendía heroína y paraban muchos de los toxicómanos de la zona. Según Charlie, estos «llevaban navajas automáticas. Entonces, los fachas sacaban sus cadenas, sus palos, y tal…». «Luego, cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años, nos llegó con retraso todo el tema de la nueva ola británica. Lo que eran los punks, los mods, los rockers, y, lógicamente, ahí empezamos a movernos por la calle. Lo que pasa es que lo mezclábamos todo, porque no sabíamos muy bien de qué iba el mensaje que nos venía de Inglaterra. Éramos punks un poco… No teníamos el dinero que podía tener Alaska o Ana Curra, con sus chupas de cuero… Y, entonces, nos lo currábamos un poco con vestimentas que comprábamos en el Rastro. Siendo punks teníamos bastantes encontronazos con la gente de Fuerza Nueva y grupos fascistas.»

También Juan Carlos el Feo, punk de la Movida, tuvo sus encontronazos con gente de Fuerza Nueva: «Pusieron en la calle Mejía Lequerica la sede de Fuerza Nueva, exactamente. Y yo me acuerdo para venir a aquí [al barrio de Colombia] tenía que coger el 7, que se sigue cogiendo, que se coge en Alonso Martínez. Se cogía en la cervecería Santa Bárbara. Y yo me acuerdo que teníamos que pasar por ahí. Un día cogí yo ahí el autobús, que sería el último, a las once y media. Y recuerdo que estaban siempre ahí en la puerta, ¿sabes? Siempre, siempre en la puerta había dos, tres, o

alguien; como si fuese la guardia pretoriana. Un día se pusieron a nuestra altura, dos [de ellos], a seguirnos. ¡A seguirnos no, a la misma altura! Y uno me dijo: "Hey, ¿y esas chapas?" Porque yo llevaba unas chapas, de esas, de música. No sé de qué serían… de los Sex Pistols… Las típicas chapas que se ponían antes, de música, exactamente, claro. Y le digo yo: "¿Qué pasa, que te gustan o qué?" Y entonces me fue a soltar una. Me agaché, no me dio, pero a mi colega el gitano sí que le dieron. Eché a correr, ¿sabes? Tampoco le dieron [tanto]. Le dieron tres hostias y… yo le esperé más adelante en la parada del autobús. Y me dijo: "Me han dicho que como te vean, te van a matar". Y entonces el próximo día, pues para coger el autobús, tuvimos que dar un rodeo, ¿sabes?» «Ellos [los fachas] no llegaban nunca hasta el metro [de Tribunal]. Ellos llegaban simplemente hasta el metro, que ahí es donde estaba como el límite. Había una fuente y yo recuerdo a alguno que dijo que le habían tirado a la fuente. Pero nunca pasaban de la calle Fuencarral.» «Aunque sí recuerdo una vez que destrozaron el Pentagrama los fachas. El Penta no era muy pijo. Estaba como de moda. Eso, antiguamente, abría a las cinco de la tarde y había cola ya esperando delante de la puerta. Muchos días me ponía en la puerta del Pentagrama, salía un rato y me decían: "¿Se puede entrar?" Y digo: "Tres euros la entrada". Y te daban tres euros [risas]. Tenía como una mesa ahí redondita, y entonces nos sentábamos seis o siete en la mesa. Y llegaba el camarero, que era siempre el mismo, un tío encantador que era portugués, que se llamaba Domingo me parece, y decía: "¿Qué queréis?" "Un tercio." ¡Pero un tercio para seis! Con un tercio ahí para seis. Y cuando venía el camarero para recogerlo, le decíamos que lo dejara en la mesa, para que pareciera que habíamos consumido o que estábamos consumiendo.»

También el fotógrafo Félix Lorrio padeció alguno de los ataques de estos grupos: «Vivíamos en una casa compartida en [calle] Cardenal Cisneros y en marzo del 77 por la noche yo estaba en el laboratorio trabajando y estaban mis compañeros dentro de la casa. Esto era un primer piso. Y luego, al parecer, según nos dijo el artificiero de la Policía, fue como medio kilo de dinamita con una mecha. Y uno de mis amigos, cuando se iba para su casa, vio aquello y nos avisó y nos metimos en un patio que teníamos hasta que aquello hizo explosión. Y bueno, [la explosión] se cargó una puerta de roble de ocho centímetros, se cargó los cristales de todas las plantas. Y,

entonces, ¿qué había pasado? Nosotros no éramos importantes, nosotros éramos fotógrafos de prensa que más o menos colaborábamos con todos los medios. Y se supone que esto fue un atentado de la derecha, ¿no? ¿Quién se iba a meter con nosotros? Entonces, como un mes después, pusieron dinamita en el Rincón del Anarquista, que estaba en la calle de Hartzenbusch. Ahí volaron todo el bar. Lugo apareció asesinado un joven en un descampado que había al final de Cardenal Cisneros… Luego, también, dejaron en coma a otro joven en la misma Cardenal Cisneros por una discusión de aparcamiento. Luego apareció muerto un vagabundo. Y, además, tuvo la mala suerte una chica en la esquina del teatro Maravillas de pasar por ahí cuando estalló una [pequeña bomba] y murió a causa de la explosión.» «En nuestro caso, vino la Policía a hacer el parte y nosotros no teníamos ni idea de quién podría haber sido. Lo que pasa es que en aquel tiempo había hornadas de Fuerza Nueva que aparecían 20 o 30 tíos con barras y cadenas, quemaban coches, detrás de la gente dando palizas… Fue espantoso, fueron unos años peligrosos, sí, sí. Billy el Niño vino como inspector de Policía a ver qué había pasado [con el tema de la bomba que habían puesto en la puerta de nuestra casa]. Iban con chalecos, me imagino que eran antibalas.»

La pandilla de Miralles era conocida como los Punks de Porrones, un local de Argüelles. De ahí salieron algunos de los primeros skinheads de Ultras Sur: «Nuestra pandilla era una pandilla un poco peculiar, dentro [del grupo] teníamos amigos rockers, skins, punks; había punks anárquicos, punks de la extrema derecha. Cuando estábamos un poco borrachos a veces sí que discutíamos de política…Y un amigo de la pandilla se puso a practicar boxeo y me metí con él, y me fui [con él] al pabellón del Real Madrid, que estaba en Goya [el Palacio de los Deportes]. En esa época, bajo mi punto de vista, los entrenamientos eran muy fieros». «Nosotros veníamos de familias bastante estrictas. Por eso nos hicimos punkis, para rebelarnos. Nos poníamos los pelos de punta, nos poníamos la chupa, pero cuando llegabas a casa te peinabas… ¿sabes? Y muchos mods que venían con nosotros, pues se ponían sus gabardinas, sus trajes, sus corbatas, y cuando llegaban a casa se quitaban las chapas. Y muchas de las chicas punks salían con las mallas y luego se ponían la falda… Íbamos un poco camuflados, porque luego al subir a casa… Si llegabas a la una de la mañana no te encontrabas

al padre, pero si llegabas a seis de la mañana y habías estado en el Rock-Olas, tenías todas las papeletas de encontrarte a tu padre en el pasillo. Yo soy de la generación esa que si te pegaban en el cole no lo decías en casa. Porque te pegaban cuatro hostias más. Yo fui a un colegio, que en vez de un colegio era un puticlub… Fui a tres. Fui al Pérez Galdós, que ahí mezclaban a todos los niños juntos, en [calle] Benito Gutiérrez. Era una casa privada, que había un señor, que llamábamos el Verruga, y él ahí daba hasta 8º de EGB. Estaban ahí todos los niños pegados, en pantalón corto que iba yo en pleno invierno, y aprendiendo la tabla, las restas y las sumas, y cuando te portabas mal y hacías pipí fuera de la taza, sacaba el palo que tenía en el cajón escondido y te daba una sarta de hostias que flipabas. Y, entonces, ¿qué pasa? Que en casa no vas a decir: "Me han pegado porque no me sé la tabla del dos". Pues te lo guardabas y ya está. Tú piensa que mi padre era mutilado de guerra, que le faltaban tres dedos, fue uno de los primeros miembros que fundó la brigada de esquiadores. Luego, encima, era miembro del Opus Dei y, a su vez, también era franquista estricto y director de prisiones. Se sacaba el cinturón y había hostias para todos.»

«Luego fui al Colegio España, con don Pablo, que eso sí que era un cachondeo. Eso era sobrevivir. Ahí había auténticos macarras, que llegaron incluso a robar en la secretaría. Recuerdo uno que llamaban el Teodoro, que llamó desde la cabina de enfrente, y como ETA estaba poniendo bombas, llamó por teléfono y dijo: "Hay una bomba en el colegio." Y llegó una secretaria y lo cogió a hostias: "¡Ven para acá, terrorista!" Era una banda de golfos. Podías entrar en el colegio a mitad de curso, si te habían expulsado de uno de [los colegios] pijos. Era… Había gente que estudiaba y aprendía. Mientras tanto, nosotros, entre que sobrevivíamos en casa y sobrevivíamos en el colegio… pues ahí estábamos, sobreviviendo.»

Charlie se encuentra con los primeros skins madrileños en el seno de su propio grupo, aproximadamente en 1978 o 1979: «En los primeros skins había de todo, [no sólo fachas]. Nosotros al hacernos punks y ver que realmente los punks adoraban un poco la anarquía… Nosotros teníamos más tendencia a ser de derechas, pues no pegábamos mucho con la anarquía. Aunque escuchábamos a los Sex Pistols y a los Clash, que hacían temas revolucionarios. Y ya hubo otra gente, pues, que se rapó el coco, ya se puso las

bómbers, se puso las Dr. Martens… Y, aun así, habían pasado un poco por la generación punk. Vi muchos skins». «Y luego vinieron otros tipos de skins, como los de Avenida de América o los del Barrio del Pilar. Los de Avenida de América eran el Javi –que fue con quien me metí en el mundo del boxeo–, el Juanote… Y luego estaban los de Barrio del Pilar»[5].

«Quedábamos con los skins en Porrones y luego nos íbamos a Malasaña, que era nuestro centro de diversión. Estábamos en la bodega bebiendo litros. Y odiábamos muchísimo la palabra litrona… Porque la había sacado el periodismo y a mí eso de: "¡Litroneee! ¡Me voy a tomar una litroneee!" [Pone acento macarrilla]. Nos parecía a lo mejor del macarrismo de Vallecas, ¿no? "Tío, no es una litrona, es un litro". Eso de: "¡Vallekas con 'k'!" Nos ponía un poco de [los nervios]. No es que fuésemos punks elocuentes o sabiondos, ¿no? Pero, dentro de lo que cabe, nosotros teníamos nuestra cultura, ¿no?» «Tú piensa que luego, dentro del punk, estaba el punkarra, que venía de barrios un poco marginales, que era punk porque le gustaba romper cristales y había alguno que daba un tirón, y luego estaban las pijas, que vivían en Goya y tenían dinero.»

En Argüelles un local muy de moda era el Chapandaz –donde se consumía la famosa leche de pantera– y también los ya mencionados Porrones: «Nosotros éramos al final los Punks de Porrones[6]. Nuestros enemigos más acérrimos y brutales eran los rockers. Había una panda de rockers que eran los Breakers, que se movían entre la avenida de Valladolid, la avenida de Francia, que iban con sus tupés, que algunos eran yonquis y les gustaba el rock & roll. En un encontronazo que tuvimos en Malasaña… Salíamos de un bar, ellos nos estaban esperando fuera, y a mí me apuñalaron el labio, al tropezarme… A un compañero que salió corriendo le apuñalaron la espalda… Y, bueno, en más de una ocasión nos hemos encontrado en un callejón y nos hemos tenido que enfrentar o salir corriendo, porque a veces ibas con tu pareja y según los veías venir sabías que no iba a haber, eh, justamente una serie de abrazos o preguntas, ¿no? Eran los Franceses y los Breakers. Se juntaban. Al final eran los mismos»[7].

«[Esta enemistad comenzó] porque hubo una cosa que nosotros

hicimos… con Nacho, que en paz descanse, que era uno de mis amigos. Vimos Quadrophenia (1979) –igual que habíamos visto antes West Side Story (1961), esa película romántica de pandilleros neoyorkinos con navajas– y [quisimos imitar lo que aparecía en pantalla]. Ahora tienen internet, tienen WhatsApp… Antes teníamos el teléfono en la cabina, quedábamos con los amigos después de ver Don Gato, que acababa a las cuatro de la tarde. Don Gato era una serie de dibujos animados. Y quedábamos en los billares. E íbamos apareciendo cada uno a la hora que quisiéramos. No había tiempo, no había WhatsApp. Entonces, al ver Quadrophenia, vimos que los mods se pegaron en Brighton con los rockers, y, claro, nosotros teníamos que hacer algo muy parecido. Y, entonces, a Nacho y a mí se nos ocurrió, nada más y nada menos, que hacer una convocatoria de punks y mods contra los rockers. Llamamos al programa [de radio] del Pirata, y el Pirata lo sacó en el aire: "Bueno, señores. ¡Nos han escrito unos chavales! ¡Concentración de mods y punks contra los rockers!" Fue una cosa flipante. Se lio la de san Dios. Mucha gente cantando eso de: "¡Somos los mods! ¡Somos los mods!" Llegaron los rockers, sacaron un hacha, cinturones… Nos liamos a hostias, la mayoría salió corriendo, la Policía nos rodeó, porque al lado estaba la comisaría [de la calle] Rey Francisco [puesto que la pelea tuvo lugar en la plaza de España]. Que ahora mismo montamos esto, en el día de hoy, y estamos todos delante de un paredón, ¿sabes? Era como ser del Real Madrid o del Atlético de Madrid. Es que te odias… Eso ocurriría en el 82 o el 81.»

«Luego estaban los metaleros de Vallecas, que fuimos a un concierto a una sala muy metalera [la Canciller] y, nada más vernos entrar, casi nos matan. Por ejemplo, los 40 Principales hacían los conciertos de los fines de semana en una discoteca que estaba en Atocha y venían los Stray Cats [banda rockabilly]… Y, ¡hostias!, ¡a nosotros nos molaba ver a los Stray Cats! Nosotros íbamos con nuestras chaquetas con chapas, nuestras cadenas… Y, claro, estaban los rockers abajo, que nos veían en el anfiteatro de arriba y decían: "¡Hijos de puta! ¡Os vamos a matar!" El concierto era gratis. Habíamos pasado la noche en el Rock-Ola y, como esto era los domingos por la mañana, estábamos, macho, cargados de anfetaminas. Y con el bajón de todo íbamos a escuchar música en directo.» «Estaban el Rock-Ola y el Marquee, que [este último] era uno de los santuarios del metal. Recuerdo entrar al Rock-Ola y estar

los metaleros esperando en la otra esquina para entrar al Marquee. El Marquee y el Rock-Ola se unían por una puerta y a veces bajábamos al Marquee. El Rock-Ola era un sitio que a nosotros nos gustaba mucho, no sabíamos que luego iba a quedarse un poco como santuario [de la Movida]. Porque tú entrabas ahí y realmente disfrutabas de la música que realmente nos gustaba.» En Rock-Ola tocaban grupos extranjeros, muy interesantes para los chavales de Madrid. Miralles ahorraba toda la semana para poder acercarse a Rock-Ola el fin de semana y hacer pogo: «Había un portero que era un hijo de la gran puta, porque acababa dándote de hostias y echándote del local… Me echó como ochocientas veces. De cogerme por el pescuezo y decir: "Mira, no te quiero pegar". Este era un tío grande, que se le escapaba la mano con una facilidad que te cagas, ¿sabes?»

«En el barrio vieron que éramos unos folloneros de mucho cuidado, pero que al barrio lo respetábamos. Yo te puedo contar una anécdota… Que Tierno Galván puso en el barrio mogollón de árboles y estaban ahí creciendo y tal. Y nosotros cuando nos bebíamos el casco de cerveza lo devolvíamos, porque te daban cinco pesetas. Y, luego, cuando venían los metaleros de cualquier barrio periférico y tocaban los arbolitos, nosotros defendíamos el barrio… Que era una excusa para meterles cuatro hostias [risas]. "¡No toquéis el árbol!" Y la gente pensaba: "Bueno, por lo menos defienden el barrio"» «Luego, nos detenían tantas veces… Nos metían en la lechera, nos llevaban con sirenas. De hecho, nos detenían tantas veces que decíamos al policía: "¿Nos pones la sirena?" Y ponían la sirena. Y ahí íbamos contentos. Ahí me hice muy amigo de uno de los comisarios del barrio y de su hijo. Vieron que éramos una manada de golfos sin maldad, pero ojo con perdernos de vista.»

Los Punks de Porrones eran detenidos a menudo y llevados a la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Ahí se encontraban con todos los yonquis, todos los atracadores. Primero pasaban por comisaría, en algún caso la de Leganitos, donde eran retenidos en un calabozo pequeño compartido con huéspedes inesperados: «Si te tocaba un yonqui, pues un yonqui. Se te pasaba el pedo, te dabas cuenta de dónde estabas. En la DGS tocabas el piano [te tomaban las huellas dactilares], como se dice

vulgarmente, y te hacían foto de frente y de lado. Luego nos metían en [los juzgados de] la plaza de Castilla, las famosas 72 horas (que el Estado te obliga a estar antes de ir al talego). Y ahí yo veía una tranquilidad increíble. Recuerdo unos yonquis que habían pegado un palo a un tío. Y estaban diciendo: "Acaba de dictaminar sentencia el juez". Y ellos ya daban por hecho que se iban a la cárcel. Y me sorprendió, porque eran las siete de la tarde, cuando empezaban a darte la libertad. Y decían: "Joder, son las siete, ¡pues vamos a llegar a la cena!" Y: "¡Es jueves, hoy hay carne para cenar!"»

«Yo cuando me centré acabé como promotor musical y estuve siete años trabajando con Miguel Bosé. Con Miguel Bosé monté un sello llamado No More Discos y ahí aprendí lo que era la promoción y lo que era el management de grupos como Sindicato del Crimen, Tomasito… También montamos una discográfica de electrónica con Bimba Bosé, ya cerca de 2001 cerré la compañía discográfica. Pero, anteriormente, habíamos sacado el disco de Rock station (2001) con Fabio McNamara y Luis Miguélez. Fue un éxito, vendimos 10.000 copias, pero ya la crisis [de la industria discográfica] nos había llegado, digamos, de tal manera que nos había matado mortalmente. Eso fue de 1995 a 2001.» «Conocí a Miguel Bosé, porque me metió un chaval que era un vecino. Él y yo cogimos la bodega del barrio, que se hizo bar. A ese bar venía gente del barrio, adolescentes… Y ahí conocí a un chaval que su hermano era abogado de Miguel Bosé. Y, como sabe que yo era melómano, me presentó a Miguel, le caí bien y ahí estuve trabajando con él. Es un tío muy enrollado. Yo al principio pensaba: "Coño, trabaja conmigo Bosé, el de Bandido…" Y luego es un tío que tiene mucho gusto musical. Tú piensa que nosotros somos los que sacamos a Sindicato del Crimen, que fue el primer grupo de hip hop que salió… Luego sacamos a muchos grupos metaleros y a Tomasito de Jerez. Conmigo se portó muy bien. Un tío muy abierto. Pero como jefe exigía que, lógicamente, las cosas se hicieran bien.» «Una vez, estábamos en un barrio de Cádiz y la gente se enteró de que estaba Miguel. Claro, estábamos comiendo en un sitio y tuvimos que irnos, porque era: "¡Miguel, Miguel!" Tocamos para el concierto y nos fuimos para el camerino, y, de repente, la gente empujando [la puerta] del camerino y los que estábamos sujetando la puerta para que no entrara gente éramos Miguel y yo. Nos empezamos a reír y

me decía Miguel: “Te puedes creer que es la primera vez que estoy aquí haciendo de seguridad.” Estaba el tío sujetando la puerta mientras se oía: “¡Ábreme, ábreme! ¡Miguel, Miguel!” [Reproduce las palabras con voz aguda]. También recuerdo el día que tuvo un accidente de coche con no sé qué actriz, en un 4 x 4. Entonces, tuvimos que ir algunos de la discográfica al hospital para desviar la atención de los paparazzis. Entonces, metimos a un compañero nuestro en una camilla tapado, salimos de la habitación de Miguel a toda prisa, como si Miguel fuese el que estaba en la camilla, y entonces nos llevamos rápidamente a todos los paparazzis detrás: “¡Miguel, Miguel!” Y en ese momento Miguel salió con otra gente.»

Korki fue amigo de Simón, uno de los rockers negros: «Pasa una cosa con Simón. Es que hay cuatro negros [en el mundo rocker de la época] y, como eran tan peligrosos, todo el mundo los confunde. Porque si tú tienes que salir corriendo, tú no tienes ojos en la nuca y no sabes cuál es cuál. Hay gente en foros que le ha dicho: “A mí me quitaste un disco, a mí me intentaste robar la chupa.” Claro, no era él, porque todo el mundo le confunde con otros [rockers negros]. Simón me dice: “Yo no he dado palos a la gente, ni he ido dando palizas. El que se ha metido conmigo, ¡claro que me he currado con él! Pero es que me confunden con otros [negros] que iban con los Franceses.”»

«Simón me ha contado una movida, que se pegó con el Francés [uno de los Franceses] a puñetazos y dejó al otro inconsciente en el suelo y vinieron estos que limpian las calles con mangueras, y le despertaron con [el agua de] la manguera.» «Simón dice que fue [su hermano] Leandro el que montó los Breakers. Que él paraba con ellos, pero que realmente [Simón] no era parte de la banda.» Los Franceses iban con el Francés: «El Francés era hijo de un embajador y se creía que podía hacer lo que le salía de la polla. En su país no lo querían y se vino aquí. Se conocían y se hablaban, pero no se llevaban bien». Los Breakers y los Franceses no eran los mismos, aunque «algunos Breakers eran amigos de los Franceses y otros no les soportaban».

«Cuando yo los conocí, los skins paraban en Chueca. Yo he visto peleas entre un centurión y un skin [dos grupos estrechamente relacionados] y lo flipabas, arrancaban puertas… eran unos

monstruos. Cuando se pegaban yo salía corriendo. Fue en el Búnker [local de Chueca], en la esquina de San Marcos con San Bartolomé. De repente veo a un tío volar contra una puerta, la puerta se arranca de cuajo. El otro se levanta, le pega al otro, se tiran en todas las mesas… Yo salgo corriendo para fuera[8]. La pelea fue por alguna gilipollez. Los skins y los centuriones estaban en el Mala Fama [de Alberto García-Alix]. De hecho, los centuriones llevaban la puerta.» «Yo he visto moteros en una finca fuera de Madrid que se ponían con las Harley a perseguir los toros y los toros iban delante y ellos con las motos detrás.»

Hablo también con Manolo UVI, del grupo de punk La UVI: «Mi padre jugaba en el [Real] Madrid y le llamaban Pantaleón. Estuvo en el Madrid tres años. Los futbolistas entonces no ganaban tanto dinero. ¡Ojalá! Ensayaba con mi grupo en unos locales que estaban por la zona del Bernabéu. Ahí tocaban Glutamato Ye-Yé, tocaban los Pistones… un montón de gente. Era un antiguo garaje reconvertido en salas de local. Yo iba al Rock-Ola todos los días, porque vivía en el barrio. Yo vendía anfetas, pero en Rock-Ola no, porque había mucho secreta. Les veías todos los días, ya sabías quiénes eran.»

«Siempre había broncas entre los punks y los Franceses, pero por culpa de los Franceses. Eran una banda de delincuentes que podrían haber sido bakalaeros, podrían haber sido cualquier tipo de cosa. La música daba igual. Había cuatro jefazos de estos y [otros]. Serían 15 o 20. Como tampoco iban uniformados... Conocías a cuatro o cinco y con eso te bastaba.» «Los punks les plantaban cara. Había una pandilla de punks en los Porrones que eran amigos todos de hace mil años. Iban todos los días a Porrones e iban también skins [el grupo en el que estaba Charlie Miralles]. Mucha gente empezó con quince años siendo punk y luego se hizo skin, o empezaron siendo rockabillies y terminaron siendo skins. En Porrones, originalmente, eran skins y punks.» «En una ocasión tuve una bronca con los Franceses. Le quitaron la copa a mi novia y yo vi a uno bebiendo un sorbo de mi copa y le di un puñetazo a la copa y le dio en los dientes al tipo. Entonces me dijeron que saliera a la calle y les dije que nanay. Y quedamos al día siguiente para pelearnos en Alcalá 20, la discoteca que se quemó. La bronca fue ahí. Al día siguiente no fui, porque ellos eran 20 y con navajas, y tampoco

tenía ganas yo de morir ese día. Y al día siguiente se quemó Alcalá 20, por lo que casi me hicieron un favor.» Sobre si tenía miedo de los Franceses: «El miedo es una cosa que hay que evitar». El Feo me habla de los Franceses: «De los Franceses, yo me acuerdo de estar en bares, y un amigo mío [llevaba] el King Creole [local rocker]… y decía: "¡Que vienen los Franceses!" Cerraron ahí las puertas. No les dejaban entrar porque te destrozaban el bar. Llegaban ahí cuatro o cinco, o siete, y siempre te creaban problemas. No es que te destrozaran el bar… Buscaban pelea o te decían: "Esta copa no la pago" y "¡tú no me empujes!" La liaban. Aquel día recuerdo que cerraron y se oían golpes: "¡Pam, pam, pam!" Hasta que ya se cansaron y se fueron.»

Montero Glez nos hablará de la lucha de clases sobre el terreno, en sus manifestaciones más concretas: «Yo soy un hijo de padres que, a la vez, son hijos de quienes perdieron la guerra. Entonces yo, pues bueno, el shock para mí fue cuando entré en la universidad. Porque, mientras tanto, en mi barrio [Francos Rodríguez] la gente con la que me movía teníamos todos, más o menos, los mismos pantalones, las mismas zapatillas, los mismos juguetes que nos echaban en Reyes. No había diferencia. La misma enciclopedia, la misma enciclopedia en las casas, que vendían los comerciales por las casas. [Todo] era bastante uniforme, ¿no? Era clase media, clase media [cercana] al proletariado». «Mi padre compraba en los quioscos las novelas, ¿no? De colecciones de Seix Barral, de esto, de lo otro. Lo compraba en el quiosco, porque en las librerías… cuando entrabas a una de las de antes te venía el librero y decía: "Buenas, ¿qué desea?" Y mi padre no sabía cómo se pronunciaba Nabokov o Shakespeare. Y en el quiosco uno ya estaba servido. No sé quién es Nabokov, y ni lo sé pronunciar, pero lo compro. Los quioscos han sido fundamentales en la formación de esa generación y de la mía, hijos de gente que no ha tenido acceso a los estudios. Eso es muy importante. Porque yo estoy en esta movida, que es la movida de la literatura, que es la movida de la cultura y es una movida de snobs, es una movida de gilipollas [risas]. Se creen que por leer en inglés a William Shakespeare llegan a alcanzar el talento de William Shakespeare, se creen eso.»

«Mi shock fue cuando entré en la universidad y me di cuenta de que había otras clases sociales y había gente que vivía económicamente,

no en su esencia, pero sí en su parecer, mejor que yo. Entré en otras casas y vi otros modos de vida de otras personas, que tenían padres más relajados, más ociosos. En mi casa, pues, se levantaban a trabajar por las mañanas, era todo muy estresante, la cafetera, el transistor. Ahí fue cuando me di cuenta de que había una diferencia de clases, ¿no?» «Pero además de la universidad, yo salía por las noches, porque era la época de la Movida, de Enrique Tierno Galván, un alcalde que pienso está sobrevalorado. Lo que hizo fue potenciar algo, un espacio donde se dejó lo auténtico de lado y se dio mucho bombo al plástico y a los hijos del franquismo, ¿no? Y esto viene de la Guerra Civil. La Guerra Civil fue un proyecto del capital para acabar con la República.» «Teddy Bautista era uno de los dirigentes del Partido Comunista en París, en la época de la Transición. Esta gente, los hijos de papá, eran comunistas por esnobismo; es una izquierda que es de derechas, pero la pintan de rojo, ¿no?»

«Mi abuelo era zapatero remendón en la calle María de Guzmán, una puerta-calle, y yo iba a comprar la leche a la lechera, donde había vacas, había ovejas, en la zona alrededor del Bernabéu; todo eso era un descampado. Ahí pastaban los rebaños de ovejas. Yo en el colegio siempre pintaba al guardia de la porra, que iba con un casco blanco y parando los coches para dejar paso a los rebaños de ovejas. El Madrid que yo viví era híbrido entre agrícola y urbano. Te digo en Cuatro Caminos, ya el centro era otra cosa.»

Montero Glez me habla de su amistad con Antonio Vega, al que conoció en la zona de General Perón, donde ensayaba Nacha Pop. Bajando por la calle Ávila llegabas a General Perón y en esos primeros portales había como una especie de garaje, al lado de una heladería, donde ensayaba Nacha Pop. Montero y Vega se conocieron en el parque de General Perón en 1982. Nacha Pop ya eran famosos: «Antonio me metió en el rollo del taekwondo, porque es que ahí había un callejón ciego, al lado del cine Europa [hoy Saneamientos Pereda], donde estaba el gimnasio de Antonio Oliva. Ahí enseñaban kárate, taekwondo, todas las artes marciales. Antonio iba ahí y me metió ahí. Me dijo: “¡Vente ahí!” Él era cinturón verde, era un deportista nato. Luego, se iba los fines de semana a hacer escalada a [las Hoces del] Duratón. Salíamos [del gimnasio], nos sentábamos en las escaleras, yo me fumaba un

cigarro y me echaba la bronca: “¡Tío, que tienes los pulmones abiertos! ¡No hagas eso, joder!” Pobrecillo, ¿sabes? Era un tío muy sano, que yo flipo.» «Él siempre me hablaba de lo que es la distorsión geométrica que da lugar a la fuerza gravitatoria. Me hablaba de física, de astronomía, porque era muy aficionado a la física, a la astronomía, a las matemáticas. Era un tío muy curioso. Eso subyace en sus letras, ¿eh? Sus letras son fantásticas. Ahí hay un mecanismo interno, que te está contando… está viajando, tío.» «Él se perdió ahí ya, en esa época. Luego le perdí la pista. Le vi en contadas ocasiones después. Coincidí como jurado del concurso Villa de Madrid y un año antes de morir en Zahara de los Atunes, dando un concierto. No le saludé ni siquiera, porque me daba mucha pena verlo así. Antonio era un deportista, un tío muy sano, ¿eh? A mí, cuando empiezan a hablar de que si esto, de que si lo otro, me llego a enfadar, porque es que no tiene nada que ver con el Antonio que yo conocí. Tenía buen fondo, era un buen tipo, un buen chaval. Venía de una familia muy ilustrada, una educación muy exquisita y se le notaba al tipo, pero, bueno, no era un gilipollas; en ese sentido era auténtico. Viajaba mucho con él yo, se ponía a hablar y yo viajaba mucho.»

Las historias que para finalizar nos contará Carlos Galán, dueño del sello discográfico Subterfuge, sobre sus inicios como ejecutivo discográfico nos sirven para comprender de primera mano los orígenes del proceso de gentrificación que tuvo lugar en la zona centro de Madrid a partir de los años noventa. Es decir, que nos ilumina sobre el modo en que ciertos barrios se van transformando con el surgimiento en su seno de una clase creativa de jóvenes que sirven de vanguardia a una transición definitiva hacia lo cool como intangible mercancía de masas. Estos mismos procesos de degradación urbana y posterior gentrificación ocurrieron durante los setenta en ciudades como Nueva York, entre otras; todas ellas siguiendo unos mismos patrones de transición socioeconómica y cultural: «[Cuando] volví a Madrid me metí en toda la escena garaje de Malasaña. Había mods y era la época de los Franceses. Los Franceses estaban en el Dos de Mayo, y pasar por ahí era complicado, ¿no? Yo recuerdo perfectamente un día que estábamos sentados en las escaleras del Dos de Mayo, cinco chicos y cinco chicas, mods con parcas, y de repente se acercan dos tías y detrás dos rockers, y nos miran y les dicen: “¿No vais a pegar a estos

maricones?" Y sacan los tíos los cinturones y empezamos a correr… Yo me acuerdo de correr por la calle Ruíz, Manuela Malasaña, y llegar un coche y yo saltar por encima. Era la época premóvil total, año 89. Y corrí, corrí hasta Quevedo. Uno de los que estaba con nosotros se metió en un bar y los rockers se metieron y le dieron un sillazo. Eran muy peligrosos. Tengo amigos a los que les habían metido navajazos en el culo. Había muchísimas peleas.» «En Malasaña, año 90, había una escena rollo garaje, mezclada con el tema psicodélico. Había cuatro bares, estaban el Ágapo, la Vía Láctea, el Nueva Visión, y éramos 20 personas que íbamos a los mismos conciertos. Y Malasaña era oscuro, era yonquis, era peligro… La calle Fuencarral era super oscura, llena de yonquis vendiendo centraminas, que te engañaban y te pasaban… Como la centramina venía en un tubito de plástico, te daban el tubito con algo dentro que no era centramina; era chungo, chungo, chungo.»

Carlos comenzó en el año 1982 a publicar el fanzine de Suterfuge, el número cero. Sacó el nombre de una canción de un grupo de garaje de Getafe, los Macana: «Les hice un videoclip de su canción Subterfuge. Les hice el videoclip y tuve mi movida, porque en el vídeo construimos como una cueva de papel y acababan matando a hachazos a una gallina. En ese momento era muy guay, pero luego, dos años después o tres, lo publiqué en un vídeo-fanzine, que era en VHS con entrevistas, que se llamaba Tom City… y, bueno, me liaron una… La mujer del César Strawberry, que era animalista, me montó una… Y tuve que pedir perdón y tal… Una cosa tremenda. Entonces, de ahí saqué el nombre del sello.»

La discográfica fue creciendo muy poco a poco. Su dueño compaginaba el trabajo discográfico con sus estudios de Historia del Arte y figuraciones en películas, mientras vivía con sus padres. En 1993 se mudó a Chueca, a la calle Augusto Figueroa: «Era un rollo… Apartando yonquis por las escaleras… Ahí monté mi primera oficina en casa. Luego monté la oficina en el segundo. También he tenido suerte. La suerte también es estar en el sitio adecuado, en el momento adecuado.» En el 1993 Subterfuge publica el primer disco de Australian Blonde, con el single Chup, chup: «Ahí veo que empieza el rollo indie, que no se llamaba indie. Había un nicho, estaba la sala Maravillas… Yo recuerdo estar ahí con los Planetas, o sea, los grupos éramos la gente que íbamos [a ese local].

No había ni fans. A los Australian Blonde los descubrí porque me mandaron una maqueta. En esa época recibías muy pocas maquetas. ¡A finales de los noventa a lo mejor había veces que me mandaban 800 al mes! En ese momento, me mandaban muy pocas y las escuchaba todas. Escuché el "Chup, chup" y me gustó muchísimo, me dije: "Esto es un temazo." Saqué 500 copias y eso ya era jugarme la vida. Y tuve mucha suerte, porque saco el disco y se convierte en un éxito. Y tengo la suerte de que Montxo Armendáriz va a rodar Historias del Kronen (1995) y mete la canción en la película. Con lo cual, empiezo a trabajar con el cine, que no lo había hecho nunca. Es un éxito la película. Y luego, encima, un año después Pepsi hace un anuncio con la canción. Que eran tres madres llevando a tres niños en carrito por un parque y acaban los niños chillando y [con los años] son ellos [los Australian Blonde]. Pude así conocer el mundo de la publicidad, el mundo del cine. Chup, chup sonó en los 40 [Principales], y eso era un pelotazo. Igual vendería 30.000 discos o una cosa así. Y todos los medios se volvieron locos con el rollo del indie y tal»[9].

«[Pero el] pelotazo [de verdad] fue Dover, ese sí… Dover fue en el año 97, yo estaba en [la calle] Augusto Figueroa, en el cuarto piso, sin ascensor… Tenía ya una marca. Saqué a Sexy Sadie, a Mercromina, a Killer Barbies… De unos vendo 3.000, de otros 4.000… Yo me acuerdo, siempre lo digo, que cuando me llegó la maqueta de Dover la escuché y dije: "¡Hostia!" Y lo que me salió fue: "Si de Australian Blonde hemos vendido 3.000, de esto venderemos 10.000". O algo por el estilo. Y vendimos 700.000. Con Dover se juntó todo. Ellos habían sacado un disco que no había pasado nada. Y entonces me llamó el batería y me dijo: "Pues tengo un grupo, Dover…" Yo había oído hablar de ellos, pero ni los había escuchado. No me habían interesado. Me dice: "Tenemos un disco nuevo, a ver si puedes escuchar la maqueta". Digo: "Vale, es mi trabajo". Y me dice: "Pero queremos dártela en mano y sólo podemos a las nueve de la noche." Y digo: "Qué marrón, tío…" En esa época yo estaba todo el día fumando petas y a las nueve de la noche estaba destrozado. Y digo: "Venga, vale". Me lo llevaron y dije: "Buah". Ya te digo: "¡De esto venderé 10.000!" Y vendí 700.000. De esos 700.000, 90.000 fueron casetes, porque en aquella época todavía se vendían. Era cuando en las gasolineras vendían casetes, no vendían CD. Los coches no tenían CD. Y en el Madrid

Rock se vendían casetes. Recuerdo que vendí 600.000 CD, 99.000 casetes y 1.000 vinilos. Ahora se venden, como mucho, 500 álbumes [en vinilo] [risas]. Ahora no se vende nada, ni CD, ni cintas, ni vinilos, todo es enfoque digital. Spotify paga muy poco, pero tengo un catálogo amplio».

---

[1] Este sentimiento de inferioridad es típico de países perdedores de grandes guerras. El punto de inflexión español fue el Desastre del 98, pero otros países como Alemania y Japón –ambas naciones derrotadas en la Segunda Guerra Mundial– también han padecido gravemente dicho sentimiento de inferioridad cultural.

[2] Eso es lo que hoy llamaríamos la deconstrucción del LP como producto cultural.

[3] Este tipo de apelativo con el «boys» al final lo tomaban los mods españoles de las pandillas inglesas de los años cincuenta y sesenta. Por poner dos ejemplos, durante la adolescencia de John Lennon en Liverpool dos grupos conocidos eran los Holly Road Boys o los Ferry Boys.

[4] Se trata de Guillermo Quintana Lacaci, asesinado por ETA el 29 de enero de 1984.

[5] Algunos de estos skins eran de la zona de Quintana, pero paraban por Avenida de América al ser esta la vía de acceso al centro. Lo mismo ocurrió luego con grupos de raperos de la zona este. De hecho, estos raperos, algunos de ellos negros y más jóvenes que sus enemigos, tuvieron disputas y peleas con estos grupos de skins.

[6] En Porrones pararon algunos de los primeros skins de Madrid (junto con los punks). Con el tiempo el lugar se convirtió en un famoso enclave skin.

[7] Los propios rockers te dirán que no eran los mismos. Sí existía amistad entre miembros de ambos grupos, pero otros se odiaban. Un rocker de la época, más joven que los Franceses, me dice: «Nosotros hacíamos de aguadores de los Franceses en las calles de Malasaña. Gritábamos “agua” cuando se acercaba la Policía. Porque

ellos vendían cosas, algunos de ellos heroína, y nos daban una china para fumarnos un porro.»

[8] Esta anécdota nos permite entender por qué muchos de los especialistas del cine catalán de los años sesenta y setenta eran proxenetas, macarras y personajes callejeros. ¿Quién mejor para escenificar peleas y acciones peligrosas que aquellos que vivían peligrosamente? De hecho, algunos de los personajes noventeros que aparecen en esta mi serie macarra fueron especialistas de cine.

[9] Se trata de la época en la que los medios hablaban mucho de la generación X, que era algo así como la sucesora de los baby boomers, que triunfó con la contracultura de los años sesenta. La generación X representa esa renovación de la contracultura de las clases medias a nivel global y el éxito de la escena alternativa en Estados Unidos con grupos musicales como Nirvana o los Smashing Pumpkins, que vendieron mucho más de lo que se esperaba de ellos, colocándose así en el centro del relato mediático anglosajón.

Capítulo IX

Rutas de la droga

Ámsterdam, Galicia, Barranquillas

Para entender plenamente la realidad macarra es fundamental atender a la droga, ofreciendo una visión de la distribución y llegada de la misma desde otros países a través de rutas ocultas a la mirada del gran público. Construiremos, así, una etiología del consumo y trapicheo de sustancias estupefacientes al localizar y registrar las fuentes de las que emana mucha de la actividad ilegal y violenta del macarra callejero, vinculada a sustancias prohibidas. Ofreceremos una visión que irá de lo macro a lo micro, desde países productores y distribuidores hasta algunos de los barrios marginales de diversas ciudades españolas. Para ello contaré con los testimonios de policías, traficantes y especialistas en este terreno.

Como me comentó Juan Carlos Usó, historiador especialista en drogas, la heroína ya es detectada en territorio español a finales de los sesenta y principios de los setenta. España era entonces considerado un país de paso, y, como dice Juan Carlos: «Por donde pasa la heroína, mancha». A principios de los setenta la principal vía de entrada era Ámsterdam, una ruta que seguiría operativa en los ochenta. En los primeros setenta la heroína era un producto exótico. La meca europea del hippismo en ese momento –una vez se produce la difusión desde Estados Unidos– era Ámsterdam. Naturalmente, era también la «meca de las drogas». De Ámsterdam salían autobuses hacia Katmandú. Usó me habla del «famoso Magic Bus a Goa». Los hippies hispanos que pueden van a Ámsterdam: «En el año 71 se la ve como una droga muy glamurosa». «Hay una película del año 69 que se llama More, que está rodada en Ibiza. Y el tema es el caballo. Es sobre un tío alemán que se queda colgado de una tía y la sigue hasta Ibiza. Bueno, pues fuman petas, toman ácido, pero ella lo mete en el caballo y el tipo acaba muriendo de sobredosis, ¿no? Ibiza probablemente fue uno de los sitios donde primero se consumió caballo en España, creo yo; traído por la

colonia extranjera. Si tú eras un español que querías probar la heroína en el año 73, el mejor sitio donde podías ir era Ibiza. Yo la primera redada de consumidores de caballo que tengo registrada es todavía en vida de Franco, en febrero del 75. Hay personajes destacadillos que caen: un sobrino del productor este que era marido de Marisol, Carlos Goyanes; pijitos de Madrid; un par de hijos de sagas de militares franquistas; una actriz que prometía mucho en aquel momento que se llamaba Gisia Paradís. Los enganchan en Madrid, pero les van haciendo el seguimiento desde Ibiza.» En un momento dado la heroína pega en toda España: «En Andalucía pega en el Puerto de Santa María, Barbate, Chiclana, Sevilla; en Madrid hay barrios en los que pega mucho, en Tetuán, en San Blas; en Valencia; Barcelona; Galicia.»

Hablo con Mariano Simancas, policía experto en asuntos relacionados con el narcotráfico y delitos internacionales. Su testimonio es verdaderamente importante, al proporcionarnos una perspectiva policial que se nutre de muchos años de trabajo de investigación. De hecho, Mariano fue el único enlace policial español que trató de impedir la importación de sustancias ilegales desde Holanda hasta España durante gran parte de los ochenta (entre otras cosas, porque era el único policía destinado a ello); una labor titánica, imposible de realizar satisfactoriamente por una sola persona, algo así como apagar un incendio con cubos de agua: «Yo siempre quise ser policía, a mí la investigación me ha encantado siempre. La investigación tiene un puntito de caza, porque no deja de ser la lucha [entre la presa y el depredador]. Yo tengo una cabaña en el campo y cuando llega el periodo de caza lo que hago es, sencillamente, salir con la escopeta al campo, y a los diez minutos ya estoy oyendo el cantar de las perdices. Entonces, de oídas voy situándolas, más o menos despacio, a medida que me acerco. Yo oigo a las perdices, aunque lo normal es que tú tengas un perro que levante la perdiz y tú puedas tirar, ¿no? Yo lo que hago es que las oigo y voy a donde están. Me acerco lo máximo posible. El proceso es el mismo… Primero tienes que enterarte de que hay perdices y dónde están. Entonces, esa es una labor de información en realidad. Esta analogía probablemente no sería políticamente correcta, pero tiene un punto de verdad.» «Lo segundo es acercarte a [la presa] y lo tercero es el desenlace. Es decir, en el caso de toda investigación, cuando se trata de un hecho que ocurre, tú partes del

hecho. Pero, en el caso del tráfico de drogas, en general no hay denuncias, partes de una información que te llega, pero no de un hecho denunciado. Con lo cual, tú no puedes investigar sobre el hecho; investigas a partir de la información. Investigas a la persona, en fin. Tiene su punto de caza y, por eso, creo yo, aquello me ha gustado siempre.» «Desde los catorce años estaba deseando poder trabajar en un campo que fuese de investigación. Probablemente, me habría dado igual investigar los virus o investigar las bacterias, que también tiene su punto de caza, de ver cuál es el punto débil de ese virus y, entonces, tomar las medidas para combatirlo». Sugiero a Mariano que, quizá, en aquella época los policías estaban idealizados por medio de la televisión, el cine: «Quizá. Yo, con el tiempo, me he llevado muchas decepciones, ¿no? Yo empecé en el 74 y creo que tenía veinte años, yo nací en el 53.» «Bueno, total, yo recuerdo que cuando me identificaba en algún sitio o había que hacer alguna gestión y me identificaba como policía, yo me identificaba con orgullo. No es que sintiera un subidón, pero estaba orgulloso. Y había gente que desconfiaba y eso a mí me sentaba fatal. Gente normal. Luego, con el tiempo, uno comprende ciertas cosas y el primero que puede desconfiar a lo mejor en un momento dado de algo, pues, hasta puedo ser yo, porque ha habido tantas cosas...»

«En aquellos años tampoco había tanta delincuencia. Yo te puedo decir que, por ejemplo, el servicio de noche de la comisaría de La Latina, que está en la calle Fomento –ahora se llama Centro– y, sobre todo, el servicio de guardia lo que hacían a veces era que se sacaban un par de sillas a la calle Fomento a tomar el fresco en verano. Te hablo del año 74. No había tráfico en la calle. [En comisaría] oían el teléfono desde la calle si sonaba. O sea, era una cosa relajada durante la noche. Esto te da idea de que no había realmente problemas gravísimos de delincuencia, de seguridad ciudadana. Hombre, ¡claro que había delincuencia!, pero era una delincuencia menor la mayoría, ¿eh? Yo recuerdo que llegué a Estupefacientes haciendo una permuta, porque era imposible entrar en esa brigada, era una brigada de elite. [Una permuta] consistía en que yo me iba a esa brigada y uno de esa brigada se iba a donde yo estaba. Entonces la Brigada Central de Estupefacientes era una brigada de mucho renombre.» «Dentro de que había tráfico de drogas, sobre todo lo que había era hachís… Cuando llegué me

destinaron a lo que se llamaba, en plan de coña, el Grupo de las Pastillas, porque tenía que ver con atracos a farmacias y recetas falsas. Normalmente, el heroinómano necesitaba algún tipo de ansiolítico, necesitaba algún tipo de tranquilizante para sobrellevar el mono como pudiera, ¿no? El pobre. Para conseguir Rohypnol necesitaban receta y, entonces, las falsificaban. Pero las falsificaban de la manera más burda: en un papel cuadriculado de un bloc de muelle, que al arrancar la hoja se quedaban los trocitos, y con un bolígrafo remarcando bien la "D", la "R", de doctor y luego "punto", el nombre… Una cosa muy burda. Recetas falsas, atracos a farmacias, eso era lo que mayoritariamente llevábamos.» «De vez en cuando interceptábamos algo de hachís, algo de heroína, porque nos llegaba información. [La heroína] llegaba muy poca, y llegaba, básicamente, de Holanda y de Tailandia. Era gente que hacía un viaje y eran cantidades relativamente pequeñas. La cocaína empezaba también.»

Pregunto si en los setenta había más coca que heroína: «Se intervenía más, por la sencilla razón de la facilidad idiomática. Las redes y rutas de contrabando que tenían los gallegos [previamente] montadas se utilizaron para eso[1]. Y algunos empezaron a sustituir el transporte de tabaco por el transporte de cocaína. El trabajo no era tan grande ni tan intenso como hoy pueda darse el caso, ¿no?» «Yo recuerdo en la época de [la comisaría de distrito] La Latina, cuando estaba en el servicio de noche, ahí lo que podíamos intervenir de drogas era muy poco; eran cantidades prácticamente para el consumo». «Y recuerdo que nada más llegar a la Brigada de Estupefacientes recibí una información y me acuerdo de que fueron los trescientos primeros kilos de hachís [que se interceptaban] en el grupo».

Entonces uno de los grandes problemas de la Policía eran los atracos, por lo que las autoridades diseñaron medidas como la operación Jaula. Dicho mecanismo operativo consistía en cerrar Madrid en el momento en que se notificaba que había habido un atraco. Se cerraba la ciudad o al menos un sector determinado, dependiendo del tiempo que hubiera pasado. Con lo cual, teóricamente, el coche en el que se marchaban los atracadores quedaba inmovilizado en un atasco. «¿Esa fue una estrategia inventada en España?», le pregunto. Mariano: «Ha habido cosas que

se han hecho partiendo de aquí y cosas que se han copiado de fuera. La "tolerancia cero" se copió de Nueva York, y se copió también de Mánchester lo de los planes de proximidad… Pero todo eso al final son movimientos con la misma filosofía y, aunque partan de aquí o se copien de algún sitio, da igual, porque al final todos aprenden de todos. Aquí se reciben visitas [de policías] de otros sitios y al revés».

«Como novato, recuerdo en la calle Fomento que una vez había una whiskería, un puticlub, y al dueño le habían robado allí. Y entonces vino a denunciarlo. Era época de vacaciones y estaba yo con dos o tres del Grupo Criminal y, entonces, esa noche pregunté [al dueño] si habría alguien que quisiera vengarse [de él]. [La escena del crimen era sospechosa], no habían forzado nada, alguien conocía bien aquel sitio, ¿no? "¿Ha despedido usted a alguien?". "Sí, sí." Me dio el nombre y hasta dónde vivía. Y vino a la comisaría. Y yo estaba leyendo entonces un libro, ¡un libro muy antiguo!, titulado Psicología aplicada. Me parecía la típica novela como de Sherlock Holmes [con consejos criminológicos]. Me acuerdo que decía que si se nombraban ciertas palabras relacionadas con el hecho [frente al sospechoso] ahí se notaba que había cierto nerviosismo[2]. Le dije entonces: "Dígame, si no le importa, qué le sugieren las palabras que le voy a decir." Y empecé como una tontería: "Paloma, tórtola", no sé qué [risas]. Y el tío contestaba [arbitrariamente]. Y llegó una de las palabras clave y, sí, reaccionó de modo extraño. Pero tampoco me servía, y eso ante un juez nada… Y llegó un inspector jefe antiguo, de los de la época anterior, y estuvo ahí mirándonos. Y debió pensar: "¡Este es gilipollas!" [risas]. Y fue, lo miró con dureza y le dijo: "¿Por qué te lo has llevado?" [Y el otro]: "¡Porque me ha echado del trabajo!" No sé qué… Y dije: "Vale."»

La droga que más entraba en el año 1979 era el hachís. Cientos de miles de kilos eran intervenidos por la brigada. Había poca heroína, pero cada vez más; iba subiendo. La cocaína era más común que la heroína y seguía subiendo también. Siempre se dice que, en el plano mundial, desde los años sesenta es cuando se produce la explosión del tráfico de drogas: «Y, ojo, de toda la criminalidad asociada al tráfico de drogas. Por ponerte un ejemplo; yo trabajaba, en 1997, en una comisaría de una localidad cercana a Valencia, en Torrent. Y [en esa zona] había un polígono industrial y me acuerdo de que

había unas casas tipo torres que se llamaban el Xenillet. Y, cuando fui ascendido a comisario, fui destinado allí. El Xenillet era un sitio de venta de droga. Y, entonces, desde la estación de Torrent al Xenillet [los consumidores de droga] iban reventando todos los coches que iban viendo, [robando] radiocasetes como parte del pago para comprar la droga. Entonces, todos los días teníamos 50 u 80 denuncias de robo en el interior de vehículos. No era solamente por el tema del tráfico de drogas, es porque estaban perjudicando a mucha gente. Entonces, se acabó… entramos a las cuatro y media de la mañana reventando todas las puertas del mundo. El juez metió en la cárcel a un montón de gente, de los que estaban vendiendo ahí. Y durante el tiempo que esa gente estuvo en la cárcel, que fue un año y medio, la delincuencia en Torrent bajó muchísimo. Por eso digo que la explosión del tráfico de droga en los años sesenta conllevó toda la delincuencia asociada. El tráfico de droga genera homicidios, genera mafias, corrupción. Eso a España no llegó en los años sesenta, llegó más tarde.»

La droga interceptada aquí era un reflejo de lo que entraba; un porcentaje de la entrada total de sustancias ilegales que nunca llegará a saberse cuál es exactamente. A partir de 1978 ya empieza a verse un incremento de introducción de droga. Me dice Mariano que una gran parte de la heroína que empezó a entrar en esa época la traían los tamiles, guerrilleros del sur de la India y, sobre todo, de la parte norte de Sri Lanka, para sufragar los gastos de su movimiento político por medio del comercio de droga: «Igual que los tamiles, los iraníes que vienen a España a consecuencia de la revolución [de 1979] tienen que vivir de algo y tienen que hacer, además, un acopio de recursos para su propio movimiento.» «¿Qué pasaba con los tamiles en España? ¡Un tamil “canta”! Pues como un tío de Senegal, por el color de la piel. Las personas que buscas son más fáciles de identificar. Eso facilitó las cosas, pero había otros factores que las dificultaban. Necesitabas un traductor. Un venezolano sabes que habla tu lengua, pero un tamil… Había conversaciones, había intervenciones telefónicas… Si no tienes un intérprete ya me contarás. Los paquistaníes lo mismo, los iraníes… Se callaban y no decían nada. Aunque hayas interceptado la mercancía, el juez de instrucción tiene que probar que esa mercancía es de Fulano»[3]. «Traían heroína de toda la zona de Irán, Paquistán, Afganistán… He ido dos veces a Kabul y desde el

avión es impresionante. Eso es prácticamente imposible de dominar por parte de un Gobierno. Es todo montaña, pero montañas inmensas. Las plantaciones están ahí. Viendo datos oficiales te das cuenta de que en tiempos de guerra en la zona eso no cambia. Tienen producción y almacenes más que suficientes para que el precio de eso ni suba ni baje».

Cuando llegó a La Latina, siendo un novato un inspector mayor adoptó a Mariano como «becario»: «Me acuerdo que íbamos a la plaza de Oriente porque había carteristas. Íbamos andando y me iba presentando a los carteristas. Y estos se portaban con mucha deferencia, ¿no? Y, entonces, llegó un momento que decía: "Fulano, ¡a la una quiero verte en comisaría!" Porque había faltado una cartera no sé dónde y el inspector más o menos sabía por la descripción que había sido Fulano. Y Fulano: "Sí, sí, sí." Y a la una aparecía en comisaría.» Según me dice, no había un gran flujo de información, pero sí que había, de vez en cuando, alguna confidencia de los mismos delincuentes, que querían evitar castigos o condenas: «Ese es un submundo de supervivencia. Conforme más bajas en la escala social de ese submundo, mayor submundo de supervivencia es. Cuando el nivel es más alto es como un negocio. Estamos hablando de comerciantes sin escrúpulos. El que mueve cientos de kilos de hachís, o que mueve cantidades de heroína o de cocaína, en el nivel interno es un comerciante. El que quiere montar una operación para traer una cantidad de algún sitio tiene que mandar a alguien, tiene que proveer los medios para mandar a ese alguien, debe tener un contacto que entregue la mercancía a ese fulano que manda. Y luego debe tener aquí una red de distribución. ¡Ese es un comerciante!»

Hablamos de los soplones y los beneficios que pueden sacar de sus confidencias: «Alguien que da información puede estar, muy probablemente, fuera de sospecha. Si hay tres personas en un grupo [de investigación policial] que se dedican a eso y tú das información de alguien que trafica, esos tres [policías] van a estar trabajando en la información que han recibido. Y [el traficante soplón] puede sentirse libre de vigilancia. Es decir, tú estás en el lado bueno. Esa es la idea que tienen ellos. Pero "la Policía no es tonta" y está pendiente [del chivato] a ver qué pasa.» No obstante, existen muchas razones para que un delincuente se torne confidente

de la Policía. En algunos casos lo hacen por dinero. De hecho, existen fondos públicos para esos asuntos, que primero han de ser autorizados y luego justificados mediante recibo. La información se puede dar a cambio de dinero, se puede dar por intentar mantenerse a flote, o libre, y en otros casos por venganza: «La venganza es una razón muy frecuente, más frecuente que el dinero por lo que yo he visto.»

En los años setenta y ochenta fue un auténtico icono el Grupo Costa del Sol, creado en 1977 para impedir la importación de sustancias ilegales. De este grupo se ha llegado a rodar hasta la serie Brigada Costa del Sol. El grupo contaba con todos los caracteres necesarios, de modo que se complementaban unos a otros. Cada cual ejercía una función concreta que favorecía la eficiencia del grupo como un todo. Mariano me dice que comenzaron siendo unos seis miembros y acabaron siendo diez aproximadamente. Se crea el grupo por parte de la Brigada Central de Estupefacientes con gente de la Costa del Sol, precisamente por el problema que había en la zona con el hachís. Como sabemos, el sur de España es por donde se introduce en la Península el hachís, la sustancia ilegal más consumida en España. Mariano trabajó con ellos: «Se lo pasaban pipa trabajando los tíos; porque les gustaba [su trabajo]. También eran "cazadores". Las familias no los veían, algunos tenían problemas con sus mujeres. Las mujeres decían: "Ya se ha acabado esto." Pero que se ha acabado de verdad, no como en las películas, de que si el Al Pacino, la mujer y el niño… No. Problemas de verdad. Recuerdo que tenían una cancioncilla, que la cantaban casi todas las noches, que era: "¡Otra noche más que no duermo!" Porque todos los días [era] telefonazo, información que les llegaba, hablaban con los malos» «Igual que [para ti] pueden ser iconos la pandilla X… en lo policial [el Grupo Costa del Sol] fue el icono. Estaban trabajando continuamente. Primero, ellos se veían en la obligación de rendir y, en segundo lugar, es que se lo pasaban pipa. Fueron un referente absoluto en la Policía».

Al preguntarle si eran juerguistas me dice: «Claro que eran juerguistas, ya lo creo»; mira al infinito y sonríe con una curiosa expresión en la cara. Yo comienzo a reírme a carcajadas por lo revelador de su lenguaje no verbal. Mariano: «Si había posibilidad de ir a tomar algo [todos se apuntaban]. Mira, el grupo este tenía su

base en una comisaría de Torremolinos. Un sitio horroroso. O sea, la comisaría era un sitio asqueroso. Yo recuerdo que cuando bajaba para allá decía: "Lo que queráis, pero yo os espero ahí en el Pasaje de San Miguel." El Pasaje de San Miguel iba casi desde donde estaba la comisaría hasta una especie de medio acantilado, y era una calle comercial. Había uno [del Grupo Costa del Sol] que iba andando conmigo por la calle y no había chica en todos los comercios de la calle que no lo saludara efusivamente. Y yo pensaba: "¡Bueno, que yo voy con él! ¡No sé si aquí hay algo que me toque!" Pues no me tocaba… Era él, era él… Salía una embarazada y tal, y todo el mundo decía que ese embarazo era suyo.»

Cuando sale el Plan Nacional sobre Drogas (1985) una de las medidas estipuladas es enviar agregados a algunas embajadas extranjeras, cosa que llevaban haciendo otros países más tiempo: «Claro, una vez en Ámsterdam a mí me cambia el panorama. Yo llego en agosto del 86. Los turcos ya les habían comido la merienda a los chinos. Los chinos eran los que movían la droga antes»[4]. Desde ese momento, la heroína es mayoritariamente transportada hasta Holanda por turcos, almacenada ahí por turcos y «enviada [a España] por turcos a turcos que estaban residiendo aquí, o a españoles con los que ellos tenían ya confianza. La mayoría de esos españoles eran empresarios de medio pelo, que eran los que luego la movían».

Como ya he comentado, siendo el único agregado español en Holanda, su trabajo era especialmente dificultoso: «Ahí estábamos como 18 agregados de un montón de países, seguramente más, de distintas embajadas. Haciendo el mismo trabajo que yo [en relación con sus respectivos países]. Cuando tú necesitabas que te echaran un cable, pues, lógicamente, [nos ayudábamos]. Por ejemplo, a mí me viene un señor y me da una información…, me dice que hay una serie de camiones españoles a los que en unas naves en Holanda se les hace un doble fondo a la cámara frigorífica. Y, entonces, yo voy a los holandeses y se lo cuento. Les digo: "Me interesa saber cuál es la matrícula de esos camiones", y me dicen después de un par de días que ellos no tienen gente para dedicarse a eso… Y, entonces, pues hablo con un colega –no voy a decir la nacionalidad–, más o menos de mi edad, que nos llevábamos muy bien, y le digo: ¿Te vienes?" Y nos hicimos con las matrículas y vimos los camiones.

Había dos. Y con ese dato, seis meses más tarde cayó una organización en España, una empresa española que era la propietaria [de los camiones]. Mandaban en cada camión, casi siempre, entre tres mil y cinco mil kilos. Le cabían doce mil al hueco… Pero eso fue lo que se les cogió en ese envío. Cuando a uno de los agregados nos hacía falta alguien, pues nos echábamos una mano entre nosotros.» Sobre si son peligrosas dichas detenciones para la propia policía, dice: «Antes no llevaban armas, eran pocos los que llevaban. Ahora ya no. Desde hace unos años, cada vez se ven más armas. Ya hay pocos que no las lleven. Se enfrentan a la Policía, se enfrentan entre ellos mismos, porque no se fían unos de otros. Se roban la droga, el dinero. Eso es una parte, la otra parte es que cuando se les va a detener, no lo dudan, sacan armas. Y cada vez se ven más armas de guerra.»

Por otro lado, la observación era fundamental a la hora de detectar la entrada de drogas en España, una labor que tenía lugar en los aeropuertos y zonas cercanas al mismo. Mariano llegó a un acuerdo con el aeropuerto de Schipol para tener controlado a todo aquel que llegase de Sudamérica con escala a España: «Llegaba el avión a eso de las diez y media u once de la mañana. Y a los que venían de Tailandia, que llegaban más o menos a la misma hora, que cogían el avión para España a la una y media. Yo dije a los holandeses que, en vez de pillarlos cuando llegaban a Schipol, me los dejaran: "Cada preso que tengáis nuestro os cuesta 64 florines diarios de mantenimiento, entonces, multiplica eso por un año. ¿No os sale más rentable decirme 'Fulano llega a tal hora'?" Hablaron con el fiscal y aceptaron el acuerdo.» «Y en un caso concreto, me acuerdo que el agregado [policial] que estaba en Tailandia se quedó en mi casa de Holanda un par de días. Fui a llevarle al aeropuerto y pasé con él hasta la sala de embarque y vimos ahí que estaban sentados dos… Si es que son muy cantones… Estaba sentado un tío con un collarón de oro, con unos eslabones así de grandes; unos cadenones, unas historias... Era español y estaba en la sala de embarque para Bangkok. Y a su lado una mujer, que no le pegaba en absoluto, con una cierta edad. No cantaba nada y, precisamente por eso, cantaba; porque estaba con él. Nosotros íbamos de incógnito sin fichar a nadie, porque mi compañero iba a coger su avión. Simplemente nos los encontramos. Estando ahí nos miramos, nos sonreímos y me dice: "Ya tengo trabajo". Digo: "Sí, ya tienes trabajo" [risas]. Y,

entonces, cogió su avión y me llamó por teléfono al día siguiente para decirme: "¡Toma nota!" Y le digo: "¿Qué has hecho, le has fotocopiado el pasaporte o qué?" Y dice: "Sí." [risas]. "Ha dado la casualidad que, en un avión tan grande como son los que van para Tailandia, se han sentado a mi lado. Y me han pedido, por favor, que les rellene el papelillo de entrada en inmigración allí en Bangkok. Lo tuve ahí apoyado y he apretado bien el bolígrafo y se me ha calcado en un papel que he puesto debajo y luego no he tenido nada más que pasar el lápiz y se ha quedado marcado. Irán para [Ámsterdam], ya te diré cuándo." Dábamos por hecho que el suyo era un viaje para traer droga a España. Pero para volver a España tenían que pasar necesariamente por Schipol, que era la escala. Y, entonces, al cabo de una semana y media me llamó otra vez: "Oye, que van para allá." Yo fui, controlé la llegada, estuve en tránsito y, efectivamente, de ahí para España. Tenían algo sospechoso en la maleta, porque lo habían visto por rayos X. Y cayeron, eran de Córdoba, y no supieron nunca de qué manera habían sido detectados.»

En el Madrid de los ochenta trabajaron muchos camellos callejeros de origen nigeriano en las calles de Chueca y alrededores. Pregunto por ello: «La tradicional Ruta de la Seda era la misma que la ruta de la heroína. El descubrimiento de América se produce porque quieren ir por el oeste. ¿Por qué? Porque por el este se encuentran con el bloqueo que hace el islam, y los turcos en particular, tras conquistar estos Constantinopla. Pues en los ochenta, al aumentar el control policial y aduanero sobre esa ruta (Balcanes y Austria, fundamentalmente), parte de lo transportado por esta ruta se desvía por la ruta africana. Desde Oriente Medio, desde la India, desde Afganistán, llevan la heroína hasta África, y en África quienes se dedican a esto son los nigerianos. Ocurre lo mismo con el tema de la cocaína. Cuando la vía de los gallegos, tanto la de Galicia como la de Holanda, está muy perjudicada, pues empiezan los colombianos a colonizar todo lo que es África del oeste, toda la zona del golfo de Guinea, Costa de Marfil, Mali, el Chad… Y eso genera una corrupción tremenda. Eso es para verlo, ¿eh? También Cabo Verde. Cabo Verde hace unos años era un centro de distribución [de cocaína]. ¿Por qué entran nigerianos [en el mercado de la heroína durante los ochenta]? Pues porque les interesa a los que mueven el material.»

Sobre la prostitución y su relación con la Policía: «El tema de la prostitución lo que sí ha sido en algún caso es fuente de información. Porque las prostitutas se mueven en un ambiente [en el que conocen a muchos de los malos]. Entonces, si tienes una relación buena [con una prostituta] en el sentido social, pues es una buena fuente de información. De ahí han salido muchas cosas, cosas que no te imaginas. Un tío que lleve una pistola, por ejemplo. Hay muchas cosas… Gente que habla [en la cama] de sus delitos».

Otro de los problemas para la Policía española a la hora de impedir la importación de droga desde Holanda es el hecho de que el país es, de algún modo, un narco-Estado[5]. Las estadísticas de las intervenciones de drogas en distintos países se pueden encontrar en la ONU y las intervenciones de Holanda son en muchos casos nulas[6]. Por poner un ejemplo, en las últimas décadas en Holanda no ha sido decomisada ninguna cantidad de heroína ni de LSD. En los años duros de los envíos, que fueron la segunda mitad de los años ochenta, un altísimo porcentaje de la heroína que llegaba a España procedía de Holanda; todo el éxtasis, toda la anfetamina, todos los psicotrópicos que eran incautados aquí –cuando ya no había atracos a farmacias ni falsificación de recetas–, representaban cientos de miles de pastillas; un consumo que se aceleró con el boom del bacalao a mediados de los ochenta y la escena rave de finales de los noventa.

Según me dice un traficante anónimo, los cargamentos eran llamados sábanas, porque el éxtasis venía en sábanas dobladas, pegadas con cinta adhesiva. Todo eso llegaba desde Holanda. Por otro lado, hay un momento en que, según me confirma una fuente gallega, la cocaína que los gallegos traían a España, por un acoso excesivo es enviada a Holanda. El puerto de Róterdam, de unos 64 km, incluye refinerías y muchas otras mercancías. Cuenta con un volumen aproximado de unos cinco millones de contenedores al año. Se trata de cantidades de miles de kilos. Lo cierto es que la Policía holandesa no parece entregada a perseguir el tráfico de drogas por el hecho de que los narcotraficantes, ya sean turcos o de cualquier otro lugar, gastan gran parte de su dinero dentro del propio país. Hay que decir que el Estado holandés se beneficia por cada kilo de droga que vende un traficante. Al igual que ocurrió en Miami en los setenta y ochenta, que fue una ciudad construida

parcialmente gracias al dinero de la cocaína, Holanda se lucra de esos negocios ilegales; algo que ocurre abiertamente con las drogas blandas desde hace décadas.

Habiendo visto por encima cuáles son las principales rutas a través de las cuales entran los estupefacientes en España, llega el momento de acercarnos a las zonas de entrada de tales cargamentos que luego serán consumidos y distribuidos por macarras y demás personajes callejeros. Nuestra primera parada será Galicia. En La Coruña de los años setenta y ochenta la violencia juvenil era cosa común. Los grupos o pandillas de jóvenes se organizaban en torno al barrio o el colegio. Eran por entonces muy conocidas las peleas entre los del barrio de Katanga –residentes en las casas llamadas de Franco– y los de Corea –vecinos de Labañou–. En muchas ocasiones, «las verbenas de Palavea, la Gaiteira o de los Mallos terminaban salpicadas en sangre». Un tal Manuel Lema afirma lo siguiente en La Voz de Galicia: «Siempre había heridos, en todas las pandillas había chicos con la cara marcada porque en aquellas peleas se usaban todo tipo de armas. Menos pistolas, había de todo».

Las pandillas eran conformadas por grupos de diez a veinte jóvenes que, en muchos casos, se pegaban con otros por puro aburrimiento. Según Manuel, «a veces estabas en la calle aburrido y decía uno: "Oye, vamos a darles a los de la Sagrada Familia" [otro barrio de la zona]. Y allá íbamos». En ocasiones, estas bandas llegaban a realizar emboscadas a sus enemigos.

Uno de los barrios más macarras fue Katanga, como hemos visto: «Katanga... Este barrio fronterizo entre la ronda de Outeiro y el Ventorrillo nació en 1966, cuando el Estado levantó una serie de viviendas llamadas "baratas" a múltiples familias procedentes del entorno rural, especialmente de la comarca de Bergantiños. Era un barrio peligroso, y la imaginación callejera lo bautizó como Katanga, hoy una provincia de la República Democrática del Congo. Decir que eras de Katanga causaba temblores. De ahí salieron buenos muchachos que terminaron muy mal. Famosos fueron los Gemelos de Katanga, dos hermanos que a finales de los setenta las hacían de todos los colores.» También nació ahí Xosé Tarrío (1968-2005), un preso y activista político que vivió la mayor parte de su vida en diversas cárceles hasta que finalmente murió de sida.

Trató de escapar del presidio en varias ocasiones, participó en motines y llegó a matar a otro preso de una puñalada en el estómago. Tarrío era una leyenda. Se decía que los de Katanga eran los amos y señores de la zona. Un tal Fernando Lago (Mao) era muy conocido, otro joven que, como Tarrío, pasó muchos años entre rejas. Cuenta la leyenda que «con decir que eras de Katanga, no hacía falta más, te entregaban el dinero o las llaves del coche».

Otro barrio coruñés era Corea (Labañou), nombrado así al ser construido durante la Guerra de Corea. Junto a las de Katanga, las bandas más respetadas eran las de Corea. Un nativo de la zona habla de las constantes peleas con chicos de otros barrios: «Eran peleas a muerte, sobre todo con los de Katanga o los de Monelos». En una de esas batallas un amigo suyo perdió un ojo. En otra, hasta seis chavales fueron apuñalados: «Con dieciséis años nos peleábamos todos los días. Con quien fuera y por lo que fuera.» El Pititi era un nombre mítico del barrio de Corea.

El sureste de la ciudad estaba en manos de chavales de Monelos y el Barrio de las Flores. Como ocurría con el macarrismo ibérico clásico, las identidades grupales iban por barrios, cada pandilla identificándose con su respectiva comunidad, cuyas lindes habían de ser protegidas. Un tal Chancletas: «Las guerras las hacíamos en otros barrios, nunca nadie venía al nuestro a pelearse salvo en algunas verbenas.» Por su parte, los Dinamitas (de los Mallos) empleaban el amarillo como bandera, sus más acérrimos enemigos siendo los del barrio de la Sagrada Familia (la Safa), también muy temidos. Muchos de ellos eran gitanos. De ahí eran el mítico Cantinflas o la Bisonte. De un tal Picholo se dice que, como todo buen macarra, frecuentaba las puertas de las discotecas para robar o pelear. Otro barrio de renombre callejero era Monte Alto. Existía mucho antes que el resto de los barrios, pero en aquella época no era de los más peligrosos. Su peligrosidad fue aumentando a medida que los demás se fueron amansando. Muchas peleas fueron las protagonizadas por un tal Jonathan, hoy preso por decenas de delitos, casi todos ellos de lesiones. Las bandas juveniles se formaban no sólo en torno a los barrios, sino a los propios colegios. Célebre era la rivalidad entre los Franciscanos y el Hogar de Santa Margarita, o entre el Liceo y el Dominicos, o los Maristas contra los Jesuitas. Todo centro educativo contaba con su respectivo

antagonista. Y casi todos los desencuentros se ventilaban en las inmediaciones de las discotecas o en descampados[7].

El macarra coruñés se comunica en un dialecto callejero llamado coruño, compuesto por palabras como neno (chaval), kiote (kíe), plas (hermano), bata y bato (madre y padre), garimba (cerveza)[8] o chukelo (perro). El coruño es una mezcla de caló, gallego y cheli. Los que hablan coruño, además, ejecutan un silbato característico que se realiza para adentro. Dicho silbido dice mucho del que lo emite: quien así silba tiene calle, sí o sí.

Contaremos ahora con el testimonio del Teti, del barrio de los Mallos, un extraficante y antiguo heroinómano con quien entré en contacto gracias a mi contacto Sergio Álvarez: «Yo soy del 62. Soy de los Mallos; Mallos City 15007 [apartado de correos]. Fue uno de los primeros barrios donde se asentaron las chabolas de heroína y todo eso. A 50 metros del bar donde parábamos –el Flash– estaban las chabolas. Tú salías del Flash, dejabas atrás los edificios y entrabas en el monte y te encontrabas con 250 chabolas. El poblado tenía varias salidas, porque siempre estaba la Policía, también. Eso nos perjudicaba, porque nosotros estábamos trapicheando en la zona. Luego, a diez minutos, estaba Katanga. En aquel tiempo se conocía la zona como la Comarca del Burro, por el "caballo".» «En los Mallos [había] mucha unidad. Éramos muy amigos todos. Y todos los barrios de la Coruña, ¿eh? Aunque con Vigo nos llevábamos a matar siempre. [Entre barrios] había respeto». «En mi barrio mirábamos mucho por nosotros, por nuestro barrio. Antes en los barrios era así, luego nos conocíamos todos [con los de otros barrios]. ¿Qué pasa? Las verbenas… Las típicas verbenas; ya sabes, llegaban los machitos con las cuatro copas y siempre acabábamos a hostias entre todos. Pero bueno, al día siguiente estábamos todos juntos otra vez.» «Recuerdo la banda de mi primo el mayor, que tiene sesenta y nueve ahora, los llamaban la Banda Cagada. Luego estaban los Rojos, los Halcones, los Piratas, la Penita; gente que ahora tiene setenta años. Aún quedan algunos y aún bregan, que los ves por ahí y mantienen el carácter [en plan]: "¡Qué pasa!" Y tal. Eso no se pierde.» «El más famoso de mi barrio era el Cirigüi; la madre siempre tuvo barras americanas y el padre tenía dinero. Él durante muchos años vivió de las mujeres. Había otro que llamaban Cabalgo. Se subía al palco en las verbenas y decía: "¿Quién se

quiere pegar conmigo?" Antes aquí en las verbenas montaban un palco para pelearse entre barrios, pero con guantes, ¿eh? Barrio contra barrio, uno contra uno.»

«Con quince, dieciséis años empezamos a politizarnos un poco, a mirar un poco por mejorar un poco todo. Y el Gobierno también tiene informadores y sabe que nos estábamos movilizando. Y yo creo que la heroína entró así de golpe para nosotros, [aunque] yonquis siempre hubo. Yo recuerdo siempre los diez yonquis míticos desde hace 250.000 años, y sólo se pillaba la heroína de colega a colega, nada de como ahora que es una venta al por mayor. Siempre hubo heroinómanos, y morfinómanos. Y médicos de estos y farmacias que te daban lo que querías.» «Tuvimos una época muy buena… Yo trabajé en una farmacia, un error bastante jodido. Drogas, las probé todas. En el 78 me puse a trabajar y seguí estudiando por la noche. Empecé tomando algunas cosas y los porros que fumábamos. Luego la cosa fue a más, porque vi negocio, ya la política no me interesaba. Vi negocio, dejé de trabajar y me metí a saco en eso. Me metí a vender chocolate.»

«Yo recuerdo muchas cosas, cuando se fundó la cooperativa de presos aquí en A Coruña. Eso fue a raíz de cuatro presos que se juntaron, reivindicando derechos. Se subían a los tejados reivindicando derechos. Yo en los 14 años que me tiré [en la cárcel, decía al funcionario]: "Yo tengo los mismos derechos que usted." Yo vi dos muertes en la cárcel de Villabona (Oviedo), mientras estuve ahí dos años. Aparecieron dos muertos ahorcados en una celda donde no había barrotes. No podías ahorcarte.»

Cuando Teti empezó a vender, todavía no había ni descarga de chocolate. Teti, de hecho, participó en descargas de tabaco y hachís, pero cuando él ya llevaba años traficando con chocolate: «Yo empecé con la heroína con diecisiete años. Ponle que la heroína se disparó en Galicia a partir de 1980. Aunque ya existía. No había poblados, pero había casas de amigos. Después ya los gitanos vieron un negocio y la heroína entró por los poblados. Eso fue a partir del 83, 84.» «Para pillar chocolate nos íbamos para Ceuta, lo que pasa es que en esos años venías con la bolsa cargada y no pasaba nada. Yo no tengo ni una condena por tráfico de drogas, me fui totalmente limpio. Era mi trabajo. Luego, por avaricia, empecé con

la heroína. Coger un cuarto de kilo de heroína en aquella época era mucho dinero. Yo tenía. Yo en esa época era como una caja de Donettes, me salían amigos por todas partes. Me metí, me metí, me metí y ¿qué pasa? Que al final me convertí en mi mejor cliente.»

Con diecisiete años Teti ya vivía en un bungaló al lado de la playa: «Y te acomodas, porque en esa vida, si no tienes problemas con la ley, vives como un marqués. Y te acostumbras. Yo tuve coche, moto y apartamento, pero me lo metí por la vena. La heroína es la leche, pero no recomiendo a nadie que la pruebe, porque las consecuencias son muy jodidas. Al principio la disfrutas, pero cuando se hace necesaria… porque son 15, 20 días que te metes un pico diario y acabas liado, y estás enganchado. Yo encima la tenía en casa. ¿Qué pasa? Pues eso te lo vas comiendo. Y, al final, coges un kilo pero medio te lo metes. Y con el otro medio tienes que pagar el kilo entero. Y hay un momento en que no llegas. Eso te arrastra y: "Tengo aquí una pistola… ¡Pues voy a robar un banco!" Y te hacías un banco. A mí llegaron a pedirme 48 años de condena, en total, de todos los delitos que tenía. Yo tengo robos, peleas, atracos.» «Para realizar un atraco tienes que tenerlo muy claro. Saber a lo que vas y tener claro que no vas a hacer daño a nadie. En un atraco se me escaparon dos tiros que dieron en el techo y la pistola estaba marcada. Y por un atraco donde el arma no era la misma [a la del resto] me querían meter el resto de los atracos que había habido.» «También me metieron en la cárcel por dos puñaladas, porque me quisieron quitar la heroína. Me quisieron dar el palo en un poblado. Me aparecieron tres niñatos y los apuñalé a los tres. En 1991 entré hasta el 2004, 14 Navidades. Me junté con muchas causas.»

Teti obtenía la heroína gracias a un contacto gitano: «Yo tenía trato con uno, pero un gitano potente, no un gitano de estos de poblado. Lo veías y, aparte, era educado. Él imagino que lo traía de Turquía. Yo tuve contactos con turcos en la cárcel, y con uno de ellos hablamos de muchas cosas.» «También estuve con Manuel Chao do Barro, dirigente del Ejército Guerrillero do Povo Galego Ceibe. Estuve con etarras, ellos tenían sus ideas y yo las mías. Como personas, de puta madre. En la cárcel las peleas vienen siempre por una pijada.» «En la cárcel de Coruña, la vieja, la provincial, hemos llegado a estar hasta cuatro en una celda. Pero la cárcel tampoco es

como las películas, que no dan por culo a nadie. Le dan a quien quiere. Y yo entré con diecisiete años.» «Íbamos a ver las películas del Torete, el Vaquilla, el Jaro… todos nos influyeron. Una peli que me marcó mucho fue Warriors (1979).»

Teti y sus amigos secuestraron traficantes durante una época, llegando a taladrar las rodillas a alguno de ellos. Iban a Villagarcía de Arosa, compraban y volvían otra vez de nuevo como clientes. Volvían una y otra vez para reconocer el terreno hasta que, finalmente, se decidían por uno: «Entrábamos en la casa, lo atábamos en la cocina y un taladro, y si no una cuchilla de afeitar. Íbamos dando cortecitos y se iba desangrando y al final decía dónde tenía todo. Entrábamos porque nos conocían. De hecho, nos cosieron a tiros una vez, en Villagarcía; nos estaban esperando. Y no volvimos. Ellos aquí no vinieron tampoco, porque sabían quiénes éramos. Ahora, en su tierra mandan ellos. Si nos pillan, nos meten en unas tierras y allí de abono, ala, venga. Cuando nos dispararon llevábamos dos coches e íbamos armados también. No era el momento de montar la Tercera Guerra Mundial. Nos habíamos llevado ya dos kilos y medio de heroína por la cara y eso es mucho dinero». «También hay policía corrupta. En la Central de Meirama se ha quemado mucho chocolate. Yo he tenido kilos y kilos que se llevaron ahí para quemar. Más de 25 kilos de chocolate que se llevaban para quemar y un empleado que era amigo mío me decía: "Oye, te los dejo a tanto."»

En los años ochenta la cocaína era omnipresente en Galicia. Pilar Rodríguez Tomé, nativa de la zona, me habla de ello: «En la zona del sur de Galicia es que ibas a una peluquería a teñirte el pelo y te preguntaban si querías cocaína y vino de Cambados, ¿sabes? Como si te vendieran huevos. Tuvimos unos años que era un escándalo. Y todo el mundo del mar que había trabajado [en el contrabando] de tabaco se metió en la coca. La coca hasta la Guardia Civil te la daba. Eso sería entre el 75 y finales de los ochenta. En la zona sur de Galicia: Cambados, Villagarcía [de Arosa]. Tú te dabas una vuelta por esa zona y te quedabas patidifuso porque veías unas casas de estas del Hola en medio de una aldea»[9].

En años posteriores, los poblados chabolistas fueron los centros de venta. Fernando Sampedro: «El mayor punto de venta de droga [en

Coruña] hasta hace pocos años, que lo derribaron, era una zona que se llamaba Penamoa, cerca de los Marineros. Era el poblado chabolista. Yo subí una vez en coche y te puedo decir que quedé acojonado. Llegabas y veías a unos gitanos ahí, pero sin cortarse un pelo, pistola en mano.»

Juan Carlos Usó, especialista en asuntos de drogas, me da su opinión sobre las teorías conspirativas que entienden la epidemia de la heroína como provocada. No afirma haber probado que jamás existió una conspiración por parte del poder para neutralizar la protesta juvenil a través del caballo: «Los que no han probado que sea verdad son los que lo afirman. Yo no he probado nada, yo lo único que constato es todos los agujeros que le veo como historiador o como investigador a esa teoría, tan paranoica, por lo demás. Y que no se limita sólo al País Vasco. Lo he oído de Asturias, de Andalucía, de Canarias, de todo el Estado español, de Cataluña, por ejemplo. Pepe Ribas, por ejemplo, el alma mater de la revista Ajoblanco, eso lo ha dicho toda la vida, que el pujante movimiento libertario que generó en Barcelona y en su área de influencia a finales de los setenta lo liquidaron con el caso Escala y con la heroína. Se dice de Italia, en Irlanda también, en Alemania, entre los Black Panthers… Es la excusa perfecta.» «A ver, que hay agentes de las fuerzas de seguridad del Estado implicados en el tráfico, no de heroína, de cualquier droga, eso está probadísimo. Pero, bueno, una cosa es que haya policías metidos en temas de tráfico y otra es que haya un plan de estado para acabar con un segmento de la juventud vía la heroína.»

Sobre un genocidio de la droga tiene también cosas que decir: «Cógete simplemente los muertos por sobredosis, súmale si quieres los muertos por sida, y al lado ponte una columna con los muertos por accidente de tráfico. Si piensas que por drogas hubo un genocidio, no sé cómo calificaríamos lo del tráfico. [Estas teorías] no se sostienen, se sostienen únicamente por la voluntad de repetirlo.» «Realmente, causaron más bajas en los jóvenes transicionales inconformes las subvenciones, los cargos, las prebendas… que la heroína. Dejaron de ser jóvenes inconformistas en cuanto pudieron sacar tajada, ya fuese vía subvención, vía prebenda o tal. Pues cuando se puso a repartir el [P]SOE y subieron los cachés de los grupos de música como nunca hubiera imaginado

nadie en este país, en fin.»

«Cuando la vía de Ámsterdam no da más de sí, pues, la gente descubre Bangkok y hay gente que se va a Tailandia. Pero estamos hablando a nivel de… Primero hay hippys que la traen, luego hay gente que ya se involucra con el tema y decide ir a buscarla, y entonces van a buscarla a Tailandia. Bueno, hasta el punto de que llega un momento que en Tailandia hay una aduana para nacionales (tailandeses), otra para extranjeros y otra para vascos. Vascos iban una legión y tal. Y luego, digamos, a partir del 82, 84, es cuando ya hay articulado un mercado regular y constante de menudeo. Ya puedes ir a cualquier hora a determinados sitios, que hay. Son mafias iraníes, cingalesas, mafias turcas, sobre todo.» Le hablo de los nigerianos, que por lo visto dominaban el tráfico en la zona de Chueca, en Madrid, durante los años ochenta: «En Valencia hubo una época en la que también la controlaban los nigerianos. No tengo ni idea. Porque, en el caso iraní y el caso turco, estamos hablando de países productores. Y también había mafias cingalesas, es decir, de Sri Lanka, de la antigua Ceilán, que tampoco es un país que tenga por qué [controlar el tráfico]. Yo creo que es por el mismo tema que los gitanos, es decir, son gente que, por ser minorías étnicas, pues viven en la marginalidad y ahí encuentran una fuente de ingresos. Igual que puedes vender CD, te pones a vender heroína.»

«Irán era un país productor y consumidor. Ilegalizaron cultivos en el país, como en Turquía, por presión de Estados Unidos. Eso fue lo que activó el mercado de países productores en el Sudeste Asiático [del llamado Triángulo Dorado]. La prohibición de las plantaciones en Irán y Turquía repercutió en una problemática a nivel interior, en ellos, de consumo. Yo estuve hablando con un representante de Naciones Unidas que había estado en Afganistán y me decía, descojonado, que todo esto que hacen con titulares del tipo: "¡Con los talibanes aumenta la producción de opio!" O: "¡Gracias al plan de la ONU ha descendido [el consumo!", todo eso, no era verdad, que la producción aumentaba o disminuía en función de los intereses de los propios afganos productores. Hablamos de un país, Afganistán, donde no hay bancos, no hay una moneda solvente, no hay cajeros automáticos, no hay libretas de ahorro. El opio representa los ahorros de una familia para que un hijo pueda

estudiar en la universidad de París, o la dote para que una hija pueda casarse. A lo mejor son ellos los que no plantan un año para que se revalorice el que tienen en stock. Nosotros vemos el opio como una droga, pero ellos lo ven como la moneda de cambio que ahí no existe. A veces tenemos una visión distorsionada de la realidad de diversos países.»

«[En País Vasco, ETA] declaró la guerra a los traficantes de cuello blanco y con el pretexto de la droga liquidaba a la gente.» Le comento que ETA también liquidaba a traficantes mercheros como los Bañuelos: «Sí bueno, esa era una de las principales críticas que se hacía a ETA, que dice que va a ir contra los grandes traficantes y al final se carga a yonquis y a gente que no te digo yo que no pasara alguna papela. Otra gente afirma que lo que hacía [ETA] era eliminar competencia [risas]. El que lo dijo con más fundamento fue un politólogo y analista internacional llamado Alain Labrousse, y este en un informe oficial expuso, pues eso, que en el mercadeo de [heroína] ETA compraba armas a cambio de drogas y entonces, claro, cuando lo dijo Alain Labrousse, pues todo el mundo se puso más firme. Pero yo no tengo ninguna prueba, ninguna constancia. Aunque tampoco me he dedicado a investigar este tema. Yo en mi libro lo único que hice es un poco cuestionar la facilidad con que se daba pábulo a esta idea, según la cual el Estado había diseminado una sustancia para matar poco menos que con mira telescópica a una serie de individuos molestos. Me parece que me estás contando un plan con la precisión de un relojero suizo, y esto no funciona así. La heroína, yo no conozco a nadie que se la hayan dado a la fuerza… Y, luego aparte, no te vuelves yonqui a la primera toma. Requiere cierta contumacia por parte de uno para acabar desarrollando un hábito.»

Al preguntarle sobre las fases de asimilación de la cocaína en España con respecto a la heroína, me contesta: «Para empezar estamos hablando de dos drogas muy distintas en cuanto a la naturaleza jurídica. La heroína, por ejemplo, es una droga que está prohibida a todos los efectos aquí en España desde 1932. Y la cocaína se sigue utilizando en hospitales durante los sesenta, como anestésico legal. Luego será sustituida por la novocaína, la lidocaína, una serie de cocaínas sintéticas, que es lo que dan ahora. Cuando vas al dentista y te van a quitar una muela y te dan un

anestésico para dormirte la boca, eso en el año 55 era cocaína. No es lo mismo una droga que en su fase de fabricación tienes que hacerlo clandestinamente que una droga que, a lo mejor, la ruta clandestina la comienza en la fase de la distribución. Hasta los años cincuenta y sesenta las pomadas para las almorranas llevaban cocaína. En os años setenta en Estados Unidos aún se anunciaba la cocaína en revistas como se podría anunciar una bebida energética. Digamos que la cocaína y la heroína, prácticamente, a nivel de consumo popular llegan al mismo tiempo, en los años ochenta. Curiosamente, incluso en los años en los que la heroína tiene todo el protagonismo, no hay ningún año en que se decomise más heroína que cocaína. De hecho, mucha gente simultaneaba los consumos durante mucho tiempo.»

«La cocaína tuvo impacto en todo el Estado español, lo que pasa es que Galicia fue el punto de entrada. Todas las tramas gallegas, que históricamente habían empezado con el tabaco, luego habían seguido con el hachís… A ver, buscando la mayor rentabilidad en el negocio; es decir, si me la voy a jugar… Además, la cocaína era más rentable y menos volumen. Pero las mafias gallegas, que yo sepa, el caballo no lo tocaron.»

Los poblados –principal núcleo y destino final de las rutas de la droga– fueron lugares para la venta de estupefacientes. Eran tolerados por las autoridades en diversas ciudades españolas, entre otras cosas, para mantener la conflictividad asociada al tráfico y la adicción lejos de los centros de las ciudades. Así lo cree Alfonsito Ussía, hijo del famoso periodista del mismo nombre y buen conocedor de los poblados de Madrid: «Yo estaba metido en el mundo de la música. Un día me dijeron que Antonio Vega necesitaba a alguien que le llevase a un sitio y, desde entonces, se inició nuestra relación de amistad. Me convertí en el chófer de Antonio Vega. Mi trabajo era llevarle de su casa en la calle Tarragona al poblado. Antonio se gastaba al día 1.200 pavos en las Barranquillas [poblado en la zona de Vallecas], era muy punk. Íbamos a los Gordos. La época en la que yo iba a las Barranquillas –2004, 2005– estaba la Amparo, estaban las Niñas y luego abajo del todo eran los Gordos [cada uno en su chabola], que eran los que manejaban todo. De hecho, suministraban a las Niñas. Luego hubo un ajuste de cuentas entre ellos. Hubo algún lío de faldas.»

«Yo, la primera vez que conocí a Antonio le llevé al poblado y, cuando salimos tras comprar, había un control de policía con pinchos en el suelo y yo acojonado. Y me dice Antonio: "Tranquilo que no va a pasar nada." Y yo: "¿Cómo no va a pasar nada?" Y dicen los maderos: "¡A ver, chavales! ¿Qué lleváis?" Yo: "No llevo nada." Alumbran a Antonio y Antonio: "Eh… cinco de base. Eh, dos o tres de crudo [coca en base] y cuatro de caballo." Me alumbran con la linterna, le vuelven a alumbrar a él y dicen: "Venga, circulen." Me quedo flipando. Primer día de curro, ¿eh? Me dice: "Esto ha sido por algún robo, un asesinato o algo sin resolver, pero no nos va a pasar nada. Ni ahora, ni nunca."» «La chabola de las Niñas era la polla, estaba al principio [del poblado]. Justo en la esquina estaba el economato y la tienda, que era donde vendían jeringuillas, Coca-Cola, vendían cerveza y tal. Luego había varios bares. La chabola tenía un cerco de entrada con un portón para meter el coche y luego pasabas a una sala que estaba cerrada, donde estaba todo el mundo dando vueltas en corro, y luego una puerta de acero, donde estaban ellas ahí dentro. Nosotros nos metíamos dentro, no en la sala donde estaban todos los yonquis.» «Una vez tuvo una pella y los traficantes vinieron a buscarnos al estudio. Eran los Gordos. Con ellos era la única vez que sentí miedo en el poblado, tío. A mí no me molaba nada ir a los Gordos, y Antonio lo sabía. No era como ir a las Niñas o como ir a la Amparo. Con ellas no te pasaba nada. Con los otros tenías la sensación de que podía pasar algo en cualquier momento. Había una hostilidad distinta. Los machacas suyos, por ejemplo, eran distintos. Eran unos negratas… Eran unos negros adictos, pero negros con los ojos idos, la nariz blanca de… muy tochos.» «Luego, a los cuatro o cinco meses, pasó algo que ya me giñé. Fuimos para allá y el Antonio tenía deudas con ellos. Total, que nos metemos en la chabola. Había una mesa y una cesta llena de caballo, otra con perico, otra con billetes y una de monedas. Y había un niño de siete u ocho años. Y, de repente, estoy ahí y viene el niño y dice. "¿Qué tal, payo? ¿Está chulo el payo? ¿Lo matamos? Miro al niño, miro al padre, al abuelo o al bisabuelo, y digo: "Si yo no tengo ni meda hostia. Tú me coges y me sacudes vivo." El Antonio se pispa y dice: "Gordo, Gordo, Gordo, no me jodas…" Y, sin darme cuenta, tenía yo todo el pantalón meado. Por el niño de siete años.» «Cuando salimos de ahí dije: "Hasta aquí… Lo tenemos que gestionar para que alguien venga a comprar." Y me dijo: "Imposible, el que venga aquí se lo

come.” Desde ahí dejé de currar con él, aunque le veía. Gracias a Antonio tomé la decisión más importante de mi vida, que fue no dedicarme a la música [risas].»

---

[1] Recordemos que el contrabando gallego no se inició con la cocaína, sino que se traficaba con otros bienes de consumo. Una vez llegó la cocaína no fue necesario crear toda una red de contrabando, sino que ya se contaba con gran parte de la infraestructura necesaria para ese nuevo tipo de tráfico.

[2] Se trata de una herramienta típica del psicoanálisis freudiano clásico. A través de un ejercicio de asociación de ideas cronometrado realizado por el paciente el psicólogo trata de hallar traumas o elementos conflictivos de raíz inconsciente. Si tarda mucho en responder o se traba frente a una palabra concreta pronunciada por el psicoanalista, significa que en relación con ello existe algún complejo o nudo sospechoso.

[3] El fotógrafo Félix Lorrio, vecino de Malasaña, me habla de los años ochenta en el barrio: «Aquí había muchos problemas, estaban los turcos… Eso fue a primeros de los ochenta. Había bandas que se enfadaban entre ellas. Aquí [en Malasaña] hubo una noche que hubo un follón… Venían con hachas y todo, se metían debajo de los coches. Unos que estaban en plaza de Castilla vinieron aquí a por los que controlaban la heroína y a muerte, vamos. No sé si eran iraníes o turcos. Venían de plaza de Castilla a tomar el barrio. Yo nunca vi heroína en los setenta. Había en esa época, pero era muy cara. La compraban los que tenían pasta. Venía mucha heroína también de Ibiza. Eso me contaban mis amigos.»

[4] En torno a esos años en Holanda se había dado un cambio de modelo de negocio. Los chinos, que habían controlado la droga en Ámsterdam hasta mediados de los ochenta, fueron desposeídos por los turcos. De hecho, se sabe de casos en los que ciudadanos de nacionalidad china aparecieron asesinados en los canales.

[5] Así lo afirma expresamente el expresentador de MTV Adam Curry, nacido en Estados Unidos, pero criado en Holanda [https://www.youtube.com/watch?v=NaPKrZTUoUs]. No sólo eso, sino que Jan Struijs, máximo responsable del mayor sindicato policial

holandés, afirma: «Sin duda, contamos con las características de un narco-Estado». «Is the Netherlands becoming a narco-state?», BBC News, 19 de diciembre de 2019.

[6] [https://www.emcdda.europa.eu/data/stats2021/szr_en].

[7] Alberto Mahía, «Cuando Katanga atacaba Corea», La Voz de Galicia, 25 de enero de 2015.

[8] En coruño, cuando uno se va de cervecerías se dice garimbeo.

[9] Hay que decir que España ha sido, en algunos casos, el suelo sobre el que se han dirimido disputas entre narcotraficantes latinoamericanos. Un caso llamativo fue el de Leónidas Vargas Vargas. Según El País del 8 de enero de 2009: «Un importante narcotraficante colombiano llamado Leónidas Vargas Vargas fue asesinado a tiros ayer en Madrid, mientras estaba convaleciente en una habitación del hospital 12 de Octubre». «Vargas, de cincuenta y nueve años, alias el Viejo o Paras de Alicante, era el jefe del cartel de Caquetá y estaba relacionado con el cartel de Medellín. Había ingresado en el hospital madrileño el día 2, aquejado de un problema de estómago.» «La detención de Vargas, que llevaba un pasaporte venezolano falso, estaba relacionada con la captura en Valencia de un alijo de 500 kilos de cocaína escondido en el interior de un cargamento de piñas tropicales transportado desde Panamá. En aquellos años, Colombia ofrecía cinco millones de dólares de recompensa por su captura. En 2006, figuraba en la lista de los 19 narcotraficantes más buscados de Colombia e incluso se le acusó de mantener fuertes vínculos con la guerrilla terrorista de las FARC.» Dos días después nada más, aparecieron en Colombia los cadáveres del hermano de la víctima, Fabio Vargas, y la actriz y modelo colombiana Liliana Lozano, ambos con signos de haber sido torturados.

Capítulo X

Mucha policía, poca diversión

Bilbao macarra

Un área de mucho interés para entender el impacto que tuvo la droga en España en los años ochenta es Bilbao, donde el punk –literalmente una forma de «rock macarra»– y una ética callejera antiautoritaria pegaron con especial virulencia. Bilbao fue una ciudad macarra, aunque ya no lo sea desde hace muchos años. Por otro lado, las teorías conspiratorias según las cuales la heroína fue introducida por el Estado para desactivar la lucha política entre los jóvenes –que, como hemos visto están presentes en muchos barrios obreros de España– cuentan con un especial peso para muchos a la hora de explicar la realidad callejera del País Vasco. En el País Vasco, la lucha política estuvo muy vinculada a la crisis del petróleo, a demandas sindicales y a un proceso de reconversión industrial –que afectó también a países como Inglaterra, por poner un ejemplo– que, en los años ochenta, supuso el desmantelamiento de la industria pesada, rama laboral que en la región tenía una gran relevancia. Dicho desmantelamiento iba acompañado de una pérdida y precarización de los puestos de trabajo, lo que dejó un importante vacío socioeconómico y psicológico que pudo potenciar el consumo de heroína en la comunidad, activando, por otra parte, todo tipo de conductas macarras y delincuenciales. Y no sólo eso. Ya fuese la droga un modo de aplacar la lucha política o un medio para llenar un vacío existencial provocado por la desindustrialización, lo cierto es que el nuevo hedonismo asociado a las influencias culturales del Occidente democrático tuvo también mucho que ver con que el activismo obrero acabase casi por esfumarse.

Empezaremos, pues, por describir las luchas obreras previas a la Transición para mejor comprender a qué se refiere la gente cuando culpa al caballo de reconfigurar la cultura vasca de acuerdo con los intereses del poder, el Estado y las elites económicas. Hablaremos

de nuevo con Jota, quien, tras estudiar en Barcelona en los años sesenta, sacó una plaza como inspector de trabajo, siendo la ciudad de Vitoria su primer destino. Él fue testigo privilegiado de las luchas obreras del País Vasco durante los años setenta, pues contempló de primera mano los movimientos de resistencia que fueron desarticulados tanto por la desindustrialización como por el hedonismo rampante de la Transición y la epidemia de la heroína. Él nos hablará de los llamados Sucesos de Vitoria o la Matanza del 3 de marzo, como ejemplo palpable del vigoroso movimiento obrero que vendría a ser desactivado en años venideros.

Jota llegó a Vitoria en julio de 1975, tras sacarse las oposiciones. En País Vasco acababa de haber un estado de excepción; Franco todavía vivía, aunque era muy anciano. Esta situación era propicia para el estallido de rebeliones, disturbios y huelgas. Existían muchos problemas y discordias políticas, pero no precisamente promovidos mediáticamente, es decir, que mucha de esta problemática no era, en muchos casos, recogida por prensa y televisión. ETA ya existía, fue fundada en 1958: «Lo más fuerte que habían hecho desde el 58, que yo recuerde, fue el robo de la nómina de Altos Hornos de Vizcaya, que era muchísima gente, y robaron una serie de millones. Entonces no había protecciones, no había precauciones, era todo como muy primitivo. Fíjate cómo era la cosa, que a mí me contaron fuentes de fiar que el Gobierno sabía quién había robado el dinero, que el comando se fue a Vitoria y estuvieron tomando vinos y celebrando el robo. Como si fuese el Oeste aquello. Los servicios de información eran muy primitivos.»

«Yo pedí el País Vasco exprofeso, porque quería aprender, quería estar en lucha pesada, yo fui a buscar [la industria] del metal, donde había movimientos obreros. Yo quería Guipúzcoa, porque tenía una tradición industrial mucho más fuerte. Álava era la tercera en la historia industrial vasca. La primera era Vizcaya, con mucho, luego Guipúzcoa, al cabo de muchos años, y luego Álava, a partir de los años sesenta. De julio hasta marzo del año siguiente [1976] todo parecía muy pacífico. En esos meses hablando con gente del Ministerio les decía: "Yo pensaba que aquí había mucho más follón." Me contestaron: "Aquí en Álava se está la mar de tranquilo, esos son los guipuzcoanos que montan la de Dios."» Álava era de las provincias llamadas forales: «En aquella época el sistema

fiscal era una mierda reverenda; se pagaba poquísimo, los que pagaban.» En el caso de Álava y Navarra imperaba un concierto económico muy antiguo que se había mantenido por sumarse Álava y Navarra al Alzamiento Nacional de Franco. En cambio, Guipúzcoa y Vizcaya fueron declaradas expresamente por ley como provincias traidoras y fueron desprovistas de sus privilegios fiscales: «Álava tenían más dinero, mejores carreteras, vivían mejor. "Aquí nunca pasa nada", pues empezó a pasar…» Había un número de huelgas creciente, de movimientos cada vez más duros. En enero de 1976 empezaron una huelga en seis o siete empresas importantes. Los trabajadores exigían una subida lineal de sueldos, una subida de seis mil pesetas al mes: «Seis mil pesetas en aquellos tiempos era una cantidad, ¿eh? Pero tampoco era una cosa loca. La gente cobraría 20 mil y querrían subir a 26 mil. Entre las empresas estaban Forjas Alavesas, estaba la Mercedes. Serían unos 12 mil trabajadores, que en Álava era bastante.» «Estuvieron de huelga desde primeros de enero y acabó aquello como el rosario de la aurora, a tiros, el 3 de marzo. La huelga, que duró dos meses, que era muchísimo, no se había producido prácticamente nunca en Álava y contaba con todas las simpatías de la sociedad. Y esta gente no tenía reserva, por lo que empezó a pasar hambre, literalmente. Veías manifestaciones de mujeres de huelguistas. Nosotros vivíamos como a mitad de la avenida, que antiguamente había sido una carretera. Vivíamos encima del Everest, un bar que había por ahí. En esa avenida había una serie de supermercados y veías colas de mujeres, con las bolsas vacías, haciendo manifestación de hambre. Les daban dinero, comida. Esa gente las estaba pasando canutas.

Durante la huelga había comisiones representativas, una especie de comité de empresa franquista. Pero en ellas contaban con gran influencia los obreros sindicalistas de verdad: «Empezaron a llegar a la ciudad abogados laboralistas, del PCE, del PNV, desde Bilbao, a raíz de los muertos de Vitoria. Se enteraron a tiros de que Vitoria estaba en el mapa.» «Al principio, los obreros se reunían en los locales sindicales del Vertical, porque tenían salones sitios. Y el Sindicato Vertical dejaba hacer y permitía esas reuniones. Pero al cabo de 15 o 20 días de la huelga llegaron órdenes de Madrid, expulsándoles. Les pegaron un portazo y no les dejaron entrar nunca más. ¿Qué hicieron? Empezaron a reunirse en iglesias, porque era un tema muy asambleario. La [gente] de Forjas en tal

iglesia, la de Aranzabal en no sé cuál… Muchos curas permitieron esas reuniones en las iglesias. Franco había muerto en noviembre del 75 y la huelga empieza en enero del 76. Yo creo que también aprovecharon la muerte de Franco.»

El gobernador civil de Vitoria y otra gente en el poder empezaron a perder los nervios y desde Madrid comenzaron a telegrafiar a las autoridades alavesas sobre lo que tenían que hacer: Martín Villa, ministro de Sindicatos, y Fraga, que era el ministro del Interior, fueron los principales artífices de lo que ocurriría después: «Imagínate al Fraga con cincuenta años. Con toda la fuerza y era un animal. El 3 de marzo del 76 hubo una reunión de la Coordinadora de Fábricas, que coordinaba la totalidad de comités obreros. Hicieron una reunión en una iglesia de la zona industrial, seguramente la más vieja de la ciudad. Entonces, en esa ocasión desde Madrid le dijeron al gobernador que cortara aquello, porque era una coña que los obreros se reuniesen libremente para establecer estrategias. El gobernador rodeó la iglesia de policías. En aquella época no había ni antidisturbios, no existían, eran los grises puro y duro. Los grises eran una Policía Nacional, pero sin formar, anticuada. Los grises no tenían formación, no tenían más que armas. Rodearon la iglesia y la iglesia estaba llena de gente. Había obreros, había mujeres, había niños. Estuvieron ahí diciendo que salieran. Y, como era un barrio industrial, la gente de las casas obreras que estaban alrededor empezó a acudir para defender a los amotinados. Y, entonces, los grises se vieron atrapados entre la iglesia, con los tíos estos, y el pueblo, que estaba detrás de ellos. Los policías estaban rodeados y se empezaron a poner nerviosos. El gobernador les dijo que sacasen de ahí a los obreros encerrados, que tenían órdenes de Madrid. Tú imagínate que falta de cabeza y de experiencia. Las puertas estaban bloqueadas, y entonces los policías rompieron las ventanas del edificio y tiraron bombas de humo dentro. Tú imagínate una iglesia llena, la gente se ahogaba y, encima, la gente del barrio que miraba desde fuera creía que la policía estaba incendiando la iglesia. ¿Qué pasó? Que la gente hizo una salida de la iglesia, porque se estaba ahogando, y la gente del barrio [en la retaguardia de la policía] presionaron contra las líneas de los grises. Y los grises empezaron a disparar. Y ahí hubo una suerte inmensa, porque hubo 150 heridos de bala y solamente cinco muertos. Si empiezas a pegar tiros a una multitud cercana, lo

normal es que hubiese habido 30 o 40 muertos. Uno de los muertos resulta que bajaba acojonado porque le iban a joder el coche, que lo tenía ahí aparcado, bajó de la casa y le pegaron un tiro». «La gente empezó a montar barricadas por todo Vitoria. Al día siguiente seguían las manifestaciones. Ya los estudiantes se unieron y estaba la ciudad en llamas. Hubo líos y tiros, patadas y carreras y la de Dios, con barricadas, los coches moviéndolos… Nuestro 600 estaba en medio de la calle a modo de barricada.»

En medio de la rebelión, Jota salió del trabajo sobre las dos y media de la tarde y a esa hora ya no quedaba ninguno de los manifestantes, todo el mundo se había ido a comer: «No te puedes imaginar, miles de personas pegándose de hostias, a tiros en la calle, y de repente: "Me subo, que tengo unas habichuelas en casa". La comida era lo primero. Como decía un amigo mío: "Estas son unas manifestaciones muy vascas".» «Llego a casa y veo barricadas, y empiezo a ver tiros en las ventanas. A una vecina le habían pegado un tiro en el brazo. Estaba en la cocina, cocinando, y le entró una bala por la ventana y recibió un tiro en el brazo que podría haberle dado en la cabeza. Trajeron tropas de refresco de la Policía Armada, con cascos, especialistas. Eran una serie de furgones que tomaron la ciudad. Y hubo una somanta de hostias por la tarde, desapareció la gente. Y yo, a la vista de cómo estaba el tema, a la semana siguiente decidí que ahí no dejaba a la familia y cogí el coche y metí a mi hija de dos años y a mi mujer y las llevé al pueblo de mi mujer, en Aragón. Y, al salir de Vitoria, vi una de las escenas más acojonantes que he visto en mi vida. En el Alto de Armentia para salir de Vitoria hacia Logroño y Zaragoza, hace justo un cambio de rasante y allí, en esa loma, había una serie de antidisturbios vestidos de marcianos con unas pistolas y con unos fusiles. Aquello era acojonante. Yo pasé a diez por hora y no me pararon, que me sorprendió. Dejé a la familia en Aragón y volví a Vitoria.» «Después de aquello todas las excusas se acabaron. El gobernador civil salió zumbando, al alcalde lo amenazaron con cárcel e hizo una declaración totalmente terrible contra las fuerzas policiales represivas; el obispo, lo mismo. La ciudad se levantó, pero se levantó con sus propias instituciones. Entonces, el franquismo –con Franco ya muerto– no se atrevió a seguir con la historia y acabó la huelga con lo que habían pedido los trabajadores. No te puedes ni imaginar lo que es el sentimiento de una ciudad violentada

totalmente.»

«Yo tuve acceso a unos informes del servicio de información militar, que era la mejor policía de investigación que había. Era un servicio espía. Esos tíos disfrazados se metían en todo este tipo de movimientos contrarios al régimen. Yo tenía a un policía en mi despacho vestido de hippy absolutamente, pero era policía secreta. Bueno, pues a esa gente la tenían infiltrada en las fábricas y en los movimientos obreros y traía una información… ¡En cosas que yo he estado! Los datos de dicho servicio de inteligencia a los que luego tuve acceso eran exactos. Tenían una información de puta madre. Cuando se fue el delegado de Trabajo, que era un facha, conseguí que me diesen todos esos cuadernos confidenciales del servicio de inteligencia. Y no te puedes imaginar qué información. Te percatabas al leerlos que no te enterabas de la misa la media a nivel público leyendo el periódico. O sea, por cada huelga que se publicaba en la prensa franquista, ¡había 50! ¡Fueron unos años de una movilización obrera del carajo! Hubo una especie de oleada huelguística y de movimiento obrero (y luego de estudiantes, de nacionalistas vascos). Empezó a levantarse el país con movimientos sociales, ¿no? Y el número de huelgas fue tremendo en ese año 76. Eso representaba la Transición que venía. Con la nueva Constitución de 1978 se hizo una amnistía total, es decir, todos los presos de ETA salieron a la calle. Todo el mundo salió a la calle y no quedaron ni los rabos dentro de prisión[1]. Además, el PCE fue legalizado. Luego, con la llegada de la Transición aparecieron grupos de fachas que mataban aquí y allí.»

Antropológicamente, el vasco era muy trabajador y apegado a la industria, que llevaba ahí más de un siglo. Se trataba de una industria pesada del metal, portuaria, de minas. Digamos que, en gran medida, esa industria daba sentido a sus vidas y costumbres. Jota: «Hablamos de una sociedad, según ellos, muy invadida por los maketos, los obreros venidos de otras zonas de España. Era una sociedad con muchas contradicciones internas a causa de ello; con una influencia de la Iglesia del carajo y con un tema nacionalista que lo había creado el Sabino Arana de la nada, prácticamente.» «El día que llegué yo a Vitoria iba yo en mi 600 con otro inspector de trabajo y yo no había estado en el País Vasco en mi vida. Llegamos hasta el centro de Vitoria y aparcamos en un sitio donde había

mucho ajetreo. Nos acercamos y aquello era depresivo. Había bailando ahí, fácilmente, doscientas personas en la plaza aquella. ¡Las doscientas personas eran todas mujeres! Tía bailando con tía. Y yo pensando: "¿Esto qué es?" Había mucha represión sexual y presión del colectivo. Tenías que ver las iglesias de Vitoria, los domingos estaban absolutamente a rebosar.» Jota también me habla sobre el célebre matriarcado vasco: «El andaluz, el castellano, se quedaban el dinero [que sacaban de su trabajo]; la cuenta la llevaba él, y él le daba dinero a su mujer para que llevase las cosas de la casa, etc. En el caso del vasco, él entregaba todo a su mujer, que llevaba la cuenta bancaria, etc. Todo el dinero iba a la mujer. Y, bueno, tenía que pedirle dinero el marido a ella [un dinero que se había ganado él con su trabajo]. A mí me contaron casos de obreros guipuzcoanos que pedían dinero a las mujeres para ir a las fiestas del pueblo e irse de putas. Y se lo dejaban. Hasta tal punto llegaba la cosa. Les daban el dinero para que se desfogasen». «A otro le preguntaban los funcionarios de la Inspección de Trabajo: "¿Usted cuánto gana?" Y el obrero contestaba: "Yo gano tanto, y luego me quedo este pellizquito… ¡Pero no se lo diga a mi mujer!" Si en España había una escasez de altas en la Seguridad Social y se cobraba en negro, en el País Vasco era muy raro. Todo era muy colectivo y muy conocido por todo el mundo. Y, por otro lado, así la mujer sabía exactamente cuánto cobraba su marido. Yo me encontré casos de empresas importantes que ofrecían una cantidad fuera de nómina, no cotizada, por tanto, y era el dinero que había exigido el obrero a la empresa aduciendo: "Por favor, ¡es que mi mujer no me da ni un duro!" Que quería irse a tomar sus vinos. La amatxu es como la mamma en Italia. La amatxu es la que controla aquello absolutamente, aunque parezca todo lo contrario. Quien tiene la pasta manda»[2].

Dirigimos nuestra mirada ahora el Margen Izquierda del Gran Bilbao, la zona obrera más depauperada de la comarca. Hablo con José Luis [nombre falso]: «Yo soy de Sestao, donde estaba la industria más importante del País Vasco: Sestao y Barakaldo. Estaban los Altos Hornos, la General. Ahí se funda parte de Comisiones Obreras, que surge [en 1962] de entre gente más mayor que yo, dentro de las empresas, por las luchas de los trabajadores. Surge en Sestao, creo, en ambientes religiosos. Luego hay parte del Partido Comunista que era lo más importante de ahí. Había

bastante clima religioso. Iba a la iglesia casi todo el mundo. Yo no soy religioso, pero mi padre sí.» «Sestao era un pueblo de trabajadores y ahora no. Las fábricas y Altos Hornos, que tenían 12.000 o 15.000 trabajadores en aquella época, ya no existen. En aquella época era un pueblo trabajador, de clase obrera, bastante concienciado. Yo recuerdo, siendo muy joven, muy crío, las huelgas y la Guardia Civil en la calle con fusiles, en vez de con porras.» «Había conciencia y unas reivindicaciones tanto sociales como políticas, de libertad. En Sestao, Barakaldo, Santurce, Portugalete –que es donde está la clase obrera–, ETA tenía algunos militantes, pero no eran tantos. Eso crece más adelante. A partir de la muerte de Franco empieza a crecer el nacionalismo abertzale, más de izquierdas que el PNV.»

La cosa era totalmente diferente en la Margen Derecha, donde vivía la pequeña burguesía. Sestao era sucio, a causa de los Altos Hornos: «Había mucho polvo. Yo eso es un recuerdo que tengo muy claro, que todo era muy sucio, el polvo… Había una industria enorme ahí con mucho humo, ahora es mucho más limpio, donde estaban las fábricas hoy hay hoteles, pequeña industria.» «La relación con la Policía era mala mala. Era tan mala que a mí todavía se me mantiene eso. Eso y lo que es la bandera española me da [mal rollo]. Es algo emocional. Luego pienso: "Joder, qué gilipollas soy". Policía, Ejército y militares es algo que, desde esa época, me repele[3]. El otro día me presentaron a un policía de estos de juzgados y le dije: "Oye, lo siento, pero es que no me gustan nada los policías. Ya me habrás visto una actitud un poco rara." "Sí, te la he visto", me decía. Y yo respondía: "¡No es por ti, es por la institución! Tú no tienes nada que ver." Hablo de la institución de la represión que se vivió en aquel momento.» «La Policía en los setenta lo que hacía era reprimir, infiltrarse, lo que hace la Policía. Eran muy mandones, muy colaboradores del falangismo. Los falangistas en Sestao habían tenido mucha fuerza, pero desde que apareció ETA desaparecieron. Atentaron contra dos o tres y no volvieron a aparecer. Recuerdo que los falangistas entraban en los bares con pistola en mano y gritaban: "¡A ver, levantad la mano todos!" A menudo. Había grupos así.»

La heroína fue devastadora. Todos los miembros de la cuadrilla del hermano de José Luis, en Sestao, murieron; de una cuadrilla de

entre unos 15 a 20. Se trataba de la primera generación de heroinómanos en España, gente del año 1956: «Las cuadrillas eran siempre de hombres, no había mujeres. Ahora hay mujeres y hombres, antes no. La cuadrilla iba a tomar unos vinos todos los días. De mis hermanos, uno se hizo actor y el otro murió de un pico en malas condiciones y falleció. De la droga vi mucho. Empezaron a llegar los porros y de ahí se pasó a la heroína. Eso sería en el 76, el 77. Yo no me metí en eso, pero mi hermano [el que murió] sí, que era muy contracultural. Él y su cuadrilla paraban en bares, pero siempre había movidas con la Policía y se tenían que cambiar. Entonces, se metían en casas.»

Pregunto a mi entrevistado qué es para él un macarra: «Para mí un macarra es un chulo. En el País Vasco había porque el vasco es un macarra, porque es muy chulo. Es como el chiste: van dos de Bilbao buscando setas y se encuentran un Rolex, y uno lo coge y dice: "¡Mira qué Rolex!" Y el otro, contesta: "¿Qué vamos, a por setas o a por Rolex?" [risas].»

Entrevisto a Maricruz, una trabajadora social del Margen Izquierda: «Yo era trabajadora social. Yo me metí a estudiar la carrera porque tenía inquietudes sociales. Era la época del Proceso de Burgos[4], y yo me matriculé con el afán de ayudar a personas necesitadas. Entonces había muchísimo movimiento obrero en País Vasco, fueron las huelgas de Euskalduna, de Altos Hornos de Vizcaya. O sea, el desmantelamiento industrial empezaba. Los hijos de aquellos trabajadores, que siempre pensaban que iban a tener trabajo asegurado en esas fábricas, se vieron sin trabajo y sin estudios. Entonces llegó la droga, y [sobre] las consecuencias de la droga se sabía poco. Yo trabajé en el ayuntamiento de Sestao, en la Margen Izquierda, que fue la zona más castigada por la droga, y cayeron muchos». La droga llega «cuando empezó la democracia… y llegaron los ayuntamientos democráticos… En el 80 se empezó a sensibilizar a la sociedad sobre ese tema, creándose los módulos psicosociales. Hubo en Bilbao uno y [otros] dos en Sestao y Barakaldo que atendían alcoholismo, toxicomanía, bueno, y también ginecología, abortos a mujeres. En fin, un poco de avanzadilla».

«La cocaína se usaba menos en aquel momento. Entonces del

cannabis se pasaba a la heroína; también algo de LSD[5]. Eso empezó en el 78, más o menos. Nosotros atendíamos a los hijos, pero venían más los padres, preocupados por el problema [que tenían sus hijos]. Creábamos grupos de concienciación de padres y, bueno, intentábamos atraer a los chavales para darles tratamientos con metadona. Con la metadona venían más, porque ya sabes que era un poco el sustituto, más suave. Proyecto Hombre fue el que más labor hizo en el País Vasco. Gracias a ello algunos lograron salir. De esa época a lo mejor lograron salir el 30 o el 40 por 100, vamos a decir. Y de los otros, todavía conozco a alguno que vive, pero muy deteriorado. Luego venían todos los ingredientes, del sida y demás, porque compartían agujas y había contagios. Y, luego, a la hora de reinsertarse, para trabajos y todo, pues, quedaron anulados para encontrar trabajo.»

Me habla de los traficantes: «En aquel momento a los Gordos no los conocíamos, pero había puntos de venta. La zona del [museo] Guggenheim era una zona de mercancías, del puerto, [porque] estaba al lado de la ría. Fue un foco de venta, también, esa zona. Normalmente, veías que estaban [los toxicómanos] merodeando arracimados todos juntos esperando a que viniesen los camellos. A los Gordos no llegamos a conocerlos nosotros [porque llegaron más tarde]. Los gitanos se metieron en todo el [negocio]. A algunos de los Gordos les fue bien. Algunos traficantes importantes pasaron por la cárcel, pero otros andan por ahí todavía. Alguno sí se enriqueció, van con coches buenos y todo eso. Marchaban a Ámsterdam y traían [drogas]. Los Gordos era un clan, familias gitanas del Peñascal, un barrio chabolista de Bilbao. Ya no existe, las inundaciones de Bilbao en el 83 se lo llevaron por delante y aprovecharon para hacerlo desaparecer. Les dieron unas indemnizaciones y se diseminaron por distintos pueblos esos gitanos. Luego en Sestao volvieron a aparecer, porque Sestao no ha vuelto a remontar económicamente. Siempre ha tenido bolsas de pobreza y ha quedado infravivienda, [atrayendo] a gente con pocos recursos. Pero lo más fuerte fueron los años ochenta.» «Yo vivía en Sestao y al famoso de los quinquis, que era Nico, le llevaron detenido al ambulatorio porque se había cortado las venas y, cuando estaba con el médico que le estaba cosiendo la muñeca, le tiró las tijeras al médico y escapó por una ventana. Y se presentó en mi casa con la herida, porque tenía cierta amistad. Le busqué un

ATS amigo que vino a atenderle. El Nico siempre había sido un niño inadaptado, había pasado por distintos correccionales. Ya robaba los cepillos de la iglesia, se escapaba de casa… La familia era bastante normal, pero él salió muy movido y vivió de todo, de la droga. Y vive. Se le han dado mil oportunidades, pero últimamente estaba pidiendo en la Gran Vía de Bilbao arrodillado, muy deteriorado. Pero ha sido imposible insertarle de ninguna manera.» «Luego estaba el Vicente, que se había quedado colgado de LSD, diciendo que era Jesucristo; unos cuelgues impresionantes. Ahora ya no se ven esos casos tan [llamativos].» Maricruz me da a entender que la desestructuración social se traduce, necesariamente, en formas de desestructuración personal: «Una de las causas de la epidemia de la droga fue la falta de trabajo. Probablemente, si hubiesen tenido trabajo, como entraban antes, en las escuelas de aprendices, no hubieran tenido tanto tiempo libre como tenían para juntarse desde la mañana.» De este modo, la heroína podía servir para llenar un vacío y narcotizar la conciencia frente a una falta total de objetivos e infraestructuras sociales que permitiesen alcanzar dichos objetivos[6].

El músico George Huracán Hernández me habla de Bilbao: «Bilbao antes era una ciudad muy gris, no fea, porque Bilbao siempre ha tenido un encanto especial, pero quizá tenía ese rollo más fabril, porque era todo muy sucio. Eso sí te lo voy a decir. Porque estaban todas las fábricas alrededor. Bilbao es un bocho [cavidad], entonces alrededor estaban las fábricas y abajo la ciudad. La ciudad está rodeada de montañas y abajo está Bilbao.» Mucho antes de la famosa canción de Eskorbuto Mucha policía, poca diversión (1985), ciertas zonas las fuerzas del orden no eran precisamente bienvenidas. El poeta Lur Sotuela: «Mi padre me cuenta que en los setenta, en la Margen Izquierda, un madero entraba en un bar… Y estaba todo el bar lleno. Y se iba todo el bar, lo dejaban solo»[7]. «Bilbao era un estercolero, porque iban muchos barcos que eran desmontados ahí, por lo que había muchos basureros. Mi padre me cuenta que saltó con un amigo en un sitio y que una rata mordió a su amigo, que había saltado antes que él.»

George Huracán: «Yo recuerdo de muy pequeñito que donde ahora está el Guggenheim hubo chabolas también. Todo el tema de las drogas lo llevaban los gitanos, era increíble como de repente veías

un Mercedes de puta madre en el poblado chabolista. También recuerdo de muy niño en el barrio de Lamiaco que ahí había pandillas. Yo recuerdo haber visto alguna pintada: la Banda de los Zorros, la Banda de los Buitres. Esto era en los primeros setenta, en la época de los campanolos. El macarra de la época era el que llevaba el pantalón de campanolo, marcando huevo. Y luego estaba todo plagado de salones de futbolín.» «Otxarkoaga[8] era el barrio principal donde se vendía; en la Margen Izquierda también se vendía. En Erandio también recuerdo que había una panda organizada, que era de un tal Barkala, que ese tío era más malo que la quina. Estuvo entrando y saliendo de la cárcel y era un mito: "¡Hostia, que viene Barkala!" Como una película del Oeste. Yo recuerdo verle y tenía la nariz rota tipo el capitán Haddock de Tintín. Este es mayor y yo creo que estará criando malvas». «Hoy en día el mercado de la heroína… echaron a los gitanos y ahora lo tienen copado los negros.» Yo: «¿Qué negros son?» George: «Negros. ¡Muy negros! Muy negros, casi azules. En la calle de las Cortes, San Francisco y toda esa zona, que ahí había minas en su día –por eso se llamaba el barrio de la Palanca–. Lo llamaban el barrio de la Palanca porque los obreros cuando volvían con su herramienta de trabajo, que era la palanca, la dejaban afuera de los puticlubs o de los bares que había. Y luego salían y recogían la palanca.»

Carlos G. de Marcos es nativo del famoso barrio de Otxarkoaga: «A finales de los años cincuenta del pasado siglo xx, Bilbao sufre una sobrepoblación debido a la llegada masiva de emigrantes de otros puntos de España como Extremadura, Andalucía, Castilla-León o Galicia, reclamados como mano de obra para la pujante industria vizcaína. No hay vivienda para todos. Los poblados chabolistas proliferan; los límites de la villa se ven inundados de infraviviendas de madera, chapa o ladrillo que montan durante la noche, después de la larga jornada laboral, ayudándose unos a otros. Muchas de estas personas proceden de los mismos pueblos castellanos, extremeños, etc., y tienden a unirse en los mismos poblados, Monte Banderas, Monte Cabras, Camino de Ugasco, Camino del Molino del Viento, Ciudad Jardín, Miramar (bajada del cementerio de Deusto), Paseo de los Caños, bajos del puente del Pontón, bajos del puente de La Mina, barrio de San Ignacio, carretera de Castrejana, etc. [Carlos me ofrece una lista interminable]. En 1960 hay más de 40.000 personas que habitan más de 5.000 chabolas en toda la

ciudad»[9].

Los industriales vascos se ponen en contacto con el entonces ministro de Vivienda, el bilbaíno José Luis Arrese, y este intercede ante Franco. Es así como se pone en marcha el proyecto del Poblado Dirigido de Otxarkoaga. En dos años se alzan 113 bloques de viviendas sobre un terreno sin acondicionar en las faldas del Monte Avril. De entre estos bloques destacan ocho «rascacielos», edificios de 15 plantas que son los primeros tan altos levantados en Bilbao: «Algunas familias que viven en caseríos en la zona ven cómo son expropiados sus terrenos y ellos son forzados a vivir en pisos de 50 metros cuadrados y con una población de emigrantes, maketos con los que no les une nada en común (son años en los que la población vasca desprecia a los recién llegados). En 1962 empiezan a llegar los primeros vecinos del barrio. En un principio nadie se siente atraído por la nueva barriada. Entonces la Policía y el ejército, a base de excavadoras, dinamita y desmantela los poblados de Monte Cabras y Monte Banderas y fuerza a más de 2.000 familias a trasladarse al nuevo barrio de Otxarkoaga.»

«Las relaciones con otros barrios no son buenas. Otxarkoaga y sus habitantes son mirados con recelo, siempre sospechosos. Ocupan la capa más baja de la escala social y el ideario capitalista (ese que procura que se ocupe ese escalafón) dice que es por su propia culpa. No ayuda que en un principio Otxarkoaga esté rodeada de descampados, regatos y el Monte Avril, la nada más absoluta, el territorio ideal para construir el gueto que aún sigue siendo. La mano de obra se halla así separada de sus amos, esos bilbaínos clasistas y nacionalistas que desprecian a los emigrantes por su doble condición de maketos y pobres; para que su presencia no moleste a los ojos.» «En el barrio no había pandillas. Si bien en cada bloque o grupos de bloques –las diferentes zonas de un barrio de unas 10.000 personas– había chavales unidos por cercanía o lazos familiares, todos los chavales del barrio de una cierta edad formaban una pandilla. Eso se demostraba cuando un grupo de muchachos de Otxarkoaga tenía problemas en otro barrio o pueblos cercanos como Basauri, cuando iban al cine o a los “txitxarrillos” (bailes al aire libre), y se unían todos ellos y se defendían contra los chicos de otras pandillas de la zona. En el resto de Bilbao, en los barrios de Santutxu, Rekalde, Zamakola, Uribarri, Deusto, San

Inazio, Basurto, Altamira, Bolueta, El Peñascal... había, por supuesto, sus propias pandillas, que a menudo se enfrentaba contra pandillas de otros barrios y que igualmente creaban alianzas entre sí para pelear contra otra alianza de barrios. Ni qué decir tiene que Otxarkoaga era temida en todo Bilbao. Aún hoy hay mucha gente que jamás pondría un pie en Otxarkoaga, por mucho que las estadísticas digan que es uno de los barrios más seguros de la ciudad, por encima de zonas del centro de la ciudad como Abando o Indautxu.»

Nombres míticos del barrio eran el Reyes, el Fofi, el Pirolo, los hermanos Setién, el Trijueque, el Ciempiés, el Zorro, el Vicios, el Gordo, los hermanos Amilibia, el Moco Verde. Miguelo el Loco, el Badía, el Capone, los Colilla, el Sietepechos. «[Los macarras de la zona no hacían nada] extraordinario: fumar algo de hachís, beber y pelearse con pandillas de otros barrios, ligar con chicas. Meterse en problemas con la Policía o la Guardia Civil por un afán de "rebeldía."» «No creo que haya una sola "personalidad" del macarra. He conocido delincuentes con un alto grado del honor para los cuales el sentido de amistad o de pertenencia, por ejemplo, era inalienable y a los que no les habría [pegado] nada el calificativo de macarra. Otros que he conocido no hubieran dudado en traicionarte o apuñalarte por un cigarrillo. Para mí, en realidad, macarra no significa demasiado, suelen ser personas con vicisitudes excepcionales que pueden llevarlos por un lado u otro empujados tanto por una supuesta "cultura" o "herencia" como por las condiciones de sus propias vidas.» «La imagen del macarra en los años setenta estaba completamente idealizada, gracias en parte a la publicidad dada a las muchas películas de delincuentes juveniles y al cine de Hollywood, donde se les retrataba en muchas ocasiones como héroes junto con los relatos orales en los cuales elementos marginales son descritos como ejemplares. Es una imagen sesgada e interesada.»

Muchos de estos macarras eran personas nacidas fuera del País Vasco: «Llegados siendo niños de pueblos pobres de la España pobre, los cuales al ir creciendo empezaban a tener claro que estaban siendo apartados del devenir o las posibles decisiones de una sociedad que los señalaba y los utilizaba. Veían cómo sus padres trabajaban como mulos por un jornal escaso, que la

educación en la escuela, sobre todo la impartida por religiosos, era un continuo deseo de doblegarles y hacerles comulgar con aquello que les había señalado y que propiciaba su situación de precariedad. En los trabajos que iban consiguiendo, la jerarquía les atenazaba y los sueldos eran aún más escasos que los de sus padres y, para colmo, la crisis les envolvía como una sustancia pegajosa y nunca les abandonaría.»

En Otxarkoaga hubo siempre mucha afición por el boxeo y algunos personajes del barrio llegaron a pelear profesionalmente, como Mutil Nando o Antonio Reinoso. Los hermanos Setién lo hicieron de modo aficionado: «Es una afición que ha continuado y ahora nuestro barrio se enorgullece de tener a todo un campeón de Europa de boxeo, Andoni Gago.» «Recuerdo con mucho cariño a José Roncero. Hoy es conocido con el nombre de Pepe Extremadura, pero a finales de los sesenta y principios de los setenta fue el cantante del grupo Los Apaches. Hacían una especie de soul rock muy en la onda de Los Canarios y tenían una legión de seguidores del barrio que les acompañaban en sus conciertos. Tocaron mucho durante sus años activos, pero nunca grabaron nada, desafortunadamente. Roncero debía ser una fiera en el escenario; llevaba el pelo casi por el pecho y una cinta en plan apache. Un día le detuvo la Guardia Civil en el barrio por ir sin camisa, a pecho descubierto; lo llevaron al cuartelillo y le raparon la melena».

En los años setenta el nombre del barrio se volvió «viral», apareciendo continuamente en los primeros puestos del ranking de peligrosidad y delincuencia de todo el país: «¿Exagerado? Seguramente sí. En aquellos años la maquinaria propagandística necesitaba señalar enemigos comunes y los encontró en el lumpen patrio y, sobre todo, en una juventud a la que se le había dicho que el sueño de mejorar se había acabado. La prensa, la televisión y la radio nacional no se cansaban de publicitar robos de coche o tirones protagonizados por delincuentes juveniles a los que en no pocas ocasiones se les aplicó un juicio rápido y sumarísimo en forma de balazo del arma de algún celosísimo guardia urbano.»

«[En el barrio] he visto a un tipo dispararle en la tripa a otro con una escopeta. Afortunadamente estaba cargada con cartuchos de sal

y las heridas, aunque considerables, no fueron mortales y la "víctima" se dejó ver por el barrio a la mayor brevedad.» «Hubo un tipo, un mal bicho, un gitano al que apodaban Polo, que vino a vivir al recién construido barrio de Txurdinaga, justo al lado de Otxarkoaga. Al Polo no se le ocurrió otra cosa que extender su reino del terror por su propio barrio y el nuestro, cosa que otros delincuentes no hacían. Pronto se convirtió en una preocupación para la gente y comenzaron primero las pintadas con textos muy claros avisándole: "Polo, te vamos a matar. Lárgate de aquí"; luego comenzaron las batidas vecinales buscándole. La presión fue tal que Polo desapareció.»

«Cuando yo era pequeño, en mi barrio había mucho canalla, verdaderos hijos de la gran puta, talegueros, tipos duros. Eran los que daban fama al barrio. Lo cierto es que muchos tipos "honrados", currelas que se machacaban en la fábrica o el puerto hasta la extenuación, eran también tipos muy duros. A muchos de ellos les faltaban dedos perdidos en algún accidente laboral, les faltaban dientes por la falta de higiene o las peleas y envejecían prematuramente. A veces, muchas, chocaban unos y otros; la gente honrada y los canallas. Y las más de las veces perdía el canalla; era él quien solía llevarse la peor parte.» «Había enfrentamientos que se repetían una y otra vez. Se liaban a hostias en el bar o en cualquier otro lugar. Como el Perrero y el Pintor, canalla el uno y currela el otro. Habían sido amigos, pero ya no. En cierta ocasión el Pintor pegó al Perrero dos tiros de posta en la tripa. La verdad es que el Perrero solía recibir.» «También estaban el Rafa y el Ibáñez. Ibáñez era (ha muerto hace poco) un superviviente, a la cárcel, a la heroína, a navajazos, a la hepatitis, al sida... Quien estuvo más cerca de cargárselo fue el Rafa, un andaluz mala bestia que cada vez que lo veía embestía hacia él como un toro. Nunca supe por qué, pero lo cierto es que le pegaba con todas sus ganas. Con el tiempo pareció cansarse de darle con sus puños e ideó un arma diabólica para seguir zurrándole la badana al Ibáñez. En la fábrica donde trabajaba se agenció un robusto muelle de metal y le soldó en una de sus puntas una bola también de metal. Llevaba este artilugio por la calle, adherido a la palma de su mano con el puño cerrado. En cuanto veía al Ibáñez se iba a por él, y entonces abría la mano y le lanzaba la bola impulsada por el muelle una y otra vez, en la cara, la cabeza, el cuerpo. El pobre Ibáñez (aunque en realidad

era un hijoputa) no tenía escapatoria: recibía el palizón como podía, hasta que el Rafa se cansaba de machacarlo con su arma diabólica.»

«En Otxarkoaga los chavales estábamos todo el día en la calle y explorábamos nuestro entorno: el bosque, los descampados, los edificios en construcción.» «Había combates de boxeo en rings montados en plena calle, por ejemplo. De vez en cuando los chavales "jugábamos" con carabinas de aire comprimido (nosotros las llamábamos "chimberas" por los pájaros típicos de Bilbao, los chimbos. A los bilbaínos nos llaman chimbos) y no pocos de nosotros tenemos alguna que otra cicatriz de balín. Los bajos de los edificios solían tener huecos en su estructura a los cuales solíamos acceder para montarnos un refugio con sillones o sofás, donde fumar cigarrillos y disparar a las ratas con las chimberas. El monte era igualmente un buen sitio donde ir a vivir aventuras; al igual que los edificios en construcción, los cuales nunca tenían vigilancia y nosotros frecuentábamos y hacíamos hogueras, o la escombrera de la parte alta del barrio que caía sobre la ladera de un monte y donde jugábamos entre piezas desechadas de urinarios o jeringuillas hipodérmicas. Las noches de San Juan se preparaban enormes fogatas en multitud de plazoletas del barrio y se montaban improvisadas fiestas que duraban hasta el amanecer...»

Álvaro Heras-Gröh, autor del libro Lluvia, hierro y rock&roll (2008) y La atracción del abismo: Auge y caída del consumo de heroína en Euskadi (1970-2000) (2021), me habla de los antiguos pandilleros y el mundo de la droga: «Aquí el fenómeno de la delincuencia juvenil empieza a surgir a mediados y finales de los sesenta, y explota en la segunda mitad de los sesenta y principios de los ochenta, que es cuando el rollo quinqui alcanza su máxima expresión en los barrios más humildes de las tres capitales vascas. En lo que respecta a Bilbao, que es la zona sobre la que te puedo hablar, a finales de los sesenta había bandas que se distinguían por su barrio de procedencia: la Banda de Rekalde, la Banda de Otxarkoaga, la Banda de Iralabarri, la Banda de la Palanca… Por regla general eran grupos formados por delincuentes juveniles muy jóvenes, quinquis y chavales que buscaban acción y a veces cometían pequeños hurtos. Pero también hubo peña más peligrosa que con el tiempo acabó metida en historias más graves.» «Los piques entre los barrios eran habituales y muchas veces las bandas quedaban para pegarse en

descampados y en unos bailes populares conocidos como txitxarrillos. También hubo movidas en los conciertos de rock que se organizaban en un garito del barrio de Iralabarri que se llamaba el Yunque, un antiguo tablao flamenco donde en 1969 llegó a haber peleas multitudinarias entre los seguidores de un grupo de Otxarkoaga que se llamaba los Apaches y los de los Distorsionados, que eran del barrio de Rekalde. Nombres míticos de quiquis de entonces fueron el Malahierba, el Cicatrices o el Coyote, personajes que causaban auténtico pavor entre la chavalería.» «Toda esta historia se fue desarrollando durante los años setenta y desembocó en el rollo quinqui clásico que se dio en todo el Estado con personajes legendarios como el el Jaro, el Vaquilla, etc. Aquí el grueso del fenómeno se produjo en las localidades de la Margen Izquierda de la ría de Bilbao: Portugalete, Santurce, Barakaldo y Sestao. Esta zona se vio muy castigada por la caída del empleo que desató la crisis del petróleo de 1973, [depresión que fue incrementada] con la reconversión industrial de los ochenta.»

«Así que para mediados/finales de los setenta ya rulaban por la zona montones de personajes con sobrenombres como el Enterao, el Chino, el Loquillo, el Rata, el Gomitas, el Fullana, el Satur…, toda una generación de macarrillas y delincuentes juveniles que empezaron sirlando bicicletas y cadenas a los niños y pronto pasaron a robar motos, coches, a trapichear con costo y pastillas, cometiendo robos a mano armada y asaltando comercios. Con el tiempo algunos acabaron cometiendo delitos más graves, como robos en gasolineras, joyerías y bancos; traficando con drogas, como la heroína y la cocaína, e incluso cometiendo violaciones.» «Muchos acabaron muertos o en el talego. De esta hornada de niños-delincuentes, el que más sobresalió fue sin duda José González García, alias el Cacheiro, un quinqui de Santurce que empezó a ser conocido en 1978, cuando tenía trece años, y en mi opinión rivaliza en trayectoria y mitiquismo con cualquiera de los más famosos de Madrid o Barcelona.» «Durante los fines de semana toda esta peña se movía por los billares de barrio y el circuito de salas de fiestas y discotecas que había a lo largo y ancho de la Margen Izquierda: un ecosistema en el que se dedicaban a ligar, ponerse ciegos y buscar bronca. Muchos se movían en tren de un barrio a otro y durante los trayectos la liaban parda. Jamás sacaban ticket y se escabullían de los revisores escapando a la carrera de vagón en vagón. A veces los

quinquis se enfrentaban a ellos, por lo que muchos [revisores], que eran simples currelas que sólo querían hacer su trabajo, vivían atemorizados ante la posibilidad de recibir un navajazo o ser lanzados fuera del tren.»

«Las peleas en las discotecas eran el pan nuestro de cada día y los niveles de macarrismo eran estratosféricos; con pintas setenteras muy locas, como las que se pueden ver en todas las pelis del género quinqui: greñas, pantalones de campana, chupas currísimas, botines de cuero o zapatillas deportivas. Por esta época también se puso de moda la música disco a raíz de la peli de Fiebre del sábado noche (1977), y empezaron a proliferar los Travoltas de barrio, macarras discotequeros que iban de rompepistas y reyes de la noche. Yo sólo te puedo hablar de Bilbao, pero sé que en localidades de Bizkaia y Gipuzkoa, y también en Vitoria-Gasteiz, se dieron fenómenos similares, aunque quizá no tan a lo bestia.»

Si nos retrotraemos a los años setenta, el consumo de opiáceos empieza un poco en barrios de clase media-alta, con un cierto poder adquisitivo. Era un perfil muy concreto, de gente universitaria que por distintas razones entró en contacto con la heroína; por un interés en la contracultura, el rock, el rollo hippie y los movimientos contestatarios que, aunque llegaban con cuentagotas a causa de la dictadura, a partir del Mayo del 68 francés cobraron bastante fuerza. La cercanía con Francia y con Europa también influye mucho en Euskadi: «Porque tú cogías el coche y en cuestión de horas te plantabas en Ámsterdam, ¿sabes? Y ese era el mayor mercado de heroína de Europa a mediados de los setenta, al que algunos de los primeros usuarios de heroína a veces iban en bus o en coche. Y, lógicamente, estaba la frontera guipuzcoana –la frontera con Francia y con Europa–, que también influyó muchísimo. La frontera de Irún era y es una zona de mucho tránsito por la que siempre ha entrado y salido mucho material de todo tipo.»

«Primero se fumaba hachís, como ya sabes, porque marihuana había muy poca. Venía gente de la Legión, surfistas que tenían posturas de costo y las compartían con los surfistas locales, y eso también influyó. Había pandillas de surfers aquí en los años setenta, los primeros surfers de España, probablemente. Es muy difícil de

determinar, pero podríamos decir que a mediados de los setenta entran en contacto con el costo. Hombre, ya había algún proto-surfer aquí a finales de los sesenta y principios de los setenta[10]. [Ellos representaron] una vía de entrada de drogas. Y, por supuesto, también estaba el puerto de Santurtzi, a donde llegaban barcos de mercancías procedentes de todo el mundo. Muchos de los marineros de esos barcos se iban de juerga por los bares y los tugurios de la margen Izquierda y algunos tenían hachís y otras drogas que aquí aún eran desconocidas.»

«Ya a finales de los setenta y principios de los ochenta, pero ya sobre todo en los ochenta, empiezan a entrar ya en el tráfico y en el menudeo esos clanes [de gitanos o mercheros]. La gente venía de unos entornos, de la quincallería, de la chatarra, colchones, venta ambulante, ya sabes. Iban por ahí con sus furgonetas y, claro, cuando vieron la posibilidad de un dinero rápido y fácil, pues entraron a saco. Entraron a saco en el asunto de la heroína. Al principio se metieron sólo a venderla, pero, poco a poco, empezaron a consumir y acabó aquello hecho un Cristo. Bueno, familias enteras reventadas, en fin. Un drama, pero dentro de lo que es los propios clanes, en la propia etnia, ¿eh? Y, entonces, al final, poco a poco, entre que a nivel de imagen eso no les favorecía nada y la cantidad de muertos y dramas que hubo en las familias, comenzaron a retirarse y en todo ese, digamos, nicho de compraventa fueron entrando los subsaharianos. En los noventa era todo gente de Guinea-Bissau y África Central, que empezó a mover todo el asunto. Se quedaron con el hachís, digamos, los magrebíes y la cocaína y las heroína se las quedaron los subsaharianos. En unos cuatro o cinco años la cosa cambió radicalmente, porque de ser ellos [los clanes de mercheros] los que movían prácticamente el 80 por 100 de todo lo que se movía, pues, poco a poco… Entre los gitanos, y también entre los mercheros, porque también se hablaba de gitanos, pero sin saberlo se estaba hablando de mercheros. Había clanes que eran mercheros. La gente les confundía mucho y, de hecho, se enfadaban los mercheros cuando les confundían, o los gitanos cuando les confundía.»

A principios de los ochenta ETA inicia una campaña contra el narcotráfico y empieza a atentar contra lo que ellos consideraban eran los responsables de introducir la droga en País Vasco. ETA

entendía que eso era una estrategia del Estado para desmovilizar a la juventud revolucionaria: «Sestao y la Margen Izquierda eran zonas obreras, zonas trabajadoras, digamos, y ahí también hubo bastante lumpen y bastante tráfico. Se puede decir que en el Gran Bilbao el tráfico se concentró en la Margen Izquierda y en Otxarkoaga, que está ya subiendo al monte, desde Bilbao.» «ETA empezó a atentar contra lo que ellos llamaban la mafia de la droga en 1980 y continuó haciéndolo hasta mediados de los años noventa. Hubo algún atentado posterior, como la destrucción de la discoteca Txitxarro en 2002, pero a mediados de los noventa dejan de asesinar por esta causa. Uno de los clanes familiares de traficantes más conocidos de aquella época fue el de los Bañuelos, mercheros que movían caballo sobre todo por los barrios de bilbaínos de Otxarkoaga y Txurdinaga.» En 1988 Ramón Bañuelos moría en Txurdinaga al estallar una bomba colocada bajo su automóvil. ETA, al asumir la autoría del asesinato, pretextó que Bañuelos había sido «ejecutado por colaborar con la Policía y por sus vinculaciones con el tráfico de drogas», según el comunicado que difundió la banda armada. Otro explosivo, puesto bajo su vehículo, mataba en 1989 a Ignacio Bañuelos, primo del anterior[11].

En 1991, ETA también asesinó a un gitano del clan Jiménez Dual apodado el Guerrita que presuntamente traficaba. Otro caso tuvo lugar en Bermeo en 1985, cuando mataron a tiros a un merchero llamado Pedro Pardo y apodado el Peleas mientras trabajaba en su bar. Según Heras-Gröh, «era un antiguo quinqui que llegó a Euskadi a finales de los setenta huyendo de la Policía por diversos delitos y acabó metido en el tráfico de heroína». Álvaro me habla de otros clanes gitanos y mercheros que movieron heroína en la zona del Gran Bilbao durante los años ochenta, como los Echepare, los Larralde, los Echeverría y los Altimasveres. También hubo familias que movieron caballo en Gipuzkoa, especialmente en la zona de Donostialdea (comarca que engloba San Sebastián y varias localidades cercanas), en sitios como Oiartzun, Lezo, Rentería, Pasajes… y en Vitoria-Gasteiz, donde en 1988 se estableció el clan de los Zamoranos, que introducía heroína procedente de Madrid a Euskadi vía Zamora, de donde eran originarios.

La entrada de los clanes familiares gitanos y mercheros coincidió con la expansión del caballo durante los ochenta. Se trataba de un

negocio muy lucrativo, sobre todo en comparación con la compraventa de chatarra y enseres varios a la que muchos se habían dedicado tradicionalmente. Según me comenta Heras-Gröh, las familias gitanas y mercheras son enormes, con primos, hermanos y todo tipo de parientes y allegados en todas partes, algo que les ayudó a la hora de mover la mercancía a nivel nacional. «La cargaban en sus furgonetas, moviéndose de un lado para otro, recorriendo los mercadillos de los pueblos y aprovechando para ir colocando el material, que ocultaban entre los muebles, la ropa y la chatarra con la que habitualmente comerciaban. Así que cuando una familia pillaba algo lo movía a velocidad de vértigo.» Por otro lado, eran estructuras familiares muy herméticas, con códigos de conducta estrictos, lo cual dificultaba mucho la acción policial. Cuando empezaron a proliferar las detenciones, rápidamente se trasladaron a pisos que usaban de almacén y lugar de compraventa, a salvo del radar de la Policía: «Para finales de los ochenta Otxarkoaga, Txurdinaga y el barrio de San Francisco eran un hervidero de lo que hoy llamaríamos narcopisos, con familias enteras, incluidos ancianos y niños, dedicadas al asunto full-time. Los niños normalmente se dedicaban a tareas de vigilancia, apostados en portales o calles cercanas: en cuanto veían cualquier movimiento sospechoso daban el «agua» mediante gritos o silbidos.» No obstante, la heroína acabó diezmando los mismos clanes que la vendían. A partir de los noventa ocurrió algo en toda España: hubo una serie de patriarcas y figuras representativas de los clanes que empezaron a alzar la voz contra la venta de drogas, porque dicha actividad estaba causando estragos ya: «Les hizo muchísimo daño a nivel interno. Durante unos años lo aguantaron, pero empezó a engancharse gente, a morirse gente, mujeres que acababan prostituyéndose. Y eso dentro de lo que es la idiosincrasia cultural que tienen ellos, pues, acabó causando auténticos estragos.»

La mayoría de los grupos de traficantes africanos se establecieron en San Francisco, histórico Barrio Chino de Bilbao que desde finales de los setenta fue cayendo poco a poco en un pozo de paro, prostitución callejera, degradación urbana, bolsas de pobreza y heroína. Durante los años noventa, San Francisco se convirtió en el mayor foco de compraventa de heroína de Euskadi, y, «aunque las cosas han mejorado, a día de hoy sigue siendo una zona con problemas».

«Ten en cuenta que hablamos de los años de la reconversión industrial, el Plan ZEN, la heroína, ETA, los GAL…, problemas que en Euskadi se vivieron muy muy intensamente. El Plan ZEN de 1983, por ejemplo, multiplicó la presencia policial en las calles, convirtiendo las detenciones y los cacheos en algo habitual en algunas zonas. Ibas por la calle andando con un poco de pintas, con tu chupa de cuero o lo que fuese, y tenías muchas posibilidades de que te parasen por la puta cara y te pidieran el DNI, y no precisamente de la forma más educada.» «Claro, también hay que pensar que con todo el tema de ETA [los policías] estaban acojonados y vivían en un estado de ansiedad constante, porque se los cargaban como a conejos.» Álvaro me habla, por otro lado, de los despidos provocados por el desmantelamiento industrial; hecho que desencadenó una sucesión de choques brutales entre trabajadores y la Policía Nacional, algo que sólo contribuyó a alimentar la animadversión frente a las fuerzas policiales: «Lógicamente, ni esto ni los GAL ni las acusaciones de tráfico de drogas ayudaron a mejorar la imagen de las FSE en Euskadi. No olvidemos, además, que durante años aquí llegaron a estar desplegados cuatro cuerpos policiales a la vez: Guardia Civil, Policía Nacional, Policía Municipal y Ertzaintza. Fuimos, probablemente, el lugar con más policías por habitante de Europa. Te cuento todas estas historias porque creo que, de alguna forma, ayudan a entender las razones por las que el punk antiautoritario, el rock combativo y la autogestión juvenil –gaztetxes, fanzines, radios libres, etc.– tuvieron aquí tanta fuerza durante los años ochenta y buena parte de los noventa.»

---

[1] Esta circustancia no pudo dejar de tener influencia en las calles, favoreciendo la emergencia de una cultura macarra en las diferentes ciudades españolas como de hecho aconteció.

[2] Esto nos recuerda a la figura del pimp afroamericano, quien explota a sus mujeres y, no es que les dé un porcentaje del dinero ganado, sino que se apropia todos los ingresos y luego reparte en cada caso concreto (para comprar una cosa o la otra). Además, pen dicha cultura, ser un verdadero pimp no consiste exclusivamente en prostituir a una mujer, sino en vivir a costa de ella, sea cual sea el trabajo que realice.

[3] Vemos aquí cómo el tema «Mucha policía, poca diversión» (1985), de Eskorbuto, no es una canción punk sin más, sino que expresa un imperativo cultural muy vasco, previo al estallido del llamado rock radical vasco.

[4] Wikipedia: «El Proceso de Burgos, también conocido como el Juicio de Burgos o el Consejo de Guerra de Burgos, fue un juicio sumarísimo, iniciado el 3 de diciembre de 1970, durante la dictadura del general Franco en la ciudad española de Burgos, contra 16 miembros de ETA acusados de asesinar a tres personas. Las movilizaciones populares y la presión internacional lograron que las condenas a muerte impuestas a seis de los encausados no llegaran a ser ejecutadas, siendo conmutadas por penas de reclusión».

[5] Siempre se dice que de los porros se pasa a drogas más duras, pero yo quisiera puntualizar que, en realidad, se pasa del alcohol a las demás drogas. Generalmente, todo joven comienza por probar el alcohol, no los porros.

[6] Es llamativo algo que me comentan muchos informantes; el hecho de que los macarras de los setenta, generalmente, tenían trabajo: eran pescaderos, obreros, churreros, etc. Sin embargo, el paro creció en los ochenta y esto tuvo efectos sociales devastadores.

[7] El término madero comenzó a ser empleado a finales de los setenta, cuando la Policía Nacional vestía un uniforme marrón, color de la madera.

[8] Otxarkoaga es un nombre éuskaro que significa «lugar en el que abundan las flores amarillas». También se ha creído que su significado podía interpretarse como el «lugar donde abundan los lobos», pues se relaciona etimológicamente ese «otxa» con «otso», que en euskera quiere decir «lobo».

[9] Muchos de estos poblados chabolistas están en las laderas de las montañas.

[10] Según José Antonio Muñoz, dueño de la tienda Caribbean de surf y experto en estas lides, el surf en el País Vasco comienza a «primeros o mediados de los sesenta. A Santander, por ejemplo,

venían muchos ingleses, franceses y algunos americanos. También había ingleses que abrían tiendas en Biarritz sólo durante el verano y luego se iban a su país». En 1964 ya existía una escena surfera en áreas como Biarritz, donde llegaban surferos venidos desde California como Jim Fitzpatrick y otros. Keith David Hamm, Scarred for Life, San Francisco, Chronicle Boks, 2004, pp. 33-38.

[11] Como afirma la web de RTVE: «Ramón Bañuelos Echevarría, vendedor ambulante de treinta y tres años y con cuatro hijos, murió por una bomba colocada en los bajos de su coche. La explosión, ocurrida en el barrio bilbaíno de Txurdinaga, le causó la muerte inmediata el 7 de octubre de 1988. Según ETA, fue "ejecutado por colaborar con la Policía y por sus vinculaciones con el tráfico de drogas". Ramón había estado unos meses en prisión preventiva en la cárcel de Basauri por tráfico de estupefacientes. Un primo de Ramón, Ignacio Bañuelos Lasso, también sería asesinado por ETA en 1989. María García Bañuelos y su hija Laura Manzanares García, familiares de Bañuelos, fueron heridas en Bilbao tras estallar una bomba adosada a los bajos de la furgoneta que ocupaban en 1991.»

Capítulo XI

Zona sur

Las Tres Mil Viviendas de Sevilla y los Pertolos de Almería

Una parada ineludible en nuestro itinerario nacional de los bajos fondos son las Tres Mil Viviendas de Sevilla, un barrio construido durante los años setenta, todo un gueto en el imaginario colectivo, a pesar de ser un conglomerado de barrios no muy alejado del centro de la ciudad hispalense. Las Tres Mil –o, más concretamente, el Polígono Sur están compuestas de seis barriadas: Paz y Amistad, Antonio Machado, Martínez Montañés, Murillo, Las Letanías y La Oliva, y cuentan con una superficie total de 145 hectáreas. Las barriadas de Murillo y Martínez Montañés, esta última conocida vulgarmente como Las Vegas, son consideradas dos de los barrios marginales más peligrosos de Sevilla. A los propios habitantes de la zona no les gusta que el Polígono Sur sea conocido como las Tres Mil Viviendas. El nombre tiene connotaciones negativas y no expresa adecuadamente la magnitud y variedad existentes en la zona, compuesta de seis barriadas. En palabras de Consuelo, trabajadora social: «Las Vegas, o la zona dura, serán tres o cuatro calles, cinco edificios.» Las Tres Mil representan un entorno urbano análogo a La Mina de Barcelona, siendo un barrio que fue construido en torno a las mismas fechas –de 1968 a 1977–, que cuenta con una importante población gitana y es un centro de venta de drogas. Dicho esto, al igual que La Mina, es también un lugar donde el arte y la creatividad han prosperado –Raimundo Amador y los Pata Negra son originarios del Polígono, por poner un ejemplo–, al tiempo que existen relaciones fraternales y de consanguineidad entre gitanos de ambos polígonos a pesar de los más de 900 km de distancia que los separan.

Para hablar de la zona entablaremos conversación con algunos de sus habitantes, el primero de los cuales será Ramón, un afable gitano que llegó al barrio nada más ser construido, cuando era sólo un niño: «Yo soy del 63. Yo nací en Sevilla, en el Polígono San

Pablo, y llegué al Polígono Sur antes de que se [completaran] las Tres Mil, llegué con ocho años [en 1971]. Antes de las Tres Mil Viviendas había casitas bajas, de estas que se fabrican. Ahí llegamos muchas familias gitanas. El barrio de San Pablo lo iban a tirar abajo para construir viviendas de edificios. Yo tengo un recuerdo precioso, las Navidades, toda la gente… Puesto que veníamos del mismo barrio, muchos de nosotros, pues, íbamos a visitarnos unos a otros. Las Vegas [Martínez Montañés] es el sector más degradado, por cosas de la vida.» Le pregunto de dónde viene ese nombre no oficial: «Yo recuerdo que cuando estaba en construcción nosotros saltábamos las vallas y nos metíamos, y como eran unas avenidas muy grandes, decíamos: "Esto no parece un barrio, esto parece Las Vegas."» «Ahí nos conocíamos todos. La familia Amador, con Raimundo Amador, su hermano, porque veníamos de San Pablo; fue maravillosa esa época, cuando llegamos a las Tres Mil. Nunca habíamos vivido en pisos, siempre habíamos vivido en casitas. Yo alucinaba. Cada uno teníamos nuestro cuarto, cuando antes ocupaba un cuarto con todos mis hermanos. A partir de entonces ocupábamos un cuarto dos, con una litera. Se podía vivir más desahogado. Nosotros éramos nueve hermanos: seis hembras y tres varones». «Con los Amador tocábamos música en la calle, pasando el platillo.» En las Tres Mil en invierno es común hacer hogueras y tocar música: «Claro, las candelas no pueden faltar. Es donde hacemos las parrillas. En la candela nos ponemos sentaditos en nuestra silla, uno saca la guitarra, el otro el piano, el otro baila, el otro canta. Nos hemos criado así, con la música. Se hacía una hoguera en un barreño, los barreños de antes. Últimamente han cambiado un poquito las cosas, aunque sigue habiendo sus hogueras.» Le pregunto por las bodas gitanas: «Eso era antes, antes duraban tres o cuatro días.»

Mi siguiente entrevistada es Consuelo, trabajadora social que ha estado muchos años en las Tres Mil: «En 2004 comencé a trabajar en una asociación que se llama Asociación Entre Amigos, del Polígono Sur. Yo me tiré 15 años en las Tres Mil. El barrio nace en los setenta, cuando hubo una recomposición de [barrios] achabolados de la periferia, [llegaron] familias de Triana, había gente que venía de vivir en corralas. Se llamaban Tres Mil Viviendas porque se empezó con unos proyectos de vivienda social [que contaban originalmente con tres mil viviendas] para reagrupar

a estas familias y limpiar un poco el chabolismo repartido en toda la ciudad. Las Tres Mil es un gueto concreto, que es donde yo verdaderamente trabajaba, que es Las Vegas, el sitio más inhóspito y terrible del barrio. Se llamaba Las Vegas… o el tópico era que lo llamaban Las Vegas porque [era la ciudad] que nunca dormía. Es un tópico típico, pero es la realidad. De día el barrio es una cosa y de noche es otra. La diferencia es abismal. De ser un barrio "normal", humilde, de albañiles, carpinteros, señoras de la limpieza, de inmigrantes y luego gente de etnia gitana…, por la noche es otra cosa. ¿Se mezclan las razas? Pues no, porque [los gitanos] se rigen por su propia ley. De unos años para acá, ellos vivían de la venta ambulante, pero desde hace un tiempo quien parte el bacalao en esa zona, de la droga, son ellos, ¿no? Hay varios clanes: los Caracoleños, los Mariano, los grandes patriarcas. ¿Por qué esa zona? Porque era barato y cogían un piso, y ya se cogían el edificio entero[1]. Y ahí, cuando caía la tarde noche el paisaje cambia. Desaparecen totalmente los niños, los carritos de la compra, las madres, las abuelas, y comienza la venta. Es terrible el cambio, ¿no? Ellos mismos te decían: "Señorita Consuelo, son las cuatro y media o las cinco, ya váyase." Ahí entra toda la elite de Sevilla a comprar droga. Llegan coches de marca a partir de las diez y media de la noche. Yo dejé de trabajar en 2016, pero no creo que haya cambiado.»

Una de las características geográficas que hace de Las Vegas un gueto es que «pasa el tren, entonces, hay como un muro de contención y [al ayuntamiento] no le interesa quitar el socavón del tren, porque entonces se introduciría [la delincuencia] en el resto de la ciudad. Ellos quieren que haya un gueto ahí. Aparentemente, está muy controlado por la Policía. Está cerca del centro, pero la ironía es que está aislado por la avenida de su Eminencia, por el paso del tren y luego, del otro lado, ya es Virgen del Rocío, el hospital, y ya desde ahí el barrio. Es un barrio muy grande, pero la venta fuerte está abajo». Una informante me habló de la Expo de 1992 y de cómo muchos habitantes de las Tres Mil provenían de la zona de la Cartuja, algo que sirvió para potenciar el tráfico de sustancias ilegales en la zona: «En esa pequeña zona había unas cuantas chabolas, pero es una cosa muy puntual. Más fueron las chabolas de debajo del puente Quinto Centenario; había una población ahí de Triana. Hubo muchos puntos de chabolas que se

recogieron. Pero en el 92 [el barrio] ya estaba estructurado. Para los años setenta estaba toda la barriada de Polígono Sur estructurada completamente.» Hablando de los gitanos dice: «Ten en cuenta que ellos se mueven mucho. En el 2000 y pico hubo un convenio para terminar definitivamente con las chabolas, a ellos les dieron un dinero para que compraran pisos ahí, pero, la etnia gitana –bueno, no son todos–, muchos viven de la venta ambulante. Y los patriarcas están en el barrio ahí metidos. Yo conocí a los patriarcas cuando vivía en Jerez. Y los patriarcas son muy respetados. Iban vestidos de negro, con el bastón. Era un gitano más respetable, más digno. Estaba muy introducido en la sociedad jerezana, por la historia del flamenco, que es sumamente respetable. Hay muchísimos patriarcas en el barrio. [En una ocasión], cuando volví de vacaciones había habido un ajuste de cuentas y se escapó un tiro. Por una ventana se escapó y mataron a un chico. Entonces, según las leyes de ellos, [los perpetradores] se tienen que ir del barrio. Niños que teníamos totalmente integrados, con sus horarios, con su disciplina, con su colegio, niños pequeños, todos se fueron debajo del puente. Y los políticos siempre miran para el otro lado.»

«En las Tres Mil su dios es Camarón. Yo he trabajado con chicos jóvenes dando talleres de oficios, pero se nos pierden, porque cómo haces con un niño que con trece o catorce años el vecinito de al lado lleva una moto de alta gama, un chándal de marca y unos tenis de marca, y él tiene unos tenis del mercadillo y se le exige mucho para las clases de apoyo por las tardes. Entonces ellos tiran la toalla. Ellos me decían mucho: “Señorita Consuelo, pero cómo voy a estar estudiando, si eso no sirve para nada. Mi vecino no ha estudiado y va vestido [muy bien].” Y yo les decía: “Ya, mi amor, pero luego los meten a todos en la cárcel.” Y me contestaban: “Ya, pero luego vuelven a salir.” Entonces, esos niños es como que estaban en un limbo. Esos niños es difícil rescatarlos. Aparte de que ellos son anárquicos, tienen sus costumbres. De mil, pues, sale uno abogado, ¿no? En primaria los tenemos muy cuidados, pero en secundaria ya… Es que si te dan a vender un poco de hachís en una esquina a un niño de quince dieciséis años…[2]. Muchos padres, que son muy jóvenes, ponen al niño, lo ponen a traficar. Todo eso mezclado con su religión evangélica, de Filadelfia, el culto. Un porcentaje altísimo de gente que votó a VOX fue de las Tres Mil, yo me quedé horrorizada. Está muy vinculado VOX con la ideología y la forma de

pensar y vivir de la etnia gitana. Yo fui una vez al culto y se canta, se bebe, se toca flamenquito, “alabado sea el Señor”, y luego están traficando a la media hora. En la iglesia no se vende, en la iglesia se hacen los paripés que hacen estos evangélicos, dando gritos y cantando flamenco. En las Tres Mil habrá una población gitana de un 45 por 100.»

«La gente dice: “Hay que integrarlos”, pero es que ellos no quieren integrarse. Tiendes la ropa y te escupen la ropa, si no entras por el redil que entran ellos. Yo no estoy en contra de la etnia gitana, pero me parece un mundo muy complejo. Yo creo que son personas que se han estancado y les interesa. Luego a los políticos también les interesa. A base de sus subvenciones, de sus paguitas…, todos tienen paguitas. Yo viví la época de Zapatero, que daba 2.500 por tener un bebé. Pues ese año media población se quedó embarazada. Se hace la vista gorda en muchas cosas. [A los políticos] no les interesa sacarlos de ahí. Y luego están los inmigrantes, por otro lado. Hemos trabajado con inmigrantes africanos, sudamericanos, y esos son agradecidos, no, lo siguiente. Son los primeros en hacer los talleres, los primeros en hacer excursiones. Es como una escala, ¿no? Desde mi punto de vista, ¿eh? Los gitanos, si tú no les pagas… Ellos van en pijama a todos lados. Pusimos una normativa en la asociación que no se podía ir a los talleres ni pedir los papeles [sin un código de etiqueta] y ellos entraban en pijama. Nos costó años consolidar esta norma, broncas, pleitos, amenazas, de todo. Porque ellas no se quieren quitar el pijama, las mujeres. Los hombres no, los hombres van como periquitos, arreglados. Se va cambiando la mentalidad, pero cuesta mucho. Ellos todo lo quieren con paga. Muchas asociaciones pagan para que los gitanos vayan a los talleres. Pero eso es para cubrir estadísticas. Yo te tengo que pagar para que encima vengas a unos talleres. Va todo con cheques, con unos talonarios de alimentación, de pañales, de revisión médica, citas para ponerles gafas a los niños, incluso tuvimos una época trabajos con dentistas. Se ha hecho un trabajo impresionante. Siempre hay que darles algo a cambio. En plan: “Si no me traes la documentación, no hay cheque este mes.” Cheque del supermercado, cheque para esto, para lo otro, se abastece, ¿no? Yo te hablo de mi experiencia con la asociación, pero hay otras que tienen otros métodos.» «El alfabetismo lo hemos trabajado mucho, porque hay un índice de analfabetismo terrible.»

Por otra parte, muchas zonas del Polígono Sur se categorizan por colores: «En barrio Murillo eran por colores: la zona de los rojos, la zona verde, la zona amarilla. Y hoy en día se habla así: "¿De dónde tú eres? De los rojos. ¿De dónde tú eres? De los marrones." Porque los edificios son de esos colores. El barrio de la Oliva es un poquito mejor, están más integrados. Ese es un barrio obrero. En las Tres Mil hay como cuatro colegios de primaria, tres institutos de secundaria, tres o cuatro escuelas de adultos.» «Se contrata de cuidadores de las obras por la noche a los gitanos. ¿Por qué? Porque a los gitanos les gusta mucho la chatarra. Pero si tú los contratas, a un padre, a un hijo, a un sobrino, pues ellos no se atreven a que entre nadie a robar los hierros de la obra. Y ellos, a su vez, tienen a sus subalternos, que son los marroquíes. Y eso se hace en toda España. Por la noche se calientan con una candela. Eso es una tradición de ellos. Luego, los que te ayudan a aparcar el coche pagan un impuesto revolucionario y están divididos por barrio aquí en Sevilla. Los gorrillas. Hay escalafones: el barrio de los negritos, el barrio de los gitanos, el barrio de los marroquíes. El más débil tiene que ir obedeciendo al más fuerte.»

La artista musical Cathy Claret conoce muy bien las Tres Mil Viviendas de Sevilla, al tener muchos amigos y familiares ahí. Su visión del barrio es totalmente contraria a la representación colectiva del barrio: «Yo siempre me voy de vacaciones a las Tres Mil, la gente se ríe, pero es verdad. Soy muy amiga de la familia de los Pata Negra, también de la Luisa, muchos, muchos. La gente de Pata Negra son Rafael Amador, su mujer la Mari. Es un sitio donde hay mucho arte, los amigos te lo dan todo, no sé. Yo por mi cumpleaños me llama más gente de las Tres Mil que de cualquier sitio. Todos estos barrios se parecen. Es como La Mina de Barcelona o las Tres Mil del sur de Francia, es lo mismo. Son guetos. Por ejemplo, la expectativa de vida de los gitanos es diez años más baja que la de la población normal. No te dan un trabajo, no te dan un piso, por eso es normal que haya más cosas, pero mira los delincuentes de cuello blanco… Uno de esa gente roba más que todos los del barrio. Eso es sobrevivir.» «Yo llevo yendo 30 años y las tendencias [estéticas y musicales] siempre vienen de los barrios, aunque sean recuperadas después. A mí por eso me gustan estos barrios, porque hay más arte. Y siempre adelantados. Las lumbres [las candelas antes referidas] me gustan mucho, porque puede

haber cuatro o cinco generaciones, entonces ahí se transmiten muchas cosas, es mejor que una tertulia en una universidad, ¿sabes? Hablan viejos de lo que les contaban sus abuelos. El bisabuelo te cuenta cosas de su bisabuelo. Transmiten un saber y unas cosas que nunca podrías descubrir en ningún otro sitio. En vez de estar delante de la tele estás delante de la lumbre, contando historias. Es más productivo.»

Uno de los clanes más conocidos de las Tres Mil Viviendas son los Caracoleños, como comentó antes Consuelo. Estos llegaron al Polígono Sur en el verano de 2004 desde el poblado chabolista de Los Bermejales. El nombre se debe a su procedencia, al hecho de que vivían en chabolas o «caracolas». Al llegar a las Tres Mil se instalaron en Los Verdes, sección de la barriada de Murillo. Reflejando los hechos antes narrados por Consuelo, el Diario de Sevilla afirma: «Los Caracoleños han protagonizado numerosos robos y enfrentamientos con otras familias. En una ocasión, una bala perdida disparada por uno de sus integrantes mató a un joven de diecisiete años que iba con su padre en un coche. Este homicidio ocurrió el 31 de marzo de 2009. Después, el clan al completo tuvo que abandonar sus casas e instalarse en un campamento chabolista en los bajos del puente de San Juan de Aznalfarache, por temor a represalias y en cumplimiento de la llamada ley gitana. Este código no escrito apunta a que, cuando un gitano mata a otro, ha de pagarlo con el destierro, suyo y de su familia. Aquel exilio temporal se solucionó y los Caracoleños pudieron regresar a sus casas, que habían comprado ilegalmente años antes. Algunos denunciaron que las viviendas habían sido saqueadas y sus enseres robados»[3]. Los Caracoleños pudieron volver a las Tres Mil Viviendas tras morir Milagros, una niña de veinticinco días de edad que murió a causa del calor en una chabola de la Tablada, donde muchos Caracoleños habían ido a parar. Una primitiva ley consuetudinaria de compensación sirvió de base al regreso del clan, pues se entendía que ellos habían compensado con la muerte de la pequeña el homicidio accidental que habían cometido: ojo por ojo, diente por diente.

Por su parte, los Caracoleños son conocidos en la zona, además, por no someterse a la normativa establecida en tiempos de covid-19: «Concretamente, desde que se decretó el confinamiento los

integrantes del clan de los Caracoleños se reúnen al caer la noche para llevar a cabo cánticos y oraciones bajo el rito de las Iglesias evangélicas sin tener en consideración las indicaciones de no salir de casa para evitar la propagación de la covid-19. Este grupo familiar, uno de los más conflictivos de la zona, dirige una escisión de la Iglesia de Filadelfia en el mismo barrio, por lo que el pastor "oficial" de esta secta niega cualquier responsabilidad respecto a la celebración de los cultos.» En este sentido, las gentes de las Tres Mil Viviendas han sido reacias a cumplir con el confinamiento, algo que ha dado lugar a diversas revueltas callejeras: «Esta circunstancia se suma a la reyerta protagonizada el pasado miércoles por dos menores en la barriada de Los Pajaritos, cuando una patrulla de la Policía les conminó a volver a sus domicilios. Una situación que desembocó en un tumulto en el que participaron familiares y vecinos que acabó con algunos agentes heridos, además de varios detenidos. "Debe de haber un sentido de la responsabilidad por parte de la administración, porque en los barrios periféricos de Sevilla es donde se necesita una actuación especial porque la gente está acostumbrada a vivir en la calle", señala Bretón. Además, mantiene que "esta minoría vive en la ilegalidad, saben que nos les pasa nada si les ponen una multa, pero el Estado de alarma lo que sí te permite es detenerlas, igual que detuvieron a 76 personas por organizar una fiesta en Gijón". Tanto el Polígono Sur como Los Pajaritos encabezan la lista de barrios más pobres de España con una renta de 4.897 y 5.389 euros respectivamente»[4].

Consuelo ha nombrado a otro de los clanes dominantes en la zona: los Mariano. Estos han tenido importantes conflictos con los Perla, otro de los clanes de las Tres Mil Viviendas. Se dice que estos dos grupos se disputan el control por el tráfico de drogas en ciertas zonas del Polígono Sur. Algunos de los Mariano fueron detenidos hace unos años: «Los agentes esperaron a que [uno de ellos] realizara alguna transacción de drogas […] El 17 de junio, padre e hijo entregaron varios paquetes de heroína a uno de sus empleados y cuando este salió en coche de la finca, se desencadenó la fase final de la operación. Dos agentes del grupo II de la Udyco persiguieron al correo, que al volante de un Citroën hizo oídos sordos a la sirena del coche policial. La persecución fue de vértigo y muy peligrosa. El correo intentó deshacerse de la droga, lanzando los paquetes por la ventanilla de su coche. Pero la mercancía fue finalmente

interceptada por la Policía, quien tuvo que emplearse a fondo para detener a este soldado de los Mariano, que se mostró muy violento. Siete agentes que controlaban la vivienda del clan evitaron que Francisco Salguero y su padre huyeran de la urbanización. Ambos lo intentaron, pero sin éxito. Paquito se montó en un quad, pero en una de las maniobras evasivas perdió el control del vehículo y cayó en un arroyo. Su padre hizo lo propio con un Mercedes y acabó colisionando contra uno de los coches. No es la primera vez que desafían a la autoridad. A pesar de su conocida relación con el narcotráfico y sus numerosas detenciones, los cabecillas de este clan tan sólo han sido condenados a penas menores, porque siempre han sido apresados con pocas cantidades de droga. Según confirmaron fuentes policiales, a Francisco Salguero padre le constan una treintena de antecedentes policiales y a su hijo más de una docena. Cuando este se escapó del CIS le faltaban unos pocos meses para cumplir la condena de dos años que le habían impuesto en 2014, pero prefirió irse por su cuenta y saltarse la ley[5]. Fuentes policiales confirman a ABC que «los Mariano se han hecho muy fuertes en el principal supermercado de la droga de la capital, en las Tres Mil Viviendas, de donde consiguieron expulsar a sus principales rivales, los Perla[…] Las medidas de seguridad para evitar que se reprodujeran más conflictos entre ambas familias llegaron hasta el interior de las cárceles donde se ordenó separar a los integrantes de ambos clanes que cumplen condena por distintos asuntos».

Según la prensa local, los Mariano controlaron durante «años el tráfico de drogas en las Tres Mil Viviendas». Sobre la operación policial referida más arriba, dice la prensa que «el jefe de los Mariano, Francisco Salguero Navarro, logró cerrar en el año 2017 un acuerdo con la Fiscalía por su última detención en junio de ese año cuando trató de huir de la Policía Nacional después de haber hecho entrega de una partida de dos kilos de heroína a uno de sus correos. En la operación bautizada como Repesca fueron detenidos, además de Francisco Salguero Bermúdez, su padre – Francisco Salguero Navarro, patriarca y otro líder del clan– y un empleado de la banda, Rafael Morales. La adicción a los opiáceos por parte del viejo jefe del clan fue determinante para que Francisco Salguero Navarro cediera el control de la organización a su hijo Paquito. El patriarca aceptó dos años y nueve meses de prisión

como cómplice de un delito contra la salud pública […] La rebaja fue menos sustanciosa para el jefe del clan, el hijo, Francisco Salguero Bermúdez, Paquito, que aceptó seis años y un día de prisión por un delito contra la salud pública. Ahora Paquito está en la cárcel de Sevilla desde el 20 de junio de 2017»[6].

Por otro lado, como hemos visto, están los Perla: «Las guerras de clanes han existido siempre en Sevilla, aunque no siempre trasciendan. Es muy raro que un narcotraficante o delincuente presente una denuncia en la Policía Nacional o en la Guardia Civil. Intentará arreglarlo a su manera, como lo ocurrido en este último suceso del pub de Montequinto. A veces, con consecuencias funestas. Y en ocasiones, hay víctimas que pasan por allí y son asesinadas por error.» «Eso fue precisamente lo que ocurrió en las Tres Mil Viviendas cuando el clan de los Perla asesinó por error a una niña de seis años, Encarnación Silva Salguero. Aquello ocurrió en agosto de 2013 y supuso una auténtica conmoción, no sólo en el Polígono Sur de las Tres Mil Viviendas, sino en toda Sevilla. La pequeña estaba en su casa cenando, cuando varias balas cruzadas entre dichos clanes la alcanzaron y murió poco después en el hospital Virgen del Rocío. Los Perla habían ido al polígono a vengarse de un delincuente del barrio, apodado Faíto, que había estado implicado en el robo y la paliza propinada unos meses antes a un hijo de la Perla, a quien le habían sustraído mil euros y habían dejado abandonado en un descampado del Aljarafe. La Perla y su marido, Antonio el Coleta, juraron venganza eterna y no se hizo esperar»[7].

Sobre Faíto y la muerte de la niña habla otro artículo: «La muerte de Encarnación en 2013 volvió a relacionar el Polígono Sur con violencia. En esta ocasión, la niña fue alcanzada por las balas disparadas contra Faíto, un delincuente habitual de la zona con quien los pistoleros ya habían tenido conflictos relacionados con el tráfico de drogas. Este se escondía en el piso contiguo al de la familia de Encarnación, en la calle Orfebre Cayetano González, y logró salvarse gracias a un soplo en el último momento que le hizo echar el cuerpo a tierra. os asaltantes, unos diez miembros del clan de los Perla […] dispararon contra las viviendas con una pistola y una escopeta. Tras el asalto, los Perla decidieron huir a Málaga, de donde son originarios sus miembros. En Mijas, tan sólo 48 horas

después, el Grupo de Homicidios de la Policía Nacional detuvo a los presuntos autores de los disparos, donde también intervino 510.439 euros, ocho kilogramos de joyas, la pistola utilizada en el tiroteo, una segunda pistola, dos cargadores, 206 cartuchos, 87,14 gramos de hachís y 355 gramos de cocaína»[8].

Hablando de clanes, ahora pasaremos a analizar otra zona caliente de Andalucía, Albox, en Almería, donde ha operado durante décadas el clan de los Pertolos, mercheros muy peligrosos que han atemorizado y extorsionado a la población autóctona durante décadas. Comenzaremos con el testimonio de S., fuente que prefiere permanecer en el anonimato[9]: «Las dos familias dominantes en la zona, que contaron con sus ajustes de cuentas, fueron los Pertolos y los Franceses. Estos últimos eran conocidos así informalmente porque venían de Marsella. Eran originarios de Albox, se fueron a Marsella y volvieron a finales del siglo xx. También estaban los Balbinos. Los Pertolos en realidad no se llaman así, se llaman Petrolinos. Son familias racialmente mestizas. Aquí se les llama chigres, como quinquis. Luego, algunos pesos pesados del clan ni siquiera tenían ese apellido, venían de fuera. La historia sangrienta de los Pertolos se remonta a los años veinte del siglo pasado, cuando mataron a alguien en el propio mercado de Albox[10]. Ahora sólo permanece una rama de la familia. Algunos de los Franceses también permanecen, pero ya no hay problemas ni hay incidentes. Y conviven ahora mismo con total normalidad. Estas familias no sé muy bien si traficaban con hachís, con coca, o si empezaron con la extorsión. Son familias amplias.»

«Se supone que la guerra con los Franceses fue por el territorio. No sólo para la extorsión, sino para el tráfico. Extorsionaban a empresas. Pedían dinero a cambio de seguridad, al estilo calabrés. Extorsionaban a la gente porque necesitaban dinero para abogados. No te creas que contrataban a un mindundi, sino a los mejores abogados. Y se sabe perfectamente que compraban testigos.» «Antaño, el patriarca de los Pertolos iba al cine en caballo y nadie tenía los cojones, obviamente, a decirle que no. Iba con su caballo por el pueblo y se metía en la terraza del cine de verano con el caballo. Vestido de blanco impoluto iba siempre. Te estoy hablando de generaciones anteriores, del patriarca verdadero. Este cogía el caballo muchos domingos para pasearse, y cruzaba el puente, que

era una zona de bastante tráfico, y se paraba el tráfico y nadie cruzaba, no fuese a asustarle el caballo.» «A ellos les encantaban los caballos. Tú ibas por la avenida y veías una pila de coches que no te puedes ni imaginar. De repente, vas caminando por la avenida y vas viendo montañas de mierda de caballo. Luego veías a dos o tres Pertolos paseando un martes a las seis de la tarde por la avenida principal, como si van por la Gran Vía de Madrid. O ir a tomar café con el caballo y meterlo dentro del bar, el caballo. Y el ayuntamiento no podía hacer nada, les tenían pánico en el ayuntamiento.» «A la primera figura mafiosa de los Pertolos lo conocía mi abuelo, que era vendedor de ganado y coincidían muchas veces. Mi abuelo me dijo que el Pertolo este tuvo un problema con alguien y se vengó. Entre ellos la venganza es obligatoria; si no la cumples, es mal rollo para la familia y tal. Con todo, mi abuelo siempre decía que era un gitano serio y fiable, que en el tema del negocio del ganado era un comerciante bueno. Albox se distinguía por el comercio de ganado y bestias.»

Dicha venganza mecánica encarna a la perfección la violencia mimética de la que habla el filósofo René Girard, de la que ya he hablado en otra parte[11]. Esta violencia interminable a modo de acto reflejo es típica del mundo pandillero y está presente también en la violencia ejercida entre clanes, predominando en el mundo ilegal, en el que las disputas se dirimen al margen del Estado. Es esta la violencia que domina en relatos clásicos como Romeo y Julieta (1597), de William Shakespeare. Para detener dicha violencia ha de encontrarse una víctima sacrificial o chivo expiatorio que sirva de compensación a las agresiones sufridas por el propio clan. En el caso de Romeo y Julieta, son los propios amantes los que logran detener el ciclo de violencia mimética. En palabras del propio Shakespeare: «En la bella Verona, donde situamos nuestra escena, dos familias [los Montescos y Capuletos], iguales una y otra en abolengo, impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios, en los que la sangre ciudadana tiñe ciudadanas manos. De la entraña fatal de estos dos enemigos cobraron vida bajo contraria estrella dos amantes, cuya desventura y lastimoso término entierra con su muerte la lucha de sus progenitores»[12].

«La guerra entre los Pertolos y los Franceses sería en la década de

los noventa y principios de los dos mil. Antes había una ley del silencio, ya que la gente les tenía –por decirlo suavemente– respeto, o miedo, vamos. Durante la guerra entre ambos grupos, los Franceses contrataron a francotiradores, y de un lado de la rambla al otro, donde tienen la vivienda ellos, los francotiradores se colocaron y empezó el tiroteo. Entonces, un civil –que, además, es tío de uno de mis mejores amigos– iba a pintar y una bala cruzada lo dejó parapléjico. Y ya el pueblo se rebeló. Hubo una concentración en la plaza del pueblo. Eso fue en 2004 y fue entonces cuando la cosa empezó a bajar. Ellos se fueron yendo a otros pueblos, repartidos por Almería capital, Águilas, Murcia.» Otro informante me habla de los Pertolos: «Es una familia que ha hecho muchísimo daño en el pueblo de Albox, pero no solamente ahí, sino en alrededores e incluso en parte de lo que es la región de Murcia. Han hecho un destrozo bestial a mucha gente. El 80 por 100 de los enfrentamientos ha sido con otras familias. Casi todos los enfrentamientos con los Franceses han sido en las calles de Albox. Era como las películas americanas, dos clanes pegándose tiros por las calles. Eso no sólo ha pasado en las películas de Hollywood, sino que ha pasado en Albox y era algo casi diario. Cada dos o tres meses se mataban entre ellos. Los Pertolos, su actividad fundamentalmente era el tema de la prostitución, el tema de drogas, en menor media puestos en mercadillos para blanquear dinero. Y la última década de su larga historia se dedicaban a extorsionar a los empresarios. A los empresarios de la zona de Albox los tenían machacados. En Albox el tema de la noche desapareció, porque esta familia abrió una discoteca y había peleas y tiros. Y la gente para poder irse de marcha se tenía que ir a Olula. Ahí había una discoteca muy famosa y una noche se presentaron ahí un Pertolo y un amigo. Y el Pertolo se encaprichó de una niña. ¿Qué pasa? Que esa niña tenía novio. Parece ser que el novio se acercó al Pertolo no sé si de muy malas maneras y le dijo que dejara tranquila a la chica, que era su novia. Se ve que la cosa quedó como si nada, pero, al rato, cuando salió el chico de la discoteca lo estaba esperando el Pertolo. Y, sin mediar palabra, le dio una puñalada y murió en el acto el chico. Lo mató ahí en el acto delante de cientos de personas.» «Se cuenta otra historia. Que uno de los Pertolos se encaprichó de la casa que estaba contigua a la suya. Unos dicen que le pidió al vecino que se la regalara, otros que se la diese medio gratis. Bueno, el caso es que el vecino no la quería vender. No se la

quiso vender y ahí quedó el asunto. Días después este vecino iba paseando por las calles de Albox y aparecieron dos Pertolos subidos en un coche y lo acribillaron a balazos, en mitad de la calle, delante de gente, como si nada. Lo mataron en el acto.» «Este clan era terrible. Entre ellos vivía una señora, que no se sabe muy bien cuál era la función de esta señora. No era familiar de ellos. Era una señora que la tenían como una coneja, para criar y poco más. Esa señora decidió un día que ahí no pintaba nada y se quiso escapar. Ellos se lo debían oler y nada más salir por la puerta le pegaron no sé si cuatro o cinco tiros en las piernas. Y no pasó absolutamente nada.» «Esta familia, por otro lado, tenía tratos con lituanos y rusos y una de las veces se iban a reunir a las afueras de Albox. Algunos de los familiares se olían que eso podía ser una trampa que les iban a poner a los Pertolos. Uno de los Pertolos siempre decía que él tenía muchos cojones y esa noche fueron al polígono donde habían quedado, y aparecieron a la mañana siguiente con el coche destrozado, cosidos a balazos los dos, los dos muertos, y dicen que al que alardeaba de tener muchos cojones le arrancaron los huevos y se los metieron en la boca. Esta gente contactaba con mafias muy peligrosas. En un principio, estos lituanos eran mercenarios que los Pertolos contrataron como guardaespaldas»[13].

«En Albox hay un torneo de fútbol que es muy conocido, donde va mucha gente de otros pueblos a jugar. Nosotros jugamos un año en infantiles. Nosotros llegamos a la final, con tan mala suerte que, el otro equipo rival había dos Pertolos. En la primera parte íbamos ganando superfácil, no sé si eran dos o tres a cero. Vamos a los vestuarios y de repente entran en los vestuarios los padres. Tipos de un metro ochenta, noventa, bigote, muy delgados y con su típica gabardina. Nos preguntaron que si los conocíamos, y dijimos que sí. Respondieron: “Con esto ya hemos dicho todo.” Giraron un poco la gabardina que llevaban y se vio perfectamente que llevaban pistola. A niños. Había dos o tres amigos que eran de Murcia y dijeron que no querían seguir jugando. En la segunda parte nos dejamos ganar, claro.» «Empezaron a decaer cuando detuvieron a uno de sus cabecillas a principios de los dos mil en Garrucha. A este lo paró la Guardia Civil, mató a un guardia civil de un disparo y salió por el paseo marítimo atropellando a todo el mundo que había por ahí. Era famoso porque se decía que era el segundo criminal más buscado de España después de Antonio Anglés. Este tío tenía algún

asesinado encima y no lo encontraban. Al final lo pillaron tras encontrar en un polígono a dos mercheros muertos con mogollón de dinero. Y partir de eso, luego encontraron a este tío en Garrucha haciendo controles. Tras su detención, poco después, los Pertolos decayeron mucho. El punto álgido es cuando detuvieron a este tío por primera vez y lo llevaron al cuartel de Albox, que es un cuartel de pueblo. Este tío había pegado un navajazo a otro. Y la Guardia Civil fue a detenerlo y, aunque él no estaba, la familia empezó a apedrear a la Guardia Civil, que salió corriendo, y quemaron el coche de la Guardia Civil. Finalmente, los guardias civiles se atrincheraron en el cuartel y los Pertolos rodearon el cuartel. Estuvieron así hasta que llegaron refuerzos.»

Para terminar, relataremos un incidente protagonizado por el Gari, un empresario almeriense que plantó cara a los Pertolos, acabando con la vida de dos de ellos. Uno de mis informadores anónimos: «En Olula del Río había un empresario bastante conocido que lo tenían extorsionado, lo tenían amargado, amenazado, constantemente iban a su fábrica a pedirle cantidades exorbitadas de dinero. Este señor ya se negaba y se olía un poco lo que iba a pasar, porque esta gente si no le pagabas automáticamente te iba a matar. Gari se sabía lo que iba a pasar y tenía un arma de fuego. Una mañana se presentaron dos Pertolos en su nave. Por lo visto, los Pertolos suelen subdividirse en grupos de dos. Uno de los Pertolos, que acababa de salir de la cárcel, lo primero que hizo fue buscarse a su sobrino y se fueron de marcha. Con todo el pelotazo de la marcha decidieron ir a arreglar los problemas que habían tenido con Gari antes de irse a la cárcel. Del Gari se decían cosas también en el pueblo. Era un payo que tenía un tinglado montado bastante potente. Eso en el pueblo lo sabía todo el mundo. Los Pertolos llegaron de madrugada a las inmediaciones de la fábrica y fueron a buscar al secretario del Gari, que sabían que desayunaba todos los días en un bar de cazadores que hay ahí enfrente. Ese bar abre muy pronto, porque los cazadores madrugan mucho. Estuvieron esperando y cuando llegó el secretario lo cogieron y con una lima o un pincho grande lo invitaron a irse con ellos. Y se fueron los tres, el merchero viejo, el merchero joven y el secretario del Gari. Aunque lo llame secretario, era uno de los que manejaba el negocio del Gari, como el consigliere. Se lo llevaron a la fábrica de Gari, que es una nave al otro lado de la carretera. Y en eso, cuando cruzaban la carretera

hacia la nave, el Gari, que iba a trabajar en su coche, los vio de lejos y giró para volver a su casa y coger la escopeta. A todo eso, simultáneamente, el dueño del bar de cazadores llama a la Policía. Entretanto cuando vuelve el Gari a la fábrica con su escopeta entra por la puerta trasera y dentro de esa nave hay una oficina de prefabricados en una segunda altura. El tío entró y vio que estaban en la oficina, reconociendo el lugar que ocupaban cada uno en la habitación. Y con la escopeta disparó a través del prefabricado, de la pared, al Pertolo viejo. Y ahí se lo cargó. Y el joven salió corriendo por la escalera hacia la puerta por la que había entrado para llegar hasta su coche. Y desde la altura, el Gari le metió un tiro y se lo cargó[14]. La Guardia Civil llegó, se encontró el percal y detuvo al Gari. Se dice que han tenido que llevarse a la familia del Gari, no sé si a Brasil. Y en el entierro de los Pertolos, un periodista de La Voz de Almería dijo que, en el suelo del cementerio, antes de meter a los muertos en el nicho, hicieron jurar a un miembro de la familia, con el ataúd abierto, cara a cara, vengar su muerte. Cuando entierran a esta gente siempre dejan un hueco en la lápida para inscribir el nombre del vengador una vez cumple la venganza. Cuando hay una venganza pendiente siempre dejan un puñado de sal al lado del muerto»[15].

---

[1] Esta apropiación de edificios enteros para la venta de droga y la vigilancia ha sido un fenómeno común también en Estados Unidos, en zonas de grandes bloques como Cabrini-Green (1942-1995), en Chicago, donde se criaron artistas como Curtis Mayfield. Estos barrios eran también contenedores raciales.

[2] Otro elemento análogo a fenómenos propios de los guetos de Estados Unidos es la iniciación en la venta de droga a una tierna edad. Muchos niños del gueto, ya sea español o norteamericano, se inician cantando el «agua», es decir, avisando de la llegada de la Policía mientras sus mayores trafican en las calles. Generalmente, se pasa del «agua» a vender pequeñas cantidades de drogas diversas. Un ejemplo de este género lo tenemos en Alpo Martínez, narcotraficante de origen portorriqueño –asesinado en 2017– que se inició en el mundo de la droga en las calles de Harlem vendiendo crack al servicio de traficantes mayores que él, cuando era sólo un niño.

[3] Fernando Pérez Ávila, «El último apuñalamiento eleva la tensión vecinal en las Tres Mil Viviendas», Diario de Sevilla 11 de abril de 2021.

[4] Pepe Lugo, «Piden que el Ejército entre en el barrio sevillano de las Tres Mil Viviendas», La Razón, 19 de marzo de 2020.

[5] Conductas similares las encontramos ya entre quinquis de los setenta y ochenta. Un caso célebre es el del Negri, un nombre mítico de la zona de Sevilla, que recibió importante atención mediática. Aunque no se conoce apenas nada del Negri, sí sabemos que se llamaba Bernardo Guillén Díaz y que el 22 de febrero de 1976 fue detenido con otros compinches, entre ellos un tal Gamba, cuando el Negri tenía tan sólo quince años. Ese día fue acusado de atracar una farmacia de Castilleja de la Cuesta, Sevilla, donde él y sus amigos dispararon a un vecino que les plantó cara. Pocos días después, el 27 de febrero de 1976, fue arrestado tras chocar en un SEAT 124 robado contra otro vehículo. Poco antes, había entrado a robar con su banda en varios chalets de Sanlúcar la Mayor y Olivares. Otro de sus compinches era el Mandriles, quien había pasado a menudo por el Tribunal Tutelar de Menores de Alcalá de Guadaira, aunque no sólo como interno, sino, también, con la intención de liberar a algunos de sus amigos que permanecían en su interior, dirigiéndose al Tribunal pistola en mano al tiempo que conducía un coche robado; llegando a disparar a algunos de los empleados del lugar. Otros delincuentes juveniles de la zona eran el Pelón, el Polvillo, el Loquillo, el Cabezas o el Pechugui. Ya el 3 de mayo de 1978, el Negri fue detenido en Sevilla cuando conducía una Loca, el SEAT 1430, tras chocar contra otro coche en el que viajaba una familia. El Negri, el Cabezas y el Polvillo tenían en su posesión relojes, cadenas y colgantes de oro y hachís. El reloj lo había obtenido el Negri tras amenazar a un transeúnte con una escopeta recortada. Se dice que al Negri y su banda los llamaban la Banda del 124 Blanco, al cometer sus delitos a bordo de un SEAT 124 de dicho color. Aunque la supuesta banda fue desarticulada y el Negri condenado a años de presidio, nada más salir, a principios de 1983, fue acusado de forzar la entrada de un bar y hacerse con 85.000 pesetas. Su banda de esta época fue denominada por la prensa, la Banda de los Monos Azules. Tras ser ingresado en prisión nuevamente, le propinó un cabezazo a un funcionario de prisiones,

rompiéndole la nariz. Las informaciones sobre el Negri las he tomado de Iñigo López Simón, Los olvidados. Marginalidad urbana y delincuencia juvenil en los extrarradios de las ciudades industriales: Otxarkoaga y San Blas (1959-1986), Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco.

[6] Silvia Tubio, «El fiscal pide ocho años para el jefe del peligroso clan de los Mariano, dueño de las Tres Mil Viviendas», ABC de Sevilla, 14 de marzo de 2017.

[7] Miriam Fernández, «Así actúan los clanes sevillanos de la droga: Los Marianos y Los Perla a botellazos en una sala de fiestas», El cierre digital, 3 de diciembre de 2019.

[8] Rafael Llácer Moreno-Aurioles, Las Tres Mil. Análisis social y urbanístico de un territorio excluido: Polígono Sur, Comité René Cassin, noviembre de 2015.

[9] De hecho, el relato completo se sustenta en tres fuentes, todas las cuales quieren permanecer en el anonimato.

[10] Más concretamente en 1925: «El clan más peligroso de la historia criminal de Almería», Diario de Almería, 7 de marzo de 2012.

[11] Iñaki Domínguez, Macarrismo, Madrid, Akal, 2021.

[12] William Shakespeare, Obras completas, Madrid, Aguilar, 2003, p. 271.

[13] Aunque muchas de estas anécdotas parezcan sacadas de una película, son rigurosamente ciertas; siendo Almería una región en la que proliferan este tipo de mafias. Un caso sonado es el de Juan Asensio, un conocido empresario y delincuente. Nueva Tribuna dice de él: «Asesinó en plena calle a su esposa Ángeles García Dionis, madre de sus primeros cuatro hijos, Juan, Antonio, Gelu y Ángeles, que se enfrentaron con él. Ordenó tiroteos y atentados contra las personas que se oponían a sus intereses y tras ser condenado a 20 años de cárcel por el asesinato de uno de sus empleados, Christian Poulain, exlegionario belga experto en explosivos, y pasar sólo seis en prisión, fue asesinado el 7 de febrero

de 2004 en su domicilio de la calle Méndez Núñez en pleno centro de la ciudad almeriense, con dos certeros disparos de un profesional. Uno en la frente y otro en la boca. Crimen no esclarecido del que sólo se tienen indicios de que pudo ser por una disputa por el reparto de un cargamento de cocaína y mujeres mexicanas donde se implicaba a un capo de nacionalidad rumana, muy presente en las mafias de Almería.» Nuevatribuna.es, 9 de mayo de 2018.

[14] Otro relato dice que disparó al Pertolo más joven cuando este trataba de entrar en la nave.

[15] Los prototípicos incrédulos pueden consultar el asesinato de ambos Pertolos a manos de Gari en «Un empresario de Olula mata a tiros a dos miembros del clan de los Pertolos», Diario de Almería, 19 de marzo de 2009. Otras informaciones de interés sobre todo lo dicho anteriormente puede encontrarlas el lector en «Los Pertolos, entre el crimen y la leyenda», Diario de Almería, 30 de octubre de 2011.

Capítulo XII

Mafias y guerras por el control de puertas de discoteca

Búfalo, el Radical y los Iraníes

Toca ahora adentrarnos en una interesante tradición intersecular, la de las llamadas mafias de discoteca. Estos grupos, en algunos casos extranjeros, se dedican a controlar las puertas, adquiriendo contratos para llevar la seguridad, al tiempo que ponen a sus machacas a vender éxtasis, cocaína, speed y demás sustancias en el interior de los propios locales. Es decir, que tales mafias se apoderan tanto del negocio legal como del ilegal; una forma peligrosa de vivir, aunque muy lucrativa. Muchos de estos grupos operan por intimidación. Amenazan a los dueños de los locales y otras empresas de seguridad para acaparar el negocio. El DJ Vicente One More Time, quien antaño llevó hasta cinco locales de noche en el famoso Polígono Urtinsa, de Alcorcón, me confesó que en una ocasión alguien le puso un cuchillo en el cuello como amenaza en caso de negarse a contar con un determinado grupo de porteros en sus establecimientos.

El primer grupo reconocido que tuvo cierto control sobre empresarios de la noche fueron los famosos Ojos Negros, de la zona de Legazpi, en Madrid. Una de las primeras pandillas españolas de los años sesenta, los Ojos Negros de Ángel Luis, Dum Dum Pacheco y los hermanos Revilla, hacía su voluntad en diversas discotecas del sur de Madrid. Aunque nunca fueron una mafia organizada, ni llevaron puerta de discoteca alguna, los dueños de muchas de ellas se sometían a su voluntad e incluso les pagaban, en ocasiones para reducir y neutralizar a gente problemática. En palabras de Dum Dum Pacheco: «Íbamos por discotecas y ayudábamos a la gente. Nos llamaban los jefes de la discoteca: “Oye, venir hoy que están viniendo unos gamberros que se emborrachan…” Íbamos y limpiábamos las salas de gentuza. En esa época había porteros [de discoteca], pero les pegaban. ¿Qué iba a hacer un portero con siete

u ocho? Dábamos el teléfono a todos los clubs de prostitución, a discotecas. Y nos llamaban. Había gente en ese tiempo que no pagaba [a dichos establecimientos] y encima les robaba. Nos llamaban a nosotros [para que arreglásemos el entuerto] y nos pagaban. Hicimos muchos favores»[1]. Digamos que los Ojos Negros representaron la semilla de lo que luego llegaron a ser las mafias de discoteca.

Grosso modo, ya en años posteriores, la tradición oral habla de diversos grupos que se dedicaron al control de puertas: primero estuvo la gente de Primera Línea de Falange, luego se habló de los Miami (aunque amigos suyos me han negado que eso fuese así), los Iraníes, los Argentinos y los Búlgaros. Hablamos de algunos de los tipos más duros que hay en las calles, los machos alfa del mundo alfa. De ahora en adelante hablaremos sobre este fenómeno con algunos de los protagonistas y testigos que vivieron esos años ochenta y noventa, décadas en las que mayormente proliferaron este tipo de grupos.

Lo primero es investigar el caldo de cultivo del que surgieron los primeros grupos que pasaron a controlar las puertas de discoteca con fines más o menos ilegales. Pude entrevistar al Topo [falso apodo], un falangista en tiempos de democracia: «Yo toda mi vida, hasta que me casé, viví en la zona de Arganzuela, cerca del puente de Segovia. Mi instituto estaba enfrente del estadio del Atleti. Era un barrio militar, sin ser mi familia militar. Había un par de manzanas que no eran de militares y en una de esas vivía yo. Arganzuela a comienzos de los sesenta era todavía una especie de descampado, ¿no? Bueno, el ambiente era, por un lado, familias de militares y, por otro lado, de clase media-baja. Yo era un poco la excepción, porque mi padre era investigador científico. En general los padres de mis compañeros del colegio no eran universitarios y sus profesiones eran muy manuales.»

«A mi colegio iban muchos macarras. Era un colegio de la Puerta de Toledo. Te pongo un ejemplo. En séptimo u octavo coincidimos con algunos repetidores. Y alguno iba con navaja a clase. Algunos de estos atracaban a gente cuando salían del colegio y, por ejemplo, un compañero mío, que por apellido se sentaba a mi lado, estrelló un 600 contra la fábrica de Mahou, que estaba ahí en frente del colegio, porque claro, no sabía conducir. Lo robó, fue capaz de

ponerlo en marcha, sin llaves, le hizo el puente y demás. Y paseo de los Pontones abajo se la pegó contra la fábrica de Mahou. Recuerdo ver a la Policía entrar por la puerta de mi clase, reclamándole. Algunos de esos compañeros infiero que habrán conocido las instituciones penitenciarias de este bendito país.»

Alguna vez bajaban los gitanos de la vía Carpetana, aunque no muy a menudo. Robaban a las chicas y les arrancaban los pendientes, desgarrándoles las orejas: «No mostraban la menor delicadeza. Tiraban de las sortijas, tiraban de los pendientes y, claro, se montaba alguna pequeña trifulca y, creo recordar, siendo pequeño yo alguna expedición del barrio hubo para recuperar los objetos robados de [manos] de los gitanos y demás. Y se debió montar alguna, pero lo recuerdo así muy entre brumas.»

«Yo era falangista [cuando era adolescente]. Era falangista desde muy jovencito por cosas que oía en casa, mi padre nunca nos orientó a propósito ni nada, pero es inevitable que oigas cosas en casa, como es natural. Estamos en el año, qué sé yo, 78, 79, es la Transición y es un ambiente muy tenso. Estaba todo muy politizado. Hombre, hoy también lo está, ¿no? Pero por otras razones quizá. Y, además, quizá porque estamos en una época de transición.» «Me adentré en [esa dirección] y con diecisiete años, o una cosa así, cambié y durante unos años me hice anarquista; simpatizaba mucho con la CNT, con el anarcosindicalismo y tal. Y luego, como tres o cuatro años después [risas], otra vez volví a releer los viejos textos que leía de pequeño y, bueno, pues la figura de José Antonio me atrajo otra vez muchísimo y volví, pues, un poco, a ese ambiente. Milité, tanto de pequeño como luego más mayor, en organizaciones falangistas y tal.»

Podemos señalar que este cambio de identidad política era propia de muchos jóvenes antes de que irrumpiesen las tribus urbanas en toda su plenitud. La militancia política era, entre otras cosas, un modo de apropiarse una identidad en sociedades masificadas en las que las viejas identidades tradicionales habían dejado de preponderar. Igual que luego, en los ochenta y noventa, mucha gente pasaba de ser punk a bakala, y cosas por el estilo, en los setenta la cosa iba de afiliarse a un determinado movimiento político. Dicho lo cual, esta necesidad de adoptar una identidad

bien definida no era factor exclusivo de dichas conductas, aunque sí una motivación principal.

El Topo: «Yo era de los que cumplía sus deberes políticos, pero luego no se quedaba por ahí tomando cerveza con la gente del partido; o de los que se iban al partido de fútbol los domingos. Ni derivaba hacia peñas futbolísticas o cosas así. No.» «El falangismo aspiraba a algo un poquito más elevado que la cuestión futbolística. Yo he conocido a gente del ambiente futbolístico, no en esa época, sino con posterioridad. Y es un ambiente… terrible. Un ambiente horroroso, deprimente, es lo peor de la sociedad probablemente, aunque he conocido a personas que han salido de ahí que eran válidas también. Pero, en general, el elemento humano era un elemento horrible. Estos grupos [de ultras] estaban, en el fondo, muy desideologizados. Era gente que lo que necesitaba era integrarse en un grupo y tal. Y lo mismo podrían haber sido el mismo material [humano] que podrían tener los Arbertzale Sur [hinchas del Atlhetic Club] o los Indar Gorri [del Osasuna]; es un poco lo mismo, ¿no?»[2].

«Cuando tenía catorce o quince años iba a la calle Hileras, que eso estaba en el centro, entre [las calles] Arenal y Mayor si no recuerdo mal. Y nos movíamos por ahí. Nos dedicábamos a vender prensa que hacíamos nosotros, periódicos del partido, poner pegatinas. Bueno, a dar visibilidad… Entonces todavía se iba con la camisa azul y todo esto. En el fondo, bueno, era propaganda visual, para que se nos viera y demás, ¿no? Y, luego, estaba sobre todo la sede que tenía Falange en la calle Churruca, que es por la zona de [la Glorieta] de Bilbao. Ahí tenían una sede bastante grandecita y eso ya era la segunda mitad de los ochenta.»

«Yo recuerdo haber tenido broncas, fíjate, con los de Fuerza Nueva, no con elementos de izquierda. Porque había mucho pique entre Fuerza Nueva y Falange. Porque Falange tendía a pensar que Fuerza Nueva les había usurpado sus símbolos, y Falange no se reconocía franquista, por ejemplo, y creía que Franco había falsificado, hasta cierto punto, la ideología de José Antonio. [También que Franco] no había desarrollado el nacional sindicalismo, sino que se había apropiado de él, falsificándolo, digamos. Y los de Fuerza Nueva sí que eran franquistas… Y, bueno, sí que había broncas y a palos,

¿eh? O sea, no eran de broma. Yo era jovencito y recuerdo que venían los de Fuerza Nueva a echarnos. Estábamos con un puesto… No sé si era en la Red de San Luis, aunque en el entorno de Gran Vía era, seguro, y vinieron los de Fuerza Joven, que eran las juventudes de Fuerza Nueva, y nos echaron de ahí… Y como teníamos la sede cerca, llamamos a gente de Primera Línea de Falange, que era gente muy muy dura, y echó a los de Fuerza Nueva. [Aunque] había cierta amistad entre algunos elementos de unos y otros [grupos].» «De hecho, luego andarían juntos en algunas actividades políticas. Pero, en aquella época primera, digamos, de la Transición, en el 78, en el 79, había verdaderos encuentros duros [entre ambos grupos].»

Primera Línea es una denominación que procede de la Falange de José Antonio. Y, en principio, no era más que la gente más dispuesta a la acción. En Falange había una Primera Línea y una Segunda Línea; la Primera Línea era la gente que podía figurar abiertamente como afiliada, sin mayor problema. Que podía dar la cara y que disponía, o bien de tiempo, o bien de un coche en aquella época (estamos hablando de los años treinta), o de cualquiera cosa que pudiese facilitar la vida al partido. Luego estaba la Segunda Línea, que era la gente que no podía decir públicamente que pertenecía a Falange, porque, lógicamente, para Falange la época republicana fue muy dura. Y, además, en marzo de 1936 la Falange se pasaba a la clandestinidad por el Gobierno y, en consecuencia, no se podía decir públicamente que se pertenecía al partido. Eso fue en origen la Primera Línea y la Segunda Línea: «Eso se transformó con el paso del tiempo y, a la muerte de Franco [en 1975], Falange estructuró la Primera Línea, digamos, como las secciones de combate, para entendernos. Ya no tenía el sentido que había tenido anteriormente. Eran, desde entonces, digamos, los que se encargaban desde del servicio de orden hasta de las acciones que tenían riesgo, y, desde luego, todo lo relacionado con actos violentos.»

Luego estaba CEDADE (Círculo Español de Amigos de Europa), entre otros muchos grupos de ultraderecha: «CEDADE digamos que eran nacional socialistas ortodoxos. CEDADE no quería saber absolutamente nada de los skinheads y con gente así. Aunque eso no significa que no se sirviera de ellos en alguna ocasión para hacer

de seguridad. Pero había un desprecio absoluto y consideraba que esa gente no era en absoluto nacional socialistas, para nada. CEDADE era intelectual. No era ni político ni de acción. Era una cosa mucho más intelectual, de ideas y de actividades culturales. No estaban metidos, que yo sepa, en ninguna cosa sospechosa desde el punto de vista del orden público o desde el punto de vista de ilegalidades. El objetivo de la organización era, por decirlo de alguna manera, darle una respetabilidad intelectual al nacional socialismo. Hay que tener en cuenta, también, que la percepción que había del nazismo no era la misma, podemos decir, que hay hoy. Hoy está totalmente satanizado y está fuera, digamos, de toda aceptación y entonces [CEDADE fue creado en 1966 y disuelto en 1993] la percepción del nazismo no era tan radicalmente contraria. Sobre todo, en España. En España había más tolerancia con ese tipo de cosas.»

Un artículo de El País del 18 de noviembre de 1984 habla de los ultras de la época: «Los elementos más activos de la extrema derecha, susceptibles de actuaciones violentas, se hallan diseminados en grupúsculos muy pequeños y además reñidos entre sí, según aseguran fuentes policiales. Sin embargo, la inexistencia de un terrorismo organizado '"ultra" hace, para Interior, mucho más difícil prevenir un acto violento, "porque no se puede estar encima de cada uno de ellos", según fuentes policiales. El último acto ultra de envergadura ocurrió en octubre de 1983, cuando Ricardo Sáenz de Ynestrillas –hijo del comandante del mismo nombre condenado por la intentona golpista operación Galaxia–, Antonio Salmerón y Gerardo López Laguna sustrajeron en una calle madrileña a punta de metralleta las armas de dos policías nacionales que intentaban identificarles. Los dos primeros se hallan en la cárcel pendientes de juicio y el tercero ha huido al extranjero.

Interior, que lamenta la desaparición de Fuerza Nueva –"sabíamos dónde estaban; ahora cada uno anda por su lado"–, concentra su atención en un reducido número de grupos. Uno de ellos es Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE), que "tiene un peligro potencial tremendo", según fuentes policiales. De ideología nazi, tiene conexiones muy grandes con grupos europeos y, en particular, alemanes. Sus miembros, principalmente radicados en Barcelona, no superan el centenar. […]

La organización Primera Línea aglutina a los elementos más radicales de Falange y está dirigida por Juan José Molina González, acusado de dirigir en enero de 1979 el asalto a la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, a consecuencia del cual resultaron varios alumnos heridos de bala. La revista Interviú le ha atribuido contactos con la Embajada libia. Posee cerca de 60 miembros, radicados prácticamente en Madrid […]»[3].

Rafa Silva, quien estuvo metido en algunos de esos grupos, comenta: «Yo estuve muy metido en la ultraderecha. Te hacían estudiar, tenías que hacer resúmenes. Tenía un compañero de clase que estaba en CEDADE, había otro en otro grupo que me decía: "He estado haciendo prácticas de tiro en la sierra." Y yo: "Joder…" Hubo unos años de mucha política y muy facha, oculta. A mí me captaron en el 78, 79. Me captó un profesor del colegio: "No sé si os podéis quedar [después de clase]. Quisiera hablaros de una asociación que estamos haciendo." Luego pasaron los años y me fui enterando de gente que estuvo como yo en una especie de células que sólo conocías a los cinco con los que te reunías. Y luego resulta que estaba detrás un grupo mexicano que se llamaba el Yunque, algo semireligioso. Y yo: "¡La Virgen! ¡Y estos eran mexicanos!" Yo pensando que estaba trabajando para exfalangistas. La asociación a la que yo pertenecía [y que operaba bajo el Yunque] se llamaba Grupos de Conquista.» «Nos reuníamos en casas espirituales y sitios muy ocultos. Aunque no hacíamos nada malo. Era muy coñazo. Lo dejé porque, si encima que yo soy mal estudiante, me tengo que hacer aquí un resumen de un libro… ¡unos cojones! Yo quería acción, y también había acción. Nos decían: "Hay que quemar esta furgona porque aquí se vende droga." Y nos íbamos a quemar una furgona. Dar palizas no. Otra acción era poner el quiosco [nuestro] cerca de los de la Joven Guardia Roja y liarnos a tortas, ese tipo de cosas. [En la ultraderecha] estaban, también, las Juventudes Vikingas, de Verstrynge. Este último era un grupo nazi que conocimos en el Rastro cuando íbamos a vender nuestras cosas. Este grupo lo inició un exmilitar alemán y en él se inició Jorge Verstrynge en política. Eran muy malos aquellos nazis. Estos la liaban siempre en el Rastro y le echaban cojones, porque el Rastro "era zona roja" y llegaban estos con sus esvásticas y sus cruces, con dos cojones.» «Los de Primera Línea eran muy macarras. Yo estuve

metido en las Juventudes Nacionalistas, en la parte carlista, y era más pijo y más pío. Había algunos malotes, pero era gente más pacífica.» Le pregunto si los de Primera Línea eran más de barrio: «Sí, sí, sí. Eran muy macarras, tío. Había un bar de copas que se llamaba Gaslight o algo así, y se juntaban mucho los de la Primera Línea. Eran muy macarras, con la chupa de cuero, la boina negra, que la llevaban escondida siempre.»

Con Primera Línea ocurrió lo que a menudo pasa con estos grupos, que sus miembros acabaron adquiriendo vida propia; no sometiéndose a órdenes: «Tú cuando te dedicas a una actividad, ¿qué te digo yo? Como obtener dinero, vamos a decir, por medios poco legales o abiertamente ilegales; pues claro, al principio, pues sí, lo haces por el partido, robas por la causa, pero al final acabas robando para ti. Y dices: "Y, joder, ¿yo para qué voy a atracar un banco? Bueno, atraco el banco, 50 para mí y 50 para el partido, ¿no?" Y eso acabó pasando. Yo no sé personalmente de nadie que lo hiciera, pero sí que alguien lo estaba haciendo». «Había gente que estaba en actividades al margen de la ley. Yo sé que [miembros de Primera Línea] formaron parte de algunas mafias de control de actividades nocturnas». Le pregunto: «¿Como los Iraníes o los Miami?» Él responde: «Eso es, eso es… Estaríamos hablando de los años ochenta, yo creo que ya en la segunda mitad de los años ochenta. Hubo algunos que, desde luego, se dedicaban a esas cosas y que constituían una especie de, digamos, red. Sin que esto signifique nada perverso, pero bueno, que sí que fue como una especie de negocio. Ya estaban desligados del partido, porque en el año 83, si no recuerdo mal, cambió la jefatura de Falange y, entonces, se eliminó la Primera Línea. Una gran parte de ellos no sabía hacer otra cosa que lo que había estado haciendo hasta entonces, pues se veía abocada a ese tipo de actividades. Eran un poco, para entendernos, lo que pasa con los excombatientes después de una guerra. Se pasan tres o cuatro años pegando tiros y ya tienen muy mal encaje en la sociedad civil.»

Este es un fenómeno fascinante que ha acontecido recurrentemente en la historia. Los tradicionales piratas, por ejemplo, eran, muchos de ellos, marineros que habían luchado en guerras y que, tras finalizar estas, siguieron ejerciendo las mismas actividades que antaño, pues no eran capaces de ajustarse a la vida civil. Lo mismo

ocurrió con motorclubs como pueden ser los Ángeles del Infierno, muchos de cuyos miembros originales eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial o de la Guerra de Corea.

«La verdad es que me acuerdo de ellos, ¿cómo te diría? Me acuerdo de ellos, pero no podría decirte quién se dedicaba a qué cosa. Sí que me acuerdo de los nombres de algunos, sobre todo de los motes. Los nombres no se conocían. Al menos que yo sepa. Fehacientemente yo no he visto a nadie, pero, vamos, era algo de lo que se hablaba en voz baja, pero que [se hablaba]. En general eran tipos que se entrenaban, eran tíos de gimnasio y eran tíos, en casi todos los casos por lo menos, que hacían artes marciales o cosas parecidas. Lógicamente cuidaban mucho el físico. Eran una unidad de choque. En general, era gente muy dura, muy complicada, no se echaba atrás. Si te enfrentabas a ellos, o ganabas o andabas verdaderamente jodido. Eran tipos muy duros y entrenados. Yo, por ejemplo, he visto algún planning de ellos, de lo que hacían, de su actividad diaria. Y, por ejemplo, de nueve a una todo lo que tenía que ver con la cuestión física les ocupaba tres horas. Y la otra hora [restante], pues, yo qué sé, eran actividades de camaradería, de formación o cosas así. Es decir, que sí, sí, eran gente en general muy fuerte, muy preparada y, además, en muchos casos, con conocimientos de artes marciales y con conocimiento de manejo de armas y cosas de estas.»

Loic, alias el Francés, de la célebre Panda del Moco, de pijos malos, me habla de Búfalo: «Cuando yo tenía quince o dieciseis años, justo antes de montar la Panda del Moco, iba a Fuerza Joven, porque tenía ahí unos amigos y había una chavala que me gustaba. Y la sede estaba en Mejía Lequerica 8, al lado de Pachá. Era la casa de Blas Piñar, un notario que montó Fuerza Nueva. Y los de la Primera Línea de ahí eran Búfalo y Animal. Los usaba Blas Piñar para repartir hostias. Eran más mayores que yo [que nací en 1964]. En mi época eran malotes, eran tíos bastante valientes, ¿sabes? Eran grandotes, para la época eran grandotes, sí. Uno era rubito, muy fuerte. Y el otro era uno con barba, muy recio. Pero los dos eran buenos chavales». En mi investigación todos me hablan de Búfalo y su hermano, pero sólo como puertas de discoteca muy conocidos. El Carlitos [nombre falso]: «Estaban el Búfalo y el Mazinger. Esos aparecieron en la escena en un momento determinado. Esos venían

de ser porteros de unos garitos que había en Moncloa. Ten en cuenta la movida en Moncloa, que ahí estaban los Paradores [bares de la zona] y otros garitos. Y luego el Chanpandaz. Y estos estaban [en la zona] de porteros. Esos eran muy chungos, pero luego, muchas veces, la fama no correspondía realmente a la chunguez de la gente. Tenían bigote, así con pinta de Dum Dum Pacheco». También me habla de Búfalo el Coleta, conocido rapero: «Mi tío era portero y yo fui un día a su oficina y estaba ahí el Búfalo, con un sombrero como de vaquero». Por su parte, un informante anónimo de Barrio del Pilar me proporciona la imagen de Búfalo que ha permanecido en la retina del imaginario colectivo de las calles: «Anterior a los Miami me acuerdo que estaba el Búfalo. El Búfalo…, el cotarro de puertas y de todo lo llevaba él».

Gracias a un miembro de la Panda del Moco pude dar con Búfalo. Le llamé por teléfono y quedamos para comer en la zona del Retiro. Búfalo es un tipo afable y simpático, nada amenazador. Sin embargo, es una leyenda que conoce a todos los personajes más temidos y famosos, y, a su vez, es conocido por ellos. Yo primero estuve en Fuerza [Nueva] y de ahí tuve una movida con la directiva y me fui a Primera Línea de Falange». «[Fuerza Nueva] al principio estaba en Núñez de Balboa 31. Ahí nosotros teníamos un apartadito que era Fuerza Joven, en el segundo piso. Yo tendría quince o dieciseis años. Me metí ahí porque fui a un mitin de Alianza Popular donde había gente con pegatinas de Fuerza y, con un amigo mío que se llama Juan, decidimos meternos. Lo que hacíamos era ir a mítines, repartir panfletos, pegar carteles y cosas de esas. Durante mi militancia en Fuerza Joven, un poco antes de la bomba de California 47, se creó la “sección especial” donde yo estaba integrado, la “SE”. También hacíamos campamentos en Los Ángeles de San Rafael. Era en plan aventura, unos iban a acampar y otros iban a asaltar y quitar la bandera. Era bastante entretenido, y solía durar un fin de semana completo. Falange, al contrario de lo que suele pensar la gente, no es franquista, Fuerza Nueva sí. Luego, dentro de Falange estaban los José Antonianos, los Ramiristas, etcétera.»

Primera Línea originalmente fue la Guardia de Corps de Raimundo Fernández-Cuesta y de los diferentes y pocos jefes nacionales de Falange (me refiero a partir de los años ochenta). Durante esos

años, cuando había una manifestación, un mitin o un acontecimiento similar, los integrantes de Primera Línea se ocupaban de la seguridad del evento. Búfalo: «No hacíamos artes marciales, al menos en plan organización; cada uno luego hacía lo que fuese y quisiera.» Pregunto a Búfalo por la clase social de los miembros de Primera Línea: «Pues mira, el 80 por 100 de la militancia era de barrios populares. Y el resto de clase media.» Le comento la existencia de un Comando Mazinger en Fuerza Nueva: «Eso es como la Falange Negra Exterminadora. Eso salía en no sé qué libro como un grupo de acción extrema y muy violento y la realidad es que cogí un día en el metro e hice dos pintadas [donde ponía] Falange Negra Exterminadora, y otras tres más arriba y ya está. Me salieron esas palabras y dije: "Vamos a pintarlas."»

Búfalo recibió su mote cuando todavía militaba en Fuerza Joven. Al celebrarse manifestaciones izquierdistas, los miembros de Fuerza Joven se colocaban frente a los manifestantes para reventarlas. El primero en cargar como un búfalo siempre era él: «Nos preparábamos y yo solía salir el primero, y en cuanto llegaba a primera línea de la manifestación ya se había ido [casi todo el mundo]». Yo: «Si tú cogías a uno, le dabas un hostión.» Búfalo: «Claro, claro, claro. ¡Si los rojos ven a un tío corriendo hacia ellos, se vuelven locos! ¡No lo entienden! Y por si acaso empiezan a huir. Alguna vez se me ha quedado alguno [resistiendo]. Tú vas a una manifestación roja, ¿no? Y con que vayas ocho es suficiente, por uniformidad; uniformidad y echar pa'lante. Y salen todos corriendo, aunque sean 15.000. Normalmente no llevábamos armas, por si llegaba la Policía.» La CNT también tenía unos comités y grupos «que llamaba antifascistas» e iban a la «caza del facha». Solían ir por las zonas de Malasaña, Alonso Martínez y distrito de Justicia. Eran de la Joven Guardia Roja, de la CNT: «Entonces, nosotros también íbamos a la caza de esos, claro. Y nos sacaban hasta martillos los hijos de puta. [Un día] íbamos a pegar carteles en Tribunal y en eso apareció un viejo con 10 o 12, y vemos que los pavos nos rodean. Movida, claro.»

«Yo dejé Primera Línea cuando me casé, que yo tenía diecinueve; en el 81.» «En Falange había dos negros a finales de los setenta; estaban en Falange Juveniles. Con esto quiero decir que en la falange no éramos racistas, como se nos acusa»[4]. Búfalo se metió

a portero de discoteca tras divorciarse, en el año 1985 o 1986 «Mi exmujer me quería sacar dinero y en las puertas pagaban en negro. Empecé en un garito de Moncloa que se llamaba Mini. Eso abría de siete a diez de la noche. Ahora, entraban ahí 10.000 niñatos. Ahí éramos seis o siete, porque no veas con los niñatos... Luego estuve en el Tecnogenia y en varios más. En Amnesia, que estaba justo enfrente de la Torre Picasso, que la estaban construyendo en ese momento[5]. Eso ya era música bacalao, pero no bacalao tan machacón; el buen bacalao. Una vez trajeron unas bolsas con pastillas y no sabíamos lo que era eso. "¿Esto qué es?" "Vosotros id dando una a cada persona que entre." Pero, claro, también nos las comimos nosotros. Además, eran pastillas buenas, no como lo que venden ahora.»

«Yo iba al Radical y, después, cuando mataron a Joaquín, al portero, fui yo a poner orden[6]. Me llamaron a mí. Estábamos 20 de seguridad ahí. Lo que pasa es que no dábamos abasto. Eso tenía pasillos, pisos, ¿no? Iba yo andando y, de repente, veía a un tío que tenía cogido a otro del cuello. Y digo yo: "¿Qué pasa?" El tío que estaba así [cogido del cuello] me dice: "Que me está sirlando." Le estaba atracando. Era un caos. Ya cogí y dije: "A partir del próximo día –que ahí sólo abrían los domingos–, tolerancia cero. A la primera de cambio, hostiazo y a la calle". Era en plan, un tío sentado en la escalera: "Oye, levántate que no se puede estar aquí". [El otro]: "¿¡Eh!?" Pum, ¡fuera! Pim, pim, pim, pim. Al cabo de un mes al Radical sólo iban a divertirse.» «Yo conocí a un gitano que me decía: "Tío, aquí gano un millón de pesetas al día." Y yo: "Lo siento, pero no puedes pasar." Salían con recortadas. Era un infierno, no te puedes ni imaginar. Los gitanos eran los más normales, ahí iba cada uno… Aunque también iba gente normal.» «Llenábamos dos cajas grandes de cartón con cuchillos, hachas, navajas, puños americanos, cadenas con bolas de pinchos, etc.» «Referente a las acusaciones de que si los grupos de porteros eran los que llevaban el tráfico de drogas en las discotecas y que había luchas entre estos grupos por hacerse con él, aquí digo que todo es "mentira". Queda muy bonito en la prensa porque vende más, pero la realidad es que los porteros lo único que quieren es tener una noche tranquila sin movidas, para después irse a su casa a dormir y descansar para el día siguiente. ¿Que alguno se drogue?, lo admito, pero en la mayoría de los casos es como "yo, afirmo aquí". Para los

porteros es su trabajo y cuanto más tranquilos estén, mejor. Cuando un portero te corta en una puerta es porque los propietarios de esa sala le han dado unas directrices a seguir y este, como empleado de la misma, sólo las hace cumplir.» «Mucha gente usaba mi nombre. Un comisario decía que yo era el que metía las pastillas en una ciudad del norte de España y yo jamás he movido drogas. De hecho, había unas pastillas que se llamaban Búfalo; al parecer eran muy malas»[7].

Búfalo conoció a los Miami en el Radical. Antes de ser jefe de seguridad de la discoteca, se iba de fiesta: «Probé las pastillas [de éxtasis] y la cagué, porque me gustó demasiado, pero desde hace muchos años me dan miedo. Ahí conocí a los Miami. Los Miami nunca se han dedicado a las puertas. Eso lo dicen algunos puertas para que no se metan con ellos: "¡Yo soy de los Miami!" No señor. Los Miami iban a lo suyo, a sus coches, a sus negocios, que eran tiendas de ropa, gimnasios, tema inmobiliario, etc. Pero la realidad [es] que yo nunca les vi traficando con ningún tipo de drogas... Los Miami eran de la zona de Marqués de Zafra. Les llamaban los Miami porque se iban a Miami a traer Chevrolets. Si hubiesen ido a Orlando, les hubiesen llamado los Orlando.» «Yo recuerdo un día, de puerta en una discoteca, me viene una chica llorando, que los Miami han pegado a su novio y, voy para allá, me los encuentro y cuando les veo les pregunto si ellos eran los Miami y ellos, por supuesto, me responden riéndose que sí, pero que el novio de la chica se había pasado con una de las chicas que iban con ellos. Me di la vuelta y le dije a la chica –que a partir de ese momento dejó de hablarme–: "Perdóname, pero es que son amigos míos". Entonces no sabía ni que les llamaban los Miami.»

«Los Iraníes llevaban puertas, llevábamos nosotros… Pero nunca he visto en mi vida de portero de sala a ningún grupo de seguridad traficando con drogas; es más, me consta que el grupo que llamaban Iraníes, igual que nosotros y otros grupos de seguridad, si pillábamos a alguno de nuestra gente vendiendo o consumiendo les despedíamos inmediatamente. A los clientes que veíamos vendiendo, les tirábamos el producto por el retrete delante de ellos. A los reincidentes los entregábamos a la Policía.» «El B., de los Iraníes, era temido, pero era muy majete. El S. era algo más pequeño que él, pero más fuerte, pero también muy majete. Todos

[de los que habla la gente], si los conoces, son entrañables [risas] y gente de honor.»

En mitad de la entrevista Búfalo recibe una llamada con el manos libres activado. Alguien le habla de un «moro» que le debe dinero y quiere que Búfalo le busque a alguien para cobrar la deuda. Búfalo afirma estar ocupado y le dice que luego le devolverá la llamada. Cuelga: «Da 30.000 euros por cobrarle una pella de 250.000 que tiene un moro con él. 30.000 es una mierda. Yo [ese trabajo que me acaba de ofrecer sólo lo aceptaría a cambio de] 100.000. No te jode… Pero vamos, hace más de 25 años que no me dedico a los cobros. Se cobra hablando con él, ni levantar la voz, ni la mano.» «Yo monté una empresa de cobros, pero yo la monté antes de que se montase el Cobrador del Frac. Y yo creo que jamás he soltado un bofetón para cobrar algo. A lo mejor alguna vez he dado algún grito, ¿no? Antes de cobrar a alguien hay que hacer un pequeño estudio sobre el moroso, que ahora con internet está chupao.» «Hay un puñado de gente que se dedica a los cobros.» «La mayoría de la gente que conozco se ha dedicado a otras cosas [como el tráfico de drogas], cosa a la que yo nunca me he dedicado, aunque lo decía la gente.» En el mundo de las puertas, aunque no las busques, estas ofertas de trabajo brotan espontáneamente, me dice.

Según Búfalo, los vuelcos o robos de droga entre delincuentes comenzaron con las nuevas generaciones, porque antes había como más respeto entre ellos: «Y asesinatos ha habido muchos. Antiguamente, [los asesinatos] eran más por faltas de respeto. Ahora el respeto se la trae al pairo. Ahora lo que hacen es matar, pues eso, para quitarte tal, cual o lo que sea.» «Yo tuve dos [marrones legales] con drogas, en los que no era culpable. El primero fue que salí con una amiga de un after y me encontré con un amigo y le dije: “Oye, llévame a un hotel con esta [una amiga con la que estaba]”. Y según salimos con el coche, ¡pum! nos paran. Mi amigo llevaba 25 gramos y una báscula, y el listo no me dice nada, ¡si me lo llega a decir, ni me monto en el coche! Y me dice: “¿Me lo como yo?” [Es decir, ¿me como el paquete yo solo?] “Hombre, no voy a comérmelo yo, ¡que no es mío!” Pero los tres días en los calabozos te los comes. Obviamente en el juzgado nos soltaron, a la chica y a mí, sin cargos. Pero los días anteriores en los calabozos te los comes. Imagínate cómo estaba la chica, no la volví

a ver. La otra fue en una ciudad del norte de España al ir a ver a un amigo que era propietario de dos locales de copas y un restaurante que estaban de moda en esa ciudad. Yo era conocedor de que traficaba; grameaba para pagarse su vicio con las drogas [vendía pequeñas cantidades]. Y llegamos a su casa, comemos, y digo a mi amigo: "Oye, ponme un tirito." Para hacer la digestión, en Perú lo llaman digestivo. Y me dice: "No tengo." Y digo: "Pues qué putada." Y, de repente, me viene con una papelina de un cuarto de gramo: "Toma, mira, me he encontrado esto." Y digo: "Vale". Me pongo un tirito. Y me dice: "Vamos a por películas de vídeo." Eso fue en el siglo pasado. Y nada, salimos de su casa con tres películas y, de repente: "¡Carlos, Carlos, Carlos!" [nombre falso del amigo]. Por un lado, por el otro lado y por detrás de mí. Y sale uno y dice: "¡Policía!" Así temblándole la mano. Y digo: "Vale". Me coge uno de ellos, me mete en el coche y solo, sin Carlos, al cual meten en otro vehículo, nos dirigimos a la comisaría. Me sacaron lo que me quedaba del tiro [que me había puesto], algo irrisorio y un poco de costo. "¿Eso es pa hacer un pase?" Yo empecé a sonreír mirando hacia el suelo, para que no se molestasen. "Pues no", contesto. Al cabo de dos horas viene un pavo con una bandeja y dos botes de Colacao cerrados. Dice: "¿Sabes qué es esto?" "Pues dos botes de Colacao." Ellos: "¡Este es un listo, venga detenido!". Este mismo inspector fue detenido dos o tres años después por vender droga y extorsionar a los camellos para que vendiesen su droga –que es lo que le pasó a mi amigo y al negarse le detuvieron–. Ese amigo mío tuvo que vender todo e irse de la ciudad por culpa de la presión de este inspector. Personalmente conozco a muchos policías de alto rango, de medio y bajo, y gracias a Dios no se parecen en nada a este policía, que no era ni mediocre, era un mal policía. ¡¡¡Y en general la policía cumple normalmente con su deber!!! Estoy metido en el calabozo solo y en eso que entra Carlos. Le pregunto: "Tío, ¿qué ha pasado?" Dice: "Me han pillado 250 gramos en los botes de Colacao." Y yo: "Cabrón, ¿no decías que no tenías nada, que me has dado un cuartito?" Carlos miraba hacia el suelo, y me decía "ya…"» «Yo había leído en algún periódico que en no sé qué provincia de España habían detenido a una persona a la que le habían pillado con más, en papelinas, y dijo que lo había pillado todo junto y que tenía la pesa para asegurarse de que no le tangaban. Y le absolvió el Supremo. Dije: "Tío, pues haz esto." Llegamos al juzgado y hay una jueza novata, recién ascendida de un juzgado de distrito a uno de

instrucción. En el interrogatorio que hace, le explico lo que pasó, obviamente sin incriminar a mi amigo, y va la tía y me mete en la cárcel. Con dos cojones, ¿sabes? Con libertad con fianza de 100.000 pesetas Total, yo flipando. Cuando yo hablaba con ella me decía: "Vale, vale". Salgo del juzgado al pasillo y digo: "Buah, yo creo que sí, que obviamente sabe que le he dicho la verdad [salgo bien parado]…" [risas]. Al final me meten en la cárcel de ahí. Una vez ingresado en el centro penitenciario y pasado las revisiones médicas donde me dio un ataque de risa por el nerviosismo que tenía, me metieron en una de las celdas y, de repente, empieza la gente a asomarse por la ventanilla y oigo: "¡Que es el Búfalo!" Bueno, conocía a la mitad de la cárcel.» «Cuando vino una persona desde Madrid con 100.000 pesetas para pagar la fianza, me viene el del juzgado para que firme la orden de libertad. El funcionario me dice: "Pasa ahí a comunicaciones." Y paso por un patio que sólo había un tío. Y el tío se quedó así mirando [en plan chulo] y pienso: "Este gilipollas…" Y estando en comunicaciones cojo a uno de los presos y le pregunto: "¿Y este pollo quién es?" Y me dice: "Este es un etarra." Y digo: "¿Qué es un etarra? Ah, vale, vale…" Hablo con el secretario del juzgado y bum, bum, firmo, salgo y paso al lado del pavo. Y el tío mirándome con mucha chulería, como si él fuera Dios. Voy acercándome a él y le metí un hostión con la mano abierta que cayó sentado de culo. Mientras tanto, fui caminado hacia la puerta y se quedó sentado, ¿eh? Mirándome, [en plan]: "Este tío, ¿cómo se atreve?" Y digo: "¡Ala!, qué bien me he quedado…" A mi colega lo condenaron a cinco años, apeló y salió absuelto.»

«Resumiendo, siempre me he llevado bien con todo tipo de gente, dentro y fuera del ámbito de la seguridad; tengo amigos de todos los tipos, blancos, negros, amarillos y rojos. También de todos los ámbitos políticos, porque lo que sí he aprendido es que hay que ser tolerante, también en el ámbito sexual, si una mujer quiere estar con otra, pues que esté, y si es entre hombrecitos, pues también. Hay gente muy buena en todos los ámbitos. Y lo mejor es llevarse bien y convivir en paz y armonía. No como ahora, que lo único que quiere la clase política es dividirnos como en los años treinta. Me pregunto a veces si lo que quieren es que se organice otra guerra civil, porque si miramos en la historia, está pasando lo mismo que en el año 1935. Y lo peor es que algunos les hacen caso. Yo no soy

de extrema derecha, soy revolucionario y me voy adaptando a las necesidades y los cambios que se producen. En el tema de la noche, siempre me he llevado bien con todos, ellos me han respetado y yo les he respetado, e incluso he llegado a tener gran amistad con muchos de ellos, porque en realidad todos son buenísimas personas, sólo hay que conocerlos. No me arrepiento de ser amigo de ellos. Hablé con todo tipo de personas dentro de la farándula y nocturnidad. Porque siempre he preferido ser "querido a temido", supongo que por mi personalidad.»

Alberto, quien llevó la discoteca pija Jácara en los ochenta, me habla de Búfalo y Animal: «Búfalo y Animal eran más que de derechas, eran de ultraderecha. Eran, sí, de Primera Línea, eran… También se dedicaron al tema de la seguridad. Estaba el Búfalo. Son gente muy discreta, gente que ha vivido mucho, que ha tenido problemas con la justicia, ¿sabes? No, si como personas eran magníficas y lo son. Eran unos tíos honestos. No pegaban por pegar y, además, si había una persona débil, le ayudaban. A uno que era patoso sí le metían. Había muchos equipos de seguridad. Luego entraron los Iraníes, en otras discotecas más de noche. Los Iraníes eran tres. Uno de ellos está en la cárcel por matar a un tipo en una discoteca de la Puerta de Toledo. Eran un poquito más peligrosos. Iban siempre bien vestidos. [Ese tipo de gente] trabajaba en discotecas de pastilleros. [Los porteros les tenían miedo] porque eran malos, eran malotes, ¿sabes? Luego llegaron los Búlgaros, que ya tenían menos escrúpulos que nadie. Y también hubo movidas con puertas»[8].

Podríamos decir que estos grupos o clanes, especialmente el de los Búlgaros, operarían a modo de empresas ilegales con una jerarquía bien establecida, distribución de tareas y relaciones con miembros corruptos de la Policía. Dichas relaciones han sido probadas sobradamente[9]. Hablo con Máscara de Hierro, un pijo malo que prefiere permanecer en el anonimato: «[La gente de Primera Línea] eran los más antiguos. Eran porteros de discoteca y eran grupos que manejaban todo en Madrid. Lo que pasa es que, claro, poco a poco se quedaron pequeños, se casaron, tuvieron niños, y ya, tío, la gente es vulnerable. La gente lo sabe y la forma de hacerte daño es coger a uno de tus hijos. La gente sabe esas cosas.» «Yo me llevo muy bien con los Iraníes. He estado yo con ellos este verano y ya han salido

de la cárcel, están muy bien. Los Iraníes eran tíos que tenían muchos cojones. Uno de ellos era una bestia, tío, el S. El B. era el más mayor y el más inteligente. Los Iraníes eran una piña y empezaron a llevar todas las discotecas. Porque llegaban a las discotecas y echaban a [los puertas]: "¡La discoteca es mía!" Empezó ahí una pequeña guerra en Madrid por las puertas de las discotecas. Hasta que aparecieron los Búlgaros que se llevaron todas. Porque estaban entrenados militarmente. Tenías una reunión con ellos y aparecían 18 tíos con chalecos antibalas totalmente armados y tíos que tiraban pa'lante: "¡Que esto es mío, que esto es mío y que os vayáis!"»

Pregunto al boxeador Pablo Navascúes por los «malos» de su época: «Yo empecé en el gimnasio Barceló con dieciseis, siecisiete años. [Estaba en calle San Mateo en la zona de Tribunal], ahí fue donde empezó y luego de ahí se movió a [calle] O'Donnell, luego de O'Donnell a Entrevías y de Entrevías a Corazón de María.» Pregunto por el tipo de gente que iba al gimnasio: «Todo. Desde gente con mucha pasta hasta chavales de barrio… Había una mezcla increíble. Policías, traficantes, delincuentes, de todo. El dueño era José Valenciano y yo era el director. Currar, currar, currar.» Yo: «Y todos estos reportajes de Equipo de Investigación [en los que Navascúes aparece como cobrador de pellas, etc.]». Navascúes: «¡Mentira! Luego lo sacaron [que era mentira], pero lo sacaron así de pequeño [me hace un gesto con los dedos]: "Absuelto."» «En Madrid la peor mafia y los más malos son los policías. Porque lo controlan todo. Si hay alguno que quiera ser malo, o colabora con la policía en lo que ellos le digan, o a tomar por culo. [Aunque] tenemos una de las mejores policías que hay en el mundo. A mí me parece que son la polla. Tienen todos mis respetos. Pero antiguamente en la noche de Madrid parecía que había, eh, ponle entre comillas, "mafias" o tal, y, al fin y al cabo, no era nada. Era gente… yo no le veo ningún sentido. O sea, tú vas conmigo y: "¡Eres de la banda del Pablo!" Entonces, por juntarte con determinadas personas que tenían un nombre…» Yo vuelvo al tema de la Policía y él contesta: «La Policía no es mafiosa. Pero, realmente… Se decía "mafias de la noche"… Las mafias de noche siempre han sido controladas por la Policía.» Yo: «Y ¿cómo funcionaba eso?» Navascúes: «Pues, realmente, no te lo puedo decir, porque nunca he sido mafioso. Yo lo único que sé es que la Policía lo ha controlado mucho siempre. Y cuando se han

salido los pies del tiesto, ¡fuera!» Yo: «O sea, la Policía cobraba por eso...» Me responde con un tono de cierto mosqueo: «No… No pongas palabras [en mi boca]. La Policía no cobraba nada, la Policía cobraba un sueldo, porque son policías… La Policía hace muy bien su trabajo… Entonces, como estos "mafiosos" no eran mafiosos –porque, verdaderamente, en España yo creo que no ha habido mafia[10]– son cuatro tíos que ganan dinero y ya está. La Policía, no por dinero que cobre la Policía, sino por tratos con ellos para que les dijeran cosas [como informantes]... Al fin y al cabo, todo el mundo informaba.» Yo: «¿Sí? ¿Todo el mundo?» Navascúes: «Yo creo que sí, porque si no hay mafias en España, será por algo, es porque ellos han hecho bien su trabajo. Habrán sido informados y habrán hecho su trabajo.»

De este modo, la Policía dejaba hacer a cambio de información, pero cuando se daba algún suceso que atraía la atención de los medios, algún asesinato, alguna muerte u otro acontecimiento poco discreto, tiraba de la manta y el tinglado quedaba desarticulado. Digamos que la Policía y muchos delincuentes profesionales tienen una relación mucho más estrecha de lo que el ciudadano medio pueda suponer a primera vista.

Topo: «Yo he tenido tres garitos y yo he llegado a conocer el fenómeno [del control de las discotecas] muy superficialmente. Yo conocí, por ejemplo, cuando entraron los Búlgaros. Esos sé que no estaban conectados con nada políticamente y que entraron, pues, con mucha fuerza. Eran tíos muy duros que estaban dispuestos a todo. Estos [lo hacían] por dinero. Estos no tenían ningún tipo de convicción ni nada. Entraron a saco y empezaron a arrinconar a la gente que estaba controlando la noche y demás.» «Yo sé que los Iraníes controlaban una serie de sitios donde alguna vez íbamos. Yo cerraba muy tarde, sobre todo en el último garito que tuve… Pero había veces que, si no teníamos gente, cerraba a las cuatro y entonces nos íbamos a tomar alguna copa a un sitio que ya no me acuerdo ni cómo se llamaba… Un sitio que está por la Puerta de Toledo [el Friends de la plaza del Campillo del Nuevo Mundo]. Y yo allí sí que asistí a una pelea entre bandas por el control de la seguridad, una pelea bastante salvaje donde aparecieron machetes, cuchillos… cuchillos de cortar caña, vamos…, caña de azúcar te quiero decir… [risas]. Finalmente, no pasó nada y no recuerdo muy

bien por qué. Pero hubo un follón tremendo. Pero sí me acuerdo que unas fechas después, dos semanas o un mes, no lo sé, hubo un asesinato justamente ahí.»

Hablaremos ahora con Simeón, quien fue camarero del Áttica durante años y conoció de cerca a los Iraníes: «Un amigo me dijo: "Yo trabajo de camarero en Áttica y hace falta gente." Y empecé a trabajar al día siguiente. Pagaban 1.500 pesetas la hora y era fenomenal. Por las tardes había una sesión de críos, de seis de la tarde a diez y media de la noche. Luego se cerraba desde esa hora hasta las seis de la mañana y se volvía a abrir prácticamente sin horario de cierre. Había días que cerraba a las dos, tres, cuatro, cinco de la tarde. Como los dueños, Jose Cereceda y Álex, eran los mismos que los dueños de la discoteca Radical, sabían que cuando cerraba uno la gente se iba para el otro sitio, para el Radical de Alcalá de Henares.» «Luego, decidí pasarme a la noche porque me ganaba 14.000 pesetas en una noche y era plato de buen gusto. Al principio, como estaba cerca de Torrejón y San Fernando de Henares, había mucha música americana. Yo empecé en el 92. Cuando digo "de noche" significa que abría a las seis de la mañana.» «Cuando yo empecé ahí había absolutamente de todo, desde el currela hasta el más pijo. Hay que remarcar que era el 92 y un tío de Vallecas que se dedicaba a poner pladur se sacaba medio millón de pesetas al mes. El boom de la construcción [era entonces] … te puedes imaginar: Ford Escort RS Turbo, BMW, o sea, unos pedazo de coches de la leche. Las motos: CBR, Katana. Y gente loquísima, tomando de todo. Pero molaba, porque estaba el currela y la hija de Suárez, los Bordiú. Estaba Cris Lozano, un empresario de la noche, que entonces estaba con una modelo mexicana que se llama Jacquelin de la Vega; Marta Sánchez; Pocholo… Al DJ Cristian Varela lo llevaba yo todos los días desde avenida de América, que vivía allí, hasta Áttica. Allí han pinchado todos.»

Pero para que todos se divirtiesen en armonía hacía falta algo más, porque «a la gente no la convences con buenos consejos. El caso es que tenían a unos porteros americanos, unos negros grandotes; muchos de ellos habían trabajado en las discotecas de Torrejón. Y, bueno, macho, a mí me contaron los dueños que de un día para otro empezaron a venir los traviesos chicos iraníes y que, bueno, que ellos directamente se hacían cargo de la seguridad. Echaron a los

otros.» Yo comento: «O sea, que acojonaron a los negros y los echaron.» Simeón: «Sí, sí, sí. Yo te digo una cosa, con ellos [los Iraníes], sobre todo con B. y con S., [me llevaba bien]. Ellos se hacían cargo de la seguridad y de las pastillitas. No echaron a los dueños de Áttica, sino a los que estaban antes de seguridad. Antes Áttica era una discoteca de funky y cuando la base de Torrejón se fue convirtiendo en algo más residual y había menos americanos, lógicamente, cambió el tema de la música. Empezaron a poner gótico, industrial, y fue, básicamente, el origen de la electrónica aquí en los garitos de Madrid. Te ponían desde Psychedelic Furs, lógicamente, a los Depeche, The Cure, música industrial. También era muy raro ver ese ambiente y porteros americanos negrotes»[11]. «El cambio de porteros fue de un fin de semana a otro. No se oyó nada y estos negros no aparecieron más por ahí. No sé qué es lo que hicieron [los Iraníes]. Los Iraníes eran bastante famosos. De hecho, me decían: "Tú si algún día tienes un problema con alguien, tú dímelo, de verdad, que tú eres como mi hermano."»

El B. era el jefe y S. decía que era su sobrino: «También el B. decía que había sido el bodyguard del príncipe Carlos, el de Inglaterra, que había estado trabajando no sé cuántos años. Siempre decía esto. B. tendría unos treinta y cinco años [en realidad serían unos cuarenta].» «No tengo ni puta idea de cómo lograron echar a esos porteros negros tan grandes. Es parte del puzle que quiero completar dentro de mi vida, por curiosidad mía. Cuando estaban todos esos negratas que se ocupaban de la seguridad había un ambiente como más sano. Cuando llegaron los Iraníes, ellos se encargaban de todo lo que pasaba dentro tanto a nivel de seguridad como a nivel de tráfico. Pero la verdad es que las cosas funcionaban. ¿Por qué? Porque, macho, daban mucho, mucho miedo. Primero de todo, porque no eran de aquí y, bueno, su tarjeta de presentación fueron unas cuantas palizas en la puerta.» «Luego había movidas dentro y eran auténticas máquinas, auténticas máquinas de inmovilizar, de meterle a un tío una patada en la cara estando a menos de medio metro del tío.»

«Yo me llevaba muy bien con ellos, porque luego estos tíos estaban en todos los sitios. Estaban en Friends (en Puerta de Toledo), te los encontrabas en el Back Stage [en calle Jorge Juan], en absolutamente todos los sitios. Había veces que me los encontraba:

“¡Coño! ¡¿Qué tal?!”» En cada uno de los locales estaban unos 15 minutos, hacían su gestión y su control y se iban de ahí: «Ellos no tenían amigos, estaban entre ellos». «Los fines de semana estaban despiertos todo el rato para ir a todos los locales. Iban superpasados, no sé ni cómo podían hacer bien su trabajo; no sé ni cómo podían controlar, pero lo hacían. Primero iban a Áttica, luego a Radical.» «Eran fuertes, pero además sabían todo tipo de artes marciales y, luego, tengo que decirte que yo nunca les vi con un arma de fuego.» Mucha gente iba al Áttica, incluso aunque no le gustase la música, porque era un sitio muy agradable, sobre todo en verano: «A las ocho de la mañana ya había sol y aquello tenía una piscina y era bastante agradable. Aunque nadie se bañaba en la piscina. De hecho, si se bañaba alguien era motivo como de que estaba haciendo el payaso y venían los Iraníes a sacarle [risas].» «Al final de cada sesión hacíamos cola para que nos pagara el encargado, ¿sabes? Estábamos 15 o 20 minutos de risas. Hacían caja y luego iban pagando y tal. Y bueno, estamos esperando y yo, básicamente, me estaba riendo de uno de ellos y cogió el B. y, como de broma también, me metió una descarga [con una pistola táser] en la pierna que, macho, me dobló; con una táser de cercanía, con hilos. Que mi hermano se quedó… “B., ¿cómo haces eso, hijoputa?” Para él fue una broma, ¿sabes? Yo tampoco quise… organizar más drama [risas]. Luego conmigo siempre se portaban bien. Y, luego, me valió mucho en muchos sitios el conocerlos. Estos eran famosillos y muchas bakalatas y muchas camareras es que se los comían. Los tíos eran unos figuras con eso.»

Mucha gente andaba deshidratada por el consumo de pastillas y lo primero que hacía el local era cerrar los grifos del baño. Llegó un momento que llegaron a cerrar hasta las cisternas, donde la gente metía pajitas para poder beber: «Al principio eran únicamente estos dos iraníes. Estos dos primeros eran unos pijazos de cojones, pero unos pijazos. Luego entraron unos argentinos que parecían culturistas polacos, macho. Mucha gente decía que si los Iraníes tenían un acuerdo con los Miami, pero a ninguno de los Miami los vi nunca por Áttica y, ya te digo, que era un sitio muy golosito. Y, luego, como cinco años más tarde de conocerlos, sé que vino como una segunda hornada de iraníes, pero ya no eran patanegra como estos. Estos se veía que eran de familias buenas, que eran unos pijazos malos y que les había dado, macho, por hacer artes

marciales y que eran máquinas de matar. ¿Como los tipos malos que ves en las películas? Eran así, macho, era acojonante. Los iraníes nuevos que llegaron luego eran malos, pero ni la mitad que los otros, macho.» «B. me dijo que había tenido entrenamientos con el servicio secreto de Israel, el Mosad [probablemente B. se refiriese al Savak, el servicio de inteligencia del sha de Persia desde 1957 hasta 1979]. Ellos fueron los primeros que vi trabajando con pinganillos. Controlaban todo con unos pinganillos que no se veían casi. Yo le decía: "¿Y esto?" B: "Nada, esto lo hemos traído de no sé dónde." Y yo: "Joder macho, tenéis controlado todo". Y él: "Sí, sí, más de lo que crees."»

Tras el cierre del Áttica los Iraníes se dedicaron a controlar locales en la zona de Chueca, junto con el Friends. Digamos que su apogeo fue el Áttica y el Radical. Áttica lo cerraron por incumplir varias normativas legales, una de ellas era que el chalet había sido construido en suelo no urbanizable: «Al principio, la entrada en Áttica era más selectiva, pero al final ya entraban bakalas de Villaverde, de Villa de Vallecas, de no sé qué, y Áttica ya no era un sitio seguro, macho. El Áttica lo acabaron cerrando, porque no tenía licencia de apertura.» «A los Iraníes me los encontraba por ahí. Los vi en la puerta del Black & White, de Chueca. También me los encontré en el Back Stage, que en su día fue un teatro. El B. nos coló en la zona vip y parecía Aspen aquello. Parecía Aspen de la farlopa. Eso era espectacular, macho. Me dijo B. que me vendía un coche, el que yo quisiera. Estaba sacando pasta de otros modos. Esto sería 98, 99, 2000.»

Según la historia oficial, uno de los porteros del Friends murió cuando él y sus compañeros fueron atacados por los Iraníes, a los que estaban esperando con una pistola y armas diversas. Naturalmente, los Iraníes también iban armados. El origen de la disputa, según la prensa, fue la lucha por controlar la puerta del Friends[12]. Sin embargo, Búfalo no opina lo mismo: «El tiroteo [de la discoteca Friends] fue porque en el Back Stage uno que trabajaba para ellos fue a entrar y le quisieron cobrar, y dijo: "No, yo trabajo con B." Lo normal es que hay siempre una cortesía, si trabajas para uno o para otro. Siendo portero entras gratis. Y le dijeron: "¿Y qué? Tienes que pagar."» Yo: «Y eso era una falta de respeto total.» Búfalo: «Total. El B. era muy buena gente; es muy buena gente. Lo

que hacía normalmente B. era que llegaba al sitio y delante de todo el mundo daba [al portero descarriado] un bofetón con la mano abierta [a modo de humillación] y ya está. A él no le gustaban las movidas. Lo que pasa es que la cosa se fue de madre. Entre unos que tal, otros que cual… Bueno, [los porteros que estaban esperando en la puerta del Friends] iban con chalecos antibalas. El B. iba de garito en garito buscando al menda para darle un bofetón con la mano abierta. Y el otro no se quería dejar.»

La muerte violenta de uno de los porteros de la discoteca Friends tuvo lugar en mayo de 1999. El País del 11 de mayo habla de ello: «Un grupúsculo mafioso, la denominada banda de los Iraníes, fue el responsable del tiroteo que sacudió la discoteca Amnesia (antigua Friends). Así lo sostiene la Policía, que considera que esta banda se dedica, mediante la extorsión, a copar los puestos de seguridad de las discotecas, para controlar luego la venta de drogas de diseño (como el éxtasis) en su interior. En la noche del domingo, nueve integrantes de este grupo, fuertemente armados, acudieron a Amnesia para imponer sus reglas. Allí les esperaban ocho vigilantes. Uno apretó el gatillo y desencadenó un baño de sangre que acabó con un muerto y cuatro heridos. La Policía ha detenido a cuatro miembros del servicio de seguridad de la sala y a tres de la banda.»

---

[1] Iñaki Domínguez, Macarras interseculares, Madrid, Melusina, 2020.

[2] De hecho, según me contó un skin ultra en un famoso antro de mala muerte llamado La Senda, en calle General Pardiñas, existía una tensión importante entre los viejos fascistas y la gente del mundo skin. Me hablaba, por ejemplo, de la animadversión de Blas Piñas (líder nacional de Fuerza Nueva) hacia los grupos de skinheads neonazis. Por otra parte, a pesar de que yo he conocido gente culta e inteligente que pertenecía a grupos ultras, este factor del que habla el Topo es fundamental para entender el racismo y la xenofobia de estos grupos. De hecho, tales actitudes podríamos achacarlas casi enteramente a una postrerofobia: al terror a quedar últimos en la escala social. Digamos que muchas de estas personas son conscientes, o al menos intuyen, que su posición social y cultural es realmente baja y buscan desesperadamente chivos

expiatorios aún más «inferiores» que ellos en el gran entramado social. Y ¿quiénes son tales personas? Los últimos en llegar al amplio grupo social que la sociedad representa: inmigrantes y personas de otras razas. Esto mismo ocurre en Estados Unidos con figuras racistas como Charles Manson y la llamada white trash. Este fenómeno es universal. Recuerdo en Londres cómo mis amigos peruanos criticaban a los indios y gentes originarias de Bangladés como peores que ellos, o a un amigo que, siendo el hijo pequeño, recibía pequeñas amonestaciones de la mujer que limpiaba en su casa. Se trata de aquello que en inglés llaman pecking order y que viene a significar jerarquía. Por lo visto, en los gallineros las gallinas dominantes picotean (en inglés, peck) a otras gallinas que están por debajo de ellas en el orden social y, así, cada gallina tiene «derecho» a picotear sólo a aquellas otras inferiores. Dicho lo cual, los ejemplos humanos de los que he hablado representarían jerarquías artificiosas elaboradas por aquellos que objetivamente sienten ocupar la última posición en un grupo social concreto. Pocas cosas son más insufribles para un ser humano que ser «el último mono» y ser consciente de ello.

[3] Francisco Mercado, «La diáspora “ultra”», El País, 18 de noviembre de 1984.

[4] Siempre ha existido la leyenda urbana según la cual existía un negro nazi que tenía tatuado «Dios, perdóname por ser negro». Naturalmente, esto es un mito. No obstante, sí han existido negros y mulatos que han parado con neonazis e incluso han vestido como skins, porque era lo que había en el barrio. Un caso es el Moiche. Killer B, del que luego hablaremos, me dice lo siguiente: «El Moiche no era skin. Iba con fachas y decía: “Yo soy español, igual que tú. ¿No tengo derecho a ser facha?”»

[5] La Torre Picasso se construyó entre 1982 y 1988.

[6] Joaquín Manuel López Pérez fue asesinado a las tres de la madrugada del veinte de septiembre de 1999 por un joven de 20 años cuando regresaba a su casa en coche por la carretera de Barcelona. La víctima fue tiroteada desde otro coche. Por lo visto, el portero había intervenido para disolver una pelea entre dos grupos.

[7] Como hemos visto, suele decirse que Búfalo y los Primera Línea

movían droga en las puertas que controlaban, pero Búfalo lo niega. Es posible que algunos de Primera Línea si tuviesen vínculos con el tráfico pero no Búfalo.

[8] El 12 de enero de 2009, Catalin Stefan Cracion, miembro del Clan de los Búlgaros fue asesinado en la puerta de la discoteca Heaven, supuestamente por el miembro de un grupo rival.

[9] Pablo Herraiz, «Policías municipales a sueldo de Ivo el Búlgaro», El Mundo, 29 de mayo de 2018 [https://www.elmundo.es/madrid/2018/05/29/5b0c537aca4741e41b8b45f2.html].

[10] En España se ha hablado tradicionalmente de la Garduña, una supuesta sociedad secreta que operaría en el país y sus colonias desde el siglo

xv

hasta el

xix.

A pesar de su fama, su existencia ha sido discutida por distintos historiadores que cuestionan las fuentes que hacen referencia a ella.

[11] Un amigo me habla de un portero negro muy conocido y afable que se ponía a hacer dominadas en mitad de la pista del Áttica colgado de una especie de tubería.

[12] Luis Fernando Durán, «La Policía atribuye el tiroteo a una banda iraní dedicada a controlar locales para vender “éxtasis”», El País, 11 de mayo de 1999.

Capítulo XIII

Orígenes del macarra bakalaero

Psicódromo

El macarra tradicional de los setenta y ochenta «desaparece» con la llegada de las tribus urbanas, al menos como figura individualizada. El macarra es asimilado por estas nuevas identidades globales de consumo, muchas de las cuales son muy violentas. Si existe en España una tribu urbana proverbialmente macarra es la de los bakalas; una identidad, por otra parte, muy local, con unos rasgos autóctonos muy definidos, que varían incluso de ciudad a ciudad. Es, de hecho, este elemento autóctono lo que otorga, en gran medida, macarrismo al bakala.

Si a finales de los setenta y principios de los ochenta el macarra era encarnado por el típico personaje de cine quinqui, con sus pantalones vaqueros apretados y sus chaquetas vaqueras como los personajes de Navajeros (1980) o Colegas (1982), en los noventa el macarra paradigmático es el bakala. De la irrupción de este arquetipo hablaremos a continuación. Ser bakala era equivalente a ser de barrio, a ser malote y violento. Muchas de las tribus urbanas han tenido fama de violentas. De hecho, casi todas ellas se han caracterizado por su violencia: rockers, neonazis, raperos, bakalas, punks, etc. Pero los bakalas representan la tribu más macarra de todas las que han existido. De hecho, a sus filas fueron a parar aquellos que en otras épocas habrían sido considerados simples macarras.

El bakala es una mutación del neonazi que, según estimamos, surgió primero en Barcelona y que, luego, se extendió por otras partes de la geografía española, en cada ciudad con rasgos identitarios propios. Es, además, una identidad más autóctona que cualquiera de las demás. Los bakalas no son un simple calco de tribus urbanas aparecidas en países anglosajones. Por otro lado, estos bakalas (con k) no son representativos de la primera escena del bacalao

valenciano de los ochenta y primeros años noventa. De algún modo, estos nuevos bakalas se apropian la escena y la música de este fenómeno cultural imbuyéndolas de un nuevo espíritu mucho más agresivo y pendenciero.

Para empezar, tomaremos algunas citas de la obra de Joan Oleaque, especialista en la Ruta del Bacalao, su decadencia y los orígenes de la sucesora, la del Bakalao con k. Por suerte, además de leer su libro En éxtasis (2004), pude entrevistarle personalmente. Según él, la Valencia callejera de los setenta se dividía en «Progres y fachas; peras –o pijos– y garrulos –pandilleros–… en la prehistoria democrática había quedado establecido que estos eran los principales segmentos tribales y gregarios dentro de los cuales los postadolescentes podían camuflar su confusión individual. Los progres se concentraban en el barrio del Carmen para adorar a los cantautores, las borracheras rebeldes y los poemas; los fachas en el barrio de Cánovas, reunidos en torno a bandas delictivas derivadas de los Guerrilleros de Cristo Rey […][1]; los peras no tenían ideología real, aunque vestían igual que los fachas y aspiraban, como aquellos, a ser respetados y a procrear únicamente entre los de la propia especie, aunque no basaban sus aspiraciones en las peleas, sino en un aspecto clasista implacable que ya había nacido pasado de moda; los garrulos [entiéndase macarras], finalmente, eran los que dominaban las calles como si fuesen el Oeste americano, porque no eran capaces de dominar de ningún otro modo: eran los que pasaban de todo, porque todo pasaba de ellos… Los peras y los garrulos eran los grupos que más se hacían notar, y los que se repartían mayoritariamente las discotecas, tratando de no cruzarse los unos con los otros»[2]. Por entonces, en diversas ciudades del país tenía lugar una lucha de clases en las calles, entre pijos y macarras; una lucha aparentemente desideologizada, pero no carente de contenido político implícito.

Las mescalinas eran la droga de moda durante la primera Ruta. Se dice que eran unas cápsulas con MDA que empezaron a ser consumidas en torno a 1983. Te ponían de buen rollo, aunque estuvieses enfadado o fueses «la tía más antipática del mundo. Hacías amigos aunque no quisieses…». Eran llamadas mescalinas porque se creía que su contenido provenía del cactus San Pedro. Siendo MDA era, también, una sustancia psicodélica que podía

llegar a producir alucinaciones. Por lo visto, un químico de Barcelona era la fuente que nutría a los juerguistas valencianos. La Ruta original, pues, no era violenta en absoluto, sino más bien al contrario.

Hablo con Joan Oleaque: «El año 87 es cuando en Ibiza y el resto del mundo moderno estalla el acid house y empiezan a organizarse raves. Pero en Valencia, que en ese momento era punta de lanza underground masivo, este [estilo acid house y rave] no acaba de entrar, porque ya tiene una manera propia de hacer. Una serie de cosas que tienen que ver con guitarras, con techno muy primitivo. Eso acaba produciendo un cierre en sí mismo. Valencia se aparta tanto de la evolución estética como musical a nivel de discotecas. [A causa de] ese cierre [cultural], el acid acaba rápidamente consumido por sí mismo, y acaba banalizado, acaba convirtiéndose en algo bastante popular y populachero, y acaba inspirando música electrónica mucho más barata. Que esto ya existía, existía en Holanda, en Inglaterra… Pero aquí se adapta, se adapta a través de Barcelona. Ellos hacen una versión mucho más comercial de todo lo que pasa en Valencia y para otro tipo de público. Es decir, no tanto para alguien moderno, sino para aquel que no puede participar del rollo cool, que es más propio de Barcelona o más pijo. Y en discotecas como Psicódromo y otras por el estilo esto empieza a crecer. Entonces, discográficas que eran independientes y que hacían megamix basados en el funky, de lo que se pinchaba en la Costa Brava, dicen: "¡Ostras!, ¿aquí qué pasa?" Entonces, [algunos] DJ empiezan a hacer copias de esto que estamos hablando. Entonces nace el concepto de mákina.»

Se crea esta nomenclatura desde Cataluña, empleada por los medios mismos, y eso hace que se pinche música más comercial y más barata, hecho que modifica el tipo de gente que disfruta de ella: «Al principio en Valencia o tenías un conocimiento musical bastante fuerte o tenías una cabeza bastante abierta para entender que lo que ibas a escuchar ahí era algo que no ibas a escuchar en ninguna parte y que, te gustara o no, tenías que hacer como que te gustaba, porque era lo que tocaba. Ahí es cuando nace la perdición..»

«Garrulos [macarras] siempre ha habido…, pero, digamos, que esta gente iba ahí para ver qué pasaba y al final ellos se acabaron

adueñando del cotarro. Hasta el año 93 en Valencia las discotecas tienen color real, están muy bien. En el 93 empieza el rollo persecución mediática, de historias. Con el rollo de los medios que ponen a caldo el bacalao lo que se consigue es que cada día vaya más gente. Pero ¿qué tipo de gente? [risas]. Se convierte en algo masivo. Esto [último], como puedes imaginar, está relacionado con un cambio en el tipo de droga, que cada vez es peor, más barata y el consumo es más absurdo. Con lo cual, se crea una situación bastante mala. Siempre venía gente de Madrid, pero al principio eran artistas y músicos como Radio Futura. Y luego es el tipo de gente que tú has dicho [es decir: macarras].» «No porque la música de Chimo Bayo se hiciese muy popular; las discotecas punteras de aquí cambiaron el tipo de música. Fue por la masa de gente que empezó a acudir a esas salas, que era una masa que no estaba preparada para nada para un discurso vanguardista, de ninguna de las maneras humanas. [Las discotecas] se fueron adaptando a eso.» «Además, empezó a ser muy complicado traer música de Inglaterra, porque era muy cara, ¿vale? Y salía más barato traerla de otros países de Europa que hacían sonidos más comerciales, que encajaban con este rollo [de la mákina].»

Oleaque parece aquí adoptar un enfoque platónico a la hora de valorar la influencia de la música en la conducta humana. Como dijo el filósofo ático en su República: «La música es un arte educativo por excelencia, se inserta en el alma y forma en la virtud.» Dijo también: «La música es para el alma lo que la gimnasia para el cuerpo.» En Platón, como en los pitagóricos, la música educa y purifica el alma. Sólo que, al igual que puede formar en la virtud, una música inadecuada corrompe al ciudadano. Y esto es lo que al parecer ocurrió en la escena del bacalao según entiende Joan Oleaque. Para él, como para otros, la decadencia musical fue fundamental para explicar la «decadencia humana» que supuso el macarrismo bakalaero. Y a esta explicación podríamos añadir otra marxista, según la cual las clases menos pudientes se apropiaron materialmente de la escena de la noche electrónica, tanto valenciana como catalana, y la estética, a modo de superestructura, mutó, al tiempo que las conductas asociadas a dichas estéticas acabaron por ser más propias del mundo lumpen. Aunque estos fenómenos ocurriesen, de algún modo, simultáneamente en diversas zonas de la Península, el núcleo irradiador del macarrismo bakala

se extendería luego a otras zonas como Madrid.

Hablo de todo ello con Luis Costa, autor de ¡Bacalao! Historia oral de la música de baile en Valencia (2016): «Bueno, yo creo que coinciden varios elementos que [propician] una especie de tormenta perfecta, ¿vale? Por un lado, toda la generación que había empezado a salir en los años ochenta acude a los conciertos de toda esa época dorada de Valencia, cuando la ciudad lidera claramente la escena de música en directo de vanguardia en todo el país; acude a las discotecas para bailar y escuchar esa música en directo –[en lugares] como Isla, una discoteca para tres mil personas donde pincha David el Niño–. Esta escena es muy rica musicalmente, pero, cuando esta generación, a principios y mediados de los años noventa, deja de salir [por la edad], se ve reemplazada por una nueva generación mucho más joven, que no tiene este background musical, que no demanda ese tipo de música, sino que demanda una música cada vez más cañera. El bacalao en sí [de la primera Ruta] se puede llegar a entender como una música que mezcla guitarras con elementos percusivos cada vez más marcados y más duros, ¿no? Se acaba pasando del guitarreo a LM y al primer techno, el prototechno, y progresivamente se va pasando a una música más hardcore. Y ese hardcore cada vez se va acelerando más y lo que sucede es que discográficas de Valencia empiezan a hacer las copias de copias de copias de copias de ese hardcore con productores locales que realmente no conocen bien los medios de la producción, [porque] tienen poca experiencia y, al final, lo que acaban haciendo es una copia muy basta, muy burda de todo este hardcore. A su vez, empresarios de Valencia que acaban de surgir, publican en discos muchas veces con muy poca calidad. Y los propios dueños de discotecas están como metidos en medio de todo este proceso, [porque] tienen tratos con sellos discográficos que producen estas copias de cuarta de generación, vamos a llamarlo. Y eso hace que la escena se vaya empobreciendo a nivel musical, por un público cada vez más joven que quiere más caña y, a su vez, por las drogas que empiezan a circular [ya que] son de menor calidad, cada vez más adulteradas, y hacen que esta escena, en general, se vaya volviendo cada vez más oscura, más agresiva y más macarra»[3].

«Todo esto, además, coincide con la emisión del mítico y fatídico documental de Canal Plus en 1993 que se llama Hasta que el cuerpo

aguante. [Trata de un grupo de jóvenes] que van de Barcelona a Valencia para asistir al aniversario de [una discoteca]. La estética pasa a ser más la del skinhead: bómber, pelo corto, botas. Es una estética paramilitar, ¿no? Eso hace que todo sea más agresivo, ¿no?» De este modo, la cultura del bacalao es percibida por el gran público a través del filtro de un periodismo sensacionalista que empieza a hablar de la Ruta del Bakalao con k, cuando antes se había hablado, sencillamente, de bacalao con c para referirse a la música.

Le comento cómo Barcelona era uno de los grandes feudos del movimiento skin en España. Entre otras cosas, en 1981 publica su primer disco Decibelios, referente skin de la música peninsular: «A principios de los noventa sobre todo, hasta el 95, más o menos [había mucho skin en Barcelona]. De esto te podría hablar Nando Dixkontrol, que fue el DJ residente de Psicódromo, el segundo after que hubo en Barcelona. Duró un año y medio, así, más o menos, y al final de ese año y medio el público era cada vez más skinhead. Esto fue entre el 90 y el 91 [en realidad la discoteca abrió en 1989], porque para el 92 lo que quisieron hacer [las instituciones] fue cerrar todos los afters para lavarle un poco la cara a la ciudad de cara a las Olimpiadas del 92».

Nando Dixkontrol, DJ catalán que pinchaba en el KGB, visitó la ruta valenciana y, totalmente conmocionado tras la experiencia, fomentó formas similares de diversión y ocio, sólo que de acuerdo con un enfoque más extremo. La música que servía de base a esta nueva forma de entender la fiesta era la mákina: una música electrónica reminiscente del «antiguo sonido de la música industrial». Parece que el viraje hacia el bakalao como música agresiva diseñada para consumidores macarras tiene lugar en Cataluña, más concretamente en la discoteca Psicódromo; aunque los focos de difusión de este nuevo fenómeno cultural, naturalmente, fuesen varios, Psicódromo fue, probablemente, el más importante.

Según Joan Oleaque, Barcelona es una ciudad eminentemente clasista, en la que la «fiesta» se sustenta en la segregación; en la distinción de clase. De este modo, la escena en Barcelona no podía ser «interclasista», como sí ocurría en Valencia[4]. Los hijos de inmigrantes venidos a Barcelona desde otras regiones de la

Península, que vivían en el extrarradio (que llegaban a Piscódromo desde barrios como Cornellá y Hospitalet), hicieron suyo este estilo musical más agresivo, a través del cual canalizaban sus energías y frustraciones. Según dice Oleaque: «En Cataluña, pandillas pseudoskins se involucrarían en las batallas por el control del tráfico de drogas en algunas discotecas salvajes». Digamos que, en estos años, Nando Dixkontrol y otros trajeron las calles a la escena bakalao, que se contagió de macarrismo. Lamentablemente, en lugar de lograr canalizar adecuadamente la agresividad latente de los habitantes del extrarradio a través de la música, fueron esa misma agresividad y violencia las que ganaron la batalla, apropiándose y dominando ese mundo estético. La figura del macarra, pues, logra sobrevivir a una potencial domesticación a través del hedonismo y surge una nueva síntesis del arquetipo macarra: la figura del bakalaero malote o el makineto, que proliferará y se expandirá por toda la Península Ibérica durante la década de los años noventa; pasando, más adelante, a mutar en identidades como la del pokero, el choni o el metrosexual.

Las fuentes de la identidad bakala eran, sin embargo, varias. La estética del bakala halla su germen en elementos heterogéneos del cyberpunk, «que mezclaba uniformes futuristas paramilitares con pantalones de camuflaje y referencias estéticas a la película Blade Runner, y que se había extendido entre los clientes de Psicódromo». El propio Nando Dixkontrol vestía a modo cyberpunk –como contrapartida visual al futurismo de su propuesta musical–, y muchos le imitaban. Fue por entonces, en torno al año 1990, cuando empezaron a llegar a Psicódromo miembros de peñas futboleras neonazis, al ser «el único lugar donde dejaban entrar a gente que vestía de manera paramilitar». La discoteca, por otra parte, estaba decorada como si fuese una especie de mazmorra medieval, algo que añadía oscuridad y violencia al ecosistema estético que esta representaba. Dice Dixkontrol que: «La peña se tiraba al suelo, daba puñetazos en las paredes y acababa reventada.» Los nazis, por entonces, comenzaron a hacerse con el control del éxtasis o a operar como guardaespaldas de camellos. Estos serían aquellos elementos que vendrían a ser conocidos como los nacional bakaladeros; muchos de los cuales eran miembros de las Brigadas Blanquiazules. Los bakalas maquineros decían «¡Toma! ¡Toma!¡Toma!», por lo que los veteranos de la Ruta los llamaban los

«tomateros»[5].

Hablo con Pepebilly, DJ de Psicódromo: «Mis padres son de Albacete, pero yo soy de Barcelona. Yo soy de Mayo del 68. El nombre Pepebilly surge de lo siguiente…, yo, cuando empecé a pinchar en el 666, allá por el 88 aproximadamente, yo pertenecía a una tribu urbana que eran conocidos como los psychobillies. ¿Qué pasó? Pues que cuando yo empecé a trabajar con Nando Dixkontrol en el Psicódromo, él me empezó a presentar a sus amigos, a cada cual más colgado, ¿vale? Y Nando lo dijo literalmente así: "Este es Pepe y es psychobilly." Y a partir de ahí con el cachondeo… se quedó Pepebilly.»

Le pregunto si el corte de pelo psychobilly, que él mismo lucía en su momento, tuvo algo que ver con el corte de pelo cenicero o la famosa corona del típico bakala macarra: «Si te soy sincero, no creo que tenga que ver con esto, aunque sí que tiene similitud, eso sí que es cierto. Éramos unos cuantos que llevábamos el [corte de pelo psychobilly].» «Yo al principio no era nada, era el típico que está buscando su identidad y no tiene muy claro hacia dónde tirar, ¿vale? Yo empecé yendo a una discoteca de góticos donde ponían un poquito de todo, pero que era diferente. Al final me decanté por [el psychobilly]. Nosotros nos considerábamos modernillos, como la gente de la Movida madrileña, que no era definible. Me hice psychobilly cuando volví de la mili en el 88.» «Yo era camarero en la discoteca 666 y ahí hice amistad con el DJ. Cuando volví de la mili me dijo: "¿Sabes poner un disco?" Y dije: "No, no." Y él contestó: "Pues yo te enseño, porque el sábado empiezas a pinchar, chato". Así me metieron. Me pagaban 4.500 pesetas de la época todo el fin de semana. Viernes tarde, viernes noche, sábado tarde, sábado noche, domingo tarde.» «El 666 era un local que tenía cuatro plantas. La cuarta era como de almacén, donde vivía el encargado también.»

Cuando cerró el 666, su dueño montó el Psicódromo: «[El dueño] era miembro de un grupo de rock catalá de la época y se llamaba Christof.» Christof quiso dar continuidad a la tradición y estilo del 666 y contactó a Nando Dixkontrol, que entonces pinchaba en el KGB. Entre ambos fundaron el Psicódromo. También tuvo algo que ver un tal José Antonio, también conocido como el Facha, el

antiguo DJ del 666 y la mano derecha de Christof. Él pasó a ser el encargado de la sala. Pepebilly: «Yo en el Psicódromo empecé como el de las luces, pero Nando siempre me trató como si fuese el otro DJ. Y me empezó a enseñar ahí. Nando es un bendito loco, o sea, es un tío que está zumbado, pero en un sentido sano, ¿vale? Pero tenía las ideas muy claras y es una de las personas más inteligentes que he conocido en mi vida. Era listo, sabía lo que tenía que hacer y le gustaba mucho el teatro. Él siempre me lo decía: "Este trabajo es 50 por 100 teatro, 50 por 100 técnica".» «Le saltaba una aguja y ¿él qué hacía? Lo típico que haces es que te agachas, te haces chiquitito para que no te vean, cambias el disco y ya está. Él paraba la música, quitaba el disco, lo estampaba contra la pared, la gente se giraba y de lo que podía parecer un error sacaba una ovación, lo aplaudían.»

Dice Pepebilly que la mákina no existía antes de Nando Dixkontrol: «El sonido mákina lo creó él.» Pepe me explica qué es la mákina: «Si yo pincho, por ejemplo, los Armageddon Dildos, que es un grupo de EBM, y luego te pongo uno de estilo new beat y luego te pongo uno que sea de hip house y después una guitarra blanca. Si tú pones todo eso en una sesión, no tiene sentido en un principio. Pero si lo haces de cierta manera, ¿vale? Metes una guitarra y una base encima y parece que estás haciendo una versión diferente, al final la atmósfera que se crea es una atmósfera única. Es algo parecido a lo que pasó en Ibiza, donde se creó, con el mismo disco que tenía todo Cristo, una atmósfera única por cómo se ponía, cómo se mezclaba, cómo se fusionaba todo. Entonces, ¡eso es lo que hizo Nando! Con unos discos que tenía todo Cristo, él los elegía y mezclaba de tal manera que [creaba un estilo nuevo]. Al final, los productores y las discográficas empezaron a sacar temas basándose en lo que él creaba ahí. Las producciones se fueron acercando, poco a poco, a la sensación que él creaba con los discos [en Psicódromo]. Y de ahí salió la mákina. Sin ser productor, Nando creó el movimiento este, la esencia esta. No fue el primer productor que hizo mákina, pero sí creó ese movimiento a través de sus sesiones. Nando incrementaba el sonido de la música en sus sesiones, la velocidad fue variando...; había discos que iban mucho más rápidos, otros que iban mucho más lentos [en sus sesiones]. Sí, nos gustaba subir un poco el pitch [la velocidad]».

Le pregunto por su relación con Valencia: «Pues si nosotros nos pasábamos todo el fin de semana currando, ¿a donde nos íbamos de fiesta? No teníamos ningún sitio dónde ir, entonces, ¿qué hacíamos? Los domingos por la tarde terminábamos, cogíamos el coche y zumbando nos íbamos a lo que estaba abierto, que era el ACTV de Valencia. Las pastillas [de éxtasis] eran las primeras, y, al ser las primeras que había, eran indudablemente mejores. Eran más caras, pero te digo una cosa… en aquella época te comías una y te duraba un fin de semana. Con el paso [de los años] necesitabas cuatro o cinco para un fin de semana. ¿Eran más caras? Yo diría que no. Y te digo una cosa, en aquella época se disfrutaba de ellas más en abierto, porque la Policía no sabía qué era aquello. Yo he visto a un amigo mío que tenía un botecito de esos donde se guardaban los negativos de las películas con seis o siete pastillas guardadas. Y llegar la Policía, registrarle el coche, abrirle el bote y decir: "¿Esto qué es?" Y el tío decir: "Pastillas para cantar, porque yo canto" [risas]. Coger una, metérsela en la boca, cerrar el bote y ponerse a cantar una jota al policía... Y el policía mirándolo como contento y decirle: "Puede usted seguir." Y, claro, el otro pilló un castañazo que no veas [carcajada]. La Policía de entonces, los pobres no estaban [informados]. Cuando se dice que la Policía no es tonta es cierto, la Policía va aprendiendo con el tiempo, pero al principio [el éxtasis] era una novedad que la gente, pues, les llevaba la delantera.»

Una vez la escena del bakalao empieza a masificarse, atrae a miembros de las peñas de fútbol, empiezan a llegar los skinheads, junto con otros elementos que se hibridan para dar a luz el makineto o el bakala malo: «Hay gente que por miedo a los skinheads deja de venir, pero es muy poca, y hay gente que por el miedo a los skinheads (hay que decirlo así de claro) se alía con ellos. Entonces, al aliarse con ellos, ¿qué hacen? Adoptan su estética y adoptan su agresividad. En algunos casos…, porque no todos los skinheads son malos, ni de lejos. Pero... molaba ser el malote. Y, entonces, a veces la discoteca estaba llena de malotes. Y luego, claro, a ver quién es el más malo de todos... Unos se pican con otros y pasa lo que pasa. Eso empezó a pasar al cabo de unos años. El Psicódromo duró un año y medio, y ya empezaron a haber skinheads al final. Luego las siguientes salas que abrieron se empezaron a encontrar con este, vamos a decirlo así,

problema.» Los ultras que iban a Psicódromo eran tanto Boixos Nois como ultras del Espanyol: «Yo me llevaba bien con ellos. Muchos de ellos eran colegas míos. Una persona, por muy agresiva que sea, a menos que sea un loco, si tú la tratas bien y con respeto, va a mostrar el mismo respeto. Si tú te vas de fiesta y lo tratas como un igual, porque a fin de cuentas eres un igual, dicen: "Mira, este es DJ pero no va de subido." Algunos han ido de subidos y esos sí que han recibido. Yo recuerdo que Nando no caía bien en según qué sectores. Como mucha gente lo idolatraba, daba la sensación de que estaba muy subido él. Yo recuerdo una vez, en una discoteca, que Nando se metió a separar en una pelea y uno de ellos se giró: "¡Ah, que eres tú!" Y le dio una hostia a él.» Muchas veces las peleas eran en el parking, puesto que fuera del local la discoteca no tenía potestad para hacer nada.

«Psicódromo cerró porque no convenía. Era una discoteca que no estaba dando muy buena fama para según quién... Y, como estaban llegando las olimpiadas, no interesaba aquello. "Esa no es la imagen que queremos dar de Barcelona al extranjero." ¡Cuando es la real! Se buscaron la manera de [acabar con Psicódromo]. El detonante fue la acumulación de multas por ruido, ¡aunque no era cierto! Se las ingeniaron para cerrarlo porque no interesaba. Estaba en Poblenou, por la calle Almogàvers, justo antes de llegar al Puente de Marina. Mirando desde dentro hacia la calle Almogàvers, a la derecha había unas vías, que era donde estaba la salida de emergencia; arriba no había vecinos; abajo no había vecinos; a la izquierda teníamos una fábrica, y en frente no había un edificio de vecinos. Y por detrás dábamos a otra calle.»

En esa época en Poblenou, hoy una zona gentrificada, estaban ubicadas casi todas las empresas de transporte. De hecho, el Psicódromo y el Bóveda, otro local que había por la zona, sirvieron de detonantes para fomentar la llegada de gente al barrio[6]. Psicódromo era un espacio diáfano, totalmente abierto, en el que había varias columnas. Con anterioridad había sido un taller de muebles: «Nosotros tiramos abajo todas las paredes, menos las columnas. Lo que hicimos fue pintarlo de negro y, con trozos de cartón y un motor compresor que tiraba pintura de color plata, hicimos líneas horizontales como si fuesen ladrillos muy gordos (de dos palmos de alto y de ancho). Entonces, parecía un castillo por

dentro. Había poquitas luces, estaba bastante oscuro y, claro, eso te daba cierta intimidad. Tú ya te puedes imaginar para qué...»

El estilo más habitual a la hora de vestir era la bómber con vaqueros y Martens: «Yo he llegado con un mono militar allí o con pantalón de camuflaje. Me acuerdo que al principio de salir el famoso chándal del Ejército que luego llevaron los yonquis, al principio lo llevábamos. Aquel que era todo verde y tenía la banderita de España que iba desde la rodilla hasta abajo y en la parte de la rodilla hacía como un medio círculo por detrás de la pierna, ¿sabes? Cuando salió [ese chándal] al principio [era]: "Ah, qué chulo es el chándal este." Hasta que empezaron a llevarlo hasta los yonquis. Entonces, ahí ya no molaba llevarlo. Era un chándal [oficial] del Ejército español.» En Barcelona no se llevaba el Pedro Gómez: «El plumón [Pedro Goméz], como aquí lo llamamos, no se veía de esta manera. Había algunos que sí, ¿vale? Pero no, no. Digamos que aquí con el clima mediterráneo no hacía falta tanto [plumífero]. El Pedro Gómez no era una seña de identidad aquí en Barcelona.»

Sobre los más malos de la escena del Psicódromo: «Siempre se hablaba de la peña de lo que se llama el Sortidor, ¿sabes? Era una peña de una especie de barrio que llamaban el Sortidor [en Poble-Sec]; y luego estaba la peña de la Verneda [cerca de La Mina], de quien se decía que eran chungos. Yo no tuve nunca problemas con ninguno de ellos. Yo les trataba bien y ellos me trataban bien. Éramos colegas. Nunca robaron delante mío. Todo lo que se les achacaba que hacían... yo no lo niego, que lo hiciesen o no lo hiciesen, pero yo jamás lo vi. Había gente, según dicen, bastante peligrosa»[7].

Sobre si la mákina es la base de toda la violencia que surgió posteriormente, me dice: «¿En serio creemos que la música tiene la culpa del comportamiento de algunas personas? ¿No será que esas personas decidieron meterse en ese mundillo? En los ochenta siempre asociábamos que al que le gustaban las rumbas, aquel seguramente era un malote y llevaba una navaja, ¡seguro! ¿Por qué? Porque era lo que habíamos vivido. En los barrios de gitanos se escuchaba eso, aunque los pobres gitanos no es que tengan la culpa, ¿vale? Pero es lo que se decía; los quinquis, como se les llamaba en

aquella época (con el tema del Torete y todo aquello). Pero eso no quería decir que el que escuchase rumba fuese malo, pero se les puso esa etiqueta. Con la mákina pasó lo mismo, pasó exactamente igual. Le estaban echando la culpa a la mákina del comportamiento de ciertas personas, ¡nada más!»

Me habla de Badalona cuando él era niño, a finales de los setenta y principios de los ochenta: «Bueno, el Torete salió de allí. El Torete era del barrio de Pomar, el barrio de Pomar era donde vivía mi tía. Luego, el barrio de San Roque, otro "gran barrio" (diciéndolo, así, con ironía) estaba justo debajo del mío. Yo me pegaba siempre pedradas con los de allí. Yo me crie en el barrio de Llefià. Cuando veíamos las pelis del Torete y veíamos las calles en las que salía, decíamos: "Coño, pero si ahí vive mi tía." En la zona se hablaba de uno que era el Mono, que sería por la cara que tenía que lo podía parecer un poco [risas]; era el quinqui del barrio.» «En Barcelona había barrios en los que no podías entrar, porque si te veían que eras un desconocido, bueno, te arriesgabas a saber qué es lo que pasaba allí. Entonces, solo no podías entrar nunca. Nosotros, cuando queríamos darnos una vueltecita e irnos desde Badalona hasta la plaza de Catalunya, que era un buen trozo andando, esquivábamos según qué barrios. Podíamos andar por San Adrián, pero no podíamos andar por Artigas; teníamos que esquivar la Catalana, lo que tú llamas La Mina. Había distintos barrios en los que no queríamos entrar, precisamente para evitar problemas. La gente lo consideraba una invasión: "¿Tú qué haces aquí? Este no es tu barrio, ¡pírate!" Era bastante sectario aquello, sí, sí. No eran guetos, pero la gente era muy territorial.»

La olimpiada trajo muchas cosas a Barcelona, dinero e infraestructuras que cambiaron la ciudad, «pero a mí me jodieron vivo, porque prohibieron los afterhours. Y me quitaron la mitad de mi trabajo. Yo pinchaba por las noches y pinchaba de after. Quisieron mostrar una Barcelona diferente. Viene a ser como hacer unas olimpiadas en Río de Janeiro, pero ocultando que existen las fabelas. Yo creo que fue una vergüenza, quisieron aparentar lo que no era, y, por desgracia, les salió bien.» «Pero la energía no se destruye, se transforma», y aquí ocurre algo determinante para la identidad makineta: «Si en Barcelona cierras todo, pues empezaron a abrir discotecas fuera de Barcelona». Le pregunto dónde:

«¡¿Dónde?! En Ódena, al lado de Igualada salió Scorpia, otra en Tarrasa, otra discoteca en Girona. La gente se acostumbró a coger el coche... La Florida 135 empezó a funcionar muy bien. Estas discotecas empezaron a acoger a todo el público que no podía salir en Barcelona. Mucha gente empezó a salir hacia las afueras. Al ayuntamiento de Barcelona ya le parecía bien, ya no les pertenecía a ellos el problema». «Eso fue un boom del bakalao de extrarradio», cometo. «Claro, la gente del extrarradio, en vez de ir a Barcelona, lo que hizo fue tener en su propio extrarradio el boom del bakalao. Y ¿qué es lo que ocurrió? Que los bakalaeros estos aumentaron, se multiplicaron por diez. Porque si de un barrio chungo de Sabadell venían [al Psicódromo] cuatro personas, si de repente en Sabadell te montaban una discoteca, hostia, lo tenía al alcance de la mano mucha más gente. Y aquello influenciaba a mucha más gente, y ya no eran 10 de Sabadell, sino 300. "Y yo quiero ser como el malote ese y me visto igual y actúo igual".»

Algo similar ocurría en Valencia. Joan Oleaque es de Catarroja, del mismo pueblo que Antonio Anglés, famoso psicópata asesino conocido por el caso Alcàsser. Aunque Anglés fuese un ejemplar extremo, la delincuencia era bastante común en pueblos del estilo de Catarroja, cercanos a la gran ciudad y de los cuales surgieron muchos de los bakalaeros que sirvieron de base al arquetipo definitivo del nuevo macarra de los noventa. Es bien sabido que, en zonas de provincias, jóvenes de diversas poblaciones pertenecientes a la misma región cogen el coche para salir de fiesta de discoteca en discoteca, algunas de las cuales fueron templos de la mákina. Joan Oleaque: «Catarroja no era un nido [de delincuentes], pero, como muchos otros pueblos… eran pueblos que no estaban preparados para tanta carga de gente y desde el desarrollismo franquista y años posteriores comenzó a llegar muchísima migración; inmigración española. Estos pueblos crecieron de una manera muy poco ordenada, porque no estaban preparados para esto. Entonces, la gente que tenía menos recursos acabó siempre en pueblos de este estilo. Pueblos que serían un poco… no sé… Están muy cerca de Valencia. Sería como pseudozona metropolitana, para entendernos. Estaba cerca de la ciudad, pero era pueblo, con precios de pueblo, con viviendas de pueblo, etc. Es por esto que había mucha gente que no tenía nada. Tú piensa que los años de la Transición y los primeros ochenta fueron muy heavys a nivel económico. Eran los

años cuando empezaron los atracos a bancos. Gente que no tenía nada…, había núcleos de gente que se dedicaba a ese tipo de posibilidades [criminales]. En estos pueblos, que no sólo Catarroja, pues hubo mucha gente de este estilo. Mucha gente en relación a los parámetros actuales. Entre las películas de cine quinqui, entre que eso estaba más o menos a la orden del día, entre que empezaba la normalización de la heroína y los estragos que causaba… En aquella época se asumía. Eran las partes que tenía el desarrollo de un país, ¿sabes? En Catarroja eran conocidos uno al que llamaban el Moco, el Indio. Anglés y sus amigos se juntaban en la plaza de la Región, una plaza al uso; en unos futbolines que se llamaban Chicago.»

Se suele pensar que los after de la época eran un nido de skins, de neonazis, pero, según Pepe, eso no es cierto: «Había de todo. Había de todos los colores. Pero si diez personas van andando por la calle y uno grita, sólo ves al que grita, ¿no? Pues los que hacían ruido eran los otros [los skins][8]. El Psicódromo era un after. Tenía una sesión de doce de la noche a cinco de la madrugada y a las seis de la mañana se abría el after, y era hasta las doce del mediodía. Esa hora [entre sesiones] se cerraba y se limpiaba. Y ¿qué pasaba? Tú imagínate una sesión del viernes noche, hacíamos el after y luego volvíamos sábado tarde. A las cinco de la tarde teníamos que estar ahí para abrir a las seis. Ahí es cuando aprovechábamos para dormir un poco. Pero es que luego hacíamos tarde, noche [del sábado] y after [el domingo]. Luego domingo por la tarde y ACTV por la noche [del domingo, ya en Valencia ciudad]. Pues imagínate cómo acabábamos»[9].

El periodista Toni Rubies nos trae de vuelta al Psicódromo: «Había góticos, pelaos, pijos fiesteros, no era un sitio especialmente de macarras. Los pelaos estuvieron desde el principio. Los pelaos iban a donde iban los góticos para pegarles. Los pelaos en Barcelona iban de caza e iban ahí donde querían encontrar punks o góticos para pegarles. En el principio, en el Psicódromo ya había problemas, igual que en el Verdi, que es otra discoteca célebre que iba en una línea similar. La gente del Verdi luego se iba al Psicódromo. Y los pelaos en el Verdi la liaban y luego también en el Psicódromo. Yo la primera vez que fui en el año 91 ya me encontré en la puerta un cartel bien visible que decía: “No se permite el acceso a personas con indumentaria paramilitar.” Esto ocurrió porque habían

acontecido episodios de violencia. Pero el ambiente era de buen rollo generalizado.»

«El nombre de Psicódromo es un nombre que Nando Dixckontrol cogió de un cómic, que por lo visto en ese cómic había una sala para experimentar con monos que se llamaba Psicódromo. Es decir, el concepto de sala de experimentación con monos… Tú metes a humanos en una sala oscura con música potente, vanguardista, los drogas o se drogan ellos, pues a ver qué pasa. Ahí está el experimento: Psicódromo. Nando dijo: "Esta experimentación la vamos a hacer igual, pero con humanos".»

«La cosa luego adquirió unos tintes ya que yo dejé de ir a estos sitios. Empezó el makineo. Era más agresiva la forma de bailar, se llevaba el consumo de drogas al exceso. Si a eso le añades la masificación, pues todo se pervierte y se pierde la esencia. Y esos pelaos, en realidad, se distribuían por toda la costa catalana, la Ciudad Condal, Hospitalet y el extrarradio.» «Las Brigadas Blanquiazules eran ultras del Espanyol que eran skins nazis, fachas. Y los skins fachas eran los que iban al Verdi, al Psicódromo y, como sabían que no les dejarían entrar, se esperaban en la puerta para que cuando saliera la gente, que ellos identificaban como potenciales víctimas, le pegaban y le quitaban las drogas que llevaba encima. A mí me contaron historias de palizas en la calle, de gente escondida debajo de los coches. Era todo como muy dantesco. Eran episodios que se producían con reiteración los fines de semana, pero no era algo especialmente visible o notorio. Yo dejé de ir a estos sitios luego, porque sí les dejaban entrar, pero en el Psicódromo no les dejaban entrar.» «Era una época en la que estaba de moda [ser skin]. Había muchos pijos que se hacían nazis para ir de machotes. Los verdaderos, los auténticos, eran muy pocos. Del núcleo duro de las Brigadas Blanquiazules en los ochenta y noventa igual eran 200, aunque en total serían 500, pero 300 eran unos pringaos que imitaban a los mayores.»

Gracias a una amiga pude entrevistar al que fue portero del Scorpia durante un tiempo: «Scorpia al principio era como una macrodiscoteca, que estaba el salón de bodas donde todo el mundo de Igualada se casaba; luego estaba la discoteca de pachangueo, y luego había como unas boleras también. Y luego empezó a hacerse

Scorpia, la Central del Sonido, y empezó a hacerse muy famoso. Había unos raperos de [la zona] que hicieron un tema que se llamó El rap de aquí (1990) y eran dos DJ, Frank [y Kryger MC], que fueron los que empezaron a pinchar ahí la música electrónica a lo destroy. Pasaron de ser raperos a pinchar mákina. En la época del boom, el DJ residente era DJ Frank [también conocido como Frank TRAX].»

«Scorpia en sí era una macrodiscoteca normal y corriente, lo que pasa es que luego hicieron la pista esa, que era la Central del Sonido, que había un avión que volaba por arriba. Y empezó a venir gente de Barcelona, de Hospitalet, mucho pelao. Y movidas en el parking del Scorpia… ¡Todas las que quieras y más! ¿Sabes? Ahí había una empresa de seguridad normalita, con su porrita y la placa de vigilante y tal… Y ya llegó un momento en que tuvieron que meter moteros [en la puerta]. Yo, entonces, me metí de portero, aunque fui cuatro o cinco veces, porque aquello era… Imagínate las peleas que había ahí, las movidas entre pelaos, entre motoristas, en fin…, una locura. Y redadas del GRS [Grupo de Reserva y Seguridad: grupo de elite de la Guardia Civil] por ahí, antidroga y todo… Aquello era una batalla campal.» «Yo recuerdo una batalla campal de 50 contra 50, saltando por encima de los coches. Eran todos skinheads, que iban a escuchar la música aquella, pero luego también a pegarse. ¡Pero como si fuese una batalla entre romanos! Ahí no se metió nadie.» A la semana siguiente llegaron los GRS de la Guardia Civil, antidisturbios y patrullas para acordonar la zona. Para poder entrar en Scorpia la Policía cacheaba a la gente: «Los años fuertes del Scorpia fueron de 1994 a 1998 [abrió en 1993 y cerró en 2003].»

DJ Nano pinchó en Scorpia: «A mí una de las cosas que más ilusión me hizo en mi vida fue que me invitasen a pinchar en el Scorpia. Aquello era la hostia, ¿no? Scorpia era impresionante. Y os juro que me pongo a poner el primer disco y se empieza a pegar media pista con media pista. Increíble, ¡yo flipando! Pero es que, encima, llegan los porteros… que yo no he visto seguridad más asesina en mi vida, y empiezan a dar patadas voladoras a diestro y siniestro. La pista quedó vacía y me hice la sesión vacía, porque desalojaron la sala y seguí pinchando para cero público. Aquello fue acojonante.»

De las tensiones entre skins neonazis, pseudoskins (es decir, skins por moda) y bakalaeros me habla un antiguo skin anónimo de la zona de Valencia: «El movimiento skin en Valencia pegó fuerte a finales de los ochenta y fue un movimiento muy político, muy serio y muy recto en comparación con el movimiento skin que conoce la gente. No eran futboleros, eran idealistas. No eran grupos que iban pegando a negros por la calle por el mero hecho de ser negros, sólo pedían un apoyo más real al trabajador español. Digamos que era un movimiento político y de clase obrera. Un concepto distinto de lo que la televisión y la prensa han enseñado a la sociedad del movimiento skin.» «El movimiento skin en Valencia nunca ha sido futbolero, digamos. Si había un skin y había otro skin de otro equipo, primero eran skins y luego eran del equipo. Cada uno del equipo que le salga de los cojones [risas]. Pegarte por un equipo era la cosa más paleta, necia y gilipollas de la historia de la humanidad.»

Como ya dijo Oleaque, la gente de ultraderecha paraba por Cánovas ya en los años setenta. Los neonazis de los noventa paraban en el bar Sevilla y en otro que era propiedad del líder de los Yomus, los ultras del Valencia. Con la llegada de la Ruta del Bakalao surgieron tensiones entre los skinheads ideológicamente activos y los bakalas y pseudoskins: «Nosotros éramos muy antidroga y jamás hemos ido. En la calle era vale tudo pero de verdad. Ahí era tener cojones y pa'lante. Nosotros el 90 por 100 de las ocasiones éramos minoría, y tenías que ser muy bravo y muy valiente, si no cobrabas y mucho. Había barrios que les dio por ir a por nosotros y ¡madre de Dios! Si no vinieron trescientos, no vino ninguno». «Los noventa eran la época de barrios conflictivos como la Malvarrosa, el Cabañal. "¡Eh, que vienen los de la Malva!" Y tal. En los noventa el único grupo real serio [de skins ultraderechistas] era Acción Radical. Luego empezó la moda de las bómbers y los Lonsdale y se disfrazó [de skin] mucha gente. A la Ruta del Bakalao iba todo el mundo con su bómber y con su Lonsdale y, entonces, indirectamente afectaron el movimiento skin.» «Ir con bómber [se convirtió en algo que] era de drogadicto, de garrulo y de tío mierda, y le hizo mucho daño al movimiento skin de verdad.» «A los bakalas nosotros los partíamos por la mitad, nos daban asco, tío. Éramos antidroga y ellos eran droga. Nosotros éramos todos antidroga. Y cuando veíamos una bómber y droga… Le quitábamos las ganas de volver a ponérsela.

Por eso el movimiento skin se jodió. Por el fútbol y las drogas. Donde antes había un soldado político se convirtió en un macarra drogadicto que te pegaba por la cara. Los repudiábamos, tío»[10]. Yo pregunto: «¿Te ha pasado alguna vez que alguno pegase a un amigo tuyo y luego le fueseis a buscar?» Skinhead anónimo: «Muchas, y se equivocaban pero bien… Recuerdo muchísimas. No dejábamos pasar ni una. Nosotros éramos hombres de honor y las cosas feas y malas no entraban dentro de nuestros planes. Y si venía uno con nosotros y hacía el macarra y pegaba a alguien por la cara, ese tío lo pagaba caro. Si cualquiera de nosotros era infiel a su novia, se iba a tomar por culo del grupo. La fidelidad para nosotros es todo. Sangre, honor y fidelidad, y de ahí no nos saca nadie. Yo ya no pertenezco a nada y no quiero saber nada, pero eso lo llevo tatuado en el corazón. Éramos pocos, pero muy, muy valientes y muy, muy organizados. Éramos una militancia muy coordinada, muy elaborada, muy trabajada, éramos soldados políticos.» Pregunto: «¿Había armas ahí?» Skinhead anónimo: «Ahí había de todo.»

El Nega, rapero valenciano de Los Chikos del Maíz: «Yo recuerdo una vez en el parking de Puzzle, tío, que estaba dentro del coche sobando la mona, porque tenía sueño y tal…, esperando a que salgan [mis amigos]. Y llegar un loco, tío: "¡Que salgas del coche!" Y yo ahí: "Sí, espérate que ahora bajo" [risas]. Y rajar el tío las ruedas del coche con una navaja así [de grande]. Y eso en el parking de Puzzle, que se supone era de las [discotecas] más pijitas, la menos macarra. [Había] peña superloca, superpuesta». «Yo vi un poco las cenizas, el ocaso de la Ruta, en el 94, el 95. Ya no quedaba lo más buenrrollista, lo más colorido… era [una escena] mucho más oscura, música mucho más trallera, mucha más violencia, mucho más macarra, el rollito este de los paterneros [macarras famosos de la zona de Paterna]. Era otra Ruta que la que me habían contado de finales de los ochenta y primeros noventa, un rollo más colorido. Era una Ruta mucho más malrollera y te la jugabas saliendo un sábado por ahí, porque la peña estaba zumbadísima.» «En todo lo que era el extrarradio de Valencia, Paiporta, Benetússer, había nombres míticos. El Carahuevo era megamítico, tenía como un aura de leyenda»[11].

Analizaré ahora los orígenes del corte de pelo cenicero. Existe la

teoría de que surge a partir de estilos de corte psychobilly, como ya comentamos. El Magú, de Manoteras, me comenta en conversación telefónica que su hermano, Maxi, peluquero ya fallecido, fue el creador del nuevo corte bakala. Entrevisto a Edu, amigo y socio de Maxi: «He trabajado con él en dos sitios. Uno fue en Barrio del Pilar. Y luego trabajamos ahí en la Ventilla. En la calle Ailanto número 1. La peluquería [de Maxi en Ventilla] no tenía nombre, sólo ponía Ailanto n.º 1. Estamos hablando de mediados de los noventa.» «[Aunque Maxi era rockabilly] le cortábamos el pelo a muchos bakalas, sí. Como Maxi era un tío muy enrollado y a Maxi le molaba esa movida… Porque Maxi era rocker, pero también era un poco bakala. Era muy melómano. Lo mismo teníamos puesta una ranchera de María Dolores Pradera en la peluquería que poníamos música árabe si teníamos clientes árabes. Y cuando venían bakalas poníamos bakalao. Si venía algún narco, pues poníamos narcocorridos…» «Él, de hecho, había ido a discotecas de bakalao, cuando era más joven, sí. Hizo la Ruta del Bacalao y todo eso. El Áttica, sí, sí…»

Le pregunto si Maxi inventó el corte de pelo bakala, al estilo cenicero: «[Risas]. Pues no sé, posiblemente sí. Yo creo que esas cosas, de todas formas, surgen. Es como el lenguaje, que es una lengua viva. Pues eso es igual. Las tendencias se van haciendo ellas solas. Posiblemente, algo tendría él que ver, porque es que tú no sabes la cantidad de chavales a los que cortábamos el pelo. Cuando había una fiesta en Áttica, teníamos la peluquería a reventar. Entonces, cortábamos el pelo a mogollón de chavales que iban al Áttica. A todos los de la zona[12], incluso de fuera. Nos venían chavales de Toledo a cortarse el pelo. Pero venían de todas partes de España. Había un chaval que venía de Valencia. Como teníamos tanta clientela… él no cogía clientela nueva. Si alguien nuevo quería cortarse el pelo tenía que venir de parte de alguien que conociese Maxi.»

«Los chavales venían porque sabíamos cortar bien el pelo y porque Maxi les seguía mucho el rollo. Es que, si no has conocido a Maxi, es difícil de explicar. Es que la peluquería era él. Era un tío bastante especial y bastante diferente a cualquier cosa. Tú ibas ahí y le contabas algún problema, y él te daba una perspectiva y un enfoque totalmente diferente a lo que te podías imaginar. Y lo hacía con

todo. Entonces, la gente, pues, le quería mucho. Cuando él falleció, yo dejé de trabajar por las tardes, porque en el fondo me di cuenta de que estaba trabajando de peluquero porque estaba con él. Éramos amigos de toda la vida, y ahora no me apetece estar trabajando por ahí. La gente en la peluquería siempre te cuenta sus problemas. Hay algunos a los que se lo digo: "Tú no vienes aquí a que te corte el pelo. Tú vienes a terapia."» «Ahí había un público de lo más variopinto. Había ladrones profesionales, narcos… Con estos tampoco se podía hablar mucho, ¿eh? Pero a lo mejor tenían una partida de cosas, ahí… que habían dado un palo por ahí y las vendían. Pero yo incluso he visto a algunos que eran amigos de infancia de otros que eran policías. Y llegar el policía y abrazarse: "¡Hombre, cuánto tiempo sin verte!" En fin… Se sabía que algunos eran narcos, porque se sabía ahí quién vivía de eso y quién no. Había uno en un concreto, fíjate, que iba a cortarse el pelo e iba con un BMW Serie 7 blindado. Porque había una panda de colombianos que se la tenían jurada y él iba con su Serie 7 blindado. Era español.»

«Maxi era de Manoteras y yo de Carabanchel. Maxi murió un 28 de diciembre de 2012. Habíamos comido en su casa. Comí con él y con su mujer, y nos fuimos a abrir la peluquería, como de costumbre. Cada uno con nuestra moto. Y, camino de la peluquería, en la curva de entrada a la Castellana a la altura del hospital de La Paz, pues se cayó, se le fue la moto. Yo no lo vi, porque iba detrás de él y detrás de otro coche. Y, nada, se cayó, se golpeó un costado y fue un golpe fatal. En una moto te caes y no sabes lo que te puede pasar, es una lotería. Murió porque se fracturó el tórax. Se dio en el lado izquierdo, el lado del corazón, y tuvo un derrame tremendo y se desangró por dentro…»

Según el Magú, hermano de Maxi: «[También está] la [influencia] del hip hop, porque de repente había "cajas" [corte de pelo flat top]. Como MC Hammer y todo eso. Como los raperos eran la última tribu de los ochenta... Y luego hay grafiteros que se hicieron skinheads. Y se metieron todos en el bakalao. Hay una mezcla, pero [la influencia] del psychobilly está clara.» «Mi hermano también cortaba el pelo a los de Manoteras. En mi casa a lo mejor cortaba el pelo a 20. Según entraban, iban saliendo y decías: "Madre mía." Cortes de pelo de todos los colores y todos los estilos.»

El rocker catalán Mike Hostench comenta a un amigo mío algo al respecto del corte de pelo cenicero previo al bakalao: «El psychobilly en el Estat espanyol empezó en Barcelona, Bilbao y Toledo (con Luis Lobo Negro). Todos éramos más o menos rockers. El psycho con los pelos cenicero llegó un poco después imitando a los chavales ingleses que salían en fotos de unos discos en directo que se llamaban Stompin at the Klub Foot. La conexión con el rollo bakala es algo muy madriles que yo ni sabía.»

---

[1] Más tarde, en los años noventa, los skinheads neonazis se juntaban en esa misma zona de copas. Entre otros establecimientos, una figura importante de los Ultras Yomus del Valencia tenía en la zona un local de copas donde paraban muchos skins.

[2] Joan Oleaque, En éxtasis: El bakalao como contracultura en España, Valencia, Barlin Libros, 2017 (2004), p. 39.

[3] La droga cambia, es más barata (la pastilla pasa de costar 3.000 a 2.500 pesetas, y en el año 2000 costaban en Madrid unas 1.500 pesetas) y acaba por ser más anfetamínica.

[4] Dicho esto, Psicódromo era, según muchos informantes, una discoteca conformada por un público muy diverso.

[5] Joan Oleaque, op. cit., pp. 72, 98, 100, 125, 102-103, 147.

[6] Recordemos que Poblenou ha sido tradicionalmente un barrio obrero cercano a La Mina. Era ahí donde estaba la discoteca Ateneo Colón, a donde iba el Torete de pellas. Con el tiempo, muchos hípsters y modernos alternativos alquilaron y compraron lofts y viviendas en la zona.

[7] Oriol Rosell me habla también de los skins de Santa Coloma, Cornellà: «En Santa Coloma, hostia, había unos skins, recuerdo, que no te puedo decir los nombres porque era más la leyenda que los contactos que tuve con ellos, afortunadamente. Pero había gente muy chunga, gente muy peligrosa. «Había mucho nazi en Barcelona. Había dos tipos, diría yo, sin ser un especialista. Por un lado, había mucho facha de clase alta en barrios como San Gervasio, incluso La Bonanova; mucho pijo facha. Mucho pijo facha que con el tiempo

acabó de skinhead de pacotilla. Y luego había los malos, chungos de verdad, los de Santa Coloma, los de los barrios periféricos, que esos eran tela. Eran como luego los bakalas, chavales sin nada, y el dar miedo siempre otorga poder. El poder proyectar pavor en los demás, pues, es un agente de empoderamiento simbólico muy potente, ¿no? Es la manera de ganarte el respeto. Normalmente, eran gente que venía de lugares muy disfuncionales y que lo canalizaron por ahí.»

[8] En Madrid ocurrió algo similar con los nazis, según me cuenta Toni [nombre falso], de Manoteras: «En discotecas de bakalao, como el Saratoga (donde los cines Ideal), estaban todas las tribus metidas. Era a finales de los ochenta. [Ciertos neonazis de Madrid] fueron los que jodieron ya la fiesta [del bakalao]. En cuanto se mete en un sitio la política… y "para oír esta música tienes que ser así"… Lo jodieron y lo monopolizaron. Y ya a ciertas discotecas no podías ni acercarte, porque eran territorio de estos, no era divertido.»

[9] En una entrevista, Kiko Amat Pepebilly dice: «Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos viviendo 14 personas en Psicódromo. Porteros, camareros, algunos con sus parejas. Una comuna en toda regla. Siempre dijimos que teníamos un piso de 80 metros cuadrados con un recibidor de mil metros cuadrados, y un equipo de música de la hostia en el recibidor. Estábamos arriba un viernes por la noche, terminábamos de cenar y si queríamos una copa nos íbamos para abajo, para la sala. Cada vez que queríamos poner algo de música bajábamos a la cabina.»

[10] Como rezaba una pintada en los aledaños de la discoteca de mákina Pont Aeri: «Stop parásitos makineros; estropeáis la cultura skinhead.» Citado en David López Frías, «Éxtasis, DJ's y skinheads: así relevó el Makineo catalán a la Ruta del Bakalao», El Español, 6 de noviembre de 2016.

[11] Aprovecho para preguntar a Nega por su «beef» con C-Tangana. Entre otras cosas, esta anécdota nos sirve para conocer el nivel de macarrismo de las estrellas de música urbana: «Tuvimos una movida, en la que él en un tema nos criticaba y nosotros igual, y estaba en la puerta de la sala Penélope. Y, de repente, "¡pum!", me caigo ahí, me levanto, no sé qué pasó. Y era C-Tangana [que me había pegado por detrás] y salió corriendo. Yo creo que de frente no

podía venir, porque ¿cuánto mide C-Tangana? ¿Un metro sesenta? [risas]. Él tenía sus cartas y las jugó bien. Y, además, en esos años todavía no estaba ciclado, ¿sabes? Que ahora está superciclado.»

[12] Barrios de la Ventilla y Tetuán son zonas obreras, donde proliferaban muchísimos bakalas. La identidad bakala era la tribu urbana de las clases obreras a mediados de los noventa.

Capítulo XIV

Killer B, Color Power y los raperos malos

Reacción violenta a la agresión nazi

Terminaremos nuestro libro hablando de raperos malos, un objeto de estudio sumamente interesante y muy desconocido por el público. Nuestro primer entrevistado y principal protagonista será Killer B, músico pionero del hip hop español –contemporáneo del estilo de los CPV–, además de fundador de los Color Power, pandilla de Fuenlabrada compuesta de negros que lucharon contra las huestes de skins neonazis en los años noventa. Investigar esta forma de retribución callejera es muy importante, entre otras cosas, puesto que jamás ha aparecido en prensa o televisión referencia alguna a la activa lucha de negros y antifascistas contra la agresión neonazi de los años noventa. El discurso oficial sólo ha hablado de violencia en una dirección, siendo los afros o miembros de otras minorías siempre los agredidos. De la violencia inversa yo tuve conocimiento no precisamente gracias a la televisión, sino al hacer vida en la calle y encontrarme a menudo con estos grupos multiétnicos asociados al hip hop. En este sentido, el presente capítulo sirve para reescribir la historia reciente de España, aportando testimonios de una realidad que, en caso contrario, habría pasado totalmente desapercibida.

He de decir que, si al leer las páginas que siguen, el lector no se cree las historias que nos cuenta Killer B, la realidad –inenarrable por razones obvias– supera con mucho lo aquí relatado. He entrevistado a otros Color Power sobre los mismos asuntos y, aunque sus narraciones no sean exactamente las mismas, las diferencias se deben a detalles nimios. De hecho, he realizado el experimento en varias ocasiones: he entrevistado conjuntamente a varios grupos y todos cuentan más o menos lo mismo, aunque siempre desde una óptica personal, difiriendo sus testimonios sólo en detalles irrelevantes. Killer B dice la verdad, a pesar de las distorsiones inevitables asociadas a la memoria, al amor propio o a la discreción.

Al igual que ocurre con otros muchos personajes que trato en mis textos sobre macarras, lo retratado aquí no es más que la punta del iceberg. Yo no elijo a mis objetos de estudio a la ligera, sino que me centro sólo en aquellos cuya fama los precede. Y ellos, naturalmente, pueden contarme solamente una parte muy reducida de sus acciones. Lo verdaderamente decisivo a menudo permanece oculto. Ciertas realidades no pueden por ahora salir a la luz y probablemente nunca habrán de ser recogidas en crónica alguna. Curiosamente, para poder contar ciertas realidades quizá el único vehículo puede que sea la ficción: novelas, teatro, cine. Es irónico, pero, como han señalado ya muchos escritores, la ficción tal vez sea el mejor medio para decir la verdad. Bajo el manto de lo irreal, a modo de «invención», ciertos hechos pueden ser expresados sin consecuencias.

Al igual que las bromas y el humor son una coartada para la transmisión de mensajes no deseados o difíciles de digerir, las fábulas son a menudo necesarias para expresarse con franqueza. Dicho lo cual, todo lo que sigue tiene valor histórico y es fiable; algo que he podido corroborar a través de numerosos testimonios. En palabras de un rapero de la época: «Las historias que cuenta Killer B son reales, aunque las coloreará un poco».

Nuestro protagonista es bien conocido en las calles de Madrid, e incluso de otras ciudades. El rapero Chirie Vegas dice de él en su tema Disciplina (2005): «Represento reales, negros reales, Killer B, Kunta K, negros reales». Didi, famoso portero negro y amigo suyo, afirma: «[Yo oigo hablar de los Color Power por primera vez] en el 90. Ellos paraban en los mismos garitos que parábamos nosotros. Un día apareció en el Yasta con una katana. Estábamos en el Yasta y había una especie de rencilla con los de Móstoles. Llegaron los de Móstoles, que vinieron en abundancia, y el Killer B iba con una gabardina tipo Blade (1998) y, en un momento dado, se sacó la katana [risas]. Sacó la katana y toda la peña nos quedamos locos. Nos quedamos como: "¡Hostias, colega!". La sacó dentro del garito y luego la sacó a la calle también». «Cuando yo conocí al Killer B tenía un Porsche. Y creo que cuando lo conducía era menor de edad por X meses. Que tenía diecisiete años y medio, vamos. Hay muchas anécdotas.» «Yo sé que tenía una pistola.» Le pregunto por el coraje del Killer B: «En esa época estábamos todos colgadísimos, pero el

Killer, sí, iba sobrado y no era un tío grande [físicamente]».

Comencemos, pues, nuestra conversación con Frank, alias Killer B: «Yo vengo de un país que se llama Benín, en África, que está cerca de Nigeria. Mi padre es de allí, yo nací allí, pero me trajeron aquí con tres años. Tengo cuarenta y nueve, llevo aquí toda la vida. Mi madre es de Teruel, así que soy afromaño [risas]. Yo siempre he vivido en Madrid centro, pero me iba con ellos [los Color Power], que eran de Fuenlabrada. Yo conocí a los Color siendo un poco un elemento no cotidiano dentro de su día a día en Fuenlabrada, sus bares y tal. Yo me juntaba más para las acciones...».

Le pregunto qué eran las acciones: «Pues las acciones era corregir físicamente a aquellas ovejas descarriadas del rebaño, que necesitaban ser de alguna manera reconducidas al patrón. Entonces, en la época nuestra había un montón de nazis y todo ese rollo... Y siempre nos llamaban a nosotros [cuando alguien sufría agresiones de nazis]. Éramos un poco los defensores de causas justas. Pues, [por ejemplo]: en un instituto hay un grupo de nazis que abusan de la peña y tal, ¿no? Digamos que en Getafe… ¡Pues todos para Getafe para ver qué pasa con esos tíos! Es decir, hacíamos pellas en nuestro instituto para ir a ver a los otros, a ver qué pasaba y tal. O, por ejemplo: que hay una movida no sé dónde, en un garito de bakalutas… Ahí iba toda la peña, tres vagones. Así, poco a poco, haciendo este tipo de cosas nos iban conociendo, no sólo en Madrid. Nos llamaban de Barcelona: "Oye, a ver si os pasáis por aquí a echarnos un cable."» «Yo de mi barrio recuerdo que yo era el único negro de mi grupo. Mi barrio era un grupo bastante grande, porque el barrio era grande. Yo vivía en Antonio López, Madrid Río. Entre el campo del Atleti [Vicente Calderón] y el Hotel Praga. Nos juntábamos los de la misma quinta y éramos de repente 20. 20 a jugar al fútbol, 20 a tirar piedras, 20 a robar naranjas. Pero, de esos 20, en el caso de robar naranjas, pues salía el frutero y veía a 20 chavales corriendo, pero sabía que yo estaba seguro: "Esos de espaldas no sé quiénes son, pero el moreno sé quién es..." Entonces, "dindón", "dindón", a casa de mis padres. Recuerdo el estar, en ese sentido, más marcado, pues porque en aquella época no era como ahora que voy a buscar a mis hijos al cole y cuesta casi ver a un español. En mi época eso no existía. En mi calle yo era el único negro, mi familia era la única familia negra que había en ese

distrito, vamos.»

Le pregunto si el trato era racista: «Siempre lo ha sido, España es racista y siempre lo será. Lo que pasa es que es un racismo poco ilustrado, un racismo paletillo, ¿no?» «Un racismo campechano», digo yo. «De la broma fácil, del mote fácil. Y luego, ya de más mayor, te encuentras que... Por ejemplo, por mi dicción, mi forma de hablar, yo llamaba por teléfono para alquilar un piso y nadie se imaginaba mi aspecto, no se imaginaban esto [antes de verme]. Entonces, claro, cuando llegabas a alquilar el piso en sí... Yo, cuando fui a alquilar un piso en la facultad, el típico piso de estudiantes, llamé: "Hola, que somos un grupo de estudiantes, yo soy el representante, bla, bla, bla." Me contestan: "Sí, hijo, claro que sí, quedamos a las cinco de la tarde." Quedamos a las cinco y la tía flipando. "Pero ¿tú eres Frank?" "Sí, sí, yo soy Frank", digo yo. "Ay, cuánto lo siento, es que mi marido no te ha dicho que lo tenía apalabrado a un sobrino..." Quiero decir, no es el racismo de Estados Unidos, que te pegan tres tiros en la espalda, pero sí notas mucho ese rechazo a priori. Y en mi época mucho más, porque no había [negros]. Había el racismo del extraño. Conocías a un español y decía: "Hostia, no es como yo". Pero bueno... En cambio, ahora, como hay mucha más gente y mucha gente que ha venido de fuera, que está dentro del rango de la pobreza, se ve empujada a delinquir, algunos de ellos, o al mal vivir, ¡o al mal vestir!, o a los malos gestos. Costumbres tan campechanas en su país como mear en un árbol delante de todo el mundo, va y mea todo borracho en un parque delante de tus hijos; y eso a la gente le horroriza. Hoy ya no es un racismo campechano, como tú lo has definido, sino un racismo más de odio, de xenofobia total.»

«Todos, incluso el Jota[1] (que en paz descanse), nos empezamos a juntar entre los once y catorce años en Nuevos Ministerios. Todo empezó en Nuevos Ministerios. Ahí nos juntábamos el Ars, el Jota, el Dee Dee, el [MC] Randy… Ahí empezamos a decir: "Y tú, ¿quién eres?" "Yo soy el tal". Lo de Killer B sale de… ¿Tú has visto la película Colors[2] (1988)? En esa película había un personaje que se parecía bastante a mí físicamente y luego también en cuanto a la forma de ser. Killer B es un pibe que se está tirando a una tía cuando entra el Sean Penn [que es policía], y cuando el negrata alarga la mano para coger sus pantalones, el Sean Penn coge y le

dispara, y le mata. “¡Han matado a Killer B! ¡Han matado a Killer B!” Y la gente me hacía la broma: “¡Te han matado en la peli, eh!” “Killer B, Killer B”, y ahí se quedó. [Por otro lado], lo de Color Power no viene de la película, viene de los hombres de color»[3].

Los Color se conocen a través de reuniones que realizaba Abuy Nfubea, fundador de la FOJA [Organización Juvenil Panafricanista]. En esos años noventa Abuy celebraba reuniones en Alcalá de Henares para la concienciación de la comunidad afroespañola. Según Frank, el líder de la FOJA intentaba crear una especie de Black Panther español. Algunos de los futuros integrantes de los Color Power oyeron hablar de un mitin de la FOJA y decidieron ir a ver de qué iba la cosa: «Fuimos para allá. Pero todavía no nos conocíamos. Tú llegabas como negrata single, individual, pensando: “A ver qué tienen que decir los negratas estos.” Porque todos éramos demasiado rappers, todos nos odiábamos a todos. Ahí se hacían preguntas, se exponían cosas… Pero siempre estaban en la parte de atrás de la clase los chicos malos, mirando a los oradores en plan: “Estos, ¿de qué coño van? Lo que hay que hacer es dar de hostias a la peña y punto.” Y los de atrás ya nos mirábamos entre nosotros, sin conocernos, y, entonces, claro, en los descansos de las charlas nos juntábamos a hablar. Y, entonces, a alguno de nosotros se le ocurrió comparar la FOJA con el Sinn Féin y, claro, el Sinn Féin tiene su brazo ejecutor, que es el IRA. “Pues nosotros vamos a ser el IRA”. “Y ¿cómo nos llamamos?” “Pues, ¿cómo nos vamos a llamar? ¡Pues los putos Color! Somos una peña de color… ¡Color Power, tío!” Sería el 90 o el 91, aproximadamente.»

Casi todos los Color eran de Fuenlabrada. Como grupo organizado, los miembros reconocidos eran cuatro o cinco. No obstante, para las acciones se reunían numerosos jóvenes, todos los cuales eran confundidos con integrantes de los Color Power: «Éramos E., B., M., Ch. y yo. Todos africanos. Ellos paraban en el parque de las Fuentes, en Fuenlabrada»[4]. Ars, alias Carmona, presente durante la entrevista, interviene: «[El parque estaba] al lado del Alien, una discoteca. Una discoteca en la que ponían un ratito [de rap]. Es que en aquella época en las discotecas ponían un ratito de rap. A lo mejor ponían una hora por las tardes. Luego bakalao y a pegarnos con los bakaletas.» [risas]

Le pregunto por la estética de los Color Power, quienes aparecen en sus fotos ataviados al estilo Public Enemy: «Sí, porque aparte nosotros ya estábamos con la colgadura militar y ese rollo. Éramos rollo guerrilleros y, además, nos metimos en la Brigada Paracaidista, que era lo más jodido que había. A nosotros nos molaba la caña. No era un rollo por la patria y la bandera, era porque nos molaba la caña. En plan: "¡Hostia, tío! ¡Nos tiramos en paracaídas, nos dan armas, submarinismo, bombas, la hostia!"[5]. Nos metimos en el Ejército en el 96. Antes de eso ya éramos guerrilleros, con la paranoia en la cabeza, como Public Enemy, un rollo paramilitar; al son de los Panteras Negras. De hecho, teníamos contactos con algunos Panteras Negras de Francia, también, y de Inglaterra». «En Barcelona había gente que se hacía llamar los Color. Nuestro branding cubría todo. Cuando un grupo de rappers pegaba a un grupo de nazis, decían que habían sido los Color siempre. Es más, yo he estado a veces en mi casa y ha venido la Policía a detenerme por una cosa que se supone que yo había hecho. Y mi pobre madre: "¡Pero si lleva todo el día en casa! ¡Si está con la gripe!" Y salía yo con los mocos». «Una época de nuestra vida llegamos hasta el punto de que los 20N, al núcleo duro de los Color, venía la Policía a detenernos. Dos días. El 19N detenido y te soltaban el 21, para que no la liaras.»

En 1996, tras la desaparición del servicio militar obligatorio, se creó la figura del militar de empleo y tropa profesional, algo que llamó la atención del grupo: «Dijimos: "¡Esta es la nuestra!" Entonces nos metimos todos de cabeza ahí. De los Color nos metimos siete, el núcleo más otros tres colegas. Había pruebas físicas, test psicotécnico y luego cultura general.» Me intereso por la primera vez que se tiró en paracaídas: «Pues imagínate. Me daba un miedo terrible. Estaba acojonadísimo. No te queda otra más que saltar. Saltan tus compañeros, pues hay que saltar. Una vez que está todo seguro flipas: "Hostia, ¡cómo mola esto!" Pero todo lo que es la secuencia de subirte al avión, despegar con la puerta abierta, el viento dentro. Nosotros nos tirábamos enganchados al avión, nosotros hacíamos salto táctico de combate. ¿Tú has visto los desembarcos de la Segunda Guerra Mundial de aviones que saltan un montón de tíos a la vez? Pues es eso. Prácticamente, nada más salir del avión, al segundo y medio, el paracaídas se abre solo. Cuando llegas al suelo es como si hubieses echado el polvo de tu

vida, te quedas hecho polvo, tienes hasta sueño por la descarga [de adrenalina]. Mira, cada célula de tu cuerpo te está diciendo: "Eso que vas a hacer no se hace." Eres tú con tu propia voluntad quien tienes que vencer a tu propio cuerpo. Esa descarga de adrenalina, tronco, cuando ves que no te ha pasado nada dices: "Uf".» Le pregunto si esa adrenalina está asociada también a su pasado pandillero: «Hombre, claro», me contesta. «La adrenalina siempre está asociada con el pandillero.»

Una de las acciones más serias de los Color tuvo un desenlace inesperado: «Érase una vez, un día, cuando ya estábamos en la Brigada Paracaidista y los Color éramos unos tíos más serios y éramos más mayores y hacíamos un daño diferente, nos enteramos que había un tal Ynestrillas que tenía una sede en Getafe o que iba a dar una charla a una sede de nazis de Getafe, algo así. Entonces, no se nos ocurrió otra idea, al núcleo duro de los Color, que decir: "Vamos a hacer una acción militar." Llegamos a la conclusión de que teníamos que hacer algo. Y ese algo era tirar dentro [de la sede] unas bombetas de queroseno robado de nuestra base de la Brigada Paracaidista, es decir, prender fuego a la sede cuando estuvieran todos dentro y luego [atacarlos], cada uno con el arma que se hubiese traído: uno se trajo un arco con flechas, otro robó un rifle del cuartel. Yo tenía una pistola del 38 que perdió un policía en una manifestación y que se hizo famosa en la movida del rap. En una pelea un policía la perdió, alguien la encontró por ahí, yo la tuve un par de años y… en fin. Esa pistola tiene historia. Bueno, queríamos liarla que te cagas, estábamos superlocos, porque ahora con carácter retroactivo lo pienso y digo: "Hostias, ¡estábamos todos locos!" Pero en ese momento nos lo creíamos a tope.» «Entonces, quedamos en este parque –que no recuerdo, creo que era el parque de las Fuentes– para hacer esta acción. Yo en aquella época tenía un Porsche. Yo en aquella época era famoso por el Porsche y la katana. Yo llevaba una katana siempre en el Porsche y la usaba. Yo era el que tenía el coche en esa época y llegué desde mi barrio en el centro de Madrid a Fuenlabrada, donde habíamos quedado todos. La cosa era recogerlos ahí e ir ya todos en el coche a Getafe a hacer la movida esta, todo decididos. El Porsche 924 descapotable tenía la puerta del maletero de cristal, transparente, luego tienes una tela de cuero que se recogía y ahí tenías el maletero. Llego, –un negro con un Porsche en el barrio ese de mierda–, aparco el coche y llegan mis

colegas con armas y van dejándolas en el maletero del coche. Uno se había robado un CETME [un fusil de asalto] del cuartel, el loco. Entonces, se conoce que un vecino tuvo que flipar. Estaría fumándose un piti a su rollo y de repente vio entrar un Porsche por la puerta del parque y dijo: "¡Coño!" Ahora se ven más, pero en esa época, nada. Y el paisano diría: "¡Hostia! ¿Y ese cochazo?" Y, de repente, se baja un negro. Y diría el tío: "¡Hostia!" Hostia, hostia…" Y: "¡Ala, ala! ¡Están metiendo armas en el maletero!" Flipas. Entonces, una vez que todos dejan las cosas ahí, nos vamos al césped a fumar un porrito, una cervecita y a hacer tiempo. Ya llegan otros tres o cuatro en otros coches, no sé qué, no sé cuántos. Les contamos la historia, se rajan, porque les parece una locura… Se rajan, se van, nosotros seguimos ahí… Ya llega M., que era de los nuestros. Y decidimos irnos los cuatro. Nos subimos al Porsche. ¿Qué ocurre? En esa época yo estaba escuchando el LP de Ice-T O.G. Original Gangster (1991), una y otra vez. Levantamos el sillín delantero, suben los de atrás, se sienta el M. delante, pongo la música y suena Ice-T, el Original Gangster. Subo el volumen, meto primera y salgo. Hago un poquito de ruedas, vacilón yo, pero un poquito. Y a la que salgo, no anda el coche ni cinco metros cuando, de repente, se me cruzan tres tíos, dos coches por detrás, otro tío por delante, de los árboles aparecen tíos, tal… O sea, una cosa increíble. Y todo el mundo armado con pistolas. Eran todos policías. Nosotros no habíamos visto nada. Y la mitad de ellos eran secretas. Yo antes de la movida veía gente, pero como ves gente pasar. Una vez parados los coches hubo un: "¡Quietos!" Rodeados. Fíjate, yo tonto de mí, lo achaqué a que eran paletos y no podían ver a un negro con un coche bueno. Lo que yo no pensaba es que un vecino había visto todo el percal y dijo: "Aquí hay negros, evidentemente con un coche robado, porque eso es un Porsche, ¡con un montón de armas!" Entonces, vino la Policía en plan: "¿Estos quienes son?" Nosotros congelados. Y empiezan a llegar más coches de patrulla, oficiales. Y hay un momento de quietud total, por parte de ellos y por parte nuestra. Un policía con una recortada se acerca superacojonado: "¡Las manos, las manos, las manos!" Me saca las llaves del contacto de mi coche con la mano izquierda y las deja en el salpicadero. En ese momento había un silencio total, metió el rifle por la ventana apuntándome a la cabeza… Y en ese momento de total quietud, en el que no se oía ni un alma, sólo se oía la canción de Ice-T Original Gangster a todo volumen. Eso fue así…»

«Me acuerdo el M., que era el más fuerte de todos nosotros –que ahora está en Valencia, en los cuerpos de guerra bacteriológica (NBQ)–, no quería tirarse al suelo y no le podían doblar, porque era un tiarrón… No podían doblarle. "¡Al suelo, cabrón!", decían. Él gritaba: "¡Soy cabo primero de la Brigada Paracaidista! ¡Yo no me tiro al suelo!" Entonces ya llegó uno por detrás, le metió un coscorrón, y al suelo. En ese momento, cuando estábamos esposados, fueron al coche, abrieron el maletero y fliparon. Encontraron el queroseno, las flechas con los números de serie borrados, el rifle, el 38 este famoso, no sé, puñales, bates… Y era en plan: "¿Pero vosotros quiénes coño sois?" [risas]. Hoy podría ser una banda de Latin Kings… Pero ver a cuatro negros juntos, en esa época, ya era algo notorio. Sería el 96 o así.» «Entonces nos metieron a cada uno en un coche patrulla distinto, luego una lechera delante, otra detrás y el helicóptero. Hasta la base de Fuenlabrada. Ahí nos metieron en celdas distintas y no nos dejaban hablar entre nosotros. Luego nos interrogó el comisario. Estuvimos ahí unas cinco horas y luego llegó la PM [Policía Militar], que nos llevaron a todos al cuartel. No nos castigaron legalmente, porque no hicimos nada»[6].

Esta historia me ha sido corroborada por otros testigos, sólo que algunos niegan la existencia del CETME. Sí hablan de una pistola que Killer B enseñó a sus compañeros a la vista de todos en el parque de las Fuentes. Le pregunto por la famosa pistola que, naturalmente, se convirtió en toda una leyenda rapper de la época. La pistola fue sustraída a un policía durante una pelea multitudinaria contra neonazis en los Bajos de Aurrerá, en Moncloa: «Un 20N fuimos a dar de hostias a unos cuantos de estos gilipollas. Y, entonces, se montó una batalla campal, porque también es cierto que nos juntábamos los Color, los sharperos, los punks… Fuimos al garito este, que se llamaba el Parador [de Moncloa] 3, que estaba al principio de los propios Bajos y era donde iban fachillas. Fuimos al Parador, entramos tres o cuatro a provocar, que lo hacíamos siempre en los garitos de fachas. Entraban tres o cuatro negritos a tomarse una cerveza, y entonces llegaban los fachas a vacilarles y a pegarles. "¡Venga, negros, vamos fuera!" Y cuando salían fuera estábamos todos… [risas]. Echábamos la carnaza a los lobos y cuando llegaban fuera, pues a pillar.» «Pues de los Bajos de Aurrerá empezaron a salir gente de ellos. Se juntaban unos con otros y nadie

sabía quién era quién. Yo creo que llegamos a pegarnos incluso amigos contra amigos. Una batalla campal: sillas volando, mesas, mujeres gritando, todo el mundo saltando por encima de los coches. Salían como hormigas de los locales.» «Se montó una batalla campal y, entonces, llegó la Policía. Llegó la Policía Municipal, que eran los municipales de aquella época… Ahora son guerreros. Ahora te cogen y te hacen muay thai. Pero en la época eran señores como tu padre y el mío, con una pancita cervecera que salías corriendo y no te cogían. "¡Oye, chavales!", decían. Y nosotros ahí: "Pim, pam, pum", pegándonos. Entonces llamaron a más. Llegaron los nacionales, que ya eran chungos, pero no eran tan chungos como los de ahora. Ahora son G.I. Joe, tío.» «Entonces, a uno de los municipales gordos, que llevaban los revólveres aquellos del 38, se le perdió, ¿vale? Se le cayó la pistola. Y acabó en mi posesión. Y la tuve un montón de tiempo.»

En un local de rap llamado Centro, situado en la plaza de las Descalzas, pasó una cosa con esa misma pistola. Killer B quería deshacerse de la pistola, por lo que decidió venderla: «Se la quería vender a unos colegas de unos colegas. Eran unos niñatos de los cojones. Yo estaba fuera y me dijo mi colega: "Oye, están estos pibes en el baño. ¿Has traído la pistola?" Entonces, llegamos ahí y nos ponemos a hablar: "Bueno, mirad, esta es." Y dice uno: "¡Ah, pero esto es de fogueo!" Yo estaba superloco, tío. Entonces, cojo yo y sin mirar hago: "¡Bumba!" Y disparo. Hace un agujero en la puerta del cagadero, que estaba cerrada. "¡Anda, tronco, estás loco!" "Pero ¡ves! ¡Es de verdad!" Y el otro: "Hostia, pues sí es de verdad." Y mientras estamos hablando, de esto se abre la puerta y aparece un chaval que sale blanco, pálido, amarillo. Con los pantalones medio subidos; estaba cagando el pobre. Sale el chaval mirando al suelo y pasa a través del pasillo que le hicimos. La anécdota es que, durante todo el trámite que estábamos hablando, que si es de verdad, si es de mentira, estaría cagando y pensando: "Vaya flipaos estos…" Y, de repente, por encima de él, le voló media puerta: "¡Pumba!". La pistola esa sólo la usé esa vez, pero se blandía de vez en cuando… Y esa pistola estuvo buscada por la Policía.» Le pregunto por su Porsche, otro elemento por el que se le distinguía: «El Porsche me lo regaló mi madre. Era negro por arriba y plateado por abajo. Paraba con él en Stone's. Ese coche era famoso.»

Algunas de las acciones de los Color Power aparecieron en la prensa. En enero de 1993, tres de ellos apuñalaron a unos nazis en un tren de cercanías que iba de Torrejón a Fuenlabrada. Según los skins, fueron los Color quienes atacaron primero. Los Color Power presentes –con quienes tuve la fortuna de hablar–, en cambio, me dijeron que fueron los skins quienes iniciaron la pelea al gritar: «Vamos a matar a los negros». Se trataba de un grupo nutrido de neonazis que había en el tren. I., uno de los Color, se dirigió a ellos y comenzó la pelea. Mientras I. estaba siendo agredido por varios contrincantes, vio que a uno de estos se le cayó un cuchillo al suelo. I. lo cogió y comenzó a apuñalar a uno de sus adversarios. Este no se percataba de estar siendo apuñalado, inmerso en el fragor de la batalla. Al darse cuenta, por la sangre, reculó. En ese momento I. vio cómo E., amigo suyo, estaba siendo golpeado por otro neonazi. I. se levantó y apuñaló varias veces al agresor, hiriendo órganos internos. I. fue arrestado y enviado a prisión, de donde pudo salir meses después. La gravedad de su sentencia dependía de las secuelas del ataque. Lo más importante era que ninguno de los individuos apuñalados muriese, como en efecto acabó sucediendo. Según los propios vecinos del barrio al que pertenecían los skins en cuestión, estos eran «personas no gratas». Uno de dichos skins recibió dos puñaladas «–una de ellas en el cuello– y el otro cuatro». Como dice textualmente el artículo, los agresores «forman parte del grupo de rap Color Power»[7].

A pesar de la violencia que caracterizaba este tipo de reyertas, existían ciertas normas que se deben seguir. Killer B: «Mira, yo en mi época, con los Color, siempre, cuando cogíamos al típico nazi que decía: “Yo soy colega de los negros… tengo colegas negros en el barrio… una vez tuve una novia negra…”, ese cobraba el doble. Porque daba el doble de asco. Porque a mí me mola, como guerrero, enfrentarme a un guerrero, no a un cobarde. Entonces, algunos [nazis] –y esto es historia real– que cogíamos en el metro se quedaban así, parados, como diciendo: “Vale, voy a cobrar, pero yo soy un nazi. ¿No, putos negros? Voy a cobrar hoy…” Y ¿sabes lo que hacíamos nosotros, que éramos soldados honorables? Decíamos: “Tú no vas a cobrar, porque eres un soldado. El día que te encontremos con cuatro más como tú, habrá una batalla campal de soldados, pero hoy no vas a cobrar.” Eso lo he hecho con mis colegas más de una vez. Siempre que un tío ha hecho eso, no ha

cobrado. No sé quiénes eran, porque era aleatorio. Estabas con cuatro colegas en el vagón de metro y entraba un skineto: "¡Anda! ¡Este va a flipar!" Igual que te pasaba al revés. Entrabas tú en un vagón y había 20 skins y decías: "¡Ahí va!" Y se ha cerrado la puerta…».

Yiesus, un fuenlabreño, me habla de los Color Power: «Los Color eran una banda de hijos de la primera generación de africanos españoles que surgió en un contexto de bandas en Fuenlabrada a finales de los noventa y principios de los dos mil (Naranjo Roto, los Lolos, los Pinos, los de Villaverde, etc.)[8], en una época donde era fácil que te calentaran el morro o te robaran si no estabas bien "sindicado"... El auge de los skinhead no ayudaba tampoco. Los Color eran famosos por estar muy cuadrados y ser bastante leales a la hora de pelearse (nada de armas). Se podría hacer una versión de los Warriors en clave macarra sureña [madrileña] de esa época, porque hay miles de historias. Esta es mi experiencia, claro...» «Esto era el Disneylandia [de los nazis]. La calle de la plaza no podías pasar por ahí. Aparte de que todos los porteros aquí en Fuenlabrada eran fachas.» «Los Color Power llegaron aquí como Gandalf apareció en el monte al tercer día y dijo: "¡Aquí reparto yo hostias e iros a tomar por culo, orcos!" Se juntaron, dijeron: "Mira, ¿estamos recibiendo hostias por todos lados? Nos juntamos y damos nosotros." Pero te digo una cosa, también se les fue de las manos.» «Se crecieron, se crecieron», dice un amigo suyo. «Hacían pirulas con el coche, te hacían de todo. Era como cuando ves hoy a la Policía: "no sé si estar a gusto o echarme a temblar." Tú ibas a aparcar, te quitaban el sitio. Se metían en dirección contraria…» «Ellos paraban en el parque de Palos, que es donde hacían kung fu. "Me hago unos nunchakus en casa y me los bajo y vacilo con mis nunchakus." No les podías toser. En aquel entonces tenían cochazos: BMW, Audi.» «Luego, cuando les pillaba la Policía tenían un carnet para todos. Como eran negros [y a los blancos les cuesta distinguirlos] se pasaban la bola.» «Luego estaban los SPG; Super Pollas Grandes significaba [risas]»[9]. «En la calle Lima había una cantina de nazis. De gente muy muy muy chunga; de armas y cosas muy jodidas. Y tú sabías que por ahí no podías pasar. Eso no lo podías tocar, porque la cantina era como… La cantina era conexión con nazis de Madrid centro, de todo Madrid. Había rachas de luchas entre fachas y los negros». «Había unos famosos recreativos de

fachas y se metieron los Color y reventaron los recreativos. A mí me han contado que veías a peña escondiendo las bómbers, arrancándose las banderas de España, para que no les pegaran.» En los barrios de Fuenlabrada había mucha solidaridad vecinal. Según le relató a Yiesus un heavy antiguo llamado Utrilla: «Me contó que aquí a Fuenlabrada venían los grises [de la Policía franquista] a pegar hostias y salían curtidos los grises de aquí de Fuenlabrada.» «Fuenlabrada era uno de los lugares con mayor índice de juventud de toda Europa, decían. La línea de tren también era la más usada de Europa. Cuando salíamos de fiesta, la calle de la plaza [la calle de los garitos], eso era intransitable de la cantidad de gente que había. Era un Benidorm como con los ingleses. Era increíble la de gente que había. De ahí creo que venía el tema de las bandas, tenías que hacerte de un grupo por sobrevivir.»

Killer B cuestiona la realidad de las canciones de algunos raperos. Se refiere a personas con nombres y apellidos que prefiero no transcribir por respeto, aunque él me insiste en que ponga sus nombres sobre el papel. Coge la grabadora y se la acerca a la boca: «¡Hola! ¿Se está grabando? ¿Se me oye? Killer B dice que en su época iba a un régimen distinto de violencia, de rap, de creérmelo, de posicionarme. Ellos estaban en otra liga [inferior], eran unos chichis [insulto despectivo en el mundo del hip hop]… Nunca los vi en mis cacerías, ninguno de ellos estuvo en las cacerías de verdad. Lo dice Killer B.» Vuelve a coger la grabadora: «¡Hola! ¿Se me oye? ¿Se me escucha? Que conste. Lo digo yo, que me llamen a mí.» Le digo que no quiero poner sus nombres para no molestar y que pensaba que se llevaba bien con ellos: «¡Les amo! Pero ellos no tienen mi posición. Tú eres X, tú no eres Killer B. Nadie es mejor que nadie, ¿eh? Pero tú has contado en tus raps las historias que hacía yo. Pero tú no estabas. Yo nunca te he visto, tronco. Nunca te he visto con sangre en las manos. Nunca te he visto con un puñal, nunca te he visto preso. Tú no has estado con mis colegas. Tú no has estado en la cárcel conmigo.» «Yo he estado en Meco, en Alcalá Meco, en la cárcel militar. Porque en la época en que éramos militares, con todo esto que nos pasaba éramos reprendidos por el cuerpo militar, por la PM.»

«Había algunos blancos que paraban con nosotros, pero eran antifas: el Patata… Recuerdo que fuimos invitados al programa este

de televisión… Ese programa fue famoso… Se lio una ahí. Porque juntó rappers negros y nazis en el mismo programa. Ahí tuvieron que llamar a la Policía.» Yo le digo: «Como el programa ese, Rifi-Rafe[10].» Él exclama: «El Rifi-Rafe era, ¡coño! ¡Ese era el programa! ¡Que no me acordaba, cojones! Ahí estuve yo hablando. Yo ya era paraca entonces». Pregunto a Killer B si había fachas en su cuartel: «Mi cuartel se llamaba Primo de Rivera, no te digo más. Yo vivía ahí todos los días. Para mí era un campamento, porque yo era bruto. Yo no me apunté por la bandera, ni por ser un patriota de los cojones, que lo soy. Cuidado. A mí me gusta mi país, me gusta cuidar de mi gente, tronco, y yo soy español. No soy un pipa de estos que ha venido por aquí a dar por culo. Yo soy español, pero no soy facha. Pero eso te lo digo ahora que soy mayor y padre de cuatro.» «A mí me gustaba cuando nos teníamos que ir de maniobras, me gustaba lo físico; me gustaba ir corriendo a escalar esa montaña. Ahora, cuando me dicen que hay que matar a ese porque es distinto a mí, ya no me mola, tío. A mí me molaba que un pibe que saltaba la montaña mejor que yo me mandase, pero uno que no la salta como yo, que me mandara… En caso de combate real, ese sería una baja seguro. No sabe correr. Y sólo manda porque tiene aquí [una chapa]. Estuve 13 años en el Ejército. Yo soy teniente de la Brigada Paracaidista. Los demás casi todos han seguido. Lo que pasa es que luego se fueron cambiando de destino.»

Uno de los Color Power llegó a ser sargento instructor de la Brigada Paracaidista –según Killer B, uno de los mejores–. A día de hoy, nadie ha batido su récord en la pista americana. Tras salir de ahí se metió en Salvamento Marítimo, en Santander, «para salvar a la gente que se ahoga». Luego lo destinaron a Canarias, «para salvar a negros que vienen en pateras». Killer B: «Él me decía: "¿Tú sabes, Frank, lo que es tener que decidir desde el helicóptero, de los cuatro que hay [en el agua], cuál va a subir y cuál no? Porque no me va a dar tiempo a salvar a los cuatro. ¡Uno de los cuatro! ¡Uno de los cuatro, hermano, hay que salvar!" Ese chaval se ha dedicado a eso.» En uno de los saltos, para salvar a un inmigrante, se comprimió las vértebras, por lo que recibió la baja definitiva: «Para saltar desde el helicóptero al agua, como saltan los buzos, el helicóptero se posiciona a X metros de altura. Si te van a salvar, es porque hay marea alta, hay unas olas que flipas. El helicóptero no puede bajar, se queda arriba. Hay una mar brava que te cagas. Pues mi colega

negro salta para salvar tu puto culo. Y en uno de esos saltos, como cayó de tanta altura al agua, se comprimió las vértebras. Y se quedó medio paralítico, ¿no? Le dieron una baja de 600 euros para toda la vida, con tres hijos que tiene. Y, ahora ¿sabes lo que es? Masajista. Uno de los mejores soldados que he visto en mi vida… Ahora vive en Illescas haciendo masajes a la peña con un currículum increíble para [servir] a este nuestro país.»

«Yo fui un rapper peculiar. Yo también fui tatuador, iba en Harley… Yo soy motero, yo he estado con toda la peña. Toda la vida. Con Mao [tatuador pionero en España] y el Lobo. La época de Malasaña pura y dura me la comí bien yo. La Malasaña de los noventa. Yo tenía un estudio musical, Background, en la plaza del Dos de Mayo. Por ahí ha pasado toda la peña: la Mala Rodríguez, los CPV… Pasó toda la peña por ahí a grabar.» «Yo en aquella época tenía un colega motero, el Simón [conocido como el Rocker Negro] y el Blackie. Eran más mayores, un poquito más mayores que yo. Yo tenía dicinueve y ellos, a lo mejor, tenía 24 o 25. Simón era legionario, el Rocker Negro». «[Luego] conocí a muchos rockers y moteros a través del mundo del tatuaje. El tatuaje, por entonces, era una cosa prohibida para todo el que no pertenecía al club, tú no podías abrir una tienda, porque te la iban a prender fuego los moteros, sí, sí, sí. Los Centuriones le iban a prender fuego, porque era la ley [de la calle]. Si tú abrías un estudio de tatuajes, tenías que pedirles permiso. En esa época se importó la cultura Hell's Angels. Si tú querías abrir un estudio de tatuajes tenías que hablar con los moteros, porque si no te lo quemaban. Y, aparte, tenías que pasarle un fee [tarifa] a los moteros.» «Yo acabé teniendo en Malasaña un estudio de tatuajes». «¿Tuviste que pagar a estos?», pregunto. «No. Porque yo siempre he sido una persona bastante peculiar. Entonces [uno de sus jefes] me dijo: "Tú sí, ¡esos no!" Porque yo en esa época era Juan sin miedo, tío. Bueno, y lo sigo siendo. Yo entiendo que, si tú me das el chance de abrir un estudio de tatuajes y luego soy un mierda, creo que me vas a putear. Pero si me das el chance de hacer esto y lo que hago mola, y encima yo cuando algo no sabía hacerlo se lo mandaba al estudio de los Centuriones. [Decía al cliente]: "Diles que vas de mi parte." Entonces, me decían: "Hey, chaval, bien. Así se hacen las cosas." Entonces, yo iba con ellos [los Centuriones], sin llevar parche[11], con la Harley. Los conozco a todos.»

«Hubo un famoso motero que era más malo que… Mira, hay personas que juegan a ser malas, hay personas que necesitan mimos y se hacen pasar por malas para que la gente les dé cariño y diga: "Este tío cómo mola." Y hay otros que han nacido malos de verdad. El tío que te digo fue uno de los tíos más bravos y más peligrosos de… Era un tío de verdad, era un tío bravo. Ese tío iba a tope. Este sí era el 1 por 100»[12].

Curiosamente, algunos de estos moteros iban a la discoteca Bali Hai, de música electrónica: «Yo iba al Bali Hai porque a veces pinchaba ahí. Del Bali Hai tengo los mejores recuerdos de mi vida. Del Bali Hai recuerdo la época más ecléctica que tuvo este país, donde todo se mezcló de verdad. Y de esos cócteles ha salido toda la contracultura que ha habido frente a la cultura casposa de este país. Había mucha gente interesante.» «Yo tenía un grupo con Óscar Mulero y unos cuantos más que hacíamos hardcore. Esto sería del 96 hacia el 98. Mulero empezaba a ser famoso dentro del mundo del techno. Él tocaba el bajo. Nos llamábamos Mother Under. El cantante era el Peluco.» Sobre los Iraníes y grupos similares: «Todos estos iban con los Argentinos… Estos eran de la época en la que ya empezaron a meterse en el mundillo de la noche las drogas, las mafias, los Miami… Entonces, ya era otra liga. Esta era una liga de peña chunga y había dinero de por medio, había porterías… Es decir, ser el portero del Áttica no es solamente ser portero del Áttica… es llevar todas las drogas, llevar la noche… Y, entonces, ahí había unas rivalidades muy jodidas. Los Iraníes echaron a los porteros previos y se pusieron ellos. Esa peña no era de aquí, no era de barrio. Venían con tácticas militares, venían con sangre oscura –como digo yo–… Eran capaces de matarte. O hacer mucho daño. Llevarte al hospital para meses.» «A uno de una mafia de estas lo mataron en la puerta del KEA [discoteca cercana al Áttica]. Un niñato le partió el corazón de una puñalada. A un niñato de estos que iban en las Jogs [conocida scooter], que iban como avispas, iban cuarenta bakalas en Jogs: "¡Bzzzzzzzz!" El portero este les dijo: "No podéis entrar." Los otros se pusieron chulos y el portero este le metió un bofetón a un niñato. Se montaron en las motos y se fueron. El chaval dijo: "¡Te vas a cagar!" Pues, al fin de semana siguiente llegaron en las motos así, disimuladamente, con un machete. El portero estaba como medio sentado en un taburete, y llegó el chaval y le apuñaló en el pecho… y le partió el corazón en

dos cachos, hermano. Le dejó ahí seco. Los estuvieron buscando a los chavales, porque fue una movida de chavales frente a una movida de mafia. Eran chavales malos, como el Freddy, de aquella época. El Freddy era un tío que iba al Áttica con dos hachas. Un día se puso a bailar con dos hachas en el Áttica, con dos hachas cortas, todo loco, todo puesto… Ese era un auténtico loco [bakala].»

«Dentro de esto hay ligas… Yo lo mediría en "chico de barrio" que quiere defender lo que le han dicho que tiene que defender, que es su nombre, su hombría, su valor… Y entonces va un poco de malote… El respeto, no sé qué, tal y cual. Luego está el que es malo porque no sabe ser bueno y ser malo le da una vida; pero es un malo funcionario, porque no es malo de verdad. Luego está el malo manipulador, porque sabe que siendo malo puede llegar a… Y luego está el que ha nacido malo de verdad, que es malo 24/7. Que pega a su madre, pega a su padre, viola a su hermana. Y después de hacer eso sale a la calle y piensa: "Acabo de violar a mi hermana, acabo de pegar a mi madre y a mi padre, ¡¿tú de qué coño vas?! ¡¿Tú qué me estás contando a mí, tronco?!" Ese tío es chungo.» Le pregunto por un delincuente que se ha dedicado a traficar y a robar droga haciéndose un nombre y una reputación: «Yo creo que ese pibe lo que se ha buscado es un nombre… Ese es de los malos brutos, que han hecho cuatro cosas brutas y se les ha quedado el nombre [en la mente colectiva]: "¡Hostia, al loro con este pibe porque un día le dio a uno con un extintor en la cabeza cuarenta veces!" Pero ese no es de los malos de los que yo te hablo. Aparte, los malos mueven las cosas. Los brutos no mueven nada. Los malos son inteligentes, mueven las cosas, mueven la noche, mueven las drogas, mueven las putas. Ese tío [del que hablamos] es un lobo solitario que la lía, la lía para nada. Que es capaz de tener que fugarse del país porque le han pisado un pie y le ha metido tres puñaladas a uno. Se hacía ese tipo de cosas. Y robar a la gente la droga; que vas con ese subidón, con tu droga robada a un garito con una rubia y vas y me pisas: "¡Eh, tronco, que te mato!" Y no hace falta ser grande para ser malo. Por ejemplo, dos hermanos que eran moteros que conocí, esos eran pequeños, pero muy chungos.» Sobre los robos de droga: «Es que ahora se lleva esa mierda. Antes no se llevaba tanto esa mierda; [la mierda] de robar al capo. Ahora todo el mundo te roba. Si te dedicas hoy a la droga, tienes que tener más cuidado con los que te roban que de la Policía. Hay gente que se

dedica –y ahí no te puedo dar nombres, porque los conozco– a robar droga y está a otro nivel. La gente que lo hace bien, no los conoces[13]. No tienen nombre. Compran equipos sofisticados y te ponen cámaras. A ti, que eres un señor que te dedicas, por ejemplo, al hachís. Yo tengo colegas que se dedican a esto. Te ponen cámaras y micros, como si fuesen policías de verdad. Te intervienen tu casa, o tu andar, o donde tú hagas tus trapis. Te están estudiando durante un tiempo y te están escuchando. Esto es muy real. Entonces, cuando tú estás sacando tu camión refrigerado de frutas de no sé qué, que lleva fruta, pero también lleva cuatro toneladas de hachís, y sube desde Málaga para Europa, de repente el camión, en Despeñaperros, lo interceptan cinco coches de policía secreta, con placas que son falsas. Con sirenas y todo. Lo cual te dice que entre ellos hay algún policía también, ¿entiendes? Porque las chapas son de verdad. Porque hay una cosa que es la sirena azul y los delincuentes saben cuál es la que lleva la Policía, y estos llevan la de ese año, la que debe ser. Interceptan el camión, te esposan, te meten en un coche, otro coge el camión y ahí te dejan esposado en el coche, un coche robado. Y luego al que han robado le toca decírselo a su jefe, porque el que conduce el camión no es el jefe. Luego está el problema de: "¿Quién ha sido? ¿Qué ha pasado?" Luego, las placas de hachís llevan un sello [del "fabricante"], un león, un no sé qué… Estos [ladrones] quitan ese sello y ponen otro. Entonces, ese hachís no es tuyo.» «Nuestro país está lleno de gente muy lista… Este es un país pequeño. Mira, todo lo que yo te cuento, el [portero de discoteca] X lo sabe. La mitad de los que yo te cuento son colegas de X. La otra mitad son colegas míos.»

«Yo tuve una época que dejé Madrid, porque estaba saturado de este tipo de gente de la que estamos hablando, y me fui a vivir a Mallorca. Yo me fui por no matar a la peña. Porque yo tuve un problema de mujeres. Yo me llevaba bien con la piba de un motero y él debió de pensarse que yo me estaba enrollando con su chica. En consecuencia, él se enrolló con mi piba, lo cual me demostró que él era un amigo un poco extraño y mi chica era una chica… Yo tenía una forma de ser en ese momento que era muy jodida. Yo soy un buen chico, pero si tenemos que llegar a la confrontación, nací psicópata… un psicópata que me han enseñado ejercicios para ser amigo de la peña, poder estar en esta sociedad. Cuando dices "psicópata" la gente piensa en Ted Bundy y cosas de esas. Yo el

sentimiento de culpa me cuesta tenerlo, muchas veces. Entonces, yo me he currado el refinarme muchas cosas para que tú vengas a faltarme al respeto... Entonces, como sé cómo soy, cuando llegue la confrontación, no voy a medir. Va a haber un problema muy grande… Prefiero irme. Me voy, porque la voy a liar. Y, aparte, me aburre todo esto que te estoy contando. Es excitante, pero es aburrido porque no tiene luz, no te lleva a ninguna parte. Y, luego aparte, te das cuenta de que la mitad de las cosas que hacemos algunos de los que son como yo las hacemos para ser aceptados en un tipo de sociedad. Y luego piensas: "¿Este soy yo?" Cuando ya va llegando un poco la madurez, ¿no? "¿Realmente este soy yo o yo he hecho esto para ser aceptado?" Ese es el problema de muchos chicos malos, que luego no eran tan malos. Así que me fui un fin de semana a ver a un colega en Mallorca y me quedé diez años ahí, por no volver.»

Le pregunto por las repercusiones para alguien que robe droga a otro o mantenga una deuda, le pregunto por ladrones y traficantes fugados: «Depende de la fuga, ¿no? Mira, yo tengo una hija de quince años, si tú haces lo que hizo el Chicle [famoso asesino] a mi hija, la violas y la tiras a un pozo… Tú, por mucho que te fugues, tendrás que estar en una fuga constante; no tendrás un sitio donde esconderte mientras yo [te esté buscando]. Como si te vas a la luna. ¡Ya me organizaré yo para conseguir un cohete! Pero tú… ¡No te vas a escapar ni de coña! Te buscaré. Estos que se fugan, que tú me comentas…, pues dependiendo de qué persona se fugue, estará más o menos tranquila. La presa que huye estará más o menos cómoda dependiendo del perseguidor.» Le rebato: «También será importante la falta que haya cometido.» Replica: «No, está el perseguidor. Porque hay gente que por cien euros es capaz de perseguirte toda la vida. Porque no son los cien euros, son la puta falta de respeto. Y cuanto más te persigan, más se rayan, ¿entiendes lo que te quiero decir? Luego hay gente que por un millón de euros, como les sobra, dicen: "¡El hijoputa este que me la ha liado! ¡Como le coja lo mato!" Pero están muy ocupados con otros millones de euros»[14].

«Cuando yo me fui a vivir a Mallorca, los rappers de Mallorca, la Puta Opepé y toda esa gente que estaba ahí en esa época me hablaban de un tal Killer B, a mí… "¡Buah, los Color! ¡Una peña superchunga!" Me decían: "¡El Killer B es un tío super tocho, un

negro enorme, superchungo!" Yo les dejaba hablar, claro. "Los Color Power daban palizas por ahí, a los nazis los pegaban, eran un poco justicieros", no sé qué. "Y al Killer B… ¿Tú lo conoces?", me decían. "Un negro así, un Mandingo chungo." Y yo [les] digo: "Mira…" [Me enseña un tatuaje con su nombre de guerra: Killer B. "Este soy yo]. Y me dicen: "¡No jodas!" Bueno, en catalán: "¡Non fotis! Si tú eres chiquitín." Es curioso, hablando del mito, ¿no? Cómo el mito se mueve en las calles. Que luego es peligroso… Luego también ocurre, que cuando yo volví a Madrid, que había jóvenes que querían matar a sus ídolos. Entonces, llegaban negros jóvenes, guapos, fuertes, y había pique. Vuelvo de Mallorca, voy a los garitos de rap y, entonces, había niñatos que sólo habían oído hablar de mí, ¿no? Y me sacan tres cabezas y cuatro hombros, ¿sabes? [Y me dicen]: "¿Tú eres el Killer B?" Y no sabes si decir sí o no. Y dices: "Uh, uh… esto huele mal." Pues depende: "¿Te debo dinero?" Claro, quieren matar al padre, quieren matar al ídolo. Es que es inevitable. Luego les pasa a ellos.» Pregunto: «¿Y tú qué hacías en esas circunstancias?» Me responde: «No me gané el título con buen rollo, me lo gané con maldad. En la maldad es muy fácil ganar. Para todos. Para ti también, si tú quisieras… Yo contesté a ese tío más grande: "Hoy, tú que eres más fuerte y vienes con cuatro más a este garito a decirme que si soy Killer B, hoy yo voy a perder. Me vais a pegar, sois cuatro y sois enormes, ¿no? Pero ¿sabes qué voy a hacer yo cuando me recupere? Me voy a enterar de dónde vives, de dónde guarda tu madre el coche, el coche de tu madre lo voy a puentear y te voy a atropellar, ¡con el coche de tu puta madre! Y eso es real. Y ¿sabes por qué es real? Porque ya lo he hecho dos veces… Entonces, te va a pasar eso. Si me vas a pegar, tendrás que matarme, porque soy ese tipo de chico que yo no puedo dormir después de que me peguen." Así, tal cual, como te lo acabo de explicar a ti ahora.» Se limpia la boca con una servilleta mientras hablamos: «Ves, se me salen hasta las babas, ¡me pongo rabioso!» [Risas]. «No puedo dormir, me meto en la cama y digo: "¡Este tío me ha pegado!"»

«Yo estaba en Mallorca y mi hermano [Santiago Zannou] empezó a meterse en problemas aquí en Madrid. Yo le saco seis años y se estaba metiendo en problemas, drogas… No consumía, sino que se ponía a trapichear para hacerse el malote; un niñato con catorce años[15]. [Entonces], ala [me lo llevé a Mallorca]. Yo en esa época

ya estaba yo haciendo sonido directo para cine y para productoras. Yo me saqué una ingeniería de sonido [mientras estudiaba otras disciplinas en la universidad]. Entonces, estando en Mallorca me salió la oportunidad de hacerle la música para un cortometraje que se llamaba Leocadio, que ganó premios en Mallorca en la sección de cortometrajes. Yo por entonces era tatuador, pero me empezaron a llamar del CEF [Centro Cinematográfico de Mallorca] para dar clases. Empecé a entrar en el mundo de la música a tope. Tengo cinco premios de la música, tres TP de oro, un Goya[16]… Yo ya, trabajando de constante… Porque Palma de Mallorca tiene una cosa y es que van muchos guiris alemanes a hacer sus series soporíferas a Mallorca [las típicas TV movies en las que siempre brilla el sol y parece que están en California]. Mi madre, como mi hermano tenía problemas, malas compañías, me dijo: "¡Te lo llevas!" Un clásico. Entonces mi hermano vino a Mallorca, le puse a trabajar, a enrollar cables y a aguantar el micro. Y el primer día dijo mi hermano: "Esto es increíble. El mundo del cine me flipa. Yo quiero ser director de cine." Yo dije: "Venga, venga, recoge los cables y déjate de rollos." Y poco después, me dijo: "He aprobado el examen de admisión a la Escuela de Cine de Barcelona, déjame dinero, que me voy para allá." Él había ahorrado dinero también de su trabajo, de recoger cables, se fue y, no llegó a los dos años, hizo su primer corto, con el que fue nominado a los Goya –se llama Cara sucia (2004)–; hizo su primer corto y fue directamente a los Goya, el cabrón. Luego ya todo… Su primera película ganó tres Goyas: El truco del manco (2008). La película surge porque yo estaba haciéndoles un disco para La Excepción en mi estudio, con Frank T. Frank T estaba produciendo su disco en mi estudio: Cata cheli (2003). Por entonces yo ya vivía en Madrid y él en Barcelona. Entonces, mi hermano, como realizador, venía ahí a escuchar a ver si había alguna historia y vio una historia. [El truco del manco] surgió ahí, en el estudio, mientras ellos grababan su disco.»

El más llamativo grupo sucesor de los Color Power fue Madrid Vandals. Charles es miembro de MV y rapero del grupo musical Gente Jodida (verdadero referente del gangsta rap español): «Yo soy de Alcalá [de Henares] y de Orcasitas. Yo he vivido entre Alcalá y Orcasitas toda la vida. Vivía en Alcalá, pero paraba en Orcasitas. En tren tardábamos 30 minutos cuando éramos pequeños. El primo de mi mejor amigo es de Orcasitas y nos conocimos cuando éramos

pequeños, con diez años, en la comunión de mi colega, y ya desde entonces siempre íbamos a Orcasitas. Nuestras vacaciones eran en Orcasitas. Y las vacaciones de él eran en Alcalá. En verano decíamos: "¡Nos vamos de vacaciones!" Y nos íbamos a Orcasitas. Y los de Orcasitas: "¡Nos vamos de vacaciones!" Y se venían para Alcalá. Nos pasábamos un mes o todo el verano en casa del colega. Orcasitas en aquellos tiempos [primeros noventa] era jodido, era de bravos. Un barrio de ladrones, de delincuentes y también de obreros, ¿no? Yo creo que Orcasitas no ha cambiado mucho. Ha cambiado más Alcalá. Alcalá era un barrio de fachas, de nazis. Alcalá lo dividíamos por barrios. Estaban los chicos de El Val, estaban los de Liang Shan Po… el Lianchi… Antes de los ochenta había una serie, por lo visto, en la televisión, de chinos, que el barrio más jodido de los chinos era Liang Shan Po y a ese barrio de Alcalá lo llaman Liang Shan Po por la serie, pero acabó llamándose así. Era una serie japonesa, que no era ni de dibujos. Ese barrio de Alcalá no sé ni cómo se llama de verdad. Todo el mundo lo ha llamado Liang Shan Po toda la vida[17]. También estaban los de la Nueva, que éramos nosotros. Era la zona nueva en los ochenta. Ya no es nuevo, pero lo siguen llamando la Nueva. Luego estaban los Gorriones, que era otro barrio. De ahí es el [rapero] Costa. El Costa ha sido muchas cosas, yo le he visto hasta ser hare krishna. Yo lo he visto en Malasaña repartiendo estampitas de Hare Krisna, y te hablo de los noventa. Y yo flipando. Sería el 93 y 94[18]. El Costa era amigo de los mayores de nosotros, del Koras, que era uno que pintaba. Bueno, los negros de Torrejón: el Arnengó, el Álex, Malabo, Jobo… Gente más mayor. Esos eran gente que paraban en nuestro barrio, que eran parte de la FOJA (Federación Organizada de Juventudes Africanas). A eso nos fuimos nosotros, los Madrid Vandals, a una convención de la FOJA en Alcalá de Henares. Tendríamos trece o catorce años. Eso era como una revolución. Imagínate, con catorce años. Nos dieron una paliza [de meter el rollo] que flipas. [Fuimos] más que nada porque de pequeños nos molaba pegarnos. Para qué nos vamos a engañar. Y eso nos garantizaba currarnos con la gente.» Yo le pregunto: «¿Y la FOJA hacía eso?» «No, pero nosotros creíamos que sí. Luego era todo más rollo político. Yo llegué ahí a la charla, se pusieron a hablar de política y yo flipaba. ¿Qué es esto? Si nosotros queremos pegarnos con los nazis.»

«En Orcasitas había miembros de Madrid Vandals, estaba Bene Pequeño… Están Bene el Mayor y el Pequeño. Los dos Benes son mis mejores amigos. Son de mi grupo [de rap] Gente Jodida. Bene Pequeño es de ahí, de Orcasitas; es el primo del Bene Mayor, que es de Alcalá. Son guineanos, se llaman Bene de Benedicto. Los dos se llaman Benedicto[19]. Yo con ellos siempre he parado en Orcasur. Nosotros parábamos en la misma Renfe, en toda la calle de la Renfe era donde parábamos. Luego, cuando éramos algo más mayores, empezamos a conocer al Du, al Beaka, al Santos, Emilio, todos esos. El Bad (el Aju), el Goyo, el Michael, el Dave, el Bene Pequeño, el Mistery y el Alkon. Los Madrid Vandals. De pequeños el Bene iba trayendo a gente de Madrid, se los iba trayendo para Alcalá. Nos conocimos en una discoteca que se llamaba Lennon ahí en Alcalá. El Lennon era como el Stone's de Torrejón, pero en Alcalá.» «Sería 1996, cuando salieron los Madrid Vandals. Ahí había africanos, de todo, hispanos, marroquíes. Como dice muchas veces el Du: "La gente hace vídeos de rap y nosotros lo hemos vivido." Yo en Alcalá, por ejemplo, el Bene y yo, que éramos los de Alcalá, todos los fines de semana salíamos de cacería. Todos los fines de semana salíamos a cazar nazis. La movida consistía en ir a por los nazis, buscarlos por el O'Donnell, que era donde solían parar… y pegarlos y robarles, dejarlos en pelotas. Y llevarnos su ropa y vestirnos como ellos. Llegábamos a casa vestidos de nazis. Luego la ropa la vendíamos o la regalábamos». «Con dieciocho años, el Bene y yo dimos con un nazi que no te haces una puta idea del animal. Era un notas de dos metros de pibe, ciento y pico kilos. Contra el Bene y yo, que todavía estábamos haciéndonos. Y el pibe, encima, militar. El Bene y yo teníamos una técnica. El Bene iba por delante y yo iba unos pasos por detrás y yo iba mirando lo que iba sucediendo. Recuerdo ir caminando por la calle Mayor de Alcalá, y se cruza con el nazi gigantesco. Y el nazi se da la vuelta y le dice: "Puto negro de mierda." Claro, el Bene no lo escuchó, pero yo sí. Y digo: "Me cago en la puta, no me voy a callar." Y cojo y le paro: "¿Tú qué dices, maricón?" Y sacó un cuchillo en medio de la calle Mayor: "¿Qué te pasa a ti?" Yo me quedé blanco, la gente pasando de todo, el Bene se dio la vuelta y me vio. Yo pienso: "Este me apuñala aquí, me va a asesinar fijo." Me quedé así mirando y dije: "Ya te cogeré." [Risas]. Y me largué; nos largamos los dos.» «Cuando eras niño no lo pensabas. Al nazi ese le dimos, más adelante, con un adoquín en la cabeza. Cuando estaba preso yo siempre pensaba eso: "Mejor haber

caído por esto que no por haber matado a alguien.”» «Nosotros tuvimos muchas broncas con porteros. Con el Colombiano, que trabajaba en el Macumba. Con el Álex, el negro también. El Álex era un negro como no se ha visto otro en Madrid. Medía más de dos metros. El Bene, que es muy grande, a su lado parecía un enano [risas]. Lo pusieron en la puerta de la discoteca para que no pasáramos [los Madrid Vandals], exclusivamente. Era muy malo. 115 kilos de músculo. Pero le plantábamos cara. Y por eso iba contra nosotros, porque le plantábamos cara. Lo peor de todo era que iba por libre. El hijoputa, además, iba solo contra nosotros.»

«Por ayudar al hermano de uno de Madrid Vandals me apuñalaron. Estábamos en el Bash [en plaza de Callao] y llamaron a mi colega. Su hermano, que es puerta, estaba teniendo una movida. Entonces, fuimos para allá. Y llegamos… Él solo en la puerta de un garito de los bajos de Orense, creo que era. Petado de gente, de gitanos y de todo, pegando al portero. Llegamos ahí, sin hablar. Nos pusimos a dar hostias, “pum, pum”; a todo el que estuviese por delante, a mí me sudaba la polla. Y, de repente, tronco, alguien me dio un golpe por detrás. Y la banda [contra la que nos pegábamos] iba todo puesta, era Navidad… Los tirabas al suelo y se levantaban, los caías [tirabas] y se levantaban… Estuvimos ahí pegándonos mogollón de tiempo. Y cuando ya conseguimos tranquilizar la cosa un poco, me dice un colega: “Me parece que tienes sangre.” Y miro el suelo y hay sangre. Le digo que me mire la espalda. Y me había pinchado la pleura, no me llegó al pulmón. Ya me empezó a faltar el aire y digo: “Creo que me ha pinchado el pulmón, ¡vámonos!” Me pasé dos días en el hospital.»

Por otro lado, había broncas entre grupos para ver quiénes eran los más malos. Igual que hicieran los Madrid Vandals con pandillas más mayores como los Color Power o los MTR, en el seno de estos grupos, a medida que maduraban en años y crecían en tamaño, dominaba el principio freudiano de «matar al padre», es decir, imponerse a los referentes previos: «Nosotros tuvimos nuestros más y nuestros menos con otros grupos de la época, como los Color Power o los Komando Chinilla de Torrejón [estos últimos eran más jóvenes que los Madrid Vandals y también estaban conformados por personas de distinto origen étnico], que eran el M., el J. y otros, que eran algo más jóvenes o de nuestra edad. Estos [del Komando

Chinilla] intentaban plantarnos cara, pero no tenían nada que hacer. Entre otras cosas, porque nosotros íbamos armados desde los diecisiete. Con trastos, con cuchillos, con todo. Un Madrid Vandals sacó a uno de estos del Macumba con una pistola, por una pella; le metió la pistola en la boca. Algunos Madrid Vandals fueron una época con el tema pistolas. A algunos les dio por ser más formales, pero otros no. El Bene tiene un gimnasio de MMA y el Dave, en Carabanchel. Yo soy preparador físico.»

«Nosotros, cuando éramos chavales, digamos que éramos los machacas de gente que llevaba discotecas. Y nos pagaban para que la liásemos en la discoteca. Eso es lo que hacía yo en Alcalá, hasta que la lie con los Búlgaros. Nosotros tuvimos una bronca con los porteros búlgaros, ¡y a los diez minutos me llaman! Me llama un colega y me dice: "¿Qué has hecho? ¿Estás tonto? Mañana te vienes que tenemos una reunión con los Búlgaros."»

Sobre un chaval con el que tuvieron trato en su adolescencia: «El Rubio tenía un problema, que hacía cosas, ganaba dinero y se lo contaba a todo el mundo. Y se flipaba: "¡Tengo no sé cuánta marihuana en casa!" ¿Y qué pasaba? Yo y nosotros en esos tiempos, en plan: "Te conozco, pero no soy tu colega." Y él se dejaba robar. A ese le hemos robado como seis veces. Y el pibe nos dejaba seguir entrando en su casa. Intentaba entrar en nuestro rollo. Lo que pasa es que tenía pasta y hacía negocio. Vendía marihuana. Yo no sé cuántos kilos le robamos de marihuana. Yo me acuerdo de haber ido con un colega y decirle: "¡Baja!" Y el otro: "¡Que no bajo, que me vas a robar!" "¡Que no te voy a robar!", decía el otro. Y tenía la moto ahí aparcada. Y mi colega cogía: "¿Que no bajas? Te quemo la moto." Y quemándole la moto. Y el otro: "¡Que ya bajo, ya bajo!" Y el nota bajaba y mi colega le decía: "Pues ahora sí que te voy a robar, por tonto." Era buen tío, pero era tonto. Tú no puedes venirle a alguien, que sabes que son delincuentes, y encima contarnos todo. Es que eso no se le ocurre a nadie. Yo creo que se fue cuando otro del grupo le dio una buena curra. Se fue del país. Desapareció. No me da pena porque es el rollo que te buscas. Si tú sabes que estás tratando con delincuentes y tratas de hacerte el delincuente y no lo eres… Por eso le robábamos. Si encima sigues parando con nosotros… Siempre tenía dinero y marihuana en casa, y buena.»

«Yo, cuando estuve en la cárcel, coincidí con este chico que mató a Carlos Palomino, el Josué. Es blando. Es un puto niño. Es lo que decía el chaval: “Yo le apuñalé [a Carlos Palomino] de miedo, porque yo creía que me iban a matar”»[20]. «Entré en la cárcel porque me pillaron con dos kilos de coca. Bueno, no es que me pillaran a mí, pillaron a gente que iba conmigo y yo iba haciéndoles la escolta. Nos pillaron a todos, pues todos presos. Yo hacía de escolta para que no le robaran [la droga]. Y en vez de robarle se chivatearon y nos cogieron a todos. Se sacaba mucho dinero de escolta. Eso lo perdí todo. Me he pasado seis años preso. La verdad es que [la cárcel] no es nada a lo que no estuviera ya acostumbrado. No conocía a mucha gente cuando entré. Luego ya, pues, ya vas conociendo. No tiene nada que ver con las películas. Ahí lo único es adaptarte a los horarios y punto. Y lo duro es que tienes a la familia fuera. Es sencillo en la cárcel, si tú “caminas mal”, los demás “caminan mal” contigo. Si tú “caminas bien”, todo va bien. Eso es como todo. Porque si un tío va dejando pellas, te la van liar en la calle y te la van a liar en la cárcel. Lo que pasa es que en la cárcel no te puedes escapar. Y hay incluso más droga que en la calle. Yo he visto más droga que en la calle; pero mucha más, ¿eh? Cualquier droga que se te ocurra, y alcohol también. Pagabas a un funcionario. Yo he pagado a un funcionario en fin de año y me he hecho una fiesta arriba. En los talleres: “¿Seiscientos pavos? Pues seiscientos.” “Quiero un móvil.” “¿Trescientos? Pues trescientos.” Trescientos pavos es lo mínimo por cada cosa que pidas. “Le voy a decir a mi madre que me pase una mochila con comida.” A ellos les da igual la comida que lleves, son trescientos pavos. Son trescientos pavos para que te lo metan ellos en la cárcel.»

---

[1] Miembro del Club de los Poetas Violentos.

[2] Película dirigida por Dennis Hopper sobre pandilleros de Los Ángeles.

[3] Para el que no lo sepa, Killer B vendría a significar «abeja asesina». Por otro lado, existe un personaje de anime que se llama Killer Bee y, como nuestro entrevistado, hace uso de una katana. ¿Sincronicidad? Por otra parte, otros Color Power me han dicho que el nombre viene de la variedad de color, puesto que entre los Color

había también blancos. Se trataría, pues, del poder del color, de la diversidad racial.

[4] Otro de los Color Power era Felipe, en este caso blanco.

[5] Podemos hablar de los Color Power, al son de los NWA, como unos «negros con actitud», sólo que en un entorno real, no en un postureo para vídeos musicales de la MTV.

[6] Daniel Lacamara, personaje entrañable y amigo de muchos famosos, me cuenta una historia que quizá fue protagonizada por algunos de los Color Power: «En Valladolid los gitanos nos atracaban como querían. Y, en un momento dado, dos amigos de mi hermano se apuntaron a los paracas. Y llegaron un verano con amigos negros de los paracas que estaban hechos unos armarios, de Alcantarilla, Murcia, de hacer la instrucción. Y vinieron los gitanos a robarnos y los negros pegaron a los gitanos. Pero no sólo eso, reventaron a los gitanos y los gitanos llamaron a sus hermanos mayores y los negros les rompieron los brazos a estos. Por eso ingresé en los paracas».

[7] Luis Fernando Durán, «Dos “cabezas rapadas” acaban apuñalados tras emprender una pelea contra tres negros», El País, 14 de enero de 1993.

[8] De hecho, los Color Power originales son anteriores. Yiesus habla de las nuevas generaciones o afros algo más jóvenes que eran también conocidos como Color Power.

[9] Algunas de las historias que cuenta Yiesus remiten a nuevas generaciones que no son los Color Power originales. Si es cierto que muchos grupos de raperos malos, aparte de violentos y corajudos, podían ser abusones, no es el caso de los Color Power originales.

[10] Se trata de un programa conducido por Antxón Urrusolo para Telemadrid y la ETB vasca a partir de 1994. Imitaba el formato sensacionalista de programas americanos como el de Geraldo Rivera, en el que, de hecho, hubo una batalla campal entre neonazis, sharperos, negros y el propio Geraldo Rivera (que acabó con la nariz rota), reunidos todos ellos para «debatir» en vivo sus respectivos puntos de vista. El programa fue emitido en 11 de

noviembre de 1988. Dicho formato precede programas de telebasura como el de Laura, en Perú.

[11] En los clubs de moteros el parche con el emblema sólo pueden portarlo los miembros del mismo. El parche, como símbolo, tiene un enorme valor. Uno ha de morir por su parche. Cuesta mucho ganárselo, y perderlo o dejar que alguien te lo arrebate es una terrible deshonra.

[12] Los motorclubs más duros de Estados Unidos se han hecho llamar «one percenters» por declaraciones en las que, tras unos disturbios provocados por moteros, se dijo que el «99 por 100 de los motoristas son ciudadanos que cumplen la ley». Clubs como los Hell's Angels o Bandidos, entre otros muchos, están orgullosos de pertenecer a ese 1 por 100 que no se ajusta a la ley.

[13] En este sentido, la discreción es fundamental. El taxista Nacho Castillo, alias Peseto Loco, me dice, sobre un amigo suyo que es delincuente profesional de cierto nivel: «De él aprendí algo muy interesante... y es que la gente chunga de verdad no se mete en peleas tontas... de semáforos ni chorradas. Porque tiene mucho más detrás».

[14] Hay mucha gente que se escapa de su ciudad natal por líos. En palabras de Toni [nombre falso], de Manoteras: «Yo he estado en Mallorca currando y me he encontrado a peña ahí escondida… Problemas con skinheads, problemas con narcos o problemas en su barrio con gitanos. Yo estaba en Mallorca y decía: "¿Y estos? ¿Qué hacen aquí?" Y a los mallorquines autóctonos, para darles de comer aparte. ¡Donde hay agua hay piratas! [risas]». También me habla de la calle del coño, en Benidorm: «La llaman así porque siempre te encontrabas a alguien que conocías: "¡Coño! ¿Tú por aquí?"»

[15] Hablando con Santi Zannou un día me comentó que, cuando él vendía pastillas en la escena del bakalao y alguien le robaba, él decía: «Tú róbame si quieres, pero mi hermano mayor es Killer B, de los Color Power.» En ese momento siempre le devolvían su mercancía.

[16] Wolfrank Zannou ganó el Premio Goya 2009 a la Mejor Canción Original por A tientas, junto con Juan Manuel Montilla (El

Langui).

[17] Lo mismo ocurrió en un barrio de Adra, Almería: «Liang Shan Po era el lugar, situado en [la serie] La frontera azul, donde se refugiaban los guerreros chinos proscritos que luchaban contra los malos. Se trataba de un cerro donde emergían bloques de pisos habitados por los protagonistas. Esta zona fue fuente de inspiración para dar nombre popular al barrio de las 80 viviendas de Adra.» Nuria Faz, «Liang Shan Po: el barrio de Adra con nombre de serie de kung fu», Almería is different, 9 de septiembre de 2020.

[18] A mediados de los noventa era común ver hare krishnas por las calles del centro. Tocaban música en vivo e invitaban a los jóvenes a comer en su templo los domingos. En 1996 recuerdo ver un concierto de hare krishnas en la plaza de Juan Pujol (para nosotros la plaza del Madroño). Tocaba y cantaba, con acompañantes, un músico rubio (sueco) con pinta de Kurt Cobain que me llamó la atención. Uno o dos años después lo vi en la televisión tocando el éxito There is a Train, que también fue usado en una campaña de Pepsi. En otra ocasión, un amigo se encontró, de empalmada, a un grupo de hare krishnas en el Rastro, cantando y bailando. Mi amigo, borracho, se unió a ellos para seguir la fiesta. Muchos conocidos lo vieron por las calles la mañana del domingo dando la nota. Cuando le comenté que le había visto una amiga mía, se sintió avergonzado, como era de esperar.

[19] Este apelativo de «pequeño» nos remite a un uso similar que se realiza en el mundo del hip hop americano, cuando se habla de artistas y pandilleros como Lil' Kim [Kim Pequeña], Lil' Wayne [Wayne Pequeño] o Lil Monster [de los Eight Tray Gangster Crips]. Suele hacer referencia al hermano pequeño de alguien con reputación a cuyo nombre se añade «Lil», que es la expresión de barrio para «little». Entre los pandilleros ibéricos de los años setenta se usaba «mini», como es el caso de los Mini Brujos o los Mini Smoks, entre muchos otros.

[20] Josué Estébanez asestó una puñalada en el corazón a Carlos Palomino en el metro, cuando este le confrontó, acompañado de un nutrido grupo de antifascistas. Josué estaba solo y se dirigía a una manifestación contra la inmigración organizada por Democracia Nacional, partido de extrema derecha.

PINCHE AQUÍ

Akal Pensamiento crítico

Akal Pensamiento crítico

"Una colección que radiografía la crisis de hegemonía neoliberal"